SOLINO

COLECCIÓN DE HECHOS MEMORABLES O EL ERUDITO

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

COLECCIÓN
DE HECHOS MEMORABLES
o
EL ERUDITO

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 291

SOLINO

COLECCIÓN DE HECHOS MEMORABLES o EL ERUDITO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
FRANCISCO J. FERNÁNDEZ NIETO



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por José Castro Sánchez.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2001.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 32490-2001.
ISBN 84-249-2303-0.

Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2001.

Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN

I. PRÓLOGO

La *Colección de hechos memorables* de Solino no ha conocido en los últimos tiempos mucha fortuna, tal vez por compensar el aprecio y favor de que gozó durante el final de la Antigüedad y en toda la Edad Media. A comienzos del siglo XVII el insigne humanista Salmasio[1] publicó sus monumentales *Plinianae exercitationes in C. Julii Solini Polyhistorem* (1629), después de haber colacionado una serie de códices de Heidelberg y de París, así como las excerptas de varios manuscritos; el texto iba acompañado de valiosos comentarios, que no eran desfavorables para nuestro autor. Reconociendo la inmensa deuda de esta colección hacia Plinio, Salmasio se preocupó esencialmente de matizar la forma en que dependía y de examinar aquellas otras partes que no proceden de la *Historia Natural*. Encontró que algunas noticias fueron tomadas de Pomponio Mela y que varias son de origen desconocido, que Solino cita a menudo con más precisión que sus modelos o bien indica fuentes que aquéllos no quieren mencionar o no llegaron a leer. Defendió, por último, la existencia de una segunda edición de la obra, pues la primera, que habría sido puesta en circulación sin el consentimiento de su autor, sería luego revisada y corregida por el propio Solino. El texto de Salmasio, reimpreso en 1689, sirvió de base para las ulteriores ediciones.

El impulso dado a las ciencias de la Antigüedad en la Europa del XIX, que se manifiesta profundamente en la Filología Clásica germana, condujo a K. L. Roth a plantearse la conveniencia de reeditar a Solino, cuya importancia se cifraba en su condición de complemento necesario para la crítica de Plinio y en el hecho de que contribuía a mejorar nuestra información sobre las nociones geográficas de los romanos. Muerto Roth en 1860, el material reunido pasó a manos de G. Parthey (Berlín), el editor de los itinerarios antiguos y del Ravenate, que concluyó la tarea. Y es aquí cuando emerge la gigantesca figura de Teodoro Mommsen. A instancias de Parthey, Mommsen mejoró el aparato crítico incorporando numerosas lecturas de nuevos manuscritos, de modo que la primitiva colaboración acabó trocándose en amistoso acuerdo por el que Mommsen realizaría en solitario la edición.

Así arribó el polifacético sabio alemán a las puertas de Solino y sus análisis pesaron como una losa en la consideración futura del compendio. Mommsen había descubierto en la *Collectanea* la oportunidad de cumplir un anhelado objetivo, a saber, el de ejemplificar en un texto concreto la técnica de Lachmann sobre la edición crítica, reconstruyendo todas las vicisitudes de la historia del mismo desde su origen hasta el último nudo de la tradición. Publicando a Solino, Mommsen dio a luz, no hay duda, una magnífica obra que todavía puede facilitar aquellas ediciones cuya transmisión manuscrita posee un árbol disperso e intrincado[2]. Pero esta dedicación tan paciente no trajo

buenas consecuencias para la valoración final del autor. Mommsen dejó escrito que durante la recensión del material cayó en la cuenta de que su esfuerzo había sido mucho mayor que el fruto y añadió que la *Collectanea* era un compendio casi carente de interés porque, desde el momento en que conservamos a Plinio, cabría desdeñarlo por completo. No ahorró duros epítetos cuando tuvo que calificar la aportación de Solino a la literatura latina: se trataba de un librito de escasa entidad, creado por un mediocre escritor, que incluso logra hacer hablar a Plinio como si fuera un simple, usando expresiones vacías, absurdas e insípidas. Los errores que comete, apostilló, son los ridículos fallos de un pobre dómine.

El dictamen mommseniano fue en líneas generales aplaudido y, según sucede con frecuencia, exagerado por cuantos lo admitieron como válido. Hubo quien lamentó que un investigador de su talla hubiese dedicado el tiempo a una especie de copista que chocheaba *('schwachköpfiger Kompilator')*, dando una prueba de abnegación que le honraba[3]; para otros, la *Collectanea* quedó marcada con la etiqueta de obra de ínfimo valor, apenas digna de pasar a la posteridad[4]. Y a la postre, la valoración despectiva no sólo se ha introducido en las historias de la literatura latina, que suelen hablar de la nula originalidad de Solino y de los desleídos trazos de su prosa, sino que ha llegado a ejercer influencias dañinas[5]. Sin duda no es fortuito que, desde 1896, Solino no haya merecido siquiera una traducción, pese a las revisiones que se han producido en los últimos cien años[6].

Positivamente, ya es hora de devolver una cierta confianza a la *Collectanea*, con todas sus imperfecciones, para situar en la medida exacta la contribución de Solino a la cultura latina de época tardía, cultura que es el reflejo de una sociedad para la que aprender significó entretener y de unos lectores a quienes agradaban los catálogos y las digresiones trufados de todo linaje de materiales. Lejos de las inquietudes científicas de los siglos I y II, los resúmenes y compendios cumplieron una misión literaria y social digna de estudio y todavía podrán suministrar, si logramos desentrañar sus claves y problemas, jugosos datos sobre el acervo de los conocimientos del hombre antiguo.

II. APUNTES BIOGRÁFICOS

1. *Vida*

Muy poco es cuanto sabemos sobre la persona y la época de Solino, y aun todos esos retazos descansan antes en frágiles deducciones que en noticias directas. Tan sólo algunos códices de la segunda familia conservan los *tria nomina* de nuestro autor, C. Julio Solino, mientras que los manuscritos de la primera familia lo denominan Julio Solino, y es así como fue conocido en tiempos medievales. El dato más unánime, sin embargo, lo proporciona el consenso de la tradición manuscrita: los códices importantes, a excepción de H, en el encabezamiento de la epístola dedicatoria a Advento presentan solamente el *cognomen* Solino, y con éste fue

designado por parte de aquellos escritores latinos tardíos que lo mencionaron (el *Liber Genealogus* del año 455, Prisciano e Isidoro de Sevilla). Lamentablemente, ni siquiera estas verificaciones son de gran ayuda a la hora de ilustrar los posibles orígenes de nuestro autor: si el *nomen* de Julio fue en todas partes frecuente y en las provincias occidentales constituye el gentilicio más habitual, el *cognomen* de Solino aparece veteado con tintes de hermetismo, puesto que no se halla atestiguado entre las clases distinguidas y sólo es común entre los plebeyos[7].

La alta proporción de Solinos registrada en las Galias y el parentesco de la raíz con otros nombres célticos *(Soliboduus, Solicurus, Solimarus, Solirix, Solitumarus*, etc.) hicieron pensar a Mócsy que nuestro autor tuviera ascendencia galo-germana[8], lo que no significa necesariamente ni que naciese en territorio provincial ni que escribiese allí la *Collectanea*. El hecho de que a la hora de enumerar todas las provincias ninguna sobresalga, así como la preferencia que se concede a la Urbe, afianzaron a Mommsen en la sospecha de que Solino había escrito, si no en la propia Roma, al menos en Italia; no obstante, Walter precisó esta hipótesis con otros argumentos, concluyendo que la inseguridad de Solino al relatar algunos pormenores topográficos de la ciudad de Roma y el desconocimiento que muestra de la geografía itálica hacen presumir que, de haber vivido en Italia, su curiosidad era esencialmente libresca[9]. Del *praenomen* que nos ha legado una parte de la tradición, Gayo, si es que fue verdaderamente el de nuestro autor, sólo cabe apuntar que

empezó a ser infrecuente en el siglo IV, aunque hay suficientes ejemplos de su uso, al igual que de la costumbre de los *tria nomina;* pero del mismo tampoco cabe extraer mejores conclusiones. En la subscripción de los códices de las familias II y III se llama a nuestro autor *grammaticus*, y de esta atribución es difícil inferir consecuencias cronológicas: es probable que el título no proceda del mismo autor, sino de algún escriba coetáneo o posterior que quiso significar a Solino como un erudito consagrado al estudio de los modelos clásicos[10], a quienes ya en la introducción proclama inimitables.

2. *Destinatario y fecha de composicion de la obra*

La identificación del Advento loado en el preámbulo resulta asimismo muy problemática, pues este personaje a quien Solino dedica su obra nos es desconocido. Desde finales del siglo II d. C. encontramos dicho *cognomen* entre los miembros del orden senatorial y lo llevan tanto los Antistios como los Oclatinios, aunque únicamente guardamos dos ejemplos. Quinto Antistio Advento Postumio Aquilino, protagonista de una brillante carrera, fue cónsul en el 168, durante el reinado de Marco Aurelio; culminó sus servicios con los gobiernos de las provincias de Germania Inferior y de Britania y perteneció al colegio de los feciales[11]. Pero la figura de Antistio Advento queda de inmediato invalidada porque, como se verá, los restantes indicios sobre Solino y la *Collectanea* nos desplazan un siglo, al menos, por detrás de Antistio, y ni la lengua ni el estilo del compendio encajan en

la latinidad del siglo II.

El segundo candidato sería M. Oclatinio Advento, cónsul ordinario en el año 218 d. C. Este personaje fue un miembro del orden ecuestre encumbrado desde las filas militares, en donde comenzó desempeñando empleos nada dignos dentro de la guardia personal y de la policía secreta (encargada de ejecutar a los enemigos del Emperador). En edad ya avanzada, probablemente con más de sesenta años, fue promovido a la prefectura de las cohortes pretorianas (212 d. C.), y a la muerte de Caracalla alcanzó el puesto de *praefectus urbi* y obtuvo el consulado[12]. Ya en el siglo XVIII fue señalado este Advento como destinatario del libro soliniano, y aquella atribución recibió más tarde el soporte de Usener basándose en un testimonio altomedieval[13]. En efecto, el códice *Monacensis lat.* 14429, que estuvo en Regensburg[14] y procede seguramente del Bodensee, datado hacia finales del s. IX o comienzos del X, contiene un glosario latino de carácter cronográfico, ordenado alfabéticamente, en el que se anotó la siguiente indicación:

fol. 223u: *Iulius solinus sub octiviano fuit.*

Usener propuso ver en *Octiviano* una corrupción de *Oclatinio* y pretendió dejar así zanjada la identidad del receptor de la epístola introductoria, que no sería otro sino el cónsul del 218.

Contra esa solución se pronunció Gundermann, que demostró la inconsistencia de la conjetura y subsanó correctamente la falta cometida por el autor del catálogo. En

principio, es difícil aceptar que no se hubiese preferido la redacción *sub Oclatinio consule*, e incluso resulta muy extraño el uso de *fuit* como remisión no a un reinado completo, sino al único año de un consulado. El caso es que el glosador, que tomó sus datos de la crónica de Jerónimo, leyó en su fuente *C. Iulius Hyginus cognomento Polyhistor grammaticus* y sufrió una confusión entre el famoso erudito del siglo I, liberto de Augusto, y nuestro hombre, error perfectamente comprensible si reparamos en el título alternativo de *Polyhistor* con que se conoció a la *Collectanea (vid*. más abajo) y en el atributo de *grammaticus*, igualmente ligado por la tradición al nombre de Solino. La forma correcta de esta glosa, por tanto, debió haber sido *Iulius hyginus sub octaviano fuit*[15], lo cual deja reducido nuevamente el problema a la mera existencia del nombre Advento en la carta dedicatoria.

Por lo demás, Mommsen puso de manifiesto otras razones que dificultan un dictamen a favor de la identidad entre el Advento destinatario de la epístola y M. Oclatinio, cuales son que Solino no alude en absoluto a su dignidad consular ni califica a la persona con el título de *clarissimus vir*, un tratamiento que raramente se habría omitido en aquella época[16]. No holgará recordar, además, que las fuentes trazan el carácter de Oclatinio como el de un militar rudo e inculto que vacaba de cualquier atisbo de instrucción y exquisitez, hasta el extremo de que, según afirma Dión Casio (LXXVIII 14, 1), ni siquiera había aprendido a leer. Su perfil no es, desde luego, demasiado idóneo para encajar en los rasgos de

erudición con que Solino nos lo dibuja en la introducción, pese a todos los ingredientes formales y retóricos que la carta contenga[17]. Por último, haría falta suponer que el anciano cónsul conservó todavía muchos años la vida después del 218, hasta llegar a recibir una obra que parece redactada, como mínimo, a finales del siglo. Sólo un punto cabría retener, en mi opinión, dentro de este problema: con la llegada de Heliogábalo al poder, M. Oclatinio mostró la habilidad de conquistarse el favor de las influyentes princesas sirias, que manejaron entre bastidores los resortes del gobierno[18]. Es presumible que su buena suerte sirviera entonces para elevar considerablemente el rango y las alianzas de su familia, transmitiendo a sus descendientes una posición privilegiada, y nada obsta para imaginar que alguno de ellos, portador también del *cognomen* de Advento, fuese el ignoto destinatario del libro. En ausencia de mejores datos, la sombra que encubre la personalidad del Advento soliniano pica en misterio y no permite obtener ninguna luz acerca de la época en que vivió ni del ambiente que rodeaba a nuestro autor.

En relación con la figura de Advento debe situarse la última hipótesis emitida sobre el destinatario de nuestra obra. Apoyándose en la consideración de ambas cartas dedicatorias como auténticas y en su reconstrucción de los avatares que sufrió la 1.ª edición, desautorizada y corregida luego por Solino *(infra*, págs. 82 ss.), Schmidt ha observado que ciertos manuscritos presentan un nombre concurrente con el de Advento, que no es otro sino Constancio; y

tomándolo por la *lectio difficilior*, propone que se trata de Constancio II (337-361), hijo de Constantino[19]. Si Julio Valerio (Alejandro Polemio) dedicó a este emperador su traducción de las hazañas de Alejandro, y Asmonio (Aftonio) su arte gramática, también Solino habría dedicado originalmente su obra a Constacio II con motivo de la visita que él y la emperatriz Eusebia cursaron a Roma el 28 de abril del 357 (Amiano, XVI 10; *Monumenta Germaniae Historica, Auct. Ant.* IX, *Chron. Min.* I, 239), cosa lógica para una composición escrita que se inicia con la historia de la Urbe, de sus antigüedades y genealogías. Como Constancio abandonó muy pronto Roma, eso explicaría lo que sucedió después: al no estar ya presente el potencial mecenas, Solino decidiría dedicar la revisión del libro a un personaje de rango inferior, Advento, que en atención a la majestad del primer destinatario no debería sentirse postergado. La ausencia del Emperador sería al mismo tiempo aprovechada para poner en circulación la obra ya corregida. Solino, en suma, habría trabajado como gramático en Roma en época de Constancio II; estaríamos, por tanto, ante un colega de Mario Victorino y de Donato, quien ciertamente mencionó algún pasaje de la *Collectanea*[20]. Esta brillante teoría de Schmidt posee mucho atractivo, pues brinda la posibilidad de resolver armoniosamente todas las incógnitas sobre el destinatario y la fecha del compendio, pero más adelante se verá por qué razones parece oportuno, mientras no surjan nuevos datos, mantenerla en cuarentena.

Así pues, al objeto de deducir otros criterios de datación

debemos dirigir nuestra atención hacia el contenido de la propia obra. Pero tampoco aquí, conviene anticiparlo, surcaremos un terreno franco. De forma un tanto imprecisa, cabe proponer dos límites: a juzgar por las fuentes verdaderamente consultadas, Solino habría escrito después de Suetonio (cuyo estudio *De anno Romanorum*[21] debió de utilizar para la redacción de los apartados 1, 34-37) y habría publicado su obra antes de Amiano Marcelino, porque parece probable que Amiano leyó directamente la *Colección* soliniana y que ambos autores no dependen de una fuente común. En cualquier caso, el término *ante quem* quedaría establecido en torno al 400 d. C., puesto que Solino pudo contarse entre los modelos de Servio[22] y, sin ningún género de dudas, fue conocido por Agustín y aprovechado en el texto de la *Ciudad de Dios* (obra compuesta entre los años 413-426). Sabemos también que la primera familia de códices solinianos desciende de un ejemplar del siglo v, copiado por intervención personal de Teodosio II (408-450)[23].

La fecha de composición de la *Collectanea* se circunscribe, en definitiva, a los siglos III y IV, ya que el s. II se excluye unánimemente tanto por razones lingüísticas como de contenido. Mommsen enumeró los indicios que le inclinaban a conceder prioridad al III sobre el IV: el hecho de que se hable únicamente de Bizancio y no de Constantinopla (1, 79; 10, 17), de que no aparezca rastro de la división provincial de Diocleciano y de Constantino, junto a la falta de referencias al cristianismo[24], parecen favorecer esa opinión.

Finalmente, el que Solino sea citado por Prisciano, contemporáneo del emperador Justiniano, como testimonio de la prosa clásica y autor entre los más antiguos y prestigiados, hizo concluir al ilustre romanista alemán que si estos datos, vistos de forma aislada, resultan endebles, valorados en conjunto difícilmente permiten trasladar a Solino al siglo IV[25]. Escasa entidad poseen otros vestigios apuntados en el debate cronológico: Solino, cuando extracta las noticias plinianas sobre los vestidos de seda de las matronas, advierte que ahora también los hombres hacen uso de ellos (50, 3). Se dijo que el primer romano que empleó trajes completamente de seda *(holosericae vestes)* fue Heliogábalo[26], pero el valor de semejante noticia es muy relativo porque ya mucho antes se utilizaron esos vestidos *(subsericae, bombycina);* mas, sobre todo, porque la costumbre de que los varones luciesen prendas séricas se hallaba extendida ya en tiempos de Tiberio desde el momento en que fue prohibida mediante un senadoconsulto del año 16 d. C.[27]. Y la asociación de las melodías de los flautistas con los espectáculos ecuestres ofrecidos en el circo (Solino, 45, 11-12), que estuvo en boga durante el siglo III, adquiriría más congruencia si el autor escribiese en fechas coetáneas.

Contra este planteamiento mommseniano, que gozó en lo sucesivo de confianza, ha dirigido Walter varias objeciones. La principal es, a buen seguro, que ni la mención de Bizancio en lugar de Constantinopla, ni la ignorancia de la división provincial de Diocleciano, ni el silencio que se mantiene

respecto al cristianismo constituyen bazas suficientes, aun sumándolas, para inclinar el fiel de la balanza en abono del siglo III, puesto que todas ellas podrían perfectamente aplicarse a otros escritores más tardíos, en concreto a Marciano Capela (¡siglo V!). La remisión de Prisciano a Solino como una autoridad de la lengua latina tampoco exige la conclusión formulada por Mommsen, puesto que el autor de las *Instituciones Gramáticas* concede el mismo rango de clásicos a escritores del siglo IV, como Vegecio y Amiano Marcelino. Ahora bien, junto a todo esto Walter creyó que había encontrado un argumento muy convincente. Dentro del marco de la teoría sobre la segunda edición de la *Collectanea*, que luego analizaremos, llamó la atención sobre aquel pasaje en donde figura el retrato de los legendarios blemias acéfalos (31, 5), subrayando el hecho de que el propio Solino —según Walter; pero el interpolador, según Mommsen— advierte al lector que no se trata de la histórica tribu nómada de los blemias que habita en las cercanías del Mar Rojo. Para Mommsen, este inciso de la tercera familia de manuscritos (SAP) sólo probaba que el autor de la interpolación poseía conocimiento de las constantes luchas que Roma sostuvo con los blemias durante el siglo IV y que quiso de esta manera evitar posibles equívocos entre los lectores. La idea de Walter es bastante distinta, pues sucede que los enfrentamientos de las tropas imperiales romanas con los blemias se iniciaron mucho antes, ya en el reinado de Decio, y continuaron veinte años después con Aureliano a fin de desalojarlos de las rutas del Alto Egipto que enlazaban el

Nilo con el Mar Rojo; posteriormente, la guerra se mantuvo abierta durante el siglo IV, desde Diocleciano a Justiniano. Luego si fuese el mismo Solino quien precisó el detalle de los blemias para la edición definitiva de su obra, habríamos encontrado cómodamente dos firmes hitos para situar la redacción de la *Collectanea*, el año 250 d. C. como límite inferior y el 390-91 como límite superior, y este último coincidiría incluso con el término *ante quem* que deberíamos establecer si resultara probado que Amiano leyó a Solino. Junto a la segunda mitad del siglo III, todo el siglo IV entraría nuevamente en liza porque, en opinión de Walter, no es lícito retirarle su derecho de haber asistido a la creación del compendio soliniano[28].

Recientemente Schmidt ha vuelto a reclamar una redacción tardía para la composición de Solino sumando varios argumentos. La obra no está subdividida en libros, luego pudo desde un principio haber sido redactada para un *codex*, y constituye un compendio que encaja en la época de los epitomadores de Livio y de Valerio Máximo; sus más cercanos paralelos serían Ampelio, Carisio, Diomedes, y Macrobio. El estilo, ampuloso y balbuceante, es típico del Bajo Imperio y apunta, al igual que la lengua, más bien al siglo IV que al III. Pero la baza principal consiste en su idea, antes esbozada, de que el destinatario del compendio habría sido Constancio II: esta hipótesis le permite concluir que Solino debe ser datado, dentro de la historia de la literatura latina, en la mitad del siglo IV (fecha de finalización del borrador de la *Collectanea:* abril del 357)[29]. A reserva del

análisis que consagraremos luego al problema de la supuesta segunda elaboración del libro *(infra*, págs. 82 ss.), es preciso advertir aquí que esa solución, aun siendo cautivadora, tiene puntos flacos: exige dar por cierto que hubo dos cartas dedicatorias y que ambas fueron fruto de un revesado proceso, y no explica por qué hay otro nombre concurrente con el de Advento y Constancio, que es el de Herenio. Omite una alternativa válida, a saber, que vistas las coincidencias léxicas y estilísticas con textos de finales del III y comienzos del IV (Vulgata, Arnobio, probablemente Ampelio), el destinatario hubiese sido realmente el césar Constancio I (293-306), que desde su destino en varios territorios podría haber visitado Roma alguna vez y cuya permanente ausencia invitaba asimismo a desviar la dedicatoria final en beneficio de Advento. Por último, ¿es normal que en las ilustraciones miniadas de la *Collectanea*, que podrían datar del mismo siglo IV, la sagrada figura del Emperador fuera reemplazada por un personaje poco notorio como Advento, que tan sólo desempeñaba el papel de destinatario accidental?[30].

De inmediato se echa de ver que las dos últimas propuestas cronológicas pasan por restaurar la vieja idea de Salmasio sobre la autenticidad de la segunda carta[31] y sobre la historicidad de la revisión y modificación por parte de Solino de la primera copia de la *Collectanea*, un enfoque que, como tendremos ocasión de ver, dista de ser tan concluyente como defiende Schmidt. Ahora bien, no cabe duda de que las debilidades inherentes a las deducciones cronológicas de Mommsen mantienen su vigencia, habida

cuenta de que si desconociésemos la época en que vivió Marciano Capela, valiéndonos de los mismos razonamientos postularíamos su pertenencia al siglo III.

Después de un examen minucioso de todo el libro y de la valoración crítica de cada una de las noticias recopiladas, únicamente he logrado localizar dos nuevos pasajes que añadir al debate sobre la fecha de composición. El primero afecta al límite inferior o término *post quem:* cuando repite la información de Pomponio Mela relativa al templo de Némesis en Oropo (7, 26), Solino modifica el nombre de la diosa y la denomina Diana, obedeciendo sin duda a una tendencia que culminó entre finales del siglo II d. C. y comienzos del III en las provincias danubianas y que condujo al «sincretismo» entre ambas divinidades[32]. El segundo importa algo más. Después del parágrafo sobre los esenios, nuestro autor declara que la ciudad palestina de Engada se hallaba destruida (35, 12: *Engada oppidum infra Essenos fuit, sed excisum est)*. Es verdad que aquella plaza fuerte fue invadida y arrasada por los sicarios y que permaneció en ruinas a partir del 73 d. C.[33]; pero, aproximadamente hacia el año 300, Engada fue reconstruida y disponemos de la palabra de Eusebio de Cesarea para testimoniar que en el siglo IV recuperó su antigua vida[34]. Constituiría un grave descuido, de haber escrito ya muy avanzado el IV, el que Solino omitiese esa realidad y perseverase en una noticia obsoleta, máxime porque en el pasaje paralelo de Plinio (V, 73) sobre Engada nada se dice de la destrucción del lugar, lo que induce a pensar que nuestro autor añadió ese dato tomándolo de una

fuente corogràfica bien informada sobre Palestina. Hay finalmente más extremos que podrían evaluarse. Así, el sofista Sópatro de Apamea, discípulo de Jámblico, para redactar el cuarto libro de sus *Extractos varios* obtuvo informaciones de una obra, cuyo autor no menciona, que llevaba por título *Thaumátōn synagōgḗ*, es decir, *Colección de hechos admirables*[35]. Sópatro murió en tiempos de Constantino (306-337). El hecho es tal vez significativo en cuanto que ilustra una afición literaria hacia los motivos *de mirabilibus* en las últimas décadas del siglo III y a comienzos del IV y proporciona un título (¿modelo?) que pudo guiar a Solino. Otro dato a considerar es la coincidencia de léxico y de criterios entre las descalificaciones que Solino (30, 2-3; 31, 4) dirige hacia las uniones deshonestas de aquellos bárbaros que usan las mujeres en común y las fórmulas con que se condenan los matrimonios no conformes a los usos tradicionales en una constitución de Diocleciano y Maximino de mayo del 295, pues parece como si ambos redactores compartiesen un mismo estado de opinión[36].

¿Qué sentenciar, a la postre, sobre la datación de la *Collectanea?* Mommsen avanzó su impresión de que la senil admiración de Solino por el pasado y sus reproches a los tiempos que le tocaron en suerte son muestra de un período decadente, que se compadece mejor con la edad de Valeriano y de Galieno que con el siglo de los Antoninos. Y pese a todo, termina, apenas cabe allegar datos mucho más seguros a causa de la desesperante escasez de información que caracteriza al autor. Mas esta pura reflexión, en la que

los nombres de Valeriano y Galieno (253 d. C.-268 d. C.) sirven exclusivamente de recurso para ejemplificar una etapa, la del s. III, distinta a la anterior (el siglo de los Antoninos), fue tomada como veredicto absoluto y ha adquirido carta de naturaleza en las historias de la literatura latina y en las biografías de Solino, que fijan los días de nuestro autor bien hacia la mitad del s. III, bien durante aquellos dos reinados en concreto[37]. Con razón se han lamentado Walter y Schmidt de este abuso y no hay duda de que, ante la serie de elementos con que contamos, la prudencia recomienda matizar los juicios y evitar los pronunciamientos rotundos. Echada la sonda al mar de la *Collectanea*, y guiándome por todos los indicios anteriormente reseñados, por la lengua y por el espíritu que rezuma la obra, sospecho que Solino pudo escribir entre el final del siglo III y la primera mitad del siglo IV (290-350), sin que esté a nuestro alcance precisar más.

III. LA «COLECCIÓN DE HECHOS MEMORABLES»

1. *Título, contenido y prefacio*

Bajo el nombre de *Colección de hechos memorables* hemos recibido un libro-compendio que reúne los aspectos más llamativos del origen de Roma, de los varios territorios que configuraron el Imperio Romano y de las restantes partes del mundo habitado que sólo eran conocidas por relatos de viajeros y de comerciantes o por las leyendas. Pero es muy probable que nuestro autor no diese a su opúsculo ni éste ni

los demás títulos conservados, sino que en la práctica debemos reconstruirlo[38]. Adhelmo de Malmesbury, muerto en el 709, es el primer testimonio que llama a la obra de Solino *Collectanea rerum memorabilium*. Prisciano, el único autor de época romana que menciona el título, tanto dice *in collectaneis*[39] como, las más de las veces, *in memorabilibus*, y en una sola ocasión *in admirabilibus*. El monje Dicuil (s. IX), que manejó un manuscrito de la primera familia, reitera la secuencia *in collectaneis*, mientras que el códice N y sus afines de la tercera familia (SA) lo llaman *Liber de situ orbis terrarum et de singulis mirabilibus quae mundi ambitu continentur (quae in mundo habentur* SA). Los códices de la segunda familia presentan la subscripción *Collectarium rerum memorabilium*, y de ahí la anotación del *Parisinus* 6831 *Collectio rerum memorabilium*. Por último, la segunda carta dedicatoria declara que el nuevo título será el de *Polyhistor (El erudito)* en lugar del primitivo de *Collectanea rerum memorabilium*, modificación adoptada por la familia de códices interpolados para encabezar dicha epístola. De todo ello se deduce que la *praescriptio* más antigua en la tradición manuscrita debió de ser la de *Collectanea rerum memorabilium*, abreviada a menudo como *Collectanea* o *Memorabilia*, y que ése constituyó el título más probable de la obra[40].

Porque lo que Solino escribió fue, realmente, una *chorographia* comparada, una descripción de los lugares, de las tierras y de los pueblos del orbe salpicada de datos sobre fenómenos curiosos y extraordinarios de los reinos vegetal,

mineral y animal, veteada con los prodigios y paradojas que más habían sorprendido la credulidad de los antiguos. Solino organiza el libro de la siguiente forma. Arranca en la ciudad de Roma, como cúspide del mundo (1, 1-52), y se ocupa del nombre, de la historia primitiva, de la fundación, de la época real, del origen y fijación del calendario y de la persona de Augusto. Desde 1, 53 hasta el final del apartado (1, 127) agrega una exposición sobre la raza humana, refiriendo no sólo particularidades anatómicas y nosológicas, sino también teratológicas, y pasa revista a las capacidades o virtudes más notables, que ejemplifica a menudo en personajes famosos de la historia. A esta larga digresión suceden los capítulos presididos por el criterio geográfico, que principian en la península itálica (2, 1-54) y las islas anejas, Córcega, Cerdeña y Sicilia (3, 1-6, 3). Fiel al esquema divulgado por Plinio, Solino procede a recorrer el mundo en forma de periégesis o periplo: Grecia y el Mediterráneo oriental, el Helesponto y todas las márgenes del Mar Negro (7, 1-19, 1), el océano septentrional y el Mar Caspio, Escitia, Germania y el norte de Europa, Galia, Britania e Hispania (19, 2-23, 12). Y en este punto no deja pasar la oportunidad de describir el estrecho de Cádiz y de evocar la doctrina sobre las propiedades del Mediterráneo y el fenómeno de las mareas (23, 13-22). Reemprende el camino ya desde África, que examina en dirección a oriente partiendo de Mauritania y cruzando Numidia, África Proconsular y Cirenaica, hasta llegar a Egipto y Etiopía (24, 1-32, 44). El tramo final está dedicado a las regiones del Asia: Arabia y Siria (33, 1-36, 3),

Mesopotamia, Armenia, Persia y Asia Menor (37, 1-45, 18), Asiria, Media, el Mar Caspio, Asia central, India, Ceilán, Partia y Babilonia (46, 1-56, 3). El libro se cierra mediante un simple esbozo de la ruta etiópica, cruzando el océano sur, hacia el Atlántico, en donde ilustra la tradición sobre las islas Górgades, las Hespérides y las Afortunadas (56, 4-19).

Aunque la disposición podría hacer pensar que Solino construye un mero tratado geográfico, el contenido de la obra nos revela que ese juicio sería incorrecto. No es, desde luego, una obra histórica, pues nuestro autor renuncia voluntariamente a referir cualquier acontecimiento que sobrepase la época de Plinio; de los emperadorees romanos posteriores a Claudio sólo cita a Vespasiano, y todos los ejemplos de hombres famosos pertenecen a la República, con la excepción de Suetonio Paulino[41]. Pero en su dimensión geográfica, la *Collectanea* ofrece mucho más que una descripción de territorios, mares, ciudades y accidentes, y así lo advierte el autor en la carta dedicatoria a Advento, significando su intención de buscar las noticias más extrañas y orillar las más sabidas, por lo que se detendrá en aquellas que afectan a la naturaleza y cualidades de hombres y animales, a las plantas exóticas, a la apariencia de las gentes más remotas y a las curiosas costumbres de los pueblos recónditos. El libro aspira a ser, ciertamente, un ‘inventario del mundo’, pero no está concebido para suministrar en sus distintos capítulos notas útiles y necesarias que auxilien los viajes, sino sólo aquellas particularidades que satisfagan el ansia de saber y sean dignas de guardarse en el recuerdo. Y

este objeto se halla claramente expuesto en la introducción, cuya forma y estructura merecen cierto examen

Una característica general de los prólogos latinos en las obras técnicas de edad imperial es que obligan al autor a eludir los recursos de la ficción o los tópicos convencionales, al contrario de lo que sucede en las composiciones literarias, y este condicionamiento restringe los elementos internos de la pieza introductoria, que no sólo cumple la función de comunicar al receptor de la dedicatoria y al lector la génesis y propósitos del tratado, así como sus modelos y fuentes, sino que renuncia sinceramente al protagonismo de autor, concediendo mayor mérito a la materia o contenido que a la forma y privilegiando la investigación y los propósitos de servicio y utilidad[42]. Solino nunca oculta, en efecto, su despreocupación por el estilo ni considera un fallo su pretendida falta de elegancia. Por la forma en que contrapone esa carencia de perfección discursiva a la riqueza del contenido material, podríamos suponer que siente indiferencia frente a cualquier tipo de presentación retórica llevado por el convencimiento de que la forma estilística no reviste importancia comparada con la transmisión de conocimientos *(fermentum cognitionis)*, persuadido de que cuanto nos relata es tan interesante por sí mismo que no necesita infundirle atractivo alguno. Pero se trata simplemente de una apariencia. La estructura y secuencias de la carta-prefacio ponen de manifiesto una gran pulidez literaria, dentro de su género: saltan a la vista, por ejemplo, la existencia de un orden de palabras bien compuesto, el

empleo consciente de cláusulas finales rítmicas y la aplicación de significados metafóricos a palabras infrecuentes. El preámbulo representa el mostrador desde el que nuestro autor define su programa y despliega su potencial literario, que está dispuesto a doblegar en aras de los principios allí mismo enunciados[43]. El primero de ellos es la sumisión a los autores más antiguos y al tratamiento que dieron a los temas, un criterio que le conduce a renunciar paladinamente a la originalidad. El segundo es la brevedad. Janson ha llamado la atención sobre este rasgo, que califica muy bien a los diferentes linajes de compiladores. Puesto que sus obras no son sino resúmenes, deben cargar el énfasis en el provechoso papel de los tratados cortos, justificando por vía indirecta su propio trabajo. Aulo Gelio y Justino confiesan haber entresacado con gran esfuerzo los datos importantes de los modelos que habían refundido, e indican así al lector que su compilación es de hecho más preciosa que el original. Pero Solino avanza todavía otro paso: además de postular la brevedad como una virtud en sí misma, se declara íntimamente satisfecho de haber logrado para su compendio la longitud adecuada[44]. Y en tercer lugar adopta, según vimos, el principio de cuidar el contenido por encima de la forma: con ello persigue orientar el juicio de los críticos, que deberán valorar sobre todo los problemas y condicionamientos impuestos por la naturaleza técnica del asunto y cómo, dentro de su complejidad, han sido superados. Buena parte de estos recursos sirvieron luego para configurar, entre los escritores medievales, las fórmulas

de «falsa modestia» que fijan la urdimbre de las distintas introducciones[45].

2. *Sus fuentes*

Pero pasemos al aspecto más problemático del compendio. ¿De dónde extrajo Solino los materiales y cuál fue su aportación original? La contestación a esta pregunta constituye el reto fundamental a la hora de enjuiciar imparcialmente la personalidad literaria de Solino. Ya Salmasio presentó nuestra obra como un extenso epítome de Plinio que aglutinaba unos pocos parágrafos de Mela y contaba asimismo, como al principio hicimos constar, con algunas adiciones y rectificaciones propias. Mommsen anotó al margen del texto todos los pasajes tomados de Plinio y cuantificó su número, sentenciando que constituyen casi tres cuartas partes del opúsculo; sobre el resto propuso varias soluciones, que ahora examinaremos al tratar de su segunda edición.

Después de la aparición, en 1864, de la primera *Collectanea* mommseniana, llamó poderosamente la atención de los especialistas la frecuencia con que Solino había utilizado a Varrón, al que citaba en trece ocasiones[46], y se estimó que los tratados varronianos puestos a prueba fueron las *Antiquitates* y el *De ora maritima*. Más tarde, Mirsch precisó la idea e introdujo un nuevo parámetro en los modelos del libro: siendo cuestionable que un compilador tardío y superficial leyese directamente a Varrón, propuso que los pasajes solinianos incluidos a nombre del

enciclopedista romano habrían sido transmitidos y reelaborados por una fuente intermedia y apuntó en concreto a los *Prata* de Suetonio, obra monumental de la que Solino conoció, al menos, un libro[47]. La *Collectanea* establecería, pues, una combinación entre Plinio, Mela y Suetonio, cuyos «*Prados*» serían el origen de las demás noticias que no figuran en los dos primeros.

Sin embargo, la publicación por Mommsen de la segunda edición de la *Collectanea*, que confirmaba muchos de sus puntos de vista anteriores, alteró en buena medida este panorama. Según la tesis tradicional, que Mommsen sigue compartiendo, Solino copia sobre todo a Plinio y entresaca algunas cosas de Mela. Pero el sabio alemán nos revela que existen otras dos fuentes, cuyas huellas cree haber rastreado en profundidad: todas las indicaciones solinianas de carácter cronológico parecen provenir de primera mano de una fuente de excelente época[48], que Mommsen identifica con un *tratado cronogràfico de Boco*, redactado en tiempos de Claudio y publicado el año 49 d. C., por medio del cual nuestro autor accedería a algunos de los pasajes de Varrón, a Verrio Flaco y a otra serie de escritores latinos (M. Antonio, el propio Boco, Catón, Cincio, Celio, Cosconio, Casio Hemina, Lutacio, Cornelio Nepote, Fabio Píctor, Pomponio Ático, Sextio, Tarrucio, Cicerón, y tal vez los *Libros Prenestinos)*, así como a los autores griegos que aparecen citados en contextos de cronología (Agatocles, Apolodoro, Eratóstenes, Heraclides, Sileno, Zenódoto)[49]. A su vez, los datos de carácter corográfico procederían de una fuente

desconocida, una especie de amplísima *chorographia* que pasaba revista al orbe entero y a todas sus maravillas, incluidas las noticias mitológicas. Aquí es en donde Solino descubriría el resto de los pasajes de Varrón, en particular los referidos a las costas, y al escritor Granio Liciniano. La comparación de Plinio y Solino con algunos lugares de Apuleyo y de Amiano demostraría, según Mommsen, que las coincidencias entre Apuleyo, nuestro autor y Amiano no dependen directamente de Plinio ni de ellos entre sí, sino de un modelo común, de una obra intermedia que efectuó una refundición o epítome de Plinio (libros II a XII y XXXVII) y lo completó con otros datos (extractos de los restantes libros de Plinio y de varias obras geográficas y cronográficas, entre ellas una corografía ignota que también usó Mela). A este modelo lo denominó Mommsen *chorographia Pliniana:* debía estar ya extendida en época de los Antoninos y, tal como se deduciría de su uso por Apuleyo y de la mención de Granio Liciniano, no pudo redactarse antes del período adrianeo; lo más probable es que fuese escrita durante el reinado de Adriano o de Antonino Pío. De su autor cabría decir que, pese a ciertos desaliños[50], era hombre de vastas lecturas: en caso de que Solino se hubiera molestado en citarlo, no podría ser otro más que el propio Granio Liciniano, pero Mommsen albergó dudas de que en la *Collectanea* figurase su nombre, pues con el mismo derecho, dice, cabría conjeturar que Granio fue el autor de aquella otra corografía perdida que el autor de la *chorographia Pliniana* usó, junto con Mela, para aumentar las noticias de

Plinio. De todas formas, el papel de este epítome pliniano dentro de nuestra *Colección* no sería demasiado notable: Solino se habría limitado a realizar un resumen de tal *chorographia*[51] y no habría perfeccionado en absoluto el trabajo de aquel compilador. ¿Hizo algo más Solino? Mommsen no olvida, es cierto, que existen algunos lugares del libro en los que el autor discurrió por sí mismo, es decir, en que su aportación fue original. Estos puntos fueron señalados al margen de la edición con la nota SOL(INVS), aunque el gran romanista acoge con agrado que esta circunstancia suceda pocas veces, porque está persuadido de que tales contribuciones no traen ningún provecho.

El edificio mommseniano sobre los modelos de Solino, que todavía sobrevive en bastantes manuales —en particular, su «hallazgo» de la corografía pliniana—, fue inmediatamente impugnado por Columba. En un trabajo coetáneo de la segunda edición de la *Collectanea*, que Columba revisó años más tarde[52], el filólogo italiano negará la dependencia global de Solino respecto a Plinio y tratará de establecer una fuente previa a la *Historia Natural*, común a ambos autores. A tal objeto, empieza por desmontar la *chorographia Pliniana*. En su opinión, Plinio fue repartiendo las noticias de carácter general que encontró en sus fuentes corográficas entre los distintos apartados en los que dividió su obra, y, por ejemplo, las noticias sobre la flora de India, que proceden de historiadores helenísticos (Megástenes, Onesícrito, Aristóbulo) y se encuentras reunidas en Estrabón (XV 1 [C 694]), están distribuidas en tres libros (VII, 21;

XII, 23; XXXII, 16 y 162). Por tanto, Solino o el autor de la corografía tendrían que haber deshecho nuevamente el trabajo de disgregación que efectuó Plinio, puesto que en la *Collectanea* aquellos datos de la flora india sí aparecen juntos (52, 46-48). Y como por añadidura Solino ofrece aquí algunos complementos que faltan en Plinio, pero se hallan en Estrabón y Diodoro (II 36, 5), cae por su base que nuestro autor no los tomó de la *Historia Natural*, sino de las fuentes de Plinio. Si cotejamos otras noticias que figuran en ambos escritores y analizamos cómo fueron transmitidas por el resto de la literatura antigua griega y latina, resulta que el texto de Solino respeta la tradición bastante más fielmente que el de Plinio, cuya tendencia suele ser alejarse de ella. Por último, también las coincidencia literales encontrarían fácil justificación. La repetición de términos en las descripciones geográficas ha de producirse, dada la naturaleza del tema, con gran frecuencia, y cuando hay variaciones éstas sólo obedecen a efectos literarios o a la disposición didáctica del material; además, es notorio que Plinio reproduce a sus modelos con las mismas palabras, por lo que no deben sorprender las concordancias con Solino u otros autores que también los hubiesen leído[53]. La tesis viene a ser, en suma, que los préstamos directos de la *Historia Natural* hacia la *Collectanea* habría que reducirlos a un mínimo y se limitarían, esencialmente, a algunas noticias de los últimos años en que Plinio escribió.

Ahora bien, si Solino no depende de Plinio, es que ambos tuvieron un mismo modelo. ¿Cuál pudo ser esa fuente

común, anterior a Plinio? El método seguido por Columba es idéntico al que Mommsen aplicó en su introducción. Por una parte, comprueba que en Solino existen rastros de Varrón y algunas reminiscencias de Salustio. Por otra, la comparación entre Mela y Plinio le lleva a la identificación de dos fuentes geográficas perdidas. Una de ellas (A), en la que Mela se inspiró y que no hizo sino resumir, es más antigua: Columba llega a imaginar cuáles fueron los modelos de esa fuente y pone de manifiesto ciertos caracteres fundamentales de la misma, como pueden ser sus tendencias racionalistas y evemerísticas en la interpretación de los mitos. La segunda corografía (B), más reciente, sería la utilizada por el naturalista romano y constituiría una simple reelaboración de aquella otra (A), aunque asumiría a veces nuevos planteamientos críticos[54]. Según Columba, podríamos incluso suponer cómo se formó la más antigua (A), de la que sólo Mela depende directamente: en ella se sobrepusieron dos concepciones geográficas diferentes; la más primitiva, recogida por Varrón, que establecía la división entre Europa y Asia en el istmo del Ponto y en el Caspio, y otra posterior que, conforme a una idea más general, compartida por Salustio, la situaba en el Tanais (Don) y en el Nilo.

Ahora asoman las razones por las que Columba denominó a este sorprendente hallazgo (A) la *chorographia varro-sallustiana:* era una inmensa periégesis que no sólo encerraba las pertinentes descripciones geográficas, sino también innumerables informaciones acerca de mitos y fábulas locales, sucesos históricos y personajes egregios,

costumbres y ritos de pueblos foráneos, etimologías, invenciones, prodigios y paradojas de toda condición, fenómenos celestes y terrestres, así como de obras de arte y monumentos famosos. No era posible datarla, pero sí calcular que ofrecía más de cuanto hoy encontramos sobre esos temas en Mela, Lucano, Plinio y Solino juntos, aun cuando sólo el primero la habría consultado y resumido directamente. A su vez, esta monumental obra habría generado un extenso epítome (B), que Columba llama *chorographia ignota* y que, sustancialmente, contendría los mismos materiales que su modelo varro-salustiano, excepto los incisos más fabulosos y «paradoxográficos». Plinio habría tomado este compendio como fuente de su *Historia Natural*, aunque a menudo modificara o ampliase sus datos, y los registros allí anotados iría distribuyéndolos entre los distintos libros, según el diseño de su obra[55]. Cabría fechar el epítome en los primeros años del reinado de Nerón.

El último paso es el que afecta ya a nuestro autor: esta *chorographia ignota*, fuente de Plinio (B), habría sido extractada por otro escritor desconocido, denominado por Columba el «compilador soliniano», el cual, aun conservando la materia y el estilo, reordenó el modelo corográfico de Plinio y construyó con él una nueva obra (C), puesto que sólo perseguía los detalles de mayor interés. No obstante, tendría también ante sus ojos la *chorographia Varro-Sallustiana* (A), llegando a demostrar un sentimiento patriótico romano tanto en la parte reservada a la historia de la Urbe como al disgregar los apartados antropológicos y

colocarlos a continuación del capítulo de Roma, con la idea de que la capital del Imperio significase el hogar de la humanidad. Esta tercera y definitiva corografía breve (C), cuya época ignoramos, sería el modelo de la *Collectanea*. Solino habría reducido a compendio el escrito de ese compilador, interpolando acá y allá algunos pasajes sacados de Plinio; pero de Mela no tomó ninguno, sino que las coincidencias entre ambos estarían justificadas por la descendencia lineal de los modelos.

Mediante este complicado artificio teórico Columba exteriorizó su impresión de haber eliminado los principales problemas en la determinación de las fuentes solinianas. ¿Queremos explicar las correspondencias entre Apuleyo, Solino y Amiano? Bastará con suponer que los tres tuvieron acceso al compilador de la corografía más breve (C). ¿Por qué Amiano, en las noticias que comparte con Plinio y Solino, se detiene en época de Claudio? Pues porque esto mismo sucedía en el libro del llamado «compilador soliniano» (C)[56]. Sin embargo, esa impresión subjetiva no logra que olvidemos la debilidad del armazón, comenzando por la necesidad de postular hasta tres grandes obras desconocidas por delante de la *Collectanea*, la más inverosímil de las cuales es la *chorographia ignota* (B), ya que no se adivina el motivo por el que Plinio no querría emplear directamente la antología varro-salustiana (A), que era mucho más completa, y adaptarla a los puntos que trataba en cada libro[57]. ¿Y por qué no puede aceptarse que la fuente de Solino (o de Mela, o de Plinio) hayan sido el mismo Varrón o el propio Salustio?

[58]. Por si fuera poco, mediante el valor que concede al «compilador soliniano» (C) Columba recupera inconscientemente la *chorographia Pliniana* de Mommsen y rebaja el papel de la *Historia Natural* al de una insignificante fuente auxiliar desde el momento en que Solino ya no necesitaría manejar a Plinio, sino que aforaría todo el caudal pliniano de esta corografía breve (C). Parece casi increíble que un oscuro compilador pudiera ejercer sobre Solino mayor atracción que el conocimiento del propio Plinio, cuya lectura y frutos seguían vivos en el siglo IV, como sabemos por Ausonio y Símaco, y esta probabilidad obsta por igual la tesis mommseniana del corògrafo pliniano. Súmese la afirmación de que Mela jamás estuvo en las manos de Solino, propuesta difícilmente admisible si sometemos a crítica lingüística e histórica los textos coincidentes. En verdad, no cabe sino suscribir el voto formulado por Sallmann para que estos «quásares» literarios e historiográficos desaparezcan definitivamente del ámbito filológico[59].

Afortunadamente, después de tantas conmociones se ha abierto paso la antigua idea de Salmasio sobre la influencia inmediata de Plinio y Mela en la elaboración de la *Collectanea*[60]. No cabe duda de que Solino tuvo en sus manos a Plinio, a Mela, tal vez los *Prata* de Suetonio, a Lucano y algunas fuentes adicionales que, pese a todas las dificultades, intentaremos precisar. Dos tercios del texto se basan, como ya dijimos, en Plinio, y Rabenald demostró convincentemente que nuestro autor compendió en directo la *Historia Natural*. Extrajo información de doce libros en

particular: de los tratados geográficos *(Historia Natural* III-VI), de la antropología y fisiología humana (VII), de la zoología (VIII-XI), así como de la primera parte de la botánica, destinada a los árboles y arbustos foráneos (XII-XIII), y del libro sobre las piedras preciosas (XXXVII). De algunos otros se limitó a recoger noticias que interesaban a un propósito concreto (II, XVI, XXI, XXVIII, XXX, XXXI, XXXIII, XXXV, XXXVI). Los tratados geográficos (III-VI) inspiraron también la secuencia periegética, en forma de periplo, que presenta la *Collectanea*, pues resulta evidente que Solino incluye las mismas divisiones por capítulos establecidas por Plinio y que sólo modifica el orden, insertando como punto de partida los parágrafos sobre Roma[61]. En cambio, la corografía de Mela fue aprovechada en todos sus apartados, aunque no en la misma proporción que Plinio: su papel se reduce casi siempre al de un complemento breve que permite ya corregir o precisar un dato pliniano, ya ilustrar con curiosidades etnográficas una descripción concreta.

Más problemática resulta la demostración de la influencia de las restantes fuentes, en particular de aquellas que no conservamos. Los datos solinianos sobre la cronología catoniana, la lista de los reyes primitivos, las noticias sobre el nombre de Roma, sobre Hércules y sus compañeros, así como las relativas al Palatino, desprenden sin duda efluvios de erudición varroniana, pero ya señalamos que ha existido una ilógica renuencia a admitir que en los siglos III/IV d. C. se produjese la explotación directa de Varrón. Fue seguramente

dicha tendencia la que condujo a Rabenald a considerar que el conjunto de informaciones habría llegado hasta Solino a través de los *Prata* de Suetonio, una hipótesis que encierra cierto atractivo y que gozó muy pronto de adhesiones, sobre todo porque parece muy probable que Solino conociese la parte de aquel libro que estudiaba el año entre los romanos[62]. El hallazgo de Suetonio como modelo de todo cuanto en el compendio soliniano no puede ser atribuido ni a Plinio ni a Mela supuso, en palabras de Diehl, una gran simplificación del problema de las fuentes, aun cuando con ello la incógnita de quiénes fueron esos «escritores más aceptados», autores de «unos cuantos libros muy selectos», a los cuales alude Solino en el prefacio, no se había despejado correctamente. Veamos por qué.

Conviene principiar con el caso de Lucano. Todo el relato de la *Collectanea* sobre las serpientes africanas coincide con *Farsalia* IX 700-788. Sin embargo, se prefirió asociarlo a las demás noticias ofrecidas sobre las serpientes de Italia y de India, sobre el basilisco y los dragones etiópicos, así como al parágrafo relativo al papagayo, para extraer la conclusión de que este bloque deriva del libro suetoniano *De natura animantium*, incluido en los *Prata*[63]. Ahora bien, al examinar con detalle el inciso sobre las sierpes africanas, Salemne ha demostrado brillantemente su dependencia directa de la *Farsalia* y la eficiencia de Solino para corregir algunos detalles lucaneos mediante una fuente naturalista indeterminable[64]. Añadamos que de otros pasajes del compendio se desprende también un conocimiento directo de

Lucano (a saber: en 27, 38-39, descripción de las Sirtes; en 27, 45, noticia sobre la fuente de Amón; en 27, 54, sobre el río Leteo del Hades; en 33, 17 sobre los árabes y las sombras), lo cual garantiza que Solino, consciente de las aportaciones originales que contenía aquel poema, manejó libremente la *Farsalia* (libros III y IX) para mejorar y completar su descripción de las curiosidades africanas.

Una segunda conclusión no menos decisiva redunda de los parágrafos sobre la antigua Macedonia y la historia de la casa real (Solino, 9, 3-14). La teoría más extendida supone nuevamente que podrían proceder de Suetonio, y en concreto del libro *De regibus*, que integraba la serie de los *Prata*. Por fortuna, el resumen hecho por Justino en el siglo III d. C. de las *Historias Filípicas* de Pompeyo Trogo me ha permitido descubrir que Solino sigue fielmente la secuencia y acciones monárquicas allí establecidas (libro VII) para cada reinado, y esto induce a pensar que, con gran probabilidad, toda aquella parte de la *Collectanea*, que Mommsen declaró copiada de fuente ignota, constituye un extracto de la valiosa obra histórica de Trogo, sobre cuya firme reputación durante los siglos del Imperio y sobre la autoridad que ejerció en otros autores existen suficientes pruebas[65]. Si Solino, como presumo, sacó partido de las *Historias Filípicas*, no debería extrañarnos que también hubiese cotejado otro texto de Trogo, el tratado *De animalibus*, que constaba al menos de diez libros; fue la primera obra romana sobre el particular que tuvo en cuenta a Aristóteles, y Plinio reconoce que estuvo entre sus fuentes. Esto explicaría bien el origen de

bastantes detalles zoológicos en donde la *Collectanea* se separa de su modelo pliniano: Solino se habría valido directamente de Trogo para rectificar o aumentar las informaciones ya extractadas por Plinio el Viejo sobre determinadas especies animales —porque nuestro autor se propuso destacar nuevos aspectos o enmendar la plana al naturalista— y para enriquecer los datos sobre las serpientes que leyó en Lucano.

A este propósito, sumamente juiciosas se revelan las reflexiones de Poucet cuando evalúa las fuentes que nos informan de la Roma primitiva: «los estudiosos deben desplegar una extrema prudencia, ya trabajen sobre autores tardíos como Macrobio o Isidoro de Sevilla, ya sobre autores más antiguos como Tito Livio o Dionisio de Halicarnaso. Y esa prudencia es todavía más recomendable cuando las fuentes que intentamos descubrir han desaparecido por completo o sólo perduran en forma de míseros fragmentos. La idea de un Varrón como fuente principal de los primeros libros de Dionisio procede, evidentemente, de una época en la que no se dudaba a la hora de presentar los *Prata* de Suetonio como la «fuente» de las *Origines* de Isidoro de Sevilla. Eran los buenos tiempos de la «fuente única» *(Einzelquelle)*, tan apreciada por una determinada forma de *Quellenforschung*. Cabría considerar que es una época completamente superada. Y sin embargo, estas concepciones atrasadas aún continúan influyendo —y, dicho sea de paso, con frecuencia lo hacen de modo inconsciente— en nuestra investigación, a veces obstinada, de las fuentes»[66].

Debemos suscribir sin rebozo tales ideas. Es evidente que Solino construyó la estructura de su obra con materiales, sobre todo, plinianos, y que fue realzándola con la corografía de Mela, proceso que no admite discusión porque conservamos los libros de los tres escritores. Pero el deseo de reducir todo el resto del compendio, un tercio aproximadamente, a una composición perdida de Suetonio, zanjando así el problema de los modelos con el sufrido expediente de la *Einzelquelle*, hace agua por ambos costados[67]. En lugar de Suetonio, Lucano debe ser admitido como el inspirador de ciertas noticias relativas al África, y Pompeyo Trogo el de la sección concerniente a la historia y los reyes de Macedonia, con la fundada sospecha de que numerosos datos sobre animales, y algunos sobre otras curiosidades, salieron del mismo filón[68].

Y no termina aquí la historia de los modelos solinianos. La probabilidad de que nuestro autor tuviese en sus manos a Varrón es muy alta, y no sólo podría haber consultado las monumentales *Antiquitates* y otros escritos relativos a los orígenes del pueblo romano para documentar las noticias sobre la Roma primitiva que aparecen al inicio de su Colección (cronología catoniana, lista de los reyes primitivos, nombre de Roma, Hércules y sus compañeros, monte Palatino), sino incluso haber visto los tratados de geografía y los libros *logistorici* varronianos (en concreto, el denominado *Gallus Fundanius de admirandis)* a propósito de las propiedades especiales de algunas aguas griegas[69]. Por otra parte, antes de que Columba edificase su fastuosa

corografía varro-salustiana ya Dressel advirtió huellas de Salustio en la *Collectanea*, y esa influencia salustiana parece confirmarse en los pasajes geográficos descriptivos de Córcega y Cerdeña[70]. Además, es frecuente tropezar con lugares concretos en los que se hace perceptible la impronta de otros escritores, poniendo de manifiesto que Solino consultó realmente varios libros, como anuncia en el prefacio, a fin de intercalar datos o expresiones que ampliasen la perspectiva del lector: parece haberlos de Lucrecio[71], Cicerón[72], Cornelio Nepote[73], Valerio Máximo[74], Tácito[75] y Veleyo Patérculo[76]; más discutible es si nuestro autor emuló a Silio Itálico y a Floro[77] o si leyó a Sextio[78]. Fluyen por toda la obra coincidencias literales, en forma de *iuncturae*, con textos poéticos, aunque constituyen tan sólo reminiscencias literarias que delatan una instrucción memorística y una buena cultura.

Menos problemática se presenta la justificación de aquellas líneas en donde Solino transmite informaciones que fueron también recogidas por fuentes mucho más antiguas, tanto griegas como romanas: si en un pasaje descubrimos huellas de Teágenes y de Valerio Ancíate, no es porque nuestro autor manejase sus obras, sino más bien porque actuaron como modelos de Trogo, a quien copió Solino[79]. Si en otras páginas comprobamos que la misma historia figura en Solino y en Heródoto, o en Ctesias, o en Jenofonte, o en Teofrasto, o en el Pseudo Aristóteles, o en Megástenes, o en Apolonio de Rodas, o en Agatárquides, o en Apolodoro, o en Nicandro, o en Celio Antípatro, o en Estrabón, o en Diodoro

Sículo, o en Dionisio de Halicarnaso, o en Juba, parece incuestionable que nuestro autor nunca aspiró a tan exquisita erudición, conformándose con resumir no sólo a Trogo, sino a otro buen modelo que sí supo hacer suyas todas esas fuentes[80]. A ese supuesto modelo, que me resulta imposible identificar, es al que he llamado a lo largo de las notas del comentario el «escrito paradoxográfico» seguido por Solino, porque su influencia siempre emerge en contextos narrativos de fenómenos asombrosos[81].

3. *Estilo y composición*

El juicio que sobre la calidad literaria de la *Collectanea* impuso Mommsen fue, según vimos, profundamente crítico, pero el análisis de la lengua empleada por Solino que realizaron Landgraf y Hyskell permite matizar la impresión negativa que predomina en buena parte de la bibliografía. Si bien es cierto que nuestro autor suele recoger de forma muy literal numerosos pasajes de Plinio y Mela, es injusto erigir en principio que lo hizo tan servilmente que no fuese capaz de corregir a su modelo o no añadiese algo de su propia inspiración, aunque sólo se trate de dos o tres palabras[82]. Queda, por otro lado, ese tercio de la obra en donde Solino aglutinó nuevas fuentes y se permitió alumbrar observaciones personales. Los rasgos más apreciables de nuestro autor son:

—El uso de bastantes arcaísmos (por ejemplo, *nequeo* por *non possum, extimus* por *extremus)*, a los que parece recurrir de modo consciente[83], y la libertad con que usa palabras nuevas, que hicieron pensar a Hyskell que fue un buen

creador de lenguaje.

—Realiza sin embargo concesiones al latín tardío, cuando escribe *proximare* por *appropinquare, ad instar* por *vice/modo;* multiplica los sustantivos verbales con sufijo *-tio*, lo que significa que ha amoldado las fuentes utilizadas al uso lingüístico propio[84], y muestra que muchos de los aspectos lingüísticos que se tenían por peculiares del latín africano son patrimonio común de la latinidad tardía[85].

—Tiene coincidencias léxicas con la Vulgata, Arnobio, Jerónimo, Agustín, Casiodoro, Celio Aureliano y Prudencio, pero a menudo también aparecen giros que se encuentran en autores de gran calidad, tales como la combinación de adjetivos en distintos grados *(plurimus et celeber, optimus et ferax*, etc.).

—Es obvia la constante influencia, como modelos literarios, de los poetas latinos más clásicos. Escribe mucho en recuerdo de Virgilio, sin duda porque las interpretaciones de la *Eneida* y el aprender de memoria a Virgilio constituían el fundamento de la enseñanza escolar. No sólo utiliza términos de inequívoco sabor virgiliano *(abusque, accomodus, terrificus)*, sino que cabe apreciar cómo breves secuencias de algunos versos del Mantuano, e incluso tecnicismos usados en las *Geórgicas*, afloran constantemente en las descripciones solinianas de territorios y pueblos[86].

—Efectúa una correcta transcripción latina, superior a la de Plinio, de los nombres recogidos en los antiguos lapidarios griegos[87].

La forma de trabajo de Solino es típica del compilador.

Jamás cita a Plinio ni a Mela, ocultando las dos fuentes sobre las que apoya su obra; en cambio, buena parte de los autores mencionados por su nombre (Agatocles, Eratóstenes, Apolodoro, Sileno, Heraclides, Zenódoto, Cincio, Catón, Cosconio, Gneo Gelio, Casio Hemina, Fabio Píctor, Lutacio, Antonio Gnifo, Tarrucio, Boco, Estacio Seboso) no fueron consultados personalmente, sino que provienen de los modelos que extractó. Casi nunca toma grandes apartados de Plinio o de Mela y suele limitarse a reproducir breves frases o series de palabras; a menudo las complementa con nuevos datos adquiridos en el mismo autor, pero en diferente libro, o leídos en otra parte[88]; raramente adjunta sus deducciones u opiniones. Ya dijimos que se ha acusado a Solino de carecer por completo de aportaciones propias y tan sólo se ha hecho aprecio, si es que no debería conceptuarse antes como habilidad que como mérito, de su eficiencia a la hora de establecer soldaduras entre los diferentes textos que fue compilando.

Un análisis más detenido acaba mostrando que esta visión es imperfecta. Solino incurre, ciertamente, en impericia y defectos: sufre confusiones en unos casos y delata en otros débiles conocimientos, aunque se halla inducido tal cual vez por los manuscritos que manejó[89] y por todas las contradicciones yacentes en sus modelos, que se vio precisado a armonizar. Pero presenta también un balance positivo, que no parece lícito soslayar. Parte de sus virtudes emergen del mismo fondo material de la *Collectanea:* proporciona numerosas etimologías, bastante atinadas, que

testimonian la preocupación por reforzar sus explicaciones con las raíces de los nombres[90]; introduce pinceladas de ironía y declaraciones de escepticismo frente a algunas observaciones de Plinio o de otra procedencia, cuando no corrige abiertamente los datos[91]; consigue aportaciones personales, la más feliz de las cuales le ha valido a Solino pasar a la posteridad como el creador de la expresión «mar Mediterráneo»[92]; sabe adoptar, por último, razonamientos lógicos y morales[93].

Su otra virtud afecta al carácter genérico de la obra, que atesora sanos principios de composición. Dentro de la literatura griega se habían desarrollado, al menos, dos tradiciones geográficas: una está representada por los relatos de viajeros, curiosos y aventureros (comerciantes), de la que forman parte tanto Heródoto como los periplos y los itinerarios; la otra se halla constituida por las descripciones de la tierra habitada, y en ella se inscriben Hecateo de Mileto y los tratados «periegéticos» y corográficos. Si la primera tiene como objeto reconstruir determinados recorridos o reseñar los espacios «odológicos» susceptibles de ser explorados por ulteriores visitantes, la segunda se centró pronto en la descripción de territorios, en las listas de lugares y de etnias, en los rendimientos de la naturaleza, en los fenómenos paradójicos y en las diferencias culturales (religiosas, mitológicas, históricas). Solino enraíza bien en este último plantel, que contó con grandes especialistas en el mundo griego, pero que no tuvo, exceptuando a Mela y Plinio, demasiados vástagos entre los romanos.

La *Collectanea* cumple con creces los requisitos de aquella tradición. Es *enciclopédica*, lo que significa que comprende todo el mundo conocido, y establece un *orden riguroso*, como anuncia el prefacio, en la sucesión de lugares: dos cualidades que convierten a esta obra en un temprano exponente de lo que se ha llamado el «Modelo» del arte literario medieval, que no es otro sino aquel que persigue la unidad valiéndose de una multiplidad grande y perfectamente ordenada[94]. A su vez, cada lugar se concibe como un compartimiento o ficha en donde consignar todo un conjunto de informaciones que más tarde puedan ser fácilmente localizadas mediante un enlace memorístico asociativo. Los países y sus topónimos van ligándose uno tras otro a algún prodigio de la naturaleza, a la descripción y a los hábitos de un animal, a un ritual religioso, a una costumbre extraña, a una piedra preciosa, al cultivo de una planta exótica, a un episodio de la historia o de la mitología, a un personaje famoso. Son esta proyección didáctica de la geografía y las concesiones hechas al relato «paradoxográfico» lo que explica, a buen seguro, la inmensa y temprana acogida que tuvo Solino y su condición de autor imprescindible, durante la Antigüedad tardía y la Edad Media, en los anaqueles de las buenas bibliotecas.

Tal vez sin proponérselo, nuestro autor puso remate a un largo proceso creativo nacido en época helenística. Calímaco, Antígono, Ninfodoro, Apolonio, Isígono y otros recogieron en numerosas fuentes noticias extraordinarias sobre la fauna y la flora de países exóticos, aunque sin someterlas nunca a

crítica. Más tarde, sus escritos fertilizaron la imaginación de algunos naturalistas y poetas, cuyas obras fueron acumulando elementos fabulosos y leyendas inverosímiles junto a observaciones muy atinadas procedentes de Aristóteles y de sus discípulos. Esta literatura constituyó una mezcla tanto de ciencia como de ficción novelesca, lo que no impide que se encuentre bien representada entre los modelos de Plinio, que se inspiró mucho en ella con achaque de procurarle un método[95]. Y Solino, como hemos visto, quiso también hacerla suya.

4. *Influencia en la posteridad*

Que la obra de Solino alcanzó muy pronto notoriedad se descubre no sólo mediante los ejemplos que conservamos de tempranas influencias de la *Collectanea* en autores latinos tardíos, sino también por la historia de la tradición manuscrita y de los varios epítomes y excerptas que de ella se hicieron. Alguna de estas antologías breves de nuestro autor, como la de Paulo Diácono, arrancan de los tiempos de transición de la Antigüedad a la Edad Media[96].

Cabe sospechar que alguna página de Ambrosio estuvo inspirada por las historias maravillosas de la *Collectanea*[97]. No hay un criterio unánime a la hora de valorar si ya Amiano Marcelino introdujo a Solino entre sus fuentes. Mommsen lo negó porque creía, como dijimos, que ambos escritores manejaron un modelo común, la llamada *chorographia pliniana*, y otros han preferido imaginar que Amiano dispuso de alguna de las versiones de Solino, la corta (transmitida por

las familias I y II) o la larga (que figura sólo en la familia III), e incluso cabe la posibilidad de que la versión larga de Solino derive de Amiano, porque de este último la tomara el interpolador[98]. En el estado actual de nuestros conocimientos, no hay forma de zanjar tajantemente en favor de una de las tres hipótesis, aunque el análisis de los veintiséis pasajes en donde se detectan coincidencias entre ambos autores me ha mostrado que sólo once podría Amiano haberlos leído directamente en Plinio, mientras que los restantes versan sobre noticias y curiosidades que Solino insertó con cierta autonomía. La probabilidad, por tanto, de que Amiano utilizase la *Collectanea* es bastante alta. Pero en pleno siglo v ya no hay duda de que influyó en Marciano Capela, en Agustín, que túvolo en cuenta para componer la *Ciudad de Dios*[99], en el poema cristiano *De Sodoma*[100] y en el *Liber Genealogus* del año 455, que contiene pasajes de Solino indicando su nombre. Es probable, según vimos, que fuese manejado por Servio en sus comentarios a Virgilio, y pudo haber contribuido a engrosar el índice de nombres de animales registrado en el *Latérculo* de Polemio Silvio, suministrando la denominación de una serpiente[101]. Ya hemos señalado que Prisciano, un siglo más tarde, lo cita como autoridad en sus *Instituciones gramáticas*, y llegó incluso a tomar algunos datos de la *Collectanea* para añadir a su traducción de la «periégesis» de Dionisio. También Jordanes *(Getica* V 46; VII 55) parece haber incluido noticias que leyó o directamente en nuestro autor, o en Casiodoro. Casi toda la anécdota sobre el buey Apis que

hallamos en Solino y algunos datos sobre el monte Olimpo los repite el *Primer Mitógrafo Vaticano;* los compositores de los grandes glosarios latinos, en particular el gramático Plácido (ss. V/VI), bebieron también del compendio soliniano para ilustrar ciertas voces[102], y los más antiguos *escolios de Lucano*, es decir, los Bernenses, usaron en dos lugares al menos a Solino (historia de Macedón, prodigios de la fuente de Debris entre los garamantes). Hacia mediados del s. VI, Verecundo de Junca *(Commentarii super cantica ecclesiastica, Jon*. 6) califica ya a nuestro autor como un versado historiador[103]. Isidoro de Sevilla es el último eslabón de la cultura antigua que tuvo ante sí el texto mismo de la *Collectanea*. En su tratado *De natura rerum* menciona a Solino por su nombre, y en las *Etimologías*, aunque no suministra los datos de los autores que manejó a causa de la estructura de la obra, vemos que depende del compendio soliniano en muchos pasajes —que copia íntegramente o reelabora— e incluso que cometió errores en la lectura del manuscrito[104].

La forma concisa y sistemática de que se sirvió nuestro autor para exponer todas las anécdotas y portentos de la naturaleza, junto al hecho de que su escrito presentaba muy ordenadamente la síntesis geográfica de las distintas partes del orbe, desde el occidente hasta la India, reseñaba las islas y los mares y ofrecía noticias sobre los pueblos situados más allá de los límites explorados, hicieron del compendio soliniano una suerte de resumen enciclopédico sobre las regiones y las curiosidades del mundo sumamente apto para

colmar la sed de informaciones sobre tierras, ciudades y poblaciones que existieron en otras épocas y que todavía se perpetuaban en los lejanos confines de Europa. Ésta es la razón de que su libro alcanzase gran popularidad, hasta constituir una de las piezas casi imprescindibles para prestar erudición a cualquier tratado, ya fuese de historia, de mitología, de geografía, de hagiografía, de cosmografía o de filosofía natural. Sin embargo, la repercusión de Solino en la Edad Media atraviesa dos fases: antes del año mil, tal como se infiere de la penuria de códices y de la rareza de citas de nuestro autor, el compendio no sería conocido por muchos autores. A partir del s. XI, en su condición de escritor que por haber renunciado a la elocuencia podría agradar a todos y porque a nadie debía resultarle gravosa la lectura de temas tan curiosos, fue muy apetecido y consultado, en especial en Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. Es ahora cuando se copian los mejores manuscritos de que disponemos[105] y cuando muchos intelectuales, lo más granado de la literatura medieval en los géneros de la historia, de la ciencia y de la filosofía, consagran a Solino como un modelo venerable.

Reseñaré por siglos las huellas de Solino dentro de la literatura europea medieval. La *Collectanea* fue aprovechada, en el s. VII, por Aldhelmo de Malmesbury en la carta a Acircio, y por Odón *(Audoenus)* en la vida de San Eloy[106]; los comentarios a Virgilio del Servio de Daniel (o *Servius auctus)*, probablemente redactados por Adamnan, contienen el dato soliniano sobre los umbros (2, 11). En el s. VIII fue manejada por Beda el Venerable *(Historia*

ecclesiatica, editada en el año 731) y por el cosmógrafo Ético Istro[107]; en el s. IX por el monje irlandés Dicuil en el libro *De mensura orbis terrae*, escrito en el 825, en donde no se oculta el nombre de nuestro autor, al que Dicuil siguió en muchas descripciones de forma literal[108]; por el anónimo de Leiden *De situ orbis*, atribuido a Carlos el Calvo (840-887), que contiene varias excerptas citadas como *Solinus polistoriarum;* por Heirico de Auxerre, que insertó algunos resúmenes de Solino dentro de sus compilaciones, y por Remigio de Auxerre, que manejó a nuestro autor para su *Commentum in Martianum Capellam;* por Juan Escoto Erígena *(Annotationes in Marcianum);* por Adrevaldo Floriacense en los milagros de San Benito y por Walafrido Estrabón en la vida de San Galo[109]. En el s. X por el arcipreste León de Nápoles *(Historia de preliis)*, por Raterio de Verona *(Praeloquia)* y por el autor de la *Vida de Cadroe*[110]. En el XI por Marbodo de Rennes *(Liber lapidum);* por Adán de Bremen en la *Descriptio insularum aquilonis;* por el autor de la *Satyra de amicicia et de conubio Saxoniçe et Franci*, poema conservado en un manuscrito de St. Emmeran; por Pedro Damián, por Sigeberto de Gembloux; por Guiberto de Nogent *(Dei gesta per Francos)*, así como en los *Gesta Treverorum* y en el poema pseudo-ovidiano *De mirabilibus mundi*, compuesto probablemente por Teodorico de Saint Troud[111]. Lo utiliza el autor de las hazañas del rey Canuto *(Gesta Canutonis)* y se halla entre las *Glosas* de Ekkardo IV de St. Gallen; tal vez influye, por último, en el poema sapiencial *Mater materne*

rationis, adeste superne[112]. En el s. XII lo encontramos en Fulquerio de Chartres *(Historia Hierosolymitana)*, que copia pasajes enteros y califica a Solino de *exquisitor sagacissimus et dictator expertissimus;* en Tomás de Kent *(Roman de Toute Chevalerie);* en un poema octosílabo de Alberico de Besançon; en Bernardo Silvestre *(Commentarium in Martianum; Commentum sex libros Eneidos Virgilii);* en Guillermo de Conches *(Philosophia mundi* IV, 24 [= PL 172, 95]; *In consolationem* I *pr*. 1, 54-54); en Juan de Altavilla o de Hauvilla *(Architenius);* en Guido de Basoches, dentro de su epistolario; en el *carmen* 134 de Baudri, abad de Bourgueil; en Giraldo Cambrense *(Topographia Hiberniae*, Distinction I, Cap. III, V y XVI; II, Cap. XVII), y en los bestiarios de este siglo[113]. Fue utilizado también por Guillermo de Malmesbury *(Polihistor)*, Honorio de Autun *(De Philosophia mundi)*, por el autor del poema didáctico *De monstris Indie*, por Gualterio Mapes *(De nugis curialium)*, por Godofredo de Viterbo *(Memoria saeculorum)*, por Guillermo de Tiro *(Historia rerum in partibus transmarinis gestarum)*, por Enrique de Huntingdon *(Historiae anglorum)*, por Juan de Salisbury, por la crónica de Monte Casino, por Osbern de Gloucester en su glosario, por Fulco en su poema sobre la Primera Cruzada, por Rainiero de San Lorenzo, por Radulfo de Diceto, tal vez por Gervasio de Tilburg, por Alano de Lille y por Enrique de Maguncia en el mapa del mundo[114]. Algunos pasajes de la obra geográfica de Guido de Pisa, escrita en 1119, siguen a Solino al pie de la letra, y en el libro *De bestiis et aliis rebus*,

atribuido sin fundamento a Hugo de San Víctor, se completan los extractos del *Physiologus* latino con pasajes solinianos[115].

Durante el s. XIII la *Collectanea* mantiene su pervivencia en Bartolomeo Anglico *(De proprietatibus rerum* [XV 62; 80; XVIII 38; 61]); en Jacobo de Vorágine *(Legenda aurea, vulgo Historia Lombardica dicta);* en Alejandro Neckam, abad de Cirencester *(De naturis rerum et super Ecclesiasten);* en Helinando de Froidmont *(Chronicon);* en Brunetto Latino *(Livres du Tresor);* en Alberto Magno *(De proprietatibus rerum naturalium);* en Conrado de Mure *(Repertorium vocabularium exquisitorum)*; en Jacobo Aurie *(Annales Ianuenses);* en la obra de Roger Bacon *(Opus maius, pars* III; *epistula de secretis operibus);* en el poema anónimo inglés *De rebus obscuris*, compuesto hacia el año 1200; en Tomás de Cantimpré *(Liber de natura rerum);* en Vicente de Beauvais *(Speculum naturale)*, que maneja infinidad de citas solinianas, en los *Gesta Romanorum* y en un mapa sajón de este siglo[116]. Fue conocido asimismo por Guido de Grana en sus comentarios (2, 668; 3, 321) a los *Gesta militum* de Hugo de Mâcon. En el siglo XIV deja nuevos vestigios en la obra de Coluccio Salutati, en la de Bocacio *(Genealogia deorum)*, en Juan de Fordun *(Scotichronicon)* y en el dominico Martín Oppaviense *(Chronicon Pontificum et Imperatorum)*[117]. Además, resulta significativo que en un estudio rimado de cosmografía titulado el *Dittamondo*, escrito hacia 1360, Fazio degli Uberti componga una serie de viajes fingidos y se haga acompañar,

tal como Virgilio guió al Dante, de nuestro geógrafo Solino[118]. Finalmente, durante el xv es posible hallar el reflejo de Solino en Annio de Viterbo *(Antiquitates Naviae)*, en Sicco Polenton *(Scriptorum illustrium linguae latinae libri)*, en Bartolomeo della Fonte (Fonzio), dentro de su comentario a Horacio, en la *Imago Mundi* de Pierre d'Ailly y en Ángel Ambroginis, llamado el Poliziano[119].

Dentro de la cultura española, nuestro autor era conocido desde el siglo xv, al menos. Hay noticia de que Vasco de Lucena tradujo al francés un Quinto Curcio interpolado con pasajes de Solino, y de que fue leído por Antonio de Nebrija, que recomienda a nuestro autor en los versos introductorios del *Isagogicon cosmographiae P. Melae*[120], y albergo ciertas sospechas de que pudo estar en la mente de Juan de Mena para la redacción del *Laberinto de Fortuna*. La presencia plena de la *Collectanea* se manifiesta con la llegada de los ejemplares que desde Nápoles trajo el Duque de Calabria hasta Valencia[121], a comienzos del siglo XVI, y del códice que fue propiedad de D. Diego Hurtado de Mendoza, adquirido seguramente en Venecia y donado a Felipe II para la biblioteca de El Escorial (es la copia del G. III. 5); desde entonces la obra empezó a ser citada con frecuencia y es objeto de aprecio entre escritores cultivados, como ahora veremos. Otro acontecimiento reseñable es que en 1573 Solino fue traducido por primera vez a la lengua castellana. Respecto a su influencia posterior, valgan algunos ejemplos que he podido atisbar en mis lecturas y que sólo representan, con seguridad, una pequeña muestra de los réditos que

nuestros humanistas obtuvieron de la obra.

Durante el siglo XVI Solino se benefició de la moda de las misceláneas, a las que brindaba ameno pasto en donde alimentar las fantasías por lo insólito y maravilloso[122]. Túvolo en cuenta Pedro Mexía cuando compuso la interesantísima *Silva de varia lección* (1540)[123], pero fue sobre todo Antonio de Torquemada quien, en las diferentes secciones del *Jardín de flores curiosas* (1570), dejó patente cuán grande autoridad y crédito se concedía a Solino[124]. Pero también el doctor Andrés Laguna había visitado a nuestro autor para glosar, en su comentario a Dioscórides, la capacidad de eliminar el hambre que se adjudicaba al álimo, orzaga o armuelle (Solino, 11, 12)[125], pues justo en la Europa de su tiempo un cosmógrafo francés, André Thevet, había calificado a Solino como «autoridad suprema»[126]. En la *Philosophía secreta*, publicada en 1585, el bachiller Juan Pérez de Moya remite varias veces a las afirmaciones de Solino, aunque siempre cabrá sospechar que no lo consultara directamente[127]. Diez años más tarde, en 1595, lo encontramos citado en un tratado de carácter histórico[128]. Pese a las intervenciones inquisitoriales y censorias que sufrieron bastantes obras de género fantástico, como el *Jardín* de Torquemada, la realidad es que el atractivo soliniano continuó ejerciéndose, y no sólo en España[129], durante la primera mitad del XVII: hemos comprobado que la *Collectanea* fue aprovechada por Francisco Fernández de Córdoba (*Didascalia multiplex*, Lyon, 1615)[130] y por Francisco Cascales, que copia la descripción soliniana sobre

los «seres» y el origen de la seda y celebra las alabanzas que nuestro autor dedica a la feracidad de Hispania[131]. Hacia las mismas fechas, entre 1615 y 1632, en el Diálogo I de los *Días geniales o lúdicros* Rodrigo Caro hace uso de la *Collectanea* para referir la historia del pastorcillo Poliméstor (Solino, 1, 97)[132]. Poco después, en 1653, Juan de Zabaleta *(Errores celebrados)* glosó una singularidad de Solino a propósito de las virtudes del basilisco[133]. Y ya en el siglo XVIII sigue siendo todavía citado por el P. Feijoo en su *Teatro crítico universal* a propósito de la ausencia de serpientes en Irlanda (tom. VII, disc. 6, § 7 = Solino, 22, 3) y de la llegada de Ulises a Caledonia (tom. VII, disc. 6, § 9 = Solino, 22, 1). Mas conviene advertir que, por lo general, cuando no se le cita nominalmente es difícil detectar en un texto la presencia de pasajes de abolengo soliniano, puesto que la misma información podía ser también leída en Plinio o llegar a la minuta del autor mediante cita indirecta[134]. Lo cierto es que las literaturas románicas modernas parece que ya no le dedicaron demasiada atención, pues a medida que creció el interés por los grandes creadores latinos, las obras menores acabaron reducidas a caso de poco momento. Tal vez fuese Gustavo Flaubert el último escritor importante que, al nutrir sus relatos con la fantasía de los prodigios antiguos, todavía halló en Solino retazos de la documentación idónea para inspirar el episodio final de la *Tentación de San Antonio*[135].

IV. TRANSMISION DEL TEXTO

1. *La tradicion manuscrita*

Se conocen al menos unos trescientos manuscritos de la *Collectanea*[136], de los que ciento setenta y cinco (incluyendo fragmentos, excerptas y epítomes) figuran en la edición mommseniana, en la que fueron sometidos a una metódica y ejemplar *recensio*. Mommsen los ordenó en tres familias.

1. La familia I de manuscritos la forman los llamados códices *mutili*, porque poseen una importante laguna hacia el final del texto (a su arquetipo le faltaba la última hoja). Todos los componentes de este grupo son algo más recientes que los códices de las otras dos clases. Su arquetipo, sin embargo, pertenece como mínimo al siglo VIII: es evidente que para la redacción de su tratado *De mensura orbis terrae*, escrito en el 825, dispuso Dicuil de un manuscrito de esta familia, puesto que la obra contiene la misma laguna. Los representantes de esta clase se dividen en dos ramas, una nórdica y otra meridional. Son miembros de la primera el *Heidelbergensis Palatinus lat.* 1568 (H)[137], de finales del siglo X o comienzos del XI, y el *Havniensis* 444 (N), del s. IX, que fue corregido con un manuscrito de la familia III. Los dos testimonios de la rama meridional son el *Vaticanus lat.* 3342 (R), del s. X, escrito probablemente en Montecasino, y el *Casinensis* 391 (C), del s. XI. Es probable que ambos deriven de un único manuscrito, llevado a Montecasino desde el norte de Europa. Todos los ejemplares comparten una serie de interpolaciones propias de la familia, algunas de las cuales proceden de Isidoro *(Origines)*[138]; por lo demás, nos proporcionan una fiel transmisión del texto.

2. La familia II cuenta con ejemplares más antiguos que la I, pero ambas se hallan estrechamente emparentadas pues coinciden en numerosos errores, frente a la III, que adopta la lección correcta. En cambio, el arquetipo de la familia II poseía la última hoja, y todos los códices carecen de las interpolaciones propias de la I. Sus principales representantes son: el *Leidensis Vossianus* 87 (L), del s. IX, escrito hacia el 850, el más antiguo de toda la tradición; el *Parisinus lat.* 7230 (M), del siglo X, muy cercano al anterior; el manuscrito *Gudianus lat.* 163 (G) de Wolfenbüttel, del s. X, y el *Parisinus lat.* 7230 A (Q), del s. X. Esta familia arroja asimismo un excelente texto, pues hay bastantes pasajes de la obra en los que únicamente sus códices, frente a las familias I y III, mantienen la solución satisfactoria.

3. La familia III consta de los llamados por Mommsen códices *interpolati et contaminati*[139]. Los ejemplares de esta familia pertenecen en principio a las otras dos, con la destacada particularidad de que ofrecen veintiséis incrementos del texto de mayor o menor amplitud[140] y numerosas variantes estilísticas, amén de la segunda epístola o carta justificatoria de la refundición de la obra por el autor y del cambio de título (de *Collectanea r. m.* pasaría a llamarse *Polyhistor)*. Son los siguientes: *Sangallensis* 187 (S) y *Angelomontanus* I, 4, 15 (Engelberg 67) (A), ambos del s. X, que derivan de la familia I, mientras que el *Parisinus lat.* 6810 (P), del s. X, forma parte de la familia II. Estos códices comparten un cierto número de faltas e interpolaciones con los miembros de las familias I y II, y por eso se les denomina

contaminados. Hubo dentro de la tradición, en efecto, una desaparecida *recensio* que amplió el texto de la *Collectanea* al margen o entre líneas; pero mientras que los hiparquetipos de las familias II y III tomaron sólo una pequeña parte de estas adiciones, los *contaminati* (SAP), en cambio, las incluyen por entero. Mommsen consideró estas amplificaciones, incluida la segunda carta, como obra de un interpolador de los siglos VI-VII, y a la *praescriptio* de los códices de la tercera familia *(Iuli Solini sive grammatici Polyhistor ab ipso editus et recognitus)* como un error o mixtificación de la tradición. Podría pensarse que tales códices no merecen, por cuanto llevamos dicho, demasiada atención, mas lo cierto es que encierran innegables ventajas y no deben ser excluidos a la hora de construir el texto. En algunos pasajes, las familias III y II nos facilitan la lección correcta, frente a la I; en otros, la solución viene dada por la tercera y la primera, frente a la II, y a menudo esta sola clase III es la que abre la vía exacta. Una ventaja del *Parisinus* 6810 consiste en ser el único códice que a menudo contiene la lección acertada, cuyo origen podría estar en la comparación efectuada con otros manuscritos hoy perdidos, mejores que los actuales, o también en las acertadas conjeturas de un lector culto. Esa circunstancia, así como la convicción de que el propio Solino había escrito la segunda carta y aumentado la obra con las adiciones largas, fueron determinantes para que Salmasio hiciese de este códice la base de su edición.

Así pues, tres recensiones sobrevivieron desde la

Antigüedad hasta alcanzar la época carolingia. Dos de ellas, los progenitores de las familias I y II, parecen haber viajado a las abadías del Loira, mientras que el antepasado de la III, que fue manejado por Walafrido Estrabón para escribir en la primera mitad del s. IX la vida de San Galo, estuvo en Fulda. Afortunadamente, las tres reúnen una confortante paridad, de suerte que dejan pocos resquicios a la crítica conjetural. Casi no hay lugares que estén corruptos en la totalidad de la tradición, por lo cual la tarea primordial del editor debe enderezarse a elegir la lección adecuada entre dos variantes, a veces entre tres. ¿Significa esto que podemos postular un arquetipo común para los (hip)arquetipos de las tres familias, o bien los miembros de las clases I y II dispusieron de un arquetipo distinto al de la III? Mommsen contestó afirmativamente al primer enunciado de la pregunta, apoyándose en el hecho de que un cierto número de corrupciones se encuentra en todas las familias de manucritos. En tres lugares, por ejemplo, hay cifras dañadas: las correctas, que figuran en Plinio, las transmite asimismo Marciano Capela, que en estos pasajes seguía a Solino; por lo tanto, los códices conservados no derivan de dos arquetipos, sino de uno, que era más reciente que el ejemplar que leyó Capela, el cual ya contenía todos los fallos. Hacia el mismo resultado apuntarían otras falsas lecciones y algunos glosemas heredados por toda la tradición manuscrita; incluso la división en rúbricas, que probablemente partió de Solino, se halla en todos los códices y es probable que remonte más allá del arquetipo. Kirner pretendió, en cambio, que hubo dos

arquetipos, alegando que, de las corruptelas comunes, una parte no son tales, otra podría incluirse en la cuenta de Solino y el resto se explicaría porque las lecturas de la tercera familia sólo las conocemos por manuscritos contaminados, es decir, no las conocemos por completo[141]. V. von Büren *(Une édition critique*, 59; 72; 87) acaba de postular la existencia de dos arquetipos tardoantiguos de los siglos V-VI, copiados en Italia del Norte (Ravena/Verona); de Γ *(Collectanea)* y de Δ *(Polyhistor)* derivaría la tradición de Solino que se funde en una serie importante de manuscritos de las tres familias (Mi, N, V, L, Q, M, P). El mejor argumento en refuerzo de la tesis mommseniana favorable al arquetipo único lo ha dado Walter merced a su magnífica hipótesis sobre la trasposición del pasaje relativo a Eubea[142]. Sucedió con frecuencia que al pasar el material escrito desde las hojas al rollo, una hoja del texto cambiaba de lugar: como esta equivocación sobre Eubea se encuentra en todos los códices, cabría pensar que las tres familias provienen de un mismo prototipo (el ejemplar original, del que saldrían tanto la *Collectanea* como el *Polyhistor)*.

Sobre los manuscritos de la *Collectanea* que no conoció Mommsen, nos limitaremos a reseñar algunos de los más importantes: Cava, Archivio della Badia della Santissima Trinità, 3-II, del siglo XI; Frankfurt del Meno, Stadt- und Universitätsbibliothek, qu. 71, del s. IX; Monte Cassino, Biblioteca del Monumento Nazionale, 391 T-1, siglos IX/X; Oxford, Bodleian Libr., Auct. T. 2. 28, del s. IX-X; París, Bibliothèque Nationale, latin. 8818, del s. XI; Roma,

Biblioteca Nazionale Centrale, Sess. 17/1352-II, del s. XI; Siena, Biblioteca Comunale, F V 8, del s. IX/X; Vaticano, Barb. lat. 160-IV, del s. XI; Viena, Österreichische Nationalbibliothek, 891, del s. X[143]; Londres, British Library, Egerton 818, del s. XI[144]; Trier, Seminar-Bibl. R. III. 61, del s. XI[145]; así como varios fragmentos en Augsburg[146] y en un manuscrito inglés del s. XI[147]. En España, podemos mencionar los siguientes ejemplares: El Escorial, Real Biblioteca, cinco códices: Q. I. 11, de comienzos del s. XII; G. III. 5 (dos copias), del s. XIV, y los registrados como C. IV. 18 y M. III. 23, del s. xv; en Madrid, Biblioteca Nacional, otros cuatro: 19 y 512-FDG (d), ambos del s. XII; 8696, del s. XIII/XIV, y 8816, del s. xv; Valencia, Biblioteca Universitaria 2216, del s. xv, que es probablemente el ejemplar de la colección del Duque de Calabria citado con el núm. 577 por Menéndez Pelayo[148]; hay además una copia del s. XVI en la Universidad de La Laguna[149].

Recordemos, finalmente, que la inclusión de dibujos y miniaturas en cuatro códices de Solino ha permitido detectar la existencia de un interesantísimo y antiguo ciclo de ilustraciones de la *Collectanea* que arranca de la Antigüedad tardía, pues se generó entre los siglos IV y VI. Este ciclo contaba, al parecer, con 260 secuencias dibujadas, mapas incluidos. En el manuscrito londinense del Museo Británico, Egerton 818, folio 2°, están representados el mismo Solino, que lleva el libro en su mano izquierda, y a su derecha Advento, que tiene la carta de dedicación; ambos visten ropas talares antiguas, pero Solino lleva un gorro puntiagudo similar

a una tiara[150].

2. *El problema de la segunda elaboracion*

Ya hemos anticipado en varias ocasiones que los códices de la familia III adjuntan una segunda epístola justificatoria inmediatamente después de la *dedicatio*[151] y que contienen una serie de adiciones, no reconocidas como interpolaciones hasta Mommsen, que faltan en el resto de los manuscritos. Estos datos despertaron en Salmasio el convencimiento de que la *Collectanea* había experimentado una doble recensión, la primera cuando todavía no se hallaba lista para la edición, la segunda después de corregida y reelaborada por el propio Solino. Nuestro autor habría visto cómo ciertas personas, movidas por la impaciencia, consiguieron el compendio cuando aún estaba incompleto y sin pulir y lo publicaron, pero luego él mismo daría una versión corregida, que privaba de valor a la primera. Pese a todo, debieron de circular copias de ambas ediciones, lo cual provocaría que los copistas confundiesen ambas versiones y crearan multitud de variantes, de combinaciones entre las distintas lecturas y de dobletes[152].

Mommsen rechazó enérgicamente esta genealogía en la historia de la *Collectanea;* defendió que los aumentos del texto añadidos en los códices de la tercera clase eran, por su contenido, obra de un monje escocés que hacia finales del VI o comienzos del VII llegó a Bregenz siguiendo a San Columbano e introdujo en el libro varias noticias extensas sobre el norte de Europa y las islas de Britania, completando

de paso algunos datos exóticos, como el relativo a la pimienta. También la segunda carta saldría de la cabeza de este falsario para hacer verosímiles los cambios sufridos por la *recensio* habitual del compendio[153]. Frente a la afirmación contenida en la epístola de haber engrosado el libro con más extensas composturas a fin de fomentar los saberes, Mommsen arguye que esa promesa se ha incumplido: las adiciones materiales largas son casi irrelevantes en proporción a la suma de la obra, y los restantes casos se limitan a simples cambios de expresión. Además, al final de la misma se halla escrito: «advertirás que te tengo el mismo respeto que mostré hacia aquella persona a quien dediqué la suma de nuestro esfuerzo». Se infiere entonces que esta carta fue dirigida a una persona distinta a aquella a la que dedicó la primera *recensio;* y sin embargo, tanto al frente del primero como del segundo prefacio reza la salutación «Solino a Advento». Mommsen dedujo de ello que el propio falsario se había traicionado y que esto debieron barruntarlo algunos copistas, hasta el punto de que existen manuscritos en donde el nombre de Advento ha sido reemplazado en el encabezamiento por el de Constancio, y en otros por el de Herenio (serían nombres ficticios de un imaginario amigo de Solino).

Pero en desacuerdo con la explicación mommseniana se oyó pronto la voz de Kirner, que insistía en la posibilidad de la segunda recensión. La carta dirigida al desconocido era, a su parecer, auténtica, ya que ni las adiciones materiales tenían tan poco valor como les atribuyó Mommsen ni los

cambios debían calificarse de formales, sino de modificaciones esenciales de cada pasaje. Tampoco el falsario habría cometido la torpeza de repetir la misma salutación en ambas cartas, sino que la espuria dedicación a Advento constituiría sin más el error de un copista (de hecho, falta en S)[154]. Años más tarde Walter reavivó la polémica y consagró toda una monografía a respaldar la tesis de una segunda edición de la *Collectanea*. Según Walter, para llegar a la génesis de las dos recensiones se habrían cumplido los siguientes pasos: compilando sus noticias a partir de diversos modelos, Solino compuso una minuta en un borrador (un libro) o en hojas sueltas. Luego permitiría que estos materiales se pasaran en texto continuo a un rollo, que sólo representa la primera redacción en limpio o copia preliminar, pero a la que nuestro autor podía considerar ya el original de su obra. De la transcripción al rollo se ocuparía un amanuense, puesto que el rollo contenía ciertas faltas (incluido el salto de lugar del pasaje relativo a Eubea) que pasaron a toda la tradición manuscrita. Solino escribió entonces la dedicatoria a Advento y las rúbricas o títulos de los capítulos; acto seguido, algún allegado obtuvo la copia de dicho original y, sin haber solicitado permiso, la dio a la publicidad: sería el arquetipo de todos nuestros manuscritos.

Solino, que aún no habría dado la última mano a la obra, decidiría luego efectuar una reelaboración material y estilística de la misma. Cuando acabó la tarea, envió su primitivo ejemplar ya revisado (¡aunque no tuvo la precaución de eliminar las partes del texto corregidas o

reemplazadas!) a un amigo desconocido por nosotros para que le diese su aprobación. Esto se deduce de su nueva carta, y en ella confirma la epístola-prefacio de dedicación a Advento. Se supone que este segundo y definitivo original, editado con el visto bueno de su autor, vio finalmente la luz y llegó a las manos de Advento, pero ha desaparecido sin dejar rastro; en cambio, el ejemplar revisado remitido al amigo que debía leerlo se convertiría, junto a la carta de acompañamiento, en el punto de arranque de la tradición que figura en los manuscritos contaminados de la tercera familia.

Es difícil aceptar semejante reconstrucción de los hados de la *Collectanea*, que violenta a menudo cuanto sabemos sobre la edición de las obras antiguas y necesita retrotraer a la pluma de Solino una serie de fenómenos que antes parecen propios de copistas tardíos o medievales. Sallmann ha destacado las paradojas y contradicciones más evidentes[155], que resumimos: no es pertinente la propuesta de autenticidad de las rúbricas, las cuales ya contienen la trasposición del pasaje sobre Eubea. Esta falta podría haber escapado a Solino mientras reelaboraba la obra, pero no al componer los títulos que se insertan al final del original, cuando leía con ojos de compositor, no de crítico de estilo, pues advertiría que en 11, 15 debía ya colocar el título de Eubea, y no aplazarlo hasta 11, 24. En cambio, un rubricista tardío se limita a seguir el orden que halla en el texto y no introduce cambios. Esperaríamos ver trabajar a Solino sobre un códice y no sobre un libro (rollo), que es como se conservó la obra; de todas formas, si el primer original estaba ya dedicado y

con rúbricas, eso más bien significa que se hallaba destinado a la publicación. De no existir la carta de acompañamiento al amigo, las adiciones que presenta la familia III jamás cabría referirlas al autor: si ya es arduo probar en una variante que su origen es antiguo, demostrar que ha surgido de la propia mano del autor constituye un imposible. Examinados los incrementos de texto, resulta que Mommsen se aproximaba mucho a lo justo: seis de ellos son amplificaciones retóricas, y en quince ocasiones se trata de noticias cuya extensión se completa con pasajes plinianos o de fuentes ignotas, un procedimiento habitual entre los escoliastas[156]. Lo que hace verdaderamente sospechosa la carta es su minuciosa exactitud, que induce a pensar que al autor le importaba dejar bien clara su oportunidad y autenticidad; como ejemplo literario, se trata de un caso insólito y sin paralelos. ¿O cabría imaginar que la carta privada al amigo es tan sólo una ficción para justificar una segunda edición que retocaba otra anterior, menos a gusto del autor? Hay incluso otros motivos para la reflexión. No se vislumbra por qué el ejemplar ya refundido dedicado a Advento, que era la copia definitivamente destinada a la publicación, se ha perdido irremisiblemente. ¿No lo recibió acaso el destinatario, o se excusó del honor editorial, de manera que sólo se transmitieron las copias privadas sacadas del ejemplar hecho para el amigo? La verdad es que todos los casos documentados de edición ilegítima sucedieron porque el autor tenía impedimentos para rematar su obra, o porque renunció a la proyectada edición completa o porque el libro

no estaba destinado a la publicación[157]. Pero las circunstancias de la *Collectanea* excederían toda lógica, pues parece inexplicable la preponderancia de que disfrutó la tradición espuria sobre la auténtica, máxime cuando esta última tendría que haber estado avalada no sólo por el encabezamiento *(«El Erudito de Julio Solino, también llamado gramático, editado y corregido por el propio autor»)*, si es que lo consideramos auténtico, sino también por la carta al amigo.

Anteriormente dijimos, al ocuparnos del destinatario y de la fecha de composición, cómo Schmidt aboga nuevamente por la autenticidad de la segunda carta y de la refundición de la obra, aunque parte de un proceso distinto[158]. Su planteamiento critica primero la tesis mommseniana como merecedora de poco crédito, porque: 1. Los pasajes atribuidos al interpolador se mimetizan muy bien con el texto, lo que significa que esa tradición no es secundaria, sino principal. 2. El valor informativo de las adiciones no es nada despreciable, y en ellas se traslucen las mismas fuentes que en el original. 3. Es verdad que hay discrepancia entre lo que la segunda carta anuncia y lo que finalmente se ha realizado, pero eso no basta para decir que los incrementos son puro ejercicio escolástico. A continuación, se rebate la explicación de Walter: no debe postularse la existencia de una copia en limpio, sino de un trabajo ya acabado. Además, la carta dedicatoria original sería transmitida junto con la primera redacción del texto, y es falso que la segunda carta tuviese carácter privado, pues no es normal que un amigo cualquiera

del autor pusiera también en circulación el ejemplar recibido y colocase al comienzo del texto la carta en que le ruega que sea cancelada la primera redacción.

La teoría de Schmidt sigue otro camino. La primera carta es auténtica y su receptor sería una persona encumbrada, un mecenas abierto a todos los escritos y conocido personalmente por el autor; estaba ya dispuesta para la publicación junto con una copia terminada del texto, que sirvió también de base a la segunda redacción. A su vez, la segunda carta es poco tópica; advierte del nuevo título y se dirige a un nuevo destinatario, que no tendría el mismo rango social que el anterior. Lo de la publicación precipitada del primer texto fue, probablemente, una afirmación exagerada, porque Solino debió de activar y ayudar en cierta medida a esa interceptación del ejemplar. En la segunda redacción (texto revisado y corregido) la primera carta se mantuvo en la introducción, que sería ordenada así: nuevo título *(Polyhistor)*-segunda carta-rúbricas-primera carta. Así pues, la carta dedicatoria original llegaría a circular en ambas versiones (con la interceptada, con la revisada y corregida). Sin embargo, era preciso impedir que un ejemplar de esta nueva y última edición llegara a manos del destinatario original, lo cual significa que Solino sólo podía confiar en ello si aquél estaba ausente y, presumiblemente, no regresaría demasiado pronto. Por lo tanto, Solino sustituiría al primer mecenas por otro personaje influyente, y para que éste no se sintiese sólo como un convidado suplente, decidió dar al texto una nueva redacción que mereciese la pena difundir. Nuestro

autor se tomó un tiempo para revisar el texto: desechó la primera versión y la refundió en la segunda de forma superficial (!), aunque reconocible, por no quedar como embustero (pues calculaba que la versión interceptada acabaría siendo conocida por el nuevo destinatario).

El resto lo conoce ya el lector. Ese primer destinatario que abandonó en seguida Roma para no volver demasiado pronto era Constancio II, aunque por desgracia su nombre fue reemplazado por el de Advento, que saltó de la segunda a la primera carta. El segundo destinatario fue el desconocido Advento, a quien no molestaría actuar como suplente del Emperador, y el autor sólo pretende que difunda la nueva redacción[159]. En virtud de su hipótesis, Schmidt recomienda que en el futuro el libro de Solino sea denominado *Polyhistor*, porque así lo dejó escrito el autor, y que las redacciones e incrementos de la segunda redacción constituyan la base de cualquier texto crítico (códices de las familias I y II con la dedicación a Constancio).

Para aliviar en lo posible este apartado, nos centraremos exclusivamente en dos obervaciones. Si Solino se tomó un tiempo para refundir la *Collectanea* y alumbrar el *Polyhistor*, parece que el resultado fue decepcionante (por superficial, claro); un análisis detenido de las variantes y pasajes atribuidos a la segunda versión me confirma que antes son incisos explicativos o búsqueda sinonímica de términos sencillos que verdaderas mejoras de contenido, y que el número de datos erróneos es grande. Por otra parte, no se alcanza a comprender por qué Solino tenía que sustituir al

destinatario: si la *Collectanea* fue interceptada antes de que Constancio llegase a Roma, cabe suponer que nuestro autor no le haría entrega de su imperfecta obra porque ya estaba resuelto a realizar la nueva versión. Lo lógico es que al Emperador, conociendo lo sucedido, le pareciese bien que no desearan ofrecerle un libro en ciernes; en cambio, es fácil que se enojase en el caso de que la versión definitiva fuera dedicada a un nuevo personaje[160]. ¿O acaso Solino creyó que Constancio nunca se enteraría, porque le cambió el título? Lo normal sería haber refundido el libro y retocado la carta, remitiéndoselo luego al príncipe[161]. No es excusa que Constancio abandonase pronto Roma, pues si Julio Valerio y Asmonio le dedicaron sus composiciones cuando vivía fuera de Italia, lo mismo podía haber hecho Julio Solino.

Sopesados, en definitiva, todos los componentes del problema, siempre quedará un poso de duda sobre cuál fue el origen de esta otra carta y de las adiciones incluidas en los códices de la tercera familia. Mommsen se esforzó en probar la naturaleza postsoliniana de todo ello y existe al menos consenso en considerar que, si hubo una segunda y sola edición aprobada por el autor, su rastro desapareció y no han sobrevivido manuscritos directos que la perpetuasen, lo que equivale a decir que la clase III también desciende, en última instancia, de los arquetipos de las familias I y II. Francamente debemos reconocer, con Kübler, que la primera *recensio* parece haber salido triunfante, ya en la propia Antigüedad, frente a la segunda[162]. Con tales datos necesita contar la crítica prudente: Mommsen nos ha legado el texto que

leyeron Agustín, Marciano Capela, y, seguramente, Prisciano e Isidoro, y gracias al avance de la investigación disponemos de algunas nuevas orientaciones sobre esa pretendida reelaboración que sufrió la obra. En las notas a los correspondientes pasajes podrá valorar el lector si los incrementos de los códices S, A y P traslucen un marchamo que autoriza a asociarlos directamente a la pluma de Solino o más bien abonan la tesis mommseniana de que fueron elaborados por otra mano, tal vez muy cercana a la época del autor. Como ha escrito V. von Büren *(Une édition critique*, 87), el texto establecido por Mommsen no debe «mejorarse», aunque sí su aparato crítico.

3. *Variantes respecto al texto de Mommsen*

En la presente traducción hemos seguido el texto de la edición crítica de Th. Mommsen, *CRM*², de la que únicamente nos hemos desviado en los pasajes que a continuación se indican. La numeración de capítulos y párrafos es la misma que en la edición citada.

1, 47:	adopto la lección *reprehensum* transmitida por la mayor parte de la tradición manuscrita frente a *deprehensum*, preferida por MOMMSEN[163].
1, 80:	prefiero la variante *Laodice*, de una parte de la tradición manuscrita, frente a *Laudice*, elegida por MOMMSEN.
1, 96:	introduzco la conjetura de LAURENS *harenis* ⟨*pedibus*⟩ *pendentibus*[164].
1, 98:	modifico *Vipsanoque* en *Vipstanoque*[165].
1, 102:	establezco la corrección *Siccium* en lugar de *Sicinium*, y *Aternio* en lugar de *Aterio*.

1, 113: no considero que sea sospechosa la indicación [*semper absolutus*], como hizo MOMMSEN.

2, 8: elimino *Siciliae* por considerar que no es sino una glosa marginal[166].

2, 9: adopto la variante *Digitiorum*, que figura en un grupo importante de códices, en vez de *Digidiorum*.

2, 11: frente a la lección *Metapontum*, estimo preferible la conjetura de SALMASIUS *Hipponium*, basada en la forma *Hypontum*, transmitida por uno de los códices (P2)[167]. Me inclino además por la variante *Ombrios*, que se halla en tres manuscritos (NHS), en lugar de *Umbrios*.

2, 13: MOMMSEN reconstruye el pasaje del siguiente modo: *a gubernatore Aeneae appellatum Palinurum, a tubicine Misenum, a consobrina *Leucosiam insulam inter omnes perspicue convenit; a nutrice *Caietam, ab uxore Lavinium, quod…* Sigo, sin embargo, la propuesta de MACÉ, basada en excelentes razones comparativas dentro de la tradición manuscrita de Solino[168]: *Par sententia est inter auctores a gubernatore Aeneae Palinurum, a tubicine Misenum, a consobrina Leucosiam insulam, a nutrice Caietam, ab uxore Lavinium esse nuncupata, quod…*

2, 28: corrijo *Coelius* y escribo *Gellius*.

3, 4: por considerar que es una glosa, elimino del texto la frase *quod in eo agro unicum est*, que ya despertó recelos en MOMMSEN[169].

4, 2: el pasaje figura así en la tradición y en la edición mommseniana: *Sed ut haec et Iolaum… praeterea et Ilienses et Locrenses transeamus*. He introducido la conjetura propuesta por Macé[170]: *Sed ut et haec et Iolaum…*

7, 9: en su texto, MOMMSEN separó así las frases: *Anthia et Cardamyle. Ubi quondam fuere Thyrae, nunc locus dicitur*. Sin embargo, la puntuación debe establecerse de otro modo: *Anthia et Cardamyle ubi quondam fuere, Thyrae nunc locus dicitur*[171].

7, 18: escribo *Aegialeus* por *Aegialus* y *Crunescon* en lugar de *Cruneson*, atendiendo a la sugerencia de CURTIUS[172].

10, 8: he optado por restituir el nombre correcto *Serrhio promunturio* sustituyendo el término corrupto *Sperchivo promunturio*[173].

10, 10 del texto *urbs Abdera… Hanc Abderam olympiade prima et tricesima senio…* elimino *Abderam* por estimar que es una glosa[174].

11, 4: enmiendo el *Cylisson* del texto mommseniano en *Tylisson*.

11, 5: en virtud de PLINIO (IV 58), estimo que debe leerse *mox Curetim* y no *mox Curetum*. Corrijo *Crete rege* por *Creteo rege*.

11, 9: comparto con SALMASIUS la idea de que el nombre *Lenaeus*, recogido en numerosos códices y en la edición mommseniana, debe ceder paso a *Lethaeus*.

11, 17: suscribo nuevamente la propuesta de SALMASIUS a favor de incluir el nombre de la isla de *Ios* en detrimento de la lección general *Chios*.

11, 24-25: ambos parágrafos de la edición mommseniana cambian de lugar y son trasladados inmediatamente antes de 11, 15[175].

11, 26: frente a la lección general y absurda de la tradición manuscrita, *marmore Paros nobilis, Abdelo oppido frequentissima*, introduzco la excelente conjetura de BECKER, *marmore Paros nobilis, ab Delo ⟨XXXVIII mil.⟩: oppido frequentissima*[176].

13, 1: *Psilonstoma* rectifica al *Spilonstoma* del texto.

15, 10: el término *Sicinio* que figura en la tradición manuscrita debe ser reemplazado por *Silio*.

19, 4: corrijo la lectura dañada *Alierum flumen* en *Bactrum flumen*.

22, 4: no traduzco [*votum*]. Considero, con MOMMSEN, que debe ser eliminado por constituir una glosa.

24, 10-11: MOMMSEN puntuó del siguiente modo: *audiuntur et cantus tibiarum et tinnitus cymbalorum per oram*

maritimam. 11 *A Lixo abest quinque et ducentis milibus passuum*. Pero debe establecerse de esta otra forma: *....tinnitus cymbalorum*. 11 *Per oram maritimam a Lixo abest*...[177].

24, 14: altero el orden de palabras *(quae torrente perpetuo et sole nimio plus quam ignito)*, que queda así: ... *perpetuo sole et nimio plus*...[178].

27, 44: corrijo la grafía del nombre *Battius* y escribo *Battus*[179].

27, 49: introduzco la lección del manuscrito N, *inpressiones*.

27, 53: modifico el nombre *Apellis* y, basándome en la lección *Apollinis* de la mayoría de los códices, restituyo *Apollodori*.

28, 1-2: la tradición manuscrita trasmite este nombre de un antiguo pueblo africano: ...*Amantum*... *Amantes*... *Amantas*. MOMMSEN mantiene dicha grafía en su edición. Sigo, sin embargo, la conjetura de JACOBY, restituyendo ...*Garamantum*... *Garamantes*... *Garamantas*[180].

32, 6: no considero sospechosa la lección [*diffusae et*], como hizo MOMMSEN[181].

32, 25: por conceder crédito al texto de PLINIO (VIII 90), cabe eliminar el término *strophilos* por constituir una deformación manuscrita del original *trochilos*.

38, 3: suprimo *hunc*, que ya había despertado recelos en MOMMSEN.

42, 3: la edición mommseniana subsanó así este breve pasaje deteriorado: **pugnatam malam pugnam*. Me adscribo, sin embargo, a la solución dada por LANDGRAF: **pugnatam male pugnam*[182].

45, 16: rectifico la transmisión *ad annos LXX vixisse* en *ad annos LXXV vixisse*[183].

46, 2: leo *L. Iulii Caesaris* en lugar de *C. Iulii Caesaris*.

46, 4: elimino la conjetura de MOMMSEN *hispida turgescat* y mantengo la lección de los manuscritos, *hispidatur. Gestat*[184].

51, 1: recibimos de la tradición y edita MOMMSEN: *inter hos et Indiam gnarissimi Ciconas locaverunt*. Favorezco la

	conjetura de Walter, *ignarissimi*[185].
52, 1:	introduzco la propuesta de Salmasius *Ab Emodis*, reemplazando la lectura *A Medis*.
52, 9:	corrijo *quietum genus* en *quintum genus*[186].
52, 38:	no debe eliminarse la indicación [*et tricornes*], como propone el editor.
52, 55:	escríbase *Cypri*[187].
52, 56:	escríbase *Cypro*.
54, 14:	no considero que sea sospechosa la lección [*Carbyle sive*], tal como señaló Mommsen[188].
56, 5:	efectúo la corrección de *Massylicum* en *Mossylicum*.
56, 15:	admito la variante *Ombrion* frente a la lección *Embrion*.

En otra serie de pasajes que contienen errores en los nombres o en las cifras he preferido respetar la lectura de los códices por considerar, como señalo en las correspondientes notas, que son equivocaciones propias del autor —algunas de las cuales ya figuraban en sus modelos— que no estamos autorizados a enmendar[189].

V. EDICIONES Y TRADUCCIONES

1. *Ediciones*

La *Collectanea* entró por vez primera en la imprenta en pleno siglo xv. La edición príncipe de Solino es presumiblemente la de J. Schurener de Bopardia, realizada en Roma hacia 1473, a la que seguirían la veneciana de Nicolás Jenson en 1473 y la milanense de Boninio Mombrizio, estampada entre los años 1474 y 1478[190].

Después, a lo largo de este mismo siglo y del siguiente, fue dado a la estampa casi treinta veces: conocemos la ediciones de París (1475), Parma (1480), Venecia (1491, 1493 y 1499), y Brescia (1498)[191]. Entre las del s. XVI, son dignas de mención la boloñesa de 1500[192]; la Aldina de 1518, impresa en Venecia no por el propio Aldo Manuzio, sino por su cuñado Andrés Torresano d'Asola[193]; la vienesa de Juan Camers de 1520, enriquecida con notas, más la de Basilea de 1557, que incluyó tanto los comentarios de Camers como los de Oporin; la aquitana de Elias Vinetus (Poitiers 1554) y la del jesuita español Martín Antonio del Río (Amberes, 1572, reimpr. 1577), que contiene censuras críticas al texto[194]. En el s. XVII, además de la decisiva aportación de Salmasius tantas veces mencionada (1629, reed. 1689), se cuentan otras siete ediciones solinianas. Las tres que ven la luz en el s. XVIII dependen de las anteriores: la de Leipzig de 1708 deriva de Reyher (1665); la de Goez (1777) y la Bipontina de 1794, de Salmasius. Entre éstas y la mommseniana cabe registrar aún la de G. F. Muratori (Turín, 1858), que recoge los textos de Mela y Solino. Ya hemos anticipado que las dos ediciones de Mommsen (1864, 1895) son sumamente ejemplares en su investigación de la tradición manuscrita y en la fábrica del aparato crítico[195]. A la última de ellas, como excepcional y casi definitiva fijación del texto soliniano, nos atenemos.

Solino se benefició también de algunos comentarios que perseguían ilustrar, para los lectores de la época, las curiosidades más notables descritas por nuestro autor. Ya

hemos mencionado los escritos por Juan Camers para su edición de Viena de 1520. Durante las siguientes décadas asistimos a la publicación de las *Diatribas* de M. Accorso a Ausonio, Solino y Ovidio, en donde combina elementos de crítica textual y comentarios de carácter general (Roma, 1524); aparecen también los comentarios y mapas del cosmógrafo y hebraísta Sebastián Münster, incluidos en las ediciones de Solino impresas por Isingrin en Basilea en 1538 y 1543, así como el comentario atribuido a Juan Oporin, redactado hacia 1542, aunque comprende tan sólo los apartados 1-12 del libro primero. Antes de las monumentales *Exercitationes* de Salmasius, tantas veces mencionadas, todavía surgieron el comentario de G. Draut a su estampa de Solino en tres volúmenes (Francfort, 1603) y las anotaciones de J. J. Grasser a una nueva edición del *Polyhistor* (Ginebra, 1605; reimpr. Lyon, 1608; París, 1621, 1632)[196].

2. *Traducciones*

Extranjeras. La más antigua traducción de la *Collectanea* es la que en el s. XII hizo al francés Simón de Bolonia para Balduino, conde de Flandes[197]. Ya en el XVI, un autor anónimo tradujo algunos extractos que insertó en el libro titulado *Les merveilles du monde* (Lyon, 1529; reimpr. 1534). Siguen en orden de antigüedad las traducciones al italiano: nunca se editó la de Nicodemo Tagli de Siena *(Della diversa historia e parti del mondo)*, que se conserva en un manuscrito de Florencia (Riccard. 1617) del siglo XVI, quizá la más antigua. Sí vio la luz, en cambio, la de G. V. Belprato:

«Solino delle cose maravigliose del mondo, trad, da G. Vinc. Belprato, conte d'Anversa. Venet., Giolito, 1557»; aunque figura que el libro fue estampado en Venecia en el año 1557, lo cierto es que su salida se retrasó hasta 1558. La obra obtuvo bastante éxito, si reparamos en su inmediata reedición (1559). Y un traductor anónimo puso en circulación otra versión toscana, *Delle cose maravigliose* (Venecia 1570, reimpr. 1584), que sacó buen provecho de Belprato. Fue traducido al inglés poco después: «*The excellent and pleasant worke of Iulius Solinus Polyhistor. Contayning the noble actions of humaine creatures, the secretes & prouidence of nature, the description of Countries, the maners of the people: with many meruailous things and strange antiquities, seruing for the benefitt and recreation of all sorts of persons*. Translated out of Latin into English by Arthur Golding, Gent. At London, Printed by I. Charlewoode for Thomas Hacket, 1587»[198]. El volumen tiene una curiosa introducción a la vida de Solino, que ocupa cinco páginas, escrita por Juan Camers. Golding (1536?-1605?), que estudió en el Queens College de Cambridge, logró granjearse una buena reputación como traductor asimismo de César, de Ovidio y de Pomponio Mela. Algo más tarde publicó nuevamente la traducción de Solino, junto con la de Mela: «*The learned worke of Julius Solinus Polyhistor with a necessarie Table for thys Booke*, trsl. by Arthur Golding, London, Th. Hacket, 1590». La única versión alemana se imprimió en el tránsito al s. XVII: J. van der Heyden, *«Solinus Zusammenlesung namhafter und*

gedenkwürdiger Sachen der Welt, verdeutscht durch Joh. Heyden, Francfort 1600». La *Collectanea* íntegra fue vertida al francés ya tardíamente por A. Agnant, «*Caius Julius Solinus. Polyhistor*», París, 1847 (Bibliothèque latine-française, 2e sér., XXVII).

Españolas. Existe una sola e interesante traducción de Solino al castellano, la tercera en antigüedad de todas las impresas conocidas; fue alumbrada en Sevilla, en 1573: «*Julio Solino de las cosas maravillosas del mundo*. Traduzido por Cristóbal de las Casas. Con privilegio y licencia de su Magestad. En Sevilla en casa de Alonso Escribano impressor en la calle de la Sierpe. 1573. A costa de Andrea Pescioni»[199]. Hay bastantes datos acerca de este noble sevillano, culto poeta y filólogo, autor asimismo de un vocabulario de las lenguas española y toscana (Venecia, 1576)[200]. La traducción de Cristóbal de las Casas no siempre acierta, pero es pulcra y de buen estilo castellano y sigue con bastante fidelidad el original, aunque está condicionada por las imperfecciones de las ediciones latinas coetáneas; tradujo asimismo las rúbricas y proporciona un útil índice de materias. Como buen conocedor del italiano que era, es muy probable que Cristóbal de las Casas se guiase por la versión de Belprato o por la veneciana anónima de 1570[201].

VI. EPÍLOGO

Los cien años trascurridos desde la edición de Mommsen

nos han permitido profundizar en el conocimiento de la *Collectanea* dentro de la historia literaria latina y valorar con más exactitud sus rasgos propios, pese a las discrepancias y controversias. Solino no construye, por supuesto, una obra maestra, ni siquiera brillante; pero basándose en la aportación enciclopédica de Plinio y en otras varias lecturas —geográficas, etnográficas, «paradoxográficas»— amalgama un curioso compendio de carácter recreativo. El libro sólo pretende ser un prontuario, un instrumento adecuado para clasificar en la mente del lector una imagen ordenada, coherente y asequible del orbe conquistado por Roma y de las tierras incógnitas. De esta forma, su 'inventario del mundo' se convierte en un texto que rebasa con creces los límites corográficos, puesto que engloba también la historia, la mitología, la descripción de la naturaleza, la etnografía y la astrología. Seleccionando los datos obtenidos en los libros, ofrece al ciudadano del Bajo Imperio, al aspirante a político, al futuro militar, al hombre de letras destinado a valerse de su cultura, al aventurero y al sedentario, algo más que esos 'bocetos de viaje' que fueron las *periégesis*, pues suministra una visión global de la tierra y de sus gentes, de sus riquezas, de sus leyendas y de sus costumbres, para que cada país y cada región permitiesen ensamblar con su nomenclatura insólita las distintas piezas de un mapa mental[202]; proporciona además al público la ilusión de conocer los confines del mundo y de familiarizarse, mientras lee, con las antiguas razas de los héroes y con las recónditas poblaciones del África, de Etiopía, de la India, de Escitia y de la Europa

atlántica, cuyas irregulares costumbres servirán de contraste para enaltecer la imagen de la civilidad de los romanos. El lector de Solino podía, en suma, abrirse a la fantasía de haber seguido los pasos del errabundo Ulises, «que vio las ciudades de muchos hombres y conoció su forma de conducirse»[203]. *Quod rarum, carum*.

La sencillez, incluso la credulidad, la renuncia a las grandes pretensiones que Solino anunció ya en el prefacio, otorgan a estas páginas una categoría narrativa digna. Podrán muchos pasajes imitar literalmente a Plinio. Cabrá señalar defectos y censurar a menudo incoherencias. Pero la rica espontaneidad, la sobriedad en la expresión elegida, la precisión de numerosos tecnicismos, la disposición del hilo conductor y la oportunidad de las asociaciones mnemotécnicas, que anteriormente destacamos, prestan a la *Collectanea* una ligereza y encanto suficientes para colmar tanto el deseo de adquirir una capa de instrucción como la necesidad de nutrir la imaginación y el universo fantástico del hombre tardoantiguo y medieval. Valiéndose de la amenidad, el compendio soliniano adquiere la condición de un manual que encerraba cuantas noticias extraordinarias merecía la pena conocer en los países visitados por la raza humana, y no debe extrañar que a finales del siglo XII Alejandro Neckam lo incluyese en la lista de obras cuya lectura recomendaba a los escolares[204] y que Guillermo de Malmesbury aconsejase a su amigo Guthlac las obras de Valerio Máximo y de Solino[205]. Porque tampoco Plinio, como recientemente se ha precisado, aspiró a algo más que a ser un buen divulgador de

conocimientos, y casi nunca llegó a molestarse en refutar de modo explícito muchas de las informaciones que incluyó en su *Historia*, aunque no creyese en ellas[206].

En todas las épocas hubo críticos que sinceramente tacharon de despreciables las misceláneas. Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), si es él quien compuso las *Cartas de El Bachiller de Arcadia al capitán Salazar*, reprobó en su día la obra de Pedro Mexía por estimar que no era «otra cosa sino un paramento viejo de remiendos y una ensalada de diversas yerbas, dulces y amargas… Mexía no puso en toda su *Silva* de su cosecha un árbol siquiera»[207]. Sin embargo, bien distinta y mesurada se nos antoja la vindicación de Menéndez Pelayo sobre aquella amena colectánea de Mexía escrita en el s. XVI: «con todas sus faltas y sobras, la *Silva de varia lección*, que hoy nos parece llena de vulgaridades y errores científicos, representaba de tal modo el nivel medio de la cultura de la época y ofrecía lectura tan sabrosa a toda casta de gentes, que apenas hubo libro más afortunado que él en sus días y hasta medio siglo después. Veintiséis ediciones castellanas (y acaso hubo más), estampadas, no sólo en la Península, sino en Venecia, Amberes y Lyon, apenas bastaron a satisfacer la demanda de este libro candoroso y patriarcal»[208].

En puridad, los juicios emitidos por Mommsen tampoco fueron justos con nuestro autor, porque resulta patente que Solino llevó a cabo el provechoso ejercicio de compilación que había anunciado en su prefacio y así debieron entenderlo los miles de lectores que durante siglos lo tuvieron por

oráculo experto. Si se mostró, en general, crédulo y nada crítico, su actitud obedece a la fe y admiración que la Antigüedad tardía profesaba a los *auctores receptissimi* ya consagrados[209]. Si cometió, en efecto, ciertos errores —aunque parejo caudal al que se detecta en otros autores[210]—, éstos no deben medirse cual si Solino hubiese sido un historiador reciente ayuno de método, sino como signo e índice de la cultura coetánea, cuyos criterios de valoración quedaron justificados en el prefacio de la *Collectanea*, y seguramente basta con que nosotros procedamos a «escardar y limpiar el libro de algunas bajezas que entre sus páginas tiene», como sugería Cervantes para el caso del *Tesoro de varias poesías* de Pedro de Padilla *(Don Quijote*, 1.ª parte, cap. VI). Contemplado desde nuestra perspectiva actual, su principal defecto podría definirse como una saludable virtud: el haberse atenido a aquella regla formulada por Terrones del Caño de «repartir la doctrina cernida conforme a la capacidad del auditorio». Ya vimos que, a partir de una fecha, Solino fue designado con el nombre de gramático, y tal vez con acierto, por cuanto su labor es acreedora a la comprensión que, pensando en sí mismo, reclamaba Cascales para los eruditos: «Pues, si el poeta abraza tantas noticias de cosas, el gramático, que ha de explicar lo que él apuntó concisamente, o sean tantas cosas tocantes al astrólogo, o al médico, o al jurisconsulto, o al teólogo, o al marinero, o al labrador, o al ciudadano, o al rey, o al pícaro, o al vivo, o al muerto, o a la tierra, o al cielo, o a los peces, o a las aves, o a los truenos, o a los relámpagos, o a los rayos,

o a los gentiles, o a los cristianos, o a los sacrificios, o a los agüeros, o al diablo, o al ángel, el tal gramático, ¿qué cornucopia, qué cosecha de cosas habrá menester para cumplir con su oficio?»[211]. Todas las materias tocó, en efecto, la *Collectanea*, y el simple hecho de que el libro haya llegado hasta nosotros, superando la selección natural de los siglos, debe bastarnos como confirmación de que Solino cumplió decorosamente con su oficio.

---

[1] Claude de Saumaise, nacido en Semur en 1588, comentarista de la Historia Augusta y editor de Aquiles Tacio. Vivió en Heidelberg y Leiden.

[2] No satisfecho con la primera edición, que apareció en 1864, Mommsen siguió revisando la recensión soliniana y publicó en 1895 un segundo y definitivo texto *(vid.* la bibliografía). Sobre las vicisitudes del proyecto y la labor previa de Roth y Parthey, MOMMSEN, *CRM*^{2}, págs. LVII-LVIII. Su edición, sin embargo, no estuvo exenta de omisiones e inconsecuencias en el estudio de los manuscritos, de los que no estableció ningún *stemma:* V. VON BÜREN, «Vom Nutzen…», 95-98.

[3] C. WEYMAN, *Berliner Philologische Wochenschrift* 16 (1896), 911.

[4] F. RABENALD, *Quaestionum Solinianarum capita tria*, Dissert. Halle, 1909, pág. 1.

[5] Mencionaré un ejemplo. Hasta tal punto la autoridad mommseniana debió actuar sobre A. SCHULTEN, que cometió la insensatez de omitir a Solino entre los autores que componen los *Fontes Hispaniae Antiquae*, I-IX (Barcelona, 1922-1987). ¿Para qué incluir la *Collectanea*, cap. 23, 1-14 y demás noticias sueltas sobre la Península Ibérica, si Mommsen había sentenciado que eran copia servil de Plinio carentes de valor? De seguir ese mismo criterio, ni Panessa *(vid.* nota 156 de nuestra traducción) ni Stern *(vid.* nota 1082) habrían incluido en sus colecciones los pasajes de Solino sobre la historia del ambiente y del clima y sobre los judíos respectivamente. Igual de lamentable es que los continuadores de la tarea schulteniana en la Universidad de Barcelona, L. Pericot y J. Maluquer, no subsanaran tal incongruencia y que la edición de los *Fontes* se cerrase definitivamente con los textos de Plinio y Mela, pero sin el de Solino (tomo VI, 1987, el último de la serie que vio la luz). La ventaja, al menos, es que la *Collectanea* aún no ha sido saqueada.

[6] E incluso algunas fueron anteriores a la segunda edición de 1895, pero Mommsen

las desdeñó. Así, la aguda corrección de Becker a 11, 26 *(vid.* nota 527 del comentario), que exonera a Solino de un grave desliz, innecesariamente vituperado por MOMMSEN *(CRM*[2], págs. VIII-IX) y por SCHANZ (véase SCHANZ-HOSIUS, *GRL* III[3], pág. 225), o las lecciones sacadas por Macé del códice Vaticano 3343 *(infra*, nota 168 y siguientes).

7 Los escasos ejemplos fueron reunidos en primer lugar por MOMMSEN *(CRM*[2], pág. V): un «C. Julio Solino» en una inscripción hispana *(CIL* II 2650), y «Solino» aisladamente en un epígrafe britano *(CIL* VII 31); figura también en varias improntas de alfarero halladas en Britania y en Italia *(CIL* VII 1331, 27 y 109; 1336, 1081 y 1082; XII 5686, 847). La nómina fue completada por A. HOLDER, *Alt-Celtischer Sprachschatz*, II, Leipzig, 1904, 1606 s., s. v. *Solinus*, con otro caso de Britania, seis de las Galias (entre ellos algunas improntas) y uno del Ilírico; recientemente A. MÓCSY, «Zu einigen Galliern in der Literatur der Kaiserzeit», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 30 (1982-1984), 384-385, añadió seis ejemplos más (Solino/Solina) procedentes de Galia-Germania y otro dudoso de Roma (inscripción que recoge la biografia militar de un *C. Julius Solenus*, tal vez error por *Solinus: CIL* VI 32709).

8 MÓCSY, «Zu einigen…», pág. 385, hace notar que Solino pertenece a la serie de nombres célticos que han recibido un sufijo latino, como *Bellinus, Nertinus, Loucinus*, etc. Pero el origen celta de esta denominación personal, ya determinado por Holder, podría por las mismas razones estar directamente vinculado a la Britania romana e incluso derivar de una primitiva forma *Sulinos*, construida sobre la raíz del nombre de la diosa Sul (HOLDER, *Alt-Celtischer…*, II, 1665, s. v. *Sulinos).*

9 MOMMSEN, *CRM*[2], pág. VI; H. WALTER, «C. Julius Solinus und seine Vorlagen», *Classica et Mediaevalia* 24 (1963), 149-154. Por mi parte, sólo encuentro en la *Collectanea* dos pasajes que podría delatar que Solino era (o bien se consideraba) un provincial y no un itálico: cuando describe las islas eolias (archipiélago de las Lípari), conocidas como Hesfestias por los griegos, señala que «los ítalos» las denominan Vulcanias. Puesto que PLINIO (III 92) dice que el calificativo de Vulcanias le fue dado *a nostris*, Solino puede estar dando a entender que se trataba de un nombre poco familiar para los romanos que, como él, no eran itálicos, sino de la zona occidental del Imperio (SOLINO, 6, 1). Y en otro lugar (23, 14) escribe que el mar Toscano era llamado mar Jónico o Tirreno por los griegos, pero mar Inferior por los ítalos (cuando podría haber dicho «por los romanos»).

10 En efecto, ya desde el s. III a. C. se impusieron las denominaciones de *kritikós (criticus)* o *grammatikós (grammaticus)* como calificativos habituales para cualquier letrado que trabajaba sobre libros o textos, y la tradición se mantuvo hasta época bizantina; *vid.* A. DIHLE, «Eraclide e la periegesi ellenistica», en F. PRONTERA (ed.), *Geografia storica della Grecia antica*, Bari, 1991, págs. 67-68.

11 *Vid.* A. R. BIRLEY, «The Roman Governors of Britain», en *Epigraphische Studien* 4, Colonia-Graz, 1967, pág. 74, n° 30.

12 A. STEIN, *Der römische Ritterstand. Ein Beitrag zur Sozial- und*

Personengeschichte des römischen Reiches, Múnich, 1927, págs. 166-167; H.-G. PFLAUM, *Les carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire Romain*, II, París, 1960, págs. 662-667, n° 247; III, París, 1961, pág. 992.

[13] H. USENER, «Zur lateinischen Literaturgeschichte», *Rhein. Museum* 22 (1867), 446 (= USENER, *Kleine Schriften*, II, Leipzig, 1913, pág. 158).

[14] En la abadía de St. Emmeram, por lo que fue primero conocido como *cod. S. Emmerami* 429.

[15] G. GUNDERMANN, «Lucretius und Solinus», *Rhein. Museum* 46 (1891), 492-493.

[16] MOMMSEN, *CRM*^{2}, pág. VI. El argumento podría ampliarse con el hecho de que, desde el acceso a la prefectura del pretorio, Oclatinio tenía el tratamiento de *eminentissimus vir*, pero no de *clarissimus* (contra lo que afirma el *Código de Justiniano* IX 51, 1), y sólo al ejercer el cargo de cónsul ordinario tuvo derecho al «clarisimado». *Vid*. PFLAUM, *Les carrières…*, II, pág. 666.

[17] Y es que podría tomarse por una afrenta, y no por un elogio, asegurar que la gran agudeza del analfabeto Oclatinio le capacitaba para reconocer cuáles habían sido los autorizados modelos de la *Collectanea*. De los aspectos literarios de la epístola a Advento nos ocupamos más abajo.

[18] Cf. PFLAUM, *Les carrières…*, II, pág. 667. A la muerte de Caracalla en abril del 217, el ejército pensó en Advento para sucederle como emperador, dado que poseía experiencia militar y era un buen prefecto del pretorio, pero él se negó pretextando vejez; sólo entonces eligieron a Macrino, que compartía la prefectura con Advento y que fue el primero de los emperadores ecuestres (HERODIANO, IV 14, 2). Así pues, el peso político de nuestro personaje era ya grande antes de ejercer el consulado.

[19] P. L. SCHMIDT, «Solins Polyhistor in Wissenschaftsgeschichte und Geschichte», *Philologus* 139 (1995), 23-35.

[20] MOMMSEN, *CRM*^{2}, pág. XXVI.

[21] Que constituía el libro octavo de los *Prata;* sobre esta obra y su hipotética influencia en Solino, *vid. infra*.

[22] Solino y Nicandro aparecen nominalmente citados en SERVIO, *Coment. a Virgilio, Geórgicas* II 215, como autores que se habían ocupado de los reptiles. G. KNAACK, «Analecta», *Hermes* 18 (1883), 33, arguyó que se trataba de una corrupción y propuso sustituirlo por Filino, de quien consta su dedicación a asuntos teriacales. La conjetura fue admitida por MOMMSEN *(CRM*^{2}, pág. XXVI), pero otros estudiosos se han mostrado favorables a admitir la bondad de la cita serviana (véase W. S. TEUFFEL, W. KROLL, F. SKUTSCH, *Geschichte der römischen Literatur*, III: *Die Literatur von 96 nach Chr. bis zum Ausgang des Altertums*^{6}, Leipzig, 1913, 178; SCHANZ-HOSIUS, GRL, III^3, pág. 226; SCHMIDT, «Solins Polyhistor…», pág. 34); de hecho, Thilo mantuvo en su edición de Servio la lectura «Solino». Además, no existe impedimento para que Solino fuera reputado un buen conocedor de la ofiología, según ha puesto de manifiesto C.

SALEMNE, «Varia iologica», *Vichiana (N. S.)* 1 (1972), 338-343, y a los lugares comunes entre Solino y Servio ya detectados por Mommsen cabría sumar algunos otros (SOLINO, 7, 8, a propósito del silencio amicleo, y 27, 33, sobre los «quersidros»).

23 Teodosio II organizó en el 425 una escuela del estado dotada con cátedras de gramática y retórica. El ejemplar de Solino fue una copia hecha por el calígrafo de Teodosio y destinada, bien a la Escuela, bien a la biblioteca de la corte: O. PECERE, «Antichità tarda e trasmissione dei testi. Qualche riflessione», en O. PECERE (ed.), *Itinerari dei testi antichi*, Roma, 1991, pág. 76. La *subscriptio* de este códice puede verse más adelante, nota 137; V. VON BÜREN, «Vom Nutzen literarischer Handschriften», pág. 88.

24 Sin embargo, hay escritores del siglo IV que tampoco suministran noticias del cristianismo, y no vislumbro por qué un autor pagano tendría necesariamente que mencionarlo. Calificar los sacrificios humanos en la Galia de «abominable ceremonia» (suponiendo que esta indicación sea de Solino: mss. SA de la familia III) no puede alegarse como reflejo de convicciones cristianas, según piensa SCHMIDT («Solins Polyhistor…», 31), puesto que toda la Antigüedad clásica rechazaba tales actos, teniéndolos por signo de barbarie y ofensa a los dioses. ¿Y por qué Solino no hizo aflorar esa supuesta convicción cristiana al escribir sobre las víctimas humanas entre neuros y escitotauros (15, 3; 14)?

25 MOMMSEN, *CRM*[2], págs. VI-VII.

26 *Historia Augusta. Vida de Heliogábalo* 26, 1; *Vida de Alejandro Severo* 40, 1; *Vida de Aureliano* 45, 4; *Vida de Tácito*, 10, 4; DIÓN CASIO, XLIII 24.

27 TÁCITO, *Anales* II 33; DIÓN CASIO, LVII 15. También Caligula usó vestidos de seda: DIÓN CASIO, LIX 26; SUETONIO, *Gayo*, 52.

28 H. WALTER, «C. Julius Solinus…», págs. 154-157; id., *Die «Collectanea rerum memorabilium» des C. Iulius Solinus. Ihre Entstehung und die Echtheit ihrer Zweitfassung* (Hermes Einzelschriften, Heft 22), Wiesbaden, 1969, págs. 73-74.

29 SCHMIDT, «Solins Polyhistor», 30-35.

30 Sobre estas ilustraciones, *vid. infra*, nota 150.

31 Es la carta incluida junto a la de Advento por los códices de la familia III, sobre cuya génesis y credibilidad hablaremos en el apartado consagrado a la transmisión del texto. Proporciono ahora una traducción de la misma, para que el lector disponga ya de este documento:

El Erudito de Julio Solino, también llamado gramático, editado y corregido por el propio autor.

Puesto que ciertas personas, antes movidas por la impaciencia que por la inclinación al saber, se han apresurado a hacerse con el original del opúsculo que yo estaba escribiendo y, aun hallándose entonces inacabado, lo entregaron a censo público sin aguardar a que la obra emprendida recibiese el último toque, y ahora corre de mano en mano en copias falseadas, que son censurables, como si hubiesen merecido

mi aprobación, despreciando todo cuanto se le añadió en más detenidas composturas para desarrollar los conocimientos: en previsión de que depositen en tus manos unos materiales toscos e incompletos, como si fuese un libro examinado por mí, te he enviado para que la conozcas esta pequeña colección ordenada según mis criterios. Ante todo, porque la secuencia dada a la obra debía situarse a la altura de tu ingenio; luego, para que la revelación de la todavía áspera ausencia de forma quedase sofocada mediante una legítima edición. Esta obra, por lo demás, llevará el título de 'El Erudito': pues aquel otro con el que la designé en la introducción, a saber, 'Colección de hechos memorables', he resuelto borrarlo junto con todo lo que hemos condenado. Así pues, al comparar esta carta con aquella que señala el comienzo de nuestro escrito advertirás que te tengo el mismo respeto que mostré hacia aquella persona, a quien dediqué la suma de nuestro esfuerzo.

32 Sobre este proceso puede verse A. v. PREMERSTEIN, «Nemesis und ihre Bedeutung für die Agone», *Philologus* 53 (1894), 407 s.; M. B. HORNUM, *Nemesis, the Roman State and the Games (ÉPRO* 117), Leiden, 1993, pág. 7 y núms. 8, 64 y 114 del catálogo. Una inscripción de Roma *(CIL* VI 130) de época de Gordiano III (238-243) invoca a Diana asimilada ya completamente a Némesis: *vid*. L. FOUCHER, «Némésis, le griffon et les jeux d'amphithéâtre», en *Mélanges d'Histoire ancienne offerts à William Seston*, París, 1974, pág. 189.

33 Cf. JOSEFO, *Guerra de los judíos* IV, 7, 2 (402-405).

34 EUSEBIO, *Onomástico*, págs. 86, 16-19 (KOSTERMANN), y la traducción latina de JERÓNIMO, págs. 87, 16-20 (KOSTERMANN); *vid*. asimismo ESTEBAN DE BIZANCIO, s. v. *Éngada*.

35 FOCIO, *Biblioteca*, cod. 161, 103 b.

36 El texto legal figura en la *Collatio legum Mosaicarum et Romanarum* 6, 4 (un breve resumen en el *Código de Justiniano* V, 4, 17).

37 Estimo prolijo ofrecer la relación de los grandes manuales de literatura latina que certifican esa datación; para las biografías, cf. E. DIEHL, *RE* X 1, col. 825, s.v. *Iulius* (492).

38 MOMMSEN, *CRM*[2], págs. VIII, XCVII.

39 En uno de los pasajes de PRISCIANO (1, 28) leemos *in collectaneis vel polyhistore*, pero se trata de un pasaje interpolado (MOMMSEN, *CRM*[2], pág. LXXXIX). En opinión de F. RAMORINO, *Rivista di Filologia* 24 [N.S. 2] (1896), 428-429, el título de *Polyhistor* lo crearían los gramáticos bizantinos y sería posteriormente introducido en el texto; a su vez, DIEHL, *RE X* 1, col. 826, estima que en el origen del título quizá influyó la evocación del gramático griego Alejandro Polihístor, que aparece frecuentemente citado en Plinio.

40 Mas si pudiese establecerse con certeza la autenticidad de la segunda carta dedicatoria y de la segunda recensión, deberíamos modificar este título por el de

Polyhistor.

[41] *Vid*. H. PETER, *Die geschichtliche Literatur über die römische Kaiserzeit bis Theodosius I und ihre Quellen*, I, Leipzig, 1897, pág. 134.

[42] C. SANTINI, N. SCIVOLETTO (edits.), *Prefazioni, prologhi, proemi di opere tecnico-scientifiche latine*, I, Roma, 1990, págs. VI-VII.

[43] Sobre los muchos casos en que Solino recurre a expresiones, con dos o más términos, que en el lector culto debían evocar pasajes de los grandes autores romanos de época tardorrepublicana e imperial, *vid. infra*, notas 70-78 y 86.

[44] T. JANSON, *Latin prose prefaces. Studies in literary conventions* (Acta Universitatis Stockholmiensis. Studia Latina Stockholmiensia, XIII), Estocolmo, Göteborg, Uppsala, 1964, págs. 154-155.

[45] Véase E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media latina*, Méjico, 1955, págs. 127-131 y 682-691 (brevedad como ideal estilístico).

[46] Y a Varrón también pertenecería parte del capítulo 1 (1-30), que contiene lo relativo a los orígenes y prehistoria de Roma, según pretendió E. SAMTER, *Quaestiones Varronianae*, Diss. Berlín, págs. 21 ss. Pero en nuestros comentarios a tales parágrafos podrá comprobarse que, si bien es cierto que alguna noticia podría remontar a Varrón (fuese conocido directamente por Solino o le llegase a través de uno de sus modelos), la hipótesis global no resulta admisible. Por otra parte, merece reseñarse que de los trece pasajes varronianos, sólo seis se hallan también en la *Historia Natural*, pero en uno de ellos Plinio no citaba el nombre de su fuente, lo que ilustra la forma de trabajar de Solino.

[47] El tratado titulado *De anno*, consultado para la redacción de 1, 34-37. *Vid*. P. MIRSCH, *De M. Varronis antiquitatum rerum humanarum libris XXV* (Leipziger Studien, 5), Leipzig, 1882, págs. 68-73.

[48] A esta conclusión llegaba MOMMSEN *(CRM*^{2}, págs. XII-XIII), principalmente, por dos razones. Primera: SOLINO (1, 31) calcula la duración de la monarquía romana en 241 años, aunque sumando los años que atribuye a cada rey se obtiene la cifra de 240; pero ambos datos pueden conciliarse mediante el interregno de un año que separa a Rómulo y Numa. Pese a las diferencias que existen con otras listas, aquí subyace una antiquísima datación del período real. Segunda: todas las reducciones anuales que da Solino para la fundación de la Urbe son fechas auténticas de Catón.

[49] De esta cronografía de Boco podría incluso derivar, aventuró MOMMSEN *(CRM*^{2}, pág. XIV), la mayoría de las noticias de la prehistoria de Roma contenidas en 1, 7-26, que Samter atribuyó a Varrón *(vid. supra*, nota 46). Y ello sería así porque, en tales parágrafos, cada vez que se hace referencia a un edificio antiguo Boco (?) suele añadir cuál es la construcción que en su época ha reemplazado en el mismo lugar a aquella otra. Este Boco se ha querido identificar con el mismo Cornelio Boco que Plinio menciona, entre los autores latinos, en los índices de los tomos XVI, XXXIII, XXXIV y XXXVII, y que parece haberse ocupado de temas hispanos. Mommsen ya señaló que probablemente

era el mismo L. Cornelio Boco honrado como flamen provincial en dos inscripciones de Lusitania *(CIL* II 35 y Suppl. 5184; pero *vid*. asimismo *CIL* II 2479 = Suppl. 5617, y *Ephemeris Epigraphica* VIII 356, 4), aunque Plinio no haría uso de su tratado cronográfico, sino de un libro diferente que versaba, quizá, sobre las maravillas hispánicas *(De admirandis Hispaniae)*. En realidad, toda la construcción reposa sobre suelo poco estable y no escapa a ciertas objeciones, que permiten poner en duda que el Boco soliniano, sea el de Plinio o no, escribiese una crónica universal; pero el principal reparo es que no se comprende bien por qué Plinio consultaría una obra menor de Boco sobre Hispania y en cambio prescindiría de la importantísima crónica: cf. RABENALD, *Quaestionum*..., págs. 99-100; SCHANZ-HOSIUS, *GRL* II[4], pág. 646; DIEHL, *RE* X 1, col. 832, e *infra*, nota 51.

50 No habría puesto la misma diligencia a lo largo de todo el epítome, puesto que para tratar de Roma, Italia y Grecia extractaría cuidadosamente una obra cronográfica, pero luego, para las restantes regiones del orbe, abandonaría este sistema.

51 Son los pasajes que Mommsen destaca en los márgenes de la *Collectanea* como IGN(OTVS) y PL (INIVS) *auct(us)*, lo que significa que todo lo relativo a la prehistoria de Roma (SOLINO, 1, 1-47) provendría de la *chorographia Pliniana*, y que Boco no podría ser fuente directa de 1, 1-26. La verdad es que en la argumentación mommseniana no queda nada claro si ese epítome ya contenía los fragmentos cronológicos de Boco, o bien Solino leyó sin intermediarios la supuesta crónica del 49 d. C. Mommsen sí explicita, en cambio, que los pasajes relativos al calendario romano (1, 34-37) los leería, al igual que Censorino y Macrobio, en la propia *chorographia* (y no, por consiguiente, en Suetonio).

52 G. M. COLUMBA, «Le fonti di Giulio Solino», *Rassegna di Antichità Classica* 1 (1896), 7-32; 105-115; id., «La questione soliniana e la letteratura geografica dei Romani», *Atti della Reale Accademia di Scienze, Lettere e Belle Arti di Palermo*, XI, 3, 1917-1919 [1920].

53 La simple correspondencia verbal no es suficiente, en opinión de Columba, para garantizar que Solino derive de Plinio, máxime cuando no hay argumentos que prohíban recurrir a la tradición común.

54 Como, por ejemplo, en el enfoque dado a los hiperbóreos (PLINIO, IV 89-91; SOLINO, 16, 1-6).

55 Y así, Plinio desplazaría al fabuloso «catoblepas» de su contexto etiópico para incluirlo en el libro VIII (77), mientras que POMPONIO MELA (III 96) y SOLINO (30, 22) respetarían el lugar que le corresponde (dentro de la descripción de África).

56 Ya que eso, por el contrario, no habría ocurrido si Amiano se hubiese servido directamente de Plinio o, como pretendió Mommsen, de una *chorographia Pliniana* que resumía la *Historia Natural*.

57 Véase K. G. SALLMANN, *Die Geographie des Älteren Plinius in ihrem Verhältnis zu Varro* (Untersuchungen zur antiken Literatur und Geschichte, Bd. 11), Berlín-Nueva York, 1971,132-133, que formuló una parte de estas objeciones. Con

razón Sallmann se pregunta si es que los autores cuyas obras conservamos (Mela, Plinio, Solino) son torpes por naturaleza y sólo los imaginarios corógrafos perdidos poseían el don personal de dosificar sabiamente sus fuentes y aderezarlas con rasgos de originalidad.

58 Ya MOMMSEN, *CRM*[2], pág. XXIV, se percató de la posibilidad de que Censorino, Solino y Macrobio hubiesen leído a Varrón, pero alejó la idea por estimar que los densos volúmenes del erudito romano estaban muy por encima de los módulos de la época: he aquí una sorprendente descalificación del nivel intelectual de todos los protagonistas de la cultura literaria de aquellos siglos.

59 K. G. SALLMANN, *Gnomon* 43 (1971), 162.

60 Salmasio cumplió, en efecto, con aquella vieja regla que quizá fue Occam el primero en formular, según la cual en ciencia debe primar la teoría que salve los fenómenos o apariencias con el menor número posible de suposiciones, de forma que si podemos explicar el origen de pasajes complejos sin suponer la existencia de un adaptador, debemos hacerlo: *vid*. C. S. LEWIS, *La imagen del mundo (Introducción a la literatura medieval y renacentista)*, Barcelona, 1980, págs. 12-13.

61 Sobre la distribución del contenido de los libros geográficos en capítulos y su reflejo en Solino, D. DETLEFSEN, *Die geographischen Bücher* (II 242-VI *Schluss) der Naturalis Historia*, Berlín, 1904, págs. XI-XV. La primacía concedida a Roma sería influencia de Varrón, según R. REITZENSTEIN, «Die geographischen Bücher Varros», *Hermes* 20 (1885), 549, o del Suetonio que dependía de Varrón: A. KLOTZ, *Berliner Philologischer Wochenschrift* 30 (1910), 363.

62 RABENALD, *Quaestionum…*, págs. 98-137; KLOTZ, *Berliner Philologische Wochenschrift* 30 (1910), 359-363; TEUFFEL, KROLL, SKUTSCH, *Geschichte…*, III[6], pág. 179; DIEHL, *RE* X 1, 834-835.

63 RABENALD, *Quaestionum…*, 135-136; DIEHL, *RE* X 1, cols. 834-835.

64 Que podría ser alguno de los autores que manejó Lucano; *vid.*SALEMNE, «Varia iologica», 134-139.

65 Su influencia es perceptible en Valerio Máximo, Veleyo Patérculo, Curcio Rufo, Frontino, los escritores de la *Historia Augusta*, Macrobio: obsérvese que algunos de ellos esencialmente fueron, como Solino, compiladores. Sobre el planteamiento original de Trogo acerca del reino macedónico de los Argéadas puede verse B. R. VAN WICKEVOORT CROMMELIN, *Die Universalgeschichte des Pompeius Trogo. Herculea Audacia Orbem Terrarum Adgressus* (Beiträge zur Geschichtskultur, Bd. 7), Hagen, 1993, págs. 56 s.

66 J. POUCET, «Varron, Denys d'Halicarnasse, Macrobe et Lactance. L'oracle rendu à Dodone aux Pélasges», *Pallas* 39 (1993), 62.

67 Una simple variante de esta concepción es la hipótesis de M. RABENHORST, desarrollada en varios trabajos *(Quellenstudien zur Naturalis historia des Plinius, 1. Teil: Die Zeitangaben varronischer und capitolinischer Aera in der Naturalis historia*,

Dissert. Berlín, 1905; id., «Quellenstudien zur Naturalis historia des Plinius, 2. Teil: Die Indices auctorum und die wirklichen Quellen der Naturalis historia des Plinius», *Philologus* 65 [1906], 567-603; id., *Der ältere Plinius als Epitomator des Verrius Flaccus. Eine Quellenanalyse des 7. Buches der Naturgeschichte*, Berlín, 1907), para quien los perdidos *rerum memoria dignarum libri* de Verrio Flaco, datados entre el 22 y el 31 d. C., habrían sido la fuente común más inmediata tanto de Plinio como de Solino, incluso para las partes geográficas de ambos autores. La inverosimilitud de semejante planteamiento, manifestada ya en las primeras recensiones, ha sido perfectamente analizada por SALLMANN, *Die Geographie…*, págs. 134-139.

68 En una ocasión, SOLINO (1, 51) cita directamente a Trogo a propósito de un embarazo de siete fetos; este dato y su atribución a Trogo, aun cuando pudiera haberlo leído en PLINIO (VII 33), demuestra que nuestro autor tuvo conocimiento de la existencia del importante tratado *De animalibus*. Hay siete pasajes más que tal vez provienen de las *Historias* de Trogo: el del origen arcadio del poblado Palanteo (SOLINO, 1, 14), el de las fechas de la fundación de Roma (1, 27), el de los Pelópidas y la Pisa de Italia (2, 7), una serie de noticias sobre Sicilia y las Lípari (5, 5-8; 6, 1), el relativo a la herida que Filipo de Macedonia sufrió en un ojo (8, 7) y el dato sobre la huída directa de Aníbal desde el reino de Antíoco al de Prusias (42, 3). Además, Solino toca dos puntos a los que Trogo prestó asimismo atención en sendos excursos sobre *curiosa et mirabilia* (obtención del betún del Mar Negro y descripción del bálsamo); *vid.* van WICKEVOORT CROMMELIN, *Die Universalgeschichte…*, págs. 103 s. Más dudoso resulta si leyó en Trogo la referencia a Nepote y Lutacio como seguidores de la cronografía de Apolodoro y Eratóstenes (SOLINO, 1, 27).

69 Detalles que figuran en SOLINO, 7, 12; 27-28; véase U. CAPITANI, «La tradizione indiretta: limiti della sua utilizzazione nella costituzione dei testi di medicina latina», en I. MAZZINI, F. Fusco (eds.), *I testi di medicina latina antichi. Problemi filologici e storici*. Atti del I Convegno Internazionale. Macerata-S. Severino M., 26-28 aprile 1984 (Università di Macerata. Pubblicazioni della Facoltà di Lettere e Filosofia, 28), Roma, 1985, pág. 40. También la noticia sobre Diomedes como fundador de Arpos y Benevento (SOLINO, 2, 10) procedería no directamente de Catón (como sugirió D. MUSTI, «Il processo di formazione e diffusione delle tradizioni greche sui Daunii e su Diomede», en *La civiltà dei Daunii nel quadro del mondo italico* [Atti del XIII Convegno di Studi Etruschi e Italici], Florencia, 1984, 95 s.), sino de Varrón. Los detalles sobre las viviendas reales (SOLINO, 1, 21-26) pueden remontar asimismo a Varrón: CH. J. SMITH, *Early Rom and Latium. Economy and Society c. 1000 to 500 B.C.*, Oxford, 1996, 173.

70 Sobre Dressel, *vid. infra*, nota 104; cf. además G. LILLIU, *La civiltà dei Sardi dal neolitico all'età dei Nuraghi*, Turín, 1963, pág. 304; A. LA PENNA, «Sallustio e Seneca sulla Corsica», *La Parola del Passato* 31 (1976), 143-147. En Salustio podría asimismo haber leído los datos sobre la hierba sardonia (SOLINO, 4, 4), así como sobre el mar de las Sirtes y sobre Hadrumeto (27, 3 y 9).

71 En SOLINO, 29, 3-4.

[72] Lo cita como M. Tulio (1, 27) a la vez que a Pomponio Atico, cuyo *Liber annalis* tal vez conociese; véase asimismo SOLINO, 5, 14-15 *(Discursos contra Verres)* y 33, 13 *(Hortensio*, aunque el dato pudo tomarlo en Tácito).

[73] En SOLINO, 10, 15 *(Ejemplos);* 40, 16-17 *(Crónica);* 42, 3 *(Vidas)*.

[74] En SOLINO, 1, 83 y en 52, 32.

[75] En SOLINO, 20, 9 *(Germania);* 22, 9 *(Germania* y *Agricola);* 27, 3 *(Anales*, I 70); 33, 13 *(Diálogo sobre los oradores*, aunque el dato pudo tomarlo en CICERÓN) y 35, 8 *(Historias)*.

[76] En SOLINO, 7, 9 y 22, 1, como señaló E. KLEBS, «Entlehnungen aus Velleius», *Philologus* 49 (1890), 298-299. MOMMSEN advirtió que en otro pasaje SOLINO (27, 10), si no siguió a Veleyo, tuvo su misma fuente (*CRM*[2], pág. XIII). Hay también una coincidencia léxica entre SOLINO, 11, 25 y VELEYO, II 30, 5.

[77] En SOLINO, 27, 38 (Silio) y 38, 3 (Floro).

[78] Como piensa W. LAPINI, «Solino e la fondazione di Tivoli», *Bulletino di Studi Latini* 28 (1998), 469, añadiendo que de Sextio tomaría nuestro autor la referencia a Catón que figura en 2, 7.

[79] Las huellas de estos dos autores se perciben en SOLINO, 9, 3-7, dentro del apartado sobre Macedonia cuya filiación hemos atribuido a Prompeyo Trogo.

[80] Unas pudo tomarlas indirectamente, otras consultarlas personalmente.

[81] Atendiendo a una serie de similitudes, considero posible que dicha fuente «paradoxográfica», que manejó a Heródoto *(vid*. SOLINO, 15, 16), fuese ya utilizada por Pomponio Mela. Solino se daría cuenta de ello y empezaría a explotarla tanto para ampliar la redacción de Mela como para añadir nuevos datos. Desde luego, esta misma fuente pudo ser aprovechada por otros escritores de época imperial (por ejemplo, por Séneca, por Máximo de Tiro y por Claudio Eliano, lo que explicaría las coincidencias con Solino). No obstante, debemos ser conscientes de que en asuntos «paradoxográficos» suelen configurarse tradiciones polivalentes cuya reiteración, aun manifestándose casi literalmente en diferentes autores, se produce a veces de forma independiente.

[82] Esta protesta, frente a quienes negaban a Solino cualquier renovación de sus modelos, fue ya formulada por A. MACÉ, «Observations critiques sur le texte de Solin», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française de Rome* 19(1899), 196.

[83] La voz plautina *opiparus* es utilizada en dos ocasiones, y en una de ellas sirve para modificar la expresión de Mela *apparatis epulis* en *opiparis epulis*.

[84] SCHMIDT, «Solins Polyhistor…», 33.

[85] Así, el empleo de *tunc* por *tum* o el de *constitutus* como participio de *esse*.

[86] Hemos detectado los siguientes pasajes en probable relación con Virgilio: SOLINO, 5, 22; 7, 24 y 26; 9, 2 y 17; 11, 21 y 30; 12, 5, 15 y 18; 15, 25; 17, 1; 23, 19; 27, 38; 29, 3; 30, 11; 40, 10; 50, 2; 52, 36; 56, 18. En un lugar está citado expresamente como

el Mantuano (SOLINO, 46, 4); y posibles reminiscencias de otros poetas (Ovidio, Horacio, Estacio) en SOLINO, 5, 20 y 24; 15, 25; 25, 4; 30, 11; 40, 21. Con todo, también traza alguna pincelada irónica respecto a la ingenuidad de los poetas en materia mitológica: véase SOLINO, 7, 21 y 23; 8, 3.

87 Frente a las formas en *-tis*, que Plinio extiende sin motivo a una serie de nombres de gemas, Solino ofrece siempre la desinencia habitual *(catochites, echites, galactites, haematites, myrrhites, nassamonites, phlogites, selenites)*.

88 Un ejemplo bien curioso de la forma de trabajo se descubre en 27, 3, en donde inserta algunos datos de TÁCITO *(Anales* I 70, 1) relativos al Atlántico —expedición de Germánico en el año 15— para describir el mar de las Sirtes.

89 Hay algunos fallos que pueden explicarse si el manuscrito de Plinio que tuvo Solino contenía glosas y errores de transmisión; también el de Mela presentaba defectos: *vid*. al respecto WALTER, «C. Julius Solinus…», 98-142; id., *Die «Collectanea rerum memorabilium»…*, págs. 6-8. Sobre un curioso error introducido en el manuscrito de Valerio Máximo que manejó nuestro autor, véase SOLINO, 1, 83.

90 Así, en SOLINO, 11, 8; 23, 16; 27, 49; 38, 5. La función de la etimología como forma de pensamiento en los autores tardíos y medievales fue tratada por CURTIUS, *Literatura europea…*, págs. 692-699.

91 Véase SOLINO, 7, 21 y 23; 8, 3, y 38, 3 (aquí establece un juego de palabras a propósito de Tarso: si PLINIO [V 92] la denomina *libera urbs*, él la llama *mater urbium)*. Alteraciones o ampliaciones conscientes de los datos de Plinio las hay, por ejemplo, en 1, 67; 77; 84 y 98; 11, 12; 25, 2; 26, 10; 27, 57; 37, 19; 45, 13. Cf. asimismo 4, 1 (donde tal vez reprocha a Plinio haber guardado silencio respecto a una noticia leída en Salustio), y 20, 9-10 (sobre la historia del ámbar del Po).

92 En SOLINO, 11, 5; 13, 1; 23, 12; 25, 16; 27, 33; 35, 9-11. La invención de «Mediterráneo» aparece en 18, 1.

93 En SOLINO, 15, 29 y 31; 37, 22; 52, 16.

94 *Vid*. LEWIS, *La imagen del mundo*, pág. 8.

95 Sobre aquella tradición literaria, cf. F. SUSEMIHL, *Geschichte der griechischen Literatur in der Alexandrinerzeit*, I, Leipzig, 1891, págs. 463-486; G. LAFAVE, *Les métamorphoses d'Ovide et leurs modèles grecs*, París, 1904, pág. 15.

96 Sobre tales epítomes, *vid*. MOMMSEN, *CRM*², págs. XXVII, LIII-LV. Resulta discutible si ya Capela, Agustín e Isidoro emplearon excerptas solinianas, puesto que es más probable que manejaran, junto con Solino completo, a Plinio, y a menudo mezclaban en su cabeza los datos suministrados por cada autor. La utilización conjunta de Plinio y Solino duró hasta los últimos días de las letras latinas e incluso parece que tuvo aceptación entre los gramáticos de comienzos de la época medieval.

97 Véase J. FONTAINE, «Unité et diversité du mélange des genres et des tons chez quelques écrivains latins de la fin du IVe siècle», en *Christianisme et formes littéraires*

de l'Antiquité tardive en Occident (Entretiens sur l'Antiquité Classique. Fondation Hardt, t. XXIII), Vandoeuvres-Ginebra, 1977, pág. 462.

[98] La teoría mommseniana del corógrafo fue aceptada por H. FINKE, *Ammianus Marcellinus und seine Quellen zur Geschichte der römischen Republik*, Dissert. Heidelberg, 1904, pág. 5, y en parte por SCHANZ, *GRL*, IV, 1², pág. 99, aunque este último autor no muestra reparo alguno en admitir que Amiano usó también en directo a Solino. RABENALD, *Quaestionum…*, págs. 17-55, defendió que la versión canónica (corta) de Solino fue la fuente inmediata de Amiano y este punto de vista es el que hoy tiende a imponerse *(vid*. I. GUALANDRI, «Fonti geografiche di Ammiano Marcellino XXII, 8», *La Parola del Passato* 23 [1968], 119-211; SALLMANN, *Die Geographie…*, pág. 133); en cambio WALTER, *Die «Collectanea rerum memorabilium»…*, págs. 44-53, mantiene la hipótesis de que Amiano empleó la edición reelaborada por el propio Solino (versión larga). La última opción (Amiano > interpolador > versión larga) es idea de J. ROUGÉ, *Latomus* 30 (1971), 190.

[99] H. I. MARROU, *St. Augustin et la fin de la culture antique*, París, 1937, págs. 137-138; H. HAGENDAHL, *Augustine and the Latin Classics*, Göteborg, 1967,1, págs. 219-22; II, págs. 670-673.

[100] Esta composición, atribuida a CIPRIANO POETA, debió de escribirse hacia el siglo V: cf. SCHANZ, *GRL*, IV, 1², págs. 207-209; A. DI BE-RARDINO, «La poesía cristiana», en la obra colectiva *Patrología*, III. *La edad de oro de la literatura patrística* (Biblioteca de Autores Cristianos), Madrid, 1986, págs. 370-371, 374-375.

[101] Véase nota a SOLINO, 27, 33, a propósito del término «elefancia»; sobre la calidad de estos registros, cf. A. THOMAS, «Le *Laterculus* de Polemius Silvius et le vocabulaire zoologique roman», *Romania* 35 (1906), 161-197.

[102] Así, la descripción del «tragopán» que figura en SOLINO, 30, 29 pasará al *Corpus Glossariorum Latinorum* V, 527; VIII, 360; véase SCHANZ, *GRL*, IV, 1², 249, 258-259.

[103] A. RONCORONI, «Plinio tardoantico», en *Plinio il Vecchio sotto il profilo storico e letterario*, Actas del Congreso de Como editadas por L. ALFONSI y N. ALFIERI, Como, 1982, pág. 157.

[104] Sobre el reflejo parcial de la obra soliniana, desde Capela hasta Isidoro, MOMMSEN, *CRM*², págs. XXVI-XXVII; SCHANZ-HOSIUS, GRL, IV, 2, págs. 168, 226, 236-237, 245, 249, 258, 418. Sobre Solino e Isidoro H. DRESSEL, *De Isidori Originum fontibus*, Diss. Gotinga, 1874 (= *Rivista di Filologia* 3 [1875], 247-248); H. PHILIPP, *Die historisch-geographische Quellen in den Etymologiae des Isidorus von Sevilla*, I (Quellen und Forschungen zur alten Geschichte und Geographie, 25), Berlín, 1912, págs. 74-76; J. FONTAINE, *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*², París, 1983, pág. 663, n. 1; 749; N. MESSINA, «Le citazioni classiche nelle Etymologiae di Isidoro di Siviglia», *Archivos Leoneses* 34 (1980), 211; F. GASTI, «I

Collectanea di Solino come fonte del libro XI delle Etymologiae di Isidoro», *Athenaeum* 66 (1988), 121-129.

105 *Vid*. más adelante los datos relativos a la tradición manuscrita. Renunciamos a trazar el catálogo completo de las bibliotecas institucionales y privadas que poseyeron en estos siglos algún ejemplar de la *Collectanea*, pero baste señalar que estuvo en los monasterios o abadías de St. Gallen, Reichenau, St. Emmeran, Montecassino, Salem, Clairvaux, Wessobrun, Michelsberg, Lorsch, Toul, Pompuse, Corbie, St. Peter de Salzburgo, en Durham, Rochester, Canterbury, Dover y Leicester, en las Universidades de Erfurt, París e Ingolstadt, en la biblioteca capitular de la catedral de Bamberg, en la diócesis de Lieja, en el convento de San Marco de Milán, en la biblioteca de Bartolomé Capra, arzobispo de Milán, en la biblioteca pontificia de Roma, en Nápoles, de donde lo trajo a España el Duque de Calabria, etc. Los papas españoles Benedicto XIII y Calixto III poseyeron códices solinianos. Se sobreentiende que los autores de los siglos X al XV que a continuación citamos tuvieron copias de Solino o las consultaron en las bibliotecas de su entorno. Véase P. LEHMANN, *Mittelalterliche Bibliothekskataloge Deutschlands und der Schweiz*, I, Múnich, 1918, pág. 82. 13; 86. 3; 111. 33; 144. 18; 265. 29; 284. 16-17; id., *Mittelalterliche…*, II, Múnich, 1928, págs. 1; 25. 3; 77. 4-28; P. RUF, *Mittelalterliche…*, III, 1, Múnich, 1932, págs. 186. 22; 188. 41; 189. 7; III, 2, Múnich, 1933, pág. 253, 3-4; III, 3, Múnich, 1939, págs. 341, 1; 343, 20; 376, 26; M. MANITIUS, «Beiträge zur Geschichte römischer Prosaiker im Mittelalter», *Philologus* 47 (1889), 562; id., *GLLM*, III, 550; 709; id., *Handschriften antiker Autoren in Mittelalterlichen Bibliothekskatalogen*, Leipzig, 1935, págs. 158-161; M. FERRARI, «Fra i 'latini scriptores' di Pier Candido Decembrio e biblioteche umanistiche milanesi: codici di Vitruvio e Quintiliano», en R. AVESANI y otros (eds.), *Vestigia. Studi in onore di Giuseppe Billanovich*, Roma, 1984, págs. 276-281; M. SPERONI, «Il testamento di Bartolomeo Capra e la sua biblioteca», *Italia medioevale e umanistica* 19 (1976), 215-217; E. MÜNTZ, P. FABRE, *Les bibliothèques du Vatican au XVe siècle*, París, 1887, págs. 87 y 221; M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía hispano-latina clásica*, VIII (Obras completas, t. LI), Madrid, 1952, pág. 87. Sobre la biblioteca de D. Fernando de Aragón, Duque de Calabria, véase más abajo, nota 121.

106 MOMMSEN, *CRM*^{2}, pág. XXVII; MANITIUS, «Beiträge…», 563.

107 W. CLAUSEN, «Bede and the British Pearl», *Classical Journal* 42 (1947), 275; P. MEYVAERT, «Bede the Scholar», en G. BONNER (ed.), *Famulus Christi. Essays in Commemoration of the Thirteenth Centenary of the Birth of the Venerable Bede*, Londres, 1976, pág. 55; MANITIUS, *GLLM*, I, pág. 233; K. HILLKOWITZ, *Zur Kosmographie des Aethicus, Teil II*, Frankfurt, 1973, pág. 137; O. PRINZ, *Die Kosmographie des Aethicus*, Múnich, 1993, pág. 26.

108 M. ESPOSITO, «Dicuil: An Irish Monk in the Ninth Century», *The Dublin Review* 137 (1905), 330-331, y «An Irish Teacher at the Carolingian Court: Dicuil», *Studies* 3 (1914), 664-674 (= M. ESPOSITO, *Irish Books and Learning in Mediaeval Europe*, edit. por M. LAPIDGE, Hampshire, 1990, núms. V y VI)

[109] MOMMSEN, *CRM*², págs. XXVIII-XXIX; L. TRAUBE, «Das Gastmahl des Cicero», *Rhein. Museum* 47 (1892), 561; F. BRUNHÖLZL, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters, von Cassiodor bis zum Ausgang der karolingischen Literatur*, I, Múnich, 1975, pág. 483; C. E. LUTZ, *Remigi Autissiodorensis Commentum in Martianum Capellam*, I, Leiden, 1962, pág. 23; id., *Iohannis Scotti, Annotationes in Marcianum*, Cambridge (Mass.), 1939, pág. XXV.

[110] G. CARY, *The medieval Alexander*, Cambridge, 1956, págs. 38-41; F. PFISTER, «Nachrichten des Solinus über Alexander in der Historia de Preliis», *Rhein. Museum* 115 (1972), 73-77; MANITIUS, *GLLM*, II, págs. 50 y 237.

[111] V. PALADINI, M. DE MARCO, *Lingua e letteratura mediolatina*², Bolonia, 1980, pág. 232; MANITIUS, «Beiträge…», 563; F. RÄDEL, «Satyra de amicicia et de conubio Saxoniçe et Franci (Clm 29111). Das Freundschaft eines Freigelassenen», en W. BERSCHIN, R. DÜCHTING (eds.), *Lateinische Dichtungen des X. und XI. Jahrhundert. Festgabe für Walther Bulst zum 80. Geburtstag*, Heidelberg, 1981, pág. 178; MANITIUS, *GLLM*, III, págs. 70-72, 337-340, 418-419, 517, 708-712, 724, 735-736; L. LATAPIE, «Mémoire sur l'abrégé poétique du Polyhistor de C. J. Solin par Thierry, attribué jusqu'ici à Pierre Diacre», *Bulletin de l'Académie royale de Belgique* 16, II (1849), 79-101; CURTIUS, *Literatura europea…*, págs. 720-721; M. E. MILHAM, «C. Julius Solinus», en F. E. CRANZ, V. BROWN, P. O. KRISTELLER (eds.), *Catalogus translationum et commentariorum. Medieval and Renaissance latin translations and commentaires*, VI, Washington, 1986, pág. 74; J. G. PRÉAUX, «Thierry de Saint-Troud, auteur du poème pseudo-ovidien De mirabilibus Mundi», *Latomus* 6 (1947), 353-366.

[112] MANITIUS, *GLLM*, II, págs. 331 y 565; P. DRONKE, *Medieval Latin and the Rise of European Love-Lyric*, II², Oxford, 1968, págs. 513-515.

[113] H. HAGENMEYER, *Historia Hierosolymitana (1095-1127)*, Heidelberg, 1913, pág. 69; PALADINI, DE MARCO, *Lingua e letteratura…*, pág. 206; CARY, *The medieval…*, págs. 27, 36-37, 62, 336-337; H. JAN WESTRA, *The Commentary on Martianus Capella's «De Nuptiis Philologiae et Mercuri» attributed to Bernardus Silvestris*, Toronto, 1986, com. a 4, págs. 106-108; MANITIUS, *GLLM*, III, págs. 219, 429-430, 625-632, 919-920; P. G. SCHMIDT, *Johannes de Hauvilla, Architenius*, Múnich, 1974, págs. 67-68; F. LAMMERT, «De C. Iulii Solini Collectaneis a Guidone de Bazochiis adhibitis», *Philologus* 72 (1913), 403-413; C. RATKOWITSCH, *Descriptio Picturae. Die literarische Funktion der Beschreibung von Kunstwerken in der lateinischen Großdichtung des 12. Jahrhunderts* (Wiener Studien, Beiheft 15. Arbeiten zur mittel- und neulateinischen Philologie 1), Viena, 1991, págs. 98-101; X. MURATOVA, «Problèmes de l'origine et des sources des cycles d'illustrations des manuscrits des bestiaires», en G. BIANCIOTTO, M. SALVAT (eds.), *Épopée animale, fable, fabliau* (Actes du IVe Colloque de la Société Internationale Renardienne. Évreux, 7-11 septembre 1981), París, 1984, pág. 397.

[114] B. MUNK OLSEN, «La diffusion et l'étude des historiens antiques au XIIe

siècle», en A. WELKENHUYSEN, H. BRAET, W. VERBEKE (eds.), *Mediaeval Antiquity* (Mediaevalia Lovaniensia, Ser. I, Stud. XXIV), Lovaina, 1995, págs. 37-38; M. MANITIUS, «Nachträge zu Solin», *Philologus* 51 (1892), 191; id., *GLLM*, III, págs. 162, 189, 372, 394-397, 433-437, 483, 638, 667, 803; C. HÜNEMÖRDER, «Das Lehrgedicht «De monstris Indie» (12. Jh.). Ein Beitrag zur Wirkungsgeschichte des Solinus und Honorius Augustodunensis», *Rheinisches Museum* 119 (1976), 267-284; MANITIUS, «Beiträge…», págs. 563-565; MILHAM, «C. Julius Solinus», pág. 75.

115 H. BERGER, *RE* VII 2, col. 1931, *s. v. Guido* (sobre el códice soliniano que manejó Guido, véase B. L ULLMAN, *The Humanism of Coluccio Salutati*, Padua, 1963, 198-199; G. C. ALESSIO, C. VILLA, «Per Inferno I, 67-68», en R. AVESANI y otros [eds.], *Vestigia. Studi in onore di Giuseppe Billanovich*, I, Roma, 1984, pág. 14); MANITIUS, *GLLM*, III, págs. 618-619; F. J. CARMODY, «De bestiis et aliis rebus and the Latin Physiologus», *Speculum* 13 (1938), 153-159; B. E. PERRY, *RE* XX 1, col. 1122, s.v. *Physiologus*.

116 R. G. WITT, *Hercules at the Crossroads. The Life, Works, and Thought of Coluccio Salutati*, Durham 1983, pág. 245 (Jacobo de Vorágine); R. R. BOLGAR, *The Classical Heritage and its Beneficiaries*, Cambridge, 1954, págs. 197 y 423; S. VIARRE, «Le commentaire ordonné du monde dans quelques sommes scientifiques des XIIe et XIIIe siècles», en R. R. BOLGAR (ed.), *Classical Influences on European Culture A. D. 500-1500*, Cambridge, 1971, pág. 204; R. W. HUNT, *The Schools and the Cloister. The Life and Writings of Alexander Nequam (1157-1217)*, Oxford, 1984, págs. 50 y 74; E. R. SMITS, «Aspects of Mediaeval Literary History», en A. WELKENHUYSEN, H. BRAET, W. VERBEKE (eds.), *Mediaeval Antiquity* (Mediaevalia Lovaniensia, Ser. I, Stud. XXIV), Lovaina, 1995, pág. 14; P. TOYNBEE, «Brunetto Latino's obligations to Solinus», *Romania* 23 (1894), 62-77; LEHMANN, *Mittelalterliche…*, II, 40. 31-32 (Alberto Magno); MANITIUS, «Beiträge…», págs. 564-565; id., «Nachträge…», págs. 191-192 (Vicente de Beauvais y Jacobo de Vorágine); id., *GLLM*, III, pág. 786; P. G. SCHMIDT, *«De rebus obscuris* - eine allegorische Dichtung um 1200», *Mittellateinisches Jahrbuch* 5 (1968), 181-198; F. J. TALAVERA ESTESO, «Metodología científica en el siglo XIII. La práctica de los *excerpta* en el «Liber de natura rerum» de Tomás de Cantimpré», *Cuadernos de Estudios Medievales* 4-5 (1979), 174-176; N. BROC, *La géographie de la Renaissance (1420-1620)*, París, 1980, 17; J. DESANGES, «L'Afrique sur la carte de Ebstorf», en R. CHEVALLIER (ed.), *Colloque International sur la cartographie archéologique et historique, à la memoire de F. Oudot de Dainville* (París, 24-26 janvier 1970), Tours, 1972, págs. 33-35. Anotemos aquí que los datos procedentes de Solino incluidos en la *Crónica del mundo* de Rodolfo de Ems fueron sacados de Honorio de Autun: O. DOBERENTZ, «Die Erd- und Völkerkunde in der Weltchronik des Rudolf von Hohen-Ems», *Zeitschrift für deutsche Philologie* 13 (1882), 41 ss.

117 ULLMAN, *The Humanism…*, págs. 153-154; 251; WITT, *Hercules at the Crossroads…*, págs. 243-245; M. PASTORE STOCCHI, «Da Crisippo al Boccaccio», en R. CARDINI y otros (eds.), *Tradizione classica e letteratura umanistica. Per Alessandro*

Perosa, I, Roma, 1985, pág. 158; K. MÜLLENHOFF, *Deutsche Altertumskunde*, I, Berlín, 1890, págs. 388-389, 408-409; MANITIUS, «Beiträge…», pág. 565.

118 J. BURCKHARDT, *La cultura del renacimiento en Italia. Un ensayo*, Madrid, 1992, 264 y 283 (trad, española del tomo V de las obras completas de Burckhardt, Berna, Hallwag, 1944).

119 E. FUMAGALLI, «Un falso tardo-quattrocentesco: lo pseudo-Catone di Annio di Viterbo», en R. AVESANI y otros (eds.), *Vestigia. Studi in onore di Giuseppe Billanovich*, Roma, 1984, pág. 356; P. PASCAL, «The «Scriptorum illustrium linguae latinae libri» of Sicco Polenton», *Acta Conventus Neo-Latini Amstelodamensis* (Proceedings of the Second International Congress of Neo-Latin Studies, Amsterdam, 1973), Múnich, 1979, pág. 854; F. DI BENEDETTO, «Fonzio e Landino su Orazio», en R. CARDINI y otros (eds.), *Tradizione classica e letteratura umanistica. Per Alessandro Perosa*, II, Roma, 1985, pág. 446; B. GUENÉE, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, París, 1980, pág. 169; A. MARANINI, «Una nota del Poliziano a Solino (2, 22) nel ms. Mcl. 754», *Giornale Italiano di Filologia* 42 (1990), 117-128.

120 CARY, *The medieval…*, pág. 62; F. RICO, «Il nuovo mondo di Nebrija e Colombo. Note sulla geografia umanistica in Spagna e sul contesto intellettuale della scoperta dell'America», en R. AVESANI y otros (eds.), *Vestigia. Studi in onore di Giuseppe Billanovich*, Roma, 1984, págs. 592-593. Se cita también a Solino en el *Rams de flores* o *Libro de actoridades*, cuya compilación protegió el Gran Maestre de la Orden del Hospital Juan Fernández de Heredia.

121 Para conocer la importancia de la biblioteca napolitana que perteneció a Alfonso V el Magnánimo, una de cuyas partes trajo a España el Duque de Calabria, *vid*. G. MAZZATINTI, *La biblioteca dei re d'Aragona in Napoli*, Rocca San Casciano, 1897; T. DE MARINIS, *La biblioteca napoletana dei re d'Aragona*, I-IV, Milán, 1947-1952, y el *Supplemento*, I-II, Verona, 1969.

122 Parece evidente que la fama de nuestro autor circulaba también por Europa gracias al reconocimiento de los cosmógrafos suizos y alemanes del siglo, como Vadianus *(In Geographiam Catechis*, 1527), Sebastián Münster *(Cosmographia*, 1544) y J. Simler *(Description du Valais*, 1574); *vid*. N. BROC, *La géographie de la Renaissance (1420-1620)*, París, 1980, págs. 64, 82 y 102. Es muy probable, por tanto, que en la Península Ibérica el conocimiento de Solino derivase sobre todo de las aulas universitarias, pues la cosmografía se estudiaba entre las disciplinas humanísticas en las Facultades de Artes.

123 Aun cuando Mexía citó como autoridad a Solino para algunas anécdotas en las ediciones de 1540 y de 1543, pero lo reemplazó por Valerio Máximo en la de 1550 (por ejemplo, *Silva* I, cap. 41).

124 Torquemada cita con frecuencia a Solino, a veces traduciéndolo directamente, en los dos primeros tratados del *Jardín* (noticias sobre nacimientos con dientes, pueblos monstruosos, pigmeos, estatura de Hércules, isla de Lemnos, etíopes macrobios, lago de

aceite, Cerdeña, hiperbóreos y origen del Nilo), y lo incluye asimismo en los tratados tercero (datos sobre las «bitias»), cuarto (perros regalados a Alejandro), quinto (diligencia de los antiguos escudriñando todos los saberes, montes rifeos y noticias sobre los hiperbóreos, transformación de los neuros en lobos) y sexto (hábitos de los onagros, neuros convertidos en lobos).

125 *Pedacio Dioscórides Anazarbeo, Acerca de la Materia Medicinal y de los venenos mortíferos. Traducido de lengua Griega en la vulgar Castellana, ilustrado con claras y substanciales Annotationes, y con las figuras de innúmeras plantas exquisitas y raras, por el Doctor Andres de Laguna, médico de Julio III. Pont. Max.*, Amberes, 1555, pág. 49 (la cita de Solino afecta al pasaje de DIOSCÓRIDES, I 91); véase T. HERNANDO, *Dos estudios históricos (vieja y nueva medicina)*, Madrid, 1982, pág. 94.

126 En la introducción a su obra *Cosmographie de Levant*, Lyon, 1554 (véase *Voyages en Egypte, 1549-1552. Jean Chesneau. André Thevet*, París, 1984, pág. 64, comentario de F. Lestrigant). Thevet, que pecaba de ingenuo, llegó incluso a creer la noticia de que las pirámides no arrojaban sombra (SOLINO 32, 44): *vid*. su *Cosmographie Universelle*, t. I, París, 1575, f. 40 r°.

127 Las citas que importan son las siguientes: SOLINO, 9, 6, sobre Flegra y los gigantes (libro II, capítulo VI, artículo VI, declaración moral); 5, 14, sobre Ceres y Sicilia (lib. II, cap. XIV, art. IV); 7, 22, la fuente Aretusa de Tebas (lib. II, cap. XIV, art. VII, declaración); 5, 9, Vulcano y el Etna (lib. II, cap. XV, declaración); 6, 1, las islas eolias (lib. II, cap. XV, sentido histórico); 34, 1-2, Joppe y la roca de Andrómeda (lib. II, cap. XIX, art. XIII, declaración). Como numerosas partes y citas de este tratado son copia fiel de BOCACCIO *(Genealogia deorum)* y de NATALI CONTI *(Mythologiae)*, es posible que Pérez de Moya sólo conociese a Solino por referencia de sus modelos.

128 J. BINIMELIS, *Nueva historia de la Isla de Mallorca y de otras islas a ella adyacentes. Dirigida a los jurados del mismo Reino el año 1595*. Traducida de su original mallorquín por D. GUILLERMO TORRASA, Palma, 1927, I, cap. XX, pág. 108.

129 En Francia, la obra de Solino fue constantemente consultada y recomendada por los tratadistas renacentistas de geografía, como Possevin *(Bibliotheca Selecta*, 1593) y Bonvalot *(Totius Orbis Descriptio*, 1611), que junto a las distintas noticias sobre la tierra y el mar también incluyeron datos sobre animales, minerales y plantas; *vid*. F. DE DAINVILLE, *La géographie des humanistes*, París, 1940, págs. 52 s., 72, 77 y 174.

130 Menciona a SOLINO, 27, 54, a propósito del río Leto; *vid*. C. GUZMÁN ARIAS, «¿Existió un río "Lete" en la Bética? Aportaciones de F. Fernández de Córdoba a una cuestión geográfica», en *Los humanistas españoles y el humanismo europeo* (IV Simposio de Filología Clásica), Murcia, 1990, pág. 166.

131 Los pasajes en cuestión son SOLINO, 50, 2-3, y 23, 1-3; véase F. CASCALES, *Cartas Filológicas*, Ep. 8.ª de la II Década (ed. de J. GARCÍA SORIANO, t. II, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, núm. 117), Madrid, 1952, 117; Ep. 2.ª de la III Década (t. III, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, núm. 118, Madrid), 1954, pág. 31.

[132] R. CARO, *Días geniales o lúdicros* (ed. de J.-P. ETIENVRE, t. I, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, núm. 212), Madrid, 1978, pág. 79. Según consta en la «Memoria de los libros que quedaron por fin y muerte del señor Doctor Rodrigo Caro», que publicó S. MONTOTO (en su edición de R. CARO, *Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla. Epistolario*, Sevilla, 1915, LXXI, núm. 289), Caro tenía en su biblioteca la estampación de Isingrin (Basilea, 1543), que contenía el *Polyhistor rerum toto orbe memorabilium thesaurus locupletissimus* de SOLINO y el tratado *De situ orbis* de POMPONIO MELA; sobre esta edición véase SCHWEIGER *(infra*, nota 190), pág. 960.

[133] Véase F. J. FERNÁNDEZ NIETO, «Una noticia de Solino en Juan de Zabaleta», *Quaderns de Filologia. Estudis literaris*, I (Homenatge a Amelia García-Valdecasas), Valencia, 1995, 341-345. Añadiré ahora que la misma noticia sobre el basilisco transmitida por la *Collectanea*, sin modificar una sola palabra, fue incluida por Fulquerio de Chartres (s. XII) dentro de la *Historia Hierosolymitana* (lib. III, cap. LX, 3), aunque la probabilidad de que Zabaleta conociese a Fulquerio es mínima y todo aboga, valoradas las pruebas y las numerosas ediciones solinianas del s. XVI, en favor de Solino.

[134] Sólo aduciré dos ejemplos. El DR. JUAN SORAPÁN DE RIEROS *(Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*, págs. 86, 132 a) conmemora la historia de los atarantes, que no experimentan sueños, anécdota referida, entre otros, por SOLINO (31, 2); sin embargo, allí mismo indica Sorapán que aquélla procede de MELA (I 43) y PLINIO (V 45). En las ya mencionadas *Cartas Filológicas* (ep. 7.ª de la III década; t. III, 168) Francisco Cascales relata la paradoja de la sal de Agrigento, que «aplicada al fuego se deshace, y al agua rechina, como la común en el fuego». La información podría proceder de SOLINO (5, 18), pero lo más verosímil es que derive de PLINIO (XXXI 85), bien directamente, bien a través del erudito veneciano Ermolao Bárbaro (1454-1493), comentarista de Plinio, cuya obra consultó Cascales.

[135] Aunque consultó, sobre todo, a ELIANO y a PLINIO EL VIEJO; *vid.* J. SEZNEC, «Saint Antoine et les monstres. Essai sur les sources et la signification du fantastique de Flaubert», *Publications of the Modern Language Association of America* 58 (1943), 195-222.

[136] Para una actualización de los manuscritos solinianos *vid.* M. E. MILHAM, «A Handlist of the Manuscripts of C. Julius Solinus», *Scriptorium* 37 (1983), 126-129; B. MUNK OLSEN, *L'étude des auteurs classiques latins aux XIe et XIIe siècles*, II, París, 1985, págs. 488-520; III, 2e partie, París, 1989, pág. 128. En opinión de MILHAM, «C. Julius Solinus», pág. 73, una investigación más paciente podría elevar su número hasta los 350. Sobre los florilegios y otros manuscritos que contienen algunos extractos de Solino puede consultarse B. MUNK OLSEN, *La réception de la littérature classique au Moyen Age (IXe -XIIe siècle)*, Copenhague, 1995, págs. 201-203, 211, 217, 229, 251-253, 261-262.

[137] Es el códice en donde figura la siguiente *subscriptio*, que nos permite establecer el único límite superior seguro para la composición de la obra: *Iulius Solinus explicit feliciter studio et diligentia d(omini) n(ostri) Theodosii invictissimi principis*. Véase *supra*, nota 23.

[138] Estas interpolaciones figuran en MOMMSEN, *CRM*², pág. 222, reseñadas como *codicum Heidelbergensis similiumque additamenta*. Son, en total, seis; tres de ellas derivan del libro XIV de las *Etimologías*.

[139] El calificativo de «interpolados» lo es por antonomasia, para contraponerlos a los códices de las familias I y II, bien que estos últimos tampoco se libraron, como ya hemos indicado, de sus propias interpolaciones.

[140] Que fueron editados por MOMMSEN *(CRM*², págs. 217-221) como *codicum classium secundae et tertiae additamenta potiora;* por nuestra parte, en las correspondientes notas del comentario hemos señalado su existencia y procedido a su traducción.

[141] G. KIRNER, «Contributo alla critica del testo di Solino», *Rassegna di Antichità Classica* 1 (1896), 75-87, pero véanse los reparos que hizo B. KÜBLER, *Wochenschrift für Klassische Philologie* 14 (1897), 629-631.

[142] Son los parágrafos 11, 24-25, que deberían estar inmediatamente antes de 11, 15; *vid*. las correspondientes notas en nuestra traducción.

[143] La descripción de todos ellos se halla en MUNK OLSEN, *L'étude*..., págs. 488-520. Sólo de los siglos IX a XII conocemos ahora más de treinta códices que no llegó a ver Mommsen.

[144] Sobre el mismo, H. I. BELL, «A Solinus manuscript from the library of Coluccio Salutati», *Speculum* 4 (1929), 451-461.

[145] Contiene, junto a Solino, el *Carmen Paschale* de Sedulio: W. JUNGANDREAS, «Die Runen des Codex Seminarii Trevirensis R. III. 61», *Trierer Zeitschrift für Geschichte und Kunst des Trierer Landes und seine Nachbargebiete* 30 (1967), 161.

[146] K. HARTMANN, «Zwei Fragmente antiker Schriftsteller aus der Augsburger Stadtbibliothek», *Berliner Philologischer Wochenschrift* 27 (1907), 733 (afecta a SOLINO, 47, 2).

[147] Véase J. A. GUY, «A lost Ms. of Solinus. Five fragments from Bury St Edmunds in the Library of Clare College, Cambridge», *Transactions of the Cambridge Bibliographical Society* 6 (1972), 65-67.

[148] MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía*..., pág. 87.

[149] J. ÁLVAREZ DELGADO, «Un ignorado de Viris illustribus de Varrón en nuestra Biblioteca Universitaria», *Revista de Historia Canaria* 30 (1965), 3-18

[150] BELL, «A Solinus manuscript...», págs. 451-461; A. y M. LEVI, «The medieval map of Rome in the Ambrosian library's manuscript of Solinus (C 246 inf.)»,

Proceedings of the American Philosophical Society 118 (1974), 567-594; L. COGLIATI ARANO, «Il manoscritto C. 246 inf. della Biblioteca Ambrosiana, Solino», en G. VAILATI SCHOENBURG WALDENBURG (ed.), *La Miniatura Italiana in età romanica e gotica. Atti del I Congresso di Storia della Miniatura Italiana, Cortina 26-28 maggio 1978*, Florencia, 1979, págs. 239-258; D. J. A. ROSS, *Alexander Historiatus. A Guide to medieval illustrated Alexander Literature* (Athenäums Monograph. Altertumswiss. CLXXXVI), Francfort, 1988, págs. 78-79.

151 La carta, traducida, puede verse más arriba, en nota 31.

152 Salmasio consideró, desde esa óptica, que un códice de calidad que contuviese la segunda carta y la revisión de Solino sería el más apropiado para editar la *Collectanea*. Ya dijimos que eligió el Parisinus 6810 (P), miembro de la tercera familia.

153 MOMMSEN, *CRM*[2], págs. XC-XCIII.

154 KIRNER, «Contributo…», págs. 90-96.

155 K. G. SALLMANN, *Gnomon* 43 (1971), 163-167.

156 Este es precisamente el caso de las interpolaciones que contienen los códices de la primera familia *(supra*, nota 138).

157 H. EMONDS, *Die zweite Auflage im Altertum. Kulturgeschichtliche Studien zur Überlieferung der antiken Literatur* (Klassisch-Philologische Studien, 14), Leipzig, 1941, pág. 17.

158 SCHMIDT, «Solins Polyhistor», 23-35.

159 Puestos a conjeturar, podría darse un nuevo paso y suponer que *Advento* es un simple error de la tradición creado a partir de una mala interpretación de la expresión *adventu ad Romam* (obra dedicada a Constancio «con ocasión de su llegada a Roma»). En tal caso, el nombre del verdadero receptor de la versión final del libro habría desaparecido y todas las especulaciones sobre los Adventos serían humo de pajas.

160 En efecto, si la primera versión estaba dedicada a Constancio y es claro que habría cumplido su destino si hubiesen dejado a Solino pulirla y redondearla, una vez terminada a gusto del autor y remitida a un personaje de rango inferior Solino estaría significando que ya no era digna del Emperador (¡luego tampoco lo hubiese sido la primera versión!). Y si ambas cartas quedaron juntas en la introducción, Constancio sufría además la descortesía de compartir la dedicación con un inferior y ver cómo se hacía público el patético incidente de la interceptación, que le había privado de ejercer a solas la honra del mecenazgo.

161 Eso es precisamente lo que hizo en 1529 Fray Antonio de Guevara con su *Reloj de Príncipes*, destinado a Carlos V. Teniendo en 1524 casi acabado, aunque sin corregir, un primer proyecto *(Libro áureo)*, «Su Magestad malo de la quartana, me lo pidió para passar tiempo y aliviar su calentura…El libro fue hurtado, y por manos de muy diversas personas traydo y trasladado». Guevara refundió entonces la obra, añadiendo nuevos materiales, hasta triplicar el texto, y desechando la mitad del primitivo libro, y se la

dedicó nuevamente al Cesáreo Emperador. Debo advertir que la historia del robo y difusión no autorizada del manuscrito se considera, a raíz de las indicaciones contenidas en el epistolario del propio autor, dudosa y contradictoria, cuando no un artificio retórico; véase la introducción de E. BLANCO a la edición de FR. A. DE GUEVARA, *Relox de Príncipes*, Madrid, 1994, págs. XVII-XXVIII.

162 B. KÜBLER, *Wochenschrift für Klassische Philologie* 14 (1897), 632. Pero V. VON BÜREN («Une édition critique…», 87) estima que los manuscritos L, Mi, N2, LΔ y QΔ permitirían la reconstrucción y edición del antiguo arquetipo Δ, que podría ser la versión aumentada del texto y obra del propio Solino.

163 Sigo aquí el parecer de Å. FRIDH, *Contributions à la critique et interprétation des Variae de Cassiodore* (Acta Regiae Societatis Scientiarum et Litterarum Gothoburgensis, Humaniora 4), Göteborg, 1968, págs. 70-71.

164 P. LAURENS, «Une épigramme élogieuse et deux parodies (A. Pl. 53, A.P. XI, 86 et 119)», *Revue de Philologie* 47 (1973), 91-95.

165 PLINIO, VII, 84, fuente de Solino, indica correctamente el nombre.

166 W. LAPINI, «Solino e la fondazione di Tivoli», *Bulletino di Studi Latini* 28 (1998), 474-477, mejorando la antigua propuesta de Salmasio.

167 Es de la misma opinión V. BÉRARD, *La colonisation grecque de l'Italie et de la Sicile dans l'Antiquité: histoire et légende*[2] (BEFAR, Fasc. 150), París, 1957, 180.

168 A. MACÉ, «Un important manuscrit de Solin (VAT. 3343)», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française de Rome* 8 (1888), 517; id., «Observations critiques…», pág. 186.

169 Que comentó en el aparato: *fortasse delendum*.

170 Cf. MACÉ, «Un important manuscrit…», pág. 515; id., «Observations critiques…», págs. 186 y 195.

171 Así lo advirtió C. L. URLICHS, *Vindiciae Plinianae*, Erlangen, 1866, págs. 47-48; *vid.* WALTER, «C. Julius Solinus…», págs. 134-135.

172 E. CURTIUS, «Die Quellen der Akropolis», *Hermes* 21 (1886), 199-200.

173 En POMPONIO MELA, II 28, figura el término *Seriphion*, asimismo incorrecto, que fue rectificado en *Serrhion* por Bursian.

174 *Vid.* MACÉ, «Un important manuscrit…», pág. 516; id., «Observations critiques…», págs. 186 y 195.

175 Véase la oportuna justificación en las notas al pasaje.

176 G. BECKER, «Kleinigkeiten», *Rhein. Museum* 29 (1874), 497.

177 WALTER, «C. Julius Solinus…», págs. 136-137.

178 Sugerencia hecha a WALTER, «C. Julius Solinus…», pág. 137, por el Prof. W. RICHTER.

[179] *Vid*. MACÉ, «Un important manuscrit…», pág. 516; idem, «Observations critiques…», págs. 187 y 195.

[180] Véase *FGrHist* 673 F 137b, conjetura apoyada también por J. DESANGES, *Pline l'Ancien, Histoire Naturelle, Livre V, 1-46, Ière Partie (L'Afrique du Nord* (Collection Budé), París, 1980, comentario al pasaje V 34 y págs. 376-377.

[181] En defensa de la pureza original de la expresión *diffusae et vastae magnitudinis*, véase MACÉ, «Un important manuscrit…», pág. 519; WALTER, «C. Julius Solinus…», pág. 138.

[182] Fundamentada en el precedente de SALUSTIO *(Guerra de Yugurta* 54, 7), *proelium male pugnatum;* véase G. LANDGRAF, «Zur Sprache und Kritik des Solinus», *Blätter für das Gymnasial-Schulwesen* 32 (1896), 404; cf. CICERÓN, *Sobre los deberes*, III, 30, 109 *(cum male pugnatum apud Caudium esset)*.

[183] WALTER, C. Julius Solinus…», pág. 139, en donde señala el origen haplográfico del error.

[184] Como defendió W. SCHMID, «Beiträge aus der Thesaurus Arbeit. Hispido», *Philologus* 81 (1937), 463.

[185] WALTER, «C. Julius Solinus…», pág. 139.

[186] Tal como figura en PLINIO, VI 66; véase E. CHATELAIN, «Un manuscrit de Solin révélé par les notes tironiennes», *Revue de Philologie, de Littérature et d'Histoire anciennes* 26 (1902), 43.

[187] Carece de fundamento la decisión de atribuir en este pasaje a Solino la invención de un término *cyprum*, que significaría «cobre».

[188] Cf. WALTER, «C. Julius Solinus…», págs. 140-141.

[189] Así, en SOLINO, 20, 15; 30, 25 y 34; 32, 7; 40, 10; 46, 2; 48, 1; 49, 1 y 7; 53, 29

[190] F. L. A. SCHWEIGER, *Bibliographisches Lexicon der gesamten Literatur der Römer*, en el *Handbuch der klassischen Bibliographie, Bd.* II. *Lateinische Schriftsteller*, Leipzig, 1834, págs. 957-958; MOMMSEN, *CRM*[2], págs. LVI-LVII; T. ROGLEDI MANNI, *La tipografia a Milano nel XV secolo* (Biblioteca di Bibliografia Italiana, XC), Florencia, 1980, pág. 196, núm. 936; FERRARI, «Tra i 'latini scriptores'…», págs. 259-260; MILHAM, «C. Julius Solinus», pág. 75, tiene en cambio por *editio princeps* a la veneciana de Jenson.

[191] En opinión de MOMMSEN, *CRM*[2], págs. LVI-LVII, todas las impresiones solinianas del xv, a excepción de la veneciana de 1473, serían deudoras de la edición príncipe.

[192] I. MARIOTTI, «Lezioni di Beroaldo il Vecchio sulla Tebaide», en R. CARDINI y otros (eds.), *Tradizione classica e letteratura umanistica. Per Alessandro Perosa*, II, Roma, 1985, 592.

193 M. E. MILHAM, «An Introduction to the Renaissance Tradition of Pomponius Mela», en *Acta Conventus Neo-Latini Amstelodamensis* (Proceedings of the Second International Congress of Neo-Latin Studies, Amsterdam, 1973), Múnich, 1979, 788.

194 El P. Martín A. del Río, S.J., fue editor asimismo de los trágicos latinos (Amberes, 1593; reed. París, 1620).

195 Que tuvo asimismo en cuenta las anotaciones marginales escritas en ciertos códices por Bongarsio, Lindenbrog y Oudendorp, así como las correcciones de Casaubon a Solino que conserva la biblioteca de Cambridge (MOMMSEN, *CRM*[2], pág. LVI, n. 1).

196 Una completa descripción de todos estos comentarios en MILHAM, «C. Julius Solinus», págs. 78-84.

197 MANITIUS, *GLLM*, III, pág. 713; MILHAM, «C. Julius Solinus», págs. 74 y 76.

198 Existe una edición facsimilar de la traducción de Golding a cargo de G. KISH (Scholars' facsimiles & reprints, Gainesville [Florida], 1955). Sobre las versiones de Belprato y Golding puede consultarse también BOLGAR, *The Classical Heritage…*, 536-537.

199 Véase MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía hispano-latina…*, pág. 88; id., *Biblioteca de traductores españoles*, I (Obras completas, t. LIV), Santander, 1952, págs. 310-312. SCHWEIGER, *Bibliographisches Lexicon…*, pág. 961, registra entre las traducciones españolas este libro: *Julio Solino de las cosas maravillosas del mundo por Alvaro Gutierrez de Torres. 4. Toledo 1524*. Pero la obra de ALVAR GUTIÉRREZ DE TORRES, *El sumario de las maravillosas y espantables cosas que en el mundo han acontescido*, Toledo, 1524 (hay edición facsimilar de la Real Academia Española, Madrid, 1952) no es una traducción de la *Collectanea rerum memorabilium*, sino un compendio de historia universal salpicado con noticias de carácter extraordinario entresacadas de los autores clásicos y de la Biblia.

200 A. LASSO DE LA VEGA, *Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana*, Sevilla, 1871, págs. 207-208; M. MÉNDEZ BEJARANO, *Diccionario de Escritores, Maestros y Oradores naturales de Sevilla y su actual provincia*, I, Sevilla, 1922, pág. 117, núm. 489. Acerca de la espléndida época de divulgación de los clásicos a la que pertenece C. de las Casas, cf. M. RODRÍGUEZ-PANTOJA, «Traductores y traducciones», en *Los humanistas españoles y el humanismo europeo* (IV Simposio de Filología Clásica), Murcia, 1990, págs. 98-103.

201 La Biblioteca Colombina de Sevilla cuenta actualmente con tres ediciones de Solino anteriores a la traducción de Cristóbal de las Casas, a saber, la milanense de Bonino Mombrizio [signatura 1-3-21], la de Parma de 1480 [signatura 4-1-32(1)], y la vienense de Juan Camers de 1520 [signatura 2-4-9]. A su vez, la Biblioteca Universitaria hispalense dispone de la veneciana de 1491, de la lugdunense de 1539 y de la de Isingrin (Basilea) de 1543 (quizá la que fue propiedad de Rodrigo Caro: *supra*, nota 132). Estos datos son sin duda reflejo de la difusión que alcanzó el texto latino soliniano en la

próspera y culta metrópolis bética del Siglo XVI.

202 En esta línea, compartimos las reflexiones de CH. JACOB, *La description de la terre habitée de Denys d'Alexandrie ou la leçon de géographie*, París, 1990, pág. 12.

203 HOMERO, *Odisea* I 3 (cf. HORACIO, *Epístolas* I 2, 19-20; *Arte Poética* 142). En dos composiciones funerarias griegas de los siglos II-III d. C. (W. PEEK, *Griechische Vers-Inschriften*, I. *Grabepigramme*, Berlín, 1955, núms. 627 y 1183) hay una alusión expresa a este verso homérico, reflejo, sin duda, del interés colectivo por la geografía del orbe y por las personas «que ocupan el inmenso mundo» (núm. 1183, lín. 3)

204 CURTIUS, *Literatura europea…*, pág. 81.

205 B. MUNK OLSEN, «La diffusion et l'étude des historiens antiques au XII[e] siècle», en A. WELKENHUYSEN, H. BRAET, W. VERBEKE (eds.), *Mediaeval Antiquity* (Mediaevalia Lovaniensia, Ser. I, Stud. 24), Lovaina, 1955, págs. 37 s.

206 G. SERBAT, «La référence comme indice de distance dans l'énoncé de Pline l'Ancien», *Revue de Philologie* 47 (1973), 38-49.

207 La cita, que tomo de Menéndez Pelayo (véase la siguiente nota), figura en la *Segunda carta de El Bachiller de Arcadia (Respuesta del capitán Salazar al Bachiller de Arcadia)*.

208 M. MENÉNDEZ PELAYO, *Orígenes de la novela*, III (Obras completas, t. XV), Madrid, 1961, pág. 54 y nota 2.

209 En este aspecto, Solino descubre nuevamente su calidad de precursor de los patrones culturales de siglos venideros. Certeramente ha escrito LEWIS, *La imagen del mundo*, págs. 4 y 8: «La cultura medieval tiene ya un carácter absolutamente libresco o erudito… Los medievales eran librescos. En verdad, creían los libros a pies juntillas. Les costaba enorme trabajo creer que algo que un antiguo *auctour* hubiese dicho fuera pura y simplemente falso».

210 Ciertos errores de nuestro autor han sido censurados a menudo como prueba de su poca fiabilidad, en concreto la invención de topónimos inexistentes (SOLINO, 2, 5: *Polycle;* 7, 5: *Scioessa*; 24, 15: *Addiris)*. Pero en este tipo de falta también incurrió PLINIO (VI, 96), inventando el nombre de *Xylinepolis* a partir de una descripción griega sobre cierta ciudad con casas de madera *(xylínē pólis)*, y debemos estimarla como simple anécdota que no invalida su obra. Hay otro fallos similares cometidos por ambos autores *(vid.* nota 580, comentario a 15, 11).

211 F. CASCALES, *Cartas filológicas*, ep. 3.ª de la III década (ed. de J. GARCÍA SORIANO, t. III, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, núm. 118), Madrid, 1954, pág. 47.

BIBLIOGRAFÍA[1]

C. BURCHARD, «Solin et les Esséniens. Remarques à propos d'une source négligée», *Rev. Biblique* 74 (1967), 392-407.

V. VON BÜREN, «Une édition critique de Solin au IXe siècle», *Scriptorium* 50 (1996), 22-87.

—, «Vom Nutzen literarischer Handschriften als historische Quellen. Das Beispiel der Solintradition im 9. Jahrhundert», en H. KELLER, F. NEISKE (eds.), *Vom Kloster zum Klosterverband. Das Werkzeug der Schriftlichkeit. Akten des internationales Kolloquium des Projekts L 2 im SFB 231 (22-23 Februar 1996)* (Münstersche Mittelalter-Schriften, Bd. 74), Múnich, 1997, págs. 88-99.

H. CICHOCKA, «Zaleźność Ammiana Marcelina od Solinusa w ekskursie o Egipcie (XXII 15-16)», *Meander* 30 (1975), 336-351.

G. M. COLUMBA, «Le fonti di Giulio Solino», *Rassegna di Antichità Classica* 1 (1896), 7-43; 105-115.

—, «La questione soliniana e la letteratura geografica dei Romani», *Atti della Reale Accademia di Scienze, Lettere e Belle Arti di Palermo*, XI, 3, 1917-19 [1920] (= COLUMBA, *Ricerche storiche*, Palermo, 1935, págs. 179-349, por donde cito).

E. DIEHL, *RE* X 1, cols. 823-838, s.v. *Julius* (492).

G. B. A. FLETCHER, «Ammianus Marcellinus und Solinus», *Philologus* 91 (1936), 478.

W. FRÖHNER, «Kritische Analekten», *Philologus* 5. Supplementband (1889), 33.

K. E. GEORGES, «Kritische Bemerkungen», *Philologus* 32 (1873), 477. G. GUNDERMANN, «Lucretius und Solinus», *Rhein. Museum* 46 (1891), 489-493.

M. HAUPT, *Opuscula*, II, Leipzig, 1876, pág. 381.

CH. HÜNEMÖRDER, «Hercyniae aves», *Rhein. Museum* 110 (1967), 371-384.

—, «Das Lehrgedicht «De monstris Indie» (12. Jh.). Ein Beitrag zur Wirkungsgeschichte des Solinus und Honorius Augustodunensis», *Rhein. Museum* 119 (1976), 267-284.

I. D. HYSKELL, *A study of the latinity of Solinus*, Dissert. Chicago, 1925.

G. KIRNER, «Intorno ad un passo di Solino», *Studi Storici* 1 (1892), 91-95.

—, «Contributo alla critica del testo di Solino», *Rassegna di Antichità Classica*

1 (1896), 75-96.
E. KLEBS, «Entlehnungen aus Velleius», *Philologus* 49 (1890), 298-299.
G. LANDGRAF, «Zur Sprache und Kritik des Solinus», *Blätter für das Gymnasial-Schulwesen* 32 (1896), 400-404.
W. LAPINI, «Solino e la fondazione di Tivoli», *Bulletino di Studi Latini* 28 (1998), 467-477.
J. F. LEDERER, *Fragmentum indicis in C. Iulii Solini collectanea rerum memorabilium (C-continuus)* (K. B. Humanistisches Gymnasium in Bayreuth. Programm am Schlusse des Jahres 1900/1901), Bayreuth, 1901.
—, *Alterum fragmentum indicis verborum in C. Iulii Solini collectanea rerum memorabilium (Contra-cyprum)* (K.B. Humanistisches Gymnasium in Bayreuth. Programm am Schlusse des Jahres 1901/1902), Bayreuth, 1902.
—, *Tertium fragmentum indicis verborum in C. Iulii Solini collectanea rerum memorabilium (D-dispar)* (K.B. Humanistisches Gymnasium in Bayreuth. Programm am Schlusse des Jahres 1908/1909), Bayreuth, 1909.
—, *Quartum fragmentum indicis verborum in C. Iulii Solini collectanea rerum memorabilium (dispereo-dux)* (K. B. Humanistisches Gymnasium in Bayreuth. Programm am Schlusse des Jahres 1909/1910), Bayreuth, 1910.
F. LÜDECKE, *Göttingische Gelehrte Anzeigen* 1865, II, 1089-1109 (recensión a MOMMSEN, *C. Julii Solini Collectanea…*, 1.ª ed.).
M. E. MILHAM, «A handlist of the manuscripts of C. Julius Solinus», *Scriptorium* 37 (1983), 126-129.
—, «C. Iulius Solinus», en F. E. CRANZ (ed.), V. BROWN y P. O. KRISTELLER (assoc. eds.), *Corpus Translationum et Commentariorum. Medieval and Renaissance Latin translations and commentaires*, VI: *Annotated lists and guides*, Washington, 1986, págs. 73-85.
K. MILLER, *Die ältesten Weltkarten*, VI. *Rekonstruierte Karten*, Stuttgart, 1898, pág. 113.
TH. MOMMSEN, *C. Julii Solini Collectanea Rerum Memorabilium*, 1.ª ed., Berlín, 1864; 2.ª ed. corregida y aumentada, Berlín, 1895.
—, «Ammians Geographica», *Hermes* 16 (1881), 602-636 (= MOMMSEN, *Gesammelte Schriften* 7 [1909], 393-425).
W. MOREL, «Iologica», *Philologus* 84 (1928), 345-389.
B. NIESE, «Die Chronographie des Erathostenes», *Hermes* 23 (1888), 92-102.
F. RABENALD, *Quaestionum Solinianarum capita tria*, Dissert., Halle, 1909.
R. REITZENSTEIN, «Die geographischen Bücher Varros», *Hermes* 20 (1885), 514-

551.
W. Richter, «Achlis. Schicksale einer tierkundlicher Notiz», *Philologus* 103 (1959), 281-296.
A. Romano, *Osservazioni Pliniane*, Palermo, 1900.
C. Salemne, «Varia iologica», *Vichiana (N.S.)* 1 (1972), 338-343.
K. G. Sallmann, *Die Geographie des Älteren Plinius in ihrem Verhältnis zu Varro* (Untersuchungen zur antiken Literatur und Geschichte, Bd. 11), Berlín-Nueva York, 1971.
C. Salmasius, *Plinianae exercitationes in Caji Iulii Solini polyhistora. Item C. Iul. Solini polyhistor ex veteribus libris emendatus*, 2 vol., 1.ª ed. París, 1629; 2.ª ed., Utrecht, 1689.
A. Schäfer, «Solinus und das Jahr der Gründung von Kyrene», *Rhein. Museum* 20 (1865), 293-295.
P. L. Schmidt, «Solins Polyhistor in Wissenschaftsgeschichte und Geschichte», *Philologus* 139 (1995), 23-35.
H. Usener, «Zur lateinischen Literaturgeschichte», *Rhein. Museum* 22 (1867), 446 (= Usener, *Kleine Schriften*, II, Leipzig, 1913, pág. 158.
H. Walter, «C. Julius Solinus und seine Vorlagen», *Classica et Mediaevalia* 24 (1963), 86-157 (= Walter, *Lucubrationes Plinio-Solinianae*, Dissert. Gotinga, 1961).
—, *Die «Collectanea rerum memorabilium» des C. Iulius Solinus. Ihre Entstehung und die Echtheit ihrer Zweitfassung* (Hermes-Einzelschriften, Heft 22), Wiesbaden, 1969.

[1] No registramos en este lugar una serie de títulos que afectan a pasajes concretos de la *Collectanea* y que hallará el lector en las notas al texto, ni buena parte de los títulos mencionados en la Introducción.

ABREVIATURAS

ANRW	*Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, Berlín-Nueva York, 1972 ss.
BEFAR	Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome, París, 1877 ss.
CIL	*Corpus Inscriptionum Latinarum*, consilio et auctoritate Academiae litterarum regiae Borussicae (Acad. scientiarum rei p. democraticae Germanicae) editum, I-XVII, Berlín, 1863-1995.
ÉPRO	Études Préliminaires aux Religions Orientales dans l'Empire Romain, Leiden, 1961 ss.
FGrHist	F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, I-III, Berlín y Leiden, 1923-1958.
HRR	véase PETER.
LIMC	*Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae*, I, 1-VII, 2, Zúrich y Múnich, 1981-1994.
MANITIUS, *GLLM*	M. MANITIUS, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, I-II, Múnich, 1911; III, Múnich, 1931 (Handbuch der Altertumswissenschaft, IX 2, 1-3).
MOMMSEN, *CRM*^{2}	*C. Iulii Solini Collectanea rerum memorabilium*, iterum ree. Th. MOMMSEN, Berlín, 1895.
PETER, *HRR*	H. PETER, *Historicorum romanorum reliquiae*, I^2, Stuttgart, 1914; II, Stuttgart, 1906.
PG	*Patrologiae cursus completus. Series graeca*, accurante J.-P. MIGNE, 161 vol. (París, 1857-1866) y 1 vol. de índices (París, 1866).
PL	*Patrologiae cursus completus. Series latina*, accurante J.-P. MIGNE, 217 vol. (París, 1844-1856) y 4 vol. de índices (París, 1862-1864).
PLINIO	PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural*.
RAC	*Reallexicon für Antike und Christentum*, 1-17, Stuttgart, 1950-1996.
RE	PAULY-WISSOWA-KROLL-MITTELHAUS-ZIEGLER (eds.),

	Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft, I, 1-XXIV; I A, 1-X A; Suppl. I-XV; Stuttgart y Múnich, 1893-1978 (Registerband 1980).
RGVV	Religionsgeschichtliche Versuche und Vorarbeiten, Giessen, 1903 ss.
Roscher	W. H. Roscher, *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, I-VII, Leipzig, 1884-1921.
Schanz-Hosius (Schanz), *GRL*	M. Schanz, *Geschichte der Römischen Literatur bis zum Gesetzgebungswerk des Kaiser Justinian*, I-II^{4}, 4.ª ed. neubearbeitete von C. Hosius, Múnich, 1927 y 1935; III^{3}, 3.ª ed. neubearbeitete von C. Hosius y G. Krüger, Múnich, 1922; IV, 1^{2}, 2.ª ed., Múnich, 1914; IV, 2, neubearbeitete von C. Hosius y G. Krüger, Múnich, 1920 (Handbuch der Altertumswissenschaft VIII, 1-4, 2).

COLECCIÓN DE HECHOS MEMORABLES

Solino a Advento[1], ¡salud! [**Pref.**]

Porque entiendo que aventajas a todos los demás en el respeto con que escuchas y en tu interés por las ciencias más nobles e imagino, por la grande experiencia que de ello poseo, que en nada debo desconfiar de tu benevolencia, me ha parecido oportuno encomendar la lectura de esta pequeña obra a ti en particular: tu diligencia me garantizaba un pronto apoyo, y tu benignidad un más fácil perdón. Es éste un libro a modo de compendio y abreviado, hasta donde mi criterio puede tolerarlo, con tal mesura, que no se hallará en él ni farragoso cúmulo de datos ni perjudicial concisión[2]. Si lo examinas con cuidado descubrirás que encierra, más que oropeles de retórica, como un germen del conocimiento. Confieso que me he centrado especialmente en unos cuantos libros muy selectos, a fin de dejar a un lado las noticias más sabidas y detenerme con detalle en las más extrañas. La descripción de lugares ocupa la mayor parte, pues todos los datos reunidos suelen tender más hacia ese apartado. Me pareció bien evocarlos de tal manera que, respetando las diferencias de nuestro mundo, expusiésemos por su orden los parajes más notables de cada territorio y las regiones más destacadas del mar. Hemos intercalado asimismo bastantes asuntos más o menos acordes: de esta forma, si no hay otro motivo para aliviar el tedio de los lectores, remédielo al menos la propia diversidad. Hemos tratado, por ejemplo, la naturaleza y cualidades de los hombres y de otros animales,

a lo que añadimos unos cuantos relatos sobre plantas exóticas, sobre la apariencia de las gentes más remotas y sobre las raras costumbres de los pueblos recónditos, incluyendo algunos otros detalles dignos de ser referidos, cuya omisión se tendría por negligencia y cuya importancia —me gustaría que tu ingenio fuese de los primeros en apreciarlo— deriva de que proceden de los autores más aceptados. Y en realidad, ¿qué podríamos tener por nuestro propio, si la solicitud de los antiguos no dejó escapar nada que llegara a nuestros días sin haber sido tocado por alguien? [3]. Te ruego, entonces, que no ponderes la autenticidad de mi obra con los criterios actuales, pues sin lugar a dudas hemos preferido, siguiendo el rastro del viejo dinero, atenernos a la inclinación general más que ser novedosos[4]. Así pues, si algo de todo esto te causa una impresión distinta de lo que yo deseo, disculpa, por favor, mi escasa elocuencia: la verdad permanente se encuentra en los modelos que hemos seguido. Por tanto, así como los que dibujan las formas del cuerpo retratan ante todo, dejando para más tarde el resto, los contornos de la cabeza y no dedican ni un trazo a los demás miembros antes de haber iniciado su obra por la misma, según cabría llamarla, acrópolis de la figura, también en nuestro caso daremos comienzo a la empresa partiendo de la cabeza del orbe, esto es, de la ciudad de Roma, bien que los escritores más instruidos no hayan dejado ningún punto que pudiera promover nuevos elogios y parece casi innecesario repasar un sendero surcado ya por tantas crónicas. Empero, para no descuidarla por completo, contaremos con la mayor

exactitud que podamos el origen de Roma.

Sobre el origen de la ciudad de Roma

[1] Algunos apoyan la versión de que el primero en dar un nombre a Roma fue Evandro[5], cuando se tropezó allí con un poblado, levantado tiempo antes, al que los jóvenes latinos habían llamado Valencia; conservando el significado de su primer nombre designó a Valencia con un término griego: Roma[6]. Y como en la cima de esa colina se habían instalado los arcadios, sucedió luego que las zonas más protegidas de las ciudades fueron llamadas «arces»[7]. Heraclides sostiene que, conquistada [2] Troya, un grupo de los aqueos recaló, remontando el Tíber, en los parajes donde hoy se alza Roma, y persuadidos luego por Rome, la más linajuda de las cautivas que iban en su compañía, prendieron fuego a las naves, construyeron su morada, erigieron un muro y, en su memoria, llamaron Rome al recinto[8]. Agatocles escribe que no fue Rome una prisionera, [3] como antes se dijo, sino que, hija de Ascanio y nieta de Eneas, ella había constituido el motivo de aquel [4] nombre[9]. Cuenta también la tradición que el nombre propio de Roma estaba prohibido manifestarlo, puesto que los ritos de los misterios prescribieron que no se revelase, y de este modo el compromiso adquirido de guardar silencio destruiría [5] su recuerdo[10]. A Valerio Sorano, que se había atrevido a declararlo sin respetar la prohibición, se le pagó con la muerte en castigo a su sacrílega proclamación[11]. Entre los

[6] cultos más antiguos se venera la capilla de Angerona, a quien el 21 de diciembre se ofrecen sacrificios: en su calidad de diosa patrona del propio silencio, tiene una estatua con la boca atada por delante y sellada[12].

La existencia de ciertos cultos en Roma muy anteriores [7] a Rómulo avivó las indagaciones sobre historias equívocas. Tal es el caso del altar que Hércules había prometido si encontraba la punta de vacas extraviada, y que dedicó a *Pater Inventor*[13] después de dar a Caco su merecido. Este Caco [8] habitó en el lugar que se conoce con el nombre de Las Salinas, donde se halla ahora la puerta Trigémina[14]. Según escribió Gelio[15], este Caco fue encarcelado por Tarcón Tirreno, ante quien había llegado como embajador personal del rey Marsias[16] en compañía de Mégales Frigio, pero escapó de la prisión y regresó a su lugar de origen; con apoyos bastante importantes ocupó un trono en las inmediaciones de Vulturno y Campania, hasta que se atreve a adueñarse también de las tierras que habían caído en poder de los arcadios: Hércules, que en ese momento andaba por allí, dirigió [9] las tropas que lo aplastaron[17]. Los sabinos acogieron a Mégales, de quien aprendieron la ciencia de los augurios[18]. Hércules en persona levantó un altar, que goza de la máxima [10] veneración entre los Pontífices[19], consagrado a su propia deidad; pues había descubierto su inmortalidad por Nicóstrata[20], madre de Evandro, que por sus vaticinios fue llamada Carmente[21]. Existe además en el Foro Boario un templete cercado, en cuyo interior enseñó a los Poticios, después de sacrificar unos bueyes, las ceremonias sagradas

de su culto, en donde aún perduran señales del banquete y de [11] su propia grandeza[22]. En efecto, es un prodigio divino que ni moscas ni perros entren en él, pues mientras distribuía la carne entre quienes participaban de los sacrificios dícese que invocaba al dios Miagro, y que habiendo dejado la clava en la entrada de la capilla los perros huían nada más husmearla: hasta ahora perdura este fenómeno[23]. Sus compañeros [12] fabricaron también el templo que se conoce como Erario de Saturno[24] en honor del dios, pues se habían enterado de que Saturno fue habitante de aquel territorio. Fueron ellos mismos los que llamaron Saturnio al monte del Capitolio[25]. [13] Asimismo, a la puerta de la fortaleza que construyeron diéronle el nombre de Saturnia, la cual se denominó después Puerta Pandana[26]. Y la parte más baja del monte Capitolio, allí donde hoy se halla el santuario de Carmente, fue la morada de Carmente, de quien deriva el nombre de puerta Carmental[27]. Nadie pondrá en duda que el Palatino [14] es obra de los arcadios, por quienes fue fundado el primitivo poblado Palanteo[28]; en él vivieron por algún tiempo los aborígenes, mas por las molestias que ocasionaba un pantano próximo, creado por el curso del Tíber a su paso por las cercanías, en breve lo abandonaron mudándose a Reate[29]. [15] Acerca del nombre del monte Palatino, los hay que lo hacen derivar de «balido de las ovejas», cambiándole una letra[30], o de Pales, diosa pastoril, o incluso, según admite Sileno[31], de Palanto, la hija de Hiperbóreo, a quien se cree que Hércules forzó allí mismo[32].

Pero aunque tales versiones puedan ser tan convenientes,

[16] todos sabemos que la gloria del nombre romano se debe a aquel feliz agüero, máxime porque el cómputo de los años constituye el quicio de la verdad: pues como asegura Varrón, [17] escritor laboriosísimo, Roma la fundó Rómulo, hijo de Marte y de Rea Silvia, o, según otros, de Marte e Ilia[33], y al principio se llamó Roma Cuadrada porque se había levantado con una proporción equilibrada[34]. Comienza precisamente [18] en el bosque que hay dentro del recinto de Apolo[35] y acaba en lo alto de la escalera de Caco[36], donde estuvo la choza de Fáustulo[37]. Aquí habitó Rómulo, el que con favorables auspicios puso los fundamentos de los muros a los dieciocho años de edad, un 21 de abril, entre la segunda hora y la tercera, tal como proclama el más ilustre de los astrólogos, Lucio Tarrudo, estando Júpiter en Piscis, Saturno, Venus, Marte y Mercurio en Escorpión, el Sol en [19] Tauro y la Luna en Libra[38]. Y posteriormente se puso cuidado en evitar que ninguna víctima fuese inmolada durante las Parilias, para que ese día no tuviese mancha de sangre: esto conmemoraría, piensan algunos, el parto de Ilia[39]. Este Rómulo reinó treinta y siete años[40]. Su primer triunfo lo [20] obtuvo por su victoria sobre los ceninenses, a cuyo rey, Acrón, arrancó los despojos; fue el primero que los colgó en honor de Júpiter Feretrio y que los llamó opimos[41]. Triunfó por segunda vez por su victoria sobre los antemnates, y celebró el tercero por su victoria sobre los veyentanos[42]. Un siete de julio desapareció[43], junto a la Laguna de la Cabra[44].

[21] Señalaremos ahora en qué lugar vivieron los reyes sucesivos. Tacio en el alcázar, donde hoy está el templo de

Juno Moneta[45]; al quinto año de su entrada en la Urbe pereció a manos de los laurentinos. Salió de esta vida en la vigesimo-séptima olimpiada[46]. Numa empezó habitando la colina del Quirinal y pasó luego a la Regia, como aún se la conoce, junto al templo de Vesta[47]; reinó cuarenta y tres años: fue [22] sepultado al pie del Janículo. Tulo Hostilio residió en la Velia[48], en donde más tarde se edificó el templo de los dioses Penates: reinó treinta y dos años, murió en la olimpiada [23] trigesimoquinta[49]. Anco Marcio fijó su casa en la parte superior de la Vía Sacra, donde está el templo de los Lares: reinó veinticuatro años, falleció en la olimpiada cuadragesimoprimera[50]. Tarquinio el Antiguo vivió junto a la puerta [24] Mugonia[51], encima del tramo más elevado de la Vía Nueva: reinó treinta y siete años. Servio Tulio en el Esquilino, encima [25] del repecho Urbio[52]: reinó cuarenta y dos años. Tarquinio [26] el Soberbio también en el mismo Esquilino, encima del repecho Pulio[53], junto a la pila del Fagutal[54]: reinó veinticinco años[55].

Sobre las fechas de Roma

[27] Cincio sitúa la fundación de Roma en la duodécima olimpiada[56]; Píctor en la octava[57]; Nepote[58] y Lutacio[59] están plenamente de acuerdo con el sistema de Eratóstenes[60] y de Apolodoro[61] para establecer como fecha el año segundo de la séptima olimpiada[62]; para Pomponio Ático[63] y Marco Tulio[64] se fundaría en el tercer año de la sexta olimpiada[65]. Por consiguiente, si confrontamos nuestros cómputos y los de

los griegos hallamos que Roma fue fundada al comienzo de la séptima olimpiada, en el año 433 después de la captura de Troya[66]. Y aunque el certamen de Olimpia, [28] instituido por Hércules en honor de Pélope, su cuarto abuelo materno, quedó durante un tiempo interrumpido, Ífito de Élide lo renovó 408 años después de la ruina de Troya[67]. Por esta razón la primera olimpiada se cuenta a partir de Ífito, de suerte que al intercalar seis olimpiadas, cada una de las cuales vale cuatro años, y como Roma fue fundada al empezar la séptima, no hay duda de que entre el nacimiento de Roma y la caída de Troya existe cabalmente una diferencia [29] de 433 años. A esta prueba se suma el que cuando ejercieron de cónsules Gayo Pompeyo Galo y Quinto Veranio, en el año 801 de la fundación de Roma, en las actas oficiales se anotó la olimpiada 207 como fecha de su consulado[68]. Luego si multiplicamos 206 olimpiadas por cuatro se obtendrán 824 años, a los que debe añadirse el primer año dentro de la séptima olimpiada para sumar en conjunto 825 años. Al restar de esta cifra los veinticuatro años de las seis primeras [30] olimpiadas, es evidente que nos quedan 801 años. En definitiva, como la olimpiada 207 se calcula que coincide con el año 801 de la fundación de la Urbe, es correcto admitir que Roma fue fundada durante el primer año de la séptima olimpiada[69].

En Roma la monarquía tuvo una duración de 241 años. [31] Los decénviros fueron creados en el año 302[70]. La Primera Guerra Púnica tuvo lugar en el año 489, la Segunda en el 535, la Tercera en el 604, la Guerra de los Aliados en el

662[71]. Hasta los cónsules Aulo Hircio y Gayo Pansa [32] transcurrieron 710 años: en cuyo consulado César Augusto fue elegido cónsul, cuando contaba dieciocho años[72]: dio paso Augusto a un principado tan completo que, gracias a sus desvelos, el Imperio estuvo no sólo libre de trastornos, sino incluso a salvo de amenazas. Constituyó probablemente [33] la única época durante la cual no sólo acabaron casi todos los conflictos bélicos, sino que se produjo la mayor floración del talento: es señal de que, en aquella tregua dada a las armas, el cultivo de las virtudes no se marchitaba sumido en una estéril parálisis.

Sobre los días intercalares

[34] Fue en estos días cuando por primera vez se revisó el procedimiento usado para calcular el año, fórmula que estaba cubierta por una impenetrable oscuridad desde el principio del mundo. Verdaderamente, antes de César Augusto el año se computaba de forma muy confusa: entre los egipcios terminaba en cuatro meses[73], entre los arcadios en tres, entre los acarnanios en seis[74], y en Italia, entre los lavinios, en trece, con un año que comprendía [35] 374 días[75]. Al principio los romanos adoptaron un año de diez meses, empezando a contar desde marzo; tan es así, que el primer día de ese mes encendían el fuego en los altares de Vesta, sustituían las viejas ramas de laurel por otras recién cortadas, el senado y el pueblo romano celebraban comicios y las matronas servían la comida a sus criados, igual que hacían

los dueños de la casa en las Saturnales: aquéllas pretendían obtener, por medio de esa cortesía, una servidumbre más obediente, y éstos aparentaban pagar su gratitud por el trabajo cumplido[76]. Y el principal testimonio de que ese mes fue el primero del año lo tenemos en que al quinto mes después de éste se le llamó *Quintilis*[77]; y [36] siguiendo luego con la numeración, diciembre ponía fin al ciclo anual, al cabo de 304 días: tal era entonces, en efecto, el número de días que completaba el año, de modo que había seis meses de treinta días y los otros cuatro disponían [37] de treinta y uno. Mas como antes de Numa dicho sistema de cómputo no coincidía con el curso de la luna, ajustaron el [38] año al número de lunas, aumentándolo en 51 días. Para completar, en fin, hasta los doce meses, de cada uno de los seis meses antes citados eliminaron un día, que aplicaron a esos 51 días, y los 57 obtenidos se dividieron en dos meses, uno de los cuales retenía veintinueve días y el otro veintiocho. [39] Así es como el año empezó a tener 355 días[78].

Más tarde comprendieron que el año se había encasillado sin motivo en ese número de días arriba señalado, puesto que se ve que la órbita del sol no acaba su curso en el zodíaco antes de 365 días, llegando incluso a sobrar la cuarta parte de un día; y añadieron aquel cuarto y los diez días con objeto de que el año constara, en puridad, de 365 días y un cuarto, porque así lo aconseja el respeto al número impar, que Pitágoras recomendó gozara de preferencia en toda operación. Ésta es la razón de que tanto enero como marzo estén [40] consagrados, por los días impares, a los dioses de

las alturas, mientras que por los pares febrero se destina, cual ominoso, a los dioses infernales[79]. Como esta determinación [41] agradó a todo el mundo, a fin de conservar ese cuarto de día los distintos pueblos lo intercalaron cada uno a su manera, pese a lo cual tampoco se producía con claridad una conjunción perfecta de los espacios temporales. Los griegos, pues, [42] eliminaban once días y cuarto de cada año, los cuales, multiplicados ocho veces, reservaban hasta el noveno año, de modo que el total obtenido de noventa días se partía en tres meses de treinta días: al volver a añadir todos ellos al noveno año, resultaba una cifra de 444 días, a los que llamaban *embólismos* o *hyperbállontes*[80]. Los romanos empezaron [43] aprobando este método, pero descontentos con la deferencia hacia el número par, muy pronto lo descuidaron y lo dejaron perder[81], aunque transfirieron la facultad de intercalar a los sacerdotes: quienes, casi siempre por favorecer el balance de los publicanos, alargaban o acortaban a su antojo los días [44] del año. Ante esta situación, y puesto que la cadencia de efectuar intercalaciones tan pronto se hacía más extensa como se disminuía, e incluso se pasaba por alto sin prestar ningún tipo de atención, a veces sucedía que meses ya transcurridos durante el invierno coincidían bien en verano, bien en otoño[82].

Finalmente Gayo César reguló todo este desconcierto, [45] terminando con las alteraciones de cómputos; y para que los yerros del pasado tuvieran una solución definitiva intercaló de un golpe veintiún días y un cuarto: así logró que

los meses, volviendo hacia atrás, ocupasen en adelante las secuencias cronológicas previstas para su sucesión. Por este motivo, aquel solo año tuvo 344 días[83]: los restantes que siguieron, 365 días y un cuarto[84]. Y aun así los sacerdotes permitieron [46] que se cometiese una irregularidad. Pues aunque se había ordenado que cada cuatro años intercalasen un día y que era necesario cumplir con esa norma al final del cuarto año, antes de iniciarse el quinto, ellos lo intercalaron al comenzar [47] el cuarto, no al acabarse. De ese modo, a lo largo de treinta y seis años, aunque hubieran debido bastar simplemente nueve días, llegaron a intercalarse doce. Augusto censuró esta anomalía, la corrigió y proveyó que transcurrieran doce años sin intercalación alguna: ésta era la forma de poder compensar aquellos tres días imprudentemente intercalados además de los nueve que hacían falta[85]. El cálculo de todas las fechas posteriores a Augusto se asienta ya sobre estos principios[86].

Pero aunque esta medida, así como otras muchas, fuera [48] adoptada en época de Augusto, que gobernó el imperio casi sin parangón, hay en su vida tantos y tan grandes infortunios que no resulta fácil distinguir si fue muy desgraciada o venturosa. La primera adversidad vino cuando solicitó a su [49] tío abuelo la jefatura de la caballería[87], mas se prefirió al tribuno Lépido, produciendo una especie de tacha en los planes que emprendía. Más tarde, al constituirse el triunvirato, el colegio quedó eclipsado por la preponderancia de Antonio: la batalla de Filipos, y el odio que levantó a raíz de las subsiguientes proscripciones; el

repudio de Agripa Póstumo como hijo adoptivo, y luego el inmenso remordimiento por su añoranza; el naufragio de Sicilia y aquella vergonzosa acción de buscar escondrijo en una cueva de la isla; el gran número de sublevaciones militares; las preocupaciones que le causó Perusia; el descubrimiento del adulterio de su hija y las ganas de convertirse en parricida, y no fue menor el oprobio que experimentó por el deshonor de su nieta; los reproches oídos a la muerte de sus hijos y su intensa aflicción, cuando aquéllos faltaron, motivada no sólo por la pérdida de ambos; la epidemia de Roma, el hambre de Italia, las estrecheces del ejército durante la Guerra Ilírica, su enfermiza naturaleza, el ultrajante distanciamiento de su hijastro Nerón, las intrigas poco leales urdidas por su mujer y por Tiberio, y tantas penas más que cabría añadir[88].

[50] Sin embargo, como si los tiempos deplorasen la muerte de Augusto, inmediatamente después vino la escasez de todas las mieses: y para que nadie creyese que la ruina había sobrevenido por azar, hubo señales inequívocas de los inminentes [51] estragos. Pues Fausta, una mujer del pueblo, alumbró cuatro hermanos gemelos en el mismo parto, dos niños e igual número de niñas, revelando con su portentosa fecundidad el desastre que se avecinaba[89]. Aunque el escritor Trogo asegura que en Egipto nacen siete hijos a la vez de un mismo embarazo[90]: lo cual allí no es tan asombroso porque el Nilo, cuyas aguas son bebida prolífica, fertiliza no sólo [52] las cosechas del campo, sino incluso las del hombre[91]. He mos leído que Gneo Pompeyo mostró públicamente en su

teatro a Eutíquide, una mujer ya exhibida en Asia y de la que estaba probado que parió treinta veces, junto a veinte de sus hijos[92].

Sobre el hombre

Con este motivo, juzgo oportuno ocuparme [53] aquí del engendramiento en la especie humana. Pues, como lo que parezca digno de referirse acerca de los animales hemos de reseñarlo a medida que sus distintos lugares de origen nos lo requieran, es razonable iniciar la exposición precisamente por aquel a quien la naturaleza dotó, por encima de todos los seres, con más criterio del sentido y capacidad racional.

[54] Tal como declara el naturalista Demócrito[93], el único animal que menstrúa es la mujer[94], cuyos flujos, vistos en no pocos ejemplos, se cuentan con razón entre las cosas [55] monstruosas. El grano por ellos contaminado quedará estéril, el mosto avinagrado, las yerbas secas, los árboles perderán su fruto, la herrumbre atacará el hierro, el bronce ennegrecerá; si los perros lo prueban se volverán rabiosos, dispuestos a ocasionar daño con sus mordiscos, que comunican la locura[95]. Pero esto es insignificante. El betún que produce en [56] Judea el lago Asfaltites[96] es tan dúctil por su viscosidad que no hay manera de separarlo de sí mismo, pues si intentas arrancar un pedazo viene detrás el resto, y no puede partirse porque cuanto más estiras, más se dilata. Ahora bien, tan pronto como le aplicas unas hebras manchadas con esta sangre se desgarra de forma espontánea,

y al acercarle ese líquido infecto lo que poco antes era una substancia sólida se divide y del estado firme pasa, luego que se ha trabado el pernicioso contacto, a trocearse súbitamente[97]. Encierra una [57] sola cualidad que es claramente provechosa, a saber, que ahuyenta a la estrella Helena, peligrosísima para los navegantes[98]. Por lo demás, las propias mujeres, que padecen la carga de esta ley natural, mientras tienen la regla no miran [58] con ojos inofensivos: con su vista estropean los espejos de tal modo que el brillo se empaña, herido por la mirada; su resplandor, apagado, pierde su habitual virtud de imitar el rostro y la cara aparece nublada por un cierto velo de luz mortecina[99].

Existen mujeres que son perpetuamente estériles, y otras [59] se liberan de la infecundidad si cambian de marido[100]; algunas paren una sola vez, y un cierto número concibe o siempre hembras, o siempre varones[101]. Cumplidos los cincuenta años la fertilidad de todas ellas se detiene: pues los hombres procrean hasta los ochenta años, tal como el rey Masinisa[102], que engendró a su hijo Matumano cuando ya contaba setenta y seis años[103], o como Catón, que pasados los ochenta procreó con la hija de Salonio, cliente suyo, al abuelo [60] de Catón de Útica[104]. Se sabe también de cierto que si entre dos concepciones transcurre un brevísimo plazo, ambas prenden, como sucedió con Hércules y su hermano Ificles, que pasaron el embarazo en el mismo vientre y, no obstante, parece que nacieron manteniendo los intervalos con que habían sido [61] concebidos[105]. Igual ocurrió con una esclava de Proconeso, que por un doble adulterio dio a luz

gemelos y cada uno se parecía a su padre[106]. Este Ificles es el padre de Yolao, el cual se trasladó a Cerdeña, logró con sus ruegos introducir la armonía en las extraviadas costumbres de sus habitantes y fundó Olbia y otros recintos griegos. Los yolenses, así llamados en recuerdo suyo, añadieron a su sepulcro un templo convencidos de que, imitando los valores de su tío paterno, había liberado a Cerdeña de muchísimos males[107].

Las mujeres que estén pensando en tener descendencia [62] deben guardarse de estornudar después del coito, para que ese empuje imprevisto no expulse la semilla antes de que el líquido paterno se haya deslizado en el interior de la madre[108]. Pero si la substancia de engendramiento ligase, el décimo día a partir de la concepción las avisará de su preñado por medio de dolores. Ya en este momento principiará el malestar de cabeza y experimentarán ofuscamientos: además, el asco por los alimentos les detendrá el apetito[109]. Hay unanimidad en reconocer que el corazón es el primer órgano que se forma de todo el cuerpo y que crece hasta el sexagésimo quinto día, y a continuación disminuye: pero de entre [63] los huesos, el primero es el espinazo[110]. Si el cuerpecillo tomase exactamente la forma de un varón, la mujer encinta tiene mejor semblante y el acto de parir se hace más fácil, y puede apreciar los movimientos a partir del cuadragésimo día. El otro sexo provoca los primeros movimientos al nonagésimo día, y la niña engendrada impregna de palidez el rostro de la gestante e incluso traba sus piernas con una enervante torpeza. Los

mayores fastidios se presentan, en [64] ambos sexos, cuando nace el pelo, y el malestar aumenta todavía más durante el plenilunio, período que sigue siendo perjudicial incluso después del nacimiento. Si la embarazada consume alimentos demasiado salados, el niño no tiene uñas. Y cuando se ha acercado ya el instante de expulsar el feto, importa muchísimo que, mientras empuja, contenga la respiración, porque es cierto que un bostezo paraliza el parto, y esa demora es mortal[111].

Es contrario a la naturaleza que quienes están naciendo [65] traigan los pies por delante[112], razón por la cual reciben el nombre de Agripas, que es, por decirlo así, «paridos con dificultad»[113]. Quienes tuvieron esa clase de nacimiento viven más infelizmente y abandonan el mundo en breve tiempo. [66] Solamente Marco Agripa[114] constituye ejemplo de una existencia dichosa, aunque no alcanzase a ser tan tranquila que no padeciera más contrariedades que venturas: pues con la desgraciada enfermedad de los pies, el notorio adulterio de su esposa y unos cuantos rasgos de pesadumbre expió aquel [67] presagio de un nacimiento contra el orden natural[115]. Es igualmente signo de mal agüero el nacimiento de una mujer si tuviese el sexo cerrado, como pasó con los genitales de Cornelia: engendró a los Gracos, mas pagó ese vaticinio con la [68] funesta muerte de sus hijos[116]. Quienes, por el contrario, han nacido gracias a la muerte de la madre, tienen un futuro más favorable: por ejemplo, el primer Escipión Africano, el primero de los romanos que fue llamado César porque, muerta su madre, había visto la luz después de

haberlo sacado, mediante un corte, del vientre[117]. Si de dos gemelos, uno queda [69] en el seno materno y el otro se pierde en un aborto, el que nació debidamente es llamado Vopisco[118]. Hasta nacen algunos [70] con dientes, como Gneo Papirio Carbón[119] y Manio Curio, el cual recibió por este motivo el sobrenombre de Dentado[120]. Otros están provistos de un hueso macizo y continuo en lugar de dientes, como el hijo que tuvo Prusias, [71] rey de Bitinia[121]. La naturaleza de cada sexo hace incluso distinciones en el número de dientes, puesto que los varones tienen más, las mujeres menos[122]. Aquellos seres denominados «cinodontes», a quienes les salen dos dientes iguales en la parte derecha, tienen la garantía de los halagos de la fortuna: todo lo contrario para quienes les salen en la izquierda[123].

La primera voz que emiten los recién nacidos son los [72] vagidos: y las señales de alegría se hacen esperar hasta los cuarenta días[124]. Sabemos sólo de un hombre que se rió en el mismo instante de su nacimiento, que fue Zoroastro, que luego llegó a ser expertísimo en las ciencias más perfectas[125]. A su vez Craso, abuelo de aquel que nos fue arrebatado por las guerras párticas, recibió el sobrenombre de Agelasto porque jamás se había reído[126]. Entre otras cosas [73] ilustres de Sócrates, está aquel hecho extraordinario de que nunca cambió la igualdad del semblante, incluso ante las objeciones que le presentaban sus oponentes. Heráclito y Diogenes el Cínico jamás perdieron un ápice de su fortaleza de ánimo y, aunque se vieron pisoteados por los vaivenes del destino, se mantuvieron con idéntica entereza ante todo linaje

de sufrimientos o de miserias. Se tiene como ejemplo [74] que el poeta Pomponio, personaje de rango consular, nunca tuvo regüeldos[127]: y es cosa bien famosa que Antonia, mujer de Druso, no escupía[128]. Nos hemos informado de que ciertas personas nacen con los huesos macizos, por lo que no suelen sudar ni sentir sed: eso se cuenta de Lígdamo de Siracusa, que en la trigesimotercera olimpiada fue el primero en conquistar, en los juegos olímpicos, el premio del pancracio; se descubrió que sus huesos carecían de médula[129].

[75] Es cosa muy averiguada que los ligamentos constituyen la base primordial del vigor corporal, y cuanto más compactos fuesen, tanto más tienden a aumentar la fortaleza. Observó Varrón en su narración acerca de los prodigios de fuerza que hubo un gladiador armado a lo samnita[130], Tritano, el cual poseía una cuadrícula de músculos entrecruzados no sólo sobre el tórax, sino incluso, en forma de enrejado, sobre las manos y los brazos: vencía a todos sus adversarios con un ligero toque y después de un combate sin sufrir casi [76] ningún riesgo. Que el hijo de este Tritano, soldado en el ejército de Gneo Pompeyo el Grande, dotado con idénticas condiciones, mostró tan enorme desprecio por un enemigo que le desafiaba que, con el brazo derecho por toda arma, no sólo lo derrotó, sino que lo trasladó preso, con un dedo, hasta los reales de su general[131]. Relata asimismo que Milón de Crotona realizó todos sus actos superando la fuerza propia del hombre[132]: también se le atribuye la hazaña de haber inmolado un toro mediante un

golpe con la mano desnuda[133] y de haberlo engullido él solo todo entero, sin padecer molestias en el estómago, el mismo día en que lo había sacrificado[134]. Y no cabe duda sobre lo que acabo de decir, pues se conserva el epitafio dedicado a su proeza[135]. Murió Milón victorioso en todas las contiendas.

Sobre la piedra alectoria

[77] Se conoce ciertamente por tradición el uso de la alectoria, piedra con apariencia de cristal, en forma de haba, que se encuentra en el buche de los gallos, y apropiada, según cuentan, para quienes combaten[136]. Milón, por lo demás, sobresalió en tiempos de Tarquinio el Antiguo.

[78] Por otra parte, quien enderece su atención a plantearse la razón de las semejanzas advertirá cuán grande fue el talento del artífice del mundo. Pues a veces se adquieren por nacimiento y se transmiten dentro de la familia a través de los hijos: por ejemplo, es frecuente que los niños tengan un lunar, o unas cicatrices o cualquier otra marca que delata su ascendencia. Como sucedió en la familia de los Lépidos, tres de los cuales, alumbrados en la misma casa, pero con intervalos de una generación, presentaban al nacer idéntica señal: un ojo velado con una nube. O el caso de un púgil de [79] la famosa Bizancio, cuya madre, nacida del adulterio con un etíope, no daba ni un punto de apariencia que remitiese al padre, mientras que él reencarnaba la imagen de su abuelo el etíope[137].

Pero estos ejemplos son menos sorprendentes si nos

fijamos [80] en aquellos otros que se han observado entre los forasteros. Hubo un sirio del pueblo, Artemón, el cual semejaba un rostro tan parecido al del rey Antíoco que un día Laódice, mujer del rey, presentó a este paisano en público, mientras mantenía en secreto la muerte de su marido hasta que se compusiera a su gusto la sucesión del reino[138]. Entre Gneo [81] Pompeyo y Gayo Vibio, hombre de humilde casa, se produjo tal confusión a causa de sus facciones semejantes, que los saludaban a Vibio con el nombre de Pompeyo, y a Pompeyo con el de Vibio[139]. El actor Rubrio imitó tan bien al orador Lucio Planco[140], que incluso el público llegó a llamarlo [82] Planco. El mirmilón Armentario[141] y el orador Casio Severo[142] eran tan fiel reflejo uno del otro que, aun viéndolos juntos, no había posibilidad de reconocerlos, a no ser porque lo pregonaba la diferente forma de ir vestidos. Marco Mesala, de rango censorio, y Menógenes, de la hez del pueblo, fueron tan iguales uno al lado del otro como cuando estaban separados, y no supieron si Mesala era distinto a [83] Menógenes, ni si Menógenes era distinto a Mesala[143]. Un pescador de Sicilia era parangonado con el procónsul Sura[144], entre otros rasgos, también por el corte de la boca: de suerte que concordaban en los mismos obstáculos al hablar y en el acento de su lengua, balbuciente por defecto natural[145].

Algunas veces, sorprendentemente, aparecieron rostros [84] semejantes no sólo entre extranjeros, sino incluso entre individuos traídos desde los más alejados puntos del mundo. Efectivamente, un sujeto llamado Toranio[146] vendió a Marco

Antonio, en sus tiempos de triúnviro, dos muchachitos de excepcional hermosura corporal por 300.000 sestercios[147], dándolos por mellizos; uno de ellos lo había adquirido en la Galia Transalpina, el otro en Asia, y podían pasar por una misma cosa si no les traicionara, únicamente, su forma de expresarse. Y aunque Antonio se molestó por la burla sufrida, Toranio le demostró, no sin ingenio, que justamente [85] aquel vicio que el comprador alegaba lo hacía más valioso: porque nada habría de asombroso si se tratase de una pareja de gemelos, pero no cabía fijar ningún precio al hecho de que un aislamiento separado por tan grandes distancias hubiese [86] reportado algo más que gemelos[148]. Aquella explicación apaciguó de tal modo a Marco Antonio que en adelante se ufanaba de no poseer entre sus bienes ningún otro de mayor aprecio[149].

[87] Si indagamos ahora la configuración propia del hombre, quedará claramente patente que los antiguos no incurrieron en embustes sobre el particular, sino que la estirpe de nuestra época, arruinada por una herencia en degeneración, perdió el lustre de la antigua donosura a consecuencia del desgaste [88] de las sucesivas generaciones[150]. Así pues, aunque la mayoría establezca que nadie puede alcanzar una talla superior a siete pies, pues ésta es la medida que Hércules tuvo[151], sin embargo los romanos contemporáneos del divino Augusto descubrieron que Pusión y Secundila sobrepasaron los diez pies de altura[152]: sus restos todavía hoy se ven en un sepulcro dentro de los jardines de Salustio. Y que años [89] después, durante el reinado del

divino Claudio, fue traído de Arabia un hombre llamado Gábbara, de nueve pies y el mismo número de onzas[153]. Sin embargo, en casi mil años antes de Augusto no existió persona de semejante estatura, ni tampoco vióse otra después de Claudio. ¿Acaso hay alguien [90] en nuestros días que no nazca de menor tamaño que sus padres? Las cenizas de Orestes dan asimismo testimonio de la corpulencia de los antiguos: pues su osamenta, hallada en Tegea durante la quincuagesimoctava olimpiada por los espartanos[154], avisados por un oráculo, sabemos que alcanzaba una longitud de siete codos[155]. Los textos recibidos de épocas antiguas procuran también noticia, en apoyo de la [91] verdad, de que durante la guerra de Creta los ríos, desbordados los cauces, destrozaron las tierras con una violencia superior a la de un curso de agua, y cuando se retiró la avenida, entre las muchas resquebraduras del suelo se encontró el cuerpo de una persona que medía treinta y tres codos[156]: movidos por el deseo de contemplarlo, el legado Lucio Flaco, e incluso el propio Metelo, quedaron fuertemente impresionados por el prodigio, que habían negado al conocerlo [92] de oídas, cuando lo tuvieron ante sus ojos[157]. No dejaré tampoco de reseñar que, en Salamina, el hijo de Eutímenes ganó tres codos de talla en un trienio[158]; a cambio, andaba torpemente, su entendimiento era obtuso, su voz recia, alcanzó la pubertad de forma prematura y desde entonces se vio afligido por infinidad de dolencias: compensó la impetuosa rapidez de su desarrollo con el interminable tormento de las enfermedades.

El cálculo de la estatura se obtiene de dos maneras: pues [93] la distancia que hay entre los dedos más largos, después de extender los brazos, es evidente que tiene la misma medida que «desde los pies a la cabeza»[159]. Por eso los filósofos naturales calificaron al hombre como un mundo en pequeño[160]. Al lado derecho del cuerpo se le atribuye mayor destreza [94] de movimientos, al izquierdo mayor fortaleza: de ahí que aquél se halle mejor dispuesto para hacer gestos, y el [95] otro sea más apropiado para soportar un peso. La naturaleza reconoció los principios del pudor incluso en los cuerpos muertos, y si alguna vez las olas sacan a flote el cadáver de un ahogado, los cuerpos de los hombres sobrenadan boca arriba, los de las mujeres boca abajo[161].

[96] Pasemos ahora al capítulo sobre la agilidad. El primer premio[162] de velocidad lo conquistó un tal Ladas, que corrió de tal modo por el polvo sutil de la pista que, con los pies suspendidos en el aire, no dejó ninguna huella de sus pisadas [97] sobre la arena[163]. Poliméstor, un muchacho de Mileto, que fue colocado por su madre para apacentar cabras, alcanzó, por puro entretenimiento, una liebre, y esto le valió seguidamente que el dueño del rebaño lo presentase a la cuadragesimosexta olimpiada[164], como refiere Boco[165], y obtuvo la corona al vencedor de la prueba del estadio[166]. Filípides [98] recorrió en dos días 1.240 estadios desde Atenas hasta Lacedemonia[167]. El espartano Anistis y Filónides, correos de Alejandro Magno, cubrieron en un solo día, desde Sición hasta Élide, 1.200 estadios[168]. Durante el consulado de Fonteyo y de Vipstano[169] un niño de ocho años

recorrió 75.000 pasos desde mediodía hasta la puesta del sol[170].

[99] Luego, en el sentido de la vista tuvo muchísima potencia el llamado Estrabón, de quien Varrón refiere que podía observar lo que ocurría a una distancia de 135.000 pasos[171] y que desde una atalaya del territorio lilibetano, cuando la flota púnica abandonaba Cartago solía distinguir con toda [100] claridad el número de naves[172]. Cicerón nos transmite que la Ilíada entera fue copiada en pergaminos en letra tan menuda, que se encerraban en la cáscara de una nuez[173]. Calícrates talló en marfil unas hormigas tan pequeñas que ninguna otra persona era capaz de apreciar sus proporciones[174]. Cuenta [101] Apolónides[175] que nacen en Escitia unas mujeres, a las que llaman «bitias», las cuales tienen dos pupilas en cada ojo y que matan con la mirada si por casualidad se fijan en alguien estando airadas[176]. También las hay en Cerdeña[177].

[102] Que Lucio Siccio Dentado fue el más distinguido de los romanos en valentía, lo demuestra el número de sus títulos. Fue tribuno de la plebe no mucho tiempo después de la expulsión de los reyes, siendo cónsules Espurio Tarpeyo y Aulo Aternio[178]. Él mismo salió victorioso ocho veces de un desafío, y tuvo cuarenta y cinco cicatrices siempre por [103] delante, ninguna señal en la espalda. Treinta y cuatro veces tomó los despojos del enemigo[179]; entre placas de metal, lanzas sin hierro, brazaletes y coronas se hizo acreedor de 312 recompensas[180]: escoltó durante la celebración del triunfo a nueve generales, que habían vencido gracias a sus

servicios[181].

Después de él, Marco Sergio: en sus dos primeras campañas [104] fue herido frontalmente veintitrés veces, y en la segunda perdió su diestra en batalla. Por eso, entonces, encargó que le hiciesen una mano de hierro, y aunque ninguna de las dos apenas le sirviese adecuadamente para batallar, en un día libró cuatro combates, y los ganó todos, con su mano izquierda, quedando acribillados dos caballos que le habían servido de montura: prisionero dos veces de Aníbal, en ambas [105] ocasiones se escapó, aun cuando durante los veinte meses en que sufrió la condición de cautivo ni un solo instante estuvo sin el cepo y las cadenas. En todas las ferocísimas batallas que por aquellos días libraron los romanos fue distinguido con recompensas militares y obtuvo la corona cívica en las de Trasimeno, Trebia y Tesino[182]: también en la batalla de Cannas, donde la retirada constituyó un admirable acto de valor, fue el único en recibir una corona. Sería verdaderamente dichoso, por tantos votos que le otorgan sus hazañas, si Catilina, heredero en la sucesión de su sangre, no hubiese ensombrecido tan altas glorias militares con el aborrecimiento que levanta su proscrito nombre[183].

[106] Cuanto como simples soldados brillaron Siccio o Sergio, así resplandeció el dictador César entre los generales, o mejor dicho, por ser más veraz, entre todos los hombres. Bajo su gobierno fueron abatidos 1.192.000 enemigos: pues a todos cuantos derrotó en las guerras civiles, no quiso contabilizarlos como tales. Libró 52 batallas a campo abierto: [107] fue el único que superó a Marco Marcelo, el cual había

combatido en 39 ocasiones de la misma manera[184]. Además, no hubo nadie que escribiese con mayor rapidez ni que leyera a mayor velocidad: se cuenta que hasta había dictado cuatro cartas a un tiempo. Estuvo dotado de tanta generosidad que a quienes había sometido con las armas terminaba por conquistarlos con su indulgencia.

[108] Ciro fue famoso por sus dotes de memoria, ya que se dirigía por su nombre a cada uno de los soldados de aquel inmenso ejército que acaudillaba. Esto mismo logró Lucio Escipión con todos los ciudadanos romanos. Pensemos, sin embargo, que tanto Ciro como Escipión se aprovechaban de [109] un largo trato[185]. Cineas, embajador de Pirro, un día después de haber llegado a Roma saludó por su propio nombre a los caballeros romanos y a los miembros del senado[186]. Mitridates, rey del Ponto, impartió justicia a los veintidós pueblos sobre los que ejercía señorío sin necesidad de intérprete[187]. Es evidente que la memoria se logra también con técnica, como demuestra el ejemplo del filósofo Metrodoro, que vivió en época de Diógenes el Cínico[188]: avanzó tanto mediante continuos ejercicios que cuando hablaban muchos al mismo tiempo retenía no sólo el orden de las ideas, sino también el de las palabras. Sin embargo, se ha comprobado [110] a menudo que no hay ninguna otra cosa en el hombre que se destruya más fácilmente o por el miedo, o por un accidente, o por una enfermedad. Hemos sabido que un individuo que había recibido una pedrada olvidó las letras, y es cierto que Mesala Corvino[189], al salir de una dolencia que había sufrido, se vio afectado por el olvido

de su propio nombre, [111] aunque la inteligencia le regía en otros puntos. El miedo destruye la memoria: no obstante, a veces provoca el estímulo de la voz, y no sólo la agudiza, sino que incluso la arranca [112] en los casos en que nunca se tuvo. Así, durante la quincuagesimoctava olimpiada[190], al entrar Ciro victorioso en Sardes, ciudad de Asia, donde entonces se refugiaba Creso, Atis, hijo del rey, que había sido mudo hasta aquel momento, rompió a hablar dominado por el terror; se cuenta, en efecto, que exclamó: «Perdona a mi padre, Ciro, y aprende, hasta con nuestras desgracias, que tú también eres hombre»[191].

[113] Nos queda tratar sobre el carácter, cuya aureola adornó principalmente a dos personas. Catón, cabeza de la familia Porcia, fue excelente senador, excelente orador y excelente general; con todo, se defendió en 44 procesos, acosado por los diferentes resentimientos que engendra el odio, y siempre [114] salió absuelto[192]. Pero el renombre de Escipión Emiliano posee más peso, porque, además de las prendas que ilustraron a Catón, lo superó incluso en amor a la república. Escipión [115] Nasica fue tenido por el mejor de los hombres no sólo según declaraban los particulares, sino mediante el juramento del senado en pleno: pues no se halló a nadie más digno a quien encomendar el cuidado de unas especiales ceremonias sagradas, ya que un oráculo había revelado que el culto de la madre de los dioses se hiciese venir desde Pesinunte[193].

Muchísimos de entre los romanos se distinguieron por su [116] elocuencia: pero este bien nunca pudo transmitirse por

herencia excepto dentro de la familia de los Curiones, en la que hubo tres oradores que se sucedieron sin interrupción[194]. Lo cierto es que dicha cualidad se consideró importante durante [117] aquella época en que hombres y dioses tributaron particular admiración a la facilidad de palabra. Fue entonces cuando Apolo descubrió a los asesinos del poeta Arquíloco, y con la denuncia del dios se puso de manifiesto el crimen de los ladrones[195]. Mientras el espartano Lisandro estaba [118] asediando Atenas, en cuyo interior yacía insepulto el cuerpo del poeta trágico Sófocles, el Padre Líber[196] advirtió repetidamente al general por medio del sueño que permitiese enterrar [119] al objeto de su cariño; y no cesó hasta que Lisandro, habiendo averiguado quién había fallecido y cuál era la razón de que el dios lo reclamase, concedió una tregua por el tiempo que durasen unos funerales acordes a aquellos restos [120] mortales[197]. Al poeta lírico Pindaro lo atrajeron Cástor y Pólux, a los ojos de todos, fuera del lugar de un banquete que amenazaba ruina, para evitar que muriese con el resto: gracias a ello, fue el único que, en la inminencia, se salvó [121] del peligro[198]. Tras los dioses, menester es contar a Gneo Pompeyo el Grande: cuando se disponía a entrar en la casa de Posidonio, entonces afamadísimo maestro de filosofía, prohibió al lictor que, según costumbre, golpease la puerta, y aunque había llevado a feliz término la guerra con Mitridates y era el vencedor de Oriente mandó inclinar las fasces y, por decisión propia, se dejó ganar por la puerta del saber[199]. El primer Africano[200] ordenó colocar la estatua de 122 Ennio sobre su

tumba. Catón de Útica cuando finalizó su tribunado militar trajo un filósofo a Roma, y a otro más después de haber sido gobernador de Chipre, asegurando que mediante tales decisiones había prestado un grandísimo servicio al senado y al pueblo, aunque su bisabuelo[201] propusiera infinitas veces la necesidad de expulsar a los griegos de la Urbe. El tirano Dionisio hizo salir una nave empavesada [123] al encuentro de Platón[202]: y él en persona le hizo los honores de bienvenida yendo a recibirlo, en una cuadriga tirada por caballos blancos[203], cuando desembarcó en el puerto. Sócrates fue el único hombre a quien el oráculo de Delfos atribuyó absoluta sabiduría.

La muestra más insigne de devoción piadosa resplandeció, [124] sin duda, en la familia de los Metelos[204], pero la más notable se halla en una mujer plebeya recién parida. Esta mujer de humilde condición y, por ese motivo, carente de todo renombre, habiendo conseguido con esfuerzo entrar a ver a su padre, encerrado en las prisiones para sufrir su castigo, era registrada por los carceleros más de lo habitual para que no le proporcionase sustento a su padre, y fue sorprendida [125] mientras lo alimentaba dándole el pecho. Aquel ejemplo consagró tanto el lugar como el suceso: pues quien estaba sentenciado a morir fue conservado, entregándolo a su hija en recuerdo de una conducta tan digna de elogio: y el lugar es ahora un templo de la Piedad, dedicado a su poder [126] y majestad[205]. La nave que transportaba desde Frigia el objeto sagrado de culto otorgó a Claudia la supremacía del recato mientras venía en pos de las

cintas de la castidad[206]. En cuanto a Sulpicia, hija de Patérculo y esposa de Marco Fulvio Flaco, por dictamen de todas las matronas fue acertadamente escogida entre las cien mujeres más consideradas para que, de acuerdo con la recomendación de los Libros Sibilinos, dedicase una estatua a Venus[207].

Por lo que respecta al rótulo de felicidad, no se ha hallado
127 hasta ahora a nadie que, con razón, debiera ser considerado como feliz: porque Cornelio Sila más que ser feliz llevó el nombre de Feliz[208]. Realmente, el oráculo de Apolo tuvo por dichoso tan sólo a Áglao, quien siendo dueño de un miserable terreno en el rincón más estéril de Arcadia, jamás fue visto cruzando las orillas de la heredad paterna[209].

Italia

[2] Pero llevo dicho suficiente acerca del hombre. Ahora, para volver a mi proyecto, debo encaminar mi pluma a la mención de los distintos lugares y muy principalmente hacia Italia, de cuya gloria ya [2] nos hemos ocupado al tratar de Roma. Sin embargo, Italia ha sido descrita con tanta diligencia por todos, en especial por Marco Catón, que ya no existe posibilidad de encontrar algún punto que no haya sido anticipado por la escrupulosa atención de los autores más antiguos, aun cuando disponemos con creces de suficientes materiales para elogiar a este excelente país mientras los escritores más eminentes examinan la salubridad de sus comarcas, el clima templado, la fertilidad de la tierra, sus

montes soleados, los tupidos bosques, los pasos de montaña transitables sin peligro, la abundante cosecha de sus viñas y olivares, sus excelentes ganados, tantos ríos, tantos lagos, las violetas que florecen dos [3] veces al año: entre todo ello el Vesubio, sofocado por el vapor que exhala su ardiente pecho, Bayas, templada por sus fuentes, las colonias tan abundantes, el encanto tan duradero de las nuevas ciudades, el decoro tan noble de los antiguos recintos, cuyos primeros pobladores fueron los aborígenes, los auruncos, los pelasgos, los arcadios, los sículos, más tarde los forasteros llegados de toda Grecia[210] y, a la postre, los victoriosos romanos. A ello se suma la cantidad de puertos que hay en sus flancos y un litoral apropiado, merced a sus abiertas ensenadas, para el tráfico de mercancías con el mundo.

Mas porque no se crea que han quedado completamente [4] sin tocar, no me parece fuera de razón dirigir nuestro interés hacia aquellos aspectos que están menos trillados y caminar a paso ligero por los terrenos pacidos con cierta frugalidad. ¿Pues quién ignora que el Janículo o recibió su nombre de [5] Jano o fue fundado por él, el Lacio y Saturnia por Saturno, Árdea por Dánae[211], Policles por los compañeros de Hércules[212], y por Hércules mismo Pompeya[213], en Campania, por donde había conducido victorioso desde Hispania el tropel de vacas? Que, además, en Liguria los Campos Lapidanos [6] deben su nombre a la creencia de que durante un combate que él mantuvo allí llovieron piedras[214]. Que la región jónica recibe su nombre de Jone, hija de Auloquio, a la que Hércules dio muerte,

según se cuenta, por su modo insolente de cerrar el camino. Que Arquipa, que fue tragada por una abertura del suelo y desapareció en el lago Fucino, [7] fue fundada por Marsias, rey de los lidios[215]. Que Jasón levantó el templo de Juno Argiva[216], los Pelópidas Pisa[217]; que los daunios descienden de Cleolao, hijo de Minos[218], los yapigios de Yápige, hijo de Dédalo[219], los tirrenos de Tirreno, rey de Lidia[220]. Que Cora es fundación de Dárdano[221], Agila de los pelasgos[222], que fueron los primeros en llevar los signos del alfabeto al Lacio[223]; Falisca del argivo Haleso[224], y Falerios del argivo Falerio[225]. Que Fescennino fue fundada también por los argivos[226], el puerto Partenio por los focenses[227], y Tíbur, según el testimonio de Catón, por el arcadio Catilo, general de la armada de Evandro[228], pero [8] según el de Sextio[229], por los jóvenes argivos. Pues Catilo, hijo de Anfiarao, después de la prodigiosa muerte de su padre frente a Tebas[230], fue despachado por mandato de su abuelo Oícles con toda su camada como voto de primavera consagrado a los dioses[231] y engendró tres hijos en Italia, Tiburto, Coras y Catilo, los cuales expulsaron del poblado a los antiguos sicanos y designaron a la ciudad con el nombre de Tiburto, el mayor de los hermanos[232]. En época posterior Ulises construyó en el Brucio un templo de Minerva[233]. La [9] isla de Ligea recibió este nombre porque a sus playas fue arrojado el cuerpo de una sirena así llamada[234]. Parténope, que Augusto prefirió más tarde que fuese denominada Neápolis, debe el suyo al túmulo de la sirena Parténope[235]. Preneste[236], como quiere Zenódoto[237], lo tomó de Preneste,

nieto de Ulises e hijo de Latino; pero según celebran los Libros Prenestinos[238], lo recibió de Céculo, a quien, como reza la tradición, se lo encontraron las hermanas de los Digicios a la orilla de un inesperado fuego[239]. Es cosa conocida que [10] Petilia[240] fue construida por Filoctetes, Arpos y Benevento por Diomedes, Patavio[241] por Antenor, Metaponto por los pilios, Escilacio[242] por los atenienses, Síbaris por los trecenios y por Ságaris, hijo de Áyax de Locros[243]; el pueblo de los salentinos por los lictios[244], Ancona por los sículos[245], Gabios por los hermanos sículos Galacio y Bión[246], Tarento por los Heraclidas[247], la isla de Tempsa por los jonios[248], Pesto por los dorios[249], Crotona por el aqueo Miscelo[250], Regio por los calcidios, Caulonia y Terina por los crotoniatas, Locros por los naricios[251], Hereto por los griegos en honor de Hera (pues así es como los griegos denominan a Juno)[252], Aricia por Arquíloco el sículo, de donde también la [11] ciudad tomó su nombre, según la opinión de Hemina[253]. En este lugar fue donde Orestes, exhortado por el oráculo, antes de partir hacia Argos consagró la estatua de la Diana escítica que había sacado del territorio táurico[254]. Boco nos refiere que Metauro fue establecida por los habitantes de Zancle[255] y que Hiponio, llamada hoy Vibo, por los locrios. Marco Antonio[256] cuenta que los vástagos de los antiguos galos son los umbros; precisamente éstos son los mismos a los que en lengua griega denominaron «ombrios», porque sobrevivieron [12] a las aguas en la época del diluvio[257]. Piensa Liciniano[258] que de Mesapo el griego tomó origen Mesapia, que cambió

posteriormente su nombre por el de Calabria, aunque en los primeros tiempos Peucecio, el hermano de Enotrio, la había llamado Peucecia[259]. Todo el mundo coincide [13] plenamente en que Palinuro recibió su nombre por el piloto de Eneas, Miseno por su trompetero, la isla de Leucosia por su prima hermana, Cayeta por su ama de cría, y por su mujer, Lavinio, ciudad edificada cuatro años después de la destrucción de Troya, tal como afirma Cosconio[260].

[14] No debe omitirse que Eneas arribó a las costas de Italia al verano siguiente a la caída de Troya, como refiere Hemina, con no más de seiscientos compañeros, e instaló su campamento en el agro Laurentino[261]: en este lugar, mientras dedicaba una estatua que había traído consigo desde Sicilia a su madre Venus, a la que se invoca con el nombre de Frutis[262], recibió el Paladión de manos de Diomedes[263], y reinó después tres años junto con Latino, de quien recibió quinientas yugadas de tierra, compartiendo unidos el poder: a la muerte 15 de Latino alcanzó el más alto puesto por dos años, y dejó de vérsele junto al Numicio cumplido el séptimo año[264]. Se le dio el nombre de *Pater Indiges*[265]. Más adelante fueron edificadas 16 por Ascanio Albalonga, Fidenas y Aricia[266]: Nola por los tirios[267], Cumas por los eubeos. Existe allí mismo un pequeño santuario de la Sibila[268], pero de aquella que participó en los asuntos de Roma en la quincuagésima olimpiada[269] y cuyo libro consultaban nuestros pontífices[270] hasta época de Cornelio Sila: pues fue entonces cuando resultó [17] destruido en un incendio a la vez que el Capitolio[271]. Y es que los dos libros

anteriores los había quemado ella misma porque Tarquinio el Soberbio le ofrecía un precio inferior al que solicitaba[272]. Su sepulcro se conserva todavía en Sicilia. Boco afirma, por su parte, que la Sibila de Delfos ya profetizaba [18] antes de la guerra de Troya y declara que muchísimos de sus versos los introdujo Homero en su poema. Detrás de ésta vino, pasados algunos años, Herófile la de Eritras, y fue llamada Sibila por igualársele en sabiduría: entre otras maravillas, predijo que los lesbios iban a perder su imperio marítimo mucho antes de que eso sucediera[273]. Así, la misma secuencia del tiempo demuestra que la de Cumas ocupó el tercer lugar después de éstas[274].

Así pues, Italia, dentro de la cual el primitivo Lacio originalmente [19] se extendía desde las bocas del Tíber hasta el río Liris, surge en la cresta de los Alpes y se alarga hasta la cúspide de Regio y la costa del Brucio, en donde el territorio se dilata hacia el mar de cara al sur. Viniendo desde allí [20] se levanta suavemente sobre la espalda de los montes Apeninos, desplegada entre el mar Toscano y el Adriático, es decir, entre el mar superior y el inferior, semejante a la hoja de una encina, pues evidentemente es mayor su longitud que su anchura. Allí donde más se aleja, está dividida [21] formando dos puntas: una de ellas mira al mar Jonio, la otra al Sículo. Entre ambas eminencias no recibe en una sola orilla la visita de las olas que allí penetran, sino que alberga un mar que está cortado por lenguas de tierra, que con gran frecuencia forman salientes, y por promontorios que sobresalen. En aquel lugar se encuentran,

por reseñar esparcidamente [22] lo que nos sale al paso, la fortaleza de Tarento, la región escilacea con el recinto Escileo[275] y el río Crateis, madre de Escila según cuentan las leyendas antiguas[276], los bosques de Regio, los valles de Pesto, los escollos de las Sirenas, los deleitosísimos parajes de Campania, los campos Flegreos[277], la isla de Tarracina, morada de Circe, en otros tiempos rodeada por el mar infinito y hoy unida al continente por la acción del tiempo —corrió suerte bien dispar a la de los habitantes de Regio, a quienes el mar de en medio separó violentamente de los sículos[278]—; allí están también Formias, habitada por los lestrigones[279], además de numerosos lugares, celebrados ya por los más capaces genios, que hemos considerado más prudente silenciar que exponerlos con mayor vulgaridad.

La longitud de Italia, que desde Augusta Pretoria[280], pasando [23] por la Urbe y por Capua, se extiende hasta la población de Regio, comprende sin duda 1.020.000 pasos; la anchura, por la parte más amplia, 410.000, y por la más pequeña 136.000 pasos[281]. Es angostísima a la altura del puerto que llaman Campamento de Aníbal, pues ni siquiera sobrepasa los 40.000[282]. Tiene el centro, como transmite Varrón, en el territorio de Reate[283]. Y el perímetro entero alcanza una longitud total de 2.049.000 pasos[284]. En este [24] contorno, frente a la costa de Locros, acaba el primer golfo de Europa, que nace en Gades; pues el segundo, que principia en el cabo Lacinio, halla su término en el Acroceraunio[285].

[25] Cabe añadir que Italia tiene fama por el Po, cuyas

aguas derrama el predominantísimo monte Vésulo desde su regazo entre las cumbres alpinas, y por su manantial, que debe visitarse, dentro del territorio de los lígures; desde allí inicia el Po su descenso y, después de haberse hundido por canales subterráneos, asciende nuevamente a la superficie en el territorio vibonense[286]. Su celebridad no es inferior a la de ningún río; los griegos lo llamaron Erídano. Crece, al salir la Canícula, con las nieves derretidas y las heladas invernales liquidadas, y enriquecido con la agregación de treinta afluentes desagua en el mar Adriático.

[26] Un fenómeno ilustre entre aquellos dignos de ser recordados, y que se comenta extraordinariamente por todo el mundo, es que en el territorio de los faliscos existen unas pocas familias a las que denomina los Hirpos. Éstos realizan cada año, junto al monte Soracte, un sacrificio en honor de Apolo: y mientras efectúan dicha ceremonia, entre gestos devotos, brincan sin sufrir daño encima de un montón de leños abrasados, pues el fuego se muestra sumiso en prueba de respeto a las ceremonias sagradas. La generosidad del senado, en recompensa por el servicio de este culto, concedió a los Hirpos la exención de todas las cargas públicas mediante un senadoconsulto siempre vigente[287].

Nada hay de extraordinario en que el pueblo de los marsos [27] resista a las mordeduras de las serpientes: arrancan su estirpe del hijo de Circe[288] y saben que, en virtud de ancestrales poderes, están llamados a lograr la obediencia de los venenos: éste es el motivo de que desprecien los venenos[289]. [28] Escribe Gayo Gelio[290] que fueron tres las

hijas de Eetes[291]: Angicia, Medea y Circe. Que Circe estableció su morada en los montes Circeos, imitando con los engaños de sus encantamientos las distintas formas de la apariencia corporal. [29] Que Angicia se instaló en las cercanías de Fucino y allí combatía las enfermedades mediante su arte de reparar la salud: y como procuraba a las personas el seguir con vida, [30] fue tenida por diosa[292]. Que Medea fue enterrada por Jasón en Butroto y su hijo reinó sobre los marsos[293].

Mas aunque Italia disfrute de este auxilio doméstico, no [31] se halla en absoluto libre de serpientes. Precisamente las serpientes [32] hicieron desaparecer Aminclas, que habían fundado antes los griegos como Amiclas[294]. Abunda en aquel lugar la víbora, cuya mordedura no tiene remedio: ésta es de tamaño inferior al de las demás que encontramos en otras zonas del mundo y por ese motivo, en tanto que es despreciable, tiene más fácil el causar daño.

Sobre la serpiente boa

Calabria está repleta de serpientes de [33] agua y cría boas, una clase de serpientes que, se dice, alcanza enorme corpulencia. En principio acecha los rebaños de ganado bovino y se enlaza a las ubres de aquella vaca que está más regada de leche; se ceba durante mucho tiempo con esta constante succión y, finalmente, harta de chupar, se hincha de tal manera que no existe fuerza alguna capaz de resistir su inmensidad; por último, cuando ya ha diezmado los rebaños,

lleva a la ruina las comarcas que padecían su asedio[295]. Durante el reinado del [34] divino Claudio, donde se halla el campo Vaticano en el vientre de una boa que habían matado apareció un niño entero[296].

Sobre los lobos

[35] Italia posee un tipo de lobos que no son semejantes a todos los demás: el hombre a quien han visto primero se queda mudo, y a causa de haberles contemplado esa fiera dañina con antelación, aunque [36] tengan deseos de gritar, pierden la función de la voz. Aunque conozco muchos datos sobre los lobos, voy a pasarlos por alto; lo más llamativo es lo siguiente. Hay en la cola de este animal un pelo pequeñísimo con virtudes afrodisiacas, del que se desprende, causándose un daño voluntario, cuando teme ser capturado: no surte efecto si no se arranca estando el lobo vivo. A lo largo de todo el año sólo se aparean durante un período no superior a doce días[297]. Si están hambrientos se alimentan de tierra. Y los que llamamos lobos [37] cervales, aunque después de un largo ayuno comenzasen a masticar la carne trabajosamente obtenida, siempre que por casualidad se vuelven para mirar algo lo olvidan todo; pierden el recuerdo de la abundancia que tenían delante y marchan a buscar la saciedad que dejaron escapar[298].

Sobre los linces

En esta familia de animales se incluye [38] también al lince, cuya orina, declaran quienes han estudiado más a fondo la naturaleza de las gemas, se convierte al solidificarse en una piedra preciosa. Y que también los mismos linces se dan cuenta de este cambio se demuestra por el siguiente indicio: al instante recubren el líquido evacuado lo mejor que pueden, con montones de tierra, por su mala voluntad de impedir, naturalmente, que semejante desecho pase a nuestro servicio.

Sobre el lincurio

[39] Como refiere Teofrasto[299], el color de esta piedra es parejo al del ámbar; atrae con la misma fuerza cuanto se le aproxima[300], calma el dolor de riñones y remedia la ictericia[301]; recibe el nombre de lincurio[302].

Sobre las cigarras mudas

Las cigarras en los alrededores de Regio [40] están mudas, y no sucede en ningún otro lugar: su silencio constituye un prodigio, y no sin razón, puesto que las vecinas cigarras nacidas en territorio de Locros son más ruidosas que el resto. Granio[303] nos explica el motivo: que al levantar zumbidos contra Hércules, que descansaba, ordenó el dios que no hiciesen estruendo; y por eso se mantiene un silencio que empezó en ese instante[304].

Sobre el coral

[41] El mar de Liguria cría unos arbolillos, los cuales, siempre que se hallen en el fondo del agua, están sueltos y son, al palparlos, como carnosos: pero luego, una vez que se sacan al exterior, privados de su arrecife original se convierten en piedras. Y no sólo se modifica su condición, sino incluso el color, pues de inmediato adquieren un tinte escarlata[305]. Son pequeñas ramas, como las que vemos en los árboles, y con mucha frecuencia su tamaño es de medio pie[306]; raras veces se consiguen de un pie. De este material se confeccionan multitud de amuletos[307]. [42] En efecto, esta rama posee, como dice Zoroastro[308], una fuerza especial, razón por la cual todo lo que procede de ella es considerado como salutífero.

Sobre la piedra «sirtítide»

Lo llaman también coral: pues Metrodoro [43] lo denomina «gorgia»[309]. Y asimismo asegura que el coral repele los torbellinos y los rayos[310]. En una zona de Lucania se extrae una gema de aspecto tan deleitoso que su color azafranado derrama por dentro pálidas estrellas, pero bajo el cielo nublado resplandecen. Esta piedra se llama «sirtítide» porque se descubrió por vez primera en la ribera de las Sirtes[311].

Sobre la piedra «veyentana»

[44] También la «veyentana» recibe el nombre por su lugar de origen; su aspecto característico es de color negro, y está surcada por unas venas plateadas con pintas blanquecinas para proporcionar el encanto de la variedad.

Sobre las aves de Diomedes

[45] La isla que hace cara a la costa de Apulia es famosa por la tumba y el santuario de Diomedes[312], y es el único lugar que cría las aves diomedeas. En efecto, esta clase de volátiles no existe en ninguna otra parte excepto allí, y simplemente ese hecho podría considerarse digno de ser reseñado si no se agregasen más datos, que no debemos silenciar. Su cuerpo es casi igual al de la fúlica, su color blanco, los ojos encendidos y el pico con dientes. Vuelan de un lugar a otro en bandadas y disponen [46] de un método para llegar a su meta: hay dos jefes, que gobiernan el viaje; uno encabeza el grupo, el otro lo sigue. La misión del primero es encauzar la marcha por la ruta correcta, la del segundo apremiar constantemente frente a la lentitud. Éstas son sus reglas en los desplazamientos. Cuando llega la época de la puesta excavan hoyos con el pico; [47] luego, colocan encima unas ramitas, dejadas de revés, imitando el entramado de los zarzos: así cubren el agujero abierto debajo del suelo, y para impedir que el viento, si descuidan su tarea, pueda llevarse la hueca trama de ramas, aprietan esta pila con la tierra que habían retirado al abrir los hoyos. Construyen de este modo los nidos, con doble [48] entrada, y

dispuestos no por casualidad, hasta el extremo de que la salida y la entrada están calculadas en consonancia con las regiones celestes: la puerta de paso para buscar alimento mira hacia oriente, la que acoge a los que regresan está de cara a occidente, al objeto de que la luz no sólo despierte a los ocupantes, sino que no les falte en el momento del retiro. Las que van a descargar el vientre levantan el vuelo en dirección contraria a los vientos, para que trasladen las deyecciones bien lejos. Distinguen a los forasteros: cuando [49] es un griego, se le aproximan y, a medida que se deja conocer como ciudadano, lo acarician con más mimo; si es alguien de un país distinto, se lanzan sobre él y le acometen. Durante todo el día magnifican el santuario con el siguiente acto de amor: mojan las plumas en las aguas del mar y, con las alas muy empapadas, concurren en masa cubiertas de rocío: purifican así el templo con el líquido arrojado. Entonces baten desde arriba sus pequeñas alas, y a continuación se separa el grupo como si hubiese cumplido un oficio religioso. Por eso se cuenta que son los compañeros de Diomedes [50] transformados en pájaros. Realmente, antes de la llegada del caudillo etolio las aves no recibían el nombre de diomedeas, y así fueron llamadas a partir de aquel momento[313].

[51] El recorrido de Italia continúa a través de los liburnos, que son un pueblo asiático, hasta la frontera de Dalmacia, y de Dalmacia hasta los confines de Iliria, en cuyo golfo habitan los dárdanos, gentes del linaje de los troyanos que se han vuelto salvajes por haber adoptado costumbres

bárbaras. [52] Pero, en dirección opuesta, prosigue a lo largo de la costa de Liguria hasta la provincia Narbonense, donde los focenses que emigraron un día a causa del ataque de los persas fundaron la ciudad de Marsella en la olimpiada cuadragésima quinta[314]. Y Gayo Mario durante la guerra contra los cimbros [53] abrió con mano de obra unos canales, hizo entrar en ellos el mar y organizó la peligrosa navegación por el impetuoso Ródano[315]. Este río, que se precipita desde los Alpes, corre al principio apresuradamente cruzando el territorio de los helvecios y trae consigo los cursos de agua que salen a su encuentro; después de ver muy incrementada su corriente el Ródano se enfurece, incluso en los días apacibles, con mayor violencia que el propio mar en el que irrumpe, excepto cuando el mar está encrespado por el viento: y ésta es la razón asimismo de que se incluya al Ródano entre los tres ríos más grandes de Europa. Ha adquirido [54] también notoriedad en aquella región Aguas Sextias, en otros tiempos cuarteles de invierno de un cónsul; posteriormente fue embellecida con murallas: el calor de estas aguas, que antiguamente fue más vivo, con el paso de los años se dispersó en forma de vapor, y hoy ya no alcanza el nivel de su primitivo renombre[316].

Si consideramos la Magna Grecia, es preferible que nos ocupemos de la costa tarentina: desde aquí, a partir del promontorio que llaman Acra Yapigia[317], la navegación se hace rapidísima para quienes toman rumbo hacia Acaya.

[3] Desde aquí hemos de encaminar la pluma en otra dirección: nuevos territorios la reclaman y sería largo

describir detenidamente las costas de todas las islas que se ven desde los promontorios de Italia; y aunque diseminadas por rincones agradabilísimos y expuestas como en un espectáculo de la naturaleza, no debíamos pasarlas por alto.

Córcega

Pero en la medida en que es preciso [2] detenerse en ellas, aunque dejando para otro momento las principales por una cierta pereza, mencionemos tanto a Pandateria[318] como a Próquita[319], a Elba, gran productora de hierro, a Capraria, llamada por los griegos Égilo[320], a Planasia, así llamada por su apariencia de estar tendida boca arriba[321], a Columbaria, madre de las aves de tal nombre[322], a Itacesia, atalaya de Ulises[323], a Enaria, a la que Homero denominó Inárime[324], y a otras no menos gratas. Entre ellas a Córcega, de la que muchísimos autores, recorriéndola detenidamente en sus descripciones, han dado cuenta con la máxima exactitud, sin dejar cosa alguna que [3] no resulte superflua para quien vuelva a estudiarla: por ejemplo, cómo los lígures fueron sus primeros pobladores, cómo fueron levantados sus poblados, cómo Mario y Sila fundaron allí colonias[325], cómo las olas del golfo de Liguria bañan la isla[326]. Pero dejemos que estas cosas queden de lado.

Sobre la piedra «catoquita»

[4] Ahora bien, el territorio de Córcega [cosa que sólo se

da en ese territorio] es el único que produce una piedra muy digna de mención, llamada «catoquita»[327]. Es de mayor tamaño que cualquiera de las piedras destinadas al decoro y no es tanto una gema cuanto una roca. Si colocas las manos sobre la misma, las retiene, ligándose de tal forma a los objetos unidos a ella que cuanto la toca queda adherido a la piedra; y es que contiene un no sé qué, hecho como de una cola muy viscosa, igual que goma. [5] Sabemos por tradición que Demócrito de Abdera, en las disputas que mantuvo contra los magos, solía enseñar esta pequeña piedra para demostrar la fuerza oculta de la naturaleza[328].

Cerdeña

También está bastante divulgado en **[4]** qué mar se halla situada Cerdeña, que en Timeo encontramos con el nombre de Sandaliótide[329] y en Crispo con el de Icnusa[330], y cuál es el origen de sus habitantes. No hay, pues, por qué decir que Sardo fue engendrado por Hércules y Nórax por Mercurio, cuando llegaron hasta estos confines, el uno procedente de Libia, el otro viniendo desde Tarteso, en Hispania, y que de Sardo recibió la isla su nombre, de Nórax la ciudad de Nora. Que poco después [2] Aristeo, al reinar muy cerca de ellos en la ciudad de Cáralis[331], que había fundado él mismo juntando pueblos de una y otra sangre, reunió en un mismo género de vida a pueblos que vivían separados hasta su intervención y que en nada desdeñaron su autoridad pese a la falta de costumbre.

Pero, pasando por alto estas cosas y a Yolao, que habitó estas tierras hasta ese momento, además de a los troyanos y a los locrios[332], el caso es que Cerdeña se halla libre de serpientes[333].

Sobre la «solífuga»

Mas la función que en otros lugares 3 realiza la serpiente, aquí en el país sardo la hace la «solífuga», animal insignificante en forma de araña, llamada «solífuga» porque rehúye la luz del día[334]. Es muy frecuente en las minas de plata, pues el suelo de aquella isla es rico en plata[335]: se arrastra encubiertamente y causa la infección a quienes por descuido se sientan sobre ella.

Sobre la hierba sardonia

A esta desgracia súmase además la [4] yerba sardonia, que crece en los derrames de las fuentes por encima de lo normal. Esta planta, si a alguien que no la conoce le sirviese de alimento, contrae los nervios, desencaja el rostro por las comisuras de la boca, de forma que quienes afrontan la muerte perecen con una mueca de risa[336].

[5] Por el contrario, todas las aguas que hay rinden distintos provechos. Las lagunas rebosan de peces. Las lluvias del invierno se guardan para combatir la escasez estival, pues el hombre de Cerdeña tiene su mejor auxilio en el cielo lluvioso: se nutren de esa reserva acumulada, a fin de que

cubra [6] las necesidades cuando se agoten los manantiales. En algunos lugares hierven fuentes termales y saludables que remedian dolencias, o sueldan los huesos rotos, o anulan el veneno inyectado por las solífugas, o incluso resuelven las afecciones [7] oculares. Pero las que curan los ojos sirven también para descubrir a los ladrones: pues cualquiera que jura no haber cometido un robo, se frota los ojos con el agua; cuando no ha cometido perjurio, ve con más claridad; si rehúsa admitir su mala fe, el crimen se manifiesta quedando ciego y, privado de la vista, reconoce su delito[337].

Sicilia

[5] Si atendemos a la sucesión de épocas y lugares, después de Cerdeña nos reclaman los temas sicilianos. En primer término, porque sometidas ambas islas a la autoridad romana, una y otra fueron declaradas provincias en idénticas fechas, habiendo correspondido por sorteo, en el mismo año, Cerdeña a Marco Valerio, Sicilia al pretor Gayo Flaminio[338]. Añádase a esto que el nombre de mar de Cerdeña queda incluido dentro del de mar de Sicilia.

Sicilia, pues —y esto debe señalarse entre las primeras [2] cosas— con sus extensos promontorios ofrece la forma de un triángulo. Paquino orienta sus vistas hacia el Peloponeso y la región meridional; Peloríade, opuesto al occidente, mira a Italia, Lilibeo se extiende hacia África. De entre los tres sobresale Peloríade, elogiada por la incomparable constitución de su suelo, que ni cuando está mojado se

disuelve en lodo ni durante la sequía se resquebraja en polvo[339]. Este [3] promontorio[340], cuando se retira hacia el interior y amplía su anchura, contiene tres lagos, uno de los cuales, por el hecho de ser rico en peces, la verdad es que no lo consideraría como un prodigio. Sin embargo, que el situado junto a éste posea cerradas arboledas y entre las espesuras de la maleza críe animales salvajes, y, permitiendo la llegada de cazadores por los senderos terrestres, gracias a los cuales admite las entradas a pie, procure el doble deleite de la pesca y de la caza, se cuenta entre las cosas singulares[341]. Un ara nos [4] demuestra que el tercer lago es sagrado; situada en el centro, marca la separación entre las aguas bajas y las profundas. Por el lado que conduce al altar, el agua llega hasta los rodillas; lo que se encuentra más allá, no debe ser explorado ni tocado y, en caso de hacerlo, quien hubiese mostrado tal atrevimiento es castigado con una desgracia y llega a perder tanta parte de su cuerpo como hubiera sumergido en el agua. Cuentan que una persona arrojó a estas profundidades el cordel más largo que pudo y que cuando hundió el brazo para ayudarse a recuperarlo, se le quedó la mano como la de un cadáver.

[5] La costa peloritana está poblada por la colonia de Tauromenio, a la que los antiguos llamaban Naxos[342], y por la ciudad de Mesina, situada enfrente de Regio de Italia. A esta Regio la llamaban los griegos con el nombre de *Rhḗgion* [6] basados en la señal de haberse resquebrajado[343]. Paquino dispone de una gran riqueza en atunes, y por eso las [7] capturas siempre son abundantes. La gloria del promontorio

lilibitano es la ciudad de Lilibeo, por el sepulcro de la Sibila[344]. Mucho antes de la guerra de Troya dio su nombre a Sicania el rey Sicano, llegado con una nutridísima muchedumbre de iberos[345]. Luego vino Sículo, hijo de Neptuno. Confluyeron hacia esta isla muchísimos corintios, argivos, [8] ilienses, dorios y cretenses, y entre ellos también estuvo Dédalo, maestro en el arte de la construcción. A la cabeza de las ciudades se encuentra Siracusa, donde incluso en el invierno se mantiene un tiempo sereno y no hay día en que falte el sol. A esto se suma que la fuente Aretusa se halla en dicha ciudad.

Sobresale con sus montes Etna y Érice. El Etna está consagrado [9] a Vulcano, el Érice a Venus. En la cumbre del Etna hay dos aberturas, llamadas cráteres[346], a través de las cuales surge con violencia un vapor arrojado desde dentro; previamente emite un sordo ruido, que empieza a crecer desde las entrañas de la tierra, con un largo bramido, por entre los hirvientes recovecos de las cuevas, y las masas ígneas no se elevan antes de que se hayan producido los estruendos internos. Todo esto resulta admirable: pero no lo es menos el [10] que, en medio de esa porfía de la ardiente naturaleza, muestre la nieve mezclada con el fuego, y aunque se desborde con vastos incendios, el monte mantiene su aspecto invernal en la eterna blancura de su cima. De este modo, la fuerza de [11] ambos elementos es invencible, y ni el calor se reduce con el frío, ni el frío desaparece con el calor. Algunos ensalzan a [12] otros dos montes, el Nebrodes y el Neptunio. Desde el Neptunio hay una atalaya sobre los

mares Tirreno y Adriático. Gamos y cervatillos vagan en rebaños por el Nebrodes: de ahí el nombre Nebrodes[347].

Curiosidades del suelo y de las aguas de Sicilia

[13] Todo cuanto Sicilia produce, sea por la condición del suelo, sea por el talento del hombre, se aproxima mucho a lo que es calificado de excelente, con la salvedad de que el azafrán de Centúripas supera a todos los frutos de la tierra. Aquí se ideó la primera comedia[348]; también aquí se introdujo en la escena la chanza mímica[349]. De allí trae su origen Arquímedes, que fue inventor de máquinas conforme a los principios de la ciencia [14] astral[350]. De allí es aquella Lais que prefirió escoger otra patria antes que publicar la suya[351]. Las enormes cavernas son testimonio de la raza de los ciclopes: las moradas de los lestrigones todavía hoy se conocen por este nombre[352]. De allí es Ceres, maestra de la siembra que da fruto. Allí mismo el campo de Henna está siempre florido y primaveral todo el año[353]. Cerca del mismo está un profundo agujero [15] por donde, dice la tradición, el Padre Dite percibió la luz del día cuando salió para raptar a Líbera[354]. Entre Cátina[355] y Siracusa existe una disputa sobre la tradición relativa a dos célebres hermanos, cuyos nombres dan una y otra parte de forma distinta: si hacemos caso a los de Cátina, se llamaban Anapio y Anfínomo; si seguimos las preferencias de los siracusanos, opinaremos que eran Emacias y Critón. Sin embargo, fue el territorio de Cátina el que dio pie al suceso: al haberse extendido hasta el

mismo una erupción del Etna, los dos muchachos cargaron a cuestas a sus padres y los rescataron por entre las llamas sin sufrir quemaduras. Las generaciones posteriores recompensaron de tal modo su memoria que el lugar de su sepultura sería denominado «Campo de los piadosos»[356].

[16] Sobre Aretusa y Alfeo se tiene hasta hoy por cierto que la fuente y el río convergen en un mismo punto[357]. Los prodigios de los ríos son bastante diversos. Si alguien sacase agua del Diana, que corre junto a Camarina, con un atuendo deshonesto, el vino y el agua no se juntarán en un solo

[17] cuerpo. En el centro del río Helbeso, en el territorio de Segesta, el agua hierve repentinamente a borbotones[358]. Ninguna corriente supera en frío a la del Acis, pese a que sale del Etna[359]. Las regiones celestes cambian al río de Hímera: solamente es amargo mientras discurre en dirección al norte, y dulce cuando tuerce el curso hacia mediodía[360].

Cuantas curiosidades encierran las aguas, igual las encontramos [18] en las salinas. Si colocas junto al fuego la sal de Agrigento, la acción de quemar la deshace; si se le acerca agua, chisporrotea como si se abrasara[361]. El Etna produce una sal purpúrea, la que se halla en Paquino es trasparente. Las demás minas de sal, situadas o en las cercanías de Agrigento [19] o en las de Centúripas, son explotadas a modo de canteras, pues de ahí se obtienen estatuas para darles forma de hombres o de dioses. En la comarca de Termas hay una isla fértil en cañas[362]; son éstas muy apropiadas para toda clase de música de flauta, ya fabriques las preludiantes, cuya función es entonar la melodía

en los lugares de culto, ya las traveseras, que tienen un mayor número de agujeros que las preludiantes[363], ya las virginales, cuyo nombre procede de su sonido más límpido[364], ya las «gingrinas», que siendo más cortas suenan, sin embargo, en tonos más delicados[365], ya las «milvinas», que emiten un sonido agudísimo[366], o las lidias, también llamadas «turarias»[367], o las corintias, o las egipcias u otras muchas distinguidas por los músicos según los diferentes criterios de sus funciones o de sus nombres.

[20] En la región de Halesa hay una fuente que, mientras reina el silencio, permanece también apacible y sosegada, pero si resuenan las flautas, se levanta a sus sones saltando de alegría y, como maravillada por el encanto de la melodía, [21] crece hasta desbordarse[368]. La laguna de Gela ahuyenta a quienes se acercan con su pestilente olor[369]. Hay aquí, asimismo, dos fuentes: en una de ellas, si bebiere una mujer estéril queda encinta; en la otra, si consumiere agua una mujer fértil se ve reducida a la esterilidad. La laguna de Petra[370] [22] es dañina para las serpientes, pero saludable para el hombre. Sobre la superficie de un lago de Agrigento flota aceite: esta sustancia grasa queda adherida al follaje de las cañas nacidas en el persistente lodazal, de cuyas cimas se obtiene un ungüento medicinal para tratar las enfermedades del ganado[371].

[23] No lejos del lago se halla el cerro de Vulcano, donde quienes realizan sacrificios amontonan sarmientos sobre los altares y no le prenden fuego a esta pila de leña; cuando han echado encima las entrañas de las víctimas, si el dios

comparece y acepta la ofrenda, los sarmientos empiezan a arder por sí mismos, aunque estén verdes, y sin necesidad de soplos que aviven la llama el propio Vulcano causa el incendio. [24] El fuego juguetea con los que participan en aquel banquete sacro, pues se prolonga en forma de sinuosas lenguas sin causar quemaduras a quienes alcanza: no tiene otro significado sino el de señal que anuncia que los votos se han cumplido conforme a las prescripciones[372]. Este mismo territorio de Agrigento arroja manantiales de fango y así como las venas de las fuentes bastan para proveer arroyos, así en esta parte de Sicilia la tierra vomita tierra, en perpetua regurgitación, sin producirse jamás merma alguna de suelo[373].

Sobre el ágata

Sicilia es el primer país que suministró [25] la piedra del ágata, descubierta en las orillas del río Acates[374], gema de gran valor mientras se conseguía solamente en aquel lugar, porque las vetas que entrecruzan el ágata trazan dibujos tan naturales que cuando la pieza es muy buena ofrece distintas figuras de objetos. Por ello, el anillo del rey Pirro, que hizo la guerra a los romanos, gozó de especial renombre; la piedra que llevaba montada era un ágata en la que aparecían las nueve musas, cada una con sus atributos, y Apolo tañendo la cítara, imágenes que no habían sido talladas, sino que fueron creadas por la naturaleza[375]. En la actualidad aparece en diferentes [26] países. Creta proporciona la que denominan

ágata-coral, semejante al coral, pero cubierta por brillantes motas de oro y que preserva contra la picadura de los escorpiones[376]. La India proporciona una que reproduce formas tanto de árboles como de animales, protege los ojos de quienes la hayan [27] contemplado y, metida en la boca, calma la sed[377]. Hay también algunas que, cuando son quemadas, exhalan olor a mirra[378]. La «hemágata»[379] enrojece con manchas de sangre: sin embargo, las ágatas que son objeto de mayor aprecio poseen una transparencia cristalina, por ejemplo, las de Chipre. Pues las ágatas de aspecto céreo son tan corrientes que se miran con indiferencia como algo vulgar. El perímetro completo de esta isla comprende tres mil estadios[380].

Las islas Vulcanias

En el mar de Sicilia están las islas Hefestias, **[6]** que distan veinticinco mil pasos de Italia[381]. Los ítalos las llaman Vulcanias, puesto que la propia naturaleza del suelo es también ígnea: a través de ocultos intercambios toman la lava del Etna o se la transmiten. Aquí tiene su morada reconocida el dios del fuego. Su número es de siete. A Lípara le dio nombre el rey Líparo, que gobernó la isla antes que Éolo. A la segunda la llamaron [2] Hiera[382]: ésta en particular se halla consagrada a Vulcano, y por las noches brilla un intenso fuego sobre un altísimo monte. La tercera es Estróngile, morada de Éolo; se extiende en [3] dirección a la salida del sol, no tiene el menor saliente[383]. Se diferencia de las

restantes islas por su lava más fluida. Tal circunstancia hace que sus habitantes sean perfectamente capaces de advertir, mediante el humo de la lava, qué viento predominará por espacio de tres días: de donde resultó que Eolo fuese considerado rey de los vientos. Las otras islas, Dídima, Erifusa, Fenicusa y Evónimo[384], ya que son muy semejantes, las damos por tratadas.

El tercer golfo de Europa

[7] El tercer golfo de Europa empieza en los montes Ceraunios y acaba en el Helesponto. Dentro de él, en territorio de los molosos, allí donde está el templo de Júpiter de Dodona, está el monte Talaro[385], famoso por las cien fuentes que nacen junto a sus faldas, [2] como opina Teopompo. Hay en Epiro una fuente sagrada, más fría que todas las demás aguas y de una probada contradicción, pues si sumerges en ella una antorcha ardiendo, sofoca la llama: pero si desde lejos la arrimas, cuando está apagada, la enciende por sus propios medios[386].

Sobre la galactita

Dodona es insigne por el Tmaro, Delfos [3] famosa por el río Cefiso, por la fuente Castalia y por las cumbres del Parnaso. Acarnania destaca por el Aracinto; está separada de Etolia por el Pindo, el cual engendra al Aqueloo, que goza de añejo renombre entre los principales ríos de Grecia: y no es

inmerecido, puesto que entre los guijarros que centellean en sus orillas se encuentra la galactita; la cual, aun siendo una piedrecilla naturalmente [4] negra, si se la tritura desprende un jugo blanco con sabor a leche. Cuando la llevan prendida las mujeres que están criando, colma los pechos de leche; colgada al cuello de los niños, hace algo más abundante la secreción de saliva. En el interior de la boca se licua: no obstante, cuando se disuelve destruye el beneficio de la memoria. Esta piedra la suministra, en menor medida que el Nilo, el Aqueloo, y no aparece en ningún otro río[387].

Curiosidades de Grecia

[5] Junto a la ciudad de Patras se halla Esciesa, paraje sombrío debido a la espesura de sus nueve montañas y casi impermeable a los rayos del sol, y no es digna de recuerdo por ningún otro motivo[388]. [6] En Laconia está el respiradero de Ténaro[389]: existe también el cabo Ténaro, que mira hacia África. Aquí se alza el templo de Arión el de Metimna: una escultura de bronce, que modela las figuras de la aventura y del esfuerzo real, testimonia que Arión fue transportado allí por un delfín. Además, está grabada la fecha: en efecto, se comprueba que esta ofrenda precisamente se hizo durante la olimpiada vigésimo nona[390], en la que el propio Arión fue inscrito como [7] vencedor en la competición sícula[391]. Allí está asimismo la ciudad de Ténaro, de insigne antigüedad: hay además algunas otras ciudades, entre las que se cuenta Leuctras, conocida desde hace ya mucho tiempo por el

funesto desenlace que tuvo para los lacedemonios[392]; Amiclas, que se vio 8 arruinada por haber guardado silencio en cierta ocasión[393]; Esparta, famosa, de una parte, por el templo de Pólux y Cástor, y también por las célebres armas de su campeón Otríades[394]; Terapne, el primer sitio donde hubo culto a Diana[395]; Pítane, a la que el filósofo estoico Arcesilao, allí nacido, elevó a la gloria por consideración hacia su ciencia[396]. [9] Donde otrora existieron Antea y Cardámile[397], se habla hoy del lugar de Tírea, en el que durante el decimoséptimo año del reinado de Rómulo hubo una batalla memorable entre los lacedemonios y los argivos[398]. Pues el monte Taigeto y el río Eurotas son lo bastante conocidos como para no precisar de mi pluma.

Sobre los ríos y las fuentes griegas

El río Ínaco de Acaya cruza el territorio [10] de la Argólide; el rey Ínaco, que fue el primero en dar origen a la aristocracia argiva, le transmitió su propio nombre[399]. La gloria de Epidauro radica en el santuario de Esculapio, pues los que allí se acuestan escuchan, mediante los avisos recibidos en sueños, el remedio a sus dolencias. De Palanteo, en Arcadia, basta con recordar que [11] dio su nombre a nuestro Palatino por medio del arcadio Evandro[400]. En esta región se hicieron célebres los montes Cilene y Liceo, así como el Ménalo, por haber criado a los dioses[401]: y entre ellos, no es menos conocido el Erimanto. Entre los ríos son famosos el Erimanto, que baja del monte Erimanto, y el

Ladón: el primero por la lucha de Hércules[402], el segundo por Pan[403].

Sobre los mirlos

Varrón afirma que existe una fuente [12] en Arcadia cuyas aguas matan. En esta misma región encuentro un solo dato sobre las aves que es digno de contarse, que aunque en todos los demás lugares los mirlos sean negros, en los alrededores del monte Cilene son blanquísimos[404].

Sobre el asbesto

[13] Y no despreciemos la piedra que procede de Arcadia: lleva el nombre de asbesto; tiene el color del hierro, y, si la colocas al fuego, no hay manera de que se consuma.

[14] En el golfo de Mégara termina el Istmo, afamado por sus juegos quinquenales y por el templo de Neptuno. Se dice que estos juegos fueron creados porque las costas del Peloponeso son bañadas por cinco golfos: al norte por el Jonio, a occidente por el Sículo, al oriente invernal por el Egeo, al oriente veraniego por el Mirtoo, al sur por el Cretense[405]. Suspendida esta función por el tirano Cípselo, los corintios le devolvieron su primitiva solemnidad durante la olimpiada cuadragesimonona[406]. Por lo demás, el nombre es 15 muestra de que el Peloponeso fue regido por Pélope. Este territorio, cuya forma es parecida, por sus entrantes y sus salientes, a una hoja de plátano, marca la división entre el

mar Jonio y el Egeo, separando ambas riberas no más de cuatro mil pasos[407] mediante una delgada franja, a la que llaman Istmo por su estrechura.

A partir de aquí empieza la Hélade, a la que con propiedad [16] se considera la verdadera Grecia. La parte conocida ahora como el Ática, en principio fue denominada Acte[408]: allí está Atenas. Cercanas a esta ciudad se encuentran las rocas Escironias, extendidas a lo largo de seis mil pasos, así llamadas para honrar a Teseo vengador y en recuerdo del castigo ejemplar[409]. Desde estos peñascos Ino se arrojó de [17] cabeza a las profundidades, junto con su hijo Palemón, y engrosó el número de las divinidades marinas[410]. No vamos [18] a omitir ni uno solo de los montes del Ática: está el Icario, está también el Brileso, está el Licabeto y el Egiáleo; pero la primacía se otorga con absoluta razón y justicia al Himeto, porque como está cubierto densamente de flores aventaja tanto a los foráneos como a los del Ática por el sabor exquisito [19] de su miel[411]. La fuente Calírroe provoca admiración, y no por ello estiman que carece de valor una segunda fuente, la Crunesco[412]. Areópago es el lugar donde los atenienses celebran los juicios. La llanura de Maratón se hizo digna de [20] recuerdo por la fama de la encarnizadísima batalla. En verdad, frente al territorio del Ática se extienden muchas islas, pero las situadas casi en la proximidad de Atenas son Salamina, Sunio, Ceos y Cos[413], la cual, según el testimonio de Varrón, fue la primera que fabricó cortos vestidos de tela más sutil, para engalanar a las mujeres, con las técnicas del arte de

tejer la lana[414].

Beocia sobresale gracias a Tebas. Anfión fue el fundador [21] de Tebas, no porque trajo las piedras al son de la lira —ni siquiera conviene imaginar que sucedió de ese modo—, sino porque con amables palabras atrajo a unos hombres que vivían en los roquedos, y toscos, debido a sus hábitos agrestes, hacia los principios de la obediencia civil[415]. Esta [22] ciudad se enorgullece de las divinidades que en ella nacieron, tal como refieren quienes en sus poemas sagrados cantan las glorias de Hércules y Líber. Junto a Tebas se halla el bosque sagrado de Helicón, las selvas de Citerón, el río Ismeno, las fuentes Aretusa, Edipodia, Psámate y Dirce, pero destacan por encima del resto Aganipe e Hipocrene: pues [23] habiéndolas descubierto Cadmo, inventor del alfabeto, en el curso de una exploración a caballo, mientras busca en qué lugar instalarse, se inflamó el desenfreno de los poetas, hasta el punto de que divulgaron ambas versiones a un tiempo, es decir, que habían sido abiertas por la pezuña del caballo alado y que proporcionaban inspiración literaria a quien bebe [24] sus aguas[416]. La isla de Eubea forma, extendiendo sus flancos, el puerto de Áulide, nombre transmitido durante siglos [25] en recuerdo de la alianza de los griegos[417]. Los beocios son las mismas gentes que se llamaron léleges[418]: por su territorio [26] corre el río Cefiso, que se oculta en la mar[419]. En las cercanías está el golfo de Opunte, la ciudad de Larisa, Delfos, así como Ramne, donde se hallan el templo de Anfiarao y la estatua de Diana hecha por Fidias[420].

Varrón sostiene que hay dos ríos en Beocia que, aun poseyendo [27] distinta naturaleza, no difieren sin embargo en sus extraordinarias propiedades: y que si el ganado ovino bebiera en uno de ellos, la capa que les recubre toma el color negro; y cuando las ovejas de vellón oscuro beben en el otro, se vuelven blancas.

Sobre las perdices

Y añade que puede verse en aquel [28] país un pozo infecto, cuya agua es mortal. Aunque las perdices, verdaderamente, en todas partes son libres, como la totalidad de las aves, en Beocia y ni siquiera cuando vuelan son independientes, sino que en el propio cielo mantienen unos límites que no se atreven a traspasar: por eso nunca salen más allá de unos confines previamente marcados ni cruzan hasta los campos del Ática. Éste es un rasgo [29] propio de las beocias: pues los aspectos comunes a todas las perdices los consideraremos de forma general. Las perdices componen el nido con una ingeniosa fortificación: en efecto, revisten sus abrigos con ramas espinosas, de modo que los animales que los atacan sean rechazados por la aspereza de las espinas. Los huevos están en una cama de polvo, y ellas regresan al lugar a escondidas, por temor a que una estancia asidua revele su emplazamiento. Frecuentemente, las hembras [30] cambian de sitio la puesta para burlar a los machos, que muchas veces causan daños a los huevos mientras con demasiado afán las acarician. Se pelean por

aparearse, y se cree que los vencidos soportan el acoplamiento haciendo el papel de hembra. A las propias hembras las inflama de tal manera la pasión que si el viento sopla de donde están los machos, se [31] empreñan por el olor[421]. Y luego, si alguna persona se ha aproximado al lugar en que están incubando, las madres salen del nido y se ofrecen espontáneamente al visitante; y fingiendo un defecto en las patas o en las alas, como si pudieran ser capturadas en seguida, hacen los pasos más lentos[422]. Con este engaño desorientan a los que irrumpen y los esquivan, hasta que los llevan lejos apartándolos del nido. [32] No son los perdigones más remisos en su tendencia a esconderse: cuando notan que han sido descubiertos, vueltos boca arriba levantan, con las patas, terroncillos de tierra; mediante esa cortina se protegen tan hábilmente que, aunque sean sorprendidos, permanecen ocultos[423].

Tesalia

Tesalia es el mismo territorio que Hemonia, **[8]** al que Homero denomina Argos Pelásgico: allí nació Helén, rey del que deriva el nombre de helenos. A espaldas de esta región se extiende, hasta Macedonia, Pieria, que, una vez sometida por completo, cayó bajo el dominio de los macedonios. Son numerosas allí las ciudades y numerosos los ríos. Entre las ciudades, son insignes [2] Ptía, Larisa la Tesalia y Tebas; entre los ríos el Peneo, que bordeando el Osa y el Olimpo se precipita desde las colinas y con suaves ondulaciones, a

derecha e izquierda, y encajonados valles llenos de arbolado forma la comarca tesalia de Tempe; sus orillas se ensanchan cuando riega Macedonia y Magnesia, y desemboca en el golfo de Termas.

En Tesalia están los campos de Farsalia, donde estalló la [3] tormenta de las guerras civiles. Y para no detenernos en los montes conocidos, dejemos que del Pindo y del Otris se ocupen aquellos que explican el origen de los lapitas, y del Osa aquellos a quienes agrada detenerse en los albergues de los centauros[424]. Sin embargo, el convite de las bodas de [4] Tetis y Peleo prestó tan gran renombre al Pelio, que aún sería más sorprendente el guardar silencio sobre este monte.

El monte Olimpo

Pues las cosas que en él pueden visitarse [5] nos muestran que el Olimpo fue ensalzado por Homero sin exageración; para empezar, alcanza tal altitud con su elevado pico que la población vecina llama a la cumbre del Olimpo el cielo[425]. Existe en la cumbre un ara de sacrificios [6] consagrada a Júpiter: si encima de sus altares se ofrece una parte de las entrañas de las víctimas, ni se esparcen por el soplo de los vientos ni la lluvia las deshace, sino que al año siguiente son halladas de la misma manera en que se dejaron[426]. Y lo que un día fue consagrado al dios está a salvo, en cualquier época del año, del deterioro de la intemperie.

Sobre el ojo de Filipo

[7] En el territorio de Magnesia se halla la ciudad de Motona; durante su asedio, Filipo, padre del Magno macedonio[427], resultó herido en un ojo por el disparo de una flecha que había lanzado Áster, un habitante de la ciudad[428], en la cual estaba escrito su propio nombre, el lugar donde herir y el nombre de aquel a quien se dirigía[429]. Podemos tener por verosímil que este pueblo conocía a fondo el arte del arco incluso por Filoctetes, puesto que Melibea se cuenta dentro de aquel límite[430]. Mas no invadamos el dominio de los poetas. La fuente Libetrio está asimismo en Magnesia[431].

Macedonia

[9] Los pueblos que antiguamente se llamaban edones y la región conocida como Migdonia, o el territorio de Pieria o el de Emacia, en el presente forman globalmente, con una designación uniforme, el estado de Macedonia, y aquellos distritos que antes gozaban de un régimen separado fueron agregados al número de los macedonios como una sola nación.

[2] Así pues, la frontera de Tracia rodea a Macedonia: el sector meridional lo ocupa la Tesalia Epirota; por la zona occidental viven los dárdanos y los ilirios; por donde el septentrión azota a Peonia y Pelagonia tiene la protección de los tribalos. En los puertos de las montañas está expuesta al [3] frío del viento aquilón. El río Estrimón, que fluye desde las cumbres del monte Hemo, forma la línea divisoria entre Macedonia y Tracia. Y aunque guarde silencio sobre el

monte Ródope de Migdonia y sobre el Atos, cuya costa surcó la flota de los persas y que está separado del continente por una distancia de mil quinientos pasos[432], así como sobre los filones de oro y de plata, que en suelos de Macedonia poseen excelente calidad y se explotan en gran número[433], sí que hablaré de la comarca de Oréstide. Hay unos pueblos [4] que fueron denominados orestas a partir del siguiente hecho. Cuando el matricida, fugitivo de Micenas, decidió retirarse aún más lejos, a un niño que en Emacia le había nacido de Hermíone, a la que había admitido como compañera de todos sus infortunios, lo entregó aquí para que lo ocultaran. Creció el niño sintiendo el orgullo de la sangre real, llevando [5] el mismo nombre que su padre, y cuando ganó todos los lugares que se extienden hacia el golfo de Macedonia y hacia el mar Adriático, a este territorio sometido a su dominio lo llamó Oréstide[434]. Flegra, donde es fama que, antes de levantarse [6] la ciudad, el ejército celestial había librado una batalla contra los gigantes, nos recuerda que expongamos detenidamente con cuántas pruebas de autoridad los vestigios de la expedición divina han perdurado hasta nuestro siglo. [7] En aquel lugar, si alguna vez —como de hecho sucede— los torrentes son despertados por las lluvias y, multiplicada la masa de las aguas, desbaratan los obstáculos e invaden con mayor energía los campos, dícese que todavía hoy por efecto de la corriente se desentierran huesos semejantes a los que tiene el cuerpo humano, pero de dimensiones mucho mayores: por su descomunal tamaño proclaman que provienen de un ejército de monstruos, y esta idea se

consolida con la prueba de los colosales peñascos, con ayuda de los cuales pensaron que podían asaltar el cielo, al que habían atacado[435].

[8] Continuaré ahora por los restantes caminos que se dirigen a Tesalia y Atamania. Pues son lugares más escarpados que la cadena montañosa que en parte alguna pueda levantarse y no existe nada en todo el mundo que pueda legítimamente compararse a estas prominencias, pues son sin duda las únicas que quedaron inaccesibles a la acometida del diluvio, cuando cubría toda la tierra con su húmedo verdín. [9] Aún perduran indicios de sólida confianza, mediante los cuales se aprecia cómo esta zona había escapado de aquel tempestuoso oleaje: en efecto, en las intrincadas oquedades de las rocas que fueron desgastadas entonces por el constante batir de las aguas han subsistido restos de las conchas, así como otros muchos materiales que fueron generosamente vomitados por el mar embravecido. De tal suerte que, aunque tengan aspecto de tierra adentro, son sin embargo del mismo tipo que los de la costa[436].

Sus reyes

Ahora referiré noticias sobre sus habitantes. [10] Emacio, el primero que ocupó el trono en Emacia, bien porque la investigación sobre su origen quedó borrada por el paso de los siglos, bien porque el dato es verídico, pasa por ser natural de esta región. Después de [11] su elevación al trono

de Macedonia, el nombre de Emacia se mantuvo: pero Macedón, nieto por línea materna de Deucalion, el único que había sobrevivido, junto con todo el linaje de su casa, al desastre de la humanidad, le mudó el nombre y la llamó, por el suyo, Macedonia. El sucesor de [12] Macedón fue Cárano, caudillo de la muchedumbre del Peloponeso, el cual, conforme a la respuesta recibida de un oráculo, donde había observado que pacía un rebaño de cabras fundó una ciudad a la que denominó Egas, donde era costumbre enterrar a los reyes: y no se daba ningún otro emplazamiento, entre los antiguos macedonios, a las tumbas de los personajes eminentes[437].

[13] El sucesor de Cárano fue Perdicas[438], en la vigésimo segunda olimpiada[439], primer hombre que recibió en Macedonia el título de rey. Después de éste reinó Alejandro, hijo de Amintas[440], tenido por rico, y no sin razón: pues los éxitos acudían tan abundamente a sus manos, que se anticipó a todos los griegos en hacer donación de estatuas áureas al [14] Apolo de Delfos y al Zeus de Olimpia. Cultivó con inmensa complacencia el deleite de los oídos: por ejemplo, durante su vida mantuvo con generosos regalos, para su propio goce, a muchas personas que sabían tocar la lira, entre las [15] cuales también al poeta Píndaro[441]. Después de Alejandro recibió el reino Arquelao[442], cauto en los negocios de la guerra e inventor, incluso, de las batallas navales. Este Arquelao fue un tan grande y exagerado admirador de las letras, que confiaba todas sus decisiones al trágico Eurípides: no satisfecho con tributarle los últimos

honores sufragando el funeral, se cortó los cabellos y su rostro reflejaba la profunda aflicción que le embargaba el ánimo. También cuando [16] logró la victoria de la carrera de cuadrigas en los Juegos Píticos y en los Olímpicos, mostrando más el espíritu de un griego que el de un rey, hizo alarde de aquel título de gloria[443].

[17] El estado macedonio, sacudido por la discordia después de Arquelao, se tranquilizó en el reinado de Amintas, que tuvo tres hijos: pero Alejandro sucedió a su padre. Desaparecido éste, se dio en principio licencia a Perdicas para alcanzar los más dilatados poderes[444]. A su muerte, legó la herencia del reino a su hermano Filipo, de quien ya dijimos antes que perdió el ojo derecho en el sitio de Motona; sobre esta mutilación había recibido previamente un presagio: pues se cuenta que, mientras festejaba su casamiento, los flautistas convocados interpretaron, como si fuese un juego, el canto [18] de los ciclopes[445]. Este Filipo es el padre de Alejandro Magno, aunque Olimpiade, la madre de Alejandro, tendió a procurarle un padre más ilustre, asegurando que había sido fecundada por la unión con un dragón[446]. Y sin embargo, el propio Alejandro vivió de tal manera que se creía hijo de un dios. Visitó todas las partes del mundo, se valió como maestros de Aristóteles y de Calístenes[447]; sometió Asia, Armenia, [19] Hiberia, Albania[448], Capadocia, las dos Sirias, Egipto; atravesó el Tauro y el Cáucaso, domeñó a los bactros, imperó sobre medos y persas, conquistó la India, recorriendo todo aquel territorio en el que ya habían penetrado Líber y Hércules[449].

Poseyó una hermosura sobrehumana y excelsa, [20] el cuello erguido, los ojos radiantes, las mejillas graciosamente sonrosadas, y el resto de su cuerpo no carecía de una cierta belleza majestuosa. Venció a todos, pero fue vencido por el vino y la cólera: y así terminó sus días en Babilonia, enfermo de embriaguez y reducido a un estado más humilde [21] que el que conoció en vida. Sobre quienes fueron sus sucesores, vemos que más bien nacieron para multiplicar la gloria de Roma que para ser legatarios de tan elevado nombre.

La piedra «peanita»

[22] Macedonia engendra una piedra que llaman «peanita»; se halla muy divulgada la creencia de que esta piedra es la misma que sirve para concebir, para dar a luz y para asistir a las parturientas[450]. Cerca de la tumba de Tiresias las hay en gran cantidad[451].

Tracia

Hora es ya de que nos encaminemos **[10]** hacia Tracia y orientemos las velas hacia la nación más vigorosa de Europa. Quienes decidan estudiarla a conciencia, sin dificultad descubrirán que los bárbaros tracios muestran un desprecio por la vida guiados por ciertas reglas de sensatez innata.

Costumbres de sus habitantes

Todos están de acuerdo en aceptar [2] una muerte voluntaria, y mientras una parte de ellos cree que las almas de los muertos se reencarnan, el resto piensa que no desaparecen, sino que, por el contrario, pasan a una vida más bienaventurada[452]. Entre la mayoría, los alumbramientos constituyen un suceso triste; por consiguiente, el que acaba de ser padre recibe entre llantos a la criatura. Y a la inversa, los funerales causan un gozo tan señalado, [3] que se despide a los difuntos entre gestos de júbilo. Los hombres se precian del número de esposas y se considera como un testimonio de dignidad haber contraído muchos matrimonios. Las mujeres que son fieles a su honra, montan sobre la pira funeraria de sus maridos y —esto representa la prueba más notable de castidad— se arrojan de cabeza a las llamas. Las muchachas casaderas no toman marido a voluntad [4] de los padres, sino que quienes superan al resto en hermosura desean ser sacadas a pública subasta, y como está permitida la libertad de tasación no se casan según las cualidades, sino según las recompensas. Las jóvenes humilladas por el oprobio de su figura compran con sus dotes a [5] hombres con los que casarse[453]. Hombres y mujeres se colocan, mientras comen, alrededor del hogar y echan sobre el fuego las semillas de unas yerbas que ellos tienen, y aguijoneados por el olor consideran un regocijo imitar la embriaguez con sus facultades embotadas[454].

Ésta es la descripción de sus costumbres; lo que sigue se [6] refiere a los lugares y pueblos de Tracia. En la margen derecha del Estrimón viven los denseletas, así como muchas

de las ramas de los besos extendidas hasta el río Mesto, que corre en torno a las faldas del monte Pangeo. El país de los [7] odrisas da nacimiento al Hebro; este río atraviesa las tierras de los priantes, dolongas, tinios, corpilos y otras tribus bárbaras. Baña también la región de los cícones. Luego el monte Hemo, de seis mil pasos de altura[455], a espaldas del cual se asientan los mesios, getas, sármatas, escitas y muchísimos pueblos. Las riberas del Ponto las ocupa la tribu de los [8] sitonios, considerada una de las principales porque allí vino al mundo el vate Orfeo: de quien cuentan que había discurrido los secretos de sus ritos sagrados y de sus melodías en el promontorio Serrio[456]. Por último, está el lago Bistonio[457]. [9] Y a poca distancia el territorio de Maronea, donde estuvo la ciudad de Tirida, cuadra de los caballos de Diomedes: pero ha cedido ante la acción del tiempo y hasta hoy tan sólo perviven los vestigios de una torre[458].

[10] No lejos de allí encontramos la ciudad de Abdera, que fue no sólo fundada por la hermana de Diomedes, sino que además recibió el nombre de ella; patria, después, del filósofo Demócrito: y si verdaderamente la exploras, tanto más insigne aparece. Esta ciudad, que se había desplomado por la vejez durante la olimpiada trigésimo primera[459], fue rehecha por los clazomenios llegados de Asia, y borrado ya el recuerdo de la historia pasada se la atribuyeron como obra propia[460].

La llegada de Jerjes hizo famoso al lugar de Dorisco, [11] porque allí pasó revista a las tropas de su ejército[461]. Eno exhibe el sepulcro de Polidoro[462]. En la zona que ocuparon

los escitas aroteres[463] se alaba a la que fue un día ciudad de Gerania (los bárbaros la llaman Catizo), de donde cuentan que los pigmeos fueron expulsados por las grullas[464].

Sobre las grullas

[12] Es cosa totalmente averiguada que durante el invierno las grullas vuelan en nutridísimos grupo en dirección a la región septentrional[465], y nada costaría recordar hasta qué extremos organizan sus migraciones. Viajan bajo una especie de mando militar[466], y para que el ímpetu de los aires no oponga resistencia a las que se encaminan hacia su objetivo, tragan arena y, sosteniendo unas piedrecillas, se lastran para regular su peso. Remontan [13] luego el vuelo a gran altura, a fin de delimitar desde una atalaya más elevada las tierras que tratan de ganar. Al frente de la bandada marcha un ave que se halla segura del camino: la que cierra la marcha reprende la pereza en el vuelo con sus chillidos, y cuando se ha quedado ronca, otra toma su puesto. Para atravesar el Ponto buscan los pasos estrechos [14] y, en concreto, aquel tramo (pues les resulta fácil distinguirlo con la vista) que se encuentra entre el Quersoneso Táurico y Paflagonia, es decir, entre los cabos Carambis y Criumetopo. Cuando advierten que han llegado a la altura del centro de la cuenca, alivian a sus patas de la carga de guijarros. Esto es lo que han contado los marinos, bañados a [15] menudo por aquella lluvia accidental de piedras. La arena no la expulsan antes de verse seguras en el suelo. Todas se preocupan

conjuntamente de las que están cansadas, de tal suerte que si alguna desfalleciese todas se agruparían y sostendrían a la grulla fatigada hasta que, gracias al descanso, recuperen sus fuerzas. Su diligencia no es más lenta hallándose en tierra. Por la noche reparten las guardias de modo que esté en [16] vela una décima parte. Los centinelas agarran con los dedos de una pata un peso pequeño, que denuncie el sueño si, por casualidad, se les cayese al suelo. Un grito agudo les advierte de aquello de lo que deben guardarse[467]. El color en las grullas revela su edad: empiezan a ennegrecer con la vejez[468].

[17] Vayamos al promontorio Ceras Criseo[469], célebre por la ciudad de Bizancio, antes llamada Ligo, que dista de Dirraquio 711.000 pasos[470]: pues tal es la distancia que hay entre el mar Adriático y la Propóntide[471].

Sobre las golondrinas

En la comarca cénica[472], no lejos de [18] la colonia de Flaviópolis, está la plaza fuerte de Bicie, que un día fue solar del rey Tereo, detestada por las golondrinas e inaccesible en lo sucesivo para aquellos pájaros[473]. Aunque también en Tebas se dice que no entran, porque aquellos muros fueron tomados demasiadas veces. Pues que las golondrinas poseen, entre otras cualidades, un [19] cierto sentido de la premonición, se reconoce en el hecho de que no se instalan en las bóvedas que amenazan caerse y rechazan las casas que van a sufrir algún tipo de ruina; por lo menos es seguro

que jamás son atacadas por las aves rapaces y que jamás se convierten en presa, dada su condición sagrada[474]. No se detienen para consumir alimento, sino que comen y beben estando en el aire.

[20] Existe otro istmo en Tracia igual de estrecho y con la misma extensión que el apretado mar[475]. El litoral de este istmo presenta, a una y otra parte, una serie de ciudades. Pactia ennoblece la costa de la Propóntide, Cardia el golfo de Mélane[476]: la cual fue llamada Cardia porque el asentamiento [21] adopta la forma de un corazón. Pero aquella grandeza del Helesponto se comprime a siete estadios[477], distancia con la que separa de Europa a la región asiática. También aquí hay dos ciudades: Abido pertenece a Asia, Sesto a Europa. [22] Vienen luego dos promontorios, uno frente al otro: Mastusia del Quersoneso[478], donde acaba el tercer golfo de Europa, Sigeo de Asia, en el cual se encuentran el monumento de Cinosema, llamado la tumba de Hécuba[479], y la torre de Protesilao, destinada a templo[480]. Delante de las [23] fronteras de Tracia está situado, por el norte, el Histro, por oriente el Ponto y la Propóntide, por el sur el mar Egeo.

Islas famosas

Entre Ténedos y Quíos, por donde se [11] ensancha el mar Egeo, existe por la derecha, para quienes navegan hacia Antandro, un escollo (pues así merece ser calificado, mejor que con el nombre de isla): y como a los que lo contemplan desde lejos se les antoja una [2] cabra, animal que los griegos

denominan *aega*, se le llamó mar Egeo[481]. Por el cabo Falario de Corcira sobresale un peñasco en forma de nave: existe la creencia de que es la nave de Ulises transformada en piedra. Citera, que dista cinco mil pasos[482] de Málea, tuvo antes el nombre de Porfíride[483].

Creta

[3] Resulta más fácil describir Creta que decir en qué mar se halla situada. En efecto, los griegos revolvieron los nombres de ese mar que corre alrededor hasta tal punto que, mientras unos desplazan a los otros, casi quedaron todos cubiertos por un velo. No obstante, en la medida de lo posible realizaremos un esfuerzo para definirlo, a fin de que nada se mantenga sujeto a la [4] ambigüedad. Se extiende, en toda su amplitud, entre oriente y occidente; uno de sus lados está enfrente de Grecia, el otro de Cirene. Por el norte es azotada por el Egeo y por sus agitadas aguas, es decir, por el mar de Creta: por el sur es bañada por las olas del mar de Libia y del de Egipto. Y no está rodeada por cien ciudades, como cuentan quienes fueron pródigos con su lengua[484], pero sí por grandes y espaciosos pueblos, cuya primacía pertenece a Gortina, a Cidonia, a [5] Cnoso, a Terapne, a Tiliso. Dosíades[485] dejó escrito que esta isla tomó su nombre de la ninfa Creta, hija de una Hespéride; Anaximandro que lo tomó de Creteo, rey de los curetes[486]; Crates[487] que al principio fue llamada Aeria, luego Curétide, y algunos otros refirieron asimismo que por su templanza se llamó

Macaroneso[488]. Fue el primer país poderoso por sus naves de remos y por sus flechas, el primero que fijó por escrito las leyes[489]. Fue el primero que gracias a Pírrico, que fue su inventor, enseñó a los escuadrones de caballería a evolucionar con alegres caracoleos, y de este arte se extrajo provecho para el campo de la guerra[490]. Allí se inició el estudio [6] de la música, cuando los dáctilos del Ida transformaron en secuencias en forma de verso las cadencias que captaban mediante el sonido y tintineo del bronce[491]. Creta se viste de blanco en las cumbres de los montes Dictinneo[492] y Cadisto, los cuales se inflaman de tal modo que los navegantes [7] desde lejos creen más bien que son nubes. El Ida aventaja al resto porque contempla el sol antes de su salida[493]. Varrón asegura, en la obra que tiene *Sobre las costas*, que todavía en su época se visitaba allí la tumba de Júpiter[494].

Los cretenses honran con grandísima piedad a Diana, a [8] la que denominan, en la lengua del país, Britomartis, que en nuestro idioma significa «dulce virgen»[495]. A nadie se le permite entrar en el santuario de la divinidad, salvo que vaya con los pies descalzos. Este santuario nos muestra la obra de Dédalo[496].

El río Leteo baña Gortina, y dicen los gortinios que éste [9] es el lugar a donde fue conducida Europa sobre la grupa del toro. Los mismos gortinios incluso rinden culto a Adimno, hermano de Europa[497]: pues ésta es su manera de conmemorarla. Parece que aquí también realiza apariciones, pero se ofrece a la vista, con su figura más majestuosa,

cuando el [10] día ya está declinando. Los cnosios consideran a Minerva una diosa de su ciudad y porfían intrépidamente con las gentes del Ática que en sus campos fue el primer lugar donde se sembraron los cereales[498].

[11] El territorio cretense posee abundancia de cabras salvajes, pero faltan los ciervos[499].

Sobre la hierba álimo

[12] Tampoco cría en ningún paraje lobos, zorras u otros cuadrúpedos dañinos[500]. No tiene serpientes, es rica en vides, es sorprendente la benignidad del suelo, hay copioso crecimiento de árboles: pues únicamente en una parte de esta isla los cipreses cortados brotan de nuevo[501]. Existe una hierba llamada álimo que, después de masticarla, quita el hambre por todo el día; también ésta es propia de Creta[502].

El animal llamado falangia

La falangia es un género de arañas: si [13] saber quieres su forma de apoyarse, no tiene fuerza alguna en el cuerpo; si su potencia, mata con el veneno al hombre que sufre su picadura[503].

La piedra «dáctilo del Ida»

Una piedra muy común también en [14] esta isla es el «dáctilo del Ida», de color hierro, semejante al dedo pulgar

de un ser humano[504]. Creta no tiene lechuzas, y si se traen de fuera mueren[505].

Eubea

[24][506] Eubea está separada de la tierra firme de Beocia por un brazo de mar tan angosto, que cabría poner en duda si debemos contarla entre las islas: pues está unida a la tierra que llaman ancha mediante un puente, y gracias a la construcción de este pequeñísimo ingenio se pasa a pie[507]. Por el cabo Ceneo la isla se dirige hacia el norte, y por los otros dos se extiende en dirección a mediodía: [25] de ellos, el cabo Geresto mira hacia el Ática, el cabo Cafereo sobresale hacia el Helesponto. Aquí es donde, después de la destrucción de Troya, o la cólera de Minerva o la estrella Arturo —esto es lo que la tradición recoge como más seguro — infligieron serias desgracias a la flota de los argivos[508].

Caristo. El cárbaso. Las aves caristias

Caristo[509] posee fuentes termales (a [15] las que llaman Elopias) y las aves caristias, que atraviesan en vuelo las llamas sin recibir daño alguno[510]. Tienen también unos lienzos de cárbaso que resisten el contacto con el fuego[511]. Entre los antiguos se consideró que Cálcide y Caristo eran la misma cosa[512], tal como cuenta Calidemo[513], y [16] que éste fue el primer sitio donde se obtuvo el cobre[514]. Las ceremonias sagradas ponen de manifiesto que en este lugar

reinaron, en época muy remota, los titanes: pues los caristios dedican sacrificios a Briareo, al igual que los de Cálcide los ofrecen a Egeón[515]. Sin duda, casi toda Eubea formó el reino de los titanes.

Se piensa que las Cicladas llevan este nombre porque, [17] aunque se extienden a gran distancia de Delos, están sin embargo distribuidas en forma de círculo rodeando a Delos, y los griegos llaman «ciclo» al círculo[516]. La isla de Íos sobrepasa a las demás por el sepulcro de Homero[517].

Conviene ahora recordar que, después del primer diluvio, [18] datado en tiempos de Ogiges[518], habiendo oscurecido el cielo una noche perpetua durante nueve meses largos, Delos fue iluminada por los rayos del sol antes que todas las tierras, y que su nombre deriva del hecho de haber sido la primera que volvió a hacerse visible. Entre Ogiges y Deucalión hay, en verdad, un intervalo de seiscientos años.

Ortigia

Es la misma que Ortigia, y por ser la [19] más famosa de entre las Cícladas es tradición designarla de muchas maneras: ora Asteria, por el culto a Apolo, ora Lagia o Cineto, por los productos de la caza, e incluso Pírpile, porque en ella fueron descubiertas tanto las yescas como la misma lumbre[519].

Las codornices

[20] En esta isla se vieron por vez primera las codornices,

que los griegos llaman «ortigas»[520], y consideran que estas mismas aves se hallan bajo la protección de Latona[521]. No siempre son visibles: tienen fijado el momento de su llegada pasado ya el estío. Mientras atraviesan los mares retardan la marcha y, por el temor a tan largos recorridos, recuperan sus fuerzas volando [21] pausadamente. Cuando detectan tierra se agrupan en bandadas y después aceleran el vuelo más vivamente formando una piña. Esta precipitación suele constituir una plaga para los navegantes: pues ocurre que, en plena noche, caen de improviso en las velas y, al recargar los pliegues de la tela, inclinan las embarcaciones[522]. Jamás vuelan si sopla el austro, pues temen la violencia del viento que más hincha. Sobre todo se confían al aquilón, en que este viento, más seco y enérgico, impulse con mayor comodidad sus cuerpos regordetes y, por lo tanto, lentos. La que conduce la bandada [22] es llamada «ortigometra»[523]: cuando ésta se aproxima a tierra el gavilán, que está al acecho, se lanza sobre ella; por eso toda la bandada procura buscar un guía de una especie distinta a la suya, mediante el cual eludir los primeros peligros. Aprecian extraordinariamente como alimento las semillas [23] de las plantas venenosas, y ésta es la razón de que tales aves fueran excluidas de las mesas de los entendidos[524]. La codorniz es el único animal, prescindiendo del hombre, que padece la epilepsia[525].

Paros

[26] Paros[526] es célebre por su mármol; dista 38.000 pasos de Delos y es muy visitada en razón de la ciudad[527]. Sin embargo, antes de llamarse Paros fue Minoa: pues sometida por Minos, mientras permaneció en la obediencia a las leyes cretenses la llamaban Minoa[528].

La piedra sardónice

Produce también, además del mármol, [27] la piedra sardónice, que sin duda supera en calidad al mármol, aunque se considera la menos estimada de entre las gemas. Dieciocho mil pasos[529] separan de [28] Delos a Naxos, en la que se halla la ciudad de Estróngile[530]: pero Naxos se llamó, antes de recibir este nombre, Dionisíade, bien porque acogió como huésped al Padre Líber, bien porque aventaja a las demás islas en la fertilidad de sus viñas. Hay además muchísimas otras Cícladas, pero en las [29] anteriormente mencionadas está ya lo principal que se debe recordar.

Ícaro

Ícaro, que dio nombre al mar Icario, [30] es una de las Espóradas: la isla, situada entre Samos y Míconos, inhóspita por los escollos que sobresalen y sin puertos en ninguna de sus ensenadas, constituye un lugar detestable por la fiereza de sus costas. Pretende, en fin, Varrón, que el cretense Ícaro pereció allí en un naufragio y que a raíz de la muerte del personaje le fue impuesto su nombre al lugar[531].

[31] Nada concede mayor gloria a Samos que ser la cuna de Pitágoras, el cual, irritado un día ante la soberbia de los tiranos, abandonó casa y patria y, siendo cónsul Bruto, el que expulsó de Roma a los reyes, se trasladó a Italia[532].

[32] Melos, a la que Calimaco llamó Memálide, la más redonda de todas estas islas, se halla junto a Eolia[533]. Sigue Cárpatos, con cuyo nombre llamamos al golfo Carpacio[534]. En ningún momento el cielo está tan nublado que Rodas no reciba la luz del sol[535]. Los lemnios adoran a Vulcano; por [33] ello, la capital de Lemnos es Hefestia[536]. Existe además la ciudad de Mirina, sobre cuyo foro proyecta la sombra el monte Atos, situado en Macedonia. Es algo que con razón se ha inscrito entre las cosas prodigiosas, puesto que el Atos dista 86.000 pasos de Lemnos[537]. Realmente, el Atos es tan elevado que se lo tiene por más alto que el lugar desde donde cae la lluvia. Esta idea encuentra apoyo en el hecho de que en los altares levantados en la cima las cenizas nunca están lavadas ni pierden ninguna parte de los montones que forman, sino que permanecen apiladas tal como se dejaron[538]. En la cúspide del Atos estuvo la ciudad de Acrotoo, [34] donde la edad de sus habitantes se prolongaba la mitad de tiempo más que en otros sitios de la tierra: por eso a los hombres de allí les llamaron los griegos «macrobios», y nosotros longevos[539].

El Helesponto

[12] El cuarto golfo de Europa empieza en el Helesponto y termina en la boca de la laguna Meótides[540]. Y toda esta extensión, que separa a Europa y Asia, se comprime en un estrecho de siete estadios.

La Propóntide. El Bosforo

[2] Se trata del Helesponto, cuyo paso franqueó Jerjes construyendo un puente de naves[541]. Luego, el insignificante canal se estira hasta la ciudad asiática de Priapo, por donde atravesó Alejandro Magno guiado por su pasión de apoderarse del mundo, y se adueñó de él[542]. A partir de aquí se ensancha formando un mar muy abierto, y nuevamente se estrecha al llegar a la Propóntide. Luego se reduce a 500 pasos[543] y se convierte en el Bósforo tracio, por donde Darío transportó a sus tropas[544].

Sobre los delfines

Estas profundidades albergan numerosos [3] delfines, animales en los que hay muy diversos motivos de admiración. Ante todo, no hay en el mar nada más veloz, hasta el punto de que muchas veces dan un salto y pasan volando por encima de las velas de las naves. A donde quiera que vayan, viajan juntos macho y hembra. Paren a sus crías: al décimo mes se cumple el tiempo [4] del parto, y un día veraniego produce el nacimiento. Alimentan a sus hijos con las mamas; refugian a las tiernas crías dentro de la boca y las acompañan

durante bastante tiempo mientras son vulnerables. Viven hasta treinta años, lo cual se ha verificado mediante una prueba después de cortarles la cola. No tienen la boca en el mismo sitio que el resto de los animales salvajes, sino casi en el vientre. Contrariamente a la conformación de los seres acuáticos, son los únicos que mueven la lengua. Las espinas dorsales son puntiagudas: cuando están enfurecidos, comienzan a erizarse; [5] cuando recobran la calma, se esconden en una especie de vainas. Se dice que no respiran dentro del agua y que solamente reponen el aire vital saliendo a la superficie. Emiten, en lugar de voces, unos gemidos semejantes a los humanos. Tienen un nombre propio, y al escucharlo siguen a quienes los llaman: pues ellos exactamente se denominan «simones»[545]. Cuando sopla el viento aquilón oyen más deprisa la [6] voz del hombre: en cambio, si corre el austro los oídos se cierran[546]. Se recrean con la música y disfrutan con el tañido de la flauta: allí donde hay una melodía, acuden en tropel[547]. [7] Durante el principado del divino Augusto un muchacho en Campania empezó por atraer a un delfín con pedazos de pan, y pudo tanto el trato que se confiaba incluso a su mano para ser alimentado. Luego, cuando aumentó el atrevimiento del niño, lo transportaba por el interior del lago Lucrino, y el resultado fue que llevaba al muchacho cual jinete desde [8] las playas de Bayas hasta Putéolos. Esta situación se mantuvo durante muchos años, hasta que con el continuo espectáculo dejó de considerarse un portento lo que sucedía. Pero cuando el joven falleció, el delfín murió, ante los ojos de todos, por la

profunda aflicción de la añoranza. Me avergonzaría dar por verídica esta historia si no fuera porque se halla incluida en los escritos de Mecenas[548], de Fabiano y de [9] muchos más[549]. Tiempo después, en las costas africanas, junto a Hipona Diárrito[550], los hiponenses alimentaron a un delfín, que se dejaba tocar y que estaba también habituado a llevarlos montados encima. Pero esto no sólo lo hacían las manos del pueblo: pues también el propio Flaviano, procónsul de África[551], lo tocó y hasta lo untó con perfumes: amodorrado por aquel olor extraño, quedó tirado algún tiempo como muerto y por espacio de muchos meses renunció a su acostumbrada intimidad. En Jaso, ciudad de Babilonia, un [10] delfín se encariñó de un muchacho; un día, mientras el joven se retiraba, después de los habituales juegos entre ambos, lo siguió con demasiada impaciencia y al penetrar en la arena quedó encallado. Alejandro Magno, interpretando que aquel afecto había sido el de una divinidad, elevó al muchacho al cargo de sumo sacerdote de Neptuno[552]. En la misma [11] ciudad de Jaso, como cuenta Hegesidemo, un oleaje demasiado agitado había ahogado a otro joven, llamado Hermias, que cabalgaba por el mar de forma semejante; entonces el delfín lo trajo a tierra y, como si confesase su culpa, castigó con la muerte su arrepentimiento y se negó absolutamente a [12] regresar al mar[553]. Hay a mano otros ejemplos, prescindiendo del de Arión, cuyo desenlace lo confirmó la autoridad de los anales. A esto se añade que si alguna vez las nuevas crías se entregan a sus juegos, los adultos dejan a uno de mayor edad

como vigilante, bajo cuya guía aprendan a burlar los ataques de los animales que se lancen sobre ellos: aunque en su ambiente, a excepción de las focas, es raro un animal feroz.

Sobre los atunes

[13] Tiene el Ponto muchísimos atunes, y difícilmente desovan en otro mar: pues en ninguna otra parte crecen con mayor rapidez, a buen seguro por sus aguas más dulces. Llegan al Ponto en primavera, entran por la margen derecha y salen por la izquierda: se piensa que hacen esto porque su vista es más penetrante con el ojo derecho que con el izquierdo[554].

El río Istro

El Histro[555] nace en las cumbres de **[13]** Germania; brota en las montañas que están enfrente de los ráuracos de Galia[556]. Desembocan en él sesenta afluentes, casi todos navegables. Desemboca en el Ponto a través de siete bocas: la primera de ellas es Peuce, la segunda Naracustoma, la tercera Calonstoma, la cuarta Pseudostoma; siguen Borionstoma y luego Psilostoma, más pequeñas que el resto; la séptima, sin embargo, de aguas estancadas y aspecto de laguna, no tiene nada que la iguale a un río[557]. Las cuatro primeras bocas poseen tan gran tamaño que, hasta llegar a una distancia de 40.000 pasos[558], no se mezclan con el mar y mantienen puro el sabor del agua dulce.

Los castores del Ponto

[2] Por todo el Mar Negro abunda el «fiber», al que con otro nombre llaman castor[559]. Es un animal semejante a la nutria, y muerde con tal fuerza que, si acomete a un hombre, no afloja la dentellada hasta que sienta el crujido de los huesos rotos. Sus testículos se buscan con fines curativos: por eso, cuando se da cuenta de que lo persiguen, devora él mismo sus dídimos, para que su captura no sea útil[560].

La piedra póntica

El Ponto también produce piedras preciosas, [3] que por su origen llamamos pónticas. Existen distintas variedades: unas muestran estrellas de color dorado, las otras color de sangre, y ambas se cuentan entre las piedras sagradas: pues las que se escogen más para aparato que para un fin provechoso no están salpicadas con. motitas, sino que las surcan largas vetas de colores.

El río Hípanis y la fuente Exampeo

El Hípanis[561] nace en la región de los **[14]** auquetas; es el principal de los ríos escitas, de aguas claras y sanísimas para beberlas hasta que se adentra en la comarca de los calípidas, donde la fuente Exampeo es despreciable por su caudal amargo: cuando el manantial del Exampeo se mezcla con la corriente fluvial, su infestación transforma tan profundamente

al río que su naturaleza, al morir en el mar, es ya distinta. Así pues, la fama [2] del Hípanis varía mucho según el parecer de cada pueblo: quienes lo han conocido en su curso alto, lo recomiendan, mas quienes lo probaron en su tramo final, lo maldicen, y no sin razón[562].

Sobre el río Borístenes

[15] Entre los neuros nace el río Borístenes[563], en el que hay peces de excelente sabor y que no tienen espinas, sino cartílagos [2] muy tiernos. Como sabemos por tradición[564], durante determinados períodos los neuros se convierten en lobos: luego, pasado el tiempo que está asignado a ese estado, recobran su primitivo [3] aspecto[565]. Estas tribus tienen por dios a Marte: adoran las espadas a modo de estatuas; emplean víctimas humanas; con los huesos encienden el fuego en los hogares[566]. Los gelonos son sus vecinos; con la piel de sus enemigos hacen prendas para sí mismos y cobertores para sus caballos[567]. Con los gelonos confinan los agatirsos; van tatuados en azul y llevan el cabello teñido en azul, y no deja de haber diferencias en este punto; pues cuanto mayor es el rango de una persona, tanto más acentúa las marcas con que se tiñe, de manera que el ir menos tatuado es señal de baja posición[568].

Después se hallan los antropófagos, cuyo abominable [4] sustento es la carne humana: la muy terrible soledad de las regiones adyacentes revela la costumbre de este pueblo desalmado; los pueblos fronterizos las abandonaron a causa

de aquella abominable práctica, huyendo atemorizados[569]. He aquí la razón de que hasta el mar llamado Tabis, por toda la extensión de ese litoral que se encuentra situado al oriente estival, la tierra esté despoblada y haya inmensos desiertos, [5] hasta que se llega a los «seres»[570]. Los cálibes y los dahas, que viven en el territorio de la Escitia asiática, no difieren en nada por su ferocidad de los pueblos más atroces. Por su parte los albanos, asentados en la ribera[571], que quieren pasar por descendientes de Jasón, nacen con el pelo blanco; tienen la canicie de los cabellos como un símbolo: el color de la cabeza dio nombre, por lo tanto, a este pueblo. Tienen, en ambos ojos, la pupila blanca: por eso ven mejor de noche que de día[572].

Sobre la naturaleza de los perros

Entre estas tribus nacen unos perros [6] que sobrepasan a las fieras: despedazan toros, arrinconan leones y plantan cara a cuanto tengan enfrente; por estas razones merecieron pasar incluso al recuerdo de los anales. Hemos leído que cuando Alejandro marchaba [7] hacia la India el rey de Albania le envió dos ejemplares: ante uno de ellos soltaron jabalíes y osos, y sintió tal desprecio que, ofendido por lo ruín de las presas, estaba tendido en el suelo aparentando indolencia. Alejandro, por ignorancia, ordenó que lo matasen cual si fuera cobarde. En cambio el otro, advertido ya por quienes le habían traído el presente, mató a un león que le pusieron delante: luego, ante la visión de un elefante, dio muestras de

sensible alegría. Primero cansó a la bestia con astucia y finalmente, con grande espanto de los circunstantes, la derribó a tierra. En esta raza los perros crecen hasta alcanzar grandísimas hechuras, haciendo resonar sus sobrecogedores ladridos con más potencia que los rugidos[573]. Éstas son las peculiaridades [8] de los perros de Albania: los demás aspectos son comunes a todas las razas. Todos los perros aman por igual a sus dueños, como demuestran los ejemplos. En Epiro, sin ir más lejos, un perro con sus ladridos reconoció en una asamblea al asesino de su amo y lo delató. Tras el asesinato de Jasón de Licia su perro desdeñó la comida y murió de hambre[574]. [9] El perro del rey Lisímaco se arrojó a las llamas, una vez encendida la pira funeraria de su dueño, y fue consumido al mismo tiempo por el fuego[575]. Doscientos perros, que batallaron contra quienes se les oponían, trajeron del exilio al rey de los garamantes[576]. Los colofonios y los castabalenses llevaban perros a la guerra y los disponían en la primera línea [10] de combate[577]. Durante el consulado de Apio Junio y de Publio Silio[578] un perro, puesto que no podían ahuyentarlo, siguió hasta la cárcel a su amo, que estaba condenado; y después de haber sido ajusticiado con la espada lo acompañó con sus alaridos: y habiéndole proporcionado algo de comer, por la lástima que infundía al pueblo romano, llevó el alimento hasta la boca del muerto. Finalmente, cuando el cadáver fue arrojado al Tíber, intentó mantenerlo a flote nadando a su lado[579]. Los perros son el único animal que reconoce [11] su nombre[580], y guardan memoria de los caminos recorridos. Los indios

dejan a las perras atadas en el bosque, en la época de celo, con el fin de que los tigres se apareen con ellas: a los cachorros nacidos en el primer parto los consideran inútiles, por su extremada fiereza, e igualmente a los del segundo, pero crían a los del tercero[581]. Los perros egipcios [12] nunca beben en el Nilo sino mientras corren, a fin de evitar las asechanzas de los cocodrilos.

Curiosidades de los pueblos escitas

[13] Entre los antropófagos de la región asiática se cuentan los esedones, que también se mancillan con el abominable vicio de comerse los unos a los otros. Tienen costumbre los esedones de celebrar con cánticos las exequias de sus padres y, reunidos todos los parientes en grupo, de desgarrar con los dientes los propios cadáveres y de organizar un banquete mezclando los pedazos con la carne del ganado. Y también de dar empleo a los cráneos como copas, ciñéndolos con una funda de oro[582].

Los escitotauros sacrifican en vez de víctimas a los extranjeros[583]. [14] Los nómadas siguen los pastos. Los georgos[584], asentados en Europa, cultivan los campos. Los asiatas, asentados asimismo en Europa, no admiran las cosas ajenas ni aprecian mucho las suyas[585]. Los satarcas desterraron para siempre la codicia de sus gentes condenando el empleo del oro y de la plata[586]. El género de vida de los escitas que habitan [15] en el interior es más salvaje: viven en cuevas; no confeccionan las copas como los

esedones[587], sino con las cabezas de sus enemigos. Son amantes de la guerra; beben la sangre de los que han sido matados sorbiendo de las heridas. El número de enemigos abatidos incrementa la consideración social, y se considera entre ellos un oprobio estar [16] desprovisto de tales trofeos[588]. Sancionan los pactos bebiéndose la sangre recíprocamente, no sólo por tradición propia, sino también como regla que aprendieron de los medos. Así, en la guerra que enfrentó a Aliates de Lidia y a Astiages, rey de Media, en la olimpiada cuadragésimo novena[589], 604 años después de la toma de Troya, el juramento [17] de paz fue ratificado de esta manera[590]. Dioscuríade, ciudad de la Cólquide, fue fundada por Anfito y Cercio, aurigas de Cástor y Pólux, de quienes desciende el pueblo de los heníocos[591].

Más allá de los saurómatas[592] asentados en Asia, que [18] dieron refugio a Mitridates[593] y que descienden de los medos[594], están los talos[595], limítrofes de aquellos pueblos cuyos territorios son contiguos, por la zona oriental, a la boca del mar Caspio: el nivel de esta boca desciende de forma asombrosa en la temporada de lluvias, pero rebosa durante la estación cálida[596]. En los montes de los heníocos nace el [19] río Araxes, en los de los moscos el Fasis[597]. Sin embargo, el Araxes tiene sus fuentes a poca distancia del nacimiento del Eufrates y luego desemboca en el mar Caspio. Los arimaspos, [20] instalados en las cercanías de Gesclitro, es una raza que posee un solo ojo[598]. Al otro lado de los arimaspos y de los montes Rifeos[599] existe una región invadida por las nieves perpetuas: la llaman Pteróforo, pues la

incesante caída de nieve reproduce allí algo muy semejante a una lluvia de [21] plumas[600]. Es una parte del mundo condenada e inmersa por la naturaleza en una nube de eterna oscuridad, y absolutamente congelada por las mismas fuentes del aquilón. La única entre todas las regiones que no conoce el paso de las estaciones y que no recibe del cielo otra cosa sino un frío perpetuo.

[22] En la Escitia asiática hay territorios ricos, pero inhabitables: pues aunque abunden el oro y las piedras preciosas, los dueños de todo ello son los grifos, aves terriblemente fieras y que, por encima de cualquier arrebato violento, ejercen la crueldad. Por la ferocidad con que se enfrentan a los extraños, raras veces se llega allí; realmente despedazan a quienes han visto, como si hubieran sido engendrados para castigar la temeridad de los ambiciosos.

Sobre la esmeralda

[23] Los arimaspos combaten contra ellos para sustraerles sus gemas[601], sobre cuyas cualidades no escatimaremos una descripción. Esta región es el lugar de origen de las esmeraldas, a las que Teofrasto situó en el tercer puesto dentro de las piedras preciosas[602]: y aunque también estén las de Egipto, las de Calcedón, las de Media y las de Laconia, la mayor estima se concede a las de Escitia. Nada hay tan placentero para los ojos como las esmeraldas, nada tan provechoso. Por lo pronto, tienen un verde más intenso [24] que el prado húmedo, más que las plantas fluviales.

Además, gracias a la delicadeza de su color alivian la vista cansada, pues las esmeraldas renuevan la percepción visual que haya sido desgastada por el brillo de otra gema. No es otra la razón por la que se decidió no tallarlas, para no destruir su belleza, dañada con los surcos de unas figuras: por lo demás, las que son auténticas difícilmente son entalladas[603]. Se ensayan de la siguiente manera: si son transparentes; si, [25] cuando son convexas, al ser reflejada la luz colorean los objetos cercanos o, cuando son cóncavas, reproducen el rostro de quienes las miran; si no cambian ni estando a la sombra, ni a la luz de los candiles, ni bajo el sol. No obstante, obtienen el mejor puesto aquellas piezas cuya superficie presenta una ligera inflexión y que son alargadas. Se localizan [26] cuando soplan los vientos etesios, ya que entonces, al quedar desnudo el suelo, emiten destellos sin la menor dificultad; de hecho, los vientos etesios casi siempre remueven las arenas[604]. Hay otras esmeraldas menos finas, que aparecen en las fisuras de las rocas o en las minas de cobre; [27] las denominan «calcoesmeraldas»[605]. Las que son imperfectas tienen en su interior una especie de manchas parecidas al plomo, o bien a unas hebras o incluso a los granos de sal. Reciben alabanzas las de colores cargados; pero con aceite mejoran la pureza de su verde, por más que estén dotadas de ese color de forma natural.

Sobre el lapislázuli

[28] También el cianeo procede de Escitia y es de

magnífica calidad si desprende un resplandor azulado[606]. Los expertos distinguen dos tipos, cianeo macho y cianeo hembra: el brillo de los hembras es puro, y a los machos los adorna un polvillo en forma de puntitos dorados que centellean, prestándole atractivo[607].

Sobre el cristal de roca

Allí nace asimismo el cristal: y aunque [29] también lo produce la mayor parte de Europa y una pequeña parte de Asia, Escitia aporta, sin embargo, el de mayor valor. Se destina principalmente a la confección de vasos, aun cuando tan sólo es capaz de resistir cosas frías[608]. Se encuentra en piezas hexagonales. Quienes [30] lo seleccionan toman el más puro, para procurar que ninguna herrumbre o que ninguna nebulosidad o depósito espúmeo impida la transparencia: y por último, para que ninguna dureza más acusada de lo normal lo exponga a mayor fragilidad. Algunos piensan que el hielo se solidifica y forma el [31] cristal: mas se engañan, pues si esto fuese cierto, ni Alabanda, en Asia Menor, ni la isla de Chipre, donde hace mucho calor constantemente, producirían esta materia. Livia, mujer de Augusto, entre las ofrendas hechas al Capitolio consagró un cristal que pesaba 150 libras[609].

Sobre los hiperbóreos

Los hiperbóreos serían un relato ficticio **[16]** y un

comentario carente de valor si a las noticias que desde aquel lugar se difundieron hasta nosotros les concediésemos fiabilidad a ciegas: pero como escritores muy buenos y de bastante garantía mantienen opiniones iguales, nadie debe albergar temores de creer algo falso. Abordemos el asunto de los hiperbóreos. Habitan detrás de Pteróforo, que, según sabemos por tradición, está situada más allá del aquilón. Son un pueblo dichosísimo. [2] Algunos lo han localizado más en Asia que en Europa. Otros determinan que está en el punto intermedio entre uno y otro sol, el que se pone en los antípodas y el nuestro que vuelve a salir: es una idea que repugna a la razón, considerando que entre ambos mundos corre un mar tan inmenso. [3] Viven, por consiguiente, en Europa. Se cree que en su territorio se encuentran los quicios del firmamento y el extremo de la revolución de los astros, que la luz del día dura seis meses y que el sol está escondido tan sólo un día: aunque hay personas que opinan que el sol no sale allí diariamente, como ocurre entre nosotros, sino que nace en el equinoccio de primavera y se pone en el de otoño; de esta manera, durante seis meses el día es ilimitado, y durante los otros seis la noche es perpetua. El cielo es muy templado; las brisas soplan de modo saludable; nada dañino tienen sus vientos. Sus casas son las dehesas y los bosques: los árboles les proporcionan el cotidiano sustento. No conocen las discordias; [4] no están desazonados por las enfermedades y todos ellos tienen idéntico deseo de probidad. Invitan a la muerte y enmiendan el retraso en salir de este mundo con una [5] muerte voluntaria. Quienes están

hartos de vivir, después de comer y de perfumarse, deciden precipitarse al mar tirándose desde un peñasco conocido. Juzgan que ésta es la mejor clase de sepultura. Cuentan también que solían enviar al Apolo de Delos las primicias de sus cosechas por medio de [6] doncellas virtuosísimas. Sin embargo, como estas jóvenes no habían regresado inmaculadas a causa de la perfidia de sus huéspedes, recibieron luego el derecho a realizar ese voto, que antes cumplimentaban en país extranjero, dentro de su propio territorio[610].

Sobre los arinfeos

Existe otro pueblo en Asia junto al **[17]** comienzo del oriente estival, donde terminan las cumbres de los montes Rifeos. Iguales a los hiperbóreos, reciben el nombre de arinfeos. También ellos se recrean con la espesura de los árboles; se alimentan de bayas. Tanto hombres como mujeres aborrecen el cabello: ambos sexos se cortan el pelo. Aman la tranquilidad, no les gusta molestar. [2] Se les considera una raza sagrada, e incluso entre los pueblos más fieros se tiene por sacrilegio el tocarlos. Aquel que teme un riesgo en su patria, con tal de huir al país de los arinfeos se encuentra a salvo, como si estuviese protegido en un templo inviolable[611].

Otros pueblos escitas

[3] Detrás de ellos habitan los cimerios y el pueblo de las

amazonas, que se ha extendido hasta el mar Caspio; el cual, deslizándose por la espalda de la región asiática, irrumpe en el Océano escítico[612].

Sobre los tigres

[4] Más allá, superadas grandes extensiones, los hircanos ocupan la desembocadura del río Oxo[613]; es un país de bosques salvajes, plagado de terribles fieras, lleno [5] de tigres. Este género de bestias feroces se hizo famoso por su llamativa capa de manchas y por su velocidad. Tienen un brillo amarillento: y este pelaje dorado, cruzado a intervalos por franjas onduladas de color negro, le sienta bien, sobre todo, por su variedad. No sé si para mover sus patas influye más su celeridad o su obstinación. Nada hay tan extenso que no lo atraviesen en poco tiempo; nada les sobrepasa tanto que no le den alcance de inmediato. [6] Pero su fortaleza se pone a prueba sobre todo cuando están espoleados por el amor materno, cuando persiguen a quienes les robaron sus cachorros: aunque los jinetes marchen por relevos y aunque pretendan con cuanta astucia se quiera evitar que los cojan, todo su atrevimiento sería vano si el mar no les sirviese de refugio. Se advierte muy a menudo [7] que, si alguna vez ven a sus saqueadores hacerse nuevamente a la mar, se precipitan contra la orilla con un furor inútil, como si expiaran su propio retraso con una voluntaria destrucción: aunque de toda su camada a duras penas puede arrebatárseles uno[614].

Sobre las panteras

Las panteras también son abundantes [8] en Hircania; su cuerpo está recubierto de diminutos redondeles, de tal manera que el bagaje de su espalda, ya sea oscura, ya sea blanca, se adorna con ocelos de color leonado. Cuentan que los rebaños sienten una extraña atracción por el olor de la pantera y por contemplar su figura, y en cuanto perciben su presencia marchan con rapidez a su encuentro, y no se hallan aterrorizados excepto, solamente, por el aspecto fiero de su rostro; éste es el motivo por el que [9] las panteras esconden la cabeza y dejan ver el resto de su cuerpo, para diezmar, destruyéndolas sin temor, a unas manadas que se quedan extáticas mirando fijamente[615]. Pero los hircanos, como no existe nada que los hombres no hayan experimentado, las matan más a menudo mediante un veneno [10] que con las armas. Frotan con aconito pedazos de carne y los esparcen así preparados por las encrucijadas de las sendas: cuando han comido el cebo, una sofocación se apodera de su garganta[616]. Por eso dieron a la hierba el nombre de «pardalianque». Mas las panteras combaten la ponzoña tragando excremento humano y, siguiendo su propio instinto, hacen frente a ese azote[617]. Poseen una fuerza vital persistente, hasta el extremo de que, aun teniendo fuera las entrañas, retardan la muerte durante largo tiempo.

Sobre los leopardos

[11] En estas selvas hay también pardos[618], una especie inferior de panteras, suficientemente conocidos y que no precisan de mayores explicaciones. De las uniones adúlteras con los pardos se bastardean las crías de las leonas, pues verdaderamente engendran leones, aunque de condición ruin[619].

En dónde empieza el Mediterráneo

Puesto que estamos describiendo los **[18]** asuntos del Ponto, no deberíamos silenciar en qué lugar se origina el Mar Mediterráneo[620]. En efecto, consideran algunos que todos estos golfos nacen del estrecho de Gades y que su fuente no es otra sino los derrames del Océano que penetra violentamente: su empuje se abre paso y provoca flujos o reflujos en algunas costas mediterráneas, por ejemplo en el litoral de Italia. Quienes mantienen la opinión [2] contraria afirman que toda esa corriente sale de la boca del Ponto y apoyan esta idea con un argumento no carente de fundamento, a saber, que las mareas que fluyen desde el Ponto jamás retroceden[621].

Las islas escíticas

[19] La isla de los apoloniatas[622], situada más allá del Histro, dista 80.000 pasos del Bósforo tracio[623]; de aquí nos trajo Marco Luculo el Apolo del Capitolio[624]. Enfrente de la boca del Borístenes se halla la isla de Aquiles con un templo

consagrado a él[625]; ningún ave entra en este templo: y las que por ventura se han acercado volando, aceleran precipitadamente la huida[626].

El Océano septentrional

Al Océano situado al norte, desde aquella [2] zona en que Escitia es bañada por el río Propániso[627], lo llama Hecateo el Mar Amalcio, que en la lengua de aquel pueblo significa glacial[628]. Filemón[629] dice que hasta el cabo Rúbea los cimbros lo llaman Morimarusa, es decir, 'Mar Muerto'[630]: y a toda la parte que se extiende más allá de Rúbea la denomina Mar Cronio[631].

En tiempos de Alejandro Magno llegó a comprobarse [3] que el Mar Caspio, que empieza al otro lado del Ponto, pasadas las tierras de los maságetas y de los escitas apaleos, era de agua dulce en la región de Asia; se demostró de nuevo en vida de Pompeyo Magno, el cual, durante la guerra contra Mitridates, según transmite Varrón, compañero suyo de armas, quiso experimentar la realidad bebiendo personalmente las aguas.

El camino hacia la India y las regiones entre los escitas y los indios

[4] Dicen que esto ocurre por el número de ríos que allí confluyen, con tan gran caudal, que modifican la naturaleza del mar. No puedo omitir que por aquellas mismas fechas el propio Magno logró llegar en ocho días desde la India al

territorio de los bactros, hasta el río Bactro, que es tributario del Oxo; luego hasta el Mar Caspio y desde allí, atravesando el Caspio, penetrar en la corriente del río Ciro, que riega los territorios de Armenia [5] e Hiberia. Entonces, transportando las naves por vía terrestre, alcanzó desde el Ciro, en menos de cinco días, el río Fasis: esta expedición de Pompeyo demostró con claridad que [6] los indios llegaron hasta el Ponto[632]. Jenofonte de Lámpsaco[633] consigna por escrito que la navegación desde la costa escítica hasta la isla de Abalcia[634] dura tres días; que su tamaño es inmenso y casi igual al continente. Que no muy lejos se encuentran las Eonas, cuyos habitantes viven de los huevos de las aves marinas y de la avena que crece por doquier[635]. [7] Relata asimismo que hay otras islas cercanas, de idénticas cualidades, cuyos nativos, los hipópodas, presentan figura humana hasta los pies, que están rematados en patas de caballo. Que están también las islas de los fanesios, [8] cuyas orejas adquieren tan dilatadas proporciones que cubren con ellas el resto del cuerpo, y no cuentan con ningún otro vestido que no sea el hecho de vestir unas partes corporales con otras partes[636].

Sobre los ciervos

Antes de que nos apartemos de Escitia, [9] es un sacrilegio pasar por alto qué clase de animales salvajes son propios de la Escitia. Hay muchísimos ciervos en este territorio: ocupémonos, por consiguiente, de los ciervos. Los

machos de esta especie, cuando la época fijada los ha empujado al apareamiento, se tornan violentos por el furor del celo. Las hembras, aunque se hayan apareado [10] tiempo atrás, no conciben antes de la aparición de Arturo[637]. Y no crían a los cervatillos de cualquier manera. Ocultan con ahínco a los pequeños y, una vez escondidos en la espesura de los arbustos o de la pradera, los reprenden a [11] golpe de pezuña para que no se dejen ver. Cuando han desarrollado fuerzas para emprender la huida, los adiestran en el ejercicio de la carrera y los habitúan a saltar por los despeñaderos. Desde el momento en que escuchan los ladridos de los perros, encaminan sus pasos a favor del viento, de manera que el olor desaparezca con ellos. Les encanta el silbido de las zampoñas. Con las orejas tiesas poseen un oído finísimo, pero nada oyen si las llevan gachas. Se asombran de todo: de ahí que muy fácilmente se presenten al paso de quienes [12] cazan con flechas. Si atraviesan el mar, no buscan la ribera guiándose por la vista, sino por el olfato: colocan a los débiles en el último puesto y se turnan para sostener sobre las ancas la cabeza de los que están extenuados. De sus cuernos, el que haya estado[638] a la derecha es el más poderoso [13] para los medicamentos: si ardes en deseos de ahuyentar a las serpientes, puedes quemar cualquiera de los dos, y además esta combustión, si alguno de los presentes padece de epilepsia, con el olor desprendido descubre y revela la enfermedad. Con la edad desarrollan la cornamenta, y ese crecimiento prosigue hasta los seis años. A partir de entonces las cuernas no pueden ramificarse más, pero pueden hacerse

más gruesas. A los ciervos castrados ya nunca les crecen, [14] pero tampoco las pierden. Los dientes delatan la vejez cuando [15] se encuentran o pocos o ninguno. Se tragan a las serpientes y con el resoplido de sus narices las hacen salir de sus escondrijos en las madrigueras. Los propios ciervos dieron a conocer el díctamo, pues cuando lo han comido, expulsan las flechas que hayan recibido[639]. Comen también una [16] planta que se llama cínaris para protegerse de las hierbas dañinas[640]. Es maravilloso contra los venenos el cuajo de un cervatillo matado en el vientre de su madre. Es manifiesto que nunca padecen fiebres, razón por la cual los ungüentos preparados con tuétano de ciervo rebajan la temperatura de los enfermos. Hemos leído que muchas personas acostumbradas [17] a comer cada mañana carne de ciervo llegaron a muy viejas sin haber tenido fiebre: pero que este remedio sólo aprovechará si los animales han sido muertos de una sola [18] herida[641]. Para averiguar la duración de su vida Alejandro Magno hizo poner collares a muchos ciervos, los cuales, capturados al cabo de cien años, aún no presentaban señales de vejez[642].

Sobre los «tragélafos»

[19] A esta misma especie, más o menos, pertenecen los llamados «tragélafos», pero no se encuentran en ningún otro sitio más que en las inmediaciones del Fasis: sólo que estos animales tienen los ijares cubiertos de pelos y el mentón erizado de largas barbas[643].

[20] El monte Sevo, que es en sí mismo enorme y no de menor tamaño que los montes Rifeos, da comienzo a Germania. Aquí habitan los ingevones, los primeros de quienes surge, después de los escitas, [2] el pueblo germánico[644]. Es un territorio copioso en hombres, lleno de tribus numerosas y crueles. Se extiende entre la selva Hercinia[645] y las rocas de Sarmacia. Donde empieza es bañado por el Danubio, donde termina por el Rin. Desde las regiones interiores del país se precipitan en el Océano unos anchísimos ríos, el Alba, el Gútalo el Vístula[646].

Sobre las aves «hercinias»

La selva Hercinia cría unos pájaros, [3] cuyas alas brillan y emiten destellos en la oscuridad, aunque la noche cerrada espese las tinieblas. Por eso los habitantes de aquella comarca generalmente organizan sus salidas nocturnas valiéndose de tales pájaros como ayuda para dirigir la marcha, y echándolos por delante en la oscuridad de los senderos, gobernar el curso del camino con la orientación que les dan sus plumas resplandecientes[647].

Sobre los bisontes

[4] En este territorio y en toda la región septentrional son muy comunes los bisontes, animales semejantes a los bueyes

salvajes, el cuello lleno de cerdas, la melena encrespada, con mayor agilidad que los toros; cuando se hallan cautivos no saben habituarse a la domesticidad.

Sobre los uros

[5] Hay también uros, a los que el vulgo ignorante llama búbalos, siendo así que los búbalos, con un cierto parecido al ciervo, se crían en África. Pues bien, a estos que llamamos uros les crecen unas astas como de toro hasta tal extremo que, una vez cortadas, se emplean como recipientes para bebida, en las mesas de los reyes, a causa de su extraordinaria capacidad.

Sobre los alces

[6] Vive asimismo el alce, animal comparable a las mulas, con el belfo superior tan pronunciado que no puede pastar sino retrocediendo sobre sus pasos[648].

Sobre el alce de la isla de Gangavia

[7] La isla de Gangavia[649], de la región de Germania, produce un animal parecido al alce, pero cuyos jarretes, como los del elefante, no se pueden doblar: por ello, cuando tiene que dormir no se acuesta en el suelo, sino que un árbol lo sostiene durante el sueño. Este árbol se corta hasta que falte poco para caer, con la intención de que se venga abajo

cuando la bestia se apoye en su acostumbrado puntal. Ésta es la forma de capturarlo, y es difícil agarrarlo por cualquier otro medio, porque en la rigidez en las rodillas tiene la virtud de huir sin que se le pueda coger[650]. De todas las islas de Germania, Gangavia es la mayor, [8] pero no hay allí nada grande, excepto ella misma.

Sobre el ámbar

Pues la isla Glesaria produce cristal; [9] produce también ámbar amarillo, que los germanos llaman, en su propia lengua, gleso[651]. Las propiedades de dicha materia, conocidas antes de manera sumaria, se averiguaron cuando Germánico César explorase todo el litoral de Germania[652]. Hay un árbol de la familia de los pinos, cuyo corazón destila durante el otoño gotas de ámbar. Que se trata de la savia de un árbol puedes deducirlo de la naturaleza del nombre[653]: que este árbol, de donde se ha originado el ámbar, es realmente un pino, te lo revelará su olor si lo quemas al fuego[654]. Vale la pena tener un conocimiento más amplio, para que no se crea que los árboles del [10] Po destilaban esta piedra[655]. Este producto lo introdujeron los bárbaros en Iliria: y como a través del comercio de Panonia fue transportado, para su aprovechamiento, hasta los habitantes de la Transpadana, cuando nuestros compatriotas lo vieron allí por primera vez imaginaron que había [11] nacido también en ese mismo lugar[656]. En unos juegos organizados por el emperador Nerón todo el aparato de la fiesta estuvo

adornado con ámbar, y esto no resultó difícil, porque en aquellas fechas el rey de Germania le envió como regalo trece mil libras de ámbar[657]. En estado natural, se [12] presenta en bruto y rodeado de una corteza; luego, después de haber cocido en la grasa de un lechón, se pule hasta alcanzar el brillo que vemos. Según su aspecto, recibe distintos [13] nombres: se habla del meloso y del falerno, ambas denominaciones por la semejanza o con el vino o, sobre todo, con la miel. Es un hecho notorio que atrae a las hojas y que arrastra hacia sí a las pajas[658]. La ciencia médica enseña que constituye un buen remedio para muchas dolencias humanas[659]. También la India produce ámbar, pero Germania la mayor cantidad y de la mejor calidad. Y ya que habíamos llegado a la isla Glesaria, la hemos empezado por el ámbar.

Sobre la piedra galaica

[14] Pues en el territorio continental de Germania se encuentra la galaica, gema que es preferida a las arábigas, puesto que las aventaja en hermosura. Los árabes aseguran que no se descubre en otra parte más que en los nidos de las aves denominadas «melancórifos»[660]: pero esa historia no la acepta nadie, puesto que en las naciones de Germania, aunque no frecuentemente, aparece sin embargo entre las rocas. Poseen un color verde pálido que se estima y aprecia como el de la esmeralda, y no existe otra piedra que combine más graciosamente con el oro[661].

Sobre la ceraunia blanca

Por lo demás, hay diferentes clases de [15] ceraunias. La de Germania es blanca: pero despide un brillo azulado y, si la dejas a cielo abierto, toma la refulgencia de las estrellas[662].

La Galia

Las Galias se extienden entre el Rin y **[21]** el Pirineo, así como entre el Océano y las montañas del Cevenna[663] y el Jura; son apropiadas, por sus suelos muy fértiles, para las grandes cosechas; en su mayor parte, están plantadas de vides y de árboles, son riquísimas en cualquier clase de productos para el sustento de los seres vivos, están regadas por las aguas de ríos y de fuentes, pero algunas veces por manantiales sagrados y que exhalan vapores. Son objeto de censura por las ceremonias de los indígenas, los cuales, según cuentan (pues yo no respondo de la constancia de su veracidad), ultrajan la religión ofreciendo en sacrificio víctimas humanas[664]. Desde este territorio puedes llegar a cualquier parte del mundo romano: Hispania e Italia por tierra y por mar; África solamente por mar; si debes [2] encaminarte a Tracia, te recibe el territorio de Recia, [3] fértil y rico; sigue el Nórico, frío y no muy fecundo; luego Panonia, poderosa en hombres y de próspero suelo, y a continuación las Mesias, que nuestros antepasados titularon, [4] con razón, «el granero de Ceres»[665]. En una parte de éstas, llamada Póntica, nace una planta con la que se mezcla

el aceite llamado de Media: si el fuego prendido con este producto pretendes apagarlo con agua, arde más y no existe otro modo de extinguirlo sino arrojando tierra[666].

Britania

Las costas del litoral galo constituirían **[22]** el límite final del orbe si la isla de Britania no mereciese, por su extensión nada insignificante, ser llamada casi un segundo mundo. Tiene, efectivamente, una longitud superior a los 800.000 pasos[667] siempre que la midamos hasta la esquina de Caledonia. En este rincón, un altar con una inscripción griega hace patente que Ulises arribó a Caledonia[668].

Está rodeada por muchas islas, no carentes de fama. [2] Entre ellas Hibernia[669], que posee parecidas dimensiones; isla salvaje por las rudas costumbres de sus ocupantes y, por otra parte, tan rica en pastos que si de vez en cuando no se apartara de ellos al ganado, la hartura lo pondría en peligro. No hay en ella ninguna serpiente[670], las aves son [3] escasas, la población es inhospitalaria y belicosa. Después de una victoria, se embadurnan primero el rostro con la sangre de los enemigos abatidos y luego la beben[671]. Ponen a [4 (6)] un mismo nivel lo lícito y lo ilícito[672]. En ningún sitio hay abejas: y si alguna persona esparce por las colmenas tierra o piedrecillas sacadas de esta isla, los enjambres abandonarán [5 (7)] el panal. Con todo, el mar que corre entre ésta y Britania, borrascoso y turbulento, no es navegable a lo largo del año [6 (8)] excepto poquísimos días. Y quienes han

efectuado cálculos fiables concluyeron que este mar alcanza una anchura de 120.000 pasos[673]. Un tempestuoso brazo de mar también [7 (9)] separa a la isla de Sílura[674] de la costa que ocupa la tribu britana de los dumnonios. Sus gentes mantienen aún hoy una antigua costumbre: no admiten la moneda; ofrecen una mercancía y reciben otra; se abastecen de lo necesario mediante el trueque más que con el dinero. Adoran a los dioses y tanto los hombres como las mujeres dominan por igual el arte de conocer el porvenir. En cambio, la isla de Tánato[675], [8 (10)] que está separada de las tierras de Britania por un pequeño brazo, se ve favorecida por el mar gálico; es rica en trigales y en suelo fértil, y no sólo resulta ventajoso para la propia isla, sino también para otros lugares: pues como ninguna serpiente se arrastra por ella, la tierra transportada de allí mata a las serpientes en cualquier parte del mundo en que se deposite[676].

[9 (11)] Hay todavía otras islas en torno a Britania, la más extrema de las cuales es Tule. En este lugar, durante el solsticio de verano, cuando el sol realiza su paso desde la constelación de Cáncer, nunca es de noche; durante el solsticio de invierno, paralelamente, nunca es de día[677]. Sabemos por tradición que más allá de Tule el mar está espeso y congelado[678].

El perímetro de Britania es de 4.875.000 pasos[679]. Hay [10 (18)] en su interior muchos y grandes ríos, fuentes termales hermoseadas con suntuoso fasto para goce de los humanos: es patrona de estas fuentes la diosa Minerva[680], en cuyo santuario el fuego perpetuo jamás se convierte en

blancas cenizas, sino que cuando el fuego se descompone se convierte en una masa pétrea[681].

Sobre el azabache

[1 (19)] Además, aunque silencie la grande y variada abundancia de minerales que hacen el suelo de Britania rico en productivos filones de todo género, diré que hay cantidad de azabache y de la mejor calidad: si estás interesado por su belleza, tiene reflejos sombríos; si por sus cualidades naturales, con el agua se inflama y con el aceite se apaga; si por sus efectos, una vez calentado mediante frotamientos retiene aquello que se le [2 (20)] pone al lado, incluso el ámbar[682]. Una parte del país está ocupada por bárbaros, que en sus cuerpos representan ya desde niños, mediante ingeniosos trazados de incisiones, distintas figuras de animales; cuando está ya grabada la carne, las marcas de pigmento van agrandándose a medida que crece el individuo: y a ninguna otra actividad prestan esos pueblos salvajes más constancia que a impregnar sus miembros con muchísimo tinte valiéndose de estas marcas indelebles[683].

Hispania

[23] De vuelta al continente nos reclaman los asuntos de Hispania. Es una extensión de tierra digna de comparación con las mejores, y no cede su rango ante ninguna otra ni por sus frutos ni por la fertilidad del suelo, ya se quiera mirar a la

cosecha de sus viñas, ya a [2] la producción de los árboles. Tiene en abundancia cualquier clase de madera, toda aquella que es codiciada por su valor o necesaria por sus aplicaciones. Puedes exigirle plata u oro, y lo tiene; jamás extingue sus minas de hierro; no se muestra inferior en sus viñedos, supera a todas en el olivo[684]. [3] Está dividida en tres provincias y pasó a nuestro poder con la segunda guerra púnica. Nada hay en este país que sea improductivo, nada que sea infecundo. La tierra que niega cualquier cosecha es rica en pastos: incluso las regiones de naturaleza árida, de su esterilidad suministran la materia de los cabos a la gente del mar[685]. Allí no desecan la sal, sino [4] que la extraen cavando el suelo[686]. Limpian en el cinabrio el polvo de oro[687]. Tiñen los vellones de modo que embeben el tinte del coscojo hasta alcanzar un color rojo puro[688].

En Lusitania existe un cabo llamado por unos Ártabro, [5] por otros Olisiponense[689]. Este punto separa el cielo, la tierra y los mares. En la tierra, aquí termina un flanco de Hispania. El cielo y los mares los divide de la siguiente forma: a la vuelta del promontorio comienzan el Océano Gálico y la fachada septentrional, dado que terminan el Océano Atlántico y el occidente[690]. Allí se alza la ciudad de Olisipón, [6] fundada por Ulises[691]; allí se encuentra el río Tajo. Se considera al Tajo superior al resto de los ríos por sus arenas [7] auríferas[692]. En las cercanías de Olisipón retozan yeguas de sorprendente fecundidad, pues conciben al aspirar el viento favonio, y cuando están ávidas de machos, se emparejan [8] con el soplo de sus brisas[693]. El río Íbero dio

nombre a toda Hispania, el Betis a la provincia: uno y otro son célebres. Los cartagineses fundaron, en la región de los iberos, Cartago, que más tarde fue convertida en colonia[694], y los Escipiones Tarragona: por esa razón es capital de la provincia tarraconense.

Sobre la ceraunia roja

[9] El litoral lusitano contiene en gran abundancia la piedra ceraunia, y se considera superior incluso a las de la India: el color de esta ceraunia es como el del piropo[695]. Su calidad se ensaya mediante el fuego: si lo soporta sin menoscabo, se cree que ayuda a repeler las descargas de los rayos[696].

Las islas Casitérides miran hacia el costado de Celtiberia; [10] abundan en estaño[697]. Y las tres islas Afortunadas, cuyo [11] solo nombre fue ya digno de quedar señalado[698]. Ibiza, que dista setecientos estadios de Dianio[699], no cría serpientes: como que la tierra de esta isla ahuyenta a las serpientes. Colubraria, que se halla frente a Sucrón, está llena de culebras[700]. [12] El reino de Bóccoris fueron las Baleares[701], en otro tiempo ricas, hasta la destrucción de sus cultivos por obra de los animales llamados conejos[702]. En la extremidad de la Bética, donde se encuentra el último confín del mundo conocido, hay una isla alejada 700 pies del continente, a la que los tirios procedentes del mar Rojo denominaron Eritrea[703] y los púnicos, en su propia lengua, Gádir, es decir, «cercado»[704]. Muchísimos testimonios

demuestran que en esta isla pasó su vida Gerión, pese a que algunos opinen que Hércules sacó las vacas a la fuerza de otra isla, que mira a Lusitania[705].

Sobre el estrecho de Gades y el mar Mediterráneo. El océano

Pero el estrecho gaditano, así llamado [13] por Gades, introduce en nuestro mar las corrientes atlánticas a través de esta hendidura del mundo. En efecto, el Océano, al que los griegos llaman de ese modo por su celeridad, precipitándose desde el occidente bordea a Europa por su lado izquierdo, a África por el derecho, y después de haber cortado los montes Calpe y Abinna[706], a los que denominan Columnas de Hércules, derrama sus aguas entre [14] el país de los moros e Hispania. Y a este estrecho, cuya longitud alcanza los quince mil pasos y cuya anchura es apenas de siete mil[707], le abre la puerta del mar interno mediante una especie de boca, mezclándose con las aguas de los golfos del Mediterráneo, a las que empuja hasta el Oriente. De tales golfos, el que baña las Hispanias se llama Ibérico y también Baleárico; el de la provincia Narbonense, Gálico, y a continuación Ligústico; desde allí hasta Sicilia, Toscano, al que los griegos suelen llamar Jónico o Tirreno, los ítalos Inferior; [15] desde Sicilia hasta Creta, Sículo; desde allí, Crético, el cual se extiende hasta Panfilia y Egipto; esta masa de agua, retorciendo primero su flanco hacia el Norte, a causa de las intensas sinuosidades cercanas al litoral de las Grecias[708] y del Ilírico se comprime a través del Helesponto en los estrechos de la

Propóntide; la Propóntide, que separa a Europa y [16] Asia, llega hasta la laguna Meótides[709]. La razón de estas denominaciones no la ha proporcionado un principio uniforme. Se dice golfo Asiático y Fenicio por el nombre de las provincias; Carpacio, Egeo, Icario, Baleárico y Chipriota, por el de las islas; Ausonio, Dalmático, Ligústico y Toscano, por el de los pueblos; Adriático, Argólico, Corintio y Tirio, por el de las ciudades; Mirtoo y Helesponto, por los infortunios humanos[710]; Jónico en recuerdo del rey[711]; Bósforo por el paso de la ternera, o mejor dicho, por las estrechuras accesibles al paso de los bueyes[712]; por las costumbres de sus vecinos, Euxino, llamado antes Axino[713]; por la secuencia de su curso, Propóntide[714]. El mar Egipcio se asigna a Asia, el Gálico a Europa, el de África a Libia; y en la medida en que cada uno se halla muy cercano a estas tierras, [17] pasaron a ser regiones de otras regiones. Esto en lo relativo a la parte central de nuestro mundo. Pero el Océano abraza costas muy alejadas, y por sus litorales se le llama Arábigo, Pérsico, Índico, Oriental, Sérico, Hircano, Caspio, Escítico, [18] Germánico, Gálico, Atlántico, Líbico, Egipcio[715]. Sus bocas arrojan con inmenso ímpetu caudales de agua en las proximidades de las costas de India, y allí producen los mayores aforos, bien porque el agua es elevada más ligeramente por la intensidad del calor, bien porque en aquella parte del mundo la riqueza tanto de las fuentes como de los ríos es más [19] desmedida. Aún ahora se duda de cuál es la razón por la que se hincha o en qué medida, cuando se ha hecho excesivo, vuelve a recogerse en sí

mismo. Y no hay duda de que muchas cosas han sido descritas más siguiendo las inclinaciones de quienes las trataban que ajustándose a la verdad. Pero si dejamos de lado la incertidumbre de las interrogaciones que nos asaltan, encontraremos estas muy acrisoladas [20] opiniones. Afirman los filósofos naturales que el mundo es un ser animado y que, al estar compuesto por las sustancias de los diversos elementos, se mueve gracias a un alma que lo gobierna: y que estas dos cosas, distribuidas por todos los miembros de la eterna mole, mantienen activa su energía[716]. Así pues, al igual que en nuestros cuerpos hay intercambios [21] de aire, del mismo modo en las profundidades del Océano hay puestas una especie de narices del mundo, y los resuellos que a través de ellas se exhalan o se inhalan, por momentos expulsan el agua de los mares y por momentos la absorben[717]. Pero aquellos que cultivan la ciencia de los astros [22] sostienen que estos movimientos son provocados por el curso de la luna: hasta el punto de que las alternancias entre escasez y rebosadura de agua responden a las fases de crecimiento o de mengua. Y esto no sucede siempre en las mismas fechas, sino que conforme la luna se sumerja o se alce, los retornos, siguiendo un orden alterno, sufren variaciones[718].

Libia

[24] Incursión desde Hispania a Libia: pues partiendo de Belo, que es una ciudad de la Bética[719], y cruzando los

33.000 pasos del estrecho que se interpone[720], nos recibe Tingis, que en el presente es una colonia [2] de Mauritania, pero cuyo fundador fue Anteo[721]. Además, como en estos contornos termina el mar Egipcio y comienza el Líbico, he acordado llamar Libia a África. No obstante, algunos admitieron que más bien había sido llamada Libia por Libia, hija de Épafo, y África por Afro, hijo del Hércules libio[722]. Lix, igualmente colonia[723], se edificó [3] en el mismo terreno en que estuvo el palacio de Anteo, el cual, aun siendo el más entendido en enredar y desenredar los lazos del suelo, en su condición de hijo de la madre tierra, fue derrotado allí mismo por Hércules[724].

El jardín de las Hespérides

Y respecto al jardín de las Hespérides [4] y a su dragón guardián, para que la verdad no sea atropellada por los abusos de la leyenda, he aquí su explicación: del mar sale un estuario lleno de recovecos, cuyas sinuosas orillas se retuercen de tal manera que a quienes lo observan les hace imaginar a una serpiente que se [5] desliza a golpe de quiebros[725]: y así rodea una zona que llamaron jardín. De ahí, suponiéndolas guardianas de las manzanas, abrieron el camino a los embustes de las fabula-ciones. Pero esta isla, que está penetrada por las cavidades de un canal intermitente y se encuentra situada sobre unos remolinos del mar, no ofrece, a excepción de unos arbustos parecidos al acebuche y de un altar consagrado a Hércules, ninguna otra muestra

con la que perpetuar el recuerdo de su [6] antigüedad. Empero, mucho más admirable que los arbustos de oro y la fronda de precioso metal es que, aunque el suelo de la isla se halla hundido hasta un nivel inferior, jamás se ve inundado por las mareas, sino que las aguas se quedan paradas en los mismos márgenes, detenidas por una barrera natural, y las olas se resisten por sí mismas a invadir lo que hay más allá de los contornos de las orillas; gracias a este fenómeno natural, realmente digno de verse, la superficie permanece en seco, aunque las aguas, situadas en pendiente, [7] sobrepasen su altura[726]. La ciudad de Sala se halla al borde del río Sala; de allí parte un camino, cruzando por el pueblo de los autóloles, a los desiertos del Atlas[727].

El monte Atlas

El monte Atlas se alza en mitad de [8] aquel desierto de arenales y, llevado hasta las proximidades de la órbita lunar[728], oculta su cima por encima de las nubes: por la parte que desciende hasta el Océano, al que dio su propio nombre, derrama fuentes, está cubierto de bosques[729], erizado de peñascos, descuidado a consecuencia de la esterilidad, sin tierra y sin vegetación. En cambio, por la parte que mira hacia África es fértil en frutos que nacen de forma natural; está muy tupido de altos árboles, que tienen un penetrante olor, y cuyo follaje, semejante al del ciprés, está revestido de una pelusa que en modo alguno tiene menos valor que los copos de seda[730]. [9] En esa vertiente abunda también la

planta del euforbio, cuyo jugo es eficaz para aclarar la vista y combate, no [10] con malos resultados, el poder de los venenos[731]. La cumbre tiene nieves perpetuas. De sus forestas se han apoderado los cuadrúpedos y las serpientes salvajes, y junto con ellos los elefantes. Durante el día, todo se halla en silencio y está tan solitario que estremece; brillan de noche fuegos nocturnos, en todas partes resuenan las danzas de los egipanes[732] y también se escuchan las melodías de las flautas y el tintineo [11] de los címbalos. Siguiendo la orilla del mar, el Atlas dista de Lix 205.000 pasos[733], Lix 112.000 pasos del estrecho de Gades[734]. Antes estuvo habitado, como muestra el aspecto del lugar, que fue cultivado en otras épocas: todavía hoy quedan allí señales de vides y de palmeras[735]. Su cima [12] fue accesible a Perseo y Hércules; para el resto es inalcanzable: la inscripción grabada en los altares así lo garantiza claramente[736]. Por el lado que mira a Occidente, entre el propio monte y el río Anatis, por una extensión de 496.000 pasos[737], domina una selva terrible por sus bestias salvajes. [13] No debemos omitir los ríos que hay en sus contornos, los cuales, aunque están separados por muy largas distancias, se pusieron sin embargo al servicio, por decirlo así, del renombre [14] Atlántico: el Asana, cuya agua es marina[738]; el Bamboto, repleto de cocodrilos e hipopótamos[739], y mucho más allá un río de color negro que corre por desiertos recónditos y calcinados[740]: los cuales, bajo el signo constante de un sol abrasador y aun más implacable que el fuego, jamás se ven [15] libres del calor. Estos datos sobre el Atlas, al que los moros denominan

Addiris[741], nos los transmitieron los escritos del cartaginés Hannón[742] y nuestras crónicas[743], así como Juba, hijo de Ptolomeo, que se adueñó del reino de las dos Mauritanias[744]. También Suetonio Paulino, el primero y casi el único que paseó los estandartes romanos más allá del Atlas, dio el último empuje al conocimiento de este territorio[745].

Mauritania

De las provincias mauritanas, la Tingitana, **[25]** que está delante de la región solsticial y se alarga hasta el mar Mediterráneo, se alza sobre siete montes que dominan el estrecho, llamados «Los Hermanos» por su parecido[746].

Sobre los elefantes

[2] Estos montes son muy frecuentados por los elefantes, y ellos me invitan a hablar, desde el comienzo, de esta clase de animales. Es el caso que los elefantes poseen un entendimiento muy cercano a la razón humana; gozan de gran memoria, tienen en cuenta la astronomía. Cuando la luna comienza a brillar, se encaminan en manada a los ríos; luego, completamente rociados de agua, saludan el nacimiento del sol con todas los movimientos de que son capaces[747]; por último, regresan al bosque. [3] Hay dos tipos de elefante: los más nobles se distinguen por su gran tamaño; a los pequeños se les llama «notos»[748]. Su juventud se conoce en la blancura de los colmillos; usan siempre uno de

ellos, y el otro lo reservan, no sea que, embotado por los continuos golpes, tenga menos fuerza si hubiera [4] que pelear. Cuando son hostigados por los cazadores, destrozan a la vez ambos colmillos[749], para dañar el marfil y evitar que vayan tras ellos, pues se dan cuenta de que eso constituye la causa del peligro que corren. Andan errantes formando manadas: el más viejo guía la marcha, y el que le sigue en edad la cierra. Cuando se disponen a cruzar un río, [5] envían por delante a los pequeños para no desgastar el cauce con el paso de los adultos y no producir, ahondando el vado, pozas profundas. Las hembras no copulan hasta los diez años, los machos hasta los cinco. Se aparean cada dos años, durante cinco días al año y ni uno más, y no se disponen a regresar con la manada antes de haberse lavado en una corriente de agua. Jamás se pelean por las hembras: pues no [6] saben de adulterios. Poseen la virtud de la compasión: si por azar ven a un hombre extraviado en el desierto, le ofrecen su guía hasta un camino conocido; o, si se encuentran con una densa manada, se abren paso con la trompa suave y sosegadamente por temor a matar, en un choque involuntario, a otro animal que se cruce. Si alguna vez se produce un [7] combate, no escatiman atenciones a los que están maltrechos; pues acogen en medio de ellos a los fatigados y a los heridos. Cuando pasan cautivos a manos de los hombres, se vuelven mansos bebiendo jugo de cebada. Los que han de [8] atravesar el mar no suben a las naves si previamente no se les garantiza, mediante juramento, su regreso[750]. Los elefantes mauritanos temen a los de la India

y, como si fuesen conscientes de su pequeñez, eluden cualquier encuentro con ellos. La duración de la gestación no es de diez años, según la creencia popular, sino de dos, tal como afirma Aristóteles[751], y no alumbran más que una sola vez, y nada más que una cría[752]. Viven trescientos años[753]. Soportan muy mal el [9] frío. Comen troncos, tragan piedras, pero su manjar preferido son las palmeras. Tienen especial aversión al olor del ratón: rechazan incluso el forraje que haya sido tocado por [10] un ratoncillo. Si por casualidad alguno de ellos engulle a un camaleón, que es un bicho venenoso para los elefantes, remedia la infección comiendo acebuche. En el lomo tienen la piel durísima, en el vientre es más tierna. No tienen ningún encrespamiento formado por cerdas.

Su lucha con los dragones

Entre éstos y los dragones existe una [11] perenne lucha y les tienden sus celadas con la siguiente astucia: las serpientes se ocultan junto a las sendas por donde los elefantes discurren en su ruta habitual. Y entonces, después de dejar pasar a los primeros, atacan a los últimos, para evitar que quienes fueron por delante puedan ayudarles. Y empiezan trabándoles los pies con sus nudos, de modo que les privan de la posibilidad de andar al tener las patas amarradas. Pues los elefantes, si no se les anticipan [12] con la traba de sus espiras, se apoyan en los árboles o en las rocas para matar a las serpientes, estrujadas bajo su peso abrumador. La

principal razón de esa guerra estriba en que [13] los elefantes tienen, según dicen, la sangre más fría, y por ello los dragones la buscan, en el ardiente rigor del estío, con verdadera avaricia. De ahí que nunca acometan sino cuando el elefante ya se ha hartado de beber: y es que persiguen, estando las venas mucho mejor regadas, saciarse más cuando las comprimen. Y no atacan en otro lugar del cuerpo [14] que no sean los ojos, pues saben que únicamente aquéllos son vulnerables, o dentro de las orejas, pues sólo esta parte no hay manera de defenderla con la trompa. Y así, al caer cuando les han chupado la sangre, las bestias aplastan a los dragones[754].

El cinabrio

[15] De este modo, la sangre derramada por una y otra parte empapa la tierra y todo el suelo que tiñe se convierte en el pigmento que llaman cinabrio[755]. Italia vio por primera vez los elefantes durante la guerra epirótica, en el año 472 de la fundación de Roma, en territorio de los lucanos, y por eso los han llamado vacas de Lucania[756].

En la Cesariense está la colonia de Cesarea, fundada por [16] el divino Claudio, que primero fue palacio del rey Boco y que más tarde, por la benevolencia del pueblo romano, se dio como regalo a Juba[757]. Aquí se halla también la ciudad de Siga, que fue la residencia de Sífax[758]. Y no nos alejaremos [17] en silencio de Icosio: pues cuando Hércules cruzaba aquel territorio, veinte de sus compañeros, que se

habían separado del séquito, eligieron este sitio y levantaron los muros: y para que ninguno pudiera ufanarse personalmente de haberle dado su nombre, se llamó a la ciudad por el número de los que habían participado en la fundación[759].

Numidia

[26] El territorio que hay a partir del río Amsiga[760] se adscribe a Numidia. Mientras anduvieron errantes siguiendo a los pastos, sus habitantes fueron llamados los nómadas[761]. Hay en él muchas e insignes ciudades, pero destaca Cirta[762], y luego Culi, que es parangonada [2] por su tinte purpúreo a la lana de Tiro[763]. Todo este territorio termina en la frontera de la Zeugitana[764]. En la parte en que hay selvas, cría animales salvajes; en las zonas elevadas de montaña produce caballos. Es asimismo célebre por su excelente mármol[765].

Sobre los osos númidas

Los osos de Numidia son superiores a [3] los demás, al menos por su fiereza y por su pelambre más tupida, pues su reproducción es igual a la de los nacidos en cualquier otro país. A continuación voy a hablar de ella. No se aparean de la misma forma que los demás cuadrúpedos, sino que, unidos en un abrazo mutuo, copulan como en los acoplamientos humanos[766]. El invierno [4] les despierta el apetito sexual. Los machos dan muestras de su respeto a las preñadas

alejándose de ellas, y aunque están en las mismas guaridas, se acuestan aparte, en camas separadas por un foso. El momento del parto se produce con gran rapidez, porque al cabo de treinta días expulsan el feto[767]. El resultado es que esta fecundidad acelerada origina una camada de criaturas disformes: paren unos pedacitos de [5] carne, que son de color blanco, sin ojos, y a causa del nacimiento excesivamente prematuro son tan sólo una masa informe y sanguinolenta, si excluimos los trazos de las uñas. Lamiéndolas les dan forma poco a poco, y entre tanto las calientan apretándolas contra el pecho, para hacer salir, al calor de una incubación constante, el soplo vital de los seres [6] animados. Durante todo ese tiempo no reciben ningún alimento. Es cierto que en los primeros catorce días las madres se sumen en un sueño tan profundo que ni siquiera las heridas logran despertarlas[768]. Después del parto permanecen cuatro meses ocultas en la guarida; cuando luego salen a la claridad del día, sufren tanto por su falta de costumbre de la [7] luz que cabría pensar que están aquejadas de ceguera. Los osos tienen la cabeza débil, su mayor fuerza reside en los brazos y en los riñones: por eso, a veces se mantienen levantados sobre las patas traseras. Andan al acecho de los enjambres de abejas; buscan sobre todo los panales y nada [8] tratan de coger con más avidez que la miel. Cuando han probado las bayas de la mandrágora, mueren; pero le ponen remedio, y para que el mal no crezca hasta causarles la perdición, [9] comen hormigas para recobrar la salud[769]. Si en alguna ocasión

atacan a un toro, saben a qué partes es mejor aplicarse, y no atacan ninguna que no sea los cuernos o las narices: contra los cuernos, para agotarlo con el peso[770]; contra las narices, para que el dolor sea más intenso en la zona más delicada del animal. Durante el consulado de [10] Marco Mesala[771], Lucio Domicio Ahenobarbo, edil curul, exhibió en el circo de Roma cien osos de Numidia y otros tantos cazadores etíopes: y la celebración de este espectáculo se halla anotada entre los títulos dignos de memoria[772].

Àfrica

África empieza cuando se pone pie **[27]** en la Zeugitana; por el promontorio de Apolo[773] está colocada enfrente de Cerdeña, por el promontorio de Mercurio[774] avanza de cara a Sicilia. Se extiende luego en dos eminencias, una de las cuales se llama el promontorio Blanco[775]; la segunda, situada en el territorio de la Cirenaica, recibe el nombre de Ficunte[776].

La región cirenaica

[2] Ésta, que se halla en la parte opuesta a la isla de Creta, se prolonga por el mar cretense en dirección al Ténaro[777], en territorio [3] de Laconia. África penetra en Egipto por la región arenosa de Catabatmo[778], en cuyas cercanías están los cirenenses, y se extiende entre ambas Sirtes, a las que un mar poco profundo y agitado convierte en

inaccesibles. No es fácil averiguar los flujos o reflujos de estas aguas; hasta tal punto, con sus movimientos impredecibles, unas veces descienden hasta bajíos que asoman el lomo, y otras se desbordan en agitados remolinos, [4] según lo que afirma Varrón[779] de que allí, al penetrar los vientos en una tierra abierta a ellos, la repentina fuerza del aire o bien encrespa el mar o bien lo hace retirarse de nuevo [5] con enorme rapidez. Toda la región de África está separada de Etiopía y de los confines de Asia por el río Nigris, que engendra al Nilo[780], y de Hispania por el estrecho. Por el lado que mira al mediodía, carece de fuentes y tiene mala fama por su aridez; por la otra parte, por donde soporta al septentrión, es rica en aguas. En el territorio de Bizacio, que [6] se extiende por más de 200.000 pasos[781], el suelo es tan fértil que las semillas allí sembradas renacen con un fruto centuplicado[782].

Partiendo de ciudades y lugares, aportaremos las pruebas [7] de que en este territorio se dieron cita muchísimos pueblos foráneos. Al promontorio Borio lo llamaron así los griegos extranjeros porque es azotado por el aquilón[783]. A Hipona, llamada después Regio, así como a la otra Hipona que recibió el nombre de Diárrito por la corriente de mar que corre entre sus costas, ciudades grandemente insignes, [8] las fundaron caballeros griegos[784]. Los sículos construyen la ciudad de Clípea, a la que primero denominan Áspide, y también Veneria[785], pues a ella trasladaron el culto de Venus Ericina[786]. Los griegos designan en su lengua a Trípolis por el número de tres ciudades, a saber, Ea[787], Sábrata, Leptis

Magna[788]. Los hermanos Filenos recibieron el nombre griego por su ansia de alabanza[789].

El pueblo de Tiro es el fundador de Hadrumeto[790] y de [9] Cartago: pero repetiré ahora lo que nos han transmitido sobre [10] Cartago los libros que dicen la verdad. Esta ciudad, como afirma Catón en un discurso que pronunció ante el senado[791], la levantó una mujer llamada Elissa[792], natural de Fenicia, en la época en que el rey Yapón ejercía el gobierno de Libia[793], y le dio el nombre de «Carthada», que en la lengua fenicia significa ciudad nueva[794]. Después, traduciendo la expresión al lenguaje púnico, llamaron a aquélla Elisa[795] y a ésta Cartago: ciudad que fue destruida 737 años después de [11] haber sido fundada[796]. Luego, Cartago fue entregada por Gayo Graco a colonos itálicos y le dio el nombre de Junonia, por algún tiempo menos conocida a consecuencia de su estado modesto y decadente[797]. Finalmente, transcurridos ciento dos años, durante el consulado de Marco Antonio y Publio Dolabela[798], brilló con el esplendor de una segunda Cartago, segunda gloria del mundo después de la ciudad de [12] Roma. Pero, volviendo a África, ella misma está ceñida por un contorno propio. Muchísimas fieras ocupan las zonas del interior, pero en particular los leones[799].

Sobre los leones

[13] Esta especie se divide en tres clases: en efecto, los más pequeños de cuerpo y de melena rizada son, en su

mayoría, indolentes y pacíficos; los más grandes y de melena lisa son más feroces: pero aquellos que han sido engendrados por leopardos se quedan en leones vulgares, privados de melena[800]. Todos ellos, por igual, no almacenan grasa, sobre todo porque beben día sí y día no, se procuran alimento un día sí y otro no, y suele suceder que, si todavía no han hecho la digestión, retrasen por un día su acostumbrada comida[801]. Además, porque cuando están henchidos [14] ellos mismos se sacan la carne que han comido de más metiéndose las garras en las fauces. E incluso obran igual cuando, hallándose saciados, hay que emprender la huida. La falta de dientes manifiesta su vejez. Y en cuanto a sus [15] muestras de compasión, son muchas: perdonan a los que se hallan tendidos en el suelo, se ensañan más bien con los hombres que con las mujeres, no matan a los niños a no ser que tengan gran hambre[802]. Y no son ajenos a la misericordia, y hasta está demostrado por frecuentes ejemplos que han tenido piedad cuando muchos prisioneros que se tropezaron con algunos leones regresaron a su patria sanos y salvos. En los libros de Juba figura, asimismo, el nombre de [16] una mujer de Getulia[803], la cual suplicó con insistencia a las fieras que le salieron al paso y regresó inmune. Los leones copulan de espaldas: y no solamente ellos, sino también los linces, los camellos, los elefantes, los rinocerontes y los tigres[804]. [17] Las leonas paren en su primer parto cinco cachorros; luego, en los años sucesivos, reducen su número en una cría; y, por último, cuando la fecundidad de la madre ha descendido hasta un solo cachorro, quedan perpetuamente [18]

estériles[805]. La frente y la cola revelan los sentimientos de los leones, de la misma manera que las emociones del caballo se aprecian en las orejas; pues la naturaleza concedió a los animales más nobles estos medios de expresión. Su mayor fortaleza reside en el pecho, su principal solidez en la cabeza[806]. Cuando son acosados por los perros, retroceden con desprecio y, haciendo a ratos un alto, con una retirada indecisa disimulan su temor. Y actúan así cuando son perseguidos [19] en campo raso y abierto, pues en las zonas cubiertas de selva se escabullen huyendo a más no poder, como si no temiesen que hubiera testigos de su cobardía. Cuando atacan, ayudan su esfuerzo con un salto; cuando huyen, no tienen fuerza para saltar[807]. Mientras caminan, esconden las puntas de las uñas en unas vainas del propio cuerpo, para que su agudeza no se embote con el roce. Observan esta regla hasta tal punto, que nunca corren si no es con las zarpas vueltas hacia dentro. Si están rodeados por los cazadores, [20] dirigen su mirada a tierra, para no atemorizarse a la vista de las jabalinas[808]. Nunca miran de reojo, y no les gusta nada que se les mire así. Se asustan del canto del gallo y del rechinar de las ruedas, aunque más del fuego[809].

Sobre el leontófono

[21] Sabemos por tradición que hay unos animales de escaso tamaño llamados leontófonos, a los que, una vez capturados, se los quema, a fin de emponzoñar,

espolvoreándolos con sus cenizas, pedazos de carne y, arrojándolos en las encrucijadas de las sendas frecuentadas [22] por los leones, matarlos, a poco que coman de ellos. Por eso los leones sienten hacia ellos una aversión innata y, en cuanto se presenta la oportunidad, se guardan bien de morderles, pero les quitan la vida destrozándolos a zarpazos[810]. El primero que sufragó en Roma un espectáculo con leones fue Escévola, hijo de Publio, siendo edil curul[811].

Sobre las hienas

África produce también la hiena, animal [23] cuyo pescuezo forma un todo rígido y continuo con el espinazo y le impide girarse, a no ser que dé la vuelta con todo su cuerpo. Muchas maravillas se dicen de ella: la primera es que va tras las majadas y, con la costumbre de oír hablar, aprende palabras que puede pronunciar contrahaciendo la voz humana, de forma que por la noche se ensaña con las personas que acuden atraídas mediante la argucia. Finge también el vómito del hombre y, gracias a [24] ello, devora a los perros que aparecen al reclamo de las falsas arcadas[812]: si por azar, mientras persiguen a una hiena para cazarla, los perros rozan su sombra, pierden la voz y no pueden ladrar[813]. Esta misma hiena remueve las tumbas para buscar los cadáveres sepultados. Además, resulta más fácil capturar a los machos, pues las hembras tienen desde el nacimiento una sagacidad más avisada.

La piedra hienia

[25] Sus ojos adoptan innumerables formas y cambios de color. En sus pupilas se encuentra una piedra llamada hienia, dotada de tal poder que predice el futuro de la persona debajo de cuya lengua se ponga[814]. De hecho, todo animal en torno al cual la hiena da tres vueltas, no puede moverse de donde está: por eso se ha afirmado que posee artes mágicas[815].

La «corocota»

En el territorio de Etiopía la hiena se [26] aparea con la leona, de la que nace un monstruo: su nombre es «corocota». También este animal remeda del mismo modo la voz humana. Jamás reprime su mirada, sino que la mantiene, fijando la vista sin pestañeos. No tiene encías en la boca, sino un diente único y continuo, que encaja naturalmente, al modo de un cofre, para que nunca se desgaste[816].

Los onagros

Entre esa clase de animales que llamamos [27] herbívoros, África cría también onagros[817], especie en la que cada macho señorea a un hato de hembras. Temen a los rivales amorosos. Ésta es la razón de que vigilen a sus hembras preñadas, con el objeto, si tienen alguna oportunidad, de privar de sus compañones a los machos

desprotegidos, mutilándolos a mordiscos; para evitarlo, las hembras esconden a sus hijos en sitios retirados[818].

Sobre las serpientes

[28] África es tan copiosa en serpientes que con toda justicia se lleva la palma de esta plaga. Las cerastas llevan en la frente cuatro cornezuelos, y enseñándolos como si fueran una comida apetecible, matan a las aves que se dejan seducir por ellos; pues ocultan mañosamente el resto del cuerpo debajo de la arena y no descubren otro indicio de su presencia sino el de aquella parte con la que acechan la muerte de los volátiles, atraídos con engaño [29] a los alimentos[819]. La anfisbena remata en dos cabezas, una de las cuales se halla en su sitio, pero la otra está en el extremo que corresponde a la cola: la consecuencia es que, como una cabeza tira del cuerpo desde ambas puntas de forma opuesta, se desliza en trayectos circulares[820]. Los jáculos [30] escalan los árboles, desde los cuales, dando vueltas con enorme potencia como un torbellino, atraviesan a cualquier animal que la casualidad les haya puesto a tiro[821]. La escítala luce en el dorso una riqueza de colores tan llamativa, que con el encanto de los dibujos entretiene a quien la mira, y como es muy perezosa arrastrándose captura a quienes no puede dar alcance mientras permanecen atónitos ante el portento de su belleza. Con este esplendor de sus escamas, [31] es la primera que muda su camisa hibernal[822]. Hay muchos y distintos géneros de áspides, mas su poder para causar daño

es desigual: la dípsada mata por la sed[823]; la hipnal, que mata por el sueño, se adquiere para darse muerte, como bien atestigua Cleopatra[824]. Puesto que el veneno de los demás [32] áspides tiene remedio, merece menos fama[825]. La picadura de la hemórroo hace salir la sangre y, al deshacer los conductos de las venas, extrae con la sangre cuanto queda de vida[826]. La préster produce a quien le pica una hinchazón y, después de inflamarse, le mata una desmesurada obesidad[827]. La mordedura de las sepes causa putridez[828]. Encontramos también las amoditas[829], así como la céncride[830], [33] las elefancias[831], los quersidros[832] y los camadragones[833]. Hay, en definitiva, tantas clases de muerte como nombres de reptiles. Pues los escorpiones, estincos y lagartos se incluyen entre los gusanos, no entre las serpientes. Estos prodigiosos animales si emiten silbos hieren con menos [34] fuerza. Poseen sentimientos de afecto: no van de un sitio a otro de cualquier manera, sino por parejas; y si capturan o matan a uno de ellos, el que queda vivo se enfierece[834]. Las hembras tienen la cabeza más menuda, el abdomen más voluminoso, el veneno más dañino. El macho tiene una configuración proporcionada; tiene también mayor presencia y mansedumbre. Todas las culebras tienen, en resumen, [35] la vista débil. Pocas veces miran hacia delante, y no les falta motivo, puesto que no tienen los ojos en la frente, sino en las sienes, de suerte que oyen antes de ver.

La piedra heliotropo

Acerca de la piedra heliotropo existió [36] una porfía entre Etiopía, África y Chipre para determinar cuál de ellas producía los ejemplares más sobresalientes: y averiguóse, mediante un sinfín de pruebas, que la de Etiopía o la africana obtenían el triunfo. Posee un color verde no demasiado vivo, sino más bien empañado y tibio, salpicado de estrellas purpúreas[835]. El origen de su [37] nombre deriva de la eficacia de la gema y de sus virtudes: metida en una taza de bronce convierte los rayos del sol en una reverberación de color de sangre, mientras que fuera del agua despide y rechaza el resplandor del sol[836]. Se cuenta que el heliotropo tiene también esta facultad: si se mezcla con la hierba que lleva el mismo nombre y recibe consagración[837] mediante encantamientos correctamente formulados, hace invisible ante los presentes a cualquiera que la lleve consigo[838].

[38] El camino entre las Sirtes se determina, incluso para los que efectúan el trayecto por tierra firme, siguiendo las estrellas, y no hay otro modo de averiguar la ruta. Pues el aire altera la apariencia del suelo friable y el soplo del viento, aunque tenga la mínima fuerza, causa tan grandes cambios que, trastocada de inmediato la configuración del paisaje, no queda ni una señal para reconocerlo, desde el momento en que, a veces, los cerros que sobresalían se allanan en valles, y otras veces los que habían sido valles se rellenan por la acumulación de arena. Así es como también la tierra firme [39] participa de la naturaleza del mar contiguo. Y no importa en dónde estalle antes la tormenta, porque al concertarse los elementos para ruina de los viajeros, los aires

desatan su furor en las tierras, las tierras en el mar[839]. Entre ambas Sirtes hay una distancia de 250.000 pasos[840]. La Sirte Menor [40] es algo más tranquila. Estamos informados, por último, de que durante el consulado de Gneo Servilio y de Gayo Sempronio la escuadra romana navegó sin contratiempos por mitad de estos bajos de arena[841]. En este golfo, la isla de Mene[842] se convirtió en la guarida de Gayo Mario después de los pantanos de Minturnas[843].

Los psilos

[41] Por encima de los garamantes[844] estuvieron los psilos, gentes dotadas de una asombrosa resistencia corporal contra el dañino veneno. Eran los únicos que no perecían por la picadura de las serpientes, y aunque fueran heridos por su diente mortífero se mantenían con la salud intacta. Hasta hace poco, incluso exponían [42] a las serpientes a los recién nacidos: si eran fruto de un adulterio, el delito de la madre era castigado con la muerte de los pequeños; si eran de origen honesto, la prerrogativa de la sangre del padre los preservaba de la muerte, como a nacidos de buena ley. El veredicto de los venenos demostraba, de ese modo, la autenticidad del linaje[845]. Pero este pueblo desapareció, cautivo de los nasamones[846], y, salvo eso que se cuenta, ningún otro rastro de su nombre nos dejaron los psilos[847].

Sobre la piedra nasamonita

Los nasamones nos proporcionan la [43] piedra llamada nasamonita, toda ella de color rojo sangre, sombreada por pequeñas vetas negras[848]. En un apartado rincón de la Gran Sirte, en la vecindad de los altares de los Filenos, sabemos que habitaron los lotófagos, y esto no carece de solidez[849]. No lejos de los altares de los Filenos está la laguna a la que afluye el río Tritón[850]; allí es donde, según la creencia general, la diosa de las artes había observado su imagen[851].

[44] La Gran Sirte muestra una ciudad, llamada Cirene, que fue fundada por el lacedemonio Bato en la cuadragesimoquinta Olimpiada, cuando el rey Anco Marcio ejercía el poder en Roma, 586 años después de la caída de Troya[852]: este [45] país fue la patria del poeta Calímaco. Entre esta ciudad y el templo de Amón[853] hay 400.000 pasos[854]. Tocando al templo existe una fuente consagrada al Sol, la cual, mediante los lazos de la humedad mantiene la tierra compacta e incluso solidifica las cenizas convirtiéndolas en piso firme[855].

Sobre la piedra llamada «cuerno de Amón»

Y no es pequeño portento que en este [46] suelo brote un bosque, aun siendo áridos todos los terrenos circundantes[856]. Allí mismo se recoge también una piedra; la llaman cuerno de Amón porque es tan retorcida y encorvada que reproduce la forma del cuerno de un carnero. Resplandece como el oro[857]. Se dice que colocada debajo de la cabeza de quienes están acostados, revela sueños proféticos.

Sobre el árbol «melopo»

[47] Hay asimismo un árbol, de nombre «melopo», del que mana un líquido viscoso al que llamamos, por su lugar de origen, amoníaco[858].

Sobre el laserpicio

[48] Además de esto, en la región de Cirene se cría el laserpicio, de aromáticas raíces, más parecido a un brote de hierba que a un arbusto. En la época del estío destila desde el tallo un espeso rocío, el cual se pega a las barbas de los cabrones que ramonean: y cuando, ya desecado, se ha transformado en unas gotas congeladas, es recogido para emplearlo en las comidas o, más [49] bien, en la medicina[859]. Primero se le llamó leche «sírpica», porque fluye a manera de leche: después, mediante un giro derivado, fue denominado «láser»[860]. Estas plantas, habiendo sido devastados los campos en un primer momento por la irrupción de los bárbaros[861], luego las arrancaron casi por completo los mismos vecinos, a consecuencia de la abrumadora demasía del tributo[862].

Sobre el basilisco

Cirene tiene a África a su izquierda, y [50] a su derecha a Egipto; de cara, una mar embravecida y sin refugios; a su espalda, distintas tribus de bárbaros y un desierto inaccesible,

que es cuna del basilisco, calamidad sin igual en el mundo. Es una serpiente de casi [51] medio pie de largo, en cuya cabeza está trazada como una pequeña mitra blanca[863]; nacida para ser el azote no sólo de los hombres o de los demás animales, sino incluso de la propia tierra, a la que estraga y abrasa dondequiera que escoja su madriguera de fiera. En fin, arruina la hierba, seca los árboles y hasta inficiona los mismos vientos, de forma que ningún ave se salva si cruza por el aire envenenado [52] con su huelgo pestilente. Cuando está en movimiento, arrastra medio cuerpo, y el otro medio lo lleva alto y erguido. Hasta las serpientes sienten horror de su silbido y en cuanto lo escuchan todas huyen apresuradamente hacia donde puedan. [53] Cualquier animal que muera a consecuencia de su picadura no lo come bestia alguna, no lo tocan los pájaros[864]. Sin embargo, resulta derrotado por las comadrejas, que los hombres introducen en los agujeros donde se esconde[865]. Aun así, ni siquiera después de muerto pierde su poder: por eso los habitantes de Pérgamo adquirieron a peso de oro los restos de un basilisco, para impedir que las arañas tejieran sus redes y que las aves penetrasen en el templo engalanado por el pincel de Apolodoro[866].

En las cercanías del flanco más extremo de las Sirtes [54] riega la ciudad de Berenice el río Leto, corriente que brota impetuosa, según se cree, por el desbordamiento del infierno y que es recordada entre los poetas de otros tiempos por el licor del olvido[867]. Esta ciudad la edificó Berenice, que estuvo casada con Ptolomeo III, y la instaló en la Gran

Sirte[868].

[55] Todo el inmenso territorio que se extiende entre Egipto, Etiopía y Libia, por dondequiera que hay umbrosos bosques, lo pueblan diferentes especies de monas. Y que ninguno lleve a mal nuestras noticias disgustado por este nombre[869].

Distintos géneros de monas

[56] Pues verdaderamente merece la pena no eludir ningún aspecto en el que pueda apreciarse la previsión de la naturaleza. Entre los cuales figuran esos enjambres de monas que en todas partes vemos dotadas de una tendencia natural a la imitación, y por ello son capturadas con mayor facilidad: pues mientras repiten ansiosas los gestos de los cazadores, que han dejado a propósito un vaso para perfumes lleno de liga, se embadurnan sus propios ojos —y es que ven cómo ellos lo han hecho de forma ficticia—; cubierta así la vista, resulta fácil cogerlas[870]. [57] Saltan de gozo durante la luna nueva, están tristes con la luna en credente y en menguante[871]. Aman desmedidamente a su prole, hasta el punto de que pierden más fácilmente a las crías a las que más aman y que llevan delante de sí, puesto que aquellas a las que no hacen caso van siempre agarradas por detrás a la madre[872]. Los cercopitecos tienen [58] cola: es la única diferencia respecto a los simios hasta ahora mencionados[873]. También los cinocéfalos figuran en la nómina de las monas: abundantísimos en los territorios de Etiopía, saltan con

violencia, muerden ferozmente y jamás [59] se amansan tanto que no estén más bien rabiosos[874]. Entre las monas se cuentan asimismo las esfinges, de hirsuta cabellera, de tetas altas y algo salidas, aprenden fácilmente a [60] olvidar su fiereza[875]. Existen también aquellas que llaman sátiros, de rostro bien gracioso, que no paran de gesticular con movimientos de pantomima[876]. Los calítrices ofrecen un aspecto casi por completo distinto al de los demás simios: tienen barba en la cara y cola larga[877]. No resultan difíciles de cazar, pero es raro darlos a conocer: pues no viven en ningún otro clima sino en el de Etiopía, es decir, en el suyo.

Pueblos limítrofes de los nasamones

Entre los nasamones y los trogloditas **[28]** se encuentra el pueblo de los garamantes, que construyen sus casas con sal. La extraen de las montañas en forma de rocas, destinadas a la edificación, y las unen con pasta de mortero. Tienen allí tal cantidad de esta piedra, que hasta los techos fabrican con piezas de sal[878]. Éstos son los [2] garamantes que mantienen con los trogloditas el comercio de la piedra carbunclo[879]. Aquende los garamantes, más cerca de los nasamones, los asbitas viven del laserpicio: se alimentan de esta planta, que para ellos es comestible[880].

Los garamantes

[29] Debris es una ciudad de los garamantes[881], con una

fuente prodigiosa: ¿y cómo no, puesto que, alternativamente, está fría de día y de noche hierve? Y por los mismos conductos de sus venas unas veces bulle con un vapor ardiente y otras se estremece con un [2] frío glacial. Es algo increíble de contar que en tan corto espacio de tiempo la naturaleza cause una mudanza tan discordante, y quien desee indagar este fenómeno durante la noche, pensaría que dentro de esa corriente late una antorcha imperecedera: mas quien lo explore de día, jamás discurriría otra explicación sino que los veneros invernales permanecen [3] constantemente helados. De ahí que Debris goce, no sin motivo, de fama entre las gentes, pues sus aguas cambian de propiedades con el rodar del cielo, aunque las influencias de los astros se ejerzan en sentido inverso: en efecto, mientras que la tarde alivia del calor a la tierra, las aguas empiezan desde el ocaso a calentarse tan intensamente que, si no dejas de tocarlas, el contacto con ellas produce [4] daños; y, al contrario, mientras que al salir el sol hay un abrasamiento y sus rayos hacen que hierva toda la naturaleza, el manantial vomita torrentes tan invernales que no cabe beber agua ni aun estando sediento[882]. ¿Quién, por tanto, no va a quedar perplejo ante una fuente que con el calor se enfría y con el frío se calienta?

La capital de la región garamántica es Gárama[883]; el [5] camino que conducía hasta ella fue por mucho tiempo intrincado e intransitable: pues los ladrones[884] cegaban los pozos con arena, de forma que escondiendo el agua con esta insidia pasajera[885] el terrible camino ahuyentaba, por su

sequedad, la llegada de viajeros. Pero en el reinado de Vespasiano, [6] durante la guerra que se hizo contra los habitantes de Ea[886], esta dificultad se resolvió al descubrirse un atajo que hacía más corto el trayecto. Cornelio Balbo sometió a los [7] garamantes y, gracias a su victoria, fue el primero que celebró un triunfo: y digo bien, fue el primero de entre los no itálicos, puesto que, nacido en Gades, alcanzó la gloria [8] de inscribir su nombre en las listas triunfales[887]. Los rebaños de este pueblo pacen torciendo el cuello hacia un lado: efectivamente, si acercan la boca directa hacia el pasto, los cuernos vueltos hacia el suelo se lo impiden[888]. Sabemos que por la región donde está Cercina[889] se halla la isla de Gaulos, donde las serpientes ni se crían ni sobreviven, en caso de introducirlas allí. Además, la tierra de la isla esparcida en cualquier otro lugar aleja a los reptiles: dejada caer encima de un escorpión, muere al instante[890].

Los etíopes

Los etíopes y los pueblos del Atlas **[30]** están separados por el río Nigris, al que algunos consideran parte del Nilo: de igual manera verdea gracias al papiro, de igual manera se cubre de cañizales, cría a los mismos animales, se desborda en la misma estación y vuelve dentro de sus orillas justo al mismo tiempo en que el Nilo queda sujeto a su cauce[891].

Curiosidades de estos pueblos

Los garamantes etiópicos no conocen [2] el matrimonio como institución privada, sino que a todos se les permiten las relaciones sexuales promiscuas. El resultado es que tan sólo las madres reconocen a los hijos: de suyo no se guarda ningún respeto a la figura del padre. ¿Pues quién reconocería a su auténtico padre en [3] medio de ese desenfreno de licenciosos adulterios? Por eso, los etíopes garamantes son considerados, entre todas las naciones, un pueblo degradado: y no sin razón, porque su detestable hábito, transgrediendo la observancia de la pureza de costumbres, les ha privado de conocer a sus sucesores[892].

[4] El nombre de los etíopes se extiende por dilatados espacios. En aquella parte de África en la que Libia mira hacia Méroe están la mayoría de ellos y distintas poblaciones. Entre las cuales figuran los nómadas: viven de la leche de los cinocéfalos[893]. Los serbotas poseen una altura de doce pies[894]. Los azaqueos devoran a los elefantes cobrados en las cacerías[895]. Entre los psámbaros no hay ningún cuadrúpedo [5] orejudo, ni siquiera elefantes[896]. Sus vecinos entregan a un perro la suprema potestad real y por sus movimientos adivinan qué cosa les ordena[897]. Dícese que los etíopes de [6] la costa tienen cuatro ojos. Pero la verdad es muy otra, en concreto que disfrutan de agudísima vista y que dirigen infaliblemente el disparo de las flechas[898]. Hacia occidente habitan los agriófagos, que comen únicamente carne de pantera y de león, regidos por un monarca en cuya frente luce un solo ojo[899]. Están también los pánfagos, cuya comida [7] la forma cualquier materia que sea comestible y

todo cuanto crece por azar[900]. Están también los antropófagos, cuyo hábito [8] pregona su nombre[901]. Cuentan que los cinomolgos tienen fauces caninas y el rostro ligeramente en punta[902]. Los artabatitas marchan de un lado a otro con el cuerpo curvado hacia el suelo y a cuatro patas, no de modo distinto a como lo hacen las bestias sin acomodo fijo[903]. Los que lindan con Mauritania recogen cada cierto tiempo langostas de tierra y, conservadas en salmuera, las tienen como su único medio de vida: mas ninguno de ellos sobrepasa la edad de cuarenta años[904].

Desde este Océano hasta Méroe, isla creada por el Nilo [9] en su primer brazo, hay 620.000 pasos[905]. Más allá de Méroe, cerca del nacimiento del sol, los etíopes reciben el nombre de macrobios, pues su vida es la mitad de tiempo más larga que la nuestra[906]. Estos macrobios practican la [10] justicia, aman la equidad, muestran una extraordinaria fortaleza, brillan por su singular hermosura, usan adornos de bronce, fabrican con oro las cadenas de los criminales[907]. Junto a ellos se halla el lugar de Heliutrápeza, siempre repleto de magníficas viandas, que consumen todos sin distinción: pues dicen que esos alimentos se multiplican incluso [11] por voluntad divina[908]. Allí mismo hay también una fuente, en la que los cuerpos bañados por sus aguas comienzan a brillar como untados con aceite. Es sanísimo beber de esta fuente. Es tan sumamente límpida que ni siquiera arrastra las hojas desprendidas de los árboles, sino que envía inmediatamente al fondo las hojas caídas, a causa de la finura del líquido[909].

Más allá de esta gente hay solitarios y despiadados desiertos [12] hasta llegar a los golfos de Arabia. Después, en las partes más remotas del Oriente, las monstruosas figuras de otros pueblos. Unos, desnarigados, con toda la superficie de la cara plana por igual, poseen rostros deformes[910]. Otros [13] tienen la boca soldada y sólo por un pequeño orificio sorben los alimentos con pajas de avena[911]. Algunos carecen de lengua: en lugar de palabras se valen de señas y gestos[912]. [14] Algunos de estos pueblos estuvieron sin conocer el fuego hasta la época del rey egipcio Ptolomeo Latiro[913].

Toda Etiopía ocupa desde el levante invernal hasta el occidente invernal[914]. De esa extensión, cuanto se halla en la vertical de mediodía está cubierto de bosques, que verdean sobre todo durante el invierno. En la región central domina el mar un monte prominente, el cual arde de continuo con un fuego ingénito y cuando está sosegado muestra la cresta inflamada[915].

Sobre los dragones

Entre estos incendios propios del constante [15] calor tórrido se mueve un gran número de dragones. Los verdaderos dragones poseen una boca pequeña y que no se abre para morder, así como unos estrechos conductos por donde respiran y sacan la lengua: porque su fuerza no se halla en los dientes, sino en la cola, y mayor daño causan propinando golpes que con la boca[916].

Se extrae del cerebro de los dragones [16] la piedra dragontía[917], mas la piedra no existe salvo cuando es sacada de un ejemplar vivo[918]: en efecto, si la serpiente muere antes, la piedra se disipa junto con la vida después de haber perdido su dureza. Los reyes de Oriente, sobre todo, se precian de lucir esta gema, aunque su consistencia no admite ninguna afectación de artífice y cuanto tiene de excelente no lo hacen las manos, ni debe su blancura resplandeciente a ninguna otra causa sino a su propio [17] natural. El historiador Sótaco[919] confirma en sus escritos que él ha visto esta gema y explica de qué forma se obtiene por sorpresa. Algunos hombres de inconmensurable osadía espían los antros y refugios de estas serpientes: aguardan luego la ocasión en que salen a comer y mientras pasan por delante de ellas en excitada carrera arrojan hierbas impregnadas, lo mejor que pueden, con drogas, para provocarles el [18] adormecimiento: sumidas de ese modo en el letargo, les cortan la cabeza, y de los despojos de su peligrosa hazaña traen consigo el botín de su temeridad[920].

Sobre las jirafas

Aquellos lugares donde habitan los etíopes [19] están llenos de bestias salvajes, entre ellas la que llaman «nabu»[921], a la que nosotros damos el nombre de camelopardal[922]. Se parece, en el cuello, al caballo, en las patas al buey, en la

cabeza al camello; tiene una brillante capa rojiza, salpicada de manchas blancas.

Sobre los cefos

Este animal fue mostrado al público [20] en Roma, por primera vez, en los juegos circenses ofrecidos por el dictador César[923]. Casi en estas mismas fechas pudieron contemplarse, traídos de allí mismo, otros seres portentosos, que llaman cefos, cuyas patas traseras semejan miembros humanos por la forma de la pierna y de la planta del pie, y las delanteras reproducen las manos humanas: pero no han sido vistos por los romanos sino una sola vez[924].

El rinoceronte

[21] Antes de los juegos de Gneo Pompeyo[925] los espectáculos romanos desconocían el rinoceronte[926]: esta bestia tiene el color del boje[927], en la nariz un cuerno único y curvado hacia atrás, que afila en punta restregándolo a menudo en las rocas, y lo utiliza para luchar contra los elefantes: tienen su misma longitud, aunque con las patas más cortas, y por naturaleza acometen al vientre, pues comprenden que es la única parte donde sus cornadas pueden penetrar[928].

El catóblepas

Cerca del río Nigris nace el catóblepas, [22] animal de poca presencia e indolente; lleva trabajosamente su cabeza, muy pesada; su mirada es perniciosa: en efecto, quienes han cruzado la vista con sus ojos, pierden súbitamente la vida[929].

Sobre las hormigas etiópicas

Hay allí unas hormigas con forma de [23] grandes perros: con sus zarpas, idénticas a las de los leones, extraen arenas auríferas: vigilan para que nadie se las lleve y persiguen hasta matarlos a quienes lo intentan[930].

El licaón

[24] La misma Etiopía produce el licaón: es un lobo con crines en el cuello y con tal gama de matices, que podría decirse que no carece de ningún color[931].

El «parandro»

[25] Produce también el parandro[932], que tiene la corpulencia de un buey, la pezuña hendida, la cornamenta ramificada, la cabeza de ciervo, el color del oso y el pelo igual de tupido. Se asegura que este parandro cambia su aspecto externo a causa del miedo y que cuando se esconde se hace semejante a todo aquello a lo que se ha arrimado, ya sea el blanco propio de las peñas, ya el verde de los arbustos, ya adopte cualquier otro color. Es lo mismo que hacen [26]

los pulpos en el mar, los camaleones en tierra: aunque ni el pulpo ni el camaleón tienen pelo, de suerte que están mejor dispuestos, por la finura de su piel, para imitar cuanto les rodea: lo novedoso y excepcional en este caso es que la tosquedad de los pelos adquiera el aspecto de los colores[933]. De aquí resulta que difícilmente puede ser capturado.

Sobre los lobos etiópicos

Es característico de los lobos de Etiopía [27] que al saltar tienen el vuelo de un ave, de manera que nada ganan con correr en vez de marchar al paso: sin embargo, jamás atacan al hombre. En invierno están cubiertos de pelo, en verano desnudos: reciben el nombre de «toes»[934].

Sobre el puerco espín

También es muy común en aquel territorio [28] el puerco espín, semejante al erizo, con la espalda erizada de espinas, de las que muchas veces se desprende, soltándolas en un lanzamiento intencionado, de manera que hiere con una incesante lluvia de púas a los perros que le atacan[935].

Sobre el pájaro pegaso. Sobre el pájaro tragopán

[29] Un ave de aquellos cielos es el pegaso: pero este pájaro no tiene nada de equino, salvo las orejas[936]. También el tragopán, ave mayor que el águila, que presenta una

cabeza armada con unos cuernos como de carnero[937].

Sobre el cinamomo

[30] Los etíopes recogen el cinamomo[938]. Este arbusto nace en una pequeña región, echa ramas cercanas al suelo y poco extendidas, nunca más allá de dos brazas de altura[939]. El que crece más delgado es considerado más excelente: el que se hincha en grosor se tiene por despreciable[940]. En realidad, lo recogen con sus manos los sacerdotes [31] después de haber inmolado unas víctimas[941]: y cuando las han ofrecido en sacrificio, se mantiene la regla de que la recolección no se haga antes de la salida del sol ni traspase el ocaso. El sacerdote que oficia de presidente divide los montones de ramitas mediante una lanza, que ha sido consagrada para cumplir tal función: y así, una parte de las gavillas se le dedica al sol, la cual, si fue dividida con ecuanimidad, empieza a arder por sí sola[942].

Sobre el jacinto

[32] Entre las noticias de que ya hablamos figura el jacinto, de un brillo azul profundo; es una piedra preciosa siempre que aparezca limpia de tacha: no pocas veces, desde luego, se encuentra sujeta a imperfecciones. Pues la mayoría o se difumina en tonos violáceos, o queda cubierta por alguna nube, o bien, cuando tira más al blanco, se desustancia en colores parecidos al agua. Su tono es el mejor si no está

demasiado amortiguado por la excesiva densidad del color rojo ni es demasiado claro por su acentuada transparencia, sino que de lo uno y lo otro saca la flor[943], suavemente teñida con una combinación de luz y de [33] púrpura. El jacinto es esa piedra que capta la atmósfera y reacciona de acuerdo con el cielo: pues no resplandece de igual manera cuando el día está nublado o sereno. Además, metido en la boca se pone más frío. De ningún modo es apto para la talla, porque no admite el desgaste por frotamiento, y sin embargo no es absolutamente resistente: pues el diamante le produce incisiones y señales[944].

Sobre la crisoprasa. Sobre la hematites

[34] Donde aflora el jacinto, allí aflora también la crisoprasa: dicha piedra queda ocultada por la luz, mientras que la oscuridad la pone de relieve. Encierra, en efecto, esta contradicción, que de noche es del color del fuego, de día pálida[945]. De este mismo suelo tomamos la hematites, de color rojo sanguíneo, y ésta es la razón de que reciba el nombre de hematites[946].

Curiosidades sobre los pueblos recónditos de Libia

Todo el espacio que se extiende desde **[31]** el Atlas hasta la boca canopitana, donde está el confín de Libia y el comienzo de Egipto —así llamada por Canopo, el piloto de Menelao, enterrado en esa isla que forma la boca del Nilo[947]

—, lo habitan diversos pueblos que se refugiaron en las soledades de un desierto inaccesible. Uno de ellos, los atlantes, han desterrado por completo las [2] maneras humanas. No utilizan nombre propio, tampoco una denominación especial. Acogen la salida del sol con maldiciones, con maldiciones escoltan su ocaso: y abrasados por el astro de la zona tórrida, aborrecen al dios de la luz. Aseguran que éstos no tienen sueños y que se abstienen por completo de todos los animales[948].

La piedra hexecontálito

[3] Los «trogoditas» horadan cuevas y se abrigan en ellas[949]. Nadie muestra aquí ambición de poseer: han renunciado a la riqueza por una pobreza voluntaria[950]. Solamente se ufanan de una gema, a la que denominamos hexecontálito, salpicada con tan diferentes motas que en el interior de su pequeña esfera se distinguen los colores de sesenta piedras preciosas[951]. Estas gentes viven de la carne de serpiente e, ignorantes del lenguaje, más bien chillan que hablan[952]. Los augilas tan sólo practican [4] el culto a los infiernos. Fuerzan a sus mujeres en las primeras noches del matrimonio a prestarse al adulterio y luego las sujetan a una perpetua honestidad mediante rigurosísimas normas[953]. Los ganfasantes se abstienen de la guerra, [5] evitan los tratos mercantiles y no permiten a ningún forastero juntarse con ellos[954]. Se cree que los blemias nacen incompletos por la parte del cuerpo donde está la cabeza, pero que en el pecho

tienen la boca y los ojos[955]. Los sátiros [6] nada tienen de hombres, excepto su figura[956]. Los egipanes son tal como los vemos representados[957]. Los himantópodas, con su paso vacilante, más bien reptan que caminan, y resuelven la necesidad de moverse más deslizándose que andando[958]. Los farusios, que fueron compañeros de Hércules cuando se dirigía a las Hespérides, debido al cansancio del viaje se establecieron allí[959]. Hasta aquí Libia.

Egipto

Egipto retrocede desde el mediodía **[32]** hacia el interior llegando hasta el punto en que se extienden, a su espalda, los etíopes. Su parte baja la baña el Nilo, que, dividido desde el lugar llamado Delta, rodea los espacios situados entre sus brazos a modo de isla; brota de una fuente casi desconocida, y de él se cuenta lo que diremos.

Sobre el origen y naturaleza del Nilo

Tiene su nacimiento en una montaña [2] de Mauritania inferior, próxima al Océano. Así lo dicen los *Libros Púnicos:* y sabemos que esta noticia la refiere el rey Juba[960]. E inmediatamente forma un lago, al que llaman Nilida. Pero se presume que a partir de aquí [3] ya es el Nilo, puesto que esta laguna no cría menor número de plantas, peces y animales de los que vemos en el Nilo; y si en alguna ocasión Mauritania, donde tiene su origen, es regada por nieves muy

copiosas o por lluvias demasiado abundantes, el caudal de la crecida aumenta en Egipto. [4] Sin embargo, al salir de este lago es absorbido por la arena y queda oculto dentro de invisibles galerías subterráneas: luego irrumpe impetuosamente en la Cesariense con el [5] aspecto de un río más grande[961], y deja ver los mismos rasgos que ya registramos en su nacimiento[962]; y se sumerge de nuevo y no regresa a la superficie hasta que, después de haber recorrido un dilatado camino[963], alcanza Etiopía, donde brota y crea el río Nigris, del que antes indicamos que constituye el límite de la frontera africana. Los nativos le dan el nombre de Astapo, es decir, «agua que fluye de las tinieblas»[964].

[6] Circunda numerosas y grandes islas, la mayoría de las cuales son de tan dilatada y enorme extensión que la corriente del río apenas logra dejarlas atrás al cabo de cinco días, aunque allí discurre con gran velocidad. La más famosa [7] de todas es Méroe[965]; en torno a esta isla el río se divide: el ramal derecho se denomina Astosapes, el izquierdo Astábores[966]. Aun entonces, después de haber atravesado grandes extensiones, tan pronto como el río se encrespa por los escollos que encuentra al paso, levanta tales columnas de agua entre la barrera de peñascos que, en lugar de fluir, diríase que se desploma; y finalmente recupera la calma a partir de la última catarata[967]: pues así es como llaman los egipcios a [8] ciertos diques del río[968]. No obstante, abandona el nombre de Giris[969], que hasta entonces tenía, y en adelante sigue un curso libre de obstáculos. Desaparece por siete bocas y, alineado hacia mediodía, es acogido en el

mar de Egipto[970].

[9] Los que saben de los astros y de las tierras han dado explicaciones varias sobre sus crecidas[971]. Unos afirman que los vientos etesios hacen que las nubes se condensen allí donde este río nace, y que la propia fuente, colmada por el agua que baja de las alturas, tiene tanta capacidad de inundación cuanto alimento hayan proporcionado las nubes a su [10] caudal. Otros dicen que, empujado hacia atrás por el soplo de los vientos, como no puede hacer avanzar su corriente a la velocidad normal, el río se hincha al debatirse sus aguas en un espacio reducido; y cuanto más enérgicamente se oponen los vientos contrarios, su rechazada rapidez tanto más se levanta, alcanzando las mayores alturas, puesto que el caudal habitual no disminuye y, cuando el río está ya saturado, la afluencia de los torrentes se suma a los manantiales del nacimiento. [11] Y así, al concurrir de una parte la violencia del elemento que empuja y de otra la del que le resiste, bullen las aguas y se acumula una masa que es el origen de la inundación[972]. Algunos aseguran que la fuente del Nilo denominada Fíalo[973] se ve alterada por el movimiento de las estrellas y que atraída por sus ardientes rayos se levanta por el fuego del cielo, aunque no sin respetar una regla fija, esto es, se produce al comienzo de las lunaciones; pero que la [12] retirada del agua tiene todo su origen en el sol y que los primeros síntomas de descenso de la hinchazón suceden cuando el Sol rueda por Cáncer: después, una vez recorridos treinta grados solares, cuando la entrada en Leo ha suscitado el nacimiento de Sirio[974],

mientras la fuente está derramando cuanto había almacenado arroja con violencia toda su agitación. A este momento, es decir, entre el trece y el once [13] de las calendas de agosto[975], lo tuvieron los sacerdotes por el del comienzo del mundo[976]. Luego va reduciendo todos los desbordamientos, cuando atraviesa Virgo, y se recoge completamente dentro de su propio cauce cuando ya ha entrado [14] en Libra[977]. Y añaden, además, que causa iguales daños si rebulle en exceso como si rebulle por debajo de lo normal: porque la falta de agua trae consigo poquísima fertilidad, pero la demasía, que favorece el mantenimiento de la humedad durante mucho tiempo, retarda el cultivo de los [15] campos[978]. Que los mayores desbordamientos alcanzaron la altura de 18 codos, que los más exactos se detuvieron a los 16, y que con 15 no falta una cosecha fructífera, mas cuanto [16] esté por debajo de esa medida genera hambre[979]. Conceden también al Nilo otro rasgo de majestuosidad, cual es el de pronosticar lo venidero, puesto que en tiempos de la guerra de Farsalia no llegó a salirse ni cinco codos[980]. Es algo bien notorio, además, que se trata del único río que no despide ninguna clase de olores. Comienza a estar bajo jurisdicción de Egipto a partir de Siene[981], donde se halla la frontera de los etíopes, y desde allí hasta que penetra en el mar lleva el nombre de Nilo[982].

El buey Apis

Entre todas las cosas dignas de ser recordadas [17] que

contiene Egipto figura la extraordinaria admiración por un buey: lo llaman Apis. Le tributan culto como a una divinidad; se distingue por estar señalado con una mancha blanca, que posee de nacimiento en el lado derecho y reproduce la forma de la luna en cuarto creciente. [18] Tiene fijado un límite de vida, y en cuanto lo ha cumplido se le da muerte zambulléndolo en el fondo de una fuente sagrada, para que no prolongue sus días más allá de lo que es lícito[983]. Acto seguido, y no sin general duelo, buscan otro; una vez localizado, cien sacerdotes principales lo acompañan hasta Menfis, a fin de que, iniciado en los solemnes [19] ritos, empiece allí a ser venerado[984]. Los santuarios donde entra o yace místicamente se denominan tálamos[985]. Proporciona augurios que descubren el futuro; el de mayor valor, si toma la comida de la mano de quien le consulta[986]. Por lo menos, al rechazar la diestra de Germánico César anunció lo inminente, y no mucho después César dejó de existir[987]. Los niños siguen en grupos al Apis y presos, de repente, [20] como de un frenético delirio, vaticinan el futuro[988]. Una vez al año se le presenta una vaca, sin que tampoco le falten a ella ciertas marcas: la cual, en el mismo día en que [21] ha sido encontrada y ofrecida, recibe muerte. Los habitantes de Menfis celebran el cumpleaños del Apis mediante el lanzamiento de una pátera de oro, que arrojan a una poza determinada del Nilo[989]. Estas celebraciones duran siete días; en todos estos días los cocodrilos establecen una especie de tregua con los sacerdotes y no tocan a quienes se bañan. Pero al octavo día, finalizadas ya las ceremonias, recobran su

habitual violencia como si les hubiesen devuelto el permiso para ser crueles[990].

El cocodrilo

El cocodrilo, bestia dañina de cuatro [22] patas, posee el mismo vigor tanto sobre tierra como en el río: no tiene lengua[991]; mueve la mandíbula superior[992]. Sus mordiscos encajan con espantosa firmeza, pues sus filas de dientes acoplan en forma de peines. Generalmente su tamaño alcanza hasta veinte codos[993]. Pone huevos iguales que los de oca. Elige el sitio para su nido con una [23] previsión innata y no cubre la puesta sino en un lugar al que no puedan llegar las aguas del Nilo en su crecida[994]. Para la incubación de la prole se turnan macho y hembra[995]. Además de la abertura de la boca, está incluso armado con inmensas garras. Pasa las noches dentro del agua y durante el [24] día reposa en tierra[996]. Lo ciñe una piel de la mayor dureza, hasta el extremo de rebatir los golpes de cualquier proyectil [25] lanzados contra su espalda[997]. El hoplóptero es un pájaro muy pequeño: mientras trata de obtener los restos de comida, escarba despacio la boca de este animal e imperceptiblemente, con ese modo placentero de mondar los dientes, se abre paso hasta el interior de su garganta[998]. Si el icneumón se percata de ello, entra en el cuerpo de la fiera y, tras destrozarle las entrañas, sale afuera por el vientre después de haberlo roído[999].

Hay también en el Nilo un tipo de [26] delfines que tienen en el dorso una cresta en forma de sierra. Estos delfines provocan insistentemente a nadar a los cocodrilos y, sumergiéndose con una astucia engañosa, nadando por debajo de ellos, rasgan la delicada piel de sus vientres y los matan[1000]. En una isla del Nilo habitan [27] unos hombres de cortísima estatura, mas su coraje llega hasta el extremo de enfrentarse a los cocodrilos; porque tales montruos arremeten contra los que huyen, pero se espantan ante quienes plantan cara. Por eso son capturados, y obligados incluso dentro de las propias aguas se someten a sus órdenes y, reducidos por el miedo, obedecen tan dócilmente que olvidan su fiereza y llevan cabalgando sobre la espalda a sus vencedores. Así pues, dondequiera que los [28] sienten por el rastro del olor, huyen lejos de esta isla y de estas gentes[1001]. Dentro del agua ven borrosamente, pero en tierra con gran agudeza[1002]. En el invierno no toman ningún alimento; más aun, los cuatro meses siguientes al invierno los pasan en ayunas[1003].

El escinco

Son también muy corrientes en las [29] orillas del Nilo los escincos, semejantes, desde luego, a los cocodrilos, aunque de cuerpo pequeño y escurrido; pero son indispensables, no sin tasa, para mantener la salud: porque con ellos los médicos

preparan un bebedizo que destruye la fuerza del veneno[1004].

El hipopótamo

En el mismo río y en la misma tierra [30] nace el hipopótamo, con la espalda, las crines y el relincho del caballo, el hocico achatado, las pezuñas hendidas, dientes de jabalí, la cola retorcida[1005]. Por la noche devasta los campos cultivados, en los que entra caminando hacia atrás, con taimada picardía, para evitar, por medio del engaño de las pisadas, que le tiendan alguna trampa [31] cuando regresa[1006]. Este mismo animal, cuando se hincha por haberse saciado en exceso, busca cañas recién cortadas, por las cuales deambula cuanto haga falta hasta que la punta afilada de los tallos hiere las patas. De esa manera, la gordura se elimina gracias a la sangría: luego cubren los cortes con lodo, hasta que las heridas formen cicatriz[1007]. El primero que trajo hipopótamos y cocodrilos a Roma fue Marco Escauro[1008].

La ibis

[32] Por estas mismas orillas se encuentra el ave ibis. Este animal saquea los huevos de las serpientes y prepara con ellos un manjar muy agradable, que lleva a su nido: así es menos numerosa la reproducción de estas dañinas criaturas[1009].

Y sin embargo, estas aves no sólo son [33] provechosas dentro del territorio egipcio: pues contra cuantos enjambres de serpientes aladas nos envían las marismas de Arabia —cuyo veneno es tan rápido que la muerte sobreviene antes que el dolor de su mordedura— acuden en combate todas las aves, movidas por un fino olfato que las hace aptas para ello, y antes de que ese azote venido de fuera arruine los confines patrios, atajan por el cielo a las funestas hordas: y allí arriba devoran aquel ejército entero. Por semejante servicio, son animales sagrados y a salvo de toda ofensa[1010]. Ponen sus huevos por la boca[1011]. Tan sólo en Pelusio crecen ibis negras, y en los demás sitios blancas[1012].

La higuera egipcia

[34] De entre los árboles que únicamente produce Egipto, el principal es la higuera egipcia, parangonable al moral por sus hojas[1013]; suele dar fruto no sólo en las ramas, sino también en el tronco: hasta tal punto su tamaño es escaso para su fecundidad. En un mismo año produce siete veces fruto: de forma que, si se arranca [35] un higo, crece sin tardanza otro[1014]. La madera de este árbol echada al agua se hunde. Luego, cuando ha permanecido en remojo bastante tiempo, se hace más ligera y empieza a flotar: contraviniendo lo que la naturaleza no consiente en ninguna otra clase de madera, se seca gracias a la humedad[1015].

También hay que hablar del dátil de [36] Egipto: se denomina exactamente «adipso», cual conviene que llamemos a una fruta que, cuando la pruebas, calma la sed[1016]. Tiene el mismo olor que desprenden los membrillos. Mas solamente mitiga la sed si se arranca antes de madurar: pues si se coge ya maduro, paraliza el juicio, impide caminar, traba la lengua y, como perturba todas las funciones de la cabeza y del cuerpo, provoca los defectos de la embriaguez[1017].

Conocimientos celestes de los egipcios

En la frontera de Egipto contigua a [37] Diacecáumene[1018] habitan unos pueblos que, mediante el siguiente artificio, reconocen el momento en el que el mundo, según dicen, se prepara para el inicio del movimiento anual[1019]. Buscan un bosque sagrado y encierran dentro del mismo, en un cercado, animales de muy diversas especies. Cuando el sistema celeste alcanza una posición determinada, todos ellos manifiestan sus sensaciones con cuantas formas [38] de expresarse pueden: unos aúllan, otros mugen, otros silban, otros rugen, mientras que algunos se refugian en las zonas cenagosas. Esta escena les sirve como guía para la [39] captación del instante temporal a descubrir[1020]. Estos mismos pueblos cuentan algo que les fue referido por los primeros antepasados de su estirpe, que donde ahora vemos

el poniente, allí estuvo en otra época el nacimiento del sol[1021].

Las ciudades más notables

Entre las ciudades egipcias, Tebas, a [40] donde traen sus mercancías los árabes y los indios, es célebre por el número de puertas[1022]. De ella recibe nombre la región Tebana[1023]. Asimismo goza de fama [41] Abidos, antiguamente palacio de Memnón y adornada al presente con el templo de Osiris[1024]. A Alejandría la ennoblecen tanto la grandeza de su fábrica como su creador, el Macedón: trazada según el plan del arquitecto Dinócrates, ocupa en nuestro recuerdo un segundo lugar, a continuación [42] de su fundador. Alejandría fue fundada en la 112 olimpiada[1025], siendo cónsules entre los romanos Lucio Papirio, hijo de Espurio, y Gayo Petelio, hijo de Gayo[1026], no lejos de la boca del Nilo que unos llaman Heracleótica y otros Canópica.

[43] Se halla tambien Faro, colonia fundada por el dictador César, desde la que se dirige con teas encendidas la navegación nocturna: pues Alejandría se alcanza por una entrada peligrosa, surcando engañosos bajos, por un mar lleno de imprevistos y tan sólo por tres canales —Posideo, Tegano, Tauro— permite la llegada de los navegantes[1027]. Ésta es, por tanto, la razón de que los ingenios construidos en los puertos para cumplir la función de alumbrar se denominen faros.

Sobre las pirámides

Las pirámides son torres rematadas en [44] punta y de una altura superior a cuanto puede levantar la mano del hombre: y así, por exceder la medida de las sombras, no tienen sombra alguna[1028]. Ahora, desde Egipto hagamos avanzar nuestra pluma.

Arabia. Curiosidades sobre sus fuentes

[33] Al otro lado de la boca Pelusíaca está Arabia, que se extiende hasta el Mar Rojo; dice Varrón que es conocido con el nombre de Eritreo por el rey Eritras, hijo de Perseo y de Andrómeda, y no sólo por su color[1029]. Varrón asegura que a la orilla de este mar hay una fuente en la que, si beben las ovejas, mudan la naturaleza del vellón, y las que antes eran blancas pierden el color que tuvieron hasta el instante de probar el agua y enseguida ennegrecen con tinte oscuro[1030].

[2] Arsínoe es una ciudad del Mar Rojo[1031]. Esta Arabia, sin embargo, llega hasta aquella tierra perfumada y rica que ocupan los árabes catabanos y escenitas, insignes por el monte Casio[1032].

Sobre las costumbres y atuendos de los árabes

Estos escenitas consideran como causas [3] de su nombre el hecho de que se cobijan en tiendas y que no disponen de otra morada[1033]. Si bien las propias tiendas son cilicias: así

denominan a las cubiertas tejidas con pelos de cabra[1034].

El río Euleo

Además, se abstienen por completo de [4] la carne de cerdo. Lo cierto es que si este tipo de animal ha sido introducido en el país, muere al instante[1035]. A esta Arabia la llamaron los griegos Eudemon, los romanos Feliz[1036]. Tiene habitantes en una eminencia artificial entre el río Tigris y el río Euleo[1037]; éste, que nace en Media, es célebre por llevar una corriente tan pura que todos los reyes del lugar no beben otra agua sino la suya[1038].

El incienso

[5] Que no recibió gratuitamente el nombre de Eudemon podrás comprenderlo por el hecho de que, además de perfumes, que produce muchísimos, sólo Arabia da incienso, aunque no toda ella. Pues en el centro de Arabia están los Astramitas[1039], un distrito de Saba, separados por ocho jornadas de la región productora del incienso llamada Arabia, es decir, sagrada, pues entienden [6] que esto es lo que significa[1040]. Esos tallos no son comunitarios, sino que —y esto constituye una novedad entre los bárbaros[1041]— pasan a manos de los descendientes por herencia familiar. Por eso, quienes poseen el dominio de tales [7] bosquecillos reciben, en lengua árabe, el nombre de «los sagrados». Estos mismos, cuando recolectan o sangran estos bosques sagrados no

asisten a funerales, no se contaminan manteniendo unión sexual con las mujeres[1042]. Antes de que [8] se revelase completamente la verdad, unos comparaban este árbol con el lentisco, otros más bien con el terebinto, hasta que en los libros que el rey Juba dedicó a César, hijo de Augusto[1043], se puso de manifiesto que tiene un pie retorcido, las ramas a la manera del arce, que segrega una goma como la del almendro y que se sangra al nacer la canícula, cuando los rayos del sol son más ardientes[1044].

La mirra

[9] En los mismos bosques crece la mirra, cuyas raíces mejoran, como las vides, cuando se labran, y agradecen las socavas. Con las raíces al aire gotean lágrimas más viscosas. La goma que rezuma espontáneamente de ella es la más preciada: la extraída hiriendo [10] la corteza pasa por ser de menor calidad. Tiene el tronco curvado en espiral y erizado de espinas: las hojas, aunque más sinuosas, son parecidas sin embargo a las del olivo; la más alta se eleva hasta los cinco codos de altura[1045]. Los árabes alimentan el fuego con sus sarmientos, por cuyo humo bastante nocivo, si no lo combaten con el aroma del estoraque quemado, contraen a menudo enfermedades incurables[1046].

El ave fénix

Entre estas mismas gentes nace el ave [11] fénix; tiene el

tamaño de un águila, la cabeza investida con un copete de prominentes plumas, la garganta empenachada, un resplandor dorado alrededor del cuello, la parte trasera del cuerpo de color purpúreo, excepto la cola, en la que una brillante tonalidad azul se entrecruza con plumas bermejas[1047]. Es cosa averiguada que subsisten 540 [12] años[1048]. Construye su pira con ramas de cinamomo y la dispone cerca de Panquea, en la ciudad del Sol, apilando los [13] montones sobre los altares[1049]. Es una verdad confirmada por los escritores que la revolución del gran año coincide con la vida del fénix: aunque la mayoría de ellos afirmen que el gran año consta no de 540 años, sino de 12.954 [14] años[1050]. Así, por ejemplo, siendo cónsules Quinto Plaucio y Sextio Papinio[1051] el ave fénix voló a Egipto: y capturada en el año 800 de la fundación de Roma fue mostrada al pueblo, en el lugar de celebración de los comicios[1052], por mandato del emperador Claudio[1053]. Este suceso, además de la opinión que sobre él perdura, se conserva también registrado en las *Actas Urbanas*[1054].

Los pájaros cinamolgos

[15] El cinamolgo, que es un ave asimismo de Arabia, teje los nidos en los bosques más elevados con los renuevos del cinamomo: como no hay posibilidad de trepar hasta ellos a causa de la altura y fragilidad de las ramas, los indígenas tratan de alcanzar aquellos amontonamientos con dardos cargados de plomo y venden los nidos derribados a muy caro

precio, porque los comerciantes parecen estimar más esta canela que cualquier otra cosa[1055].

[16] Los árabes, esparcidos a lo largo y a lo ancho del país, practican diferentes costumbres y modos de vida. La mayoría no se corta el pelo y lleva en la cabeza una mitra; una parte de ellos, que visten un tocado similar, se afeita la barba a ras de piel. Se aplican al comercio; no compran mercancías ajenas, sino que venden las suyas: y en verdad que son ricos tanto por sus bosques como por el mar[1056]. Las [17] sombras que entre nosotros se proyectan hacia la derecha, ellos las tienen hacia la izquierda[1057]. Un grupo de los árabes, para quienes la vida es dura, comen culebras, sin preocuparse en nada de sus emociones ni de su cuerpo, y por esa razón son llamados ofiófagos[1058].

La sardónice

[18] Desde un golfo de esta costa fue llevada al rey Polícrates la piedra sardónice, la primera que encendió en nuestro mundo la llama de la suntuosidad[1059]. Creo que no debemos hacer una larga exposición sobre esta gema, por cuanto la sardónice está en la mente de todos. Es estimada si su aspecto es el rojo del vino muy puro, se desprecia si tiene un intenso color de heces de [19] vino. La zona central se halla rodeada por un cerco que emite destellos blancos: es de muy buena calidad si no apaga su color frente a los objetos cercanos ni ella misma toma otros prestados. El resto de la piedra tiene un fondo negro. Si es traslúcida, se considera un

defecto: si impide la trasparencia, sirve para el ornato.

La malaquita. La piedra iris

Arabia obtiene también malaquita, de [20] un verde más denso que la esmeralda, capaz de contrarrestar con su poder innato los peligros de la infancia[1060]. Se encuentra también el iris en el Mar Rojo[1061]; es hexagonal, como el cristal, y herido por los rayos del sol, con la encendida reverberación del aire proyecta desde su interior una especie de arco iris[1062].

El diamante

Los mismos árabes cogen el androdamante, [21] del lustre de la plata; sus lados son, por igual, cuadrados y podrías pensar que ha tomado prestadas algunas cualidades del diamante. Se piensa que le dieron tal nombre por el hecho de que aplaca la furia de los ánimos exaltados y refrena las explosiones de la ira[1063].

La piedra pederote

[22] De allí también tomamos el pederote y la arábiga. La arábiga tiene el aspecto del marfil, rechaza las raeduras: es eficaz, por el contrario, para quienes sufren dolencias nerviosas[1064]. En virtud de una especie de belleza privilegiada, concurre en el pederote cuanto de excelso

existe: muestra el brillo del cristal, el rojo de la púrpura y en los ribetes del borde presenta un halo azafranado, [23] semejante a un líquido refulgente: con esta dulzura colma los ojos, seduce la mirada, retiene a quienes lo contemplan[1065]. También por estos encantos gusta a los indios[1066]. Con esto de Arabia es suficiente; volvamos a Pelusio.

La región de Ostracina. La ciudad de Jope

[34] Pasando Pelusio están el monte Casio y el templo de Júpiter Casio[1067], y luego el puesto de Ostracina, célebre por el sepulcro de Pompeyo el Grande[1068]. Allí empieza Idumea, rica en palmeras[1069]. A continuación Jope, la más antigua ciudad de todo el mundo por cuanto fue edificada antes del diluvio[1070].

Las cadenas de Andrómeda

Esta ciudad muestra una roca que todavía [2] conserva las marcas de las cadenas de Andrómeda. No es vana la historia que circuló de que Andrómeda había sido expuesta ante una bestia[1071]: porque, con motivo de alcanzar la dignidad de edil, Marco Escauro presentó públicamente en Roma, entre otros portentos, el esqueleto de aquel monstruo[1072]. El hecho está recogido en los [3] *Anales*[1073]: y en los libros verídicos figuran incluso las medidas, a saber, que la longitud de las costillas superaba los cuarenta pies[1074] y que su altura estaba por encima de la del elefante índico: además, las vértebras de

aquel espinazo excedían el medio pie de grosor[1075].

Sobre Judea. Sobre el lago Asfaltites

[35] Judea es famosa por sus aguas, pero la naturaleza de todas ellas no es la misma. El río Jordán, de excelente dulzura, surgido en la fuente Panéade[1076], discurre por regiones muy placenteras; sumergido luego dentro del lago Asfaltites[1077], las aguas estancadas [2] lo corrompen. Este Asfaltites produce bitumen[1078]; no cría animales y nada puede sumergirse en él: los toros, así como [3] los camellos, flotan allí sin ningún riesgo. Está también el lago Sara, que se extiende por una longitud de 16.000 pasos[1079]; ceñido por muchas y populosas ciudades, puede igualarse a los mejores lagos. Pero a todos se antepone el lago Tiberíades[1080], saludable por su calor natural y por su acreditado valor para curar enfermedades. La capital de Judea [4] fue Jerusalén, pero fue destruida[1081]. Le sucedió Jericó: y ésta acabó cuando quedó sometida en guerra contra Artajerjes[1082]. Cercana a Jerusalén está Calírroe, fuente apreciadísima por su calor medicinal, y fue llamada de esa manera por la propia fama de sus aguas.

El árbol del bàlsamo

En este territorio nace el bálsamo, que [5] hasta nuestra victoria estuvo reducido a un bosque de veinte yugadas[1083]. Mas después de habernos adueñado de Judea, aquellos

bosques se ensancharon tanto que ahora ya nos destilan el bálsamo extensísimas laderas[1084]. Su cepa es similar a la vid: se plantan acodando los vástagos, mejoran cuando se excavan, gustan del riego, requieren la poda, y siempre producen sombra con sus hojas perennes. Si se toca la madera del tronco con un instrumento de hierro, [6] de inmediato muere: por lo cual se le hiere con una hábil incisión, pero sólo en la corteza, utilizando un vidrio o un cuchillito de hueso[1085], y de la herida brota una lágrima de exquisita suavidad. Después de las lágrimas, el segundo lugar en cuanto a precio corresponde al fruto, el tercero a la corteza, y el menor aprecio se hace de la madera[1086].

[7] En un sitio apartado, lejos de Jerusalén, se extiende una sombría ondulación del terreno; la tierra negra y convertida en cenizas testimonia que este lugar fue sacudido desde el [8] cielo. Allí hay dos ciudades, llamada una Sodoma, la otra Gomorra: las frutas que se recogen en sus alrededores, aunque muestran una apariencia de madurez, no pueden sin embargo comerse; pues el ornato de su envoltura exterior encierra solamente un hollín semejante a la ceniza y, a la menor presión de los dedos, exhala humo y se desvanece en un polvo difuso[1087].

Sobre los esenios

La parte interior de Judea que mira a [9] Occidente la habitan los esenios, que, provistos de unas normas de vida dignas de ser recordadas, se han apartado de los usos

comunes a todos los pueblos; y según pienso, adoptaron esas costumbres por el designio de hacerse venerables. Allí no hay ninguna mujer; han renunciado completamente a los deseos carnales. Desconocen el dinero, se alimentan de las palmeras. Nadie nace allí, y con [10] todo nunca falta una gran cantidad de hombres. El lugar está de por sí consagrado a la virtud; y aunque a él acuden muchísimos y de todos los pueblos, ninguno es aceptado, a no ser el que va acompañado por el crédito de hombre casto y la fama de rectitud; pues quien es culpable de una falta, por [11] leve que sea, aun cuando pretenda por todos los medios conseguir su ingreso, es rechazado por intervención divina. De esta suerte, tras un incalculable número de siglos —parece increíble decirlo— pervive un pueblo en el que no hay [12] nacimientos[1088]. Por debajo de los esenios estuvo la ciudad de Engada, pero fue destruida[1089]. Sin embargo, todavía perdura la hermosura de sus famosos bosques y en nada han menguado sus altísimos palmerales con el correr de los años ni con las guerras. La fortaleza de Masada[1090] marca el confín de Judea.

La ciudad de Escitópolis

Paso por alto Damasco, Filadelfia[1091], **[36]** Ráfana[1092]: daré cuenta de los primeros habitantes y del fundador de Escitópolis. El Padre Líber[1093], después de haber inhumado a su nodriza, edificó esta ciudad para acrecentar la gloria de la sepultura con las murallas de una ciudad. Faltaban

pobladores: eligió de entre su comitiva a [2] los escitas y, para afianzarlos en su voluntad de quedarse allí, incluso por la fuerza, les concedió en recompensa el nombre del lugar[1094].

El monte Casio

En Seleucia, cerca de Antioquía, hay [3] otro monte Casio, desde cuya cima se divisa, dentro aún de la cuarta vigilia[1095], el disco solar; y con un pequeño giro del cuerpo, mientras los rayos deshacen la oscuridad se contempla por un lado la noche, por el otro el día. Tal atalaya existe desde el Casio que puede otearse la luz antes de que empiece el día[1096].

Sobre los ríos

[37] Armenia la Mayor[1097] da nacimiento al Eufrates, que brota arriba de Cima[1098], en la falda de un monte cercano a Escitia, al que los indígenas llaman Cátote. El Eufrates toma cuerpo al recibir algunas otras corrientes, y henchido por estas aguas que se le juntan lucha contra la barrera del monte Tauro[1099], la cual atraviesa en las proximidades de Elegea, aunque antes le cierra el paso a lo largo de doce mil pasos[1100]. En su largo recorrido deja [2] Comagene a la derecha, Arabia a la izquierda. Más adelante, después de bañar numerosos pueblos, corta a Babilonia, antigua capital de los caldeos. El Eufrates fecunda Mesopotamia con los

desbordamientos de su crecida anual cubriendo las tierras a semejanza del río de Egipto y llevando la fertilidad a su suelo casi en la misma época en que se desborda el Nilo, es decir, cuando el Sol ocupa el vigésimo grado de [3] Cáncer, y desciende cuando el sol ya ha cruzado Leo y hace su paso a las últimas carreras de Virgo[1101]. Los peritos en la gnomónica[1102] mantienen que esto sucede por la semejanza de los paralelos, a los que la paridad de la línea trazada a escuadra los sitúa de forma idéntica respecto a la posición de los territorios. De donde resulta que estos dos ríos, insertos [4] en la medida de una misma línea vertical, aunque fluyen desde diferentes zonas tienen las mismas causas para sus avenidas[1103].

El Tigris y el Eufrates

Es conveniente que ahora hablemos [5] también del Tigris. En la región de Armenia tiene su nacimiento, excepcionalmente límpido, en una fuente digna de verse situada sobre una altura que lleva el nombre de Elegos[1104]. E inmediatamente después de la cabecera no es tan grande. Al principio se desliza perezosamente con un nombre que no es el suyo[1105]; mas en cuanto atraviesa los límites de Media, ya se llama Tigris: pues este nombre [6] dan los medos a la saeta[1106]. Desemboca en el lago de Aretisa, capaz de mantener a flote cualquier peso: sus peces nunca se mezclan con la corriente del Tigris, como tampoco los peces propios del río entran en la laguna Aretisa, a través de la cual

discurre el Tigris, con un color distinto y a gran velocidad[1107]. Luego, ante el obstáculo de las montañas del Tauro, se sumerge en una cueva sin fondo y deslizándose por debajo, sale al otro lado, en Zomade[1108], trayendo consigo numerosos ajomates e inmundicias[1109]. Después se esconde varias veces y nuevamente sale a la superficie; corre por el territorio de los adiabenos[1110] y de los árabes[1111], ciñe con sus brazos a Mesopotamia, recibe al Coaspes, río especialmente insigne[1112]. Transporta al Eufrates hasta el golfo de Persia.

Algunas piedras preciosas. El «zmilantis»

Todas las naciones que beben del Éufrates [7] poseen en abundancia distintas piedras preciosas. La «zmilantis» se recoge en el propio lecho del río; es una gema que recuerda el mármol del Proconeso, si no fuera porque en el centro de esta piedra verde claro resplandece algo como la pupila de un ojo[1113].

La sagda

[8] La sagda llegó hasta nosotros de los caldeos; no es fácil de encontrar, a menos que ella misma, según cuentan, se ofreciera a ser tomada: pues en virtud de la fuerza ingénita de su espíritu sale desde las profundidades a buscar a los barcos que se deslizan por encima y se adhiere al casco tan obstinadamente que difícilmente se separa, a no ser cortando

un trozo de madera. [9] Debido a los poderes que de ella conocen, esta sagda ocupa entre los caldeos la primera plaza; al resto de las personas les atrae más por su encanto, ya que posee un color verde vivísimo[1114].

La mirrita

[10] La mirrita es común entre los partos. Si la juzgaras por su aspecto, es del color de la mirra y no hay cosa que le afecte: pero si la examinas minuciosamente y mediante frotamientos haces que se caliente, exhala la fragancia del nardo[1115].

[11] En Persia hay tan grande abundancia de piedras preciosas y tan grande variedad, que casi sería prolijo entretenernos en dar sus nombres.

La mitrídax. El tecólito

La mitrídax, herida por el sol, emite [12] reflejos multicolores[1116]. El tecólito, semejante al hueso de una aceituna, causa desprecio cuando se mira, pero siendo bueno para preparar remedios, aventaja a la hermosura de las demás gemas; porque disuelto y bebido expulsa los cálculos, aliviando los dolores de los riñones y de la vejiga[1117].

El amócriso

El amócriso[1118], por ser una mezcla de [13] arena y oro,

tiene pequeños cubos, unos de láminas de oro, otros de arena.

La aetita

La aetita, rojiza y de forma redondeada, [14] contiene en su interior otra piedra, cuyo ruido resuena cuando la mueves, aunque explican los más doctos que ese tintineo no lo produce el minúsculo peso que lleva dentro, sino su hálito[1119]. Zoroastro[1120] prefiere [15] esta aetita a todas las demás[1121] y le atribuye la mayor potencia. Se encuentra o en los nidos de águila[1122] o en las orillas del Océano: pero también en Persia hay muchísimas. Si la llevas colgada, protege al fruto del vientre de los flujos que producen el aborto[1123]

La pirita

[16] La pirita es negra y no permite que la cojan con demasiada fuerza, y si alguna vez es oprimida con la mano muy cerrada, abrasa los dedos[1124].

La calacia. La equita

[17] La calacia ofrece la forma y la blancura del granizo; es de una dureza solidísima y no se deja tallar[1125]. La equita tiene unas manchas como de víbora[1126].

La dionisíada

La dionisíada es negra y está salpicada [18] de motas rojas. Si esta piedra, triturada, se mezcla con agua, huele a vino y, lo que es más admirable en ese olor, evita la embriaguez[1127].

La glosopetra

La glosopetra cae del cielo durante [19] los eclipses de luna y es parecida a la lengua humana[1128]; su virtud no es poca, según refieren los magos, quienes consideran que con ella pueden avivarse los movimientos lunares[1129].

La «gema del Sol». El «cabello de Venus»

La «gema del Sol» es sumamente blanca, [20] a semejanza de una brillante estrella, y desde su cuerpo irradia rutilantes reflejos[1130]. El «cabello de Venus» tiene un color negro resplandeciente; muestra en su estructura interna una especie de cabellos rojos[1131].

La selenita

[21] La selenita es diáfana y posee un brillo blanco y del color de la miel; tiene dentro una imagen de la luna que día a día, según cuentan, mengua o crece conforme al curso del propio astro[1132].

La meconita. La mirmecita. El calcoptongo

[22] La meconita representa la forma de la adormidera[1133]. La mirmecita se distingue por la figura de una hormiga arrastrándose[1134]. El calcoptongo resuena como el bronce cuando lo golpeas[1135]: llevado virtuosamente conserva la sonoridad de la voz[1136].

La siderita. La flogita

La siderita en nada difiere del aspecto [23] del hierro, y sin embargo opera maleficios: allí donde entra, hace nacer la discordia[1137]. La flogita presenta en su interior algo parecido a unas llamas ardientes[1138].

La antracia. El enhidro

La antracia reluce como las estrellas [24] cuando centellean[1139]. El enhidro suda de tal manera que se creería que en él está encerrado el venero de una fuente[1140].

Cilicia

Si hablamos de Cilicia, de la que trataremos, **[38]** tal como es hoy, parecerá que restamos autoridad a la antigua tradición: y si seguimos los límites que tuvo en otros tiempos, esto no se halla en consonancia con el estado que ofrece actualmente[1141]. Por consiguiente, la mejor solución será

que, sorteando ambos inconvenientes, expongamos la situación que conocieron en cada época.

[2] Antiguamente Cilicia llegaba hasta Pelusio de Egipto, cuando bajo la soberanía de los cilicios se hallaban los lidios, medos, armenios, Panfilia y Capadocia[1142]: después, sometida por los asirios, fue circunscrita a una superficie menor. La mayor parte se extiende por el llano[1143]; recibe en un espacioso golfo al mar Ísico[1144] y por la espalda está cerrada [3] por las cimas de los montes Tauro y Amano[1145]. Toma su nombre de Cílice, a quien su mucha antigüedad esconde casi más allá de la época histórica: se dice que nació de Fénix, que está como anterior a Júpiter y como una de las primeras criaturas de la tierra[1146]. Tiene como madre de sus ciudades a Tarso, que fue construida por Perseo, muy ilustre descendiente de Dánae[1147].

El río Cidno

El río Cidno corta por medio a esta [4] ciudad. Algunos escritores han transmitido que este Cidno desciende impetuoso desde el Tauro, y otros que es una desviación del río Coaspes. El Coaspes es tan dulce que los reyes de Persia, en el tramo en que fluye entre riberas del territorio persa, pedían de beber de él y cuando habían de salir al extranjero transportaban consigo aguas del Coaspes[1148]. De este progenitor saca el Cidno su [5] extraordinaria dulzura[1149]. En su lengua vernácula los sirios llaman «cidno» a todo lo blanco[1150]: de ahí deriva el nombre de este río, y se hincha,

en primavera, cuando funden las nieves; el resto del año es poco caudaloso y tranquilo. Alrededor [6] del Córico[1151], en Cilicia, hay muchísimo azafrán y de la mejor calidad; aunque lo produzca Sicilia, lo produzca Cirene y lo produzca también Licia, éste ocupa el primer puesto: despide un perfume más intenso, su color es más dorado y por la acción de su jugo tiene más pronta eficacia como medicamento[1152].

La caverna Coricia

[7] Allí está la ciudad de Córico y una caverna que desde su más alta cúspide horada un monte a pico sobre el mar, la cual se abre con una anchísima boca; pues, al haberse desplomado los lados, rodea el hueco que ha quedado enmedio con un cerco frondoso y en [8] su interior está verde por las ramas que cuelgan. La bajada a ella tiene 2.500 pasos[1153], no sin luz durante un buen trecho, con continuos manantiales a uno y otro lado. Cuando se alcanza el extremo de la primera sala, se extiende otra vez una segunda cueva; esta gruta se abre al principio con una ancha boca; después, a medida que se avanza por sus angosturas, se hace tenebrosa. En ella existe un templo consagrado a Júpiter, y en un retirado escondrijo de la misma creen, quienes así lo quieren, que estuvo el aposento del gigante Tifón[1154].

Heliópolis fue una antigua ciudad de Cilicia, patria de [9] Crisipo, la mayor autoridad de la filosofía estoica: esta ciudad, sometida por el armenio Tigranes y conocida durante mucho tiempo como Solos, fue denominada por Gneo el

Magno, después de haber derrotado a los cilicios, Pompeyópolis[1155].

El monte Tauro

El monte Tauro se levanta, en un extremo [10] desde el mar Índico y en el otro desde los escollos Quelidonios, entre el mar de Egipto y el de Panfilia. Mira hacia septentrión por la vertiente derecha y a la región meridiana por la izquierda, mientras que su extenso macizo frontal se vuelve hacia occidente[1156]. Es bien sabido que el Tauro habría cumplido su propósito de prolongar la tierra, adentrándose en el mar, si la oposición de las profundidades [11] no le hubiese impedido extender sus raíces. En fin, quienes han examinado la naturaleza de aquellos lugares declaran que el monte intentó todas las salidas con sus promontorios pues, en todas las zonas por donde lo baña el mar hace avanzar sus salientes; pero aquí se lo impide el mar de Fenicia, allá el del Ponto, y en otros puntos el Caspio o Hircano; y quebrantado por la obstinada resistencia de estos mares, tuerce frente a la laguna Meótides[1157] y, agotado por los numerosos obstáculos, se enlaza con los montes Rifeos. [12] Conforme a la diversidad de naciones y de lenguas, se le denomina de muchos modos: entre los indios, Ímao[1158], luego Propániso[1159], Coatra entre los partos[1160], después Nifates[1161], a partir de allí Tauro y, cuando alcanza las más elevadas cumbres, Cáucaso. En algunos tramos también toma nombre de los pueblos: por la vertiente derecha se llama Caspio o Hircano, por la izquierda

Amazónico, Mósquico[1162], Escítico. [13] Junto a tales nombres posee otros muchos. En los lugares en que se abre al hendirse sus cimas forma unas puertas: las primeras son las Puertas Armenias, después las Caspias, por último las Cilicias. Saca una cresta hasta Grecia, donde se le conoce como Ceraunio[1163]. Separa los confines de Asia del territorio de Cilicia. Todo cuanto asoma a mediodía, arde por el calor del sol: y las laderas que están orientadas al norte son azotadas por el viento y los hielos. Donde es boscoso se convierte en salvaje por la multitud de fieras y de los más espantosos leones[1164].

Licia. El monte Quimera

Lo que en Campania representa el **[39]** Vesubio, o en Sicilia el Etna, esto mismo es en Licia el monte Quimera[1165]: durante las erupciones nocturnas, esta montaña despide fumaradas[1166]. Y como allí mismo hay bajo tierra una naturaleza ígnea, los licios consagraron a Vulcano una ciudad cercana, a la que llaman, empleando la palabra que da nombre al dios, Hefestia[1167]. Allí [2] también estuvo, entre otras, la ilustre ciudad de Olimpo, pero desapareció[1168]; ahora hay un castillo, al pie del cual las Aguas Reales, con su admirable corriente, son un espectáculo para quienes las contemplan[1169].

Asia

[40] A continuación viene Asia: pero no me refiero a aquella Asia que, englobada por la tercera línea de separación del mundo, tiene sus fronteras en los ríos Nilo, desde el mar de Egipto, y Tanais[1170], desde la laguna Meótides, sino a esa otra que principia en Telmeso de Licia, donde también empieza el golfo de Cárpatos[1171]. Es el Asia, así pues, que se halla rodeada por Licia y por Frigia al oriente, por las playas del Egeo a occidente, al sur por el mar de Egipto, por Paflagonia al norte[1172].

La ciudad de Éfeso

En ella está la muy insigne ciudad de [2] Éfeso: cuya gloria es el templo de Diana, obra de las amazonas[1173], tan grandioso que Jerjes, siendo así que ordenó quemar todos los templos de Asia, fue el único que respetó[1174]. Pero esa indulgencia de Jerjes no libró durante mucho tiempo de daños al santuario: porque Heróstrato, [3] para promover su nombre con el recuerdo del crimen, forjó con su propia mano el incendio de este célebre edificio, por el deseo de alcanzar, según propia confesión, mayor renombre. Y se registra que el templo de Éfeso fue consumido [4] por las llamas el mismo día en que Alejandro Magno nació en Pela[1175]. Cuando luego los efesios lo rehicieron para [5] celebrar el culto con mayor reverencia, dirigió la construcción el arquitecto Dinócrates: ya antes hemos contado que este Dinócrates trazó los planos de Alejandría, en Egipto, por encargo de Alejandro[1176]. Sin embargo, ningún otro lugar en todo el mundo se vio expuesto

a terremotos tan continuos y a hundimientos tan frecuentes de ciudades en el mar como lo estuvo Asia Menor, a consecuencia de los desastres asiáticos, por ejemplo cuando en tiempos del emperador Tiberio doce ciudades sucumbieron simultáneamente en la misma catástrofe[1177].

Sobre hombres ilustres

Los hombres de talento nacidos en [6] Asia han gozado de fama entre las naciones. Poetas: Anacreonte, luego Mimnermo y Antímaco, más tarde Hiponacte, después Alceo, y entre los que incluso figura una mujer, Safo. No digamos los padres de la Historia: Janto, Hecateo, Heródoto, a los que cabe añadir Éforo y Teopompo[1178]. Sigamos: de entre las siete personas adornadas con la sabiduría, Biante, Tales, Pítaco, Cleantes, el más distinguido de la escuela estoica, Anaxágoras, que dio a conocer los elementos, así como Heráclito, que se recreó en los secretos de las más ingeniosas teorías[1179].

Frigia

Inmediatamente después de Asia viene [7] Frigia, donde está Celenas, que, suprimido su primitivo nombre, pasó a ser Apamea, ciudad levantada luego por el rey Seleuco[1180]. Aquí nació Marsias y aquí se halla sepultado: por eso al río vecino se le denomina Marsias.

[8] Pues de la celebración de la impía contienda y de la temeridad de las flautas tañidas contra el dios[1181] es testimonio un valle no muy lejano, que manifiesta la realización del desafío y que dista diez mil pasos[1182] de Apamea: todavía hoy se le llama Aulocrene[1183]. En la ciudadela de esta ciudad está el nacimiento del río Meandro[1184], el cual sigue un sinuoso recorrido, puesto que su cauce traza continuas vueltas[1185] por entre Caria y Jonia, y termina su curso en el golfo que separa Mileto y Priene. [9] Esta misma Frigia está situada por encima de la Tróade; por la franja del norte es limítrofe a Galacia, por la del sur confina con Licaonia, Pisidia y Migdonia. También linda al este con Lidia, al norte con Mesia[1186], con Caria por la parte que está a mediodía.

Sobre el animal llamado «bonaco»

El monte Tmolo de Lidia se llena todo [10] con la flor del azafrán[1187]. El río Pactolo, al que con otro nombre llaman el ágil Crisórroa por su corriente de oro[1188]. En estos parajes nace un animal, que se denomina «bonaco»[1189], cuya cabeza, y por detrás el resto del cuerpo, parece de un toro; sólo la crin es equina. Sin embargo, tiene los cuernos vueltos hacia la frente y trazan una curva tan exagerada que si alguno chocase con ellos, no resultaría herido. Mas toda la protección que a este ser prodigioso [11] le niega su testuz, la

garantiza la tripa: pues cuando emprende la huida, expulsa en forma de ligera diarrea, por una distancia de tres yugadas[1190], el estiércol del vientre, cuyo ardor abrasa cuanto ha tocado: se vale, pues, de sus nocivos excrementos para mantener alejados a los perseguidores[1191].

[12] La capital de Jonia es Mileto, en otro tiempo morada de Cadmo, aunque de aquel Cadmo que fue el primero en idear las reglas de componer en prosa[1192].

El monte Mimante

[13] No lejos de Éfeso se halla la ciudad de Colofón, célebre por el oráculo de Apolo Clario[1193]. No muy lejos de allí se levanta el monte Mimante, cuya cima nos indica, según las nubes que pasan por encima, la naturaleza de las tempestades que se avecinan[1194]. Viene después Sípilo, [14] capital de Meonia, que antes fue llamada Tantálide y que fue consagrado, para guardar el recuerdo de este nombre, a los hijos perdidos por Níobe[1195]. El Melete, que es sin [15] duda el mayor caudal entre los ríos de Asia[1196], circunda Esmirna. Pero los campos de Esmirna los cruza el Hermo; nacido en Dorilao de Frigia, separa a Frigia de Caria. Creyeron los antiguos que este Hermo también bullía en oleajes de oro[1197].

Sobre la época de Homero y de Hesíodo

Esmirna, y de ahí deriva ante todo su [16] fama, fue la patria del poeta Homero, que vivió 272 años después de la

caída de Troya, cuando en Alba reinaba Agripa Silvio, hijo de Tiberino, 160 años antes de la fundación de Roma. Entre éste y el poeta Hesíodo, que [17] murió en los inicios de la primera olimpiada, transcurrieron 138 años[1198]. En la costa retea[1199] los atenienses y los mitilenios fundaron, junto a la tumba del caudillo tesalio, la ciudad [18] de Aquileo, que casi desapareció[1200]: más adelante, pasados unos cuarenta estadios[1201], en el otro extremo de esta misma bahía los rodios edificaron una nueva ciudad en honor de Áyax de Salamina, a la que dieron por nombre Eancio[1202].

Sobre las tumbas de Áyax y de Memnón. Sobre las aves de Memnón

[19] Y cerca de Troya está la sepultura de Memnón[1203], hasta donde perpetuamente vuelan en bandadas, desde Etiopía, los pájaros a los que los troyanos llaman memnonios. Cremucio[1204] escribe que, cada cinco años, estas mismas aves se reúnen por bandadas en Etiopía y que de todos los lugares del mundo, allí donde se encuentren, acuden al palacio de Memnón[1205].

Teutrania

La región de Teutrania, que fue la primera [20] patria de los mesios[1206], ocupa las tierras del interior que se hallan por encima de la comarca de Tróade. Esta Teutrania es regada por el río Caíco.

Por toda Asia hay muchísimos camaleones, [21] animal de cuatro pies, con la forma del lagarto si no fuera porque sus patas, derechas y de mayor longitud, están unidas al vientre. Tiene la cola larga y además puede enroscarla; la uñas son como anzuelos de afilada encorvadura. Su forma de andar es lenta y su movimiento casi igual que el de las tortugas: la piel del cuerpo es rugosa, como la que observamos en los cocodrilos. Los ojos, [22] saltones y refugiados dentro de unas órbitas; nunca los cierra mediante guiños, y al dirigir la vista no lleva las pupilas de un lado a otro, sino que mira moviendo en bloque el globo ocular. Mantiene, incansable, la boca abierta, y esto no cumple función alguna: porque no toma comida ni se nutre con bebidas, y no vive de otro alimento sino del aire que [23] respira[1207]. Adopta diversos colores y los cambia en función de las circunstancias, de suerte que reproduce la misma coloración de cualquier objeto junto al que se encuentre. Hay dos colores que no puede imitar, el rojo y el blanco: los demás los reproduce sin dificultad. Su cuerpo apenas tiene carne; en las entrañas falta el bazo y no se aprecia más sangre que una pequeña cantidad en el corazoncillo. Está oculto [24] en invierno, y en la primavera sale[1208]. Los cuervos no pueden soportarlo, pero cuando ya le han dado muerte, el camaleón, aun habiendo perecido, destruye a su vencedor: pues si el pájaro ha comido algo de su carne, por poco que sea, al instante muere. Pero el cuervo dispone de

una defensa gracias a la naturaleza, que le tendió una mano para medicarse: efectivamente, en cuanto se nota afectado consume hojas de laurel y recobra la salud[1209].

La cigüeña

La Aldea de Pitón es un lugar, en los [25] llanos abiertos de Asia, hacia donde vuelan las cigüeñas durante los primeros días de su retorno, y a la última que ha llegado la despedazan todas las demás[1210]. Cuentan que estas aves no tienen lengua[1211], y que en realidad el sonido que emiten es más bien un ruido del pico y no una voz. Demuestran un singular afecto filial: porque, por un período [26] de tiempo igual al que han empleado para criar a sus hijos, también las propias cigüeñas son alimentadas a cambio por sus polluelos: e incluso calientan el nido con tanto celo que, a consecuencia de su permanente estancia para incubar los huevos, pierden las plumas[1212]. En todas partes [27] consideran que es ilícito hacerles daño, pero muy principalmente en Tesalia, donde existe un tremendo número de serpientes: y mientras las cigüeñas las persiguen para comérselas, libran a los campos de Tesalia de una gran plaga[1213].

Sobre el origen de los gálatas

[41] Los tolosbocos, veturos y ambitutos, antiguas tribus de los galos cuyos nombres todavía perduran, ocuparon Galacia durante los primeros siglos: sin embargo, la causa de

que haya sido llamada Galacia la revela con su propio nombre[1214].

Bitinia

Bitinia, situada al comienzo del Ponto, **[42]** hacia la región oriental, enfrente de Tracia, copiosa y rica en ciudades, tiene sus primeras fronteras en las fuentes del río Sangario[1215]: antes fue llamada Bebricia[1216], luego Migdonia[1217], más tarde Bitinia por el rey Bitino[1218]. En ella, la ciudad de Prusias es bañada tanto por el [2] río Hilas como por el lago Hilas[1219], donde creen que se quedó, como presa de las ninfas, el favorito de Hércules, el joven Hilas, en cuyo recuerdo todavía hoy el pueblo da una vuelta alrededor del lago, en una carrera que se celebra cada año, y gritan llamando a Hilas[1220].

Estancia de Aníbal entre los bitinios

[3] También en tierras de Bitinia hay un lugar cercano a Nicomedia, Libisa, famoso por el sepulcro de Aníbal: el cual desertó para unirse al rey Antíoco después del decreto de Cartago[1221]; más tarde, después de la batalla perdida por Antíoco cerca de las Termópilas y abatido el rey por los vaivenes de la fortuna, se confió a la hospitalidad de Prusias. Para no ser entregado a T. Quincio, enviado con esta misión a Bitinia, y no venir a Roma como prisionero, renunció a la vida ingiriendo un mortífero veneno[1222].

En la costa del Ponto, después del estrecho **[43]** del Bósforo y del río Reso y del puerto de Calpas, el río Sángaris, nacido en Frigia y llamado por muchos Sangario, marca el principio del golfo Mariandino[1223], donde se halla la ciudad de Heraclea, a orillas del río Lico: y el puerto de Acone, que por su abundancia de plantas venenosas tiene tanta fama que a las hierbas nocivas las denominaron aconitos por el nombre de este lugar[1224]. Cerca [2] de allí está la caverna Aquerusia; dicen que ésta, por la profundidad de su tenebrosa boca, baja hasta los infiernos[1225].

Paflagonia

El territorio de Galacia rodea, por la **[44]** parte posterior, a Paflagonia. Esta Paflagonia mira por el promontorio Carambis[1226] a la Táurica y se eleva en el monte Citoro, extendido por espacio de sesenta y tres millas[1227]; es famosa por el lugar de Éneto: desde el cual, como expone Cornelio Nepote, pasaron los paflagones [2] a Italia y fueron llamados más tarde vénetos[1228]. En este territorio fundaron los milesios numerosas ciudades y Mitridates fundó Eupatoria: pero vencido éste por Pompeyo, la ciudad recibió el nombre de Pompeyópolis[1229].

Capadocia

[45] De entre todas las naciones que habitan el Ponto, Capadocia es la que se prolonga más acentuadamente hacia el interior. Por su flanco izquierdo sobrepasa las dos Armenias y Comagene juntas: por el flanco derecho, la rodean muchísimas poblaciones de Asia. Llega hasta la cadena del Tauro y el nacimiento del sol. Pasa [2] más allá de Licaonia, Pisidia y Cilicia. Avanza por encima de la comarca de Antioquía de Siria, y una parte de su otro territorio[1230] se adentra en Escitia; queda separada de Armenia la Mayor por el río Eufrates: esta Armenia comienza en el lugar en que están los montes Panedros[1231]. Hay en Capadocia muchas ciudades afamadas: sin embargo, [3] dejando a las otras aparte, junto a la colonia de Arquelaida, que fundó el César Claudio, corre el río Halis[1232]. El Lico baña Neocesarea: Semíramis fundó Mélita[1233]. Los capadocios [4] consideran a Mázaca, situada a los pies del Argeo, la madre de sus ciudades[1234]: este alto monte, el Argeo, que muestra la cima nevada, ni siquiera durante el ardiente verano está privado de nieve, y creen las gentes del lugar que se encuentra habitado por un dios[1235].

Los caballos capadocios

[5] Aquella tierra cría caballos, más que cualquier otra, y es muy a propósito para la reproducción equina[1236]. Éste es el momento, en mi opinión, en que debemos [6] tratar de su inteligencia. Porque resulta manifiesto, por numerosísimos ejemplos, que los caballos son capaces de discernir; y es que

ya se han encontrado algunos que no reconocían sino a sus primeros dueños, olvidando su mansedumbre si alguna vez les cambiaban a quienes solían montarlos. Reconocen tan claramente a los adversarios de su bando que en las batallas dan bocados al [7] enemigo. Pero todavía es más admirable que, si pierden a los jinetes a quienes daban su afecto, buscan morir de hambre[1237]. En realidad, ese comportamiento se manifiesta en los caballos de pura raza: pues los que han sido procreados [8] de sangre menos noble, no dan muestra alguna de él. Mas porque no parezca que con nuestra libertad de hablar hemos sostenido algo contrario a la verdad, ofreceremos un conocido ejemplo. El caballo de Alejandro Magno —llamado Bucéfalo bien por su amenazador aspecto, bien por la marca en forma de cabeza de toro que tenía herrada en los ijares, bien porque desde su frente apuntaban una especie de cuernecillos[1238]—, aunque en otras ocasiones permitía mansamente que también lo montase su palafrenero, después de estar enjaezado con los arneses reales nunca estimó digno llevar a ningún otro que no fuera su señor[1239]. Hay numerosas [9] pruebas de él en la guerra, según las cuales sacó a Alejandro sano y salvo, sin otras ayudas, de dificilísimas refriegas: por esta causa se decidió que, a su muerte en la India, el rey le celebrara funerales y levantara un sepulcro para sus cenizas, e incluso que fundase una ciudad a la que impuso, en recuerdo del mismo, el nombre de Bucéfala[1240]. El caballo de Gayo César no admitió a nadie en su grupa, [10] excepto a César: cuéntase que tenía los cascos delanteros parecidos al pie

humano, tal como fue erigido con esta configuración [11] ante el templo de Venus *Genetrix*[1241]. Un rey de los escitas cayó en singular combate; cuando su adversario, victorioso, quiso tomar los despojos, fue destrozado por el caballo del rey a coces y dentelladas. También en el territorio de Agrigento son comunes las tumbas de caballos: esto, pensamos, era el último premio concedido a sus buenos servicios[1242]. Los espectáculos circenses han demostrado [12] que estos animales gustan de la diversión, pues algunos caballos son animados a correr a los sones de la flauta, otros mediante danzas, otros por la diversidad de colores y algunos incluso mediante hachas encendidas. Las lágrimas demuestran [13] el sentimiento de afección de los caballos: así, a la muerte del rey Nicomedes[1243] su caballo se dejó morir de hambre. Cuando Antíoco derrotó a los gálatas en una batalla, saltó sobre el corcel del jefe enemigo, llamado Cintareto, que había caído en la lid, para recibir la aclamación del triunfo, y el caballo despreció de tal manera el freno que se lanzó de cabeza, intencionadamente, y en su caída se estrelló a un tiempo a sí mismo y al jinete[1244]. Los juegos circenses [14] de Claudio César[1245] probaron asimismo el natural ingenio de los caballos, puesto que cuando el conductor de una cuadriga salió despedido, sus corceles sobrepasaron a los carros rivales, empleando tanto la astucia como la velocidad, y después de haber recorrido la distancia oficialmente establecida se detuvieron solos en el lugar destinado a recibir la palma, como si demandasen el premio por la victoria. Al salir arrojado un auriga, al que

llamaban Rutumanna, la [15] cuadriga abandonó la liza y corrió hacia el Capitolio; y no paró hasta haber dado tres vueltas, yendo de izquierda a derecha, al templo de Júpiter Tarpeyo[1246]. Dentro de esta especie [16] animal, la edad más alta la alcanzan los machos: hemos leído, por cierto, que un caballo vivió hasta los setenta y cinco años[1247]. Tampoco cabe duda alguna de que engendran hasta los 33 años, habida cuenta de que incluso después de los veinte años son destinados a renovar la casta. Hemos visto también registrado que un caballo llamado Opunte sirvió para la reproducción de la manada hasta los [17] cuarenta años[1248]. El celo de las yeguas se aplaca cortándoles las crines. En su parto se produce un hechizo amoroso, que llevan en la frente las crías recién nacidas: es de color negro, semejante a un higo seco; se le llama «hipomanes»[1249]. Y si se le arrebata inmediatamente, la madre en modo alguno ofrece a su potrillo las ubres para que mame. Cuanto más nervio tenga y más prometa un caballo, más [18] hondo zambulle las narices mientras abreva. Entre los escitas, los machos nunca se utilizan para la guerra, precisamente porque las yeguas pueden orinar incluso cuando huyen. Las yeguas paren también potros concebidos por el viento: pero éstos jamás superan la edad de tres años[1250].

Asiria. Origen de los perfumes

La Adiabene constituye el comienzo **[46]** de los asirios: en una zona de ese territorio se halla la región Arbelítide; la

victoria conseguida por Alejandro Magno[1251] no consiente que guardemos silencio sobre este lugar. Pues allí desbarató al ejército de Darío, sometió al propio rey y, tomado a saco su campamento, entre todos los bagajes reales encontró una caja repleta de esencias olorosas[1252], y desde entonces el suntuoso lujo de los romanos abrió por vez primera la puerta a los perfumes extranjeros. [2] Durante algún tiempo, sin embargo, gracias a la entereza de nuestros antepasados estuvimos protegidos de esa tentación hacia los vicios, y más aún en la época de la censura de Publio Licinio Craso y Lucio Julio César: los cuales, en el año 565 de la fundación de Roma[1253], fijaron por edicto la prohibición de importar perfumes exóticos[1254]. [3] Posteriormente vencieron nuestros defectos y, en tal medida agradó al senado el placer de las esencias, que las usaron incluso mientras estaban ocultos para eludir una pena: éste fue el caso de Lucio Plocio, hermano de Planco el que desempeñó dos veces el consulado[1255]; proscrito por los triunviros, el olor del perfume le delató en su escondrijo de Salerno[1256].

El limonero

Después de estas extensiones de tierras [4] viene Media, uno de cuyos árboles se ha hecho también famoso por los versos del Mantuano[1257]. Es en sí un árbol grande[1258], cuya hoja parece casi idéntica a la del madroño: tan sólo se diferencian en que aquélla, muy aguzada, se hace áspera porque presenta puntas como espinas. Produce un fruto que

combate los venenos: tiene un sabor áspero, genuinamente amargo, pero la fragancia de su aroma es más que agradable y se percibe desde lejos. Posee [5] realmente tanta abundancia de frutos que está siempre cargado de cosecha: pues inmediatamente después de que las frutas han caído por estar maduras, aparecen otras, y su fertilidad sólo conoce esa traba, que primero caiga el fruto más antiguo. También otros países desearon servirse de estos árboles [6] cuidando de trasplantar sus esquejes, pero este beneficio concedido al suelo de Media ninguna otra tierra pudo tomarlo prestado por el empeño con que se opuso la naturaleza[1259].

Las puertas Caspias

[47] Las puertas Caspias se abren por un camino hecho a mano de ocho mil pasos de largo[1260]: pues su anchura apenas permite el paso a un carro. En este desfiladero existe además la dificultad de que la piedra de las paredes cortadas, al licuarse las vetas de sal que hay en su interior, rezuma muy copiosa humedad; y ésta, espesada por la fuerza del calor, se solidifica como si fuese hielo veraniego. De este modo, un impenetrable deslizamiento [2] impide el paso. Además, en una extensión de 28.000 pasos[1261] todo este trecho, que tiene el suelo seco en cualquier dirección en que desde allí se siga, no ofrece remedio para apagar la sed. Incluso acuden allí serpientes venidas de todas partes desde el mismo día en que comienza la primavera. Por eso, a causa de la alianza entre peligros y obstáculos, se dice que no hay pasos hacia los

montes Caspios, excepto en invierno[1262].

El lugar de Direo

[48] Yendo en dirección a oriente desde los montes Caspios hay un lugar, al que llaman Direo, con cuya fertilidad no existe tierra alguna que pueda compararse[1263]. Alrededor de este lugar residen los lápiros, naricos e hircanos[1264].

El territorio de Margiana

Tiene por vecina a la región de Margiana, [2] célebre por las ventajas de su cielo y de su suelo, hasta el punto de ser la única zona en todas aquellas extensiones que disfruta de vides[1265]. Está cercada por unos montes que tienen la figura de un teatro, con un perímetro de mil quinientos estadios[1266], y es casi inaccesible a causa de las dificultades del desierto de arena que se halla rodeándola, en todas direcciones, por espacio de 120.000 pasos[1267]. Tan intensamente se prendó Alejandro Magno de los atractivos [3] de esta región que fundó allí la primera Alejandría[1268]: destruida más tarde por los bárbaros, Antíoco, hijo de Seleuco, la rehizo y la llamó Seleucia, de acuerdo con la titulación oficial de su dinastía[1269]. El perímetro de esta ciudad mide setenta y cinco estadios[1270]. Hasta ella trasladó Orodes a los romanos que fueron hechos prisioneros en el desastre de Craso[1271]. Y en los montes Caspios había edificado Alejandro [4] otra ciudad

que se llamó, mientras estuvo en pie, Heraclea: pero ésta, arrasada también por las mismas tribus y reconstruida luego por Antíoco, fue llamada desde entonces, como prefirió él, con el nombre de Acide[1272].

Pueblos junto al río Oxo

[49] El río Oxo[1273] nace en el lago Oaxo[1274], cuyas orillas habitan, de ambos lados, los batenos y los oxístacas[1275]: pero la mayor parte la ocupan los bactros. A los bactros pertenece además el río Bactro: por ello la ciudad en que residen se llama también Bactro[1276]. [2] Las gentes de este pueblo que viven a sus espaldas están rodeadas por las cumbres del Propániso[1277]: las que viven enfrente lindan con las fuentes del Indo; al resto las [3] cerca el río Oco[1278]. Más allá de los bactros se encuentra Panda, ciudad de los sogdianos, en cuyos confines fundó Alejandro Magno la tercera Alejandría para testimoniar el límite alcanzado por su expedición[1279].

El límite de las expediciones de Líber Pater y de Hércules

En efecto, éste es el punto donde primero [4] Padre Líber, luego Hércules, más tarde Semíramis y por último Ciro levantaron altares, porque todos ellos consideraron muy cercano a la gloria el haber prolongado hasta allí la meta de su viaje[1280].

Los límites de toda esta región, tan sólo desde aquella [5]

parte del mundo, los traza el río Yaxartes; al que sin embargo únicamente los bactros llaman Yaxartes: pues los demás escitas lo denominan Silis. Creyeron los soldados de Alejandro Magno que este mismo río era el Tanais[1281]: pero Demodamante, general de Seleuco y de Antíoco, escritor sin duda bastante digno de confianza, después de haber cruzado este río superó los méritos de todos y descubrió que era un río distinto al Tanais. Y como distintivo de esta hazaña consagró [6] a su propio renombre el construir allí unos altares a Apolo Didimeo[1282]. Éste es el confín donde la frontera de Persia toca con los escitas: en su lengua propia, los persas llaman a esos escitas «sacas»[1283], y a su vez los escitas denominan a los persas «corsacos»[1284] y al monte Cáucaso, [7] «Croucasis», es decir, «blanqueado por las nieves». Hay aquí un abundantísimo número de tribus que, junto con los partos, observan con inquebrantable fidelidad una reglas tradicionales, aceptadas desde sus orígenes: de entre ellos, los más conocidos son los maságetas y los esedones, los satarcos [8] y los apaleos[1285]. Y después de éstos, por estar situados enmedio ferocísimos bárbaros, observamos que sobre las costumbres de otros pueblos se han dado descripciones rayanas en la incoherencia.

Los camellos

[9] Los bactros tienen camellos muy resistentes, aunque también Arabia cría muchísimos: sin embargo, se diferencian en que los arábigos muestran dos jorobas en la espalda, los

bactros solamente una[1286]. Los camellos jamás desgastan las pezuñas: pues tienen las plantas de los pies carnosas, con ciertas excrecencias que se dilatan y se retraen. Por esta razón una caída cuando caminan es perjudicial, pues no disponen de ningún apoyo en su esfuerzo por afianzarse. Sirven para cumplir dos funciones: hay unos apropiados para llevar carga y otros que son más ágiles[1287]. Pero ni aquéllos admiten más peso del justo, ni éstos aceptan recorrer distancias superiores a las habituales[1288]. Por sus ansias de engendrar se exasperan de tal modo [10] que, cuando apetecen la cópula, se vuelven salvajes. Aborrecen a la especie equina[1289]. Soportan la falta de agua durante cuatro días[1290]: pero en cuanto se les ofrece oportunidad de beber, se llenan lo bastante como para saciar las anteriores ganas y que les sea útil, durante largo tiempo, [11] para los futuros días. Prefieren las aguas turbias y rechazan las claras: por tanto, si el líquido no contiene suficiente fango, ellos mismos pisotean el légamo sin cesar para que el agua se enturbie[1291]. Subsisten hasta los cien años, a menos que, desplazados a la novedad de un país ajeno, contraigan una enfermedad debida al cambio de aires. A las hembras se [12] las adiestra para la guerra; y se ha descubierto que se les corta el apetito del acoplamiento mediante una especie de castración: pues se juzga que ganan en fortaleza si se las mantiene apartadas del acoplamiento[1292].

Por donde nuestro camino se desvía desde el Océano Escítico **[50]** y el Mar Caspio hasta el Océano oriental, desde el comienzo de esta región, hay numerosas nieves, luego

extensos desiertos, detrás de ellos los antropófagos, raza ferocísima, y enseguida otros espacios cubiertos de animales salvajes: han convertido cerca de la mitad del viaje en un pasaje intransitable.

Los «seres». La seda

El final de estos obstáculos lo constituye [2] una cadena montañosa que domina el mar, a la que los bárbaros llaman Tabis[1293]: después de la cual siguen las vastas soledades. Así, en la extensión formada por este país que mira hacia el oriente estival, pasados los lugares inhóspitos, los primeros hombres que conocemos son los seres[1294], que empapan las hojas de los árboles mediante el riego y, con ayuda del agua, separan, peinándolo, el vellón de los árboles: y gracias a la humedad vencen, hasta hacerla dúctil, la delicada finura de esa lanilla[1295]. El resultado es esa seda, introducida en las costumbres públicas [3] en detrimento de la gravedad y de la cual se ha valido la pasión por el fasto para inclinar primero a las mujeres, y ahora incluso a los hombres, a mostrar sus cuerpos más que a cubrirlos[1296]. Estos mismos seres son verdaderamente corteses y muy pacíficos entre sí, mas por otra parte rehúyen la compañía del resto de los humanos, de tal suerte que se niegan [4] a establecer mercado con las demás naciones. Sus propios traficantes cruzan el río principal, en cuyas orillas depositan sus cosas fijando el precio de las mercancías expuestas sin que medie ninguna comunicación oral entre las partes, pero se valen de los ojos;

de las nuestras no compran[1297].

Los atacoros

[51] Viene a continuación el golfo Ataceno y la tribu de los atacoros[1298], a quienes la temperatura privilegiada les proporciona un aire excepcionalmente suave. En efecto, las colinas desvían los vientos nocivos; y éstas, saludables por su tibia temperatura, desterrados los vientos por todos lados se interponen e impiden los aires malsanos. Y consiguientemente su forma de vida resulta similar, como asegura Amometo[1299], a la de los hiperbóreos. Entre este pueblo y la India los escritores más ignorantes situaron a los cicones[1300].

La India. La bondad del clima. Naturaleza del suelo

La India, que se extiende desde el Mar **[52]** de Mediodía hasta el oriente, comienza en los montes Emodos[1301]. Gracias al sanísimo soplo del favonio[1302] disfruta de dos veranos al año, recoge dos cosechas y en lugar de un invierno padece los vientos etesios[1303] Posidonio [2] la situó en la parte del mundo opuesta a la Galia[1304]. Desde luego, no hay ni un solo aspecto de este país que permanezca oscuro; pues descubierto por los soldados de Alejandro Magno y recorrido luego por iniciativa de otros reyes, se ha incorporado completamente a nuestros conocimientos. Megástenes, [3] que efectivamente residió durante algún

tiempo entre los reyes de la India, escribió sobre las cosas de la India para dejar constancia fiel de lo que había visto con sus propios ojos[1305]. Asimismo Dionisio, que fue enviado por el rey Filadelfo[1306] también como observador, nos ha legado un relato parecido al objeto de averiguar la realidad[1307].

Costumbres y condiciones de la población

[4] Cuentan, pues, que en la India hubo cinco mil ciudades singularmente espaciosas y nueve mil pueblos[1308]. Durante bastante tiempo se mantuvo incluso la idea de que constituía una tercera parte de la tierra. Y no sería sorprendente esa abundancia de gentes y de ciudades, porque los indios son los únicos hombres que [5] jamás se han apartado del lugar en que nacieron. El Padre Líber fue el primero que penetró en la India, habida cuenta que fue el primero de todos que obtuvo el triunfo[1309]. Desde Líber hasta Alejandro transcurren 6.451 años y tres meses, cómputo que se determina por los reyes: éstos, que fueron 153, consta que ocuparon el período que media entre ambos[1310].

Los mayores ríos de aquel país son el Ganges y el Indo. [6] De éstos, el Ganges pretenden algunos que brota en fuentes ignotas y que se desborda como el Nilo: otros sostienen que tiene su nacimiento en los montes de Escitia[1311]. Allí se encuentra [7] también el famosísimo río Hípanis[1312], que marcó el final del viaje de Alejandro Magno, tal como prueban los altares levantados en su orilla. La

menor anchura del Ganges es de ocho mil pasos[1313], la mayor de veinte mil[1314]; la profundidad, allí donde es menos hondo, se traga la medida de los cien pies[1315].

[8] Los gangárides son una remota nación de la India: su rey tiene aparejados para la guerra mil jinetes, setecientos [9] elefantes, sesenta mil infantes[1316]. Algunos indios cultivan los campos, la mayoría las armas, otros el comercio; los mejores y los más ricos gobiernan la república y asisten a los reyes[1317]. Vive allí una quinta clase de personas, dotadas de altísima sabiduría, que cuando han colmado su existencia [10] se procuran la muerte, quemados en una pira[1318]. Pero quienes se han dado a un régimen de vida más violento y llevan una vida salvaje, dan caza a los elefantes, a los que emplean, una vez que han sido perfectamente domesticados hasta volverse mansos, bien para arar, bien para hacerse transportar. Hay una isla en el Ganges donde habita una raza [11] muy populosa, cuyo monarca dispone de un ejército de cincuenta mil infantes y cuatro mil jinetes. De hecho, todos aquellos que están revestidos con la dignidad real no practican el arte militar sin un crecidísimo número de elefantes, así como de jinetes e infantes[1319].

El pueblo de los prasios es el más poderoso. Habitan la [12] ciudad de Palibotra, razón por la cual llamaron algunos palibotros a la propia tribu[1320]. Su rey mantiene a sueldo permanentemente a seiscientos mil infantes, treinta mil jinetes y ocho mil elefantes[1321]. Al otro lado de Palibotra está el [13] monte Maleo, en el que las sombras caen hacia el norte en invierno y hacia el sur en verano, y esta alternancia dura seis

meses[1322]. En este país la Osa Menor es visible una sola vez al año y nada más que durante quince días, como indica Betón[1323], el cual afirma que este fenómeno sucede en la [14] mayoría de los lugares de la India. En la región orientada a mediodía, los ribereños del río Indo se tuestan más que el resto de los indios a causa del calor: el color de las personas [15] revela, en suma, la fuerza del sol[1324]. Los pigmeos ocupan las zonas montañosas[1325]. A su vez, aquellos que viven cerca del océano prescinden de los reyes. El pueblo panda está gobernado por mujeres y se le atribuye como primera reina a una hija de Hércules[1326]. La ciudad de Nisa se sitúa [16] también en este territorio, así como un monte consagrado a Júpiter, llamado Mero, en cuya caverna aseguran los antiguos indios que se crió el Padre Líber[1327]. ¡Y con el testimonio de este vocablo se dio fe a la irreverente tradición de que Líber nació de un muslo![1328]. Fuera ya de la boca del [17] Indo se hallan dos islas, Crisa y Argira, tan ricas y rebosantes de minerales que la mayor parte de los autores nos ha trasmitido que tienen la superficie de oro y de plata[1329].

Todos los indios llevan los cabellos largos, no sin teñirlos [18] de un color azul o azafranado[1330]. Su principal ornato [19] está en las piedras preciosas. Celebran los funerales sin pompas. Además, como se dice en los libros de los reyes Juba y Arquelao[1331], en la medida en que las costumbres de los pueblos son diferentes, también son discordantes sus vestidos: [20] unos se cubren con mantos de lino, otros con mantos de lana; un grupo anda desnudo, otro tapa tan sólo

sus vergüenzas, muchos incluso se envuelven con cortezas de árbol adaptables al cuerpo. Ciertos pueblos alcanzan tan grande estatura que, con un sencillísimo salto, pasan por encima de [21] un elefante como si fuese un caballo. Muchísimos no aprueban ni matar a un animal ni comer carne. Otros muchos se [22] alimentan simplemente de pescado y viven de la mar. Hay algunos que inmolan como víctimas a los parientes más cercanos y a los padres, antes de que los consuman la vejez o las enfermedades, y luego celebran una comida con las entrañas del muerto: semejante proceder no tiene allí la consideración [23] de delito, sino el valor de una acción devota. Hay también otros que, cuando están afectados por una enfermedad, se retiran a un lugar solitario, lejos de la gente, y aguardan la muerte sin ninguna inquietud.

[24] El pueblo de los astacanos está rodeado de verdes bosques de laurel y de forestas de boje; pero es muy rico por sus cosechas de vid y de todos los árboles que hacen a Grecia [25] agradable[1332]. Los indios tienen filósofos (reciben el nombre de gimnosofistas), los cuales, desde la salida hasta la puesta del sol, miran hacia el disco del astro incandescente con los ojos fijos, mientras escrutan en el globo de fuego ciertos misterios recónditos, y pasan el día entero sosteniéndose alternativamente sobre un solo pie encima de la ardiente arena[1333]. Junto al monte denominado Nulo viven [26] personas que tienen los pies vueltos hacia atrás y, en cada uno, ocho dedos[1334]. Megástenes escribe que en distintos [27] montes de la India existen tribus que

poseen cabeza de perro, están provistos de garras, van vestidos con pieles y no emiten ninguna voz comparable al lenguaje humano, sino tan sólo ladridos y aullidos[1335]. En Ctesias se lee que algunas [28] mujeres indias paren una sola vez y que los recién nacidos lucen de inmediato el pelo blanco: y, al contrario, que existe otra raza que en su juventud tiene el pelo blanco, y en la vejez lo ennegrece, y que su vida dura más años que [29] el límite de la nuestra. Hemos leído que allí nacen también los monocolos[1336], individuos de una sola pierna y de una extraordiaria agilidad: los cuales, cuando quieren protegerse del calor, se tumban de espaldas para darse sombra con la [30] enormidad de su pie[1337]. Quienes habitan en las fuentes del Ganges se mantienen, sin ayuda de ninguna comida, con el aroma de los frutos silvestres, y cuando efectúan largos desplazamientos toman la precaución de llevar estos mismos consigo, para alimentarse oliéndolos[1338]. Pues en el caso de que respirasen un efluvio muy repugnante, es seguro que [31] pierden la vida. Cuentan que existe también una raza de mujeres que son fecundas a los cinco años, pero no prolongan 32 su tiempo de vida más allá de los ocho años[1339]. Los hay que carecen de cuello y tienen los ojos en los hombros. Otros son salvajes, con el cuerpo peludo, dientes de perro, y dan pavorosos gritos[1340]. Es verdad que en aquellos pueblos que muestran más profunda inquietud por la conducta, muchas mujeres contraen matrimonio con el mismo hombre, y cuando el marido ha abandonado el mundo, cada una de ellas defiende ante severísimos jueces la causa relativa a sus

méritos: y la que por sentencia del tribunal ha vencido, demostrando haber sido más complaciente que el resto, obtiene en galardón por su triunfo el derecho a subir a la pira del cónyuge y a ofrecerse ella misma, como sacrificio fúnebre, en las exequias del difunto[1341]. Las demás viven reprobadas.

Serpientes de la India

El tamaño de las serpientes es tan [33] desmesurado que se tragan un ciervo entero y otros animales de parecido tamaño, incluso se adentran en la inmensidad del Océano Índico y ponen rumbo a las islas, situadas a gran distancia del continente, a fin de conseguir alimento. Y es evidente que no con cualquier envergadura consigue ese resultado, es decir, que alcancen el destino fijado atravesando un mar tan extenso[1342].

La leucocrota

[34] Existen allí muchas y sorprendentes fieras; por su gran cantidad y abundancia, trataremos sólo de un pequeño grupo. La leucocrota aventaja en rapidez a todos los animales salvajes: tiene la misma talla que un asno salvaje, las grupas de ciervo, el pecho y las patas de león, la cabeza de tejón, la pezuña hendida, la boca rasgada hasta las orejas y un hueso soldado en lugar de dientes. Esto por lo que hace a su aspecto: pues con su voz imita el habla de los hombres[1343].

El animal llamado eale

[35] Está también el éale, que es, por lo demás, como un caballo[1344]; tiene cola de elefante, la capa negra, colmillos de jabalí; lleva delante dos cuernos, que superan el largo de un codo y que están adaptados para obedecer los movimientos que quiera: y es que no están fijos, sino que se mueven según demande la necesidad de combatir. Cuando lucha lleva erguido uno de ellos, el otro lo mantiene replegado, de suerte que si algún golpe embotara la punta del primero, tome su lugar la agudeza del segundo. Se le compara con los hipopótamos: sin duda, también disfruta en las aguas de los ríos[1345].

Los toros de la India

Los toros de la India son de color leonado, [36] de extrema rapidez; tienen las cerdas a contrapelo, tanta boca como cabeza. También ellos pueden girar los cuernos, con la flexibilidad que deseen. La dureza de su piel escupe cualquier arma, y es un animal tan salvajemente fiero que, cuando se le ha capturado, se deja morir de rabia[1346].

El animal llamado mantícora

Nace además entre aquellas gentes la [37] llamada mantícora, con una triple fila de dientes[1347] que encajan alternativamente; tiene la cara de un hombre, los ojos verdes

claro, el color de la sangre, cuerpo de león, la cola afilada como el aguijón de un alacrán, la voz tan estridente que evoca los sones de un concierto de zampoñas y clarines. Busca la carne humana con insaciable apetito.

Los búfalos de la India

[38] Tiene tanto vigor en sus pies, tanta potencia para saltar, que ni vastísimos espacios ni amplísimos obstáculos son capaces de cerrarle el paso[1348]. Hay además bueyes de uno solo y de tres cuernos, con los cascos enteros, sin hendidura[1349].

El animal llamado monócero

[39] Pero el más espantoso de todos es el monócero, monstruo de salvaje bramido, cuerpo de caballo, pies de elefante, cola [40] de puerco, cabeza de ciervo. En medio de su frente brota un cuerno, cuyo resplandor asombra, de cuatro pies de largo[1350] y tan agudo que cuantas cosas acomete, las traspasa fácilmente con su golpe. No llega vivo a poder del hombre; y cabe, por supuesto, matarlo, mas no capturarlo[1351].

Las anguilas del Ganges. Los gusanos del Ganges

A su vez, las aguas producen portentos [41] no menos singulares. El Ganges cría anguilas de treinta pies[1352]. Según

Estacio Seboso[1353], entre las principales maravillas de este río figura la abundancia de los gusanos llamados cerúleos por su color. Éstos tienen dos brazos de no menos de seis codos de largo[1354], y de tan robustas fuerzas que, cogiendo de un bocado la trompa de los elefantes cuando van a beber, los arrastran hasta el fondo del río.

La ballena indica. La «fisetera»

[42] El mar de la India alberga ballenas de un tamaño superior a cuatro yugadas[1355], así como a esas otras que denominan «fiseteras»[1356], las cuales, inmensas, con mayor corpulencia que una enorme columna, se levantan por encima de las antenas de las embarcaciones y a través de unos conductos arrojan con tanta fuerza el agua que se han tragado que, con frecuencia, hunden los barcos de los navegantes con una lluviosa inundación.

El papagayo

[43] La India es el único país que produce el papagayo, ave de color verde y con un collar de plumas rojas. Su pico es tan duro que, cuando se precipita desde lo alto contra una peña, se aferra en la fuerza del pico y lo emplea como una forma de sostén de excepcional [44] solidez; y tiene la cabeza tan dura que, si alguna vez hay que corregirlo a golpes para que aprenda (pues se esfuerza en hablar como los humanos), hay que zurrarle con una varilla de hierro.

Mientras son crías y hasta que no han cumplido los dos años aprenden más rápido y recuerdan con mayor fijeza cuanto les han enseñado; si algo más viejos, [45] son desmemoriados e incapaces de aprender. La diferencia entre los de raza y los vulgares la establece el número de dedos: los más notables poseen cinco dedos por pata, los otros tres. Su lengua es ancha y mucho más ancha que en las demás aves: de donde resulta que dicen palabras perfectamente pronunciadas[1357]. Los círculos refinados romanos admiraron tanto este ingenio que los bárbaros convirtieron al papagayo en mercancía[1358].

Bosques de la India

Los bosques de la India se elevan a [46] una altura tan grande que ni siquiera con flechas pueden ser atravesados.

La higuera india

Tienen huertos de higueras, cuyos [47] troncos alcanzan un grosor de sesenta pasos en redondo[1359]: la sombra de sus ramas cubre un contorno de dos estadios[1360]. La anchura de sus hojas se asemeja, en la forma, al escudo de las amazonas[1361]. Su fruto es de extraordinaria delicadeza[1362].

Las cañas de la India

[48] Los terrenos palustres producen unas cañas tan gruesas que, abiertas entre dos nudos, transportan a los

navegantes a guisa de barca. De sus raíces se extrae un jugo dulce parecido, por su suavidad, a la miel[1363].

Sobre los árboles que nacen en una isla de la India

[49] Tilos es una isla de la India que produce palmas, cría olivos, posee abundantes viñas[1364]. Es la única que aventaja a todas las tierras por el siguiente prodigio: cualquier árbol que nazca en la isla jamás pierde las hojas.

El árbol de la pimienta

El monte Cáucaso[1365], que penetra en [50] la mayor parte del mundo con su cadena de cumbres, ofrece allí, en la vertiente orientada al sol, el árbol de la pimienta; afirman que éste, a semejanza del enebro, produce frutos de distinta manera[1366]. Los que nacen apenas [51] maduros, se llaman pimienta larga; el que está intacto, pimienta blanca; los que presentan la piel arrugada y reseca, debido al calor, toman su nombre del color del fruto[1367].

El ébano. El cálamo medicinal

[52 (55)] Pompeyo el Grande fue el primero que mostró en Roma, en su triunfo por la victoria sobre Mitridates, el ébano de la India[1368]. Produce también la India el cálamo aromático[1369] y otros muchos perfumes con la dulzura de exóticas esencias.

[53 (56)] De entre las gemas indias el puesto de honor corresponde al diamante, visto que aleja los delirios, combate los venenos, [54 (57)] aparta de la mente los falsos temores. Al principio, resultó conveniente anticipar aquellas cualidades que considerábamos tocantes a su provecho: ahora expondremos qué clases de diamantes existen y sus correspondientes colores. El más bello se encuentra en cierto tipo de cristal, y prácticamente idéntico, por su brillante transparencia, a la materia en cuyo seno nace; forma con suavidad, por uno y otro lado, la puntiaguda figura de un cono hexagonal, y jamás se ha visto ninguno de mayor tamaño [55 (58)] que la nuez de una avellana. El siguiente en calidad se encuentra en el oro de mayor pureza, pero es menos luminoso y su brillo se acerca más bien a las tonalidades de la plata[1370]. La tercera clase está en los filones de Chipre; se acerca más al aspecto del cobre[1371]. La cuarta se recoge en las minas de hierro[1372]; aventaja en peso a las demás clases, pero no ocurre lo mismo respecto a su resistencia: pues [56 (59)] tanto éste como los obtenidos en Chipre pueden romperse, y la mayor parte incluso son horadables con otro diamante. Pero aquellas que hemos catalogado como las dos principales no se dejan vencer por el hierro ni domeñar por el fuego[1373]; sin embargo, si por un buen tiempo se ablandan en sangre de cabrón —aunque no sirve más que la caliente o fresca— entonces ya ceden y saltan en pedazos, no sin haber quebrado antes unos cuantos

martillos y destrozado yunques[1374]. Tales fragmentos son muy buscados por los grabadores de entalles, con el fin de utilizarlos para labrar gemas de todas clases.

La piedra imán

El diamante y la piedra magnética mantienen [57 (60)] cierta discordia natural secreta, hasta el punto de que si pones un diamante al lado, impide que el imán atrape al hierro; y si acercando el imán al hierro logra atraerlo, el diamante se lo arrebata y lo arrastra como una presa[1375].

La licnita

[58 (61)] India produce asimismo la licnita: la intensidad de sus reflejos la aviva la lumbre de los candiles, y esto explica que los [59 (62)] griegos la llamaran «licnita»[1376]. Existen dos variedades: o brilla con la luminosidad de la púrpura, o está teñida, de manera aún más pura, con el color escarlata de la grana, manteniendo en todo su interior, si realmente fuese limpia, una trasparencia sin tacha. Pero si se ha puesto ardiendo por los rayos del sol o ha sido calentada a base de frotarla con los dedos, sin moverla de su sitio atrae hacia sí las pajitas huecas o las hebras del [60 (63)] papiro[1377]. Se resiste obstinadamente a ser grabada, y si alguna vez se hace un sello con ella, cuando imprime la marca retiene una parte de la cera, mordiéndola, por así decirlo, como un animal.

El berilo

[61 (64)] Los indios tallan los berilos en forma hexagonal para infundir fuerza a la apagada blandura de su color mediante las reverberaciones producidas por los ángulos. La familia de los berilos se clasifica según su aspecto variado. Los más bellos, con una mezcla de glauco y de azul que a veces tira a verde, exhiben un encanto como el del mar transparente[1378].

El crisoberilo. La crisoprasa

Por debajo de éstos se hallan los crisoberilos, [62 (65)] que aunque brillan más débilmente, están ceñidos por un nimbo dorado[1379]. También las crisoprasas, que despiden una luz mezcla de oro y verde pálido, fueron atribuidas a la familia de los berilos[1380].

El jacintizonte

Los mismos jacintizontes, es decir, [63 (66)] los que se asemejan de cerca a los jacintos, asimismo se incluyen entre los berilos[1381]. Finalmente, a aquellos que, semejantes al cristal[1382], aparecen opacos, debido a los filamentos que se interponen dentro (porque de este defecto les viene su nombre)[1383], los mejores expertos en piedras los han calificado de vulgares. A los reyes indios les gusta que [64 (67)] esta clase de gemas sea cortada en forma de

larguísimos cilindros, y cuando están horadados los ensartan en crines de elefante y hacen collares, o bien, por lo general, engastan conteras de oro en ambos extremos del cilindro buscando un brillo más espléndido, de suerte que, en virtud del metal hábilmente añadido a uno y otro lado, los berilos alcanzan un color más encendido.

Tapróbane

[53] Durante largo tiempo, antes de que la audacia humana desplegase su confianza en los mares ya explorados, existió la creencia de que la isla de Tapróbane[1384] constituía otro mundo, y en concreto imaginaban que lo habitaban los antíctones[1385]. Pero la valentía de Alejandro Magno no toleró que el desconocimiento nacido de una equivocación colectiva se perpetuara, sino que prolongó la gloria de su nombre hasta aquellos remotos lugares. [2] Así pues, destacado Onesícrito, comandante de la flota de Macedonia, nos permitió conocer informaciones exactas sobre este territorio, cuáles eran sus dimensiones, qué cosas producía y de qué modo se hallaba organizado. Tiene una extensión de siete mil estadios de largo y cinco mil de [3] ancho[1386]. Está cortada, hacia su mitad, por un río[1387]. En realidad, una parte de Tapróbane se encuentra llena de fieras y de elefantes, mucho mayores que los que crecen en la India: la otra parte es ocupada por la población. Abunda en perlas y en toda suerte de gemas. Está situada entre el oriente y el ocaso. Comienza en el Mar Oriental y es paralela a la [4] India. La travesía hasta la isla

desde la tribu india de los prasios duraba, en principio, veinte días, pero cuando se dirigían allí en embarcaciones de papiro, propias del Nilo; luego, con la ruta establecida por nuestras naves, se ha convertido en un viaje de siete días[1388]. En medio se interpone [5] un mar formado por bajos fondos, que no alcanza un calado superior a seis pasos[1389], aunque en determinados canales es tan profundo que ningún ancla pudo jamás tocar el fondo de aquellos abismos.

Estrellas que cubren su firmamento

En la navegación para nada se hace [6] cuenta de las estrellas, dado que allí no se ve en absoluto la Osa Menor y que nunca aparecen las Pléyades. Ven la luna sobre el horizonte solamente desde el octavo al decimosexto día de su ciclo.

Sobre la navegación y los principios por lo que se rige

Allí resplandece Canopo, estrella luminosa [7] y grandísima. Tienen el sol cuando nace a su derecha, y en el ocaso a la izquierda[1390]. Así pues, como no disponen de reglas de navegación para arribar al destino al que se dirigen, llevan consigo unas aves cuyo vuelo en busca de tierra firme toman como guía del rumbo a seguir[1391]. No se navega más que durante cuatro meses al año[1392].

[8] Hasta el reinado de Claudio tan sólo esto habíamos averiguado sobre Tapróbane: y entonces la fortuna abrió una

puerta más amplia a nuestro conocimiento. En efecto, un liberto de Annio Plócamo (recaudador oficial, a la sazón, de los tributos del Mar Rojo[1393]), que salió con destino a Arabia y fue arrastrado por los vientos del norte más allá de Carmania, finalmente, al decimoquinto día arribó a aquellas costas y fue traído al puerto llamado Hipuro[1394]. Instruido [9] luego, durante seis meses, en su lengua, y recibido por el rey en audiencia hizo una relación de las cosas que sabía. El rey quedó asombrado, en efecto, de las monedas que habían sido requisadas junto con el prisionero, pues aunque habían sido grabadas con diferentes efigies, sin embargo guardaban el mismo patrón de peso: y como, por la comprobación [10] de esta regularidad, ardía en deseos de obtener la amistad de los romanos, envió hasta nosotros unos embajadores presididos por Raquia, gracias a los cuales han sido conocidos todos estos datos[1395].

Sobre la condición y costumbres de sus habitantes

[11] Veamos: sus gentes superan en talla a todos los hombres. Se tiñen los cabellos de color púrpura, poseen ojos azules y atroz mirada, y un pavoroso timbre de [12] voz. Tienen una muerte prematura quienes llegan a alcanzar cien años: todos los demás tienen una vida pródiga en años y dilatada casi por encima de lo que tolera la caducidad humana. Ninguno duerme ni antes del [13] amanecer ni durante el día[1396]. Sus edificios se elevan desde el suelo hasta una altura moderada. La provisión de víveres se mantiene

siempre estable. No conocen las vides: hay abundancia de árboles frutales. Rinden culto a Hércules[1397]. [14] A la hora de elegir rey no tiene preponderancia la nobleza, sino la aprobación colectiva. El pueblo designa a una persona respetada por sus costumbres y por su inveterada indulgencia, [15] y que sea entrada en años. Pero también se requiere que no tenga ningún hijo; pues a quien haya sido padre, aunque su vida sea ejemplar, no se le permite acceder al trono; y si por ventura tiene un hijo durante su reinado, es despojado de su poder; y ello se observa sobre todo por esto: [16] para que el reino no se haga hereditario. Después, aunque el rey manifieste la mayor justicia, no quieren que le esté permitido todo; por tanto, acepta a treinta regentes, para no ser el único juez en los procesos capitales; aunque también, si hubiese desacuerdo con el fallo, se apela al pueblo, y una vez nombrados setenta jueces se pronuncia sentencia, [17] que es necesariamente acatada. El rey lleva un ropaje distinto a los demás, una vestidura talar[1398], que es como el traje con el que vemos que se envuelve el Padre Líber. Y si incluso él mismo es inculpado de algún delito, es condenado a la pena de muerte: mas no muere de forma que sea alcanzado [18] por la mano de alguien, sino que por unanimidad del pueblo se le prohíben los derechos sobre cualquier materia, incluso la posibilidad de hablar se deniega al rey convicto[1399]. Todos practican la agricultura. Son aficionados a la [19] caza y no capturan piezas corrientes, pues lo cierto es que tan sólo se buscan tigres y elefantes.

Fatigan también los mares saliendo [20] a pescar y se recrean capturando tortugas marinas, cuyo tamaño es tan grande que su caparazón hace una casa y acoge holgadamente a una familia de muchos miembros[1400].

[21] La mayor parte de esta isla está abrasada por el calor y termina en inmensos desiertos[1401]. Baña sus márgenes un mar de color verde intenso, lleno de vegetación, de suerte que muchas veces los timones de las naves rozan las ramas de los árboles[1402]. Desde la cumbre de sus montes distinguen [22] la costa de los seres[1403]. Aprecian el oro y embellecen las copas decorándolas con gemas de todas clases. Tallan mármoles veteados como el carey.

Sobre las perlas

[23] Cogen infinidad de perlas y del mayor tamaño. Existen unas conchas, en cuyo interior se busca ese tipo de gemas, que durante cierta época del año ansían, con desbordante apetito de engendrar, algo parecido a un rocío fecundante; para satisfacer semejante necesidad abren las valvas. Y cuando más se destila esa lluvia lunar absorben, mediante una especie de bostezo, el ansiado [24] fluido: así conciben y quedan fecundadas. Las cualidades de las perlas son fruto de la calidad del alimento; pues si el que han recibido es puro, las esferas son de un blanco reluciente; pero si es turbio, o bien son de un amarillo pálido o bien de

un rojo oscuro. De este modo producen un [25] fruto nacido más del cielo que del mar. Por tanto, siempre que absorben el semen con luz matinal la perla adquiere un reflejo más lúcido, y siempre que lo reciben al atardecer nace más oscura. En fin, cuanta mayor cantidad haya bebido, tanto más aprovecha el crecimiento de la gema[1404]. Si repentinamente centellea un relámpago, se ven sacudidas por un inoportuno temor y, habiéndose cerrado por esa angustia imprevista, sufren anomalías que provocan el aborto: se forman, en efecto, unas piedrecillas o insignificantes o huecas. Las propias madreperlas albergan sentimientos: temen [26] que sus criaturas se llenen de manchas, y cuando el día se ha encendido con rayos demasiado ardientes, para que las perlas no queden teñidas con el calor del sol descienden hasta el fondo y en las profundidades se protegen del sofoco. Sin embargo, la edad también contribuye a esta prevención, pues la blancura se pierde por completo con la vejez y, a medida que la concha crece, se vuelve amarilla. Dentro del agua la perla es blanda; una vez extraída, se endurece. Jamás se hallaron dos perlas juntas: por eso recibieron el [27] nombre de «uniones»[1405]. Dícese que no aparecen perlas de más de media onza[1406]. Las madreperlas temen las asechanzas de los pescadores; de ahí deriva el que se escondan casi siempre entre los escollos o entre los perros marinos[1407]. Nadan formando bancos; el enjambre tiene un guía fijo, y si éste es capturado, todas las que hayan escapado terminan asimismo en las redes[1408].

[28] También la India produce perlas, las producen

también las costas de Britania: por ejemplo, el divino Julio quiso recordar, en la inscripción puesta al pie, que el peto de la coraza consagrada a Venus *Genetrix* en el templo de la diosa estaba fabricado con perlas británicas[1409]. Es del dominio público [29] que Lolia Paulina, mujer del emperador Gayo Calígula, tuvo una túnica de perlas valorada, en su época, en cuarenta millones de sestercios: por la ambición de procurar esta joya, Manilio, padre de Lolia, después de saquear los territorios de Oriente cayó en desgracia ante Gayo César, hijo de Augusto, y excluido de la amistad del príncipe murió tomando un veneno[1410]. La escrupulosidad de los siglos pasados [30] nos procuró también la noticia de que las perlas llegaron por primera vez a Roma en tiempos de Sila[1411].

La ruta de la India

[54] Desde esta isla pasaremos, como es lógico, al continente: regresemos, por lo tanto, de Tapróbane a la India. Mas si permaneciésemos en las ciudades o entre los pueblos de la India, excederemos el límite de aquella compostura a que nos comprometimos.

[2] En las cercanías del río Indo tuvieron la ciudad de Cafisa[1412], que Ciro destruyó. Aracosia, levantada a orillas del río Erimanto, fue una fundación de Semíramis[1413]. Cadrusio es una ciudad construida por Alejandro Magno en el Cáucaso[1414]. Aquí se encuentra, además, Alejandría, que abarca una superficie de treinta estadios[1415]. Hay también

otras muchas ciudades, pero éstas se cuentan entre las más insignes. [3] Pasada la India, ocupan las regiones montañosas los ictiófagos, a los que Alejandro Magno les impuso, tras someterlos, la prohibición de comer pescado. Pues antes se alimentaban de esta forma[1416].

Más allá de éstos, los desiertos de Carmania, luego Persia, [4] y la travesía por mar, durante la cual se encuentra la isla del Sol, que es de color rojo e inaccesible a toda suerte de animales; efectivamente, cualquier animal que haya entrado en ella perece[1417]. Al regresar de la India lo primero que se [5] divisa desde el Hianis[1418], río de Carmania, es la Osa Mayor. En esta región tuvieron el trono los Aqueménidas. Entre [6] el cabo de Carmania y Arabia hay una extensión de cincuenta mil pasos[1419]: se encuentran luego tres islas, en cuyas proximidades salen del agua serpientes marinas que miden veinte codos de largo[1420].

[7] En este lugar hay que decir cómo se continúa desde Alejandría de Egipto hasta la India. El viaje se hace navegando por el Nilo hasta Copto[1421] cuando soplan los vientos etesios[1422]. Desde allí el camino es por tierra hasta Hidreo[1423]. Después de haber recorrido algunas etapas, se llega [8] a Berenice, donde está el puerto del Mar Rojo[1424]. Desde aquel lugar se toca en Ocelis, puerto de Arabia[1425]. Cerca ya de la India nos recibe la estación comercial de Zmiris[1426], muy desacreditada a consecuencia de los asaltos de los piratas. Luego, a través de varias escalas, se llega a Cotonara[1427], hasta donde transportan la pimienta en chalupas vaciadas en un solo pedazo de madera. Los que

toman la ruta [9] de India sueltan amarras a mediados del verano, antes del nacimiento del Can Mayor o inmediatamente después de su salida; y los que vuelven reemprenden la travesía en el mes [10] de diciembre[1428]. Desde la India se navega con viento volturno[1429], pero cuando se ha alcanzado el Mar Rojo, el ábrego o el austro[1430] empujan las velas. Se dice que la distancia desde la India es de 1.750.000 pasos[1431]: y desde Carmania —parte de la cual está cubierta de vides— de 100.000 pasos[1432]. Además, hay una raza de hombres que no viven de [11] otra carne que la de tortuga; que tienen todo el cuerpo cubierto de pelos, excepto la cara, la única que está lisa: esas mismas gentes se visten con pieles de pescado y reciben el nombre de «quelonófagos»[1433].

El golfo Pérsico y Arábigo. El mar Azanio

[12] El Mar Rojo irrumpe en estas costas y se divide en dos golfos. De ellos, el que está al oriente se llama Pérsico, sin duda porque aquella orilla la habitaron pueblos de Persia, y su perímetro mide 2.600.000 pasos[1434]. El del lado opuesto, donde se encuentra Arabia, se llama Arábigo: mas al océano que allí penetra le dieron el nombre de Mar Azanio[1435].

Persia

[13] Junto a Carmania está Persia, que comienza en la isla

de Afrodisíade[1436], opulenta en riquezas variadas, ha cambiado su nombre por el de Partia; por la parte de la costa que mira a occidente se extiende [14] 550.000 pasos[1437]. La ciudad más famosa de Persia es Susa, donde se alza el templo de la Diana de Susa[1438]. La población de Cárbila o Bárbitas[1439] dista 135.000 pasos[1440] de Susa; en ella, todas las personas, a causa de la aversión que sienten por el oro, adquieren esta clase de metal y lo entierran en las profundidades del suelo, no sea que, manchados por su uso, con la avidez de poseerlo perviertan la justicia. En Persia realizan de forma muy desigual las mediciones de [15] la tierra, y esto no es exagerado, porque algunos pueblos próximos a Persia miden la tierra en esquenos, otros lo hacen en parasangas, y la discrepancia de cómputos hace poco fiables las medidas[1441].

Partia

Partia, en toda su extensión, está rodeada **[55]** al sur por el Mar Rojo, al norte por el Mar Hircano. Su territorio encierra dieciocho reinos, agrupados en dos distritos. Los once denominados reinos superiores principian en la frontera de Armenia y en la riberas del Caspio y se internan en el país de los escitas, con quienes [2] viven en armonía. Los otros siete reinos inferiores —pues así suele llamárseles— confinan, por oriente, con los arios, con Carmania y los arianos al sur, por la región del sol poniente con los medos, por el norte con los hircanos. A su vez, la propia Media, cuyo

territorio cruza a través el lado occidental, abraza a los reinos superiores e inferiores de Partia: al norte se halla cercada por Armenia; al este mira a los montes Caspios; por el sur, a Persia. Después, esta región avanza hasta una fortaleza que habitan los magos, cuyo nombre es Fidasárcide: aquí está la tumba de Ciro[1442].

Babilonia

[56] La capital de la raza de los caldeos es Babilonia, tan célebre que, por esta causa, tanto los asirios como Mesopotamia pasaron a recibir la denominación de Babilonia. [2] La ciudad se extiende por un perímetro de sesenta mil pasos[1443]; está rodeada de murallas, cuya altura es de doscientos pies, y el ancho de cincuenta (y [3] su medida es tres dedos más por pie que la nuestra)[1444]. Por en medio de Babilonia discurre el Eufrates. Allí está el templo de Júpiter Belo, de quien la misma tradición religiosa, que lo considera un dios, cuenta que fue el creador de la ciencia astronómica[1445]. Para rivalizar con esta ciudad los partos fundaron Ctesifonte.

Regreso al Océano Atlántico

Pero ya es el momento de regresar al [4] litoral del oceáno, guiando nuestra pluma hasta Etiopía: porque, como en páginas anteriores habíamos dicho que las mareas del Atlántico se iniciaban en el occidente y en Hispania, es

conveniente que abramos de nuevo la exposición por aquellas regiones del mundo en las que empieza a recibir el nombre de Atlántico. El Mar Azanio se prolonga [5] hasta las costas de Etiopía, el Mar Etiópico hasta al cabo Mosílico, donde otra vez está el océano Atlántico[1446].

Pues bien, Juba hizo también mención no sólo de los [6] pueblos, sino de las islas de toda aquella parte que muchos señalaron como inaccesible a causa del calor del sol; y en prueba de la veracidad de ese testimonio, quiso dar a entender que todo aquel mar, desde la India hasta Gades, era navegable, pero cuando sopla el mistral[1447], cuyos vientos pueden transportar a cualquier flota más allá de Arabia, Egipto y Mauritania, siempre que el rumbo se trace por derecho desde aquel cabo de la India que algunos han llamado Akra [7] Lepte y otros Drépano[1448]. Incluyó también los fondeaderos y las distancias: pues afirma que la distancia entre el promontorio de los indios y la isla de Malicu[1449] es de 1.500.000 pasos; de Malicu hasta Esceneo, de 225.000 pasos; desde aquí a la isla de Adano, de 150.000: lo que arroja un total de 1.875.000 pasos[1450] antes de alcanzar mar abierto[1451]. [8] Contra la opinión general de quienes sostienen que la mayor parte de esta región se halla vedada al género humano por el ardor del sol, lucha el mismo Juba hasta el extremo de afirmar que el transporte de mercancías por este camino sufre asaltos desde las islas Arábigas que habitan los árabes ascitas. Se les ha dado un nombre en consonancia con los hechos: pues construyen sobre odres de buey un entramado de tablas[1452] y,

navegando en esa especie de barcas, atacan a los que pasan por allí con flechas envenenadas[1453]. Añade además Juba que en los lugares más tórridos de Etiopía [9] viven las tribus de los trogloditas y de los ictiófagos: de estas dos, los trogloditas disfrutan de tan gran velocidad que alcanzan en carrera a las fieras que persiguen; los ictiófagos son capaces de nadar en el océano con no menos pericia que los animales marinos[1454].

Las islas Górgades

Explorado, así pues, el Mar Atlántico [10] hasta el poniente, hace mención también de las islas Górgades. Las islas Górgades, según nos hemos informado, están enfrente de aquel cabo que llamamos Hesperu Ceras[1455]. Estuvieron habitadas por las prodigiosas [11] Gorgonas y, en verdad, todavía hoy las ocupa una raza de monstruos. Distan del continente dos días de navegación. En fin, Jenofonte de Lámpsaco nos ha transmitido que el [12] general cartaginés Hannón desembarcó en estas islas y que encontró allí mujeres con la rapidez de las aves, y que de entre todas las que aparecieron cazó a dos con un cuerpo tan velludo y áspero que, en prueba de ese admirable caso, colgó como curiosidad entre las ofrendas del templo de Juno la piel de las dos, que se conservó hasta la fecha de la destrucción de Cartago[1456].

Las islas de las Hespérides

[13] Más allá de las Górgades están las islas de las Hespérides, como asegura Seboso[1457], apartadas en un golfo remoto del océano, a cuarenta días de navegación[1458].

Las islas Afortunadas

Sabemos por tradición que las islas [14] Afortunadas se hallan efectivamente enfrente de la orilla izquierda de Mauritania; Juba dice que éstas se hallan situadas, desde luego, en la línea del mediodía, aunque cercanas al occidente[1459]. No me extraña que, conociendo [15] su título, algunos se imaginen algo grande, pero la realidad no llega a la altura del prestigio de su nombre. En la primera de ellas, llamada Ombrio[1460], no hay ni hubo jamás edificios. Las cumbres de los montes están bañadas por charcas. Crecen cañas del tamaño de árboles: las que son negras, si se exprimen, producen un jugo muy amargo; las blancas rezuman un agua que es incluso apropiada para beber[1461]. La segunda isla dicen que se denomina Junonia[1462], [16] donde existe un pequeñísimo templo toscamente rematado con un fastigio[1463]. La tercera, vecina a ésta, lleva su mismo nombre; es una isla totalmente desierta. En cuarto lugar está la llamada Capraria, más que repleta de inmensos [17] lagartos[1464]. Viene a continuación Nivaria[1465], con un cielo cubierto de nubes y muy condensado, razón por la cual tiene nieves perpetuas. Luego se encuentra Canaria, llena de perros de excepcional tamaño, de cuya raza fueron mostrados dos, asimismo[1466], al rey Juba. Aquí perduran

restos de edificios. [18] Tiene abundancia de pájaros, bosques cargados de frutas, palmeras que suelen producir dátiles, muchos piñones, una abundante cosecha de miel, ríos ricos en siluros[1467]. [19] Cuentan también que el mar, si está agitado, arroja sobre la costa bestias marinas: luego, cuando tales monstruos se descomponen en podredumbre, infectan todos los lugares con su olor nauseabundo[1468]: y que, por eso, las condiciones naturales de las islas no guardan en absoluto consonancia con su denominación[1469].

---

[1] Este personaje, a quien Solino dedica la *Collectanea*, nos es desconocido. Sobre los distintos intentos para identificarlo, *vid.* la Introducción, págs. 13-17 y nota 159.

[2] Nuestro autor advierte así al lector que no pretende realizar una exposición completa y erudita al modo de Varrón o de Plinio el Viejo, pero tampoco limitarse a redactar una mera lista o registro de datos, como correspondía a la tradición corográfica: «monótono catálogo de topónimos y etnónimos», tal es la calificación literaria que a la obra de POMPONIO MELA otorga recientemente A. SILBERMAN, «Sur quelques toponymes de la côte africaine du golfe arabique (Pomponius Mela, III, 80)», *Rev. de Philologie* 59 (1985), 57-62.

[3] También PLINIO, el principal modelo de Solino, expresó con frecuencia (XIV 2; XXV 1; XXVII 1 y 4) su admiración por la *cura, industria* y *diligentia* de los escritores más antiguos, cuya curiosidad escudriñó todas las parcelas de la naturaleza y de las ciencias, pues no hubo noticia ni descubrimiento del que no hicieran exacta relación. La inclusión de esta excusa en el prefacio constituye un recurso habitual: véase nuestra Introducción, pág. 32. Para certificar su continuidad tópica, no carecen de interés los siguientes paralelos en la literatura española del XVI y XVII: «no quiero que me tengáis ni penséis de mí que me quiero tener por tan gran arrogante que quiera atribuirme a mí mismo ninguna cosa de lo que dijere, pues todas serán ajenas y escritas por muchos autores, así antiguos como modernos, que en fin ninguna cosa se podrá decir que antes no esté dicha» (A. DE TORQUEMADA, *Jardín de flores curiosas* [Clásicos Castalia, 129], Madrid, 1982, págs. 381 s.). «De todas las materias de la antigüedad hay tanto escrito, que no parece que hay olvidado nada de lo que se puede coger en esta gran mies de los autores griegos y latinos. Todo está recogido y barrido por grandes autores y varones de recóndita erudición» (R. CARO, *Días geniales y lúdicros* [t. II, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, núm. 213], Madrid, 1978, pág. 83).

[4] Viejo dinero *(vetus moneta)* tiene aquí el sentido de cosecha rancia o añeja y alude a la calidad de las obras compuestas por las pasadas generaciones de escritores. Este razonamiento es en el fondo el mismo que hallamos en la presentación de la *Floresta Española* (1574), escrita por MELCHOR DE SANTA CRUZ y dedicada a D. Juan de Austria: «La dificultad que en escrebir estos dichos hay, es la que se tiene en hallar moneda de buen metal, y subida de quilates. Porque así como aquélla es más estimada, que debajo de menos materia contiene más valor, así aquéllos son más excelentes dichos, los que en pocas palabras tienen encerradas muchas y notables sentencias». Solino quiso también significar que estuvo atesorando en su granero a los autores de buen metal y mayores quilates, quienes ya disertaron «mucho y notablemente» sobre los mismos temas, y que ha desdeñado el *numerario* más ruin.

[5] Héroe arcadio, a quien una tradición de origen griego, de la que se hizo eco el analista Fabio Píctor, atribuyó la creación de un asentamiento helénico en el Palatino, en lo que más tarde sería la ciudad de Roma. Según esta leyenda, que se proyectó hacia un pasado remoto anterior a Eneas y a la época real, Evandro fue acogido por el rey Fauno y fundó una colonia. Se trata de una historia inventada por eruditos griegos, quienes propusieron para muchas ciudades de Italia, conforme se tenía noticia de las mismas, episodios de fundación en los que intervenían diferentes héroes griegos, y de este modo quedaban integradas en su universo: véase J. POUCET, «La diffusion de la légende d'Énée en Italie centrale et ses rapports avec celle de Romulus», *Les Études Classiques* 57 (1989), 239-240. Sin embargo, E. PERUZZI («Agricoltura micenea nel Lazio», *Minos* 14 [1973], 164 ss; «I Micenei sul Palatino», *La Parola del Passato* 29 [1974], 309-315) se basa en la presencia de cerámica micénica y en la adopción por el latín de algunas voces griegas del ámbito agrícola, tomadas en época primitiva, para defender la posibilidad histórica de una colonización arcadia del Palatino durante la época micénica tardía.

[6] Esta explicación del nombre de Roma se vale del artificio de traducir primero al latín *(Valentia)* el término *rhṓmē* («fuerza»), con el que se suponía que los helenos habrían designado a la ciudad; luego se inventa la historia de que el primitivo poblado poseía ya una denominación latina y de que el arcadio Evandro la cambió por su equivalente griego. Se trata de una «Rücketymologie», creada con posterioridad al siglo III a. C. en ambientes helenísticos: véase I. OPELT, «Roma = ΡΩΜΗ und Rom als Idee», *Philologus* 109 (1965), 47-56 (= reproducido en B. KYTZLER, *Rom als Idee* [Wege der Forschung, Bd. 656], Darmstadt, 1993, págs. 72-85); B. ROCHETTE, «'Ῥώμη = ῥώμη», *Latomus* 56 (1997), 54-57. La verdadera etimología de Roma es desconocida; probablemente se trata de un término etrusco.

[7] Es decir, «acrópolis o alcázares». Mantengo la voz latina para que se aprecie la ingeniosa etimología de *arx* presentada por Solino. Los gramáticos romanos aceptaban este término como un derivado de *arceo*, «defender, proteger» (VARRÓN, *La lengua latina* V 151; PRISCIANO, ed. por Keil, *Grammatici Latini* II 140, 21; III 498, 33 s.; ISIDORO, *Etimologías*, XV 2, 32; XVIII 9, 5; SERVIO, *Coment, a Virgilio, Eneida* I 20), mas para A. ERNOUT, E. MEILLET, *Dictionnaire Étymologique de la langue latine*[4],

París, 1967, pág. 50, s.v. *arx*, podríamos estar simplemente ante la explicación popular de un préstamo lingüístico. Pues bien, el étnico griego *Arkádes* («los arcadios») se ha querido poner en relación con los nombres *árktos/árkos* (pero *árx* en ciertos textos tardíos), cuyo significado es «oso», lo que implica algunas hipótesis interesantes sobre el sentido del término 'arcadios' («los nocivos»: véase M. LEJEUNE, *Phonétique historique du mycénien et du grec anciens*, París, 1972, pág. 39; PH. BORGEAUD, *Recherches sur le dieu Pan* [Bibliotheca Helvetica Romana, XVII], Ginebra, 1979, pág. 48). Quizá Solino conoció otra explicación erudita antigua sobre los orígenes del pueblo arcadio, explicación que llegaría a relacionar la raíz constitutiva del étnico griego *(árx / árkos)* con el origen del nombre latino de las ciudadelas.

8 Esta historia pertenece a HERACLIDES DE LEMBOS, historiador griego de época helenística, aunque JACOBY *(FGrHist* 840 F 13 b) sospecha que la noticia puede remontar a la segunda mitad del siglo IV a. C.; Heraclides se habría limitado a recoger y ordenar otros testimonios helénicos más antiguos (POUCET, «La diffusion…», págs. 238-239). La figura de Rome entró así a formar parte de la leyenda troyana sobre los orígenes de Roma y fue vinculada luego por la tradición itálica tanto a la historia de Rómulo como a la de Eneas, el fundador de Lavinio: G. DURY-MOYAERS, *Énée et Lavinium. À propos des découvertes archéologiques récentes* (Coll. Latomus, vol. 174), Bruselas, 1981, págs. 55-57; R. MELLOR, «The Goddess Roma», en W. HAASE (ed.), *ANRW*, II 17, 2, Berlín-Nueva York, 1981, págs. 954-956.

9 Agatocles de Cícico, historiador griego que vivió hacia finales del siglo V o comienzos del IV a. C.; fue uno de los primeros griegos, junto a Helánico y Damastes, que recogió noticias sobre la fundación de Roma. También PLUTARCO *(Rómulo* 2, 1) se hizo eco de esta genealogía que incluía a Rome entre los descendientes de Eneas; constituye, sin duda, una ficción más de la historiografía griega (A. ALFÖLDI, *Die trojanischen Urahnen der Römer*, Basilea, 1957, pág. 11; C. J. CLASSEN, «Zur Herkunft der Sage von Romulus und Remus», *Historia* 12 (1963), 452-457; POUCET, «La diffusion…», págs. 246-247).

10 Para ciertas formas de pensamiento, la ocultación del auténtico nombre de una persona, de un pueblo o de una ciudad preserva a sus propietarios de cuantos daños, servidumbres y maleficios suelen ejecutarse encantando las palabras. La extensa serie de prácticas y supersticiones respecto al nombre en el mundo antiguo fue objeto de estudio por W. KROLL, «Namenaberglaube bei Griechen und Römern», *Mitteilungen d. Schles. Gesellschaft f. Volkskunde* 16 (1914), 179-196. Véase, además: A. BRELICH, *Der geheime Schutzgottheit von Rom* (Albae Vigiliae, N.F. 6), Zúrich, 1949, opúsculo dedicado al nombre oculto de la divinidad tutelar de Roma, aunque analiza paralelamente el caso del *ónoma telestikón* de la Urbe; TH. KÖVES-ZULAUF, *Reden und Schweigen. Römische Religion bei Plinius Maior* (Studia et testimonia antiqua, 12), Múnich, 1972, págs. 90-108, y PH. BRUGGISSER, *Romulus Servianus. La légende de Romulus dans les «Commentaires à Virgile» de Servius: mythographie et idéologie à l'époque de la dynastie théodosienne* (Antiquitas, 36), Bonn, 1987, págs. 107-113. Jugando con la

lectura inversa del término Roma, pronto se creó la leyenda de que aquella denominación misteriosa fue la palabra *amor*, y en los círculos griegos o helenizados se estableció el equivalente «Eros» como denominación secreta de la ciudad (C. WITTIG, *Quaestiones Lydianae*, Dissert. Regimonti, 1910, págs. 44-48). Pero el origen de semejante idea parece estar en el frecuente uso dado al nombre de Roma para la composición de ciertos juegos, no exentos de carácter mágico, tales como el palíndromo *Roma, Olim, Milo, Amor*, que forma un cuadrado de palabras cruzadas y que fue trazado a semejanza del famoso cuadrado/talismán llamado de *Sator*, últimamente estudiado por W. O. MOELLER, *The Mithraic Origin and Meanings of the Rotas-Sator Square* (ÉPRO, 38), Leiden, 1973. Otro ejemplo nos lo proporciona el palíndromo *Roma summus amor*. Sobre el particular, M. GUARDUCCI, «Dal gioco letterale alla crittografia mistica», en W. HAASE (ed.), *ANRW*, II 16. 2, Berlín-Nueva York, 1978, págs. 1743-1746.

11 Pero según otras fuentes, el delito cometido por Sorano habría consistido en desvelar el verdadero nombre de la divinidad secreta protectora de Roma, que de ese modo podía verse afectada por el ritual de la *evocatio* realizado por cualquiera de los enemigos de la Urbe. Según MACROBIO *(Saturnales*, III 9, 3-4), esta divinidad cuyo nombre no quería Roma desvelar pudo ser Júpiter, o Lúa, o Angerona, o bien Ops Consivia (BRELICH, *Die geheime Schutzgottheit…, passim;* P. POUTHIER, *Ops et la conception divine de l'abondance dans la religion romaine jusqu'à la mort d'Auguste* [BEFAR, Fasc. 242], Roma, 1981, págs. 73-74). Se trata de dos caras de la misma moneda: en el primer caso, emerge un tabú mágico de protección del nombre; en el segundo, un tabú religioso. Quinto Valerio Sorano desempeñó el cargo de tribuno de la plebe, probablemente, en el año 82 a. C.: *vid*. G. NICCOLINI, *I Fasti dei Tribuni della plebe*, Milán, 1934, págs. 430-431; T. P. WISEMAN, *New Men in the Roman Senate, 139 B.C.- A.D. 14*, Oxford, 1971, pág. 269, núm. 457. Tuvo gran fama de orador y literato, llegando a escribir una obra en verso, titulada «Las iniciadas», en la que tal vez se basaron sus adversarios para acusarle de aquella revelación (C. CICHORIUS, «Zur Lebensgeschichte des Valerius Soranus», *Hermes* 41 [1906], 59-68; TH. KÖVES-ZULAUF, «Die 'Επόπτιδες des Valerius Soranus», *Rhein. Museum* 113 [1970], 323-358). Aunque la tradición antigua afirma que habría sido su imprudencia religiosa lo que le valió la condena, y que por orden del Senado fue crucificado en Italia o muerto en Sicilia, a donde huyó para evitar el castigo, lo cierto es que el incidente de la revelación del nombre representa tan sólo un aspecto marginal, utilizado para ensombrecer los crueles enfrentamientos políticos de la época. Miembro del partido de Mario e incluido por Sila en las listas de los proscritos, Valerio se refugió en Sicilia, pero fue capturado y ejecutado por Pompeyo en el mismo año 82: cf. L. ALFONSI, «L'importanza politico-religiosa della *'Enunziazione'* di Valerio Sorano», *Epigraphica* 10 (1948), 81-89; *id*., «Nota all'articolo: L'importanza politico-religiosa della *'Enunciazione'* di Valerio Sorano», *Epigraphica* 11 (1949), 47-48; G. BRIZZI, «Il *nomen* segreto di Roma e l'*arcanum imperii* in Plinio», en A. ALFONSI y A. RONCONI (ed.), *Plinio il Vecchio sotto il profilo storico e letterario*, Como, 1982, págs. 237-251; F. HINARD, *Les proscriptions de la Rome républicaine* (Collection de l'École Française de Rome, 83), Roma, 1985, págs.

403-404.

12 Sobre el carácter y la naturaleza de esta diosa Angerona se han emitido numerosas hipótesis: divinidad celeste relacionada con el solsticio de invierno; divinidad gentilicia vinculada a la *gens* etrusca **Ancru;* diosa de la fecundidad; diosa infernal dotada de concomitancias con los manes *(taciti, silentes);* un resumen de las mismas puede hallarse en F. CANCIANI, *LIMC* I 1, 729, s.v. *Angerona*. También se ha defendido que, como la musa de Numa denominada Tácita y la diosa Muta de Tacio, podría ser una de las diversas encarnaciones de *Tellus*, la dura madre Tierra que no contesta a las súplicas (A. PIGANIOL, *Essai sur les origines de Rome* [BEFAR, Fasc. 110], París, 1917, pág. 113). Cabría incluso concebirla como una divinidad estacional que debe ser propiciada para que aleje los accidentes del feto en la procreación (G. RADKE, *Die Götter Altitaliens*[2], Münster, 1979, págs. 63-64). Angerona no poseía un templete propio: su culto se celebraba en un pequeño recinto consagrado a Volupia que se alzaba en el Palatino, cerca de la Puerta *Romanula*. Situando en este pasaje la noticia, Solino parece compartir la idea de PLINIO (III 65), que atribuía a Angerona la tutela del nombre secreto de Roma.

13 Es decir, el «Padre Descubridor», antigua divinidad itálica que resultó asimilada a la figura de Júpiter. Efectivamente, cerca del santuario de Hércules *Invictus* existía un altar consagrado a Júpiter *Inventor*, la fundación del cual se había ligado, ya desde época republicana, a la leyenda de Hércules.

14 Aquí se encontraba el depósito que almacenaba la sal transportada por el Tíber a Roma desde Ostia y desde otras balsas de evaporación existentes en la orilla derecha del río; de ahí el nombre de Las Salinas. Las instalaciones ocupaban una zona al pie del Aventino, junto a la mencionada puerta, la cual se abría en el muro serviano en el sector comprendido entre la mencionada colina y el Tíber. Su nombre deriva, probablemente, del hecho de que la puerta tenía tres aberturas, debido a su importante función (sal, tráfico con Ostia). Este aspecto de Caco castigado por Hércules cerca de la puerta Trigémina (¿reminiscencia del carácter triple del monstruo Tricarano, asimilado a Hércules?), corresponde a la tradición en que el héroe griego regresaba de España al frente de un ejército; se trata de una leyenda, distinta a la que viene a continuación, que fue situada en Campania: *vid.* G. CAPDEVILLE, *Volcanus. Recherches comparatistes sur les origines du culte de Vulcain* (BEFAR, Fasc. 288), Roma, 1995, 106-110, 128-129, así como *infra*, nota 17.

15 Gneo Gelio, analista de mediados del siglo II a. C., del que sólo conservamos una serie de fragmentos sobre historia e instituciones de la Roma primitiva. Su versión del episodio de Caco es bastante distinta a la más conocida, trasmitida por TITO LIVIO (I 7, 4-7).

16 El sileno Marsias fue una divinidad de la mitología frigia que se adoptó como epónimo del pueblo itálico de los marsos; en la tradición romana figuraba como rey de Frigia o de Lidia *(vid.* SOLINO, 2, 27), probablemente para exaltar los gloriosos ancestros

de la *gens* Marcia. El origen de la leyenda podría remontar a los etruscos de Capua: J. BAYET, *Les origines de l'Hercule Romain* (BEFAR, fasc. 132), París, 1926, pág. 217.

[17] Todo este pasaje sobre Caco, personaje que ahora es localizado en Campania, en las cercanías de Vulturno (Capua), recoge una leyenda que no es de creación romana, sino que fue probablemente elaborada por los etruscos del territorio campano del norte mucho antes del siglo II a. C. (cuando la extracta Gelio). Hércules, a su vez, recibió culto desde tiempos primitivos en la antigua Capua: J. HEURGON, *Recherches sur l'histoire, la religion et la civilisation de Capoue preromaine des origines à la deuxième guerre punique* (BEFAR, Fasc. 154), París, 1942, págs. 352-353; J. P. SMALL, *Cacus and Marsyas in etrusco-roman Legend* (Princeton Monographs in Art and Archaeology XLIV), Princeton, 1982. Solino se hace eco, posiblemente, de una vieja y singular tradición capuana que explicaba el enfrentamiento del héroe y adivino Caco con Hércules en el trasfondo político de la decadencia etnisca y la expansión romana (B. LIOU-GILLE, *Cultes «héroïques» romains. Les fondateurs*, París, 1980, págs. 42-46; G. CAMASSA, *L'occhio e il metallo. Un mitologema greco a Roma?*, Génova, 1983, págs. 50-52; CAPDEVILLE, *Volcanus*..., págs. 141-143). Tarcón Tirreno es otro personaje mítico-legendario, rey y adivino, introducido en la leyenda Caco/Hércules, que responde a inspiración de los etruscos (de Tarquinia o de Capua) y tal vez expresa el título del rey herrero (Tarku, dios hitita/Tarcón/Tarquinio), personaje común asimismo a Asia Menor: véase ESTRABÓN, V, 2, 2 (C 219); LICOFRÓN, *Alejandra* 1245-1249; VIRGILIO, *Eneida* VIII 603; X 153, así como BAYET, *Les origines de l'Hercule*..., págs. 149-153, 214-221; A. ALFÖLDI, *Die Struktur der voretruskischen Römerstaates*, Heidelberg, 1974, págs. 181-219.

[18] Efectivamente, los frigios pasaban, junto con los pisidios, cilicios, panfilios, licios y árabes, por conocer perfectamente el significado del canto y del vuelo de las aves (véase, por ejemplo, TACIANO, *Discurso a los griegos*, 1, 1). Mégales habría sido el introductor en Roma de unas artes augurales de origen frigio distintas a las técnicas de los augures romanos y de los arúspices: según J. GAOÉ, *Enquêtes sur les structures sociales et religieuses de la Rome primitive* (Coll. Latomus, vol. 152), Bruselas, 1977, págs. 121-134, 153-156, el adivino Atto Navio, que mantuvo la disputa augural con Tarquinio, no sería sino una segunda versión de la figura de Mégales Frigio.

[19] Es la llamada *Ara Maxima*, el más antiguo de los santuarios de Hércules en Roma, situada en el recinto de un bosquecillo que comprendía también una capilla: BAYET, *Les origines de l'Hercule*..., págs. 241-244; B. D'AGOSTINO, «Eracle e Gerione: la struttura del mito e la storia», *Annali di Archeologia e Storia Antica* N. S. 2 (1995), 7-13.

[20] Para una parte de la tradición latina, Nicóstrata era una ninfa de Arcadia con poderes proféticos que engendró, por obra de Hermes, a Evandro y marchó con su hijo a Italia sesenta años antes de la guerra de Troya. Según otras versiones recibe el nombre de Temis, de Tiburtina o de Timandra, o bien figura como hermana de Hermes y esposa de Evandro. No son sino variantes griegas de la figura de Carmente, que comentamos en

la siguiente nota.

21 Puesto que, para comunicar sus prácticas adivinatorias, formulaba los oráculos en verso *(carmina)*. Pero ésta es sólo una de las posibles etimologías (aunque la más probable) de *Carmentis* o *Carmenta* —ambas formas concurren indistintamente en nuestras fuentes, así como en SOLINO (1, 13)—, diosa lunar y profética que asistía a los partos. Sobre su leyenda, culto y fiestas (las *Carmentalia)*, cf. L. L. TELS-DE JONG, *Sur quelques divinités romaines de la naissance et de la prophétie*, Dissert. Leiden, Delft, 1959, págs. 21-40; RADKE, *Die Götter…*, págs. 81-83; N. BOËLS-JANSSEN, *La vie religieuse des matrones dans la Rome archaïque* (Collection de l'École Française de Rome, 176), Roma, 1993, págs. 283-301. Sobre el nombre y naturaleza de las llamadas *Carmentes* véase *infra*, nota 27.

22 Se decía que los Poticios habían recibido de Hércules el ençargo de rendirle honores sagrados, y realmente los sacrificios y ceremonias llevadas a cabo en el *Ara Maxima* constituyeron, hasta el año 312 a. C., un culto exclusivo de los *Potitii*, acompañados, en un segundo plano, por los miembros de la *gens Pinaria*. A partir de esa fecha el Estado romano también se asoció a los mismos, y reemplazó después a aquella familia cuando desapareció el último de sus miembros. Pero lo cierto es que no sabemos si el nombre de Poticios responde al de una importante familia de la aristocracia (la *gens* de los *Valerii Potiti*, según la teoría de ALFÖLDI, *Die Struktur d. voretrusk. Römerstaates*, págs. 148-150), o se trata de títulos que recibían los iniciados o consagrados al culto de Hércules/Melqart; en todo caso, la influencia fenicia en la configuración del Hércules romano y de su culto parece casi segura: D. VAN BERCHEM, «Hercule Melqart à l'Ara Maxima», *Rendic. della Pontif. Accad. di Archeol.* 32 (1959/1960), 61-68; *id.*, «Sanctuaires d'Hercule-Melqart. Contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée», *Syria* 14 (1967), 307-338; R. E. A. PALMER, «The Censors of 312 B.C. and the State Religion», *Historia* 14 (1965), 293-308; R. REBUFFAT, «Les Phéniciens à Rome», *Mélanges d'Archéolog. et d'Histoire de l'École Franç. de Rome* 78 (1966), 7-48; GAGÉ, *Enquêtes sur les structures…*, págs. 494-496; LIOU-GILLE, *Cultes «héroïques»…*, págs. 55-60.

23 La ausencia de perros se atribuía a la enemistad que con ellos mantuvo Hércules, como recuerdan VARRÓN (en PLUTARCO, *Moralia* 285 E-F) y PLINIO (X 79), pero obedecía, seguramente, a una prescripción ritual iniciática o a un tabú, como sucedía en otros lugares sacros que también excluían el sacrificio o la entrada de los perros (Olimpia, Delos, Acrópolis ateniense, Curio de Chipre), por ser un animal impuro: TH. WÄCHTER, *Reinheitsvorschriften im griechischen Kult* (RGVV IX, 1), Giessen, 1910, págs. 92-93; BAYET, *Les origines de l'Hercule…*, págs. 452-456; E. E. BURRIS, «The Place of the Dog in Superstition as Revealed in Latin Literature», *Class. Philology* 30 (1935), 38; H. SCHOLZ, *Der Hund in der griechisch-römischen Magie und Religion*, Dissert. Berlín, 1937; N. J. ZAGANIARIS, «Sacrifices de chiens dans l'Antiquité», *Platon* 27 (1975), 324-325; C. MAINOLDI, «Cani mitici e rituali tra il regno dei morti e il mondo dei viventi», *Quaderni Urbinati di Cultura Classica* 37 (1981), 7-41; C. BONNET, *Melqart. Cultes et*

mythes de l'Héraclès tyrien en Méditerranée (Studia Phoenicia VIII), Lovaina/Namur, 1988, págs. 300 s. Otras veces, los perros eran expulsados obedeciendo a una especial prescripción sagrada: en el Miseo de Pelene, el tercer día de las fiestas en honor de Deméter se hacía salir a los hombres y a los perros machos (PAUSANIAS, VII 27, 9-10). La falta de moscas en el santuario fue señalada primero por PLINIO (X 79) y la menciona asimismo CLEMENTE *(Protréptico* II 38, 1); el fenómeno se justificaba por la benevolencia de Miagro, dios/héroe griego invocado por los arcadios y los eleos para alejar en las fiestas las molestias de los dípteros, al que algunas fuentes llamaron Miodes y otras asimilaron a Zeus Apomío. Es bien sabido que durante los sacrificios públicos la sangre y la carne de las víctimas concentraban una nutrida asamblea de moscas (ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales*, V 17; XI 8), por lo que a menudo se mataban animales fuera del recinto del templo para evitar que acudiesen luego a entorpecer los sacrificios: *vid*. L. BODSON, '*IEPA ΖΩΙΑ. Contribution à l'étude de la place de l'animal dans la religion grecque ancienne* (Académie de Belgique, Mémoires de la Classe des Lettres, 2e Série, T. 63), Bruselas, 1978, págs. 10-11. La historia de las moscas que desaparecen de todos los actos solemnes en determinados santuarios tiene numerosos precedentes griegos: se marchaban al otro lado del río Alfeo durante la gran fiesta de Olimpia (ANTÍFANES, fr. 227 KASSEL/AUSTIN; PLINIO, X 75; XXIX 106; PAUSANIAS, V 14, 1; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* V 17; CLEMENTE, *l. c.; Etimológico Magno*, 131, 23, s.v. *Apómyios;* ESTACIO, *Coment. a Odisea* III 8 [pág. 1454, 24]); no causaban molestias durante el festival de Atenea Aliferea, en Arcadia (PAUSANIAS, VIII 26, 7); no cruzaban los umbrales del templo de Afrodita en Pafos (APOLONIO, *Historias asombrosas* 8 GIANNINI); se atiborraban con la sangre de la primera víctima y ya no regresaban jamás al santuario de Apolo Accio, en Léucade (HERACLIDES, en CLEMENTE, *Protréptico* II 38, 8 [= MÜLLER, *Fragmenta Historicorum Graecorum* II 197]; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* XI 8); en el monte Carma de Creta, no entraban las moscas ni tocaban para nada la miel (PLINIO, XXI 79). En la Antigüedad tardía, esta misma virtud se atribuyó al monasterio de Santa Catalina del monte Sinaí, donde, por intercesión de la Virgen, «no entraban moscas ni otras suciedades» (JUAN DE MANDAVILA, *Libro de las maravillas del mundo*, I, cap. XVIII).

24 Se trata del templo de Saturno, que estaba emplazado bajo el Capitolio, junto a una esquina del Foro; en el interior del mismo se custodiaban los documentos oficiales y las insignias del estado, así como los fondos públicos, de donde recibiría la denominación de *Aerarium* del pueblo romano o *Aerarium* de Saturno. La dedicación de este recinto sagrado se efectuó en el año 497 a. C., aunque diferentes tradiciones señalan su existencia ya en época real.

25 Saturno fue considerado uno de los soberanos míticos de la Edad de oro, rey de los aborígenes, que civilizó el Lacio (POMPEYO TROGO en JUSTINO, XLIII 1, 3; LACTANCIO, *Instituciones divinas* I 13, 6-13). La misma tradición señalaba la existencia de una ciudad amurallada en aquella estratégica cima y que este *oppidum* tuvo la denominación de Saturnia *(vid. infra*, SOLINO, 2, 5). DIONISIO DE HALICARNASO, I 34, 5,

recuerda que Italia entera llevó en otro tiempo el nombre de Saturnia; además, al pie del Capitolio existió desde antiguo un culto a Saturno. No es extraño, por tanto, que ya desde los comienzos de la República brotase la idea artificial de que el primitivo nombre del Capitolio había sido el de monte Saturnio *(vid.* asimismo TROGO en JUSTINO, XLIII 1, 5); luego fue llamado Tarpeyo y, por último, Capitolino o Capitolio: J. POUCET, *Recherches sur la légende sabine des origines de Rome*, Lovaina-Kinshasa, 1967, págs. 93-95; A. BRELICH, *Tre variazioni romane sul tema delle origini*[2], Roma, 1976, págs. 89-91.

26 Sobre la Puerta Saturnia o Puerta Pandana nada sabemos; debía de estar en el ángulo suroeste del área capitolina y conducir a la roca Tarpeya. El nombre de Pandana se hacía derivar del hecho de que, en virtud de un acuerdo establecido entre romanos y sabinos (FESTO, 496 L, s.v. *Tarpeiae)*, esta entrada a la ciudad debía estar siempre abierta *(pandere: ut ea Sabinis semper pateret); vid.* POUCET, *Recherches sur la légende sabine*..., págs. 315-317.

27 El denominado por Solino santuario *(fanum)* de Carmente era en realidad una capilla *(sacellum)* con dos altares dedicados a *Postverta/Postvorta* y a *Prorsa/Porrima/Antevorta* (dos entidades divinas menores que protegían las distintas formas de alumbramiento y que, asociadas a Carmente o Carmenta, formaban una tríada denominada las *Carmentes*): *vid.* TELS-DE JONG, *Sur quelques divinités*..., págs. 41-66; RADKE, *Die Götter*..., pág. 83; P. POUTHIER, *Ops et la conception divine de l'abondance dans la religion romaine jusqu'à la mort d'Auguste* (BEFAR, Fasc. 242), Roma, 1981, pág. 92, n. 30; BOËLS-JANSSEN, *La vie religieuse*..., págs. 285 s. La entrada o puerta Carmental era un pasadizo en el muro serviano, en la parte media superior del monte Capitolino. Sobre *Carmentis/Carmenta*, véase *supra*, notas 20 y 21.

28 Según una tradición, recogida por POMPEYO TROGO (en JUSTINO, XLIII 1, 6) y VIRGILIO *(Eneida* VIII 51-54), Evandro salió de la villa de *Pallanteion* en Arcadia y fundó sobre la colina que luego se llamaría Palatino la ciudad de *Pallanteum* (Palanteo).

29 Aunque algunas fuentes antiguas definían a los aborígenes como autóctonos, la tradición representada por Catón hacía de ellos una etnia de origen griego que, después de haber vagado por distintas partes del Mediterráneo, fijó su residencia en distintos puntos del territorio sabino, alrededor de Cutilias. Solino es el único escritor que mantiene ésta versión (ocuparon primero el Palatino y desde el Lacio pasaron a Reate), pues el resto de las fuentes los localizan al principio en Reate, desde donde se trasladarían al Palatino: véase J. C. RICHARD, «Ennemis ou alliés? Les Troyens et les Aborigènes dans les *Origines* de Catón», en *Hommages à Robert Schilling*, París, 1973, págs. 403-412; *id.*, «Varron, l'*Origo Gentis Romanae* et les Aborigènes», *Rev. de Philolog., de Littérature et d'Histoire Anc.* 57 (1983), 29-37; D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie. Recherches sur l'histoire de la légende* (BEFAR, Fasc. 252), París, 1984, págs. 355-361, 468-476; *id., L'origine lydienne des étrusques. Histoire de la doctrine dans l'Antiquité* (Collection de l'École Française de Rome, 139), Roma, 1991, págs. 501-503; GELY, *Le nom de l'Italie*..., págs. 334 s.; D. BRIQUEL, «Denys d'Halicarnasse

et la tradition antiquaire sur les Aborigènes», *Pallas* 39 (1993) 25.

30 En efecto, ya VARRÓN *(De la lengua latina* V 53) se hacía eco de la idea de que su origen podría estar en relación con *pecus* y alegaba que Nevio lo había designado con la voz *Balatium*. También el gramático QUINTO TERENCIO ESCAURO (siglo II d. C.) aceptó, en su opúsculo *Sobre la ortografía* (ed. por Keil, *Grammatici Latini* VII 14, 5), la equivalencia *Palatium/Balatium*. FESTO pensaba que el nombre podía proceder no sólo de *balare*, sino también de *palare*, es decir, del hecho de vagar el ganado por los pastos (245 L, s.v. *Palatium)*, y SERVIO *(Coment. a Virgilio, Eneida* VIII 51) añade que, según ciertos autores, el verdadero nombre del monte fue Balanteo, a causa del balido de las ovejas.

31 No sabemos si Solino se refiere a SILENO DE QUÍOS, que escribió en la primera mitad del siglo IV d. C. unas *Historias míticas* (esto parece lo más probable), o a Sileno de Caleacte, siciliano, historiador y contemporáneo de la Segunda Guerra Púnica.

32 Este personaje de la leyenda o de la religión romana (RADKE, *Die Götter…*, pág. 242) fue conocido, indistintamente, con la denominación de Palanto o de Palantia; para unos era hija de Hiperbóreo y fue la madre de Latino; para otros, es la hija de Evandro. En cualquier caso, el origen del nombre es oscuro y apunta hacia una etimología etrusca.

33 Esta es la filiación de Rómulo creada, frente a la historiografía griega, por los autores latinos. El nombre más antiguo de la madre del fundador es Ilia, que significa «la troyana»; pero después de la introducción de la dinastía albana fue reemplazado por el de Silvia o Rea Silvia (POUCET, «La diffusion…», págs. 249-250). Solino refleja ambas versiones, la primitiva de Nevio y Ennio (Marte /Ilia), la posterior de Varrón (Marte/Rea Silvia).

34 TÁCITO *(Anales* XII 24, 1) atribuye a la antigua *Roma Quadrata* un área que comprendía todo el Palatino; sus cuatro ángulos vendrían marcados por el Ara Maxima, el altar subterráneo de Consus (junto a las *primae metae* del Circo Máximo), las *curiae veteres* y el templete de los Lares. Pero esta idea de que el Palatino contó con un sistema urbano axial, diseñado sobre una planta tetragonal en damero, armónicamente diseñada, es seguramente un anacronismo ficticio cercano al mito. La llamada por Varrón «Roma romúlea» era ya algo mayor; ocupaba, además del Palatino, el Capitolio y el Foro, sin que sea posible decidir si abarcaba también el Quirinal y el Celio: *vid*. D. MUSTI, «Varrone nell'insieme dele tradizioni su Roma quadrata», *Studi Urbinati* 49, 1 (1975), 297-318; A. MAGDELAIN, «Le pomerium archaïque et le mundus», *Rev. des Études Latines* 54 (1976), 79-84 = *Ius, imperium, auctoritas. Études de Droit romain* (Coll. de l'École Franç. de Rome, 133), Roma, 1990, págs. 162-166; A. GRANDAZZI, «La *Roma quadrata:* mythe ou réalité?», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française de Rome. Antiquité* 105 (1993), 493-545; A. MASTROCINQUE, «Roma Quadrata», *Mélanges de l'École Franç. de Rome. Antiquité* 110 (1998), 681-697.

35 Se refiere al santuario de Apolo Palatino, que contaba con un templo, un amplio pórtico y una biblioteca, y que custodiaba los Libros Sibilinos, trasladados hasta allí a

finales del s. II a. C. o comienzos del I procedentes del templo de Júpiter en el Capitolio.

36 Una antigua escalera que conducía, en la esquina sureste del Palatino, hasta la muralla del Circo Máximo. Tanto esta mención topográfica como la hecha anteriormente a su vivienda en Las Salinas pueden encubrir las huellas de un antiguo culto tributado en Roma a Caco, considerado rey de la ciudad (LIOU-GILLE, *Cultes «héroïques»...*, págs. 46 s.; CAPDEVILLE, *Volcanus...*, págs. 130-131).

37 Fáustulo fue el pastor o encargado de los rebaños reales que, según la tradición, recogió a los gemelos Rómulo y Remo. La llamada por Solino choza de Fáustulo es lo que habitualmente se conocía como casa de Rómulo: una cabaña de mimbre, con el tejado de paja, donde se creía que transcurrió la infancia del fundador de la Urbe. Estaba situada en el Palatino, junto a la escalera de Caco, y como recinto venerable fue conservada hasta finales del siglo IV d. C. Una réplica de la choza se alzaba también en el Capitolio.

38 Se trata del astrónomo Lucio Tarrucio, oriundo de la ciudad de Firmo, hombre versado, al decir de Cicerón, en los cálculos caldeos y que escribió su obra en griego. Tarrucio no sólo compuso el horóscopo de la ciudad de Roma, sino que además estableció astrológicamente el instante de la concepción de Rómulo y la fecha exacta de su nacimiento. La fecha señalada por Solino se ajusta a una de las versiones de la tradición (21 de abril, coincidiendo con el día de celebración de las Parilias), pero no corresponde a la que determinó Tarrucio para la fundación de la Urbe, a saber, el nueve del mes egipcio de *farmuthi* del tercer año de la sexta olimpiada, lo que equivale al 4 de octubre del 754 a. C. La concepción de Rómulo se habría producido el 23 de *choiac* del primer año de la segunda olimpiada (24 de junio del 772), y su nacimiento el 21 de *thoyt* del año siguiente, es decir, el 24 de marzo del 771 (CICERÓN, *Sobre la adivinación* II 47, 98; PLUTARCO, *Rómulo* 12, 1-6). Sobre Tarrucio y sus cálculos, véase O. LEUZE, *Die römische Jahrzählung. Ein Versuch, ihre geschichtliche Entwicklung zu ermitteln*, Tubinga, 1909, págs. 230-240; P. BRIND'AMOUR, *Le calendrier romain. Recherches chronologiques*, Ottawa, 1983, 240-249; A. J. GRAFTON, N. M. SWERDLOW, «The horoscope of the foundation of Rome», *Class. Philology* 81 (1986), 148-153; J. H. ABRY, «L'horoscope de Rome (CICÉRON, *Div*. II 98-99)», en *Les Astres. Actes du Colloque international de Montpellier, 23-25 mars 1995. Les correspondences entre le ciel, la terre et l'homme. Les «survivances» de l'astrologie antique*, Montpellier, 1996, págs. 121-140.

39 Las «Parilias» fueron en origen fiestas pastoriles destinadas a la lustración de las ovejas, celebraciones que perdieron su primitivo carácter y se vincularon luego, por una falsa etimología, al parto de Ilia, al nacimiento de Rómulo y Remo y a la fundación de la ciudad de Roma (pues la fiesta era anterior a la existencia de la ciudad); ya con ese otro valor fueron muy populares en tiempos de Augusto: E. C. EVANS, *The Cults of the Sabine Territory*, Nueva York, 1939, págs. 164-165; RADKE, *Die Götter...*, 242-243; U. W. SCHOLZ, *Studien zum altitalischen und altrömischen Marskult und Marsmythos*, Heidelberg, 1970, págs. 97-99; J. H. VANGGAARD, «On Parilia», *Temenos* 7 (1971), 90-

103; E GJERSTAD, «Pales, Palilia, Parilia», en *Studia romana in honorem Petris Krarup septuagenarii*, Odense, 1976.

40 Es el número tradicional que reproducen la mayoría de los autores antiguos (Cicerón, Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio, Plutarco, Juan de Antioquía). De este modo, sumados a los 18 años que tenía cuando comenzó su gobierno, Rómulo habría alcanzado la cifra mágica de 55 años.

41 Los llamados *spolia opima* eran, según una de las explicaciones facilitadas ya en la propia Antigüedad, las armas cogidas al jefe del ejército enemigo por el jefe romano que le había derrotado y dado muerte, armas ofrecidas luego a Júpiter Feretrio. Pero, por otra parte, sabemos que se distinguían tres categorías de despojos opimos: los *spolia opima tertia*, que se consagraban a Jano Quirino mediante el sacrifició de una oveja y valían a su protagonista un premio de cien monedas; los *spolia opima secunda*, que eran ofrecidos a Marte mediante el sacrificio de una *suovetaurilia* y proporcionaban 200 monedas; y, por último, los *spolia opima prima*, que se dedicaban en su templo a Júpiter Feretrio mediante el sacrificio de un buey y permitían ser recompensado con 300 monedas. No hay noticias, en la tradición romana, de ninguna dedicatoria de *spolia secunda* (a Marte) ni de *spolia tertia* (a Quirino), pero sí de los *prima*, que por tal razón se convirtieron, como sucede en nuestro texto, en los despojos opimos por excelencia. Además del presente episodio atribuido a Rómulo, rey que ofrece al dios soberano los despojos reales (D. BRIQUEL, «Trois études sur Romulus», en R. BLOCH [ed.], *Recherches sur les religions de l'Antiquité Classique*, Ginebra-París, 1980, págs. 311-317), hubo sólo otros dos casos de obtención de los *spolia opima* —que fueron *prima* porque sabemos que los consagraron a Júpiter *Feretrius*— dentro de la tradición romana: el de A. Cornelio Coso, que en la segunda mitad del siglo IV mató a Tolumnio, el rey de Veyos, y el del cónsul M. Claudio Marcelo, que en el 222 a. C. mató al rey de los ínsubres, Viridomaro. Menos consistente parece la interpretación de K. LATTE, *Römische Religionsgeschichte* (Handbücher der Altertumswissenschaft, V. 4), Múnieh, 1960, 204 s., adoptada por DUMÉZIL, *La religion rom. arch*…, 178-180, según la cual la división entre tres clases de *spolia opima* respondería a la categoría de los protagonistas que despojan al caudillo enemigo: eran *prima* si los obtenía personalmente el jefe del ejército; *secunda* si los conquistaba un oficial que carecía de los auspicios, y *tertia* cuando los lograba un simple soldado. Sobre este uso religioso véase el interesante estudio de D. PORTE, «Romulus-Quirinus, prince et dieu, dieu des princes. Étude sur le personnage de Quirinus et sur son évolution, des origines à Auguste», en W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II 17. 1, Berlín-Nueva York, 1981, págs. 307-309, así como J. RÜPKE, *Domi militiae. Die religiöse Konstruktion des Krieges in Rom*, Stuttgart, 1990, 217-223, y P. KEHNE, «Augustus und 'seine' *spolia opima:* Hoffnungen auf den Triumph des Nero Claudius Drusus?», en TH. HANTOS, G. A. LEHMANN (eds.), *Althistorisches Kolloquium aus Anlaß des 70. Geburtstages von Jochen Bleichen*, Stuttgart, 1998, 192-197.

42 Solino mantiene el recuerdo del llamado «triple triunfo» de Rómulo (es decir, la

celebración de tres solemnes actos de triunfar por haber conseguido tres victorias, cumpliendo ciertos requisitos, sobre tres enemigos), aun cuando, según la tradición, la segunda de sus victorias la habría alcanzado frente a Cameria y no contra los antemnates (BRIQUEL, «Trois études…», 331-346).

43 En esta fecha, las nonas de julio, se celebraban las llamadas *nonae caprotinae*, fiesta o ritual de fecundidad que se ligó más tarde a la desaparición de Rómulo (SCULLARD, *Festivals…*, 161-163; V. BASANOFF, *«Nonae caprotinae», Latomus* 8 [1949], 209-216; G. DUMÉZIL, *Fêtes romaines d'été et d'automne*[2], París, 1986, págs. 271-283). Solino escribe *Quintilis* para referirse a julio, seguramente porque así lo hacía su fuente: en el antiguo calendario romano, que se iniciaba en marzo, julio era el quinto mes del año; su nombre de *Quintilis* se cambió en el calendario juliano por el de *Iulius* en honor de Julio César (A. K. MICHELS, *The Calendar of the Roman Republic*, Princeton, 1967, pág. 18). Pero se ha comprobado la existencia de una segunda tradición, representada por OVIDIO *(Fastos* II 481-512) y por POLEMIO SILVIO *(Fastos*, en *CIL* I^2 1, pág. 259), que conmemoraba la desaparición de Rómulo el 17 de febrero, coincidiendo con las fiestas llamadas *Quirinalia*. Esta segunda versión es seguramente más antigua que la del 7 de julio.

44 La fiesta de las Nonas Caprotinas se desarrollaba desde tiempos remotos junto a esta laguna y, aunque era propiamente una celebración en honor de Juno, su origen se había vinculado a la historia de la desaparición de Rómulo como relato fundacional que justificase el origen de los actos políticos allí celebrados (censos y comicios centuriados). Había, sin embargo, una segunda versión sobre el final de Rómulo, según la cual habría recibido muerte en la Curia a manos de los senadores (relato fundacional de este otro lugar político); su cuerpo, despedazado, sería enterrado en diversos lugares, tal vez como protección del territorio: véase M. DELCOURT, «Le partage du corps royal», *Studi e materiali di storia delle religioni*, 34 (1963), 20-21; J. GAGÉ, *Enquêtes sur les structures…*, págs. 139-140, 148-149; I. E. M. EDLUND, «Must a King die? The Death and Disappearance of Romulus», *La Parola del Passato* 39 (1984), 401-408; D. BRIQUEL, «La légende de la mort et de l'apothéose de Romulus», en P. M. MARTIN, CH. M. TERNES (eds.), *La Mythologie, clef de lecture du monde classique (Hommage à R. Chevallier)* [Coll. Caesarodunum XXI bis], I, Tours, 1986, 15-35.

45 El alcázar es, sin necesidad de mayores precisiones, el Capitolio. El templo de Juno Moneta, donde empezó a acuñarse la moneda oficial romana, fue dedicado en el año 344 a. C., pero dicha dedicación tan sólo consistió en la reconstrucción de un edificio sagrado preexistente.

46 Sobre el asesinato de Tito Tacio en Lavinio, véase POUCET, *Recherches sur la légende sabine…*, 276-280. El texto sitúa su muerte entre el 676 y el 672 a. C., pero este dato, como advirtió MOMMSEN en su edición, se halla fuera de lugar porque no es aplicable a Tacio, sino a Numa. Solino debía haberlo colocado tres líneas más abajo.

47 *Regia* significa el palacio o casa del rey, que estaba instalada entre la Vía Sacra y

el templo de Vesta. Solino funde, junto a la tradición romana (habitó en la Regia), otra de origen sabino que situaba la vivienda de Numa en el Quirinal (POUCET, *Recherches sur la légende sabine*..., págs. 18-19).

48 Es la estribación que se extiende desde el sector norte del Palatino en dirección hacia el llamado Opio (una de las cumbres del Esquilino).

49 Entre 640 y 636 a. C.

50 El antiguo templo de los Lares se encontraba entre el Palatino y la Velia, en el extremo este de la Vía Sacra; *vid*. A. DUBOURDIEU, *Les origines et le développement du culte des Pénates à Rome* (Coll. de l'École Française de Rome, 118), Roma, 1989, 398. El fallecimiento de Anco se fija entre 616 y 612 a. C.

51 Fue una de las tres puertas de la antigua ciudad que se alzaba en el Palatino. Estaba en el sector norte de la colina y aparece en nuestras fuentes con distintas denominaciones: puerta Mugionia, de Mugión o de Mución; pero el origen del nombre es desconocido.

52 Llamado por otras fuentes Orbio, era el más antiguo nombre de una calle que subía desde el barrio de las Carinas hasta la parte superior del Opio. Urbio constituye tal vez una deformación del nombre mítico Virbio.

53 Nombre de otra calle, que enlazaba el barrio de la Subura con la parte occidental del Esquilino llamada el Fagutal.

54 El *lacus*, tecnicismo usado aquí por Solino, es propiamente una pila sagrada, es decir, un receptáculo excavado en la roca o en el suelo para la celebración de ceremonias religiosas, y así está certificado en numerosas inscripciones. No hay razón, como hicieron algunos estudiosos de la topografía de Roma basándose en Varrón y Plinio, para sustituir esta voz por *lucus* (un claro dentro del arbolado, o bien una zona del terreno, constituida normalmante en torno a uno o más árboles, que estaba espontáneamente ocupada por una divinidad); véase Å. FRIDH, «Three Notes on roman Toponymy and Topography», *Eranos* 85 (1987), 127-130; *idem*, «Sacellum, Sacrarium, Fanum, and Related Terms», en S.-T. TEODORSSON (ed.), *Greek and Latin Studies in Memory of Cajus Fabricius* (Studia Graeca et Latina Gothoburgensia, LIV), Göteborg, 1990, págs. 173-187.

55 Toda esta lista, que establece una relación entre los reyes primitivos y las distintas colinas de Roma, obedece a un esfuerzo de los estudiosos romanos de las antigüedades de la Urbe por determinar cuál fue la residencia de cada uno de los legendarios monarcas (POUCET, *Recherches sur la légende sabine*..., 298-300). En este pasaje de Solino se funden dos tradiciones: según una de ellas, la más antigua, los reyes habrían habitado, a partir de Numa, en la *Regia;* según otra, residieron en las distintas colinas que dominaban el Foro. Se ha pensado que ambas informaciones eran compatibles si consideramos que la *Regia*, cuyas estancias son muy pequeñas, constituía sólo la residencia sagrada de los reyes, mientras que la residencia civil o profana estaría en distintos puntos de la ciudad, en función de cada rey (F. E. BROWN, «La protostoria della Regia», *Rendic. della Pontif. Accad. di Archeol*. 47 [1974/1975], 15-36; DUBOURDIEU,

Les origines…, págs. 514-515). La tradición anticuaria de este pasaje sobre las casas reales podría ser atribuida a Varrón *(vid.* F. COARELLI, *Il Foro romano, I. Periodo arcaico*, Roma, 1983, págs. 34-38, 56-79.

56 L. Cincio Alimento, el más antiguo de los analistas romanos junto con Fabio Píctor. La fecha propuesta por él para la fundación de la Urbe era la del 729/8 a. C. (cuarto año de la duodécima olimpiada), como sabemos por DIONISIO DE HALICARNASO (I 74, 1).

57 Q. Fabio Píctor, analista coetáneo de Cincio, que escribió en el último cuarto del siglo III a. C. Fabio Píctor había calculado la fecha del 748/7 a. C. (primer año de la octava olimpiada), como dice asimismo Dionisio de Halicarnaso.

58 Cornelio Nepote, biógrafo e historiador. Redactó una crónica en tres libros, hacia mediados del siglo I a. C., que contenía las fechas de la historia universal.

59 Se trata, probablemente, de Lutacio Dafne. Escribió una historia general que debía de contener datos sobre la fundación de Roma; *vid.* BARDON, *La littérature…*, I, 121-122.

60 Eratóstenes de Cirene fue el tercer director de la Biblioteca de Alejandría. Escribió sobre filosofía, matemáticas, geografía, cartografía, historia, astronomía, lexicografía, gramática y crítica literaria. Compuso también una cronografía, que se iniciaba con la fecha de la destrucción de Troya, y una lista de vencedores en los Juegos Olímpicos.

61 Apolodoro de Atenas, famoso gramático del siglo II a. C., fue discípulo de Aristarco (el último director de la Biblioteca de Alejandría). Escribió una crónica en cuatro libros, compuesta en trímetros yámbicos, que contenía un resumen cronológico de sucesos desde el final de Troya hasta sus días; la obra fue dedicada al rey Átalo II de Pérgamo. Apolodoro gozó de gran predicamento entre los autores griegos y romanos que consultaron la crónica.

62 Es decir, en el 751/0 a. C. Se ha debatido si este pasaje de Solino significa realmente que Eratóstenes y Apolodoro tenían una fecha propia para la fundación de Roma y si este dato lo habrían hecho suyo Nepote y Lutacio. En contra de esa posibilidad se pronuncia B. NIESE, «Die Chronographie des Erathostenes», *Hermes* 23 (1888), 102; por su parte, S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico*, II 1, Bari, 1966, págs. 354-355, se inclina a pensar que la crónica de Apolodoro sí contenía la noticia de que el año 751/0 era la fecha de la fundación de la Urbe, para lo que se habría basado en los cómputos de Eratóstenes. Sin embargo, lo más seguro es que Solino pudo leer esta noticia en un autor como Trogo, que valoró positivamente la cronografía de Apolodoro.

63 Famoso amigo de Cicerón, escribió un *Liber annalis* en el que trazaba un gran cuadro sinóptico sobre la historia de Roma desde su fundación.

64 El más grande orador romano, Marco Tulio Cicerón.

65 En el 754/3 a. C. Ambos siguen el sistema o cronología establecida por Varrón:

vid. A. E. SAMUEL, *Greek and Roman Chronology. Calendars and Years in Classical Antiquity*, Múnich, 1972, 250-251.

66 Es decir, en el año 752/1.

67 En efecto, Ífito, héroe y rey de la Élide, figuraba en la tradición griega como reorganizador de los Juegos Olímpicos en el 776/5. Antes de esta interrupción, sin embargo, la secuencia tradicional de patronos de las Olimpiadas se iniciaba en Clímeno y continuaba con Endimión, Pélope, Augeas, Heracles y Óxilo (PAUSANIAS, V 8, 1-5).

68 Año 49 d. C. El texto aludido por Solino son las *acta publica* o *acta populi*, una especie de boletín estatal informativo fundado por Julio César (véase *infra*, nota a SOLINO, 33, 14).

69 Pero la fuente de Solino en este pasaje, seguramente Boco, no tuvo en cuenta que la anualidad olímpica comprendía desde el mes de julio hasta junio del año siguiente, y que la fundación de Roma se había fijado en la primera mitad del año juliano. Por lo tanto, los meses de enero a junio del año de la fundación de Roma formaban parte no del primer año de la séptima olimpiada, sino del cuarto año de la sexta olimpiada (el cual se computaba sumando julio-diciembre del 753 a enero-junio del 752 a. C.): *vid*. G. F. UNGER, «Die römischen Gründungsdata», *Rhein. Museum* 35 (1880), 18-19.

70 Son los llamados *decemviri legibus scribundis*, comisión creada en el año 451 a. C. que redactó las leyes de las XII Tablas.

71 El primero de los conflictos entre Roma y Cartago se produjo en el 264; el segundo, en el año 218; el tercero, en el 149 a. C. El denominado *bellum sociale* o Guerra de los Aliados estalló en el 91 a. C.

72 Aulo Hircio y Gayo Vibio Pansa entraron en funciones como cónsules el 1 de enero del año 43 a. C.; muertos ambos en la campaña contra Antonio junto a Mútina (Módena), fueron propuestos como cónsules Octaviano y Q. Pedio. Pero el joven Octaviano, futuro emperador Augusto, había nacido el 23 de septiembre del año 63: tenía, por consiguiente, diecinueve años cuando empezó el consulado de Hircio y Pansa, como él mismo señala en sus memorias (AUGUSTO, *Memorias* I 1), y le faltaba poco para cumplir los veinte cuando llegó a ser cónsul. Solino no trasmite correctamente la edad de Augusto.

73 Este dato, inexacto, es una reminiscencia de los cuatro meses de que constaba cada una de las tres estaciones en que los egipcios dividían el año. La noticia, al igual que lo atribuido a continuación a arcadios y acarnanios, figuraba en PLUTARCO *(Numa* 18).

74 Del calendario de Acarnania sólo conocemos el nombre de cuatro meses, aunque cabe pensar que en época clásica los acarnanios dispusieron de un cómputo regular de doce meses, como el resto de los griegos (SAMUEL, *Greek and Roman Chronology*..., 78-79). Lo mismo sucedía con los arcadios. La confusión puede derivar, en el primer caso, del hecho de que los griegos partían el año militar en dos semestres, uno de inactividad y otro de campaña, de forma que los seis meses de los acarnanios hábiles para la guerra pudieron tomarse como el año completo. En el segundo caso, cabe que no se entendiera

que los arcadios dividían el año, como todos los griegos, en tres partes, que correspondían a una forma peculiar de computar las estaciones (sin el otoño); véase PÓLUX, I 59.

75 Esta nueva y curiosa afirmación de Solino tal vez se refiera a un primitivo cómputo anual de origen itálico o etrusco usado por los lavinios, semejante al que figura en la tradición como calendario instituido por Numa (PLUTARCO, *Numa* 18; *César* 59; cf. TITO LIVIO, I 19, 6), el cual constaba de doce meses un año y de trece al siguiente: sumaban, respectivamente, 355 días (los años de doce meses) y 377 ó 378 días (los años de trece; el mes que se intercalaba recibió el nombre de *mercedonius*, «el que salda lo debido»). Para R. TURCAN, «Enée, Lavinium et les treize autels», *Revue de l'Histoire des religions* 200 (1983), 54-61, el número de los altares del santuario federal de Lavinio (trece) estaría en estrecha relación con el de los meses de aquel primitivo calendario, y ambos, los altares y el calendario, pasarían a ser doce hacia mediados del siglo IV, cuando desaparece la liga latina y Roma domina el Lacio.

76 Efectivamente, las mujeres casadas romanas celebraban el uno de marzo las llamadas «Matronalias», fiesta en honor de Juno Lucina. Ese día los maridos hacían regalos a sus esposas, las mujeres llevaban flores al templo de Lucina y servían la mesa a sus esclavos; además, los hombres casados podían disfrazarse de mujer y las mujeres de hombre. A su vez, las Saturnales fueron una festividad en honor de Saturno celebrada el 17 de diciembre y que duraba, originalmente, un solo día; luego, a partir de época imperial, se prolongaron una semana (hasta el 23 de diciembre). Para festejarlas, se intercambiaban todo tipo de regalos entre parientes y amigos y se vestía de modo informal; los esclavos eran agasajados por los amos y se les permitían numerosas licencias. Son ritos que marcan cortes del año.

77 En efecto, el año empezaba primitivamente entre los romanos el 1 de marzo, y es posible que todos los meses siguientes estuviesen numerados: G. RADKE, «Römische Feste in Monat März», *Tyche* 8 (1993), 129 s., sospecha no sólo que el término abril derivaría de una antigua palabra **apero-* con el significado de «el otro, el segundo», sino que hubo un comienzo más antiguo del año, del que no conservamos testimonios directos, que arrancaba en las idus de marzo (el día 15). El nombre de *Quintilis* se mantuvo hasta el año 38 a. C., cuando, a propuesta de Marco Antonio, el mes fue llamado Julio como homenaje a Julio César.

78 Esta curiosa información sobre el antiguo año lunar romúleo de diez meses y 304 días, que sería reformado por Numa, ha sido objeto de numerosas teorías, que ahorramos al lector. Nunca hubo en Roma un año de diez meses: se trata de una ficción histórica creada en época tardía, que especuló con los nombres numerales de los meses. Cuando los autores de la ficción hablan de un año romúleo de 304 días, se limitan a sumar la duración de los diez primeros meses del año (enero/octubre) calculados por el número de días que poseen en el calendario juliano-augústeo; *vid.* J. RÜPKE, *Kalender und Öffentlichkeit. Die Geschichte der Representation und religiösen Qualification von Zeit in Rom* (RGVV, 40), Berlín-New York, 1995, págs. 192-202. Sobre el llamado

calendario de Numa, *vid. supra*, nota 75. Tenía 355 días, divididos del siguiente modo: 29 en enero, 28 en febrero, 31 en marzo, 29 en abril, 31 en mayo, 29 en junio, 31 en julio, 29 en agosto y en septiembre, 31 en octubre, 29 en noviembre y en diciembre. Para igualarlo con el año solar se valían periódicamente de la intercalación del mes «mercedonio» (la práctica consistía en insertar 22 ó 23 días antes de los cinco últimos días del mes de febrero). Este calendario no fue hecho público hasta el año 304 a. C. y permaneció en vigor hasta la reforma de César, a la que alude luego SOLINO (I 45).

79 La historia es ficticia, no sólo porque la fase fúnebre de febrero acababa precisamente en un día impar (el 21), sino también porque la dedicación parcial de este mes a los muertos se justificaba por ser el último del primitivo ciclo anual. Si febrero tuvo 28 días es porque a los 23 con los que originalmente contaba en el calendario prejuliano se le sumaron luego cinco días supernumerarios; véase A. MAGDELAIN, «Cinq jours épagomènes à Rome?», *Rev. des Études Latines* 40 (1962), 217-220 = *Ius, imperium, auctoritas. Études de Droit romain* (Coll. de l'École Française de Rome, 133), Roma, 1990, págs. 293-295.

80 Es decir, días intercalares o días supernumerarios, nombre que se daba no a la totalidad, sino sólo a los noventa de más. La transcripción latina que hace Solino de las expresiones griegas originales contiene errores: debían ser, respectivamente, *embólimoi* y, tal como figura en un pasaje de MACROBIO *(Saturnales*, I 13, 10), *hyperbaínontes*. Curiosamente, el primer fallo de Solino ha generado dentro del castellano y de otras lenguas románicas, vía Isidoro de Sevilla, las incorrectas voces *embolismo* y *embolismal* para referirse a los añadidos de días o de meses.

81 No resulta clara la naturaleza de ese supuesto calendario original que pronto se abandonó y que tal vez fuese un calendario lunar: CH. GUITTARD, «Le calendrier romain, des origines au milieu du Ve siècle», *Bulletin de l'Associat. G. Budé* (1973), 203-219. Pero lo cierto es que la repulsa por el número par se aprecia en el hecho de que el calendario prejuliano privilegiaba los números impares: véase J. FLAMANT, «L'année lunaire aux origines du calendrier pre-julien», *Mélanges de l'École Franç. de Rome. Antiquité* 96 (1984), 175-193.

82 Es decir, se producía un desfase entre las épocas del año ya vividas y los nombres de los meses. La intercalación se había convertido, efectivamente, en una necesidad técnica: *vid.* A. W. J. HOLLEMAN, «Zur Schaltung im vorjulianischen römischen Kalender», *Rhein. Museum* 124 (1981), 55-65. Pero resulta notorio, en particular por las quejas de Cicerón, que los pontífices e incluso algunos magistrados (caso de Verres en Sicilia) aplicaron de forma muy arbitraria la facultad de intercalar, con el objeto de lograr ciertas ventajas o influir en la política comicial. La mención a los publicanos, que figura también en MACROBIO, *Saturnales*, I 14, 1, es bien significativa: el arriendo de la percepción de tasas y tributos que los censores hacían por cinco años, mediante canon concertado, a las *societates publicanorum*, proporcionaba nuevos frutos si los pontífices estiraban algunos meses más el plazo de un lustro previsto para la elección de los siguientes censores (que procedían a revisar todas las adjudicaciones).

Los acortamientos (por no haber realizado intercalaciones), en cambio, tenían la consecuencia de disminuir tanto el canon de arrendamiento, cuando los publicanos ya habían recaudado las tasas, como los intereses de ciertos pagos, siempre en beneficio de los grandes capitales; por todas estas razones, el derecho romano acabó por ignorar la intercalación estimando, mediante una ficción de inexistencia, que el tiempo intercalar no debía contar a efectos jurídicos: *vid*. MAGDELAIN, «Cinq jours épagomènes à Rome?», págs. 203 s. (= 281 s.).

83 Este dato no es cierto. El año 708 de la fundación de Roma (46 a. C.) contó con 90 días adicionales sobre los 355 ordinarios, porque después de haber intercalado 23 días en el mes de febrero se necesitaron otros 67 para iniciar, en consonancia con el tiempo astronómico, las calendas de enero del 45 (que esta vez fueron no el día uno, sino el dos de enero). Tuvo, por lo tanto, 445 días: véase J. BEAUJEU, «Les dernières années du calendrier pré-julien», en *Mélanges offerts à Jacques Heurgon. L'Italie préromaine et la Rome Républicaine* (Collection de l'École Française de Rome, 27), I, Roma, 1976, págs. 13-31; BRIND'AMOUR, *Le calendrier romain…*, cap. II. El error de nuestro texto pudo partir, en principio, de la fuente que Solino manejó: en el lugar donde se explicaba en qué consistió la reforma de César —añadir XI días y cuarto al año, *a partir del 45*—, el manuscrito traía la cifra XXI y cuarto. Nuestro autor pensó que esto se refería sólo al que MACROBIO *(Saturnales*, I 14, 3) llama «último año de confusión», es decir, a las correcciones realizadas durante el 46 a. C., y dedujo que XXI y cuarto representaba la diferencia entre aquel año y los sucesivos. De ese modo, la cifra 344 sería fruto de un cálculo equivocado de Solino, que descontó veintiuno de 365: véase G. KIRNER, «Intorno ad un passo di Solino», *Studi Storici* 1 (1892), 91-95.

84 Tanto las medidas introducidas en el año 46 como la propuesta de reforma (el llamado calendario juliano) fueron el resultado de los trabajos de una comisión nombrada al efecto por César, en la que desempeñó una importante función el astrónomo griego Sosígenes. Ya en el siglo II a. C. el astrónomo Hiparco había estimado la duración del año solar en 365 días, 5 horas y 55 minutos, con un error de sólo 6 minutos y 14 segundos de más respecto al tiempo real. Pero la comisión creyó advertir que el año tenía 365 días y seis horas, recomendando que, en cada cuatrienio, tres ciclos anuales fuesen de 365 días y el cuarto de 366. Los 11 minutos y 14 segundos computados de más condujeron siglos después, en 1582, a la reforma del papa Gregorio XIII, por la que nos regimos, que ha suprimido el día bisiesto para los años finales de un siglo (1700, 1800, 1900, 2100), excepto en los que son múltiplos de cuatro (2000).

85 En efecto, los pontífices no entendieron bien las disposiciones de César y durante 36 años —del 44 al 9 a. C., ambos inclusive— hicieron bisiesto uno de cada tres años (42, 39, 36, 33, 30, 27, 24, 21, 18, 15, 12, 9). En el 8 a. C. Augusto ordenó por medio de un edicto la suspensión de toda intercalación por un período de doce años, de modo que el 8 d. C. se convirtió en el primer año bisiesto normal. Sobre el posible origen de aquel error, certificado también en algunas inscripciones de la época, véase BRIND'AMOUR, *Le calendrier romain…*, págs. 11-15; RÜPKE, *Kalender…*, págs. 318 s.,

369-391.

86 Todos estos datos sobre el calendario que Solino suministra en los anteriores párrafos es probable que deriven de un libro perdido de SUETONIO, el tratado *De anno Romanorum*, que formaba parte de una obra más amplia (los *Prata)* y que fue también utilizado por Censorino y por Macrobio, aunque este último pudo incluir otros muchos datos tomados de los *Fasti* de CORNELIO LABEÓN. Véase MICHELS, *The Calendar…*, 145-148; J. FLAMANT, *Macrobe et le néo-platonisme latin, à la fin du IVe siècle* (ÉPRO, 58), Leiden, 1977, págs. 294-296; P. MASTANDREA, *Un neoplatonico latino. Cornelio Labeone* (ÉPRO, 77), Leiden 1979, págs. 56-61. Sobre la pretensión de Mommsen de que Censorino, Solino y Macrobio no leyeron directamente a Suetonio, véase la nota 51 de nuestra Introducción.

87 Augusto cursó tal petición a Julio César cuando éste desempeñó la dictadura. El *magister equitum* o jefe de la caballería era la persona elegida por el *dictator* (cuyo primitivo nombre fue el de *magister populi)* para auxiliarle en su tarea.

88 Sobre todos estos comentarios en torno a las desgracias y vergüenzas soportadas por Augusto, que Solino copió de Plinio, véase ahora el completo estudio de E. NOE, «Echi di polemica antiaugustea in Plinio, NH VII 147-150», *Rendiconti del Istituto Lombardo* 113 (1979), 391-407. Constituyen la réplica a la imagen de un Augusto redentor y perfecto, que gozó de amplísima difusión: cf. W. DEONNA, «La légende d'Octave-Auguste, dieu, sauveur et maître du monde», *Revue de l'histoire des religions* 83 (1921), 32-58; 84 (1921), 77-107.

89 Los nacimientos múltiples se consideraron en ciertas épocas como prodigios de mal augurio, en particular los mellizos univitelinos; de ahí el carácter extremadamente maléfico que pudo atribuirse a una reduplicación de gemelos (dos niños, dos niñas). Estas ideas de los pueblos antiguos fueron tratadas por M. DELCOURT, *Stèrilités mystérieuses et naissances maléfiques dans l'Antiquité Classique*, Lieja, 1938, págs. 103-105.

90 El pasaje figura ya en PLINIO (VII 33), el cual manejó el escrito *De animalibus* de *Pompeyo Trogo*, que se ha perdido; en dicho tratado, Trogo recogía informaciones proporcionadas por Aristóteles sobre partos de siete criaturas habidos en Egipto. Esta obra de Trogo sería también consultada por Solino, como hemos defendido en la Introducción.

91 Ya ESQUILO *(Las Suplicantes* 854-857 y escolios) ensalza la virtud fecundante de estas aguas para la raza humana. Fue luego ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* VII 584 b; *Reproducción de los animales* IV 770 a) el que aludió a las cualidades «poligónicas» del Nilo, idea repetida por su discípulo TEOFRASTO (fr. 159) en el tratado *Sobre las aguas*, donde abogaba por la eficacia fecundante del Nilo para la especie humana incluso en los casos de esterilidad más prolongada (P. STEINMETZ, *Die Physik des Theophrastos von Eresos*, Bad Homburg-Berlín-Zúrich, 1964, págs. 273-274). Partos de tres, cuatro y cinco criaturas se daban también como frecuentes en Egipto a cuenta de las aguas del Nilo (ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales*

VII 584 b; ESTRABÓN, XV 1, 22 [C 695]; PLINIO, VII 33; AULO GELIO X 2, 1).

92 El dato está mal tomado de PLINIO, VII 34, quien recuerda que Pompeyo hizo colocar en su teatro una efigie de esta Eutíquide (nacida en Trales, ciudad de Caria), madre de treinta hijos, de los que veinte la sobrevivieron. La escultura de Eutíquide fue obra del artista Periclímeno. Respecto al número de hijos de esta Eutíquide, no es posible confirmar o desmentir la noticia de Plinio y Solino. Anteriormente, sólo ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* VII 584 b; el pasaje fue extractado por ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 110 GIANNINI, y de Antígono por FLEGÓN DE TRALES, *FGrHist* 257 F 36 [XXVIII] = 28 Giannini) había recogido el caso de una mujer que dio a luz, en cuatro partos, veinte criaturas (cinco por parto), y aseguraba que la mayoría salieron adelante.

93 PLINIO (VII 63), de quien tomó esta noticia Solino, no menciona al filósofo griego. El pasaje está incluido por H. DIELS, W. KRANZ, *Die Fragmente der Vorsokratiker*[6], II, Zúrich, 1951, 68 [55] B Fr. 300, 8 (pág. 215) entre los apócrifos de Demócrito y lo atribuyen a Bolo de Mendes. Seguramente, nuestro autor encontró la adjudicación de esta idea a Demócrito en alguna de sus fuentes, que habría manejado ciertas colecciones escritas por Bolo, un compilador y «paradoxógrafo» alejandrino del siglo III/II a. C., que circularon bajo el falso nombre del filósofo abderitano (sobre ello J. BIDEZ, F. CUMONT, *Les Mages hellénisés. Zoroastre, Ostanès et Hystaspe d'après la tradition grecque*, I, París, 1938, 117 s.; J. H. WASZINK, *RAC* 2 (1954), 502-508, s.v. *Bolos)*. También COLUMELA *(Sobre la agricultura* XI 3, 64) aludió a dicho repertorio del Pseudo-Demócrito a propósito del asunto que nos ocupa (eficacia mágica de la menstruación para combatir plagas de gusanos). No obstante, se sospecha razonablemente que una parte de aquellos textos pudo ser escrita, en verdad, por el propio Demócrito: *vid*. W. KROLL, «Bolos und Demokritos», *Hermes* 69 (1934), 228-232.

94 El dato es incorrecto, dado que algunas hembras de otros animales también menstrúan, pero así debía de afirmarlo el repertorio democriteo, al igual que hiciera PLINIO (VII 63). Sin embargo, Aristóteles ya había advertido que existían varios seres que se hallaban sujetos, con distinta periodicidad, a este fenómeno *(Reproducción de los animales* I 727 a; 728 b; II 738 b; *Investigación sobre los animales* III 521 a; VI 572 b; VII 582 b) y que, de entre ellos, la mujer era el que expulsaba mayor cantidad de flujo; *vid*. L. DEAN-JONES, «Menstrual Bleeding according to the Hippocratics and Aristotle», *Transactions of the American Philolog. Association* 119 (1989), 177-192.

95 Todo esto fueron creencias de la superstición popular antigua, que encontramos asimismo en distintas épocas. Entre muchísimos pueblos y culturas la sangre catamenial fue considerada tanto un misterioso prodigio como un eficaz agente mágico; de ahí que durante la regla se tema a las mujeres, por considerarlas impuras y dotadas de un poder incontrolado. En general, puede decirse que dentro de las sociedades nómadas de pastores y cazadores el flujo mensual se tiene por impuro y portador de desgracia; mientras que en las demás comunidades, después de la extendida ceremonia de

aislamiento de la muchacha que recibe su primera regla, el menstruo tiene carácter de purificación periódica, de elemento fecundador con poderes curativos y mágicos. Entre la abundante bibliografía, mencionemos una selección: H. PLOSS, M. BARTELS, P. BARTELS, F. V. REITZENSTEIN, *Das Weib in der Natur- und Völkerkunde*[11], I, Berlín, 1927, págs. 706-783; O. WEINREICH, «Zum Zauber des Menstrualblutes», *Archiv für Religionswissensch*. 26 (1928), 150-151; W. B. MCDANIEL, «The medical and magical significance in ancient medicine of things connected with reproduction and its organs», *Journal of the History of Medicine and allied Sciences* 3 (1948), 531-535; M. J. SCHIERLING, «Contaminant or Prophylactic? A Survey of Ancient Greek Opinion on Menstruation», *The Class. Bulletin* 57 (1981), 77-78.

96 El Mar Muerto, donde desemboca el Jordán. Los griegos ya lo denominaron *Asphaltîtis límnē* porque periódicamente sus aguas arrojaban a la superficie grandes cantidades de bitumen sólido. La explotación del betún generó importantes ingresos a los Ptolomeos.

97 Esta idea arranca de Posidonio, quien probablemente ironizaba sobre una falsa creencia difundida por los recolectores del asfalto acerca del poder de la sangre menstrual y de la orina femenina: K. REINHARDT, *Poseidonios über Ursprung und Entartung. Interpretationen zweier kulturgeschichtlicher Fragmente* (Orient und Antike, Heft 6), Heidelberg, 1928, págs. 65 s. Aquella información fue recogida por ESTRABÓN (XVI 2, 43 C 764), FLAVIO JOSEFO *(Guerra de los Judíos* IV 479-480) y TÁCITO *(Historias* V 6, 11). Al bitumen se le atribuía, a semejanza del menstruo, la propiedad de empañar ciertos metales, como el oro, la plata y el hierro; de ahí que, por una trasposición «simpatética», en el pensamiento popular se considerase apta para cortar el asfalto tan sólo una materia de su misma naturaleza, pero más poderosa, puesto que se pensaba que la sangre menstrual ennegrecía el bronce y se comía el hierro.

98 Según la tradición griega, Helena había sido aceptada como estrella en el cielo y ayudaba a sus dos hermanos, Cástor y Pólux (convertidos asimismo en astros) a salvar a los navegantes en peligro; pero con el tiempo, ese carácter de divinidad propicia se trocó por el de numen pernicioso que traía consigo la desgracia. Si en una nave aparecía Helena, en forma de una sola llama, se tomaba por augurio fatal, mientras que la presencia de los Dioscuros, en forma de dos llamas, era considerada anuncio de salvación: K. JAISLE, *Die Dioskuren als Retter zur See bei Griechen und Römern und ihr Fortleben in christlichen Legenden*, Dissert. Tubinga, 1907, págs. 17-21; R. GILG-LUDWIG, «Elmsfeuer», *Das Altertum* 6 (1960), 88-92. El valor «apotropeo» de la sangre menstrual frente al fuego de Santelmo parece responder a una antiquísima superstición marinera (cf. *infra*, nota 310).

99 Se trata de una creencia popular, muy común en la Antigüedad (A. DELATTE, *La catoptromancie grecque et ses dérivés*, Lieja, 1932, pág. 149). ARISTÓTELES *(Sobre los ensueños* 2, 459 b-460 a) precisaba que cuando la menstruante fijaba su mirada, se formaba en el espejo una nube de color sanguinolento; si este útil era nuevo, no resultaba fácil eliminar la mancha, pero si era viejo, se quitaba con menor esfuerzo. El Estagirita

pretendía explicar aquel hecho imaginario mediante la teoría de que los ojos sufrían, durante el período, una inflamación sanguínea; modificaban el aire en torno al espejo y eso dañaba la superficie. Hubo un personaje (¿médico o mago?) llamado Bizo de Dirraquio, el cual, según PLINIO (XXVIII 82), defendía que los espejos manchados por esa causa recobraban su brillo si la mujer los miraba enseguida por detrás. Sobre la capacidad maléfica y de fascinación que ejerce la mirada de la mujer menstruante, *vid.* S. SELIGMANN, *Der böse Blick und Verwandtes*, I, Berlin, 1910, pág. 93; W. DEONNA, *Le symbolisme de l'oeil*, Berna, 1965, págs. 156, 164 s.

100 ARISTÓTELES *(Reproducción de los animales*, IV 767 a; *Investigación sobre los animales*, VII 585 b) y PLINIO (VII 57) hablaban de este fenómeno como propio también de hombres.

101 Pero Solino silencia el dato, que sí encontramos en otras fuentes (ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* VII 585 b; ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 111 GIANNINI; PLINIO, VII 57), de que esto también les sucedía a los hombres.

102 Rey númida contemporáneo de los Escipiones, murió en el 148 a. C. a la edad de 90 años.

103 Pero según VALERIO MÁXIMO (VIII 12, ext. 1) y PLINIO (VII 61), lo tuvo a la edad de ochenta y seis años. También DIODORO SÍCULO (XXXII 16) y APIANO *(Guerras Púnicas* 106, 500) señalan que, muerto Masinisa a los noventa años, dejó un hijo de cuatro. Esto obliga a pensar que las dos cifras transmitidas por Solino (ochenta, setenta y seis) son incorrectas por omisión de una X, no sabemos si porque estaban ya deterioradas en las fuentes que manejase nuestro autor (manuscrito de Plinio) o porque se equivocó al citar de memoria. El nombre del hijo es, para Valerio, el de Metimno, mientras que Plinio lo denomina Metimano; en cambio, POLIBIO (XXXVI 16), que narra la misma historia, lo llamó Estémbano.

104 Catón el Viejo, conocido también como Catón el Censor, murió hacia el 149 a. C. cuando contaba, probablemente, ochenta y cinco años. Cumplidos los ochenta casó con Salonia (PLUTARCO, *Catón* 24), de quien tuvo a Marco Porcio Catón Saloniano, abuelo, en efecto, de Catón de Útica o Catón el Joven.

105 Según el mito, Alcmena habría sido visitada en su lecho primero por Zeus y luego por Anfitrión, su marido. Y aunque la tradición más antigua, de origen épico (cf. HESÍODO, *Escudo* 46-56), sólo refería que durante una misma noche Alcmena dio a luz en Tebas a los dos gemelos (Heracles, habido de Zeus, e Ificles, hijo de Anfitrión), otra de las versiones del mito señalaba, en efecto, que Heracles era mayor que Ificles en una noche (APOLODORO, II 4, 8). Tanto esta historia como la siguiente responden a la perplejidad que levantaban entre los antiguos los casos de superfetación: H. E. REMUS, *Pagan-Christian conflict over miracle in the second century*, Ann Arbor, 1981, págs. 56-58.

106 Sólo un abuso terminológico permite a Solino hablar en este caso de

«adulterio». La unión estable entre esclavos no era considerada un *matrimonium* o *coniugium* regido por las disposiciones del *ius domesticum*, sino un *contubernium;* por otra parte, las relaciones entre esclava y dueño se ejercían en virtud del derecho del propietario, pero eran solamente amores ancilares, surgidos a título de placer y solaz. PLINIO (VII 49), de quien Solino tomó esta información, explica que la concepción de un segundo feto obedeció al hecho de que, en un mismo día, la esclava mantuvo relaciones con el amo *(dominus)* y con su gerente *(procurator)*. Como la isla de Proconeso poseía unas importantísimas canteras de mármol, explotadas también por los romanos (ESTRABÓN XIII 1, 16 [C 588-589]), cabe imaginar que dicha historia licenciosa circulara atribuida a la esclava de alguno de los arrendatarios de las canteras, la cual también mantendría relaciones con el siervo o liberto que ejercía de administrador.

107 Yolao pasaba por haber conducido como colonos hasta Cerdeña a la mayor parte de los hijos de Heracles y de los Tespiadas, así como a un grupo de atenienses; con ellos habría ocupado la zona llana de la isla, a la que denominaron Yoleo. Ese santuario que estaba, según Solino, junto al sepulcro, podría significar que Yolao, después de haber sido heroificado a semejanza de la figura de Heracles (su tío), asumió además los caracteres de una vieja divinidad indígena venerada con el nombre de *Sardus pater:* véase BONNET, *Melqart…*, 262-264; BRIQUEL, *L'origine lydienne…*, 420-421; F. O. HVIDBERG-HANSEN, «Osservazioni su Sardus Pater in Sardegna», *Analecta Romana Instituti Danici* 20 [1991], 7-30. PAUSANIAS (IX 23, 1) asegura que en Tebas de Beocia podía verse el monumento de Yolao, pero añade que su muerte acaeció en Cerdeña. Sobre las historias de las distintas ocupaciones de esta isla, véase *infra*, comentario a SOLINO, 4, 1-3.

108 Esta curiosa idea figuraba en PLINIO (VII 42), pero Solino se consideró en la obligación de explicarla. Tal vez recurrió a una hipótesis pseudocientífica, elaborada por algún médico y basada en ARISTÓTELES, quien concedía gran importancia a la emisión de *pneûma* durante la eyaculación y recomendaba que, acto seguido, debía contenerse la respiración; esto facilitaba, en su opinión, la instalación del semen *(Reproducción de los animales* I 718 a; 728 a; II 737 b-738 a; *Investigación sobre los animales* VII 586 a; *Las partes de los animales* IV 689 a; *Problemas* IV 878 b-879 a; 879 a; XXX 953 b-954 a). Esas teorías conducían de inmediato a suponer que un fuerte estornudo produciría el efecto contrario en la mujer (expulsión del esperma). Ciertamente, el estornudo siempre fue considerado como una eliminación súbita de «hálito vital», pero tal vez detrás de esta prevención todavía anidaba la primitiva idea de que el estornudo encarna a un espíritu maligno que se lleva consigo el germen de vida (J. MARQUÈS-RIVIÈRE, *Amulettes, talismans et pantacles dans les traditions orientales et occidentales*[2], París, 1950, pág. 149).

109 Ya ARISTÓTELES señalaba *(Investigación sobre los animales* VII 584 a) que los dos primeros síntomas del embarazo se presentaban unos diez días después de la concepción; lo relativo a las náuseas lo añadió PLINIO (VII 41), de quien nuestro autor tomó todos los datos.

[110] La doctrina sobre la constitución del corazón como primer órgano del feto había sido divulgada por ARISTÓTELES *(Reproducción de los animales* II 741 b; 742 b-743 a; *Partes de los animales* III 666 a; *Sobre la juventud* III 468 b), y fue recogida por PLINIO (XI 181) y los médicos romanos *(vid.* JUAN LIDIO, *Sobre los meses* IV 26 [p. 84, 14-18 WÜNSCH]). Las otras dos noticias acerca del crecimiento cardial y de la formación de la espina debió tomarlas Solino de algún escrito hoy perdido, tal vez el mismo que conoció GALENO (XIX 331 KÜHN) cuando atribuye a Aristóteles que la espina dorsal es el primer órgano que se constituye, aunque luego Galeno precisa que, según los médicos, es el corazón (y algunos códices de Solino añaden: «por ello, si se daña cualquiera de estos dos órganos, el resultado es mortal»).

[111] Todos los datos de 63-64 proceden de PLINIO, VII 41-42, quien a su vez los tomó de ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* VII 583 b; 584 a, 585 a; 588 a, incluido lo relativo al bostezo (aunque el filósofo griego sólo mantenía que los bostezos, al desplazar el útero, dificultaban el parto: *Reproducción de los animales*, I 719 a). La sintomatología para descubrir el sexo del feto aquí reseñada, que arranca de HIPÓCRATES (VIII 416 L.), fue tachada de falsa en tiempos de Adriano por SORANO DE ÉFESO *(Enfermedades de las mujeres*, I 15). Contra lo que aquí se dice, para los estoicos la luna —en particular cuando era llena— facilitaba los partos (CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* II 119; PLUTARCO, *Moralia* 658 F). La idea sobre los perjuicios del plenilunio para la infancia se forjó seguramente a la vista de un amuleto en forma de luna, llamado *selēnís* o *mēnískos*, que los niños solían llevar al cuello: y es que no se entendió que originalmente la luna fue respetada como divinidad nutricia de la juventud, llegando el vulgo a pensar, en cambio, que era necesario protegerse frente a ella.

[112] Para ARISTÓTELES el nacimiento por la cabeza es lo habitual en todos los animales, mientras que hacerlo por los pies o de costado constituía un hecho *contra naturam (Reproducción de los animales* III 752 b; IV 777a; *Investigación sobre los animales* VII 586 b). PLINIO (VII 45) recogió esa información, y de él la tomó Solino.

[113] La explicación del término, que nuestro autor leyó en PLINIO (VII 45), se basa en las palabras *aegre parti*. Sólo AULO GELIO (XVI 16, 1) nos indicará que deriva de *aegritudo* y *pedes*, lo que se halla más cerca de la posible etimología indoeuropea de esta curiosa voz: «los pies por delante», «los pies primero».

[114] Marco Vipsanio Agripa, yerno de Augusto por su matrimonio con Julia, fue padre de Agripina —la madre de Calígula— y abuelo de la otra Agripina que engendró a Nerón, del cual se afirmaba que también nació por los pies (PLINIO, VII 46).

[115] Es cierto que Agripa padeció una insufrible dolencia en los pies, pero es difícil saber de qué se trataba; el remedio que usó en cierto momento (baños de vinagre: PLINIO, XXIII 58) podría estar en relación con la gota. Respecto a la escandalosa vida de Julia, cabe decir que, si la hija de Augusto no fue un modelo de recogimiento, las fuentes escritas —y entre ellas PLINIO (VII 45-46), de quien bebe Solino— se caracterizan por denunciar exageradamente toda su vida: véase J.-M. RODDAZ, *Marcus Agrippa*, Roma,

1984, págs. 536-539.

116 Casos como el de Cornelia *(hymen imperforatum)* fueron conocidos en la medicina antigua y tratados, incluso quirúrgicamente, para facilitar el coito y la maternidad: T. HOPFNER, *Das Sexualleben der Griechen und Römer, von den Anfängen bis ins 6. Jahrhundert nach Christus*, 1, Praga, 1938, págs. 120-122. Cornelia, casada con Tiberio Sempronio Graco, tuvo doce hijos (seis varones y seis niñas): nueve de ellos murieron a temprana edad, y los dos famosos tribunos de la plebe, de forma violenta (Tiberio en el 133, Gayo en el 121). Sempronia, la única de las niñas que alcanzó la madurez, casó con Publio Escipión Emiliano, pero su matrimonio fracasó, según parece, por su fealdad y esterilidad. PLINIO (VII 69), que es la fuente de Solino, no dudó en juzgar el defecto físico de Cornelia como un aviso funesto, pero sin explicar que el augurio fue una premonición del desdichado fin que aguardaba a sus hijos; el ejemplo de la infelicidad de Cornelia fue un tema literario muy común: *vid*. H. RIEGER, *Das Nachleben des Tiberius Gracchus in der lateinischen Literatur*, Bonn, 1991, pág. 57.

117 Publio Cornelio Escipión, que recibió el apelativo de Africano tras derrotar a Aníbal en la batalla de Zama (202 a. C.). Sin embargo, Solino sufrió varios errores al transcribir el pasaje de PLINIO (VII 47) en que se inspiró. En efecto, Pomponia, la madre de Escipión, parece que murió a consecuencia del parto, no de una cesárea (así se deduce, sobre todo, de SILIO ITÁLICO, XIII 626-629, págs. 645 s.). Además, es falso que Publio fuese la primera persona que llevó en Roma el nombre de César. Plinio se limita a referir que la madre de Escipión murió al nacer su hijo, pero cambia luego de protagonista y añade que el primero de los Césares (es decir, Julio César) constituye otro ejemplo de nacimiento —precisamente mediante una cesárea— que costó la vida a la madre. Al fundir ambas historias, nuestro autor atribuyó a la cesárea el óbito de Pomponia y saludó a Escipión como el primer varón que en Roma llevó el nombre de César. La etimología de la voz *Caesar* a partir de *uterus/venter caesus* sigue teniendo partidarios, aunque es una entre las varias que han sido propuestas: cf. A. ALFÖLDI, *Caesariana. Gesammelte Aufsätze zur Geschichte Caesars und seiner Zeit* (Antiquitas, Reihe 3, Bd. 27), Bonn, 1984, págs. 175-178; O. SALOMIES, *Die römischen Vornamen. Studien zur römischen Namengebung*, Helsinki, 1987, págs. 25 s.

118 Efectivamente, ésta es la explicación dada a dicho término por toda la literatura antigua, pero desconocemos su etimología.

119 Cónsul en el 85 a. C., su nombre abría la lista de los proscritos por Sila. Fue ajusticiado en Sicilia por Pompeyo.

120 Manio Curio Dentado, cónsul en los años 290 y 274 a. C. El mismo *cognomen* lo llevó ya Lucio Siccio Dentado, personaje de comienzos de la República llamado el Aquiles romano (sobre él escribe más adelante SOLINO, I 102 y 106); el atribuir la dentición al recién parido simbolizaba que el personaje habría nacido idealmente adulto: véase I. PALADINO, «Manius Curius Dentatus e le rape», en *Perennitas. Studi in onore di Angelo Brelich* (ed. por G. Piccaluga), Roma, 1980, págs. 362-363.

[121] Precisamente a causa de este defecto físico fue llamado Prusias Monodonte («el de un solo diente»); era hijo de Prusias II de Bitinia (*c.* 182-149 a. C.). Esta misma anomalía de poseer los dientes soldados se atribuyó a Pirro, rey del Epiro (PLUTARCO, *Pirro* 3, 6), y HERÓDOTO (IX 83) menciona que entre los restos de los soldados caídos en Platea se encontró una mandíbula cuyos dientes formaban un solo hueso.

[122] Señalaba ARISTÓTELES (*Investigación sobre los animales*, II 501 b) que esto sucede no sólo entre las hembras de la especie humana, sino también entre las ovejas, cabras y cerdos, pero es falso.

[123] *Cynodontes* o dientes de perro: es, en realidad, una anomalía por la que un diente aparece hendido o dividido en dos puntas. PLINIO (VII 71), en quien se inspira nuestro autor, afirma que tal fue el caso de Agripina *Minor*, la madre de Nerón (los tuvo en la parte derecha de la boca); pero como su vida no constituyó un ejemplo de dicha, sino de crímenes y ambición, que contradecía su propósito, Solino silenció ese dato, uno más a catalogar entre las supersticiones antiguas.

[124] Así también en ANTÍGONO DE CARISTO (*Colección de historias curiosas* 3 GIANNINI), CENSORINO (*Sobre el natalicio* 11, 7) y PLINIO (VII 2); pero lo que ARISTÓTELES mantenía es que, en los primeros cuarenta días de existencia, los recién nacidos no lloraban ni reían mientras estaban despiertos, aunque lo hacían durante el sueño (*Reproducción de los animales* V 779 a; *Investigación sobre los animales* VII 587 b.

[125] «Así reía Zaratustra»: el dato, tomado de PLINIO (VII 72), procede de fuentes orientales (quizá los libros parsis escritos en pelvi). Efectivamente, aquellas fuentes señalaban, entre los distintos prodigios que anunciaron la precocidad de Zoroastro, la emisión de la risa sonora; véase BIDEZ, CUMONT, *Les Mages hellénisés*..., I, págs. 24-25; II, págs. 26-27.

[126] El nombre está formado sobre el griego *agélastos*, «el que no ríe»; pero otros autores indican que este Marco Licinio Craso fue famoso por haber reído una sola vez en su vida (CICERÓN, *Tusculanas* III 31). Su nieto el triunviro, llamado igual que el abuelo, murió ante los partos en el desastre de Carras, en el verano del 53 a. C., y su cuerpo fue mutilado.

[127] El trágico Publio Pomponio Segundo, que fue cónsul sustituto en el año 44.

[128] Antonia (*Minor*), una de las dos hijas de este nombre habidas de la unión entre el triúnviro Marco Antonio y Octavia, casó hacia el 16 a. C. con Druso el Mayor, hijo adoptivo de Augusto; fue famosa por su belleza y virtudes (PLUTARCO, *Antonio* 87). Es la madre del emperador Claudio.

[129] Ignoramos de dónde pudo extraer Solino esta noticia, totalmente fantástica. Es cierto que Lígdamis (y no Lígdamo, como Solino escribe) obtuvo la victoria la primera vez que se incluyó el pancracio entre las pruebas olímpicas (olimpiada 33.ª = 648 a. C.), y que se contaba que el tamaño de este hombre era excepcional: su pie podría

compararse con el de Hércules o el de Perseo, cuyo tamaño era de dos codos (0,88 m: HERÓDOTO, I 91; IV 82). El monumento funerario de Lígdamis estaba junto a las canteras de Siracusa, y en aquella ciudad oyó PAUSANIAS (V 8, 8) hablar de su extraordinaria talla. Es posible que la leyenda sobre los huesos y la carencia de médula provenga de una historia local.

130 Era el gladiador clásico: espada, escudo, grebas, casco con plumas y un penacho. Se trata de la armadura de los infantes samnitas.

131 Es imposible confirmar la veracidad histórica de ambos Tritanos, aunque cabe sospechar que quizá fueron una misma persona.

132 El más famoso de los atletas antiguos, que vivió en la segunda mitad del siglo VI a. C. Se le contabilizaron, en la prueba del combate, seis victorias olímpicas, otras seis píticas, diez ístmicas y nueve nemeas. Pertenecía a una de las principales familias de la ciudad; fue yerno de Pitágoras y sacerdote de Hera Lacinia, diosa titular del principal santuario crotoniata, y figuró entre los miembros de la secta pitagórica. Sobre su vida y muerte se gestaron numerosas historias.

133 Este dato no es superfluo, porque quienes practicaban la lucha utilizaban, desde época arcaica, los llamados *himantes*, cintas o guantelete de cuero enrollado en la mano, que daba más fuerza al golpe.

134 La polifagia de Milón, que se justificaba por la mayor necesidad de alimento que tenían los grandes atletas, se había hecho proverbial en la Antigüedad. ARISTÓTELES *(Ética a Nicómaco* II 6, 1106 b) ya razonaba que seis minas de comida diaria —tres kilos setecientos gramos— podían representar demasiado para una persona, pero poco para Milón. Pero la fábula más asombrosa corrió a cuenta de Teodoro de Hierápolis, autor de un tratado *Sobre los concursos* mencionado por ATENEO, X 412 e: según Teodoro, Milón gastaba a diario veinte minas de carne (casi doce kilos y medio), otras tantas de pan y tres congios de vino (cerca de diez litros). Se dijo además que hallándose en Olimpia cargó un toro cuatreño sobre sus hombros, dio la vuelta al estadio, lo despedazó y lo devoró por completo ese mismo día; fue asimismo objeto de comentarios la competición que con él mantuvo el etolio Titormo para comerse un buey (ATENEO, X 412 e). FILARCO *(FGrHist* 81 F 3) añadía que Milón, cómodamente instalado frente al altar de Zeus, había devorado un toro, noticia que probablemente constituye una simplificación de su «proeza» en Olimpia.

135 Solino se refiere sin duda a los versos que copió ATENEO (X 412 f-413 a), compuestos por un poeta llamado Dorieo, en los que se exalta la capacidad de Milón para cargar con el toro durante la procesión y tragonearlo luego delante del ara olímpica.

136 El nombre de alectoria deriva del griego *alektóreios (líthos)*, o «piedra de gallo»; se decía que Milón había logrado ser imbatible porque comía o llevaba consigo estas piedras cristalinas (DAMIGERÓN-ÉVAX, 19; PLINIO, XXXVII 144). La alectoria considerada más eficiente era, decían, la que se encontraba en los gallos de pelea victoriosos (JULIO AFRICANO, *Encantos* I 3 VIEILLEFOND). Solino, es cierto, habla en este

punto de la alectoria, pero evita ligarla directamente con Milón, quizá porque conocía la afirmación de QUINTILIANO (I 9, 5) de que el atleta crotoniata solía llevar un ternero a los hombros para entrenarse, y que de ahí provenía su fortaleza. La alectoria fue seguramente un bezoar o cálculo formado en el estómago o intestinos del gallo que, como todos los bezoares de mamíferos y aves, encontraba uso en la medicina y en la magia; sobre la pervivencia de la alectoria en la superstición popular véase S. SELIGMANN, *Die magischen Heil- und Schutzmittel aus der unbelebten Natur, mit besonderer Berücksichtigung der Mittel gegen den bösen Blick. Eine Geschichte des Amulettwesens*, Stuttgart, 1927, págs. 219 s.

137 El término etíope no es aquí una referencia étnica, sino que es sinónimo de «negro». Según PLINIO (VII 51), aquel púgil se llamaba Niceo. Pero lo cierto es que esta historia debió alcanzar muy pronto los límites de la utopía, porque fue asimismo atribuida a una mujer de Sicilia (ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* VII 586 a) y a una mujer de Élide (ARISTÓTELES, *Reproducción de los animales* I 722 a; ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 112 b GIANNINI). Sobre la transmisión literaria de la noticia véase H. WALTER, «De nato Aethiope. Ein Beitrag zum Nachleben des älteren Plinius im Mittelalter», *Rhein. Museum* 111 (1968), 64-68; J. DIGGLE, «De nato Ethiope. A postscript», *ibidem* 112 (1969), 70-72.

138 Esta historia parece referirse a los sucesos subsiguientes a la muerte en Éfeso de Antíoco II (246 a. C.), quizá envenenado. En VALERIO MÁXIMO (IX 14, ext 1) el tal Artemón figura como un personaje emparentado con la casa real, mientras que PLINIO (VII 53), y con él Solino, lo retrata como un simple súbdito.

139 Solino ha suprimido la noticia, que figura en VALERIO MÁXIMO (IX 14, 1) y en PLINIO (VII 53), de que un tercer individuo, el liberto Publicio, se prestaba a la misma confusión por ser idéntico a Vibio y a Pompeyo.

140 L. Munacio Planco, en cuya formación influyó Cicerón, fue legado de César y cónsul ordinario del año 42.

141 El mirmilón era un tipo de gladiador, con escudo, casco y espada a la usanza de los galos; se afirma que su nombre derivaba de la imagen de cierto pez *(mormýlos* en griego) que tal vez figuraba en el casco, y que por esa razón se solía enfrentar al mirmilón con el reciario (el gladiador armado con tridente y red). Pero esta explicación ha sido convincentemente impugnada por P. FLOBERT, «Le poisson du mirmillon», en *Au miroir de la culture antique. Mélanges offerts au Président René Marache*, Rennes, 1992, 213-221, quien defiende que el nombre de *mirmilón* provendría de su aspecto terrorífico, espectral. «Armentario» («el Vaquero») fue, probablemente, el nombre de guerra de un antiguo gladiador, llamado Fausto y mencionado en una inscripción de Pompeya *(CIL* IV Suppl. 4379): *vid.* G. VILLE, *La gladiature en Occident des origines à la mort de Domitien* (BEFAR, Fasc. 245), Roma, 1981, 308.

142 Uno de los más famosos oradores de época de Augusto, cuyos libelos le valieron el destierro en el 12 a. C. La difusión de sus escritos fue finalmente autorizada

por orden de Calígula (SUETONIO, *Calígula* 16).

143 M. Valerio Mesala, cónsul en el año 61 a C., censor en el 55, se hizo especialmente conocido por su labor censoria, durante la cual reguló las crecidas del Tíber.

144 Uno de los jefes de la llamada conjuración de Catilina, Publio Cornelio Léntulo Sura alcanzó el consulado en el 71.

145 Todos estos datos son invención de Solino y derivan de una mala interpretación del manuscrito de VALERIO MÁXIMO de que disponía nuestro autor (en el pasaje correspondiente a IX 14, ext. 3), puesto que convirtió el término *rectoris* (gobernador), aplicado allí a Sura, en *rictu oris* (corte de la boca) y se vio luego en la necesidad de fabular todo lo relativo a las incorrecciones del habla y al acento.

146 Este sujeto, llamado Toronio Flaco por MACROBIO *(Saturnales* II 4, 28), parece haber sido un importante traficante de esclavos selectos para consumo de la alta sociedad, pues atendía incluso al propio Augusto.

147 Pero PLINIO (VII 56), al cual extracta Solino, cifra la venta en 200.000 sestercios. Se trata, desde luego, de cantidades muy elevadas, pero normales dentro del mercado de esclavos adolescentes de lujo, cuyo precio por cabeza oscilaba, en tiempos de Marcial, entre cien y doscientos mil sestercios, equivalente al coste de una casa (M. GARRIDO-HORY, *Martial et l'esclavage*, París, 1981, 113 s.).

148 El pasaje deja entrever que Antonio inició un litigio con Toranio. En la venta de esclavos, el edicto de los ediles curules concedía al comprador dos acciones: la *actio redhibitoria*, ejercitable en los dos meses siguientes a la celebración del contrato, que autorizaba a la rescisión del contrato (restituir la cosa y recuperar el precio pagado por ella), o la *actio quanti minoris*, ejercitable en el plazo de un año a partir de la venta, conducente a obtener una reducción en el precio satisfecho. Entre otros supuestos, el comprador podía ejercer una de estas dos acciones cuando el vendedor había afirmado poseer la cosa ciertas cualidades o condiciones *(dicta et promissa)* que, en realidad, no tenía, tal como había hecho Toranio. La anécdota parece apuntar, pues, al hecho de que Antonio recurrió a la jurisdicción edilicia buscando una rebaja en la alta cifra pagada.

149 Sobre la gran estima que se profesaba en Roma a los esclavos gemelos, *vid.* D. VAN BERCHEM, «Jumeaux», *Rev. des Étud. Latines* XLVII bis (Mélanges M. Durry) (1969 [1970]), 52 s.

150 La queja por el deterioro físico de la generación presente en comparación a la fortaleza de la antigua raza constituía un tópico, ya antes de Solino, en la literatura antigua, pues comienza en Heródoto y, pasando por FLEGÓN DE TRALES *(FGrHist* 257 F 36 [XVI] = 16 GIANNINI), PAUSANIAS (I 35, 5 ss.; VI 5, 1) y FILÓSTRATO *(Gimnástico* 1 y 44), culmina en ARNOBIO (II 75), el cual pretende demostrar que la degradación no es culpa del cristianismo; véase A. DEMANDT, *Der Fall Roms. Die Auflösung des römischen Reiches im Urteil der Nachwelt*, Múnich, 1984, págs. 368 s.

151 Es decir, 2,07 metros. La talla normal de una persona estaba fijada en seis veces

la medida del pie o cuatro la del codo (VITRUBIO, III 1, 2); por eso se pensaba que Hércules, cuyo pie, como vimos *(supra*, nota 129), superaba al de cualquier persona, medida seis veces su extremidad inferior alcanzaba un total de siete pies normales (o, como escribe Heródoro de Heraclea, de cuatro codos y un pie). Esta altura de Hércules se consideraba, en efecto, la máxima a la que podía llegar el cuerpo humano (AULO GELIO, III 10, 10).

152 ¡Nada menos que tres metros! Esta increíble historia fue tomada de PLINIO (VII 75), pero no se conoce de dónde procede. *Pusio* y *Secundilla* son dos cognombres romanos: el uno alude a la edad («jovencillo»), el otro al orden en el nacimiento («segundoncilla»). El hecho de usar sendos diminutivos presta carácter cómico a la ridícula figura de estos dos seres ficticios.

153 Casi 2,9 metros.

154 El suceso se data, por tanto, entre 548 y 544 a. C. La historia sobre el descubrimiento de los huesos del héroe por parte del espartano Licas, valiéndose de una argucia, durante los enfrentamientos entre Laconia y Tegea, figura en HERÓDOTO (I 67-68) y PAUSANIAS (III 3, 5-6); de este modo los espartanos, como había predicho el oráculo de Delfos, lograron la victoria en la guerra.

155 Equivalente a 3,10 metros. Es la misma talla que adjudicó HERÓDOTO (I 68) a Teseo; por eso AULO GELIO (III 10, 11) califica a Heródoto de fabulista y alega que es imposible que nadie alcance más de siete pies (la medida de Hércules).

156 Cercano, por tanto, a los 14,5 metros. PLINIO (VII 73) asegura que tenía 46 codos, o sea, seis metros más de la cifra dada por Solino, y añade que había leído que estos huesos se atribuyeron tanto al gigante Orion como a su émulo Oto. La cifra más fiable parece ser la trasmitida por Filodemo de Gádara, filósofo epicúreo coetáneo de Cicerón: medía, según él, 48 codos, es decir, algo más de 21 metros (F. BÜCHELER, «Antediluvianisches aus Philodemos», *Rhein. Museum* 20 [1865] 311-312). La realidad es que siempre se ha sospechado que las noticias contenidas en fuentes antiguas sobre apariciones de huesos descomunales en Grecia, Sicilia, sur de Italia, Creta, Lidia, la Calcídica, el Ponto o el Bósforo Cimerio, reposan en informaciones verídicas a raíz del descubrimiento casual de restos fósiles de animales prehistóricos. Los testimonios antiguos sobre hallazgos de esqueletos inmensos a consecuencia de terremotos o inundaciones han sido recogidos por G. PANESSA, *Fonti greche e latine per la storia dell'ambiente e del clima nel mondo greco*, I, Pisa, 1991, 270-271 (T 37 s 1; T 37 t 1), 306 (T 40 e).

157 En efecto, es cierto que ambos personajes desempeñaron simultáneamente funciones en la isla: Quinto Cecilio Metelo fue procónsul de Creta en los años 68-66 a. C.; sometió el territorio tras duras luchas y recibió, por ello, el sobrenombre de Crético. A su vez, Lucio Valerio Flaco, que obtendría la pretura en el 63, fue uno de sus oficiales y actuó de lugarteniente de Metelo: *vid.* G. PERL, «Die römischen Provinzbeamten in Cyrenae und Creta zur Zeit der Republik», *Klio* 52 (1970), 325-326, 330.

158 La noticia de este inusitado crecimiento (1,33 m. en tres años) proviene de PLINIO, VII 76, pero nada más sabemos sobre el caso. Lo cierto es que este episodio tanto puede referirse a la isla ateniense de Salamina como a la Salamina de Chipre. Un fenómeno todavía más asombroso mencionaba CRÁTERO (en FLEGÓN DE TRALES, *FGrHist* 257 F 36 [XXXII] = 32 Giannini), el de un muchacho que en espacio de siete años pasó de niño a joven, a hombre y a viejo, se casó, tuvo hijos y falleció.

159 Esta frase constituía ya una expresión proverbial en latín: véase A. OTTO, *Die Sprichwörter und sprichwörtlichen Redensarten der Römer*, Leipzig, 1890, pág. 355, s.v. *unguis* (1).

160 La comparación del hombre con un *mikròs kósmos* (en latín *mundus parvus, minor* o *brevis)* figura, en efecto, en DEMÓCRITO (DIELS, KRANZ, *Die Fragmente…*, II, 68 [55] B Fr. 34, pág. 153; *vid.* J. KERSCHENSTEINER, *Kosmos. Quellenkritische Untersuchungen zu den Vorsokratikern*, Múnich, 1962, pág. 56), y se justificaba porque su naturaleza estaba también compuesta por los cuatro elementos, de tal suerte que el hombre reproducía a escala menor la estructura universal, incluyendo las doce partes celestes (R. REITZENSTEIN, *Poimandres. Studien zur griechisch-ägyptischen und frühchristlichen Literatur*, Leipzig, 1904, pág. 261). Había, sin embargo, otras razones que facilitaban el símil: disponiendo la figura humana en esa posición, con los brazos en cruz, e igualando los cuatro puntos —cabeza, pies y cada mano— mediante cuadrantes de círculo, se obtenía la forma orbital o global denominada *caelum* o *mundus* (PLINIO, II 1 y 5).

161 Obviamente, se trata de una benévola apreciación, recogida ya por PLINIO (VII 77), que carece de cualquier fundamento. La fábula podría pertenecer al acervo de las gentes del mar. Compárese, en un texto del s. XVII, la modificación que experimentó esta historia para referirla a la condición religiosa del cadáver: «vi aquel día cosa que cuento para que se vea lo que es ser cristiano: entre los muchos que se echaron a la mar hubo uno que quedó boca arriba, cosa muy contraria a los moros y turcos, que, en echándolos muertos a la mar, al punto vuelven la cara y cuerpo hacia abajo, y los cristianos hacia arriba» *(Vida del capitán Alonso de Contreras*, capítulo III).

162 Solino escribe aquí *palma* porque, en los juegos griegos, el premio para el vencedor de la prueba consistía en una corona hecha con ramos de olivo y en una palma, que se le entregaba en la mano derecha (PAUSANIAS, VIII 48, 2); véase F. B. TARBELL, «The Palm of Victory», *Classical Philology* 3 (1908), 264-272.

163 Famoso corredor, seguramente argivo, vencedor de la carrera larga en Olimpia a mediados del siglo V a. C., de quien Mirón realizó una estatua en bronce. Su velocidad y ligereza de pies se hicieron proverbiales porque, representado por el escultor en plena concentración y esfuerzo, parecía volar a la carrera por encima del suelo. Es bastante probable que aquella estatua se trasladara como botín a la Urbe tras la conquista de Grecia, lo que explicaría muy bien que a partir del siglo I a. C. Ladas y sus pies fueran tenidos por los romanos como la personificación de la rapidez.

164 En el año 596 a. C.

165 Cornelio Boco, historiador de época julio-claudia, escribió una Crónica que terminaba en la olimpiada 207 (49 d. C.).

166 Se trata de la carrera de velocidad para niños, establecida en la olimpiada trigésimo séptima (632 a. C.) y que consistía en una vuelta simple al estadio. La anécdota de Poliméstor figura también en FILÓSTRATO *(Gimnástico*, 13 [pág. 22]), quien se equivoca al decir que esta prueba del estadio para los jóvenes se realizó por primera vez en la olimpiada 46.[a]; *vid.* L. MORETTI, *Olympionikai, i vincitori negli antichi agoni olimpici* (Atti della Accademia Nazionale dei Lincei, Anno CCCLVI, 1959. Serie ottava. Memorie. Classe di Scienze morali, storiche e filologiche, Volume VIII), Roma, 1959, págs. 66-67 (núms. 60 y 79).

167 El equivalente a 127 kilómetros. Filípides fue, como recuerda HERÓDOTO (VI 105-106), un *hemerodromus* o correo a quien los atenienses, poco antes de la batalla de Maratón, enviaron hasta Esparta.

168 Casi 122 kilómetros; PLINIO (II 181) precisa que Filónides empleó en el trayecto nueve horas. En otro pasaje, PLINIO (VII 84) explica que Anistis era un simple corredor lacedemonio, mientras que Filónides estuvo al servicio de Alejandro: esto da motivo a F. PFISTER, «Nachrichten des Solinus über Alexander in der Historia de preliis», *Rhein. Museum* 115 (1972), 74, para acusar a Solino de haber interpretado mal la noticia pliniana, convirtiendo a ambos individuos en correos del rey macedonio. De Filónides conservamos suficientes datos como para saber que fue «hemeródromo» y «bematista» (medidor de distancias) de Alejandro, y que como vencedor de una prueba olímpica levantó su estatua dentro del santuario: véase PAUSANIAS, VI 16, 5, y H. BENGTSON, «AUS der Lebensgeschichte eines griechischen Distanzläufers», *Symbolae Osloenses* 32 (1956), 35-39. Y sobre Anistis, puede que Solino esté en lo cierto: debió de leer en algún lugar (¿en la propia fuente de Plinio?) que el espartano también fue correo de Alejandro y quiso mejorar así la información proporcionada por el naturalista romano: P. PORALLA, A. S. BRADFORD, *A Prosopography of Lacedaemonians from the earliest Times to the Deat of Alexander the Great (X-323 B. C.). Prosopographie der Lakedaimonier bis auf die Zeit Alexanders des Großen*[2], Chicago, 1985, págs. 24 y 175, núm. 106.

169 Gayo Fonteyo Capitón y Gayo Vipstano Aproniano, cónsules en el 59 d. C.

170 ¡Una simple marcha de 111 kilómetros!

171 Casi 200 kilómetros. Que nuestro hombre sea llamado Estrabón, que significa «bizco», constituye un manifiesto sarcasmo.

172 La noticia se encuentra ya en VALERIO MÁXIMO, I 8, ext. 14, y en PLINIO, VII 85, los cuales escriben que Estrabón observaba estos movimientos desde el llamado promontorio Lilibeo. Pero la distancia mínima entre la punta occidental de Sicilia y la costa tunecina es de unos 139 km., y eso imposibilita la visión directa. No debe extrañar, por tanto, que ISIDORO *(Etimologías* II 12, 4) tome este ejemplo como muestra de

mentira increíble, algo que ya habían apuntado CICERÓN (*Tratados académicos* I 2, 81) y PLUTARCO (*Obras morales* 1083 D). Nuestro autor, sin embargo, fue mucho más prudente a la hora de recoger el testimonio varroniano. En efecto, como acertadamente señaló COLUMBA, «La questione soliniana…», 337-338, la expresión de Solino *Lilybitana specula* («atalaya lilibetana») no sería más que una forma culta de denominar al monte Érice (750 m.). Precisamente, desde lo alto de este monte divisaba el héroe Acestes, en la lejanía, cómo las naves de Eneas venían de Cartago (VIRGILIO, *Eneida* V 35-36), y la escasa distancia que separa al Érice del promontorio Lilibeo (menos de 30 km.) hace verosímil que aquella montaña, como todo el ángulo occidental de la isla, fuese considerada una parte del «territorio lilibetano». No obstante, la noticia sigue constituyendo una evidente exageración, puesto que la visibilidad de la línea del horizonte desde el Érice se sitúa a los 97 km.

173 No consta en qué obra señaló Cicerón semejante dato.

174 Afamado cincelador y orfebre espartano, probablemente de época arcaica, que sobresalía por sus miniaturas. Su microtécnica se hizo proverbial (ELIANO, *Historias varias*, I 17). PLINIO confirma en un pasaje que estas minúsculas hormigas eran de marfil (VII 85), pero asegura en otro lugar (XXXVI 43) que fueron talladas en mármol.

175 Este Apolónides es, según parece, un escritor de asuntos geográficos que recopiló noticias acerca de Europa en la primera mitad del siglo I a. C.

176 El nombre *bitia* está posiblemente en relación con los términos griegos *bídyos, bídyios*, que designaban en Esparta a ciertos inspectores o supervisores de jóvenes; ambos derivarían de la raíz indoeuropea **wid-* (mirar, ver). La «bitia» sería la mujer capaz de echar el mal de ojo, la que posee una mirada maléfica, porque la doble pupila se consideraba señal inequívoca de fuerza sobrenatural: M. DANIEL, «La pupille duplex et autres signes du mauvais oeil à la lumière de la Ophthalmologie», *Class. Philology* 13 (1910) 325 ss.; DEONNA, *Le symbolisme…*, págs. 32, 132, 156, 202. También a los brujos tribalos y a los de Iliria se les atribuían dos niñas en cada ojo y se decía que hechizaban y mataban con la mirada (ISÍGONO DE NICEA, Fr. 19 GIANNINI = PLINIO, VII 16; AULO GELIO, IX 4, 8).

177 En su edición latina, Mommsen sospecha que esta frase constituye una glosa a eliminar del texto, basándose en el hecho de que no figura en PLINIO, VII 17 (que es la fuente de Solino). Tal vez no se halla descaminado, pues parece el añadido de un copista que hubiese querido relacionar el dato escítico con el nombre de la ciudad sarda de Bitia (a partir de PLINIO, III 85), aunque siempre queda la posibilidad de que esa asociación estuviese ya en el modelo soliniano o fuese una creación de nuestro propio autor: *vid.* WALTER, «C. Iulius Solinus…», 133-134.

178 En el 454 a. C. A este Siccio Dentado se le conoció como el Aquiles romano; sobre la tradición de su nombre, de su historia y de sus proezas, *vid.* A. KLOTZ, «L. Siccius Dentatus», *Klio* 33 (1940) 173-179.

179 Los despojos eran las armas tomadas al enemigo muerto en batalla, que el

general solía repartir al final de la misma entre los oficiales y soldados más destacados; pero, como recuerda AULO GELIO (II 11, 3), la mayoría de los *spolia* conseguidos por Dentado fueron *provocatoria*, es decir, tomados a enemigos a quienes había vencido después de un desafío o combate singular.

180 La más alta condecoración en el ejército romano era la corona, en sus cuatro modalidades (cívica, áurea, mural y obsidional). Las llamadas *phalerae* eran chapas o placas de metal adornadas, que tanto llevaban los soldados como lucían de jaez para los caballos. El *hasta pura* es el simple palo de la pica, sin el remate ni el cuento metálicos. Por PLINIO (VII 102) y AULO GELIO (II 11, 2), sabemos que las 312 recompensas se desglosan así: 25 placas, 18 lanzas, 160 brazaletes (aquí se suman los *torques* o collares), 14 coronas cívicas, 8 de oro, 3 murales y una obsidional. Sobre este régimen de recompensas en el ejército, V. A. MAXFIELD, *The Military Decorations of the Roman Army*, Londres, 1981, págs. 67-81, 102-105.

181 Sólo a los generales con imperio, cuyas victorias habían cumplido determinadas condiciones, les reconocía el Senado el derecho a conmemorar un triunfo. Los oficiales y soldados más destacados, junto a algunos familiares, participaban en el cortejo triunfal escoltando a la persona del *imperator*, que desfilaba sobre un carro (triunfo curul), o a caballo o a pie (ovación).

182 Tres de las batallas habidas en Italia al inicio de las Guerras Púnicas (218-217 a. C.), en las que Roma estuvo a punto de empeñar su destino. La corona cívica, confeccionada con hojas de roble, se concedía a quienes habían salvado la vida de un ciudadano en el combate.

183 En efecto, Lucio Sergio Catilina, el protagonista de la famosa conjuración del 63 a. C., fue biznieto de este Marco Sergio Silón.

184 Marco Claudio Marcelo, cónsul en el 222 a. C. y famoso general de la época de la segunda guerra púnica, fue sobre todo recordado por la toma de Siracusa en el 212.

185 Se trata de Ciro el Joven; sin embargo JENOFONTE *(Ciropedia* V 3, 46-50), afirma que conocía sólo los de aquellos oficiales a quienes debía dirigir órdenes. AMIANO MARCELINO (XVI 5, 8) atribuye esta gran memoria de Ciro, como la de Simónides y la del sofista Hipias, a la ingestión de un brebaje. Con respecto a la anécdota de Escipión, que Solino también tomó de PLINIO (VII 88), no sabemos de dónde procede y ni siquiera a cuál de los varios Lucios Cornelios Escipiones fue atribuida.

186 Se refiere al tesalio Cineas, habilísimo ministro del rey epirota Pirro, y a su primera embajada a Roma en el 280 a. C.: véase E. OLSHAUSEN, *Prosopographie der hellenistischen Königsgesandten, I: von Triparadeisos bis Pydna* (Studia Hellenistica, 19), Lovaina, 1974, núm. 127, págs. 172 s. De Cineas llegó a escribir SÉNECA EL MAYOR *(Controversias* 1, *praef.* 19) que llamó también por su nombre a toda la plebe que rodeaba al Senado.

187 PLINIO (VII 88) es más explícito al señalar que eran 22 lenguas diferentes y que incluso daba en ellas grandes discursos; AULO GELIO (XVII 17, 2) aumenta el número de

pueblos y lenguas a veinticinco.

188 Solino alude, pues, a Metrodoro de Quíos, filósofo atomista, discípulo de Demócrito, que vivió en el siglo IV. Pero el estudioso cuya mnemotecnia gozó de fama fue Metrodoro de Escepsis, filósofo académico del siglo II (CICERÓN, *Tusculanas* I 59; *Sobre el orador* II 360; QUINTILIANO, X 6, 4; PLINIO, VII 89). Probablemente la confusión se produjo, como pensó WALTER, «C. Julius Solinus…», pág. 114, porque nuestro autor leyó en su fuente la indicación *Metrodorus scepticus y* no sabía lo suficiente para comprender que el calificativo identificaba perfectamente al segundo personaje.

189 Cónsul en el 31 a. C., junto con Octaviano, Marco Valerio Mesala Corvino sobresalió como orador y como mecenas. Se cuenta que, afectado por un cáncer en la espina dorsal, fallándole la memoria y el juicio, acabó muriendo de inanición. En el PSEUDO ARISTÓTELES *(Relatos maravillosos* 178) figura el caso del locrense Demarato, que a consecuencia de una enfermedad perdió durante diez días el habla.

190 548-544 a. C. La fecha es correcta, pues hoy se acepta que la capital del reino lidio fue expugnada por Ciro en el segundo año de la 58.ª olimpiada (547/6): véase H. KALETSCH, «Zur lydischen Chronologie», *Historia* 7 (1958), 39-47.

191 Según otra versión, el hijo de Creso se ofreció para ser quemado en la hoguera en lugar de su padre; la propuesta no fue aceptada, pero Apolo impidió que la pira ardiese. Se trata, seguramente, de tradiciones creadas en Delfos para favorecer a Creso como antiguo benefactor del santuario: V. LA BUA, «Sulla fine di Creso», *Studi di Storia Antica offerti dagli allievi a Eugenio Manni*, Roma, 1976, págs. 177-192. Hubo incluso una tradición persa, según la cual Creso habría conservado la vida y gozado de la amistad de Ciro. Pero lo cierto es que el rey de Lidia recibió la muerte; véase W. BURKERT, «Das Ende des Kroisos: Vorstufen einer herodoteischen Geschichtserzählung», en Ch. SCHÄUBLIN (ed.), *Catalepton. Festschrift für Bernhard Wyss*, Basilea, 1985, 4-15.

192 Catón el Mayor, destacado por su odio implacable a Cartago, fue el primer miembro de la familia Porcia que llevó el cognombre de *Cato*, «avisado, avezado». Sus censuras le valieron infinidad de enemistades, que provocaron ese alto número de citaciones judiciales: dice PLUTARCO *(Catón el Mayor*, 15, 4) que fueron casi cincuenta y que la última le llegó a los 86 años.

193 Esta historia pertenece al 204 a. C. Por prescripción de los Libros Sibilinos, y después de haber realizado una consulta a Delfos, los decenviros ordenaron que se buscara al mejor de los ciudadanos romanos para acoger en Roma a la diosa Cibeles, la Magna Madre de los Dioses que recibía culto en Pessina, ciudad de Frigia. La elección recayó por decreto del Senado en Publio Cornelio Escipión Nasica, todavía muy joven y que luego, en el 194, fue pretor.

194 Los tres llamados con el mismo nombre, Gayo Escribonio Curión; vivieron entre mediados del siglo II y el I a. C.

195 Solino (o su fuente) novela completamente el episodio de la muerte de

Arquíloco. Según la tradición, el poeta pereció a manos de un adversario en el campo de batalla; cuando su homicida, un hombre de Naxos llamado Arquias o Calondas, acudió al oráculo de Delfos para consultar al dios, la Pitia le respondió: «diste muerte al servidor de las Musas; abandona el recinto sagrado», y ordenó luego que expiase su falta: *vid.* PLUTARCO, *Obras morales* 560 E; ELIANO, *fragm.* 80 Hercher; DIÓN CRISOSTOMO, XXXIII 12; GALENO, *Protréptico* IX 1.

196 *Liber Pater* fue propiamente una divinidad itálica de la fecundidad, protector de las viñas y de los árboles, absorbida luego por Júpiter en su función de «paredro» de Ceres. Pero, como ocurre en el texto, su nombre fue utilizado a menudo como el sinónimo romano del dios Dioniso o Baco.

197 La historia es totalmente legendaria. No hay noticia de que Lisandro interrumpiera el asedio, ni siquiera para negociar detalles importantes con Atenas. Por lo demás, aquella operación militar empezó en el 405 a. C. y es casi seguro que Sófocles había muerto un año antes.

198 Un nuevo error. La anécdota es unánimemente atribuida por todas las fuentes antiguas al poeta Simónides de Ceos: véase, por ejemplo, CICERÓN, *Sobre el orador* II 352; FEDRO, IV 25; VALERIO MÁXIMO, I 8, ext. 7; QUINTILIANO, XI 2, 11 ss.; ELIANO, *fragm.* 63 HERCHER; léxico de la *Suda*, s.v. *Simōnídēs*.

199 Trátase del filósofo e historiador Posidonio de Apamea, que residía en Rodas en el año 62 a. C. cuando Pompeyo le cursó visita. Ambos se hallaban unidos por una estrecha amistad.

200 Publio Cornelio Escipión Africano; *vid. supra*, nota 117.

201 Catón el Mayor o el Censor; *vid. supra*, notas 104 y 192.

202 No es Dionisio el Viejo, sino Dionisio II, con ocasión de la segunda llamada de Platón a Siracusa (366 a. C.). Las fajas con que adornó la embarcación simbolizan las cintas triunfales con que se rodeaba la cabeza de los vencedores, en este caso la del más sabio de los hombres: A. ALFÖLDI, *Caesar in 44 v. Chr., Bd. 1. Studien zu Caesars Monarchie und ihren Wurzeln* (Antiquitas, Reihe 3, Bd. 16), Bonn, 1985, pág. 117.

203 *Cum quadrigis albis:* expresión proverbial, que no debe ser tomada al pie de la letra; su significado es que se desvivió por recibirlo. El adagio lo emplea ya PLAUTO *(Asinaria* 279); véase OTTO, *Die Sprichwörter…*, pág. 293, s.v. *quadrigis*.

204 Indudablemente Solino se refiere aquí a la historia atribuida a L. Cecilio Metelo, pontífice máximo en el 241 a. C.: se dice que entró sin titubeos en el santuario de Vesta en llamas para rescatar el Paladión (la estatua de Palas), y a consecuencia de ello quedó ciego; véase J. VAN OOTEGHEM, *Les Caecilii Metelli de la République* (Académie Royale de Belgique, Classe des Lettres, Mémoires, 2e Série, Tom. LIX, fasc. 1), Bruselas, 1967, 15-22. Dicho episodio, sin embargo, constituye una ficción creada seguramente en el s. I d. C., según advirtieron F. MÜNZER, *RE* III 1, 1204, s.v. *Caecilius* (72) y F. JACOBY, *FGrHist* III a, 380-381, com. a ARÍSTIDES DE MILETO, *FGrHist* 286 F 15.

[205] Éste fue un cuento popular muy difundido en el mundo antiguo; una parte de la tradición latina, representada por VALERIO MÁXIMO (V 4, 7) y PLINIO (VII 121), suaviza la crudeza de la historia para amoldarla a la sensibilidad romana y reemplaza al padre por la madre: la mujer estaba condenada a morir estrangulada, pero el carcelero no tuvo valor para ejecutarla y esperó a que muriese de hambre; luego, compadecido, permitía las visitas de la hija, aunque procuraba evitar que introdujese alimentos. En la versión de FESTO (228 L.), que es sin duda la más antigua en el ámbito romano, el protagonista es el padre e incluye además el dato de que el templo se levantó no en el solar de la vieja cárcel, sino sobre la casa de la hija. Se trata, desde luego, de una leyenda etiológica, que integra los elementos del cuento en la topografía romana: existe constancia de que el templo dedicado a la Piedad nació de un voto pronunciado por el cónsul Acilio Glabrión durante la guerra contra Antíoco III (en la batalla junto a las Termopilas), y de que fue consagrado diez años más tarde, en el 181 a. C., por su hijo, en el lugar que después ocupó el teatro de Marcelo, y es dudoso que allí hubiera existido previamente una cárcel: *vid*. G. WISSOWA, *Religion und Kultus der Römer*[2] *(Handbücher der klassischen Altertumswissenschaft*, IV. 5), Múnich, 1912, pág. 331; LATTE, *Römische Religionsgeschichte…*, 238-239. La hipótesis de P. PAVÓN, «La *Pietas* e il carcere del Foro Olitorio: Plinio, NH, VII, 121, 36», *Mélanges de l'École Franç. de Rome* 109 (1997), 633-651, en defensa de la historicidad de una antigua cárcel en el solar del templo, no toma en consideración la noticia de Festo (templo construido sobre la casa de la hija), que tiene bastantes probabilidades de ser la genuina. Es muy posible que esta leyenda posea origen oriental, tal vez persa; NONO, *Dionisíacas* XXVI 101-142, la localiza en la India y señala como protagonistas a Tectafo y a su hija Eeria. En la versión griega, que los romanos también conocieron, los nombres del padre y de la hija parece que fueron, respectivamente, Micón y Pero, aunque también se conocen otras variantes manuscritas, cuales Cimón para el padre y Jantipa para la hija: *vid*. HIGINIO, *Fábulas* 254 (con las precisiones de G. KNAACK, «Zu der Legende von den guten Tochter», *Neue Jahrbücher f. d. klass. Altertum* 13 [1904], 464) y VALERIO MÁXIMO, V 4, ext. 1. En la adopción puramente latina del cuento, los actores son anónimos. Además, la historia alcanzó cierta difusión en el arte antiguo y fue objeto de representaciones tanto en la pintura como en las terracotas; Valerio Máximo cita la existencia de un cuadro sobre el tema, pero el ejemplo más completo figura en un fresco de Pompeya, que decoraba la casa de M. Lucrecio Frontón, donde aparece Pero, dentro de la celda, ofreciendo el pecho al desnutrido Micón. En el ángulo superior izquierdo, el pintor incluyó tres dísticos elegíacos de autor desconocido: «El alimento que la madre tenía preparado para sus tiernos retoños/ una triste desventura lo ha transformado en savia para su padre./ Es una acción que merece ser inmortalizada. Mira, en su débil cuello/ ya palpitan las ancianas venas cuando pasa la leche/ y Pero en persona, mientras aproxima hacia su cuerpo la cara del viejo, amamanta a Micón: / en su piedad asoma un recatado sentimiento de turbación» *(CIL* IV Suppl. 6635; *Carmina Latina Epigraphica* 2048). Sobre la historia véase F. KUNTZE, «Die Legende von der guten Tochter in Wort und Bild», *Neue Jahrbücher f. d. klass. Altertum* 13 (1904), 280-300; M. C. VAN DER KOLF, *RE* V Al,

cols. 170 s., s.v. *Tektaphos* (2); W. DEONNA, *Deux études de symbolisme religieux. La légende de Pero et de Micon et l'allaitement symbolique. L'aigle et le bijou. A propos du collier d'Harmonie décrit par Nonnos* (Collection Latomus, Vol. 18), Bruselas, 1955; M. RENARD, «La légende de Pero et Micon sur des vases de la Graufesenque», *Latomus* 14 (1955), 285-289.

206 El relato extenso de este episodio se encuentra en TITO LIVIO (XXIX 14, 12). Cuando la llegada de Cibeles a Roma en el 204 a. C. sucedió que Claudia Quinta, una matrona romana —probablemente nieta de Apio Claudio el Ciego— cuya reputación se había puesto en duda, fue sometida a la prueba de pedir a la diosa que sacara el barco embarrancado en un bajío, y vio atendido su ruego. No sabemos con certeza si, como parecen sugerir Solino y otras fuentes, Claudia fue una vestal: sin embargo, existe un altar del siglo I d. C. en el Museo Capitolino, en el que se representa la escena del rescate de la nave, en donde aparece Claudia figurada como una vestal que, mediante la ínfula sagrada amarrada a la proa, estira y desencalla la embarcación, sobre cuyo puente destaca la imagen sedente de la Gran Madre de Pesinunte. Toda la historia del traslado desde Asia de la diosa Cibeles y de la introducción de su culto en Roma ha sido objeto de especiales trabajos: véase E. SCHMIDT, *Kultübertragungen* (RGVV VIII, 2), Gießen, 1910, 1 ss.; O. V. HENKEL, *De komst van de Magna Mater naar Rome*, Dissert. Utrecht, Zutphen, 1979; J. BREMER, The Legend of the Cybele's Arrival in Rome», en M. J. VERMAESEREN, *Studies in Hellenistic Religions* (EPRO, 78), Leiden, 1979, págs. 9-22; G. THOMAS, «Magna Mater and Attis», en W. HAASE (ed.), *ANRW*, II 17. 3, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 1502-1508. Pero conviene asimismo llamar la atención sobre el hecho de que la nave Salvia encierra el carácter de un barco sagrado con valor de ordalia: J. GAGÉ, *Matronalia. Essai sur les dévotions et les organisations cultuelles des femmes dans l'ancienne Rome* (Collection Latomus, vol. LX), Bruselas, 1963, págs. 149-151.

207 La orden partió del Senado, tras consultar los Libros. El hecho se sitúa entre los años 217 y 214 a. C. y fue una decisión adoptada para regular las costumbres y conducir los corazones de las mujeres a la pudibundez (VALERIO MÁXIMO, VIII 15, 12; PLINIO, VII 120). Fulvio Flaco fue cuatro veces cónsul. La realidad es que en los dos episodios citados, el de Claudia y el de Sulpicia, subyacen aspectos del enfrentamiento político entre el grupo de los Fulvio-Claudios y el de los Escipiones: TH. KÖVES, «Zum Empfang der Magna Mater in Rom», *Historia* 12 (1963), 321-347; J. GÉRARD, «Légende et politique autour de la Mère des Dieux», *Rev. des Études Latines* 58 (1981), 153-175.

208 Lucio Cornelio Sila Feliz: el *cognomen* de *Felix*, que en principio otorgaron al dictador los aduladores, fue asumido por Sila pública y oficialmente tras la caída de Preneste, en el 82 a. C., dándole el sentido de «continuamente satisfecho por la fortuna, que siempre disfruta de buena protección». Constituyó un eficaz golpe propagandístico, puesto que prestaba al personaje una especie de legitimación sancionada e inspirada en el favor divino. La ironía del destino es que Sila derramó sin tasa la sangre de sus conciudadanos y fue un opresor de la patria, tal como puntualiza PLINIO (VII 137); véase J. P. V. D. BALSDON, «Sulla Felix», *Journ. of Roman Stud.* 41 (1951), 1-10; U. LAFFI,

«Il mito di Silla», *Athenaeum* 45 (1967), 256.

209 Se trata de Áglao de Psófide, pequeña ciudad arcadia. Ésta es la respuesta que, según se contaba, la Pitia de Delfos había dado al rey Giges de Lidia cuando se interesó por saber quién era el hombre más feliz de su tiempo: *vid*. VALERIO MÁXIMO, VII 1, 2; PLINIO, VII 151; PAUSANIAS, VIII 24, 13 (pone en duda que sea cierto); AUSONIO, *Festejo de los Siete Sabios*, 96-104 (atribuye la respuesta a Creso y menciona a Áglao como segundo ejemplo, después del caso de Telo); Escolio a JUVENAL, XIV 120. Ya en época tardía CLAUDIANO *(Poemas menores* 20) imitó esta leyenda creando la figura de un anciano de Verona, el más feliz de todos los hombres porque nunca había traspasado los arrabales de su ciudad natal. Otra historia paralela, transmitida por HERÓDOTO, I 30, por PLINIO, *loc. cit.* (pero hace sujeto de la respuesta a un oráculo y llama al protagonista Pedio) y por AUSONIO, *loc. cit*., describía que interesado el rey Creso en averiguar quién podía ser la persona más dichosa del mundo, interrogó a Solón y descubrió con sorpresa que aquel sabio griego concedía el colmo de la felicidad al ateniense Telo, querido y respetado por sus conciudadanos y muerto en defensa de la patria.

210 En esta relación de pobladores se funden tenues recuerdos de movimientos que afectarían al Lacio, durante una remota prehistoria (aborígenes, pelasgos, sicanos, sículos), con otros datos derivados de las leyendas griegas: BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie…*, 504-505. FABIO PÍCTOR *(Fr*. 22 CHASSIGNET) había defendido que el pueblo de los volscos, así como el nombre que llevaban, descendía de estos sículos (O. SKUTSCH, «Volsculus», *Rhein. Museum* 98 [1955], 95 s.).

211 Saturnia, como ya dijimos *(supra*, nota 25), fue el nombre de un primitivo poblado en la colina del Capitolio, donde después se fundó Roma. Respecto a Árdea, hubo una tradición romana, creada o potenciada por VIRGILIO *(Eneida*, VII 409-413), que transfería hasta las costas del Lacio el arca donde Acrisio encerró a Dánae y Perseo; allí, Dánae habría conocido a Pilumno y ambos habrían fundado esta ciudad, convirtiéndose en los ancestros de Turno (PLINIO, III 56; SERVIO, *Coment. a Virgilio, Eneida* VII 372; PRIMER MITÓGRAFO VATICANO, II 55, 8).

212 Como advirtió MOMMSEN (*CRM*^{2}, pág. XIII), siguiendo a K. L. Roth, esta Policies es una ciudad inventada por Solino. DIONISIO DE HALICARNASO (144) contaba que, a su regreso de Iberia, había fundado Hércules una pequeña ciudad *(políchnē)*, bautizada con su propio nombre, entre Nápoles y Pompeya. Nuestro autor o su fuente, poco versados en la lengua homérica, transcribieron aquella voz como *Polycles*.

213 La atribución de Pompeya a Hércules puede obedecer a un mismo proceso. Pompeya fue un poblado osco, pero Solino o su fuente, que no entendieron bien el pasaje de Dionisio de Halicarnaso, le adjudicaron asimismo raíces heracleas.

214 Amplia llanura de 18 kilómetros, entre Marsella y la desembocadura del Ródano, cubierta desde antiguo de piedras. Se decía que, cerrándole el paso los ligures, Hércules agotó las flechas y que su padre Zeus hizo llover piedras para que las utilizase contra sus enemigos.

[215] La leyenda sobre la venida de Marsias a Italia, donde se le consideraba fundador y epónimo del pueblo de los marsos, que habitaban en las riberas del lago Fucino, procede de fuentes greco-etruscas (C. LETTA, *I Marsi e il Fucino nell'Antichità*, Milán, 1972, pág. 53; CAPDEVILLE, *Volcanus…*, 142). Nada se sabe de esta supuesta Arquipa.

[216] El llamado *Hēraîon* del Sílaris, en Posidonia *(Paestum)*, cuyo origen se atribuía a Jasón, según cuentan ESTRABÓN, VI 1, 1 (C 252) y PLINIO, III 70.

[217] Pisa se tenía por fundación de los griegos del Peloponeso dada la coincidencia de nombre con la ciudad de Pisa en la Élide. Pero se trata sólo de una de las versiones (L. FERRERO, «Νόστοι e κτίσεις in Trogo e Velleio Paterculo», *Studi in onore di Luigi Castiglioni*, I, Florencia, 1960, págs. 271-289). De acuerdo con otras, entroncaba con Piso, rey de los celtas, o con Epeo, o con los focenses, o con Néstor, así como con los lígures y con los etruscos (BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie…*, págs. 302-313).

[218] No hay noticia alguna de que Minos hubiera tenido un descendiente con ese nombre, antes bien, todos los autores antiguos hacen derivar el nombre de un epónimo Dauno, hijo del autóctono Licaón.

[219] Yapigia era una parte de la Apulia de Italia; sus habitantes eran también llamados cretenses, por lo que la genealogía que los emparenta con Dédalo, autor del Laberinto, está justificando aquel apelativo.

[220] Ésta es una más de entre las varias leyendas sobre la historia y orígenes de Etruria creadas por los prosistas y poetas interesados en las antigüedades romanas (BRIQUEL, *L'origine lydienne…*, págs. 482-483).

[221] Al ligarla a este héroe seguramente se quería comunicar la idea de que la ciudad era fundación de los arcadios; otras tradiciones se inclinan por un origen latino (BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie…*, págs. 162-164).

[222] Agila es el nombre que dieron siempre los griegos a la ciudad etrusca de Cere, cuyo origen pelásgico (dando por válida la equivalencia pelasgos = griegos) es señalado de modo unánime por todas las fuentes (BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie…*, 169-176).

[223] El alfabeto latino fue realmente una adaptación, cuando ya existía el alfabeto etrusco, del alfabeto usado por los griegos. La noticia de Solino ya figuraba en PLINIO. VII 193, y podría siginificar, como supone F. DESBORDES, *Idées romaines sur l'écriture*, Lille, 1990, págs. 138-146, que los romanos conservaban una oscura noción de que hubo un intermediario entre el alfabeto griego y el latino (los tirrenos/pelasgos). Pero la opinión más extendida atribuía su introducción al arcadio Evandro.

[224] Este personaje griego se hallaba ligado a la leyenda de los Atridas, bien como compañero, bien como hijo de Agamenón. Falisca es un nombre creado por Solino que designa a una de las dos ciudades faliscas llamadas Falerios (en concreto a *Falerii novi*, que se titulaba *colonia Falisca* o *municipium Faliscum)*.

[225] Falerio es la forma etrusco-latina del anterior epónimo griego, Haleso (BRIQUEL,

Les Pélasges en Italie..., 319-320, 349-350).

226 Fescennino, Fescennio o Fescennia, como Falisca y Falerios, eran tres antiguas ciudades etruscas de los faliscos, que se decían fundadas por los argivos, aunque en algunas versiones se habla de los calcidios. Fescennino era famosa por haber creado un tipo de cánticos nupciales. No se conoce su localización exacta.

227 Su emplazamiento no es seguro, aunque sí consta que estaba en la franja occidental del territorio de Calabria.

228 Tíbur es la actual ciudad de Tívoli. Catilo es un personaje ligado por los itálicos a la leyenda troyana, pero que no pertenece a la cultura griega. Solino no leyó, desde luego, a Catón, y es muy probable que tomase ese dato en Varrón o en Trogo (véase la introducción a este libro). Anda errada M. T. LANERI, «Una strana narrazione catoniana sulla fondazione di Tivoli (in Solin. 2. 7-8)», *Sandalion* 18 (1995), 133-146, cuando supone que nuestro autor conoció directamente los *Origines* de Catón y postula además que la teoría del origen argivo de Catilo, desarrollada en 2, 8, no deriva de Sextio, sino que pertenecería también a dicha obra catoniana; *vid*. las agudas y certeras críticas de W. LAPINI («Solino e la fondazione di Tivoli», *Bulletino di Studi Latini* 28 [1998], 467-477) a tales hipotésis.

229 No es posible asegurar quién fue este escritor; tal vez se trata del cartaginés Sextio Sila, a quien cita PLUTARCO *(Rómulo* 15) como un contemporáneo suyo buen conocedor de las antigüedades romanas.

230 Sobre el lugar en que Anfíarao fue tragado por la tierra existían, sin embargo, otras dos tradiciones: sucedió junto a Oropo, o bien cerca de la aldea de Harma, en territorio de Tanagra. Pero Solino (Sextio) sigue aquella versión que localizaba el prodigio junto a Tebas (PAUSANIAS, I 34, 2; HIGINIO, *Fábulas* LXXIII 3; PLINIO, XVI 44; 87).

231 Se utiliza aquí una precisa expresión técnica: *ver sacrum*. Durante momentos de gran peligro o calamidades, se inmolaba a un dios toda la producción de la primavera siguiente, incluidos los recién nacidos (= *ver sacrum)*. Más tarde, la crueldad de este tipo de expiación se atenuó eludiendo el sacrificio humano, pero cuando los nacidos en una primavera sagrada pasaban de jóvenes a adultos eran expulsados y debían abandonar la patria para colonizar un nuevo territorio. A esto se le denominaba también *ver sacrum*, y es a lo que se refiere Solino: cf. J. HEURGON, *Trois études sur le «Ver sacrum»* (Collection Latomus, vol. 26), Bruselas, 1957, págs. 5-8.

232 Ambas genealogías de Catilo, tanto la catoniana que lo vincula a los arcadios como la de Sextio, que nos lo presenta como argivo, hijo de Anfíarao, son itálicas y no las conoce el mito griego. Tiburto, supuesto epónimo de la ciudad de Tíbur, figura en otras fuentes con el nombre de Tiburno. Respecto a los primitivos pobladores, Solino refleja la idea de que sicanos no es sino otra forma de denominar a los sículos.

233 Este templo, bajo la advocación de Atenea, era probablemente el que existía en Terina, colonia fundada por Crotona a comienzos del siglo V a. C., frente a cuyas costas estaba la isla de Ligea.

234 La historia de esta sirena figura en LICOFRÓN, *Alejandra* 763 s.

235 Nápoles fue también conocida, a partir del s. V a. C., con el nombre de Parténope. La tumba de Parténope era ya famosa en el s. V, puesto que el comandante ateniense Diótimo celebró allí, poco antes de la guerra del Peloponeso, un sacrificio y un certamen en honor de la sirena (TIMEO, *FGrHist* 566 F 98). Según nuestro texto, Augusto se vio obligado a intervenir para acabar con la doble denominación Neápolis/Parténope (¿en los documentos oficiales?) y resolvió que prevaleciese la primera: véase F. RAVIOLA, «La tradizione letteraria su Parthenope», en *Hesperia 1. Studi sulla Grecità di Occidente* (a cura di L. Braccesi), Roma, 1990, 53-54.

236 Palestrina.

237 Zenódoto de Trecén, historiador griego que escribió sobre antigüedades romanas hacia mediados del siglo II a. C.

238 No conservados; a ellos se refiere también CICERÓN *(Sobre la adivinación* II 85) y los llama *monumenta*. Quizá eran de origen etrusco, como los Sibilinos, y pertenecían al oráculo de Fortuna Primigenia, en Preneste. Pero ignoramos si eran una recopilación de textos de carácter sacro, gestados en el seno del propio santuario y que desarrollaban aspectos míticos y teológicos del culto de Primigenia, o si constituían, como los anales de los pontífices, una relación de sucesos de Preneste en forma de crónica.

239 En el mito de fundación de Preneste, Céculo pasaba por ser hijo de Vulcano porque había sido concebido de una centella del fuego; su madre lo abandonó junto a un templo y unas vírgenes que iban a recoger agua lo encontraron al lado de una hoguera (BRELICH, *Tre variazioni…*, 41-51; RADKE, *Die Götter…*, 76-77). Probablemente, esta historia es de origen griego y tiene correlación con la mitología sobre la «hestía», u hogar de la casa real, y el nacimiento del heredero al trono: véase G. CAMASSA, *L'occhio e il metallo…*, 47-56. Hubo, sin embargo, una tercera leyenda que señalaba a otro hijo de Ulises, Telégono, como fundador de la ciudad. Los Digicios, llamados por otras fuentes Depidios o Hermanos Divinos, era el nombre que recibían los dos pastores que, en la leyenda de Preneste, criaron y educaron a Céculo. Su nombre parece ser la latinización del griego *Dáktyloi*, por lo que su figura posee relación con la de los Dáctilos del Ida, padres putativos de Zeus: *vid*. L. DESCHAMPS, «Caeculus», en *Hommages à Henri Le Bonniec. Res Sacrae* (Coll. Latomus, Vol. 201), Bruselas, 1988, págs. 144-157; CAPDEVILLE, *Volcanus…*, 41-59.

240 Colonia griega del sur de Italia, fundada por Crotona; la forma correcta es Petelia. La atribución de su origen a Filoctetes es una leyenda ligada a la tradición del regreso de los caudillos griegos después de la guerra de Troya. En época romana la ciudad debía su fama, como Sagunto, al hambre que sufrió durante la segunda guerra púnica. Sobre la forma en que fueron construidas las historias de fundación de todas las ciudades itálicas que se mencionan en este y en los siguientes apartados, véase F. PRINZ, *Gründungsmythen und Sagenchronologie* (Zetemata, Heft 72), Múnich, 1979, págs.

138-139, 163-165.

241 La actual Padua; como la mayoría de las aquí expuestas, esta leyenda fundacional carece de legitimidad.

242 El nombre griego primitivo de esta colonia del sur de Italia, situada entre Crotona y Locros Epicefiria, era Esciletio, pero ya en época de Augusto había pasado a denominarse Escilacio.

243 Solino es la única fuente que aporta esta tradición, creada para enlazar la historia de aquella vieja colonia, fundada en el siglo VIII a. C., con los héroes troyanos. Nada se conoce sobre el citado Ságaris, supuesto hijo de Áyax, pero sí es cierto que la ciudad fue fundada por emigrantes peloponesios de Acaya y de Trecén (V. BÉRARD, *La colonisation grecque de l'Italie et de la Sicile dans l'Antiquité: histoire et légende*[2] [BEFAR, Fasc. 150], París, 1957, pág. 141).

244 Habitantes de la ciudad cretense de Licto o Litto.

245 Su fundación era más reciente: fueron siracusanos que, hacia el 390 a. C., escaparon de la tiranía de Dionisio el Viejo.

246 Ciudad primitiva de Italia, a doce millas de Roma. Esta explicación sobre ambos hermanos tan sólo figura en Solino; según otra tradición, sus fundadores fueron los albanos.

247 Tarento fue una ciudad creada por los espartanos después de la primera guerra mesenia, y en la leyenda sobre su origen figuraban como fundadores Tarante y Falanto. Sin embargo, Solino admite aquí una minoritaria tradición, autorizada por VIRGILIO *(Eneida*, III 551), que atribuía su origen a Heracles; los comentaristas virgilianos trataron de conciliar ambas versiones asegurando que Tarante descendían de Hércules.

248 Ciudad de Lucania, más conocida por Temesa, nació como colonia griega dentro de la órbita de Crotona.

249 Estos dorios que fundaron *Paestum* (Posidonia) no serían los enotrios de Arcadia, como defiende P. C. SESTIERI, «Le origini di Posidonia alla luce delle recenti scoperte di Palinuro», *Archeol. Classica* 2 (1950), 180-186, sino los trecenios del Peloponeso que participaron en la fundación de Síbaris, los cuales fueron expulsados de la ciudad por los sibaritas de origen aqueo (BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*..., 585-588). De esta forma puede conciliarse el pasaje de Solino con las noticias del PSEUDO-ESCIMNO, *Periplo* 249, y de ESTRABÓN, V 4, 13 (C 251), que dan por fundadores de Posidonia a los sibaritas.

250 Este dato sobre el fundador es verídico (BÉRARD, *La colonisation*..., 153).

251 Es decir, por los locrios del este, denominados naricios por Virgilio y Solino porque Nárix o Narica fue la más importante ciudad de aquella estirpe.

252 La grafía normal es Ereto, pero nuestro autor introdujo la hache para hacer más plausible su interpretación. Se trataba, sin embargo, de una aldea sabina de la Italia

primitiva: R. M. OGILVIE, «Eretum», *Papers of the Britisch School at Rome* 33 (1965), 70 ss.

253 Es la única fuente que transmite esta noticia, aunque SOLINO se hace eco más abajo (2, 16) de una segunda versión, que atribuía la fundación de Aricia a los albanos (Ascanio). Lucio Casio Hemina fue uno de los más antiguos analistas romanos; vivió en el siglo II a. C. Sus cuatro libros sobre la historia de Roma fueron usados a partir de Varrón, que los sacó del olvido (para este pasaje véase C. SANTINI, *I frammenti di L. Cassio Emina*, Pisa, 1995, págs. 74, 113-116). Hemina es citado de nuevo más abajo (2, 14).

254 Junto a Aricia, en efecto, estaba el más famoso santuario romano dedicado a esta diosa, con un lago conocido como el espejo de Diana. Su imagen y atributos fueron considerados similares a los de la Ártemis del Quersoneso táurico, de ahí su apelativo de escítica.

255 Más conocida como Matauro, patria de Estesícoro; el dato es correcto, aunque la ciudad cayó luego en poder de los locrios.

256 Se trata, con toda probabilidad, de Marco Antonio Gnifo, un liberto oriundo de la Galia que cultivó la gramática y tuvo abierta una escuela en Roma durante la primera mitad del siglo I a. C. (BARDON, *La littérature…*, I, París, 1952, 196).

257 Según una explicación bastante extendida, el nombre de umbros derivaría del término latino *imber* (lluvia), al igual que los ombrios eran en la Hélade quienes escaparon a las grandes lluvias *(ómbros)* del diluvio, y lo cierto es que los griegos llamaban «ómbricos» a los umbros.

258 Tradicionalmente, se ha querido ver aquí una mención al historiador Granio Liciniano, citado más adelante por SOLINO (2, 40) con el nombre de Granio: véase N. CRINITI, *Grani Liciniani Historiarum Reliquiae*, Leipzig, 1981, Test. 2 A; *idem*, «Granio Liciniano», en W. HAASE (ed.), *ANRW*, II 34. 1, Berlín-Nueva York, 1993, págs. 152, 184. Sin embargo, PLINIO (III 99), de quien deriva esta información, no proporciona dato alguno sobre su fuente. PETER *(HRR* I^2, CCCLXIV) conjeturó la posibilidad de restituir *Lici* ⟨*nio Muci*⟩ *ano*, atribuyendo la referencia soliniana a este político y escritor de la segunda mitad del siglo I d. C. Pero cabe más bien considerar que nuestro autor fue víctima aquí, al igual que en otros lugares, de una deficiencia o falsa lectura del texto de PLINIO (III 99) que manejaba, como muy bien apuntó RABENALD, *Quaestionum…*, págs. 54-55. Efectivamente, en la línea anterior a la historia de Mesapo el naturalista romano estaba hablando del cabo Lacinio: *…a Lacinio promunturio, adversam ei Calabriam in peninsulam emittens. Graeci Messapiam a duce appellavere*. Solino leería la expresión *a Lacinio Graeci Messapiam*, y de ahí arranca la confusión, que convirtió al topónimo en un nombre personal.

259 Los peucecios eran una de las ramas de los yapigios. Mesapo es un rey o héroe ligado al territorio griego de Beocia al que, por homofonía, algunos hicieron patriarca de los mesapios (ESTRABÓN, IX 2, 13 [C 405]; ESTEBAN DE BIZANCIO, *s. v. Messapion*; *vid.*

M. LOMBARDO, «I Messapi: aspetti della problematica storica», en *I Messapi. Atti del trentesimo convegno di studi sulla Magna Grecia*, Tarento, 1991, pág. 61), aunque el verdadero epónimo era el ilirio Mesapio.

260 Cosconio fue un gramático de época de Varrón, interesado por las etimologías: BARDON, *La littérature…*, I, 298 s. Sobre los nombres de estos lugares estrechamente unidos a la leyenda de Eneas, véase A. G. MCKAY, «Vergilian heroes and toponymy. Palinurus and Misenus», en *Mnemai. Classical Studies in Memory of Karl K. Hulley* (ed. por H. D. EVJEN), Chico, 1984, 121-137.

261 Sobre Hemina *vid. supra*, nota 253; el presente pasaje está recogido por SANTINI, *I frammenti…*, pág. 80. Agro Laurentino designaba al territorio que rodeaba Lavinio hasta la costa; según la tradición, Eneas fundó la ciudad algún tiempo después de haber establecido el culto en honor a su madre (A. ALFÖLDI, *Römische Frühgeschichte. Kritik und Forschung seit 1964*, Heidelberg, 1976, págs. 135-143).

262 Venus Frutis fue, probablemente, la divinidad principal del santuario de Lavinio: *vid*. M. GUARDUCCI, «Nuove osservazioni sulla lamina bronzea di Cerere a Lavinio», en *L'Italie préromaine et la Rome républicaine. Mélanges offerts à Jacques Heurgon*, I (Collection de l'École Française de Rome, 27), París, 1976, pág. 425. Esta advocación podría poseer relación con la Afrodita griega y con las funciones encomendadas a la diosa respecto al fomento y fermentación del vino *(vid*. M. TORELLI, *Lavinio e Roma. Riti iniziatici e matrimonio tra archeologia e storia*, Roma, 1984, págs. 162-173), aunque también se ha pensado que el nombre Frutis responde a una deformación etrusca, o que significaría la diosa «Frigia», o que sería una adaptación latina del epíteto griego *prýtanis*, es decir, «soberana».

263 El Paladión era el ídolo de una antigua divinidad armada con escudo y espada, que se guardaba en Troya y que forma parte sustancial de la leyenda troyana. Dicen que en Roma se custodiaba en el templo de Vesta, por lo que ningún hombre podía verlo (cf. *supra*, nota 204). Sobre la noticia de este encuentro entre Diomedes y Eneas y la recepción del Paladión no en Calabria (versión de Varrón), sino en el territorio de Lavinio *vid*. A PASQUALINI, «Diomede nel Lazio e le tradizioni leggendarie sulla fondazione di Lanuvio», *Mélanges de l'École Franç. de Rome. Antiquité* 110 (1998), 671 s.

264 Siete años después de haber abandonado Troya. El Numicio era un pequeño río del Lacio, del que, según la tradición, Eneas no podía beber. Los analistas romanos señalaban que allí murió el héroe troyano en lucha contra los etruscos capitaneados por Mecencio (sobre aquella batalla y la desaparición repentina del cuerpo de Eneas, *vid*. DIONISIO DE HALICARNASO, I 64, 4-5). En todo este pasaje Solino sigue una versión pacífica sobre las relaciones entre Eneas y Latino, según la cual los troyanos fueron acogidos amistosamente, pactaron una alianza, recibieron tierras y su jefe contrajo matrimonio con Lavinia, la hija de Latino. Hubo otra versión más elaborada, que contenía enemistades y luchas con los aborígenes antes del acceso de Eneas al trono.

265 Es decir, que fue asimilado a una de las divinidades que recibía culto en un

antiguo santuario itálico junto al Numicio. Ignoramos hacia qué divinidad apuntaba exactamente el nombre de *Indiges*, pero los autores griegos creyeron que tenía el significado de héroe fundador. Más tarde, el epíteto quedó unido a la leyenda de Eneas para expresar su divinización: R. SCHILLING, «Le culte de l'Iindiges à Lavinium», *Rev. Ét. Lat*. 57 (1980), 49-68; A. DUBOURDIEU, *Les origines…*, págs. 305-306, 323-324; POUCET, «La diffusion…», págs. 236-237; véase *CIL* X 808 y *Römische Mitteilungen* 103 (1996), 128-133.

266 La tradición más generalizada hacía fundador de Lavinio a Eneas; Alba, colonia de Lavinio, sería fundada una generación más tarde por Ascanio-Julio, hijo de Eneas. Tres o cuatro siglos más tarde sería fundada Roma por Rómulo y Remo. Sin embargo, la arqueología demuestra que Lavinio, Albalonga y Roma son estrictamente coetáneas (A. ALFÖLDI, *Römische Frühgeschichte…*, págs. 131-134; J. POUCET, «Albe dans la tradition et l'histoire des origines de Rome», en *Hommages à Jozef Veremans* [Coll. Latomus, vol. 193], Bruselas, 1986, 244-254). Otra version, quizá más antigua, atribuía a Eneas la fundación de Roma: *vid*. HELÁNICO, *FGrHist 4* F 84; DAMASTES, *FGrHist* 5 F 3; SALUSTIO, *La conjuración de Catilina* 6, 1. Fidenas, a su vez, fue ciertamente una ciudad de origen etrusco: WERNER, *Der Beginn…*, 392. Sobre Aricia *vid. supra*, nota 253.

267 Pero el resto de la tradición atribuye su fundación a los etruscos (BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie…*, págs. 560-561).

268 Era una simple cueva excavada en la roca.

269 Corresponde a los años 580-576 a. C. La distinción es importante porque, como indica SERVIO *(Coment. a Virgilio, Eneida* III 445), «sibila» no es un nombre propio, sino un apelativo que designa a toda una serie de profetas extáticos, y la Antigüedad conoció buen número de estas adivinas instaladas en el Mediterráneo. Solino cita más abajo a otras dos famosas sibilas; ésta de Cumas se sitúa en época de Tarquinio el Soberbio; su nombre era Demo (probable hipocorístico de Demófila).

270 La expresión no es acertada, porque los encargados de consultar los Libros Sibilinos (también llamados Libros Fatales) fueron primero los duúnviros, luego los decénviros y finalmente (desde época de Sila) los «quindecínviros *sacris faciundis»*.

271 El día 6 de julio del año 83 a. C.: véase J. GAGÉ, *Apollon romain. Essai sur le culte d'Apollon et le développement du «ritus graecus» à Rome des origines à Auguste* (BEFAR, Fasc. 182), París, 1955, págs. 432-434. Tras esa fecha los libros fueron recompuestos por unas comisiones enviadas a todos los lugares donde había sibilas, y especialmente gracias a la contribución de la sibila de Eritrea.

272 Según otra versión, eran nueve los libros que la sibila quiso vender a Tarquinio. Quemó tres al ver rechazada su primera oferta, tres más después de un segundo intento, y consiguió obtener por los tres últimos la misma cantidad que pedía por los nueve y que siguió exigiendo por los seis (VARRÓN en LACTANCIO, *Instituciones Divinas* 16, 10-11; DIONISIO DE HALICARNASO, IV 62, 2-4; AULO GELIO, I 19). Sobre la discutida cifra total

cf. PLINIO, XIII 88; DIÓN CASIO, II fragm. 11 B (= ZONARAS, VII 10; JUAN TZETZES, *Com. a Licofrón, Alejandra* 1279).

273 Solino (Boco) parece aludir a una tradición sobre los antiguos pelasgos que, bajo el mando de su rey Macareo, ocuparon la isla de Lesbos y colonizaron numerosas islas y territorios (DIODORO SÍCULO, V 81-82)

274 Es éste uno de los varios catálogos de sibilas. En otros figuran cuatro, y en el más conocido, establecido por Varrón a partir de datos griegos, su número final era de diez (VARRÓN en LACTANCIO, *Instituciones divinas* I 6, 8-12).

275 Puerto del Brucio fundado por el tirano Anaxilao de Regio para defenderse contra los piratas etruscos.

276 HOMERO *(Odisea* XII 124 s.) es el creador de esta tradición, la más común. Pero hubo otras versiones que consideraban a Escila, el mítico monstruo marino de seis cabezas y doce pies, como hija bien de Hécate, bien de Lamia, bien de Estigia.

277 Éste era el nombre del territoro volcánico de Campania, dado en reminiscencia de la antigua Flegra de Macedonia, donde el mito situaba la lucha entre los dioses y los gigantes *(infra*, nota 435).

278 La isla del mar tirreno que ya desde tiempos arcaicos pasaba por albergue de Circe era el llamado cabo Circeo, en la costa meridional del Lacio, donde se alzaban la ciudad de Circeyos o Circea y un santuario consagrado a Circe: CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* III 48; ESTRABÓN, V 3, 6 (C 232); *CIL* X 6422. Se decía que el promontorio (hoy monte Circello) había sido antes una isla (TEOFRASTO, *Historia de las plantas* V 8, 3; VARRÓN en SERVIO, *Coment. a Virgilio, Eneida* III 386; DIONISIO DE HALICARNASO, IV 63; PLINIO, II 201). Es posible que Solino sufriese un error y confundiese a Circeyos con la cercana ciudad de Tarracina, situada 25 km. al sur del promontorio; por eso Mommsen ya advirtió, en el aparato crítico de su edición, que la lectura Tarracina tal vez debería reemplazarse. Respecto al segundo ejemplo, Solino pretende llevar al ánimo del lector, como hizo PLINIO (III 86), la idea de que si los griegos dieron a esa ciudad el nombre de Regio, cuyo significado era «sitio quebrado, fracturado», se debía al hecho de que la isla de Sicilia había sido desgajada del continente a la altura de Escilacio, ya que antes del diluvio estaba unida a Italia (ACILIO, *HRR* I^2, 49, fr. 2A; SALUSTIO, *Historias*, fr. IV 35; ESTRABÓN, XV 3, 16 [C 258]). Mar de en medio significa, por supuesto, el mar Mediterráneo *(vid. infra*, nota 620).

279 Antigua ciudad del Lacio, llamada también Hormias, que poseía un excelente puerto natural. Una tradición romana que parece arrancar del siglo II a. C. situaba aquí la sede de los remotos lestrigones homéricos y de sus reyes Antífates y Lamo. La ciudad pasó también por ser fundación de los laconios: *vid*. M. CORSANO, *Glaukos. Miti greci di personaggi omonimi* (Filologia e critica, 67), Roma, 1992, págs. 149 s.

280 La actual Aosta.

281 Las anteriores medidas equivalen a: 1020 millas romanas, unos 1509 kilómetros;

410 millas, unos 607 km; 136 millas, unos 201 km.

282 El llamado Campamento de Aníbal era un puerto situado en el Brucio, que no debe confundirse con otro del mismo nombre ubicado en Campania. La cifra transmitida por Solino (40 millas, unos 59 km) es incorrecta; ESTRABÓN (VI 255) es casi exacto, pues la rebaja a 160 estadios (29,6 km).

283 Ciudad sabina, hoy Rieti.

284 Se calcula, por tanto, en 2049 millas (2932 km). Ya Mommsen, en el aparato crítico de su edición, advirtió que la distancia se queda corta, puesto que sumando la longitud de los dos lados (2040 millas), más la anchura por el tramo mayor (410 millas) y por el menor (40 millas), el resultado debía ser de 2.490.000 pasos = 2490 millas (3685 km); lo más probable es que se haya producido un error manuscrito en la transmisión de la cifra.

285 Cabo en la costa del Epiro.

286 Solino sufre aquí un lapso. El *ager* vibonense era el territorio de Vibo Valentia, en el sur de Italia; el Po volvía a ver la luz en los llamados campos vibienses, que pertenecían a la ciudad de la Italia traspadana llamada *Vibi Forum*. PLINIO (III 117) señala con precisión cómo el río resurgía en el *ager Forovibiensis*.

287 Entre los samnitas, *(h)irpi* designaba a los lobos. Los llamados Hirpos Soranos no constituían propiamente una *gens*, sino un clan, confraternidad o cofradía encargada del culto a una divinidad infernal, *Dis Pater* o *Pater Soranus*, que protegía de los peligros a los pastores —de la amenaza del lobo— y que fue con el tiempo identificada con el Apolo Licio; sobre las características de estos imitadores «apotropeos» del lobo y sobre el ritual descrito puede verse W. MANNHARDT, *Antike Wald- und Feldkulte*, II[2], Berlín, 1905, págs. 318 ss.; J. GAGÉ, *Apollon Romain…*, págs. 83-87; ALFÖLDI, *Die Struktur d. voretrusk. Römerstaates*, págs. 187-188; J. GAGÉ, *La chute des Tarquins et les débuts de la république romaine*, París, 1976, 209-211. Sobre la relación entre los Lupercos (como sacerdotes que defienden del lobo) y los Hirpos Soranos, véase G. BINDER, *Die Aussetzung des Königskindes Kyros und Romulus*, Meisenheim am Glan, 1964, 90-93; D. P. HARMON, «The Public Festivals of Rome», en W. HAASE (ed.), *ANRW* II 16. 2, Berlín-Nueva York, 1978, 1441-1446. La facultad de pasar descalzo a través de las brasas se contó entre las habilidades de los magos babilonios, según LUCIANO *(El aficionado a la mentira*, 13), y la poseían también las sacerdotisas del santuario de Ártemis Perasia, en Capadocia (ESTRABÓN, XII, 2, 7 [C 537]). El carácter de estas pruebas como ceremonias de iniciación se reconoce fácilmente porque se mantuvo vivo en Manchuria entre los aprendices de chamán: M. ELIADE, *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*[2], México, 1976, pág. 106.

288 Cuyo nombre era Marso; la leyenda, nacida en Cumas o en Campania, arranca del siglo VI a. C. (LETTA, *I Morsi e il Fucino…*, págs. 53-54).

289 El pueblo itálico de los marsos ocupaba una parte de los Abruzzos. Al igual que

los pelignos de Italia y los psilos de África, pasaban por ser encantadores de serpientes y por dominar secretos mágicos; con el tiempo, la denominación de marsos se convirtió en un nombre común con el sentido de magos (sobre ellos, véase H. BLÜMNER, *Fahrendes Volk im Altertum* [Sitzungsber. d. Bayerischen Akad. 1918, Heft 6], Múnich, 1918, págs. 22, 47-48; LETTA, *I Marsi e il Fucino…*, págs. 95-99; A. M. TUPET, *La magie dans la poésie latine*, I. *Des origines à la fin du règne d'Auguste*, París, 1976, págs. 187-199; EADEM, «Rites magiques dans l'Antiquité romaine», en W. HAASE [ed.], *ANRW*, II 16. 3, Berlín-Nueva York, 1986, 2617-2626). Esto les valió posteriormente ser integrados como elementos negativos en las historias de algunas pasiones cristianas, puesto que sus animales venenosos intentaban dañar o provocaban la muerte del mártir: B. DE GAIFFIER, «Les Marsi dans quelques textes hagiographiques», *Rivista di Archeol. Cristiana* 48 (1972), 162-172; *idem*, «Un Marsus dans la Passio S. Matronae», *Analecta Bolland.* 99 (1981), 16. El recuerdo de los marsos ha persistido hasta el presente en la religión popular, que venera en S. Domenico de Cocullo una imagen del santo rodeada de serpientes vivas: R. CHEVALLIER, «Italia Sacra dans l'Histoire Naturelle de Pline l'Ancien. Matériaux pour servir à l'histoire de la religion romaine», en D. Porte, J.-P. NÉRAUDAU (eds.), *Hommages à Henri Le Bonniec. Res Sacrae* (Coll. Latomus, Vol. 201), Bruselas, 1988, pág. 117.

290 *Vid. supra*, nota 15.

291 Mítico rey de la Cólquide, hijo del Sol, que poseía el vellocino de oro.

292 Según el mito griego, sólo Circe y Medea fueron hijas de Eetes. Angicia era el nombre de una divinidad de los marsos venerada junto al lago Fucino, en un bosque consagrado a su culto. La tradición romana encontró motivos para ligar a Angicia, dada la naturaleza de su eficiencia mágica en la lucha contra las serpientes, a la historia de Medea, que pasaba por haber enseñado a los marsos los remedios contra las mordeduras de los reptiles (RADKE, *Die Götter…*, págs. 64-65; A. MOREAU, *Le mythe de Jason et Médée. Le va-nu-pied et la sorcière*, París, 1994, pág. 79, n. 121; 112), y a la figura de Circe, experta en plantas y drogas.

293 La información sobre el sepulcro de Medea en la ciudad de Butroto (Epiro) deriva de una versión corintio-corcirense, según la cual la residencia de Jasón y Medea habría estado en Éfira, otro lugar del Epiro de donde arrancaba la estirpe de los reyes tesprótidas: sobre esta tradición, véase MOREAU, *Le mythe de Jason…*, págs. 54, 101, 111-112, 145. Respecto a Marso, el hijo de Medea, legendario epónimo y cabeza del pueblo de los marsos, Solino se aparta de la versión más extendida, que lo hacía hijo de Circe (PLINIO, VII 15; XXV 11; AULO GELIO, XVI 11, 1).

294 Amiclas era una ciudad espartana, en el valle del Eurotas, que pasaba por fundadora de la Aminclas/Amiclas itálica, situada en territorio de los ausonios. La misma noticia sobre las serpientes figuraba en PLINIO (III 59; VIII 104) y SERVIO *(Coment. a Virgilio, Eneida* X 564); pero según ISÍGONO DE NICEA (Fr. 11 GIANNINI) la ciudad fue abandonada a causa de la gran cantidad de hidras. La historia se originó probablemente en Tarento y está basada en leyendas pitagóricas *(vid. infra*, nota 393).

[295] Esta boa italiana es quizá el nombre que recibía la culebra bastarda *(Malpolon monspessulanus)*. El término posee una etimología incierta. Puede tratarse de un préstamo calabrés introducido en el latín y que se intentó explicar a través de la curiosa historia de sus aficiones a exprimir al ganado bovino: *boves* > *bo(v)a*. En cualquier caso, la creencia popular en las serpientes que maman y se alimentan de leche se hallaba ya extendida en el mundo griego y está documentada asimismo, para época moderna, en los países bálticos y en el registro folklórico de la Península Ibérica: véase al respecto M. GARCÍA TEIJEIRO, «Luciano, XLII 7 y las culebras que maman», en *Actas del IX Congreso Español de Estudios Clásicos*, IV, Madrid, 1998, págs. 157-161; *idem*, «La culebra, la vida y la leche (restos de antiguas creencias en Asturias y en Galicia)», en *Corona Spicea in memoriam Cristóbal Rodríguez Alonso*, Oviedo, 1999, págs. 297-311.

[296] El campo Vaticano era una extensión de terreno situada a orillas del Tíber, entre el puente Milvio y la falda del Janículo. Esta fabulosa noticia, que fue recogida por PLINIO (VIII 37), tiene apariencia de haber sido uno de aquellos rumores o curiosidades que se incluían en el periódico de la Urbe *(vid. infra*, nota 1054).

[297] Pero lo que ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales*, VI 580 a) decía es que todas las lobas paren exclusivamente en cualquiera de los doce días en que se conmemoraba la duración del viaje de Latona desde la región remota de los hiperbóreos hasta la isla de Delos; la misma información figura en ANTÍGONO DE CARISTO *(Colección de historias curiosas* 56 Giannini). ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* IV 4) ya se equivocó al referir que son doce los días que la loba necesita para parir a sus cachorros. Parece que PLINIO (VIII 83), de quien tomó Solino este pasaje, tampoco entendió bien la idea del filósofo griego.

[298] La leyenda antigua sobre este imaginario tipo de lobos, considerado cercano a los linces, dio pie a ALCIATO *(Emblema* LXVI) para presentar al lobo cerval como paradigma del necio que desatiende su interés y persigue las cosas ajenas. En la misma se basa, probablemente, la concepción «simpatética» transmitida por PAULO EGINETA *(Compendio* 120 K) de que quien ha visto un lobo se convierte en un ser introvertido y alelado hasta el fin de su vida.

[299] Discípulo de Aristóteles, fue su sucesor al frente de la escuela peripatética. Entre otras muchas obras escribió, en el año 315/4, un libro sobre las características y origen de las piedras, de donde procede la noticia de Solino a través de PLINIO (XXXVII 53).

[300] Según Teofrasto *(Sobre las piedras* V 28 Wimmer), el cual había tomado la noticia de Diocles de Caristo, uno de los más famosos médicos griegos del siglo IV, esta piedra, como el ámbar, atraía la madera, la pelusa, el bronce y el hierro (siempre que estuviesen en pedazos).

[301] Solino escribe *morbus regius* o enfermedad real, nombre latino de la ictericia que CELSO (III, 24) justificaba porque el tratamiento era tan costoso que sólo la fortuna de un rey podía costearlo; ISIDORO *(Etimologías* IV 8, 13) y los glosadores lo explicaban,

en cambio, alegando que este mal se curaba fácilmente con buen vino y regias comidas; Varrón la llamaba «enfermedad dorada». Pero tal vez esa designación provenga, como sospechó DELCOURT, «Le partage du corps royal», pág. 13, de la fuerza taumatúrgica que poseyeron algunos reyes para sanar enfermedades (caso de Pirro, que curaba por simple contacto de su pie derecho a quienes sufrían del bazo). Tal como señala el texto al lincurio se le atribuía eficacia terapéutica: ayudar a las mujeres embarazadas y a los niños a superar el miedo; disolver cálculos biliares y combatir la ictericia (EPIFANIO, 8, pág. 197; DAMIGERÓN-EVAX, 31). PLINIO (XXXVII 53) no cree nada de eso: duda de la existencia de la piedra y de cualquiera de sus propiedades; en época medieval, sin embargo, la fábula seguía vigente (I. MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario medieval*, Madrid, 1986, págs. 18-20)

302 Es decir, «orina de lince», que es sin duda una creación popular. Desde antiguo se pensó que el llamado lincurio era el electro, o bien un tipo de vidrio o una clase de ámbar; según D. E. EICHHOLZ, «Some mineralogical problems in Theophrastus' de lapidibus», *Classical Quarterly* 17 (1967), 103-104, sería una turmalina amarillenta.

303 Probablemente Granio Liciniano, anticuario e historiador (CRINITI, *Grani Liciniani…*, Test. 2 B). *Vid. supra*, nota 258.

304 Esta misma historia relativa a Regio y Locros figuraba ya en TIMEO *(FGrHist* 566 F 43 a y b). Pero según ANTÍGONO DE CARISTO *(Colección de historias curiosas* 1 Giannini) y ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* V 9), las cigarras de Regio quedaban mudas si las llevaban al vecino territorio de Locros, y las cigarras locrias enmudecían cuando estaban en Regio, por lo que nunca cruzaban el río que separaba a ambas ciudades griegas. Estamos ante un relato que formaba parte de la tradición sobre el concurso celebrado en Delfos, durante los juegos Píticos, entre Éunomo de Locros y Aristón de Regio, ganado por el primero gracias a la ayuda de una cigarra, que sustituyó con su canto una cuerda defectuosa del instrumento musical de Éunomo (TIMEO, *loc. cit.;* ANTOLOGÍA GRIEGA VI 54; PAUSANIAS VI 6, 4; ELIANO, *loc. cit.;* CLEMENTE, *Protréptico* I 1, 2-3). También Mileto y Cefalonia presumían de que algunas comarcas de su territorio jamás eran visitadas por tales insectos *(vid*. I. C. BEAVIS, *Insects and other Invertebrates in Classical Antiquity*, Exeter, 1988, pág. 98). Semejantes invenciones sobre las cigarras recuerdan la de las ranas de Serifos, que eran mudas dentro de la isla, pero croaban estruendosamente en cualquier otro sitio a donde las llevasen. Los habitantes del lugar contaban que había sido Perseo, que descansaba a orillas de la laguna, quien pidió a Zeus que hiciese callar a las ranas, y el dios las condenó al perpetuo silencio (PLINIO, VIII 227; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* III 37). El mismo prodigio se atribuyó luego a Augusto (SUETONIO, *Augusto* 94, 7), el cual hizo enmudecer a las ranas que cantaban en las tierras propiedad de su abuelo, revelando así su destino glorioso (W. DEONNA, «La légende d'Octave-Auguste, dieu, sauveur et maître du monde», *Revue de l'histoire des religions* 83-84 [1921], 81-82). El motivo se encuentra asimismo en la hagiografía cristiana. Se decía que también en Cirene y en un lago tesalio, junto al monte Piero, las ranas eran mudas (ELIANO, *Sobre la naturaleza de*

los animales III 35 y 37).

305 Como describe PLINIO (XXXII 22), cuando se hallan debajo del agua las ramas del coral son de color verde, y sus bayas o frutos son blancos.

306 Casi 15 cms.

307 Como elemento protector, los objetos de coral no sólo eran llevados sobre el cuerpo por niños y adultos, sino que el coral se consumía pulverizado y disuelto en algún líquido creyendo que encerraba y transmitía numerosas virtudes y propiedades, incluso como fármaco; una exhaustiva relación de las mismas puede encontrarse en el *Lapidario Órfico*, 510-609; *Declaraciones lapidarias de Orfeo*, 20; DAMIGERÓN-ÉVAX, 7; DIOSCÓRIDES, *Sobre materia médica* V 121.

308 Uno de los autores incluidos en las Geopónicas, atribuidas a Casiano Baso. El pseudo-Zoroastro griego escribió gran número de obras, y se halla citado en papiros y otros textos como un gran mago persa: véase A. ABT, *Die Apologie des Apuleius von Madaura und die antike Zauberei. Beiträge zur Erläuterung der Schrift de magia* (RGVV IV, 2), Gießen, 1908, pág. 324 s.; BIDEZ, CUMONT, *Les Mages hellénisés…*, II, págs. 199-200, que recoge todos los demás testimonios sobre las propiedades del coral que derivan de este Zoroastro.

309 Metrodoro de Escepsis, filósofo académico de mediados del siglo II *(supra*, nota 188). El nombre «gorgia» para el coral es la adaptación, por Solino o su fuente, del griego *gorgeia:* se trata de una ingeniosa asociación, pues al igual que la Gorgona petrificaba a aquellos sobre quienes fijaba su mirada, el coral se endurecía como una piedra al salir del agua. El *Lapidario Órfico* (510-609), que también liga el origen del coral a la historia de Perseo y de la Gorgona, afirma que la planta adquiere un color rojo por la sangre vertida cuando el héroe le cortó la cabeza; en cambio, las *Declaraciones lapidarias de Orfeo* (20) y DAMIGERÓN-ÉVAX (7) escriben que ese nombre proviene de la costumbre de grabar en el coral una imagen de Gorgona.

310 Esta fuerza para rechazar huracanes y rayos no sólo se predicaba del coral, sino también de otras materias (vegetales y animales): *vid.* W. FIEDLER, *Antiker Wetterzauber*, Stuttgart, 1931, págs. 76, 88. Pero el coral llegó a convertirse en uno de los principales amuletos de los navegantes (D. WACHSMUTH, *ΠΟΜΠΙΜΟΣ Ο ΔΑΙΜΩΝ. Untersuchung zu den antiken Sakralhandlungen bei Seereisen*, Dissert. Berlin 1960, Berlín, 1967, pág. 442). Se decía que, envuelto en una piel de foca, combatía los vientos, las olas, la inestabilidad del mar, los rayos, el granizo, los sortilegios, los torbellinos violentos, cualquier clase de peligros, a los malos espíritus y a los piratas, así como los accidentes nocturnos *(Lapidario Náutico* 5; *Las Ciránidas* IV 67, 2-7 KAIMAKIS). En realidad, la idea de que el coral protege frente a los males era una simple deducción derivada de su intenso color rojo, pues originalmente, la verdadera materia que, por ser fuente de la vida, se consideraba capaz de alejar toda desgracia —y en particular los fenómenos atmosféricos— era la sangre; para el pensamiento mágico, rojo y sangre disponen de la misma eficiencia: E. WUNDERLICH, *Die Bedeutung der roten Farbe in Kultus der*

Griechen und Römer (RGVV 20, 1), págs. 4-7.

311 Sirtes era el nombre con el que se conocía a toda la franja del litoral libio, en el norte de Africa. Existía otra piedra, llamada «sirtita» o «sirtia», que era una variedad del carbunclo o del zafiro (DAMIGERÓN-ÉVAX, 22; PLINIO, XXXVII 93). La descripción de la «sirtítide» hecha por PLINIO (XXXVII 182) y Solino induce a pensar que eran gemas distintas. Por otra parte, en ese mismo tratado (DAMIGERÓN-ÉVAX, 40) se describe la «piedra negra», también denominada «sirtis», que encerraba una serie de pequeñas estrellas. No sabemos, en definitiva, si esos nombres comprenden una sola gema o se trata de varias.

312 Era la más grande del grupo de islas adriáticas conocido como las Tremiti, que en la Antigüedad fueron denominadas islas Diomedeas en honor del héroe homérico. Según cierta versión del mito, Diomedes fue a su muerte enterrado en esta isla y sus compañeros, embargados por la tristeza, fueron transformados en pájaros; una clara exposición de esta y de otras leyendas diomedeas ligadas al Adriático puede verse en V. M. MANFREDI, *Mare Greco. Eroi ed esploratori nel Mediterraneo antico*, Roma, 1992, págs. 167-168 y 231.

313 Estas aves diomedeas, de las que hablan también PSEUDO-ARISTÓTELES *(Relatos maravillosos* 79), LICO DE REGIO *(FGrHist* 570 F 6), PLINIO (X 127), ESTRABÓN (VI 3, 9 [C 284]), ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* I 1) y ESTEBAN DE BIZANCIO *(s.v. Diomedeia)* podrían ser un tipo de gaviota (la pardela, *Puffinus puffinus yelkouan)* o de pato (la tadorna, *Anas tadorna o Tadorna tadorna)*, que hacen su nido en una madriguera profunda, o bien algún tipo de mergo (gén. *Mergus)*, que tienen el pico dentado y los ojos rojizos o de color naranja: véase J. ANDRÉ, *Les noms d'oiseaux en latin*, París, 1967, págs. 39-40; F. CAPPONI, *Ornithologia latina*, Génova, 1979, págs. 132-139, 219-220. Similar comportamiento se atribuía a otras familias de aves como muestra de respeto hacia distintas divinidades. Cuando los hiperbóreos celebraban el culto sagrado a Apolo, los cisnes circundaban el templo, lo purificaban con su vuelo y habiéndose posado, finalmente, en el suelo, unían rítmicamente sus cantos al sonido de las cítaras (ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* XI 1). Una historia que podría ser duplicado de la del texto fue recogida por ARRIANO *(Periplo del Ponto Euxino* 21, 3-4) y FILÓSTRATO *(Heroico* 746 [pág. 328]): en el santuario de Aquiles en la isla de Leuca (Mar Negro), había unos pájaros blancos o unas aves acuáticas que actuaban como servidores del héroe homérico; completamente mojadas e impregnadas de aromas marinos, volaban a baja altura y componían aquel lugar sagrado con el viento producido por sus alas y las gotas de agua que desprendían. Según una tradición tardía, recogida por el PRIMER MITÓGRAFO VATICANO, II 41, las aves diomedeas se habrían limitado a salir jubilosamente al encuentro de las naves griegas que venían a la isla, mientras que huían de las romanas.

314 Corresponde a los años 600/596 a. C.

315 El canal que los soldados del ejército de Mario excavaron entre los años 104 y 102 a. C. llevó en lo sucesivo el nombre de *Fossa Mariana;* unía el mar con el Ródano a

la altura de Arlés y permitió a las naves romanas abastecer al ejército sin tener que afrontar los riesgos de los bancos de arena y las corrientes que obstruían la desembocadura del río; véase L. A. CONSTANS, *Arles antique*, París, 1921, págs. 195 ss.

316 *Aquae Sextiae*, hoy Aix-en-Provence, fue el lugar que eligió para invernar el procónsul C. Sextio Calvino en el año 122 a. C. A su marcha, dejó en aquel lugar una guarnición dentro de un pequeño recinto. Cerca de *Aquae Sextiae* triunfó Gayo Mario sobre los teutones, en el año 102 a. C.; Solino parece haber refundido ambas noticias. La fama de sus fuentes termales se mantuvo hasta la Edad Media.

317 Es el cabo de Sta. María de Leuca, cerca de Otranto. El topónimo es griego *(Ákra Iapygía)* y existía ya desde el siglo V a. C., por lo que se adaptó sin más al latín; significa «la punta yapigia». Desde este punto se cruzaba el Adriático hacia la costa griega; era, por tanto, un lugar muy frecuentado por los marinos, como muestran numerosas inscripciones grabadas en una cueva del monte, que contienen indicaciones sobre la navegación y el culto, fechables entre los siglos I a. C. y III d. C.: C. PAGLIARA, «La Grotta Porcinara al Capo di S. Maria di Leuca, I. Le iscrizioni», *Annali dell' Università di Lecce: Facoltà di Lettere e Filosofia* 6 (1971-1973), 5-67.

318 Pequeña isla al noroeste de Isquia, frente a Campania, también llamada Pandataria (hoy Ventotene). En ella sufrieron destierro varias mujeres de la familia imperial en la primera mitad del siglo I d. C.

319 Hoy Procida, situada en el golfo de Nápoles, entre Isquia y el cabo Miseno.

320 Se trata de un islote dentro del Tirreno, entre Populonia y la punta merdional de Córcega. El nombre griego deriva, tal como lo transcribe Solino, del término *aígilos* (cierta yerba de que se alimentan las cabras), pues estas islas fueron utilizadas desde la Antigüedad como cercados para ganado caprino: *vid*. C. ALFARO GINER, «Lo spazio destinato al pascolo sulle coste del Mediterraneo: il caso delle «isole delle capre»», *L'Africa Romana. Atti del XII convegno di studio*, Sassari, 1998, págs. 863-877.

321 Hoy Pianosa, situada unas pocas millas al sur de Elba, habitada tan sólo por pescadores. Fue el lugar de destierro de Agripa Póstumo, y allí fue asesinado en el 14 d. C. con el beneplácito imperial (S. JAMESON, «Augustus and Agrippa Postumus», *Historia* 24 [1975], 313 s.). Algunos códices de la familia III (AP) añaden que la isla pudo también recibir su nombre «o por los viajes errantes de Ulises», lo que constituye una explicación tomada de muy buena fuente ya que el nombre de Planasia significa propiamente «(tierra/isla) errante». La idea procede de la cultura mítico-religiosa griega, que imaginaba la existencia de espacios insulares que estaban en perpetuo movimiento y engañaban al navegante, hasta que eran anclados en un lugar fijo por intervención divina; véase P. MORET, «Planesiai, îles erratiques de l'Occident grec», *Rev. des Études Grecques* 110 (1997), 25-56. Estos nombres deben su origen no a los viajes de los focenses, como supone Moret, sino a la tradición homérica, extendiéndose paulatinamente de Oriente hacia Occidente.

322 En las cercanías de Elba; en la actualidad, Parmajola. No consta de dónde pudo

tomar Solino la curiosa idea sobre la invención en esta isla de uno de los nombres de la paloma *(columba);* lo cierto es que esa forma de denominar a los pichones *(kólymbos, kólymba)* parece haber surgido entre los griegos de Sicilia (V. HEHN, *Kulturpflanzen und Haustiere in ihren Übergang aus Asien nach Griechenland und Italien, sowie in das übrige Europa*, Berlín, 1911, pág. 349).

323 Las llamadas Itacesias, no Itacesia, son un grupo de pequeñas islas frente a Hiponio (la posterior ciudad romana de *Vibo Valentia)*.

324 Es la isla de Isquia, ocupada en los comienzos de la colonización griega por los eubeos de Cálcide y de Eretria, a la que los griegos llamaron Pitecusa. La atribución del nombre de Inárime a Homero descansa en una falsa interpretación de un verso de la Ilíada (II 783), en el que figura la expresión *en Arímois* (en el territorio de los «árimos», palabra etrusca que designaba a los monos, en gr. *píthēkos)*.

325 Sila creó la colonia de Aleria en donde estuvo la antigua ciudad griega de Alalia, y Mario la colonia que fue bautizada como Mariana, quizá sobre el antiguo emplazamiento grecoetrusco de Nicea; *vid.* A. Passerini, *Studi su Caio Mario*, Milán, 1971, págs. 160, 211.

326 Todos los anteriores datos derivan de la digresión geográfica que hacía SALUSTIO en el libro segundo de sus *Historias*, donde trataba sobre Córcega: *vid.* A. LA PENNA, «Sallustio e Seneca sulla Corsica», *La Parola del Passato* 167 (1976), 143-147. También de Salustio, al que cita expresamente en 4, 1, tomó Solino algunas noticias sobre Cerdeña.

327 Del griego *katochítis*, «(piedra) que retiene»; puede tratarse del ámbar, o tal vez de una variedad de bitumen (N. F. MOORE, *Ancient Mineralogy*, Nueva York, 1834, pág. 182). Hoy recibe este nombre una piedra bituminosa que produce Cerdeña.

328 La anécdota, atribuida por Solino al filósofo atomista Demócrito, quiere aparentar visos de credibilidad, en particular por lo que se refiere a los magos: Abdera de Tracia formó parte, durante algún tiempo, del mundo persa, y además se decía que Demócrito había visitado Babilonia y Egipto. Quizá a partir de algunas historias como la que aquí se narra acabó formándose en la Antigüedad tardía la idea de que Demócrito fue él mismo un encantador, mago y adivino *(vid. supra*, nota 93).

329 Se trata de TIMEO DE TAUROMENIO *(FGrHist* 566 F 63), el famoso historiador siciliano que vivió entre los siglos IV y III a. C. Y, en efecto, algunos griegos llamaron así a la isla por considerar que su figura era la de la suela de una sandalia.

330 Es el historiador romano Gayo Salustio Crispo. Icnusa significaba, en griego, «que semeja la forma de la huella humana». A juzgar por PLINIO (III 85), que atribuye la denominación de Icnusa al historiador griego y recopilador de paradojas MÍRSILO DE METIMNA *(FGrHist* 477 F 11), Salustio debió de limitarse a copiar ese curioso dato de uno de los libros de Mírsilo; pero Solino demuestra que no sólo podía apartarse de Plinio, sino que conocía fuentes alternativas (seguramente quiso patentizar que Plinio tomó de Salustio, sin mencionarlo, la noticia relativa a Mírsilo). Sobre los ancestros y fundadores

de las ciudades sardas que se mencionan a continuación, *vid. supra*, nota 107.

331 Hoy Cagliari. Pero el nombre no es griego, sino que está formado sobre una raíz paleosarda **kar*-, interpretada bien con el sentido de «piedra, roca», bien, aunque es menos probable, con el de «ensenada, cala». Además, la presencia de los fenicios en este poblado se atestigua ya en el siglo VII a. C.

332 La sumaria exposición que acaba de hacer Solino registra, como sucesivas capas de población de la isla, las siguientes leyendas: la de los norteafricanos conducidos por Sardo (hijo del Hércules/Maceris libio); la de los iberos que llegan de la mano de Nórax, el hijo de Hermes y Eriteya; la de Aristeo y los griegos; la de Yolao y los Tespiadas; la de los Ilienses o troyanos y la de los locrios. Todas ellas, junto a algunas otras (Dédalo, cadmeos, tesalios, cartagineses), componen un complejo entramado que fue tejiéndose desde Cumas, en los albores de la colonización griega, a partir de tradiciones beocio-euboicas. En la segunda mitad del siglo V la mayoría de ellas fueron reelaboradas en círculos atenienses, para aplicarlas a sus intereses comerciales, y en época romana se efectuaron nuevas modificaciones (reforzamiento del papel de los troyanos): véase L. BREGLIA PULCI DORIA, «La Sardegna arcaica tra tradizioni euboiche ed attiche», en *Nouvelle contribution à l'étude de la société et de la colonisation eubéennes*, Nápoles, 1981, págs. 61-95; BRIQUEL, *L'origine lydienne…*, págs. 412-419.

333 Véase más abajo, nota 505.

334 El nombre original pudo ser *salpuga*, palabra de origen hispano que en latín dio *solipuga* y, deformada por etimología popular, *solifuga*. Aunque PLINIO (XXIX 92) diga que era una hormiga venenosa, se trata de una araña frecuente en la cuenca del Mediterráneo, del género *Lathrodectes* («que muerde a escondidas»). En Italia se la conoce como «malmignatta». Vive oculta en agujeros y su picadura, muy molesta para el hombre, es a menudo mortal para el ganado: cf. O. KELLER, *Die antike Tierwelt*, II, Leipzig, 1913, págs. 461 s.; BEAVIS, *Insects…*, 50.

335 Es un dato no demasiado preciso, puesto que la riqueza metalífera de la isla consistía sobre todo en el cobre, aunque también había plomo (galena argentífera), plata y oro: Y. LE BOHEC, «Notes sur les mines de Sardaigne à l'époque romaine», en *Sardinia antiqua. Studi in onore di Piero* Meloni, Cagliari, 1992, 255-264; R. SHEPHERD, *Ancient mining*, Cambridge, 1993, 146.

336 La sardonia es un tipo de ranúnculo *(Ranunculus sceleratus)* cuyas hojas contienen un jugo acre y venenoso que contrae los músculos de la boca, de modo que la persona parece estar riendo. Solino tomó la información sobre la sardonia de SALUSTIO *(Hist*. II, fr. 12).

337 Estas fuentes que descubrían a los perjuros se inscriben en una tradición antigua, común a varios territorios, de manantiales capaces de aunar la eficacia terapéutica con el valor judiciario, puesto que ejercen funciones «ordálicas»: véase N. CUSUMANO, «Ordalia e soteria nella Sicilia antica. I Palici», *Μύθος* 2 (1990), 71 s.

338 Fue en el 227 a. C., primera vez que en Roma se eligieron cuatro pretores, en

lugar de dos, para poder enviar dos magistrados *cum imperio* a las nuevas provincias ultramarinas (Sicilia y Cerdeña). El sorteo señaló para este cometido a los pretores M. Valerio (¿Levino?) y C. Flaminio; ambos fueron luego cónsules.

339 Esta curiosa noticia sobre la cualidad de la tierra peloritana, que debe de proceder de algún escrito «paradoxográfico» como el que alababa la cuantiosa producción de azafrán en la zona de Peloro (PSEUDO-ARISTÓTELES, *Relatos maravillosos* 111), recuerda lo que contaba FANIAS DE ÉRESO (fr. 35 WEHRLI = ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 171, 1-2 GIANNINI) sobre las propiedades de los terrones de la región de Neandria, en Asia Menor, que ni se sumergían ni se deshacían en el agua.

340 En realidad, Peloríade (conocido hoy con el nombre de Punta de Faro) no es un cabo o promontorio, sino una gran lengua de terreno, bastante llana, que forma uno de los tres ángulos de la isla. Lo mismo cabe decir de Paquino y Lilibeo.

341 Son seguramente dos pequeños lagos o pantanos salados, que actualmente se hallan unidos entre sí mediante un brazo y, por sendos canales, con el mar.

342 La noticia es incorrecta. Tauromenio surgió como resultado de la destrucción de Naxos por Dionisio I, tirano de Siracusa, en el siglo IV a. C., y allí se instaló una parte de los supervivientes naxios.

343 *Vid. supra*, nota 278. La información contenida en este pasaje (incluida la cita en griego), así como en los parágrafos 6-8, procede probablemente de Timeo a través de Trogo Pompeyo (cf. JUSTINO, IV 1, 7).

344 Para SOLINO, la sibila de Cumas, como ya dijo antes (2, 17), estaba enterrada en Sicilia. Se trata probablemente de una confusión, porque sabemos que para la tradición antigua hubo otra sibila en Sicilia, a juzgar por TÁCITO (*Anales* VI 12, 3), el cual señala que la comisión encargada de reconstruir los Libros Sibilinos tras el incendio del Capitolio se desplazó también hasta la isla a fin de recoger datos proporcionados por la que allí residía. Suyo debió de ser este sepulcro, y no de la sibila cumana.

345 La historia sobre el origen ibérico de los sicanos estaba ya plenamente admitida en tiempos de TUCÍDIDES (VI 2, 2) y adquirió carta de naturaleza entre los romanos; *vid.* BRIQUEL, *L'origine lydienne*..., 503-504.

346 Literalmente crateras, pues la forma del conducto del volcán recordaba a los griegos la boca de uno de sus grandes vasos.

347 Pues el término griego *nebrṓdēs* significa «semejante a un cervato». Pero uno y otro nombre designaban más bien dos grupos montañosos: la cadena que recorre el ángulo nororiental de la isla, coronada por el monte Pelorias, era el Neptunio (su nombre procedería de un templo levantado en el Pelorias para honrar a Poseidón: DIODORO SÍCULO, IV 85, 5); mientras que el actual macizo de Madonie era el Nebrodes.

348 Efectivamente, la tradición relataba que Epicarmo y Formis fueron los inventores, en Siracusa, de la comedia, y esta fama revertía sobre la isla (ARISTÓTELES,

Poética IV, 1449 b; TEÓCRITO, en la *Antología Griega*, IX 600, 1-2; léxico de la *Suda, s.v. Epícharmos, Phórmos)*.

349 Alude a Sofrón, cuyos mimos prestaron categoría literaria a las escenas habituales de la vida cotidiana, y a los numerosos continuadores del género *(vid.* B. WALLOCHNY, *Streitszenen in der griechischen und römischen Komödie*, Tubinga, 1992, pág. 20).

350 El célebre matemático, físico, ingeniero e inventor trabajó sobre todo para la ciudad de Siracusa, donde halló la muerte a manos de la soldadesca romana cuando la ciudad fue tomada por Marcelo (211 a. C.).

351 Se refiere a una famosa hetera, hermana de Timandra, la amiga de Alcibíades, que residió desde los siete años en Corinto, donde gozó de grandísima fama por su incomparable belleza.

352 Solino alude a cierta llanura situada cerca de Leontinos, llamada los Campos Lestrigonios, que era uno de los emplazamientos atribuidos por la Antigüedad a dicho pueblo homérico (PLINIO, III 89). La localización de ciclopes y lestrigones en Sicilia resulta muy antigua, pues ya TUCÍDIDES (VI 2) la recoge.

353 Henna era una ciudad situada en el centro de la isla, seguramente fundación de los sículos, pero pronto ocupada por los siracusanos. Fue famoso su santuario de Deméter (Ceres), que los romanos consideraban el más antiguo del mundo (CICERÓN, *Discursos contra Verres* IV 108).

354 En la versión siciliana se afirmaba que Plutón raptó a Perséfone saliendo de su reino por la sima de Henna (PSEUDO-ARISTÓTELES, *Relatos maravillosos* 83; DIODORO SÍCULO, V 3, 2-3; SILIO ITALICO, XIV 239; LACTANCIO, *Instituciones divinas* II 4, 28; ARNOBIO, V 24); *vid.* A. AVAGIANOU, *Sacred Marriage in the Rituals of Greek Religion* (European University Studies, Ser. XV, vol. 54), Berna, 1991, pág. 132. Solino, que sigue aquí a CICERÓN *(Discursos contra Verres* IV 106-107), utiliza la expresión *Dis* (= *Dives*, «el rico»), que traduce exactamente a Plutón, y la de Líbera en lugar de Prosérpina/Kore.

355 Catania.

356 La historia parece ser un tópico griego —y luego romano—, como la transmitida sobre el *pius Aeneas* salvando a su padre de Troya. Pese a la existencia de distintas versiones, el protagonismo siempre recae sobre Catania. Estos dos jóvenes, los *pii fratres*, se llamaban Anapias y Anfinomo (otros nombres atestiguados, como Damón y Fintias, Filónomo y Calias, Emacias y Critón, pertenecen a variantes espurias). Se decía que ambos hermanos estaban enterrados en el *Eusebôn chorôs*, topónimo que los romanos tradujeron por *Campus piorum*, y CLAUDIANO *(Poemas menores* 17) afirmaba que su memoria se había perpetuado en dos estatuas. El tema de ambos jóvenes figura en las monedas de Catania, así como en el reverso de algunas acuñaciones de M. Herenio y de Sexto Pompeyo Magno como simbolismo de la piedad filial; *vid.* S. MIRONE, «Le monete coniate in Catania in memoria dei ‘*pii fratres’», Rivista Italiana*

di Numismatica 29 (1916), 223-234. El orador ático LICURGO *(Contra Leócrates*, 95-96) reducía sin embargo la noticia a un solo protagonista.

357 Los antiguos creían que el Alfeo corría por debajo del mar, desde el Peloponeso, y que emergía en Siracusa, para dar origen a la fuente Aretusa (PÍNDARO, *Nemeas* I 1; OVIDIO, *Metamorfosis* V 572-641). Según una tradición que arranca de TIMEO *(FGrHist* 566 F 41) y que fue combatida por POSIDONIO (en ESTRABÓN VI 2, 4 [C 270-271]), algunos objetos arrojados en el río durante las fiestas de Olimpia, así como los desperdicios de las víctimas y de otros animales (bueyes, caballos), salían directamente en la fuente. La historia la recogen, con más o menos fe, LICO DE REGIO *(FGrHist* 570 F 9), PLINIO (II 225; XXXI 55), SÉNECA *(Cuestiones naturales* III 1, 1; 26, 5-6), POMPONIO MELA (II 117) y SERVIO *(Coment. a Virgilio, Eneida* III 694; *Bucólicas* X 4).

358 Quizá se refiere a las fuentes termales de Segesta, citadas por DIODORO SÍCULO (IV 23, 1). El río Helbeso no es conocido, a no ser que sea el Telmiso mencionado por ELIANO *(Historias varias* II 33), al que los segestanos honraban en forma humana.

359 La frialdad de sus aguas llegó a convertirse entre los griegos en un proverbio (APOSTOLIO, I 96; DIOGENIANO, II 74; ARSENIO, II 54), que sin duda fue también conocido en Roma.

360 Pero no se trataba de la misma corriente de agua, como da a entender el texto. Este error parece ya antiguo, puesto que LICO DE REGIO *(FGrHist* 570 F 8) hablaba de una sola fuente como cabeza de uno y otro río. Hubo, en efecto, dos ríos llamados Hímera, los cuales marcaban la frontera entre griegos y semitas en la isla de Sicilia. Ambos nacen en el centro de la isla, muy cerca uno de otro, y corren en direcciones opuestas. Además, Solino o su fuente han confundido la realidad, pues el de agua dulce fluye hacia el norte (hoy Fiume Grande), y el amargo, a causa de la sal que llevaba (hoy conocido por Fiume Salso), es el del sur (DIODORO SÍCULO, XIX 109, 5; VITRUBIO, VIII 3, 7).

361 El fenómeno ya lo había registrado ANTÍGONO DE CARISTO *(Colección de historias curiosas* 167 GIANNINI) como propio de cierta sal de Sicilia, aunque sin mencionar a Agrigento.

362 Termas de Hímera, ciudad situada al este de Palermo.

363 El nombre griego de este instrumento era *plagiaulós* o flauta oblicua (en latín, *vasca tibia)*, y se sostenía transversalmente. Su embocadura o lengüeta se insertaba de forma perpendicular al cuerpo de la flauta.

364 Las *puellatoriae tibiae*, literalmente flautas cuyo tono correspondía al de la voz de una niña o jovencita; los griegos las llamaban virginales *(parthénoi auloí)*.

365 Se pensaba que el nombre derivaba del hecho de que estas flautas imitaban el graznido de la oca *(gingritus)*. Estamos, sin embargo, ante un préstamo griego: se llamaba *gíngros* a una pequeña flauta ideada en Fenicia y utilizada a menudo para el aprendizaje. Las *gingrinae tibiae* eran los instrumentos de tipo fenicio.

366 Así denominadas porque recordaban el grito del milano.

367 Pues se utilizaban como acompañamiento musical durante las ofrendas de incienso *(tus)*. No está de más recordar que, aunque suele recurrirse en todos los idiomas al término «flauta» para traducir tanto la voz griega *aulós* como la latina *tibia*, lo cierto es que aquel instrumento musical de viento, provisto de lengüeta, estaba por su técnica más cercano al clarinete o al oboe que a nuestra flauta. Sobre sus diferentes clases y usos puede verse G. WILLE, *Musica romana. Die Bedeutung der Musik im Leben der Römer*, Amsterdam, 1967, págs. 169-175.

368 Halesa era una ciudad de la costa norte de Sicilia, fundada en el 403 a. C. por mercenarios griegos. Esta fuente parece ser la misma que, según el PSEUDO ARISTÓTELES *(Relatos maravillosos* 56) y el PARADOXÓGRAFO FLORENTINO (7 GIANNINI), se encontraba en el camino hacia Siracusa y empezaba a rebosar agua en cuanto se acercaba una multitud o escuchaba un estrépito. La historia sobre los movimientos del agua del estanque de Halesa, que salta y danza cuando escucha ciertas melodías, recuerda otra noticia del PARADOXÓGRAFO FLORENTINO (43 GIANNINI) acerca de un lago en Lidia cuyas cañas, al oír los ruidos de un concierto, ejecutaban danzas y llegaban hasta la orilla, donde eran coronadas por los indígenas. Seguramente estos datos encubren, como se deduce del estudio de M. GARCÍA TEIJEIRO y M.ª T. MOLINOS TEJADA, «Paradoxographie et religion», *Kernos* 7 (1994), 273-277, la ceremonia propiciatoria de una divinidad de la vegetación para fomentar la prosperidad de las cañas, rito celebrado mediante un coro ataviado al efecto (cubierto con cañas o juncos).

369 Sobre los estanques de aguas insalubres de Sicilia, véase S. COLLIN-BOUFFIER, «Marais et paludisme en Occident grec», en R. GINOUVES *et al*. (eds.), *L'eau, la santé et la maladie dans le monde grec* (Bulletin de Correspondance Hellénique, Suppl. 28), París, 1994, págs. 322-323.

370 Ciudad del interior de la isla.

371 Solino se refiere aquí a una conocida fuente del territorio acragantino que sacaba a flote densas gotas de asfalto o bitumen, el cual era considerado una substancia cercana al aceite, aunque más oscura, no sólo por el parecido, sino también porque se empleaba como combustible en las lamparillas (ATENEO, II 42 f). Recibía el nombre de «aceite sículo» (DIOSCÓRIDES, *Sobre materia médica* I 73). Los nativos lo recogían impregnando las panojas de las cañas, y, una vez rebozadas, dejaban escurrir la nafta. Es cierto, como se afirma en el texto, que el bitumen constituía el principal ingrediente para confeccionar una pomada destinada a combatir la sarna del ganado (PLINIO, XXIV 41; XXXV, 179; COLUMELA, VI 32, 2-3), y en particular la roña que infecta a las ovejas (VIRGILIO, *Geórgicas* III 441-451; COLUMELA VII 5, 5-10; véase R. BILLIARD, *L'agriculture dans l'antiquité d'après les Géorgiques de Virgile*, París, 1928, 346-347). Los pastores de la isla debieron servirse del asfalto que procuraba esta fuente y pudieron usarlo en forma de ungüento, pero es probable que también lo aplicaran como remedio para combatir la diarrea del ganado bovino, dando a comer a los animales las cimas de

estas cañas untadas con bitumen (COLUMELA, VI 7, 2-4; *Geopónicas*, XVII 16, 1). En otra fuente que se localizaba en la ciudad sícula de Mitístrato se decía que fluía también un líquido oleaginoso usado como combustible y para tratar los tumores y la sarna; era conocido con el nombre de «mitistracio» (LICO DE REGIO, *FGrHist* 570 F 9).

372 No sabemos en qué fuente obtuvo Solino toda esta información, que atestigua la existencia de un santuario de Hefesto en el territorio agrigentino, pero estamos en presencia del conocido motivo del *pŷr autómaton* (fuego que brota espontáneamente por voluntad divina), también llamado *pŷr noerón (phronerón, phrónimon)* o *ignis sapiens* (fuego inteligente) en la terminología de los magos que adoptaron algunos filósofos (F. CUMONT, «La fin du monde selon les mages occidentaux», *Revue de l'Histoire des Religions* 103 [1931], 41 s.). Recordemos los ejemplos bíblicos del *Levítico* 9, 24 (Yahvé manda un fuego que consume en el altar el holocausto y los sebos) y de I *Reyes* 18, 20-40, cuando Elías somete a los 450 profetas de Baal a la siguiente prueba: deben depositar en el altar del monte Carmelo las carnes de buey y la leña, sin fuego debajo, y lograr que su dios encienda la ofrenda; ante su aparatoso fracaso, Elías invoca a Yahvé y la leña arde. Es lo mismo que sucedía en los santuarios de Hierocesarea y de Hipepa, donde el oficiante colocaba los leños en el ara, se ponía una tiara, cantaba salmos e invocaba al dios hasta que todo ardía sin necesidad de lumbre (PAUSANIAS, V, 27, 5), y en los sacrificios celebrados en la tumba del héroe Píonis, descendiente de Heracles (PAUSANIAS, IX, 18, 4). Se decía que algunos magos también eran capaces de provocar este prodigio (HIPÓLITO, *Refutación de todos los herejes* IV, 33, 3; M. PSELO, *Opinión de los griegos sobre los demonios* 5 [*PG* 122, col. 880 C]); más abajo, SOLINO (30, 31) relata la combustión espontánea de la cosecha de cinamomo. Así pues, es probable que todo este rito responda, como señala CUSUMANO, «Ordalia e soteria…», pág. 74, a una práctica o prueba de ordalía por medio del fuego.

373 Este dato tampoco consta en otros autores. Parece derivar de alguna relación de *mirabilia* sobre la isla de Sicilia y evocar ciertos casos de pozos termales originados por el suelo volcánico. Desde luego, era doctrina común que ciertos manantiales solían expulsar lodo, turbias, tiestos y otras inmundicias, hasta quedar purificados (SÉNECA, *Cuestiones naturales* III 26, 6-8; PLINIO, XXXI 55).

374 Acates significa «ágata» en griego *(achátēs);* la piedra dio nombre, por tanto, al río.

375 En efecto, las ágatas arborizadas *(vid. infra*, nota 377) encierran dibujos cristalizados parecidos al musgo, debidos a infiltraciones de hierro, manganeso o bitumen; otras ágatas semejan paisajes de la naturaleza. Se decía que este tipo de ágata conviene a quienes administran toda clase de asuntos y que concede la prosperidad a sus propietarios *(Declaraciones lapidarias de Orfeo*, 3; *Lapidario de Sócrates* y DIONISIO, 41). Todas las épocas han conocido un cierto número de piedras en las se pretendía reconocer alguna figura o escena «autóglifa» (J.-B. THIERS, *Traité des superstitions*, I, París, 1741, 344), pero la historia del anillo de Pirro es, desde luego, demasiado fantástica: véase H. BLÜMNER, *Technologie und Terminologie der Gewerbe und Künste*

bei Griechen und Römern, III, Leipzig, 1884, pág. 261; E. BABELON, *Catalogue des Camées antiques et modernes de la Bibliothèque Nationale*, París, 1897, XII-XIII (WILLE, *Musica romana…*, 588, se equivoca al aceptarla como veridica). No menos fabulosa resulta la información de que, en Asia Menor, el río Sangario arrastraba guijarros que mostraban la imagen de la Madre de los Dioses (PSEUDO PLUTARCO, *Sobre los ríos* 13).

376 La imaginación popular había atribuido virtudes mágicas para combatir el veneno del escorpión a numerosos productos de origen animal, vegetal o mineral, entre los que figuraban distintas ágatas; la nómina de los mismos puede encontrarse en BEAVIS, *Insects…*, 30-31.

377 Esta piedra era conocida por los griegos como *dendrachátēs* o ágata con arborescencias. La atribución de efectos sedantes a dichas ágatas forma parte de las creencias antiguas sobre las virtudes de ciertas piedras: véase, a modo de ejemplo, SOLINO, 7, 4 (la galactita); 15, 24 (la esmeralda); 30, 33 (el jacinto), etc.

378 Era la llamada *antachátēs o* antiágata (PLINIO, XXXVII 139), que se suponía una piedra diferente a las ágatas; estos sahumerios se empleaban para tratar las tercianas y cuartanas *(Lapidario de Sócrates* y DIONISIO, 40).

379 Es decir, ágata color de sangre.

380 La longitud calculada por los griegos para el contorno de Sicilia era, por consiguiente, de unos 555 kilómetros.

381 Veinticinco millas, alrededor de 37 km. Es el archipiélago formado por las islas llamadas Lípari o Eolias. La noticia sobre una comunicación subterránea entre el Etna y las Lípari deriva de Trogo (JUSTINO, 4, 1).

382 La isla «sagrada», nombre dado por los griegos. Lípara es la moderna Lipari, y Hiera la actual isla de Vulcano.

383 Es decir, tiene forma redondeada; por ello precisamente recibió su nombre de *strongýlē* («redonda»), como recuerda ESTRABÓN, VI, 3, 11 (C 276). Es la famosa isla de Stromboli.

384 Dídima, llamada Dídimo por otras fuentes, es la actual isla de Salina. El nombre correcto de Erifusa fue Ericusa (hoy Alicudi). Fenicusa recibió más tarde el nombre de Filicudi, y Evónimo el de Panaria.

385 Denominado, por lo general, con la forma Tomaro o Tmaro *(vid. infra*, SOLINO, 7, 3), es la gran montaña que cierra hacia el suroeste el valle donde se alza el santuario de Dodona.

386 Así nos la describe magistralmente nuestro cultísimo JUAN DE MENA *(Laberinto de Fortuna* XLV, d-h): «Epiro e su fuente la muy singular / en la qual, si fachas queriendo provar / muertas metieren, se ençienden de fuego, / si bivas las meten, amátanse luego, / ca puede dar fuegos e fuegos robar». Se trata de la famosa fuente intermitente, porque dejaba de fluir a mediodía, nacida al pie de la encina sagrada de

Dodona, que calentaba todo lo que sobre ella se colocaba (ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 148 GIANNINI; LUCRECIO, VI 879-889; PLINIO, II 228; POMPONIO MELA, II 43; AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, XXI 5, 1; ISIDORO, *Etimologías*, XIII 13, 10; SERVIO DE DANIEL, *Coment. a Virgilio, Eneida* III 466). La fábula se hallaba en relación con el primitivo numen de aquel paraje, que fue una divinidad acuática local reemplazada más tarde por Zeus, bajo la advocación de Zeus Naios («que corre o mana»); como fenómeno paradójico tuvo otros paralelos: TEOPOMPO DE Quíos *(F Gr Hist* 115 F 268 a) escribió que en el territorio de los agrieos de Tracia los carbones de leña se apagaban si eran aireados por los fuelles, mientras que mojados con agua ardían vivamente.

387 El término galactita proviene del griego *gála*, «leche». Es probable que la piedra designada con este nombre fuese algún tipo de creta, o quizá un carbonato de aluminio y sodio que triturado y disuelto en agua producía un líquido parecido a la leche. Se le atribuyeron poderes para fomentar la secreción láctea en las hembras de los animales, así como la virtud de aplacar la cólera y provocar el olvido; se usaba también, como ungüento, para tratar las heridas y el flujo de los ojos: cf. *Lapidario Órfico*, 191-229; *Declaraciones lapidarias de Orfeo*, 2; DAMIGERÓN-EVAX, 34; DIOSCÓRIDES, *Sobre materia médica* V 132. Siglos más tarde, en toda Europa, madres y amas de cría siguieron portando un colgante hecho de algún material de color blanco (hueso, marfil, selenita, alabastro, coral, calcedonia), al que denominaban «piedra de leche»: *vid.* SELIGMANN, *Die magischen Heil- und Schutzmittel…*, 261-263.

388 La realidad es que PLINIO (IV 13) señala que en Acaya hay nueve montañas, la más alta de las cuales es el monte Esciesa. Con auténtica imaginación, Solino ha hecho de ese nombre una comarca con nueve prominencias y, valiéndose de la etimología griega de Esciesa (= *skióessa*, «umbría, sombría»), ha ideado toda la historia de la impenetrabilidad del lugar.

389 El culto de Poseidón en el santuario del cabo Ténaro, hoy Matapán, poseía carácter «ctónico» y mántico. Se creía que allí estaba una de las entradas al mundo infernal. SERVIO *(Com. a Virgilio, Geórgicas* IV 466) asegura que allí se mostraba la sima por donde, según la tradición, Hércules salió de los infiernos guiado por Cerbero.

390 De 664/63 a 661/60.

391 Toda la famosa historia de Arión el de Metimna figura en HERÓDOTO (I 23-24). El historiador griego señala que la escultura, que representaba a un hombre sobre un delfín, fue dedicada como exvoto por el mismo Arión y se hallaba en el Ténaro, seguramente en el santuario de Poseidón. Por ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XII 45) sabemos que, efectivamente, en el bronce figuraba una inscripción. Arión gozó del rango de divinidad local en Metimna; pero la figura del hombre sobre el delfín pertenece a la esfera religiosa y debía encarnar, en el ceremonial de Ténaro, a Poseidón, Apolo o Cérano; cf. B. S. RIDGWALL, «Dolphins and Dolphin-Riders», *Archaeology* 23 (1970), 86-95. Sobre esta y otras historias de delfines *vid. infra*, SOLINO, 12, 7-12.

392 Ciertamente, la batalla de Leuctras, en el 371 a. C., acabó con la hegemonía espartana. Pero Leuctras está en Beocia, en territorio de Tespias. Solino la ha confundido con Leuctro o Leuctra (hoy Levtro), antigua ciudad de la costa occidental de Laconia.

393 Solino se equivoca nuevamente atribuyendo a la Amiclas de Laconia una historia perteneciente a la Amiclas/Aminclas de Italia *(vid. supra*, nota 294). Existieron tres versiones sobre el silencio guardado por Aminclas: como los habitantes de la ciudad eran pitagóricos, observaban la prohibición de matar animales y mantenían un silencio ritual de carácter iniciático, de manera que al ser atacados por las serpientes permitieron que les mordiesen y aceptaron resignadamente la muerte. Se decía también que desaparecieron por su excesivo recato, porque soportaban las ofensas de sus vecinos y callaban. Se contaba, por último, que durante una guerra hubo tal número de falsas alarmas que una ley prohibió avisar de la llegada del enemigo; y cuando aquélla se produjo, nadie lo comunicó por obedecer la ley (SERVIO, *Coment. a Virgilio, Eneida* X 564); acerca de estas tradiciones tarentino-pitagóricas véase M. CORSANO, *Glaukos. Miti greci di personaggi omonimi*, Roma, 1992, págs. 149-166. En virtud de la leyenda, las expresiones «guardar más silencio que Amiclas» o «perderse por un silencio amicleo» pasaron al repertorio de los proverbios latinos: véase OTTO, *Die Sprichwörter…*, pág. 24, en la voz *Amyclae*.

394 De este espartano se recordaba que, en un combate que enfrentó a 300 argivos y 300 lacedemonios, fue el único superviviente, y que por no sufrir la afrenta de ser el único que regresara con vida, se dio muerte en el campo de batalla. Según otra versión, aún le quedaron fuerzas, antes de morir a causa de las heridas, para levantar con las armas y despojos de los enemigos un trofeo conmemorativo de la victoria, cuya inscripción trazó con su propia sangre: *vid*. F. J. FERNÁNDEZ NIETO, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia, II. Los instrumentos materiales de los convenios, Santiago*, 1975, págs. 33-39.

395 No sabemos cómo construyó Solino esta noticia, pero, desde luego, nunca hubo en Terapne culto a Ártemis (Diana). Me inclino a considerar que después de Terapne se ha producido una laguna en el texto. En efecto, en la antigua población de Pítane, que Solino cita a continuación, Ártemis fue la diosa titular de dos importantes santuarios. Seguramente, la mejor solución para este pasaje sería traducir: «Terapne†…..† y el primer sitio donde hubo culto a Diana, Pítane, a la que el filósofo estoico Arcesilao, allí nacido, etc.»

396 Un manifiesto error. El filósofo Arcesilao, fundador de la llamada Academia media, fue natural de Pítane de Misia, ciudad del territorio eolio de Asia Menor, y no de esta Pítane del Peloponeso.

397 Ciudades de Mesenia; Antea es un error por Antene.

398 Tírea fue una pequeña aldea que dio nombre a un territorio oriental del Peloponeso, la Tiréatide, disputado durante siglos por argivos y lacedemonios. La fama de la región proviene del encuentro entre 300 componentes de cada ejército *(vid. supra*,

nota 394), que ocurrió alrededor del año 545 a. C. y no, como señalan Solino y otras fuentes, en el siglo VIII, atribuyéndolo equivocadamente a la época de la primera Guerra Mesénica.

399 Ínaco era considerado el primer rey de Argos y fundador del linaje de los héroes argivos, los llamados Ináquidas. Se le atribuía asimismo el haber enseñado a la población el cultivo de los campos.

400 *Vid. supra*, notas 5 y 28. En efecto, se consideraba que Evandro procedía de esta ciudad de Arcadia, donde recibía un culto especial: M. JOST, *Sanctuaires et cultes d'Arcadie* (École Française d'Athènes, Études Péloponnésiennes, IX), París, 1985, págs. 197-199, 537.

401 En estos montes eran venerados Hermes, Zeus y Pan, así como algunas ninfas. La leyenda señalaba que habían sido su cuna, por lo que todos ellos recibían culto en pequeños santuarios rupestres.

402 Se refiere a uno de los trabajos del héroe, el combate que mantuvo contra el jabalí del monte Erimanto.

403 Puesto que el Ladón, afluente del Alfeo, era el río que surcaba el interior de Arcadia, conspicua morada del agreste numen.

404 Es cierto que el mirlo no es siempre negro y que los ejemplares blancos abundan más de lo que parece (CAPPONI, *Ornithologia…*, pág. 335). Lo que resulta llamativo es que su presencia se encuentre circunscrita por los autores antiguos al ámbito de este monte, información que viene apoyada por la autoridad de ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* IX 617a). Se ha dicho que podría tratarse de un caso de albinismo hereditario o incluso de una estirpe de mirlos blancos propia de la región, pero la noticia más bien parece una invención que pretendía destacar la naturaleza mágico-bucólica del monte Cilene. Fue transmitida antes por PSEUDO ARISTÓTELES *(Relatos maravillosos* 15), por el cirujano y zoólogo Sóstrato (en ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* V 27), por PLINIO (X 87) y por PAUSANIAS (VIII 17, 3).

405 Esta explicación sobre el origen de los Juegos Ístmicos es incorrecta. Los griegos hablaban de una periodicidad quinquenal para ciertas fiestas, lo cual significa, según nuestra forma de contar, que se celebraban cada cuatro años; pero los festivales Ístmicos eran «trietéricos», es decir, se convocaban cada dos años. Solino o su fuente suponían que tales juegos funcionaron igual que las Olimpiadas, idea que constituye un error bastante extendido (la misma confusión en PLINIO, IV 18).

406 Entre 584/3 y 581/0. Esta fecha (seguramente el año 580) se confirma por otras fuentes, pero lo más probable es que corresponda a la auténtica fundación o reorganización, pues hasta entonces los festivales Ístmicos no serían mucho más que una celebración local. El protagonista de este brillante renacimiento pudo ser el tirano Periandro: *vid.* E. WILL, *Korinthiaka. Recherches sur l'histoire et la civilisation de Corinthe des origines aux guerres médiques*, París, 1955, págs. 378 s., 438 s., 547.

407 Cuatro millas, menos de 6 km.

408 La *Akté* era sólo una parte del Ática, constituida por la pequeña península occidental que estaba al sur del Pireo, la meseta de Muniquia (LICURGO, 17). Pero su epónimo Acteón o Acteo pasaba, según algunos autores, por haber sido rey de todo el territorio, por cuya causa el Ática entera fue llamada Acte.

409 Estas rocas se hallaban junto a la ruta costera de Mégara a Cromnio. La leyenda narraba que Escirón asaltaba a los caminantes y los arrojaba por el acantilado, hasta que halló muerte a manos de Teseo.

410 Perseguida por la cólera de Hera, Ino, hija de Cadmo y esposa de Atamante, acabó precipitándose con su hijo en el mar. Como diosa marina recibió el nombre de Leucotea; Palemón, su hijo, fue conocido también con el nombre de Melicertes. Su cadáver fue conducido por un delfín hasta Corinto y en su honor se fundaron los Juegos Ístmicos.

411 La miel del Himeto, obtenida del tomillo (PLINIO, XXI 57), fue un artículo comercial muy apreciado: véase OTTO, *Die Sprichwörter…*, 169, en la voz *Hymettus*.

412 La fuente Calírroe, situada al suroeste de la Acrópolis, junto al cauce del Iliso, fue también llamada *Enneacruno* o de los nueve caños después de la reforma practicada por Pisístrato (R. TÖLLE-KASTENBEIN, «Kallirrhoe und Enneakrunos», *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts* 101 [1986], 55-73). El nombre de Crunesco, según E. CURTIUS, «Die Quellen der Akropolis», *Hermes* 21 (1866), 199 s., remite al término griego *krouniskos*, con el que los atenienses solían denominar a la fuente urbana de la Clepsidra, conocida asimismo por Empedo.

413 Solino comete el error de considerar al cabo Sunio como una isla: seguramente no entendió bien el pasaje de PLINIO (IV 62) acerca de la isla Helena, distante cinco millas de Sunio, o bien el ejemplar de su manuscrito pliniano presentaba aquí una falta o laguna. Además, nuesto autor se deja llevar por la exageración, puesto que Ceos es una de las islas Cícladas y Cos se halla frente a Caria, en la costa de Asia Menor.

414 Efectivamente, en Cos se confeccionaban ciertos tejidos, llamados «vestidos de Cos», con la fibra de los capullos de una mariposa parecida al gusano de seda (una variedad salvaje del mismo, que procedía de Asiria; cf. BEAVIS, *Insects…*, págs. 140-147). El tejido era muy fino y transparente; teñido con púrpura o bordado en oro alcanzaba altos precios. Solían utilizarlo las cortesanas: H. WEBER, «Coae vestes», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts* (Abt. Istanbul), 19/20 (1969/1970), 249-253.

415 El mito describía cómo Anfión y Zeto habían construido los muros de Tebas por mandato de Hermes y que las piedras se habían movido a los acordes de la lira de Anfión (instrumento recibido de una divinidad). El escepticismo de Solino sigue las ideas de PAUSANIAS (IX 5, 6-8), el cual alegaba que Homero nada sabía de que Anfión edificase la muralla al son de la lira; fue el autor del poema épico *Europa* (¿Eumelo?) quien afirmaba que piedras y fieras le seguían detrás cuando tocaba.

416 Solino es el único escritor antiguo que señala a Cadmo como descubridor de

ambas fuentes, cuando la tradición coincide en que fue Pegaso, el caballo de Belerofonte, el que hizo aflorar con su pezuña la fuente Hipocrene. A juzgar por la grafía *Hippucrene*, nuestro autor manejó alguna fuente «paradoxográfica» que había transcrito el nombre directamente del griego *(Híppou krḗnē)*. Ambos veneros estaban consagrados a las Musas del Helicón. Nuestro autor se muestra aquí irónico con esas dos versiones, y lo cierto es que la tradición tardía acumuló exageradamente sobre la figura de Cadmo y su «invención» del alfabeto «el descubrimiento» de otros muchos adelantos (la elaboración del oro y del bronce, la extracción del metal, la cantería, las obras de regadío, la introducción de la lira, del casco y del escudo).

417 Se refiere al juramento y ceremonias realizadas por los caudillos griegos en Áulide, antes de partir hacia Troya. El pasaje constituye una reminiscencia virgiliana *(Eneida* I 159-160) y Solino está imitando la descripción de la isla y del puerto que encontró Eneas en las costas de Libia.

418 En infinidad de autores antiguos, esto mismo se afirmaba de otras ramas del pueblo griego.

419 La misma noticia figura en ESTRABÓN (IX 2, 13 [405]) y en PLINIO (IV 27). Sin embargo, el río Cefiso —que no debe confundirse con su homónimo del Ática— desembocaba en el lago Copais, y sólo a través de un canal artificial de drenaje, que llegaba hasta Larimna, podía el lago desaguar en el mar.

420 Solino sigue ahora a MELA (II 46), el cual ya documentaba la existencia de un santuario de Anfíarao en Ramne (Ramnunte), aunque el más famoso templo de este héroe del ciclo tebano se hallaba en Oropo. En cualquier caso, ambos distritos pertenecían al Ática y no a los beocios (aunque Oropo hubiera formado parte, en otros tiempos, de Beocia). El *Anfiareion* de Oropo constituía un santuario especialmente venerado, y el mismo Estado romano reconoció en el año 73 a. C., mediante un senadoconsulto, la divinidad de Anfiarao, que apareciéndose durante el sueño a los pacientes impartía oráculos y sanaba enfermedades. Por otra parte, aquí en Ramnunte existía un segundo santuario dedicado a Némesis con una gran estatua marmórea de la diosa atribuida por algunos a Fidias, aunque más bien fue obra de Agorácrito de Paros: *vid*. ESTRABÓN, IX 1, 17 (C 396); PLINIO, XXXVI 17; PAUSANIAS, I 33, 3; ZENOBIO, V 82; *Proverbios de Mantisa* II 76 (LEUTSCH-SCHNEIDEWIN II, 769); HESIQUIO, *s.v. Rhamnousían;* léxico de la *Suda, s.v. Rhamnousía Némesis*.

421 Sobre el motivo de los animales fecundados por el viento *vid. infra*, SOLINO, 23, 7.

422 Según ANTÍGONO DE CARISTO *(Colección de historias curiosas* 39 GIANNINI), fingen unas convulsiones de tipo epiléptico para entretener y engañar a los pajareros.

423 Todos estos detalles acerca de las perdices remontan, en última instancia, a ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* V 541 a; VI 560 b; IX 613 b-614 a) y contienen una serie de errores (no es cierto que cambien la puesta, ni que fortifiquen el nido ni que los machos destruyan los huevos o sometan a sus apetitos a los vencidos;

CAPPONI, *Ornithologia…*, 397-399). Fueron extractados por ANTÍGONO DE CARISTO (81 GIANNINI), por PLINIO (X 100-103) —de quien depende Solino— y por ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* III 16; X 35; XVII 15). Otros datos figuran también en ATENEO (IX 389 a-f) y PLUTARCO *(Obras morales* 971 C). De todos ellos se hicieron eco, naturalmente, los bestiarios posteriores (MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario…*, págs. 93-96).

424 El pasaje encierra una alusión irónica a los poetas, tanto más cuanto que la expresión *Centaurorum stabulis immorari* posee también el sentido de «hospedarse en las cuadras de los Centauros».

425 Solino sabía que en la literatura antigua la voz Olimpo había sido empleada como sinónimo de *caelum* (APULEYO, *Sobre el mundo* XXXIII 362: «al lugar donde reside la divinidad lo llaman los griegos cielo, pero también Olimpo, porque está libre de oscuridad y agitación; está libre del manto de las nubes, de la nieve, de los vientos, de la lluvia»; LACTANCIO, *Instituciones divinas* I 11, 35: «Olimpo es una palabra de doble significado: significa 'monte' y 'cielo'»). Pero nuestro autor es el único que trata de explicar el hecho (junto con el PRIMER MITÓGRAFO VATICANO, II 90, 7) recurriendo a la extraordinaria altura del monte.

426 No existen, empero, indicios arqueológicos de un culto a Zeus en la cumbre del Olimpo, aunque sí hay restos de un altar en una de las alturas contiguas. O los supuestos altares del Olimpo han desaparecido, o la cumbre vecina se consideraba la principal, o, lo que es más probable, la cima era tomada sólo como morada de Zeus y no contenía instalaciones para el culto. Puede verse, al respecto, J. SCHMIDT, *Heilige Berge Griechenlands in alter und neuer Zeit* (Texte und Forschungen zur byz.-neugriech. Philologie, XXXVII), Atenas, 1940. Los datos relativos a las ofrendas, que figuran ya en PLUTARCO (fragm. 191 SANDBACH), son seguramente una trasposición al Olimpo de las leyendas relativas al monte Cilene: los peregrinos que visitaban esa cima de Arcadia contaban que los restos y cenizas de los sacrificios tributados a Hermes estaban igual de un año para otro, pues el lugar se hallaba por encima de las nubes y a salvo del viento y de la lluvia (GÉMINO, *Introducción a los fenómenos* XVII 3). Otro tanto se contaba del Atos: *vid. infra*, notas 538 y 681.

427 Es decir, Filipo II, padre de Alejandro Magno.

428 Solino ha confundido la Metona (o Motona, como él escribe) de Magnesia con la Metona de Macedonia, también llamada la Metona tracia. Ciertamente esta última fue cercada por Filipo en los años 355/4 a. C. para debilitar el dominio ateniense en la costa macedonia. Ambas ciudades distaban unos 150 km. Motona fue tanto el nombre original de una ciudad mesenia —pero llamada por algunas fuentes Metona— como la denominación alternativa que recibió la Metona de Magnesia; sin embargo, nunca se aplicó a la Metona de Macedonia que asedió Filipo.

429 La historia figura asimismo en DURIS DE SAMOS *(F Gr Hist* 76 F 36), JUSTINO (VII 6, 14), ESTOBEO (III 7, 67) y ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* IX 7).

Según PLUTARCO *(Obras morales* 307 D), el autor del disparo fue Áster de Olinto, quien exclamaría mientras la arrojaba: «Áster remite a Filipo una saeta mortal». El léxico de la *Suda (s.v. Káranos)* señala que Áster escribió ese mensaje en la propia flecha, y que Filipo le hizo llegar otra saeta en la que replicaba: «Filipo, si coge a Áster, lo colgará». Y, en efecto, cuando terminó el asedio y el rey de Macedonia irrumpió en la ciudad, buscó a Áster y lo ahorcó. La herida fue curada por el médico Critóbulo de Cos, que logró salvar el ojo (PLINIO, VII 124). Lo cierto es que al ser descubierta la tumba de Filipo (1977-1978) en la necrópolis de Egas, cerca del actual pueblo de Vergina, apareció una imagen del monarca (pequeña cabeza de marfil), que muestra una cicatriz vertical en la ceja derecha: *vid.* M. ANDRONIKOS, «La nécropole d'Aigai», en M. B. HATZOPOULOS, L. D. LOUKOPOULOS (eds.), *Philippe de Macédone*, Friburgo de Suiza, 1982, pág. 215, lám. 119. Es muy probable, por consiguiente, que esa herida se la produjera una flecha en el asedio de Metone —a juzgar por la efigie, no parece que perdiese el ojo, tal como afirman algunas de las fuentes— y que posteriormente se forjase la leyenda de que el autor del disparo había encaminado el proyectil, con una serie de palabras grabadas («de Áster: hiere en el ojo a Filipo»), hacia la persona del rey macedonio. Esto no tenía nada de fantástico, puesto que en algunas batallas y asedios antiguos era frecuente que los contendientes intercambiasen proyectiles en los que se inscribía el nombre del destinatario (a menudo, generales o jefes enemigos) y la parte del cuerpo donde se deseaba que hicieran impacto.

430 Esta ciudad se hallaba a 50 km. de la Metona de Magnesia; había sido, según Homero, la patria de Filoctetes, el más diestro de los griegos manejando el arco.

431 Tampoco esta indicación es exacta, aunque el error figura ya en PLINIO (IV 32), a quien sigue nuestro autor. Dicha fuente, propiamente llamada Libetra, no estaba en Magnesia, sino en Pieria de Macedonia, al pie del Olimpo, junto a la ciudad de Libetra (POMPONIO MELA, II 36).

432 Una milla y media, equivalente a algo más de dos kilómetros.

433 Esta noticia sobre las minas de plata y oro de Macedonia, entre las que destacaban las de Disoro, Pangeo y Crenides, es puramente erudita, puesto que la importancia de aquellos pozos parece haber acabado hacia el final de la época republicana. Es cierto que TITO LIVIO (XLV 18, 3; 29, 11; 40, 1-2) asegura que tras la derrota de Perseo en Pidna, en el año 168 a. C., todas las minas pasaron al Estado romano, el cual obtenía con su arrendamiento un *ingens vectigal;* pero también ocurre que nadie habla ya de ellas en época imperial ni hay tampoco inscripciones que nos permitan pensar que después de la República todavía continuó la explotación (cf. S. CASSON, *Macedonia, Thrace and Illyria*, Oxford, 1925, 59 ss.). Muchas de estas minas ya se habían abandonado en época de los Antigónidas, aunque eventualmente algunos reyes macedonios, como Filipo V, intentaron reaprovecharlas: véase A. GIOVANNINI, *Rome et la circulation monétaire en Grèce au IIe siècle avant Jésus-Christ* (Schweizerische Beiträge zur Altertumswissenschaft, Heft 15), Basilea, 1978, pág. 87.

434 Los orestas, que habitaban esta comarca, eran uno de los pueblos ilirios del

Epiro que en el siglo IV cayeron bajo el dominio macedonio. La explicación del nombre es una fábula inventada por los propios macedonios, que fue divulgada por TEÁGENES DE MÉGARA *(FGrHist* 774 F 10).

435 Flegra es el nombre antiguo de la península calcídica de Palene, territorio que tanto se consideraba parte de Macedonia como de Tracia. Se decía que allí vivieron los gigantes y en los alrededores de la misma se localizaba, por la mayoría de los mitógrafos, el campo de batalla entre éstos y los dioses del Olimpo. El suelo de la península es de naturaleza volcánica; es posible que las tormentas y los seísmos pusieran al descubierto algunos restos fósiles animales. *Vid. supra*, nota 156.

436 Ciertamente los escritores grecorromanos precristianos hablaban de tres diluvios míticos: uno en época de Ogiges, otro en tiempos de Deucalión y el último durante el reinado de Dárdano, pero el auténtico cataclismo enviado por Zeus como castigo, que cubrió todos los campos y montes y acabó con los hombres, fue el segundo. A él se refiere este pasaje, puesto que el refugio de Deucalión se fijaba precisamente en la zona montañosa que nos ocupa (común a Epiro, Tesalia y Atamania) y porque el propio Solino así lo declara unas líneas más abajo, al hablar de Macedón (G. A. CADUFF, *Antike Sintflutsagen*, Gotinga, 1986, 50). Sobre las ideas orientales y griegas relativas a los diluvios véase J. DUCHEMIN, «La Création et le Déluge chez Ovide: recherche sur les sources grecques et orientales du mythe», en *Letterature comparate. Problemi e metodologia. Studi in onore di Ettore Paratore*, Bolonia, 1981, págs. 549-580 (= DUCHEMIN, *Mythes grecs et sources orientales*, París, 1995, págs. 291-323).

437 Egas, cuyo nombre se hace derivar de *aîges* («cabras», para lo cual se ideó el recurso etiológico al oráculo), fue la más antigua residencia real de Macedonia antes del traslado de la corte a Pela y contenía el cementerio de los reyes macedonios. Recibió más tarde el nombre de Edesa.

438 Cárano figuraba en la leyenda como el antepasado de la casa real Macedonia, que históricamente empieza con Perdicas I. La fábula se formó en época de Arquelao y en su creación tuvo que ver Eurípides: A. MOMIGLIANO,«La leggenda di Carano, re di Macedonia», *Atene e Roma* N.S. 12 (1931), 203-210 (= *idem, Quinto Contributo alla Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico*, II, Roma, 1975, págs. 425-433).

439 Entre 692/1 y 689/8 a. C.

440 No es cierto que Alejandro sucediera a Perdicas I. De los primitivos reyes históricos de Macedonia, conocemos solamente la lista establecida por Heródoto y los cronógrafos, cuyo orden es: Pérdicas I, Argeo, Filipo, Europo, Alcetas, Amintas, Alejandro, Perdicas II. A partir de Amintas los datos transmitidos sobre esta dinastía, conocida como la de los Argeadas, son más seguros; en cambio, de los cinco primeros reyes casi nada sabemos; sólo que, como indica bien Solino, la secuencia se inició en la primera mitad del siglo VII a. C. *Vid.* K. ROSEN, «Die Gründung der makedonischen Herrschaft», *Chiron* 8 (1978), 1-27.

441 Amintas I es el primer rey de Macedonia de quien tenemos alguna información;

vivió en la segunda mitad del siglo VI (de 540 a 498 aproximadamente) y mantuvo relaciones con la Atenas de los Pisistrátidas y con el Imperio persa, al que hubo de someterse en el 512, al menos formalmente. Su hijo Alejandro I es, en verdad, quien encabeza la nómina de los grandes reyes de Macedonia que conocemos; vivió en la primera mitad del siglo V a. C. (entre 498 y 454) y durante su reinado puso en explotación algunos de los más importantes distritos mineros de Macedonia, acuñando moneda: de ahí la fama de su riqueza. Abrió además su reino a la cultura griega, su palacio a poetas y músicos, fue admitido en los Juegos Olímpicos, donde quizá alcanzó una victoria y dedicó una estatua, lo que hizo también en Delfos como diezmo del botín obtenido frente los persas. Por todo ello recibió más tarde el sobrenombre de Filoheleno. Los datos de Solino derivan, en este caso, de buena fuente. La noticia sobre la estancia de Píndaro en su corte no puede certificarse por otras fuentes, de modo que su fiabilidad queda en el aire: K. ROSEN, «Alexander I., Herodot und die makedonische Basileia», en *Zu Alexander d. Gr. Festschrift G. Wirth*, I, Amsterdam, 1987, pág. 50.

442 Solino ha saltado en la sucesión real a Perdicas II, hijo y sucesor de Alejandro I Filoheleno, que reinó de 454 a 414/3 a. C.; este monarca intervino en los asuntos griegos durante toda la guerra del Peloponeso.

443 Arquelao reinó de 413 a 400/399 a. C.; a él se atribuye una reforma militar, basándose en un texto de TUCÍDIDES (II 100, 2), así como el traslado de la capital de Egas a Pela. Lo de inventor de batallas navales parece ser la adaptación de alguna noticia referente a la ayuda prestada por Arquelao a Atenas, cuando envió maderas y piezas para la flota ateniense. Desde luego, Macedonia fue entonces un importante centro intelectual de Grecia: allí estuvieron Zeuxis, el poeta épico Quérilo de Samos, el trágico Agatón, el músico Timoteo de Mileto; Arquelao invitó a Sócrates y mantuvo contactos con Platón. En Pela residió también Eurípides, que escribió entonces *Las Bacantes* y compuso el *Arquelao*, obra perdida; el trágico ateniense murió en Macedonia entre los años 407 y 405; *vid*. G. WEBER, *Dichtung und höfische Gesellschaft. Die Rezeption von Zeitgeschichte am Hof der ersten drei Ptolemäer* (Hermes Einzelschriften 62), Stuttgat, 1993, págs. 46 s. La noticia sobre la victoria de Arquelao en los Juegos Olímpicos puede ser cierta, y Solino es el único autor que la menciona; MORETTI *(Olympionikai*, 110-111 [núm. 349]) la sitúa en la olimpiada del año 408.

444 En efecto, desde la muerte de Arquelao se sucedieron las intrigas y asesinatos, que llevaron sucesivamente al trono a Orestes, Europo, Amintas II y Pausanias. Por fin se hizo con el poder Amintas III, un nieto de Alejandro Filoheleno, que reinó de 393/2 a 370/69 a. C. Alejandro II, que sucedió a su padre, era el mayor de los hijos de Amintas III y de Eurídice; su reinado fue efímero (370/69 a 365), así como el de Perdicas III, su hermano (365 a 359). Véase, para la sucesión de Orestes hasta la muerte de Amintas III, D. A. MARCH, «The Kings of Macedon: 399-369 B.C.», *Historia* 44 (1995), 257-282.

445 La tradición señala que recibió la herida en el ojo derecho, aunque Solino, contrariamente a lo que ahora afirma, no precisó este dato en el pasaje anterior *(supra*, nota 429). La efigie del monarca macedonio hallada en Vergina presenta las huellas de

una cicatriz en la cuenca orbital derecha. La noticia sobre esta melodía o *Lied* de los ciclopes es presumiblemente de origen «paradoxográfico» (WILLE, *Musica romana*..., pág. 591).

446 Este tipo de tradiciones acerca de la prodigiosa fecundación y nacimiento de Alejandro, que se crearon años después de su muerte para explicar la inmensidad de su figura, aparecen también en las leyendas de algunos héroes romanos, como César y Augusto; su proyección sobre el retrato histórico de Alejandro la aborda G. CARY, *The Medieval Alexander*, Cambridge, 1956, págs. 127, 184, 293 s., 308.

447 Calístenes de Olinto, historiador y filósofo, pariente de Aristóteles, fue preceptor y amigo de Alejandro, a quien acompañó en su expedición a Asia. Pero Calístenes murió en el curso de la misma, tras una serie de intrigas que le costaron la libertad y la vida. La historia del comportamiento inhumano de Alejandro hacia quien había sido uno de sus mentores fue calificada, especialmente por los filósofos, como uno de los grandes defectos del macedonio y una demostración del fracaso de Aristóteles y Calístenes al educarlo *(vid.* DIOGENES LAERCIO, V 5; TACIANO, *Discurso a los griegos*, 2).

448 Hiberia y Albania eran dos regiones, situadas en la parte oriental del Cáucaso, que estaban englobadas en las satrapías superiores.

449 Dioniso y Heracles. El límite de estas dos expediciones míticas se indicó mediante los altares a los doce dioses, levantados por Alejandro en el río Yaxartes, en el extremo de la Sogdiana, hasta donde habían llegado también Semíramis y Ciro. Ambas correrías divinas actuaron como acicate para Alejandro: *vid.* F. SCHACHERMEYR, *Alexander der Große. Das Problem seiner Persönlichkeit und seines Wirkens* (Österreichische Akademie der Wissenschaften, Philologisch.-Historische Klasse, Sitzungsberichte, 285. Bd.), Viena, 1973, págs. 407-413.

450 El nombre, según PLINIO (XXXVII 180), era «peanítide» (del griego *paianítis* = «la que actúa como un peán»); también se la conocía como «geánide» (del griego *gaianís* = «la que viene de Gea o de la tierra»). Se decía que estas piedras llevaban en su interior a otras; eran, seguramente, distintos tipos de geodas, usadas como amuletos. La creencia en el poder fertilizante de ciertas piedras, como la «peanita», deriva precisamente de una idea expresada aquí por Solino, a saber, que la madre tierra es capaz de engendrar y hacer crecer *(gígnesthai, gignere)*, cual un organismo vivo, determinada clase de minerales: véase J. C. PLUMPE, «Vivum saxum, vivi lapides: The concept of 'living stone' in Classical and Christian Antiquity», *Traditio* 1 (1943), 1-14; R. HALLEUX, «Fécondité des mines et sexualité des pierres dans l'antiquité greco-romaine», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire* 48 (1970), 16-25; M. ELIADE, *Cosmología y alquimia babilónicas*, Barcelona, 1993, págs. 72-77.

451 La localización del sepulcro de Tiresias en Macedonia, como también hace PLINIO (XXXVII 180), es errónea, puesto que según la tradición más firme su tumba se encontraba en Beocia, en el monte Tilfusio, no muy lejos de Haliarto, junto al templo de Apolo Tilfusio.

[452] Una vida inmortal junto a su dios Zalmoxis (HERÓDOTO, IV 94; V 4-5): *vid.* I. G. COMAN «L'inmortalité chez les Thraco-Géto-Daces», *Revue de l'Histoire des Religions* 198 (1981), 247-278. Esta creencia facilitó el paso de aquellos pueblos al cristianismo.

[453] Sobre todos estos testimonios etnográficos descritos por Solino, que en gran parte remontan a Heródoto y algunos de los cuales se hallan atestiguados arqueológicamente (por ejemplo, el enterramiento de la mujer con el marido), puede verse W. TOMASCHEK, *Die alten Thraker. Eine ethnologische Untersuchung* (Sitzungsberichte der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften zu Wien, Philosophische.-historische Classe, Bd. 128), Viena, 1893, págs. 123-129; G. KAZAROW, «Zu Herodotos V, 4», *Philolog. Wochenschrift* 60 (1940), 410-411; T. TAYLOR, «Tracios, escitas y dacios, 800 a. C.-300 d. C.», en B. CUNLIFFE (ed.), *Prehistoria de Europa Oxford*, Barcelona, 1998, pág. 397; R. WERNER, «Aspekte der thrakischen Kultur», *Chiron* 29 (1999), 111 s. Los lamentos por los males que aguardan a los recién nacidos y el júbilo por la felicidad de los muertos, así como la poligamia y el sacrificio ritual de la esposa preferida eran costumbres tracias comentadas por HERÓDOTO (V 4-5) y extractadas por POMPONIO MELA (II 18-19), de quien tomó su información Solino; unas y otras llamaron la atención a numerosos escritores antiguos: EURÍPIDES, *Andrómaca* 215-217; MENANDRO, fr. 795 Körte-Thierfelder (= Estrabón VII 3, 4 [C 297]); NICOLÁS DE DAMASCO, *FGrHist* 90 F 117 = 40 GIANNINI; VALERIO MÁXIMO, II 6, 12; SEXTO EMPÍRICO, *Bosquejos pirrónicos* III 232; PARADOXÓGRAFO VATICANO, 26 GIANNINI; HESIQUIO, s.v. *Trausoí;* ESTEBAN DE BIZANCIO, *s.v. Getía;* ZENOBIO, V 25. La noticia sobre la venta de jóvenes para el matrimonio parece una trasposición al mundo tracio de lo que narra HERÓDOTO (I 196) a propósito de las costumbres de los babilonios, dato que recogen también otras fuentes y que asignan incluso a los asirios (NICOLÁS DE DAMASCO, *FGrHist* 90 F 103 w = Fr. 22 GIANNINI; ESTRABÓN, XVI 1, 20 [C 745]; ELIANO, *Historias varias* IV 1; MELA II 21; PARADOXÓGRAFO VATICANO, 51 Giannini).

[454] Detrás de esta noticia, que como las anteriores tomó Solino de MELA (II 21), puede reconocerse una antigua costumbre de los pueblos de las estepas, la de drogarse con los aromas de las semillas de cáñamo arrojadas al fuego. Se trata de un acto religioso de carácter chamánico, cuyo objetivo fue procurar mediante el éxtasis la purificación de la sociedad días después de producirse una muerte: *vid.* TH. HOPFNER, *Griechisch-Ägyptischer Offenbarungszauber. Seine Methoden*, II, 2 (Studien zur Palaeographie und Papyruskunde, hrsg. v. C. Wessely, XXIII, 2), Frankfurt, 1924, § 110, 174; K. MEULI, «Scythica», *Hermes* 70 (1935), 122-127; ELIADE, *El chamanismo…*, pág. 309. Era un rito practicado tanto por los escitas (HERÓDOTO, I 202; IV 75; MÁXIMO DE TIRO, XXI 6 d; Escolio a LUCIANO, *Relatos verídicos* 1, 23) como por los tracios (Mela y Solino; PSEUDO PLUTARCO, *Sobre los ríos, s.v. Hébros)*. El hecho se halla verificado materialmente, puesto que en una de las cámaras de la necrópolis de Pazyryk, en los montes Altai, excavada hacia 1950, aparecieron una bolsa de piel con semillas de cáñamo y un brasero lleno de piedras: TAYLOR, «Tracios, escitas y dacios», págs. 390-392. El

apelativo de *kapnobatas* («los que marchan en el humo»), que recibía entre los dacios un grupo de hombres piadosos que observaban prácticas ascéticas, podría también aludir a la competencia chamánica para realizar los sahumerios de la droga: *vid*. POSIDONIO, fr. 45 THEILER (= ESTRABÓN, VII 3, 3 [C 296]), y M. ELIADE, *De Zalmoxis à Gengis-Khan. Étude comparative sur les religions et le folklore de la Dacie et de l'Europe orientale*, París, 1970, pág. 50.

455 La cifra es obviamente una exageración (8,8 km), pues casi coincide con la altura del Everest; quizá el verdadero sentido del texto latino sea el de que hasta la cumbre se recorría un tramo de seis mil pasos, lo cual es lógico pensando que debía existir algún intrincado camino para franquear esta barrera montañosa.

456 Pequeño monte de la costa tracia, entre Maronea y Dorisco.

457 Situado en el territorio de la tribu tracia de los bístones, fue famoso por su riqueza en peces y aves acuáticas.

458 Tirida era una fortaleza tracia, no lejos de Abdera; fue conocida más tarde como una estación de la *Via Egnatia*, que atravesaba Macedonia hasta el Helesponto, con el nombre de *stabula Diomedis (Itinerario de Antonino* 331, 5). El lugar había sido considerado en la tradición abderita como residencia real de Diomedes, donde también se hallaba el establo con los caballos que comían carne humana y a los que se enfrentó Heracles para cumplir el octavo de los trabajos impuestos por Aristeo (ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* XV 25).

459 Es decir, 656/5-653/2 a. C.

460 Abdera fue patria de los filósofos Leucipo, Demócrito y Protágoras; su fundación mítica pasa por ser obra de un epónimo Abdero, compañero de Heracles, o de Abdera, hermana de Diomedes, como quieren POMPONIO MELA (II 29) y Solino. Sabemos que a mediados del siglo VI a. C. la ciudad fue colonizada por los habitantes de Teos, pero un siglo antes Timesio (o Timesias) de Clazómenas había conducido hasta allí una colonia, que fue luego rechazada por los tracios. Es a esta ocupación por parte de los clazomenios, a mediados del siglo VII, a la que alude Solino.

461 Dorisco era una llanura en la costa tracia, junto a la desembocadura del Hebro. Darío había construido allí un refugio para alojar a una guarnición persa durante la expedición escítica (513/2 a. C.), pero el lugar era famoso porque Jerjes, en el 480, hizo formar a todo su ejército y fue calculando el número de soldados mientras desfilaban en destacamentos de diez mil hombres; todo ello figura en HERÓDOTO, VII 59-60.

462 *Aenus*, colonia de los eolios en las bocas del Hebro (M. F. MAY, *Ainos, its History and Coinage*, Oxford, 1950). Según la tradición, el cuerpo de Polidoro, el más joven de los hijos de Príamo y Hécuba, había desaparecido, arrojado al mar por el rey tracio Poliméstor, aunque en algunas versiones el cadáver llegase a la costa. Sólo VIRGILIO *(Eneida* III 45-68), a quien siguen PLINIO (IV 43) y Solino, ligó esta historia a la leyenda de Eneas y dejó que fuera enterrado aquí por Poliméstor.

463 Es decir, escitas «agricultores»; recibieron esa denominación de los griegos

(arotḗr = «labrador»).

464 Debido a su nombre de Gerania (Gérana era el nombre de la princesa de los pigmeos; *géranos* = «grulla»), esta antigua ciudad, llamada por los escitas Katudsa, fue señalada como uno de los escenarios a los que se traspasó el relato homérico de la guerra entre las grullas y los pigmeos. La leyenda se situaba también en otras partes del mundo antiguo, e incluso en la India. Sobre toda esta historia, sus trasferencias y equivalencias, véase A. PISCHINGER, *Der Vogelzug bei den griechischen Dichtern der klassischen Altertums. Ein zweiter Beitrag zur Würdigung des Naturgefühls in der antiken Poesie*, Eichstätt, 1904, págs. 27-32; R. HENNIG, «Der kulturhistorische Hintergrund der Geschichte vom Kampf zwischen Pygmäen und Kranichen», *Rhein. Museum* 75 (1932), 20-24; P. JANNI, *Etnografia e mito. La storia dei Pigmei* (Filologia e critica, 30), Roma, 1978; A. BALLABRIGA, «La malheur des Nains. Quelques aspects du combat des grues contre les Pygmées dans la littérature grecque», *Rev. des Études Anciennes* 83 (1981), 57-74; *idem, Le Soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaîque*, París, 1986, 190-192. El episodio grullas/pigmeos adquirió un carácter burlesco en las representaciones plásticas, que remedaban los combates de la epopeya o las luchas de los héroes contra monstruosos pájaros: J.-P. CEBE, *La caricature et la parodie dans le monde romain antique des origines à Juvenal* (BEFAR, Fasc. 206), París, 1966, págs. 347-348; V. DASEN, *LIMC*, VII, 1, 594-601, s.v. *Pygmaîoi*. El erudito árabe al-Qazwini (s. XIII), autor de un diccionario geográfico, describe la peripecia de un náufrago que, llegado en una balsa a la Isla de los enanos, tuvo que ayudar a sus habitantes a luchar contra las grullas, que habían dejado tuertos a muchos de ellos; toda la narración se halla directamente inspirada en la fábula clásica (A. ARIOLI, *Islario maravilloso. Periplo árabe medieval*, Madrid, 1992, págs. 90, 181).

465 En realidad, las grullas se reúnen en los territorios del norte de Europa para formar grandes bandadas, ya avanzado el otoño, y salen en dirección sur para invernar en el Mediterráneo y norte de África. De ahí que la grulla fuese, para los antiguos, el ave que anunciaba el invierno: A. SAUVAGE, *Étude de thèmes animaliers dans la poésie latine. Le cheval-Les oiseaux* (Coll. Latomus, vol. 143), Bruselas, 1975, págs. 220-221.

466 Efectivamente, durante las migraciones los grandes bandos de grullas, que vuelan en formaciones de miles de individuos, se fragmentan en pequeños grupos de diez o quince especímenes dispuestos en un típico despliegue en forma de V, aunque también vuelan a veces en semicírculo, en forma de cuarto creciente. Esto les permite ahorrar gran cantidad de energía, puesto que el ave que encabeza la marcha provoca una perturbación en el aire que se extiende hacia atrás y hacia los lados, como una estela, y facilita el avance del grupo. Se distinguen de las formaciones de cigüeñas porque las grullas emiten frecuentes chillidos durante el viaje. Se decía que Palamedes, inventor de ciertas letras del alfabeto griego, había ideado algunas —la lambda, la delta, la tau, la phi, la ípsilon— contemplando los movimientos y el vuelo de las grullas (FILÓSTRATO, *Heroico* 709-710 [pág. 309]; LUCANO, V 716; MARCIAL, XIII 75; NEMESIANO, *Fragm. sobre la caza de los pájaros* 15; AUSONIO, *Versos artificiosos* XIII 25). CICERÓN *(Sobre*

la naturaleza de los dioses II 125) recuerda que, cuando vuelan, estas aves dibujan la figura de un triángulo.

467 Todas estas fantásticas ideas sobre las grullas y su migración (que engullen arena y toman piedrecillas como lastre para nivelar su vuelo y no ser arrastradas por el aire, que cogen piedras en los pies y las van arrojando, para saber si vuelan sobre el mar o sobre tierra, que tienen centinelas y sostienen una piedra con una pata, para evitar dormirse) son bastante antiguas, aunque figuren por vez primera en ARISTÓFANES *(Aves* 1137, 1429), y responden a observaciones deformadas sobre la conducta de estos animales (cogen piedras con el pico, duermen sobre una pata y esconden el pico entre las plumas, algunos ejemplares velan, mientras el resto duerme). La relación de los numerosísimos autores clásicos que se hicieron eco de tales historias puede hallarse en PISCHINGER, *Der Vogelzug…*, págs. 16-36; D'ARCY W. THOMPSON, *A glossary of Greek birds*^{2}, Londres, 1936, págs. 68-75. Basándose precisamente en tales indicaciones, los bestiarios medievales alaban el sentido de la obligación y el espíritu de servicio de estas aves, su prudencia y humildad (MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario…*, págs. 85-90). También ALCIATO *(Emblema* XVII) propuso a la grulla como símbolo de la prudencia. Y por su forma de realizar las guardias, la grulla se representó, desde HORAPOLO *(Jeroglíficos* II, 94), como signo de la vigilancia (DEONNA, *Le symbolisme…*, 141).

468 Esta noticia no es real, pues durante toda la vida del animal las plumas siguen siendo grises (CAPPONI, *Ornithologia…*, pág. 280).

469 La denominación más frecuente es Criseoceras, que significa «cuerno de oro»; así se llamaba la península final del cabo Bosforio.

470 Equivale a 711 millas, 1052 Km.

471 Esta noticia descansa en PLINIO (IV 46) y parece proceder del cálculo de los miliarios de la *Via Egnatia*, que empezaba en Dirraquio y acababa en Tesalónica, sumándole la prolongación hasta Bizancio; *vid.* F. MOTTAS, «Les voies de communication antiques de la Thrace égéenne», en H. E. HERZIG, R. FREI-STOLBA (eds.), *Labor omnibus unus* (Historia Einzelschriften, Heft 60), Stuttgart, 1989, págs. 92-104.

472 La *regio Caenica*, donde vivía la tribu de los cenos, formó una de las llamadas *strategiae* (prefecturas militares) de la provincia romana de Tracia; *vid.* B. GEROV, «Zum Problem der Strategien im römischen Thrakien», *Klio* 52 (1970), 123-132.

473 Bicie, considerada palacio de los reyes tracios, era la principal ciudad de la tribu de los astas, perteneciente al grupo de los odrisas. Allí situaba la tradición antigua la morada del rey Tereo, casado con Procne, el cual violó a su cuñada Filomela. Ambas hermanas fueron metamorfoseadas en ruiseñor y golondrina respectivamente, mientras que Tereo se convirtió en abubilla. PAUSANIAS (X 4, 9) relata que en la ciudad focidia de Dáulide, donde las mujeres sirvieron a Tereo un banquete con la carne de su propio hijo, las golondrinas ni ponían ni empollaban huevos, ni hacían nidos en las techumbres de las casas.

474 El hombre antiguo creía, efectivamente, que las golondrinas auguraban los males venideros bien anidando en tiendas de campaña, bien retirándose de una acrópolis antes de ser expugnada (ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* X 34); ARTEMIDORO *(Interpretación de los sueños* II 66) avisa que soñar con ellas anuncia muerte prematura, duelo y pesares. De otras aves relacionadas con la adivinación, como las cornejas, se decía que no penetraban en la acrópolis de Atenas y raramente en los bosques sagrados o en los templos de Atenea (ANDRÓN, *FCrHist* 360 F 1; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* V 8; PLINIO, X 30). La noticia soliniana sobre la inmunidad de las golondrinas frente a las rapaces se halla en contradicción con PLINIO (X 73), el cual había escrito que el vuelo sinuoso y rápido no les impedía caer en sus garras. Sí es probable, en cambio, que nunca fueran presa de los cazadores de pájaros, pues la golondrina estuvo consagrada tanto a Afrodita/Venus como a los dioses Penates (KELLER, *Die antike Tierwelt*, II, 115), aunque algunos especímenes debían ser capturados para aplicaciones médicas y veterinarias (numerosos ejemplos en Plinio).

475 Se refiere al istmo que une al Quersoneso tracio con Europa, el cual discurre paralelo al Helesponto, cuya anchura es de unos seis kilómetros.

476 El *mélas kólpos* o «Golfo Negro» lo formaba el Egeo contra la costa del Quersoneso tracio.

477 Algo más de un kilómetro.

478 Seguramente el cabo Heles, a la entrada de los Dardanelos. El nombre Mastusia deriva, según un escolio, de su forma similar a un pecho femenino *(mastós)*.

479 Sin embargo, Cinosema no estaba donde dice Solino, sino en la parte opuesta, en Europa —en el Quersoneso tracio—, junto a la ciudad de Madito; allí se alzaba una señal de piedra, que servía de punto de referencia a los navegantes. El lugar se hizo también famoso por la victoria naval de los atenienses en el 411 a. C. Pero el monumento no tuvo en principio nada que ver con Hécuba; fue EURÍPIDES *(Hécuba* 1265-1273) quien contribuyó decisivamente a vincularlo con la leyenda troyana, fundiendo la historia de la transformación de la infortunada madre de Héctor en una perra gimiente, que quedó petrificada, con la etimología del topónimo *(kynòs sêma*, «sepultura del perro»); véase QUINTO DE ESMIRNA, XIV 347-353; ESTRABÓN, VII fr. 55; XIII 1, 28 (C 595); OVIDIO, *Metamorfosis* XIII 565-575; PÓLUX, V 45; léxico de la *Suda*, s.v. *kynòs sêma*.

480 Tampoco el templo/tumba de este héroe homérico de origen tesalio estaba en Asia, sino en la punta extrema del Quersoneso tracio, junto a la ciudad de Eleo, enfrente precisamente de Sigeo: *vid*. R. DEMANGEL, *Le tumulus dit de Protésilas*, París, 1926.

481 Ésta es una de las explicaciones dadas para justificar el nombre del mar Egeo, que sólo figura en PLINIO (IV 51) y Solino *(aíx, aigós* es «cabra» en griego, de donde derivaría *Aigaîos*, Egeo). También se decía que tomaba su nombre de la ciudad de Egas, en Eubea, o de Egeo, padre de Teseo.

482 Cinco millas, unos 7,5 km.

483 En realidad, la isla se llamó Porfirusa, debido a la cantidad de caracoles de púrpura *(porphýra* en griego, el *Murex brandaris)* que se obtenían en los alrededores de sus costas. Eran ya conocidos y explotados desde época minoica.

484 Puede haber aquí una alusión a HOMERO, que en la *Ilíada* (II 649) aplicó el atributo de *Hecatómpolis* a la isla de Creta, pero sobre todo a ESTRABÓN (X 4, 15 [C 479-480]) y a PLINIO (IV 58-59), que tomaron al pie de la letra aquella exageración. En descargo de este último cabe señalar que, al menos, distingue entre cuarenta ciudades más importantes y las restantes sesenta, a las que sólo concede vagos recuerdos.

485 DOSÍADES DE CIDONIA *(FGrHist* 458), autor que vivió, seguramente, en el siglo III a C. y escribió una historia local de Creta desde los tiempos míticos.

486 Se trata de Anaximandro de Mileto, escritor que compuso a finales del siglo V a. C. o comienzos del IV una historia de los héroes griegos; no debe confundirse con el filósofo del siglo VI. Solino parece haber tomado esta noticia de PLINIO (IV 58); pero su fuente nada dice sobre el nombre del rey de los curetes. Cabe entonces pensar que, si no se trata de una glosa, Solino leería en otro lugar que Creteo, cuya hija casó con Téctamo cuando este legendario personaje dorio se instaló en Creta, había sido el rey que dio nombre a la isla (cf. DIODORO SÍCULO, IV 60, 2).

487 Crates de Malos, filósofo estoico y alma de la escuela de Pérgamo, que vivió en el siglo II a C.; sus obras fueron muy estimadas en Roma.

488 Efectivamente, Creta fue también conocida en la Antigüedad con el nombre de *Makárōn nêsos* o isla de los Bienaventurados.

489 Solino rememora la talasocracia cretense y se hace eco de la fama de sus arqueros, que confeccionaban, con cañas de la isla, algunas de las mejores flechas conocidas en el Mediterráneo *(vid.* PLINIO, XVI 161 y 166). La noticia sobre tempranas recopilaciones legales se extendía a los tiempos míticos de Minos y Radamanto, pero encontraba una confirmación palpable en la monumental inscripción de las leyes de Gortina.

490 La danza pírrica o danza con armas era uno de los caracteres propios de los «curetes» cretenses y formaba parte de la educación de los jóvenes (PLATÓN, *Leyes* 815a; ÉFORO, *FGrHist* 70 F 149; ESTRABÓN, X 3, 8 [C 467]; NICOLÁS DE DAMASCO, *FGrHist* 90 F 103 aa = Fr. 26 GIANNINI; PLINIO, VII 204; PARADOXÓGRAFO VATICANO, 58 GIANNINI). Pírrico, diminutivo del adjetivo *pyrrhós* («rojo como el fuego»), se utilizaba indistintamente para calificar la danza o para referirse a un imaginario descubridor de la misma (LUCIANO, *Sobre la danza* 9). Existe constancia de que se trataba de una ceremonia cultual pedestre (E. WÜST, *RE* XVIII 3, cols. 838-839, s.v. *Pantomimus;* S. L. LONSDALE, *Dance and Ritual Play in Greek Religion*, Baltimore, 1993, págs. 140-148); únicamente Solino aporta la noticia de que hubo danzas pírricas ecuestres.

491 Con el nombre de «dáctilos» se comprendía a una especie de genios del monte Ida, demonios benéficos descubridores de la metalurgia, relacionados también con la

magia y con ciertos misterios, que fueron vinculados al culto de Rea y de Cibeles y que habían participado en la educación de Zeus. Su número varia según las fuentes: cinco, diez, veinte o cien; la naturaleza de sus funciones es similar a la del centaruro Quirón. Pero lo habitual dentro de la tradición antigua es que la invención de la música fuese atribuida directamente a los «curetes»: véase WILLE, *Musica romana…*, pág. 540.

492 Este monte nevado tiene que ser el Dicte («montaña, elevación»), conocido actualmente como Modhi; estaba consagrado al culto de Dictinna, divinidad indígena fundida luego con Latona y Ártemis. ESTRABÓN, X 4, 12 (C 479) denominó al cabo Títiro promontorio «Dictinneo» porque en él se hallaba un famoso santuario de Dictinna: es probable que PLINIO, IV 60, a quien sigue Solino, utilizase el mismo recurso estilístico (monte Dictinneo = el Dicte, la montaña sagrada de Dictinna).

493 Sin embargo, esta misma cualidad la atribuye al monte Casio de Seleucia, donde también recibía culto Zeus *(vid. infra*, SOLINO, 36, 3).

494 No es probable que Varrón escribiese una obra *De litoralibus*, como afirma Solino. Esta cita sobre Creta podría proceder del tratado de VARRÓN titulado *De ora maritima*, uno de cuyos libros quizá se denominó *De litoralibus;* véase F. RITSCHL, «Die Schriftstellerei des M. Terentius Varro», *Rhein. Museum* 6 (1848), 534 (= *Opuscula philologica* III, Leipzig, 1877, 473); R. REITZENSTEIN, «Die geographischen Bücher Varros», *Hermes* 20 (1885), 525; MOMMSEN, *CRM*², XV; H. DAHLMANN, *RE* Suppl. VI, 1251-1252, s. v. *M. Terentius Varro;* SALLMANN, *Die Geographie…*, págs. 10-13. La sorprendente tradición sobre la muerte y la tumba de Zeus en Creta parece haberse constituido en el siglo III a. C., en consonancia con la tendencia evemerística a documentar el óbito y sepultura de varias divinidades: Urano y su sepulcro en Aulacia, la tumba de Apolo en Delfos, la de Dioniso en el monte Parnaso, el túmulo de Poseidón en Tenos, la tumba de Plutón junto al lago Aquerusia, la de Asclepio en las lindes del monte Cinosura o junto al rio Lusio, la de Hércules en el monte Eta: E. ROHDE, *Psiqué. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos*, I, Barcelona, 1973 [trad. de la 2.ª ed. alem. 1897], págs. 145-147; P. FAURE, «Le mont Iouktas, tombeau de Zeus», en *Minoica. Festschrift zum 80. Geburtstag von J. Sundwall*, Berlín, 1958, págs. 133-148; H. VERBRUGGEN, *Le Zeus crétois*, París, 1981, págs. 55-70, 82.

495 Britomartis fue, como Dictinna, una diosa local de Creta, asimilada más tarde a Ártemis, a Afaya y a la propia Dictinna, cuyo culto se divulgó hasta otros lugares del mundo griego; su nombre más antiguo era el de Britomartis, y se creía que su figura había sido introducida en Creta por los fenicios La etimología de Solino podría ser exacta, como se deduce de algunos lexicógrafos y de la lingüística indoeuropea, aunque se ha defendido asimismo que se trata de un nombre prehelénico y que la explicación sobre su significado sería invención de un gramático (P. CHANTRAINE, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, I, París, 1968, pág. 197, s.v. *Britómartis)*.

496 El mito de Dédalo se hallaba ligado al Ática, a Creta y a Sicilia. Solino nos

recuerda que el templo de Britomartis, sito en Olunte, conservaba en su interior una estatua de la diosa —un «xóanon» o imagen de madera— atribuida a Dédalo, como ya indicó PAUSANIAS (IX 40, 3); *vid.* H. VAN EFFENTERRE, *LIMC* III 1, 170, s.v. *Britomartis*.

497 Atimno o Atimnio era una divinidad solar indígena (el joven que arrastra el carro del sol), como las había en otros lugares de Grecia, especialmente en las islas. Fue identificado algunas veces con Febo, y en Gortina con Faetonte, hermano de Europa.

498 Una tradición cretense recogía que Atenea había nacido en el río Tritón, en la llanura Onfalia, donde se le rendía culto. Atenea se hallaba ligada al nombre de Tritón también en otros lugares de Grecia.

499 PLINIO (VIII 228) dice, en cambio, que sólo hay ciervos en la región de Cidonia.

500 La ausencia de todos estos animales dañinos se atribuía al hecho de que Zeus había nacido en Creta (PSEUDO-ARISTÓTELES, *Relatos maravillosos*. 83; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* V 2; cf. además PLINIO VIII 227-228). Sin embargo, DIODORO SÍCULO (IV 17, 3) escribe que era un favor debido a Heracles. ANTÍGONO DE CARISTO *(Colección de historias curiosas* 10 Giannini) menciona solamente como ajenos a Creta a los lobos y a las lechuzas *(vid. infra*, nota 505).

501 Según TEOFRASTO *(Historia de las plantas* II 2, 2), de quien parece proceder la noticia de Solino, este fenómeno sucedía en los montes cercanos a la ciudad de Tarra. Sin embargo, PLINIO (XVI 141) cita el caso como propio tan sólo de los cipreses de la isla de Isquia.

502 *Álimos* significa, en griego, «que quita el hambre». Pero nuestro autor ha confundido una mezcla de productos que los griegos recomendaban como nutriente para eliminar el hambre, la cual era conocida como *álima phármaka* o *álimos trophḗ*, con la planta llamada *hálimos (Atriplex halimus)*, el armuelle, álimo u orzaga, un tipo de bledo que crece en terrenos arenosos y salados y cuyas hojas se consumían hervidas. Los verdaderos *álima* fueron una especie de droga mágica o mezcla de alimentos (hojas y granos de plantas, granos de cereales, queso) que, en la tradición pitagórica, servían para borrar la apetencia de comida y de bebida; *vid.* W. BURKERT, *Lore und Science in Ancient Pythagoreanism*, Cambridge (Mass.), 1972, pág. 151; DETIENNE, *Los jardines de Adonis*, págs. 115-116. Como indicamos en la Introducción (pág 71), en su comentario a Dioscórides el doctor Andrés Laguna se hizo eco de este dato erróneo.

503 ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* IX 622 b) clasificó bajo la denominación de *falangios* a todas las arañas venenosas y distinguió varios tipos; PLINIO (XI 79; XXIX 84-85) adoptó la misma regla. Sobre esta araña de Creta, la llamada propiamente falangia o segador, cf. PLINIO, VIII 228; BEAVIS, *Insects*..., págs. 54-55.

504 Según la hipótesis de S. H. BALL, *A roman book on precious stones, including an English modernization of the thirty-seventh books of the Historie of the world by C. Plinius Secundus*, Los Ángeles, 1950, pág. 183, podría tratarse de los belemnites, fósiles cilíndricos, alargados y puntiagudos que sugerirían la imagen de un dedo (= *dáktylos)*.

Sin embargo, cuenta PORFIRIO *(Vida de Pitágoras* 17) que los Dáctilos del Ida empleaban en sus ceremonias de iniciación la piedra ceraunia (véase *infra*, nota 696): es probable que la expresión «dáctilos» representase una particularidad léxica de los cretenses para denominar las ceraunias.

505 Según recuerda ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* V 2), eran los mismos cretenses quienes habían puesto en circulación semejante especie, pues por haber sido Creta la cuna de Zeus el dios les había favorecido impidiendo el crecimiento de animales dañinos. También PLINIO (X 76), de quien tomó la información Solino, creía en la eficiencia de la isla para acabar con las lechuzas importadas y se admiraba de esta intolerancia de la naturaleza, que pone límites a los movimientos de los animales. Desde luego, no hace falta advertir que se trata de una fantasía carente de fundamento, puesto que en Creta se conoce la presencia tanto de las pequeñas como de las grandes rapaces nocturnas. ANTÍGONO DE CARISTO *(Colección de historias curiosas* 9-11 GIANNINI) incluyó esta misma historia dentro de una serie de informaciones semejantes sobre la repugnancia de muchas islas a admitir determinados animales (perdices, lobos, serpientes, liebres, comadrejas, pintadas). Continuaba así una antiquísima tradición griega basada en relatos de marineros —de la que pueden atisbarse rastros en la propia *Odisea*— sobre incompatibilidades entre islas y seres animados. Solino mismo nos transmite varias de estas fantasías: Cerdeña (4, 2), Hibernia (22, 3), Tánato (22, 8 [10]), Ibiza (23, 11) y Gaulos (29, 8) no admitían serpientes. POMPONIO MELA, II 126 (cf. PLINIO, III 78) cuenta con gran énfasis, por ejemplo, que si un visitante de la isla de Formentera *(Colubraria)* se colocaba en el interior de un círculo demilitado con tierra procedente de Ibiza *(Ebusus)*, los reptiles se alejaban de inmediato despavoridos cual si se tratase de un veneno. También se creía que algunos héroes impedían la presencia de animales salvajes (lobos, serpientes, tarántulas) en los territorios sobre los que ejercían su fantasmal tutela (FILÓSTRATO, *Heroico* 664 [pág. 285]). En los relatos geográficos árabes, por el contrario, muchas de las islas imaginarias aparecen caracterizadas por el predominio de las serpientes: *vid.* ARIOLI, *Islario maravilloso*..., págs. 31, 51, 101 y 146.

506 La inserción en este lugar (entre 14 y 15) de los pasajes que en la edición de MOMMSEN figuran numerados como 11, 24-25, se justifica en la nota 509.

507 Efectivamente, a la altura del canal del Euripo, frente a la ciudad de Cálcide, la separación respecto al territorio beocio es mínima. Ya en la propia Antigüedad existía aquí un enlace, aprovechando un escollo, que consistía en una pasarela flotante sujeta con poleas.

508 Pero Solino ignora la versión más común, según la cual el causante de estas desgracias fue Nauplio, personaje mítico de origen argivo ligado a la expedición argonáutica y al ciclo troyano en su calidad de padre de Palamedes. Irritado porque su hijo no volvió de Troya, se vengó de la expedición cuando regresaba encendiendo falsas señales de navegación en el promontorio Cafereo, contra el que fueron a estrellarse la mayoría de los barcos.

509 En el lugar que ocupa en los manuscritos, todo este párrafo (11, 15-16)

únicamente encerraría sentido si suponemos que Solino empleó el término «Caristo» como una variante del nombre de Eubea, y si la isla no apareciese citada en ningún otro lugar. Pero considerando: 1.°) Que Caristo fue tan sólo una ciudad euboica; 2.°) Que nuestro autor termina este comentario (16) señalando que «casi toda Eubea formó el reino de los titanes»; y 3.°) Que algo más adelante, los manuscritos presentan un nuevo párrafo encabezado con la mención a Eubea (11, 24-25), debemos convenir con WALTER («C. Julius Solinus…», págs. 141-142; *Die «Collectanea rereum memorabilium»…*, págs. 16-18) que el pasaje de la *Collectanea* 11, 24-25 sufrió un desplazamiento y que su verdadera posición estuvo inmediatamente antes de 15-16. Sólo así la secuencia narrativa recupera el efecto y compaginación originales.

510 Las fuentes Elopias se hallaban en Edepso, al norte de Eubea; era un manantial cuyas aguas alcanzaban temperaturas entre 20° y 70°. El nombre de caristias, dado a estas fantásticas aves, puede no tener ninguna relación con Caristo (y sí con una raíz que significa «gritar»). Solino unió ambas noticias quizá por la idea común de calor (agua termal, indemnidad ante las llamas), aunque este último dato pudo partir de la observación de vuelos reales de algunos pájaros que cruzaban por enmedio de las llamas (ANDRÉ, *Les noms d'oiseaux…*, págs. 37-38; CAPPONI, *Ornithologia…*, págs. 107-108).

511 Los paños o lienzos que Solino llama aquí *carbasa*, como si se tratara de piezas de lino o de algodón, en realidad no eran sino amianto, material muy abundante en los montes cercanos a Caristo y que era denominado «piedra de Caristo». Nuestro autor utiliza un término que en su tiempo servía para definir tanto el tejido de cárbaso como las telas de asbesto o amianto que venían de Carpasia, en la isla de Chipre; pero es cierto que en la tradición «taumasiográfica» (APOLONIO, *Historias asombrosas* 36 GIANNINI) existía constancia de que con los hilos obtenidos del amianto caristio se confeccionaba una especie de toallas.

512 Cálcide fue, en efecto, uno de los nombres dados a toda Eubea, así como el de Eubea sirvió también para designar a Cálcide ciudad.

513 Nada sabemos acerca de este autor, citado ya por PLINIO (IV 64), ni siquiera sobre qué temas escribió. Se ha pensado que es una deformación de Clidemo o Clitodemo de Atenas, historiador del siglo IV a. C.

514 Es cierto que en Eubea se explotaron desde antiguo varios yacimientos de cobre.

515 Egeón/Briareo fue uno de los tres «hecantónquiros» (gigantes primitivos de la mitología griega, dotados de cien brazos) que habitaban en el mar y se aliaron con Zeus en su lucha contra los titanes o gigantes; los otros dos se llamaron Cotto y Giges. Su historia se integró en la tradición del origen de Egea-Caristo. Briareo era el nombre que le dieron los dioses, mientras que los humanos lo conocieron como Egeón. Pero en la versión que recoge Solino, Briareo es ya una denominación popular entre los caristios, mientras que los calcidios preferían el nombre de Egeón; como gigante eubeo lo caracterizó asimismo el escolio a APOLONIO DE RODAS, I 1165a.

516 Cícladas quería decir, por tanto, «círculo, anillo o rueda *(kýklos)* de islas». La etimología es correcta, aunque la posición de Delos era más bien excéntrica: el punto medio lo constituía la isla de Siros. Aquí late todavía, sin duda, la antigua idea griega de Delos como centro cósmico: véase BALLABRIGA, *Le Soleil et le Tartare…*, págs. 16-22.

517 Los habitantes de Íos habían desarrollado una leyenda que los unía al gran poeta épico, según la cual Homero había muerto allí a consecuencia del disgusto que le causó el no haber podido resolver una adivinanza que le propuso un pastor. Los isleños le habrían levantado una tumba, en la que figuraba un epitafio, que todavía en el siglo II d. C. era mostrada a los visitantes (VARRÓN en AULO GELIO, III 11, 7; PAUSANIAS, X 24, 2).

518 Ogigo u Ogiges fue uno de los reyes míticos de Atenas, antecesor de Cécrope; la inundación del Ática sucedida en su reinado se databa 1020 años antes de la primera olimpiada (es decir, en el 1796/5 a. C.). Sobre este primer diluvio griego *vid.* CADUFF, *Antike Sintflutsagen*, págs. 166-167, y *supra*, nota 436.

519 Delos significaba en griego «claro, visible o manifiesto», pero lo más probable es que el nombre de esta isla sea prehelénico. Según una tradición, Asteria fue primero una isla errante, pero más tarde quedó fijada al fondo mediante columnas; entonces cambió su nombre al de Delos. En versiones posteriores, Asteria se presenta como hermana de Leto que fue metamorfoseada por Zeus en una codorniz, y después en una isla, llamada Ortigia y bautizada finalmente como Delos. Las otras denominaciones (Lagia, Cineto, Pirpile) son presumiblemente de origen poético, pese a los intentos populares de explicación, y se suman a la extensa serie de nombres alternativos que recibió la isla (Escitiada, Clamidia, Anafe, Pelasgia, Zacinto, Agatusa, Cinto)

520 Transcripción, en efecto, de la voz griega *órtyges*, «codornices».

521 Lato o Latona se había ocultado en Delos, según el mito griego, para dar a luz a Apolo.

522 La Antologia griega contiene un epitafio (VII 543) en el que se refiere cómo un navío de carga fue abatido en Libia por una nube de grullas, y PLINIO (XXXII 15) narra que el *lolligo*, una especie de pez volador, salía fuera del agua en tan gran número que llegaba, en las costas de Mauritania, a hundir los barcos. La historia de las codornices sería mirada, por consiguiente, como verosímil, pues lo cierto es que, cuando cruzan el mar durante la emigración, no vuelan a una altura superior a cuatro metros, por lo que algunas de ellas podrían, ocasionalmente, tropezar en las velas. PLINIO (X 65) exageró, sin duda, al afirmar que llegaban a hundir las embarcaciones.

523 La «ortigometra» (del griego *ortygomḗtra*, literalmente «codorniz matriz o codorniz reina») era el rascón o polla de agua, también llamado por nosotros rey de codornices. Pensaban los antiguos que los miembros de esta especie guiaban a las codornices en sus migraciones, de ahí el nombre que recibieron (ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* VIII 597 b; ATENEO, IX 392 f-393 a; PLINIO X 66).

524 Tales intoxicaciones o envenenamientos por haber comido codornices son, efectivamente, reales, y se producen porque en primavera, antes de emigrar desde

África, las codornices han comido semillas de eléboro o de cicuta (CAPPONI, *Ornithologia…*, pág. 208).

525 Solino escribe «la enfermedad de los comicios», uno de los distintos nombres con que era conocida la epilepsia (otros eran enfermedad sagrada, divina, mayor o caduca). La expresión utilizada en nuestro texto deriva del hecho de que la manifestación de un ataque epiléptico se consideraba un augurio funesto, que obligaba ipso facto a disolver los comicios (ISIDORO, *Etimologías* IV 4, 5-7; sobre esta dolencia en el mundo antiguo *vid*. O. TEMKIN, *The Falling Sickness. A History of Epilepsy from the Greeks to the Beginnings of Modern Neurology*[2], Baltimore, 1971). Pero el dato en sí es falso, aunque viene ya de PLINIO (X 69): formas de epilepsia, además de las humanas, no se dan en la codorniz, sino en perros, gatos y bóvidos (CAPPONI, *Ornithologia…*, pág. 208).

526 Los parágrafos 24 y 25 de este capítulo se hallan intercalados más arriba, entre 14 y 15; *vid*. la justificación en nota 509.

527 En opinión de MOMMSEN, Solino habría inventado aquí la inexistente ciudad de Abdelo, a consecuencia de un curioso proceso. Nuestro autor leería el pasaje de PLINIO (IV 67) *Parus cum oppido, ab Delo XXXVIII marmore nobilis* («Paros, con la ciudad del mismo nombre, distante 38.000 pasos de Delos, famosa por el mármol»), y luego habría redactado: *marmore Paros nobilis, Abdelo oppido frequentissima*, convirtiendo la expresión *ab Delo* en un imaginario *oppidum* de la isla. Sin embargo, ya mucho antes de la segunda edición soliniana de Mommsen, G. BECKER, «Kleinigkeiten», *Rhein. Museum* 29 (1874), 497, había defendido que Solino realmente habría escrito *marmore Paros nobilis, ab Delo <XXVIII mil.>, oppido frequentissima*, lo que exculparía a nuestro autor de una grave incuria y arroja una traducción plena de sentido. Juzgo que Becker está en lo cierto y que la cifra desapareció en un momento temprano de la tradición manuscrita.

528 La arqueología confirma la existencia en Paros de una factoría minoica, que ha proporcionado bastantes vasos cretenses. Acerca del valor de los topónimos Minoa para esbozar una reconstrucción del área de expansión comercial de Creta en el II milenio a. C., *vid*. F. SCHACHERMEYR, *Die minoische Kultur des alten Kreta*, Stuttgart, 1964, pág. 303.

529 Son 18 millas, cerca de 27 Km.

530 Solino desfigura aquí el pasaje de PLINIO (IV 67): *Naxus, a Delo XVIII, cum oppido, quam Strongylen, dein Diam, mox Dionysiada… appellarunt* («Naxos, que dista 18.000 pasos de Delos, con la ciudad del mismo nombre, isla a la que llamaron Estróngile, después Día, más tarde Dionisíade»). La principal ciudad de la isla se llamaba asimismo Naxos; Estróngile fue tan sólo uno de los apelativos poéticos que recibió esta tierra, motivado quizá por su forma circular.

531 Ciertamente, Ícaro es muy escarpada y no dispone de puertos propiamente dichos. El nombre de Ícaro es pregriego, pero la leyenda lo ligaba a la muerte del héroe homónimo, que se habría ahogado en el mar muy cerca de la isla y habría sido enterrado

en ella por Dédalo o Heracles; su tumba se mostraba a los visitantes (DIODORO SÍCULO, IV 77, 6; OVIDIO, *Metamorfosis* IX 229-236; PAUSANIAS, IX 11, 5; SERVIO DE DANIEL, *Coment. a Virgilio, Eneida*, VI 14).

532 Pitágoras dejó Samos y se instaló en la Magna Grecia en la segunda mitad del siglo VI a. C., y es cierto que en su patria se había distinguido como opositor a la tiranía ejercida por Polícrates y por sus hijos. Sin embargo, la fecha que da Solino, en tiempos de Bruto (509 a. C. según la cronología tradicional), es demasiado baja.

533 Esta isla había sido señalada como la mítica morada de Eolo. Pero lo cierto es que la propia Antigüedad fue sucesivamente localizándola en distintos lugares antes de que se impusiera su identificación con el grupo de las Lípari.

534 PLINIO (IV 71) lo denomina mar Carpacio, pues así se conocía a la parte del Egeo comprendida entre Creta y Rodas.

535 Pretende justificar, con esta ingenua explicación, el frecuente epíteto latino aplicado a Rodas *(clara Rhodos)*.

536 Ciertamente, Hefesto fue el dios principal de la isla de Lemnos, y de ahí el nombre de Hefestia que llevó una de sus grandes ciudades. Pero si el dios del fuego de la mitología griega se asentó con firmeza en Lemnos fue porque sustituyó a una divinidad local, que personificaba las llamas del volcán Mosiclo; véase CAPDEVILLE, *Volcanus*..., pág. 272.

537 Es decir, 86 millas, unos 127 km. La distancia desde Lemnos al continente está mal calculada, porque realmente viene a ser la mitad. PLINIO (IV 73) quiere matizar tan fantástica noticia y precisa que el fenómeno ocurre tan sólo durante el solsticio de verano (!).

538 Esos altares, que verdaderamente hubo en la cima de la montaña, estaban consagrados al Zeus del Atos. Sobre el tópico de las cenizas *vid. supra*, nota 426. JUAN DE MANDAVILA, *Libro de las maravillas del mundo*, I, cap. III, no sólo se hizo eco de la historia de su extensísima sombra, sino que cuenta también que las letras escritas en la arena con sus dedos por aquellos filósofos que ascendían hasta la cima permanecían, al cabo del año, sin corrupción ni desfigurameinto.

539 La ciudad de Acrotoo no estuvo en la cumbre del Atos, sino sobre uno de los promontorios laterales de aquella montaña. La fábula sobre la longevidad de sus gentes se había extendido ya en época de Platón. Afirmaba LUCIANO *(Sobre los longevos* 5) que los habitantes de este lugar alcanzaban los 130 años. Según ISÍGONO DE NICEA (F 20 GIANNINI = PLINIO, VII 27), vivían 140 años y su salud respondía al hecho de que consumían como alimento la carne de víbora. AMIANO MARCELINO (XXVII 4, 14) racionaliza estos datos y escribe que la longevidad de los tracios que ocupaban esta península y los territorios limítrofes era el resultado del régimen alimenticio y de un género de vida campestre y sano. Sobre los macrobios etíopes (indios) véase *infra*, SOLINO, 30, 9-10.

540 Es el mar de Azov, ligado al Ponto Euxino por el Bósforo Cimerio. Aunque el

término antiguo *Maiôtis (Maeotis)* suele ser transcrito en castellano con la forma Meótide, he preferido mantener la grafía Meótides que, en virtud del ingenio cervantino *(Don Quijote*, Parte 1.[a], Cap. XXIX), goza de sana vigencia en nuestro idioma.

541 Como la distancia a salvar no era excesiva (siete estadios = unos mil trescientos metros), el rey Jerjes hizo construir dos puentes flotantes, que llegaban desde Abido hasta la costa europea, juntando de costado 360 y 314 barcos respectivamente y disponiendo encima un pasadizo con tablas de madera y tierra apisonada. Por ellos cruzó el ejército persa que marchaba a la conquista de Grecia (junio del 480 a. C.). Todo este episodio está cuidadosamente descrito por HERÓDOTO (VII 34-36; 54-56).

542 Ciertamente Alejandro conquistó el mundo conocido, pero el primer dato, que deriva de PLINIO, IV 75, es falso. Alejandro cruzó el Helesponto en el 334 a. C. por otro punto y más tarde la ciudad de Priapo se entregó a discreción (ARRIANO, *Anábasis* I 12, 7).

543 Menos de un kilómetro (740 m).

544 Para iniciar, en el 513/2 a. C., la llamada expedición escítica, que acabó con un rotundo fracaso para los persas.

545 Según PLINIO (IX 23), se les daba este nombre porque tenían el hocico chato *(rostrum simum)*. Explica, además, que cualquier delfín atiende si se le llama «simón» y que ellos mismos prefieren ser denominados así. Sobre las ideas y aprecio hacia este gran pez, considerado por los griegos como el animal más amante del hombre, *vid*. E. B. STEBBINS, *The Dolphin in the literature and art of Greece and Rome* (Dissert. John Hopkins Univ.), Menasha (Wisc.), 1929; J. COTTE, *Poissons et animaux aquatiques au temps de Pline. Commentaires sur le livre IX de l'Histoire naturelle de Pline*, París, 1944, págs. 15-25.

546 Pero eso no sucedía en alta mar, sino sólo, como pretendía PLINIO (IX 29-30), en una laguna costera del sur de Galia. Por lo demás, se trata de una fábula —los delfines que ayudan a los pescadores en un estanque—, situada por las fuentes antiguas en otros muchos lugares.

547 Era un tópico antiguo la condición de *philómousos*, «sensible a la armonía musical», atribuida al delfín (PÍNDARO, frag. 140b, 11-17; PLUTARCO, *Obras morales* 984 B-D; OPIANO, *Haliéuticas* V 453-457; DIÓN CRISÓSTOMO, *Discursos* XXXVII 3; PLINIO, IX 24 y 28; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* II 6; XII 45).

548 El gran protector de las letras de época de Augusto. Precisamente se conservan los fragmentos de la obra poética donde desarrollaba este tema (MECENAS fr. 18 Lunderstedt). *Vid*. al respecto R. AVALLONE, *Mecenate*, Nápoles, 1962, págs. 327-330.

549 Papirio Fabiano, que vivió en tiempos de Augusto, orador y filósofo. La noticia debe de proceder de una obra que compuso sobre los animales, hoy perdida. Sobre la verosimilitud de las historias relativas a la docilidad de los delfines véase T. F. HIGHAM, «Nature note. Dolphin-riders. Ancient stories vindicated», *Greece & Rome* 7 (1960), 82-

86.

550 Ciudad levantada al oeste de Útica, donde hoy se halla Bizerta, fue colonia romana desde finales del siglo I a. C. Cf. n. 784.

551 Se trata de L. Tampio Flaviano, que fue gobernador del África proconsular en los últimos años del reinado de Nerón (B. E. THOMASSON, *Die Statthalter der römischen Provinzen Nordafrikas von Augustus bis Diocletianus*, II, Lund, 1960, 42-44). Sin embargo, PLINIO EL JOVEN *(Cartas* IX 33, 9) asegura que quien ordenó derramar el perfume fue Octavio Avito, legado de Flaviano, lo cual parece más lógico porque Hipona era la residencia permanente de uno de los legados del gobernador, el llamado *legatus provinciae Africae regionis Hipponiensis;* véase D. MCALINDON, «Dolphin stories and P.I.R.», *Orpheus* 3 (1956), 166.

552 La tradición, originalmente transmitida por fuentes griegas (DURIS DE SAMOS, *FGrHist* 76 F 7), dice que este joven se llamaba Dionisio. Respecto a la situación del lugar, nuestro autor comete un nuevo error. Jaso era una ciudad de la costa de Caria, entre Mileto y Bargilia. Solino no debía conocer su emplazamiento exacto, y al leer en PLINIO, IX 27, que Alejandro Magno nombró al muchacho sacerdote de Poseidón (Neptuno) en Babilonia, creyó que Jaso pertenecía a aquel antiguo distrito del Imperio Persa.

553 Hegesidemo es un autor desconocido de época helenística que presumiblemente escribió un libro sobre Jaso; figura mencionado en PLINIO (IX 27), de donde tomó su información Solino. La imagen del joven Hermias nadando junto al delfín, propia de la mitología local y que se hallaba representada en las monedas de Jaso, dio lugar al desarrollo novelado de esta leyenda, en la que Hermias se transforma en jinete (PLUTARCO, *Obras morales* 984 E-F; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* VI 15; PÓLUX, IX 84); sobre esta historia y su reflejo numismático véase E. L. HICKS, «Iasos*», Journal of Hellenic Studies* 8 (1887), 93-95.

554 Todos los datos sobre los atunes están tomados de PLINIO (IX 47-50). Algunos son ciertos, como, por ejemplo, la dirección que siguen al entrar y salir del Mar Negro, paralelos a la costa. Sobre la forma en que eran pescados dentro del Ponto, aprovechando su forma de bordear, véase ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XV 5).

555 Danubio.

556 Esta tribu gala ocupaba el territorio de la colonia romana de *Augusta Rauracorum*, hoy Augst, junto a Basilea.

557 La descripción de Solino es absolutamente correcta, frente a la información de PLINIO (IV 79), que tan sólo le adjudica seis brazos, aun cuando tiene noticia de la existencia de la laguna (que carecía de comunicación con el mar y se contabilizaba como un brazo no equiparable al resto: *vid.* TÁCITO, *Germania* 1, 3). Casi todas las denominaciones de estas bocas, heredadas de los griegos, son parlantes: Peuce *(Peúkē)*, «El pino», provenía del nombre de una isla cercana que también era llamada *Hieròn*

stóma, o «Boca Sagrada»; Naracustoma o Narakiostoma, «Boca de 'Naraco'», parece repetir un hidrónimo indígena dacio-misio, *Narekos* (V. I. GEORGIEV, «Thrakische und dakische Namenkunde», en W, Haase [ed.], *ANRW*, II 29. 2, Berlín-Nueva York, 1983, pág. 1211); Calonstoma, «Boca-hermosa»; Pseudostoma, «Boca Falsa»; Borionstoma *(bóreion stóma)*, «Boca Septentrional»; Psilostoma, «Boca Desnuda (de árboles y arbustos)». Sobre el trazado de las bocas del Danubio en la Antigüedad *vid*. N. PANIN, «Black Sea Coast Line Changes in the Last 10.000 Years. A new Attempt at identifying the Danube Mouths as described by the Ancients», *Dacia* 27 (1983), 175-184.

558 Cuarenta millas, algo más de 59 km.

559 El nombre latino de castor, *fiber*, corresponde a la forma original indoeuropea **bhebhr-*. «Castor» es la denominación griega y deriva del nombre de uno de los Dioscuros: esta voz se adoptó porque el animal, al igual que Cástor, protegía a la mujer de las enfermedades de la matriz.

560 Esta antigua leyenda —recogida, desde luego, por los fabulistas (ESOPO, 118 PERRY; FEDRO, *Fábulas* 189 HALM)— estuvo muy extendida en el mundo romano y posiblemente sirvió para mantener alto el precio del castóreo; de ella se hacen eco CICERÓN *(En defensa de Escauro*, frag. 2, 8 [p]), PLINIO (VIII 109; XXXII 26), JUVENAL (XII 34-37) y APULEYO *(Metamorfosis* I 9); también se contaba que, una vez cortadas, el castor escondía sus gónadas o las arrojaba lejos de sí, para evitar que cayeran en manos del hombre. Tan sólo DIOSCÓRIDES *(Sobre materia médica* II 24) negaba ese comportamiento del animal, razonando que es incapaz de alcanzar ambos órganos, pues los tiene completamente ceñidos al cuerpo, como los cerdos. Realmente, lo que se aprovechaba de los castores no eran los testículos, sino las llamadas glándulas prepuciales; son dos bolsas que producen una secreción espesa y grasienta llamada *castoreum*, de olor acre y sabor amargo: se usaba como ingrediente en la composición de numerosos fármacos (MCDANIEL, «The medical and magical significance…», págs. 540-541); la secreción es de color pardo oscuro rojizo y el animal la expulsa cuando está amenazado, lo que hacía pensar que estaba sangrando. El animal, desde luego, muere si se le extirpan las glándulas. El mejor castóreo procedía del Ponto, de Galacia y de África; el de la Península Ibérica era, en cambio, poco apreciado (A. SCHMIDT, *Drogen und Drogenhandel im Altertum*, Leipzig, 1924, pág. 15). ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* VI 34) incluye la cómica leyenda de que cuando un castor se sentía perseguido y ya se había amputado, en otra ocasión, los testículos, se erguía sobre las patas traseras para mostrar a los cazadores que carecía de tan preciado botín. Tampoco es cierto que el nombre castor derive de *castrare*, como señalan SERVIO *(Comentario a Virgilio, Geórgicas* I 58) e ISIDORO *(Etimologías* XII 2, 21). Toda la historia de la autoamputación que se creía llevaban a cabo los castores continuó gozando de enorme predicamento en la Edad Media y Moderna (véase, por ejemplo, MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario…*, págs. 14-17; *Bestiario Toscano* XXXI; ALCIATO, *Emblema* CLII).

561 Es el Bug.

562 En el lugar de Exampeo existía un gran santuario de los escitas —el nombre

significa, seguramente, «camino sagrado»—; estaba a unos 800 estadios de la desembocadura (108 km, o cuatro días de viaje). La leyenda sobre esta fuente debió de ser creada por los colonos griegos de las orillas del Ponto, basándose en el hecho de que el agua del Bug es salada desde mucho antes de la desembocadura porque el viento y la marea hacen subir el agua del mar.

563 Es el Dniéper.

564 Por haberlo leído en POMPONIO MELA (II 14).

565 Los neuros son, probablemente, los antepasados de baltos y eslavos. No eran un pueblo escita, aunque ocupaban los territorios de la cabecera del Borístenes. La leyenda de su transformación en lobos la recogió ya HERÓDOTO (IV 105) y se halla en relación con creencias populares eslavas, pues los neuros pasaban por ser hechiceros, pero no era sino una forma ritual de iniciación. Sobre las historias de licántropos dentro de la cultura clásica y su desmentido por parte de los pensadores cristianos véase TUPET, *«Rites magiques…»*, págs. 2647-2652; D. M. KRATZ, «Fictus lupus. The werewolf in Christian thought», *Classical Folia* 30 (1976), 57-79.

566 Debido a la falta de madera *(vid.* HERÓDOTO IV 61).

567 Los gelones eran una de las ramas escitas. La costumbre que narra Solino estaba, según HERÓDOTO (IV 64), muy arraigada, pues no sólo arrancaban el cuero cabelludo a sus enemigos (se decía que los empleaban incluso como servilletas: *vid.* ISÍGONO DE NICEA, Fr. 15 GIANNINI = PLINIO, VII 12; PARADOXÓGRAFO VATICANO, 47 GIANNINI), sino que incluso daban empleo a las pieles humanas, que Heródoto confiesa haber visto.

568 La costumbre del tatuaje era propia de los tracios en general, aunque parece hallarse más acentuada entre los Agatirsos. Empleaban, en efecto, un colorante azul que introducían debajo de la piel con ayuda de una aguja. Decoraban el rostro, los brazos y las piernas; el dibujo era indeleble. Los jefes y personas principales de la comunidad llevaban tatuajes de líneas más gruesas y de mayor tamaño, lo que constituía un privilegio de la nobleza, cubriendo todo el cuerpo: TOMASCHEK, *Die alten Thraker…*, págs. 101, 116-118; U. FANTASIA, «Astikton Chorion», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, Ser. III, vol. VI, 4 (1976), 1169, n. 11. También las mujeres y niños participaban de esta costumbre: véase K. ZIMMERMANN, «Tatöwierte Thrakerinnen auf griechischen Vasenbilder», *Jahrbuch d. Deutsch. Archäologischen Instituts* 95 (1980), 163-196. Como recuerda J. CAPART, *Les débuts de l'art en Égypte*, Bruselas, 1904, pág. 30, los dibujos que el primitivo se pintaba en la piel no tenían, al principio, carácter de persistencia, y era fácil hacerlos desaparecer y reemplazarlos por otros. Pero a veces puede existir interés en hacerlos indelebles, cuando representan, por ejemplo, marcas de tribus o de carácter religioso; de ahí nace la práctica del tatuaje. Sobre su difusión en occidente, *vid.* W. SCHÖNFELD, «Der Sinn des Brandmarkens und Tätowierens in der griechischen und römischen Antike», *Nova Acta Leopoldina* N.F. 27 (1963), 81-89. Y acerca de su aplicación religiosa, F. J. DÖLGER, *Sphragis. Eine altchristliche*

Taufbezeichnung in ihren Beziehungen zur profanen und religiösen Kultur des Altertums (Studien zur Geschichte und Kultur des Altertums, V, 3/4), Paderborn, 1911, págs. 41-46. *Vid.* asimismo el comentario a SOLINO, 22, 12 (20), el tatuaje entre los britanos.

569 Con el nombre de «andrófagos» o antropófagos se designó a una tribu que vivía al norte de los últimos escitas, a varios días de viaje de la desembocadura del Dniéper. Eran distintos a los escitas y poseían una lengua propia. Debía tratarse de uno de los pueblos finos, quizá aquel a quien los escitas agricultores llamaron los *amadocos* (comedores de carne fresca), que en momentos difíciles pudieron alimentarse de carne humana, suceso nada infrecuente, a lo largo de la historia, en las estepas de Asia *(vid.* HERÓDOTO, IV 106).

570 Tabis parece ser el nombre de una montaña que se adentraba en el mar, como el propio Solino recoge más adelante (50, 2), y que podría aludir a alguna de las penínsulas del sudeste asiático. Pero aquí se ha pensado que cabría identificar el nombre de Tabis con el lago Issikkul, de 5.900 km^2, al que los chinos llamaron «mar caliente». Sobre los «seres» (gentes de la seda) *vid. infra*, nota 1294.

571 Esta información es muy imprecisa. Hay que recurrir a PLINIO (VI 38) para entender que nuestro autor se refiere al hecho de que los albanos, conglomerado de tribus caucásicas que poseían su propia lengua, ocupaban una parte de la margen derecha del mar Caspio.

572 Todas estas fantasías sobre los albanos proceden, a través de PLINIO (VII 12), de ISÍGONO DE NICEA (Fr. 16 GIANNINI), que escribió en época helenística una obra sobre aspectos increíbles de la naturaleza. También otros escritores reseñaban la noticia «taumasiográfica» de que en los confines de la Galia existía un pueblo fabuloso cuyos miembros eran ciegos durante el día, pero veían de noche (EUDOXO DE RODAS, *FGrHist* 79 F 2; ESTEBAN DE BIZANCIO, s. v. *Germara;* ANTONIO DIÓGENES, *Las maravillas de más allá de Tule* 4).

573 Esta leyenda parece derivar de un relato de CURCIO (IX 1, 31-33), según el cual fue Sopites, un reyezuelo indio, quien quiso mostrar a Alejandro la fiereza de sus perros de caza enfrentándolos a varios animales. La historia fue recogida por DIODORO SÍCULO (XVII 92), ESTRABÓN (XV 1, 31 [C 700]), PLINIO (VIII 149-150), PLUTARCO *(Obras morales* 970 F) y ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales*, VIII 1). A su vez, PÓLUX *(Onomástico* V 42) conoce otra versión sobre el regalo de dos fieros perros a Alejandro por parte del rey indio Poro. En cualquier caso, sabemos que los albanos utilizaron como perros venatorios a los dogos asiáticos, conocidos en la Antigüedad como perros indios o perros séricos (de China); se trataba de animales de gran ferocidad, magníficamente dotados para la caza mayor.

574 Nada se conoce acerca de este supuesto personaje. Pudo ser algún dirigente famoso de la Liga de los licios, de quien no conservamos más datos. En el siglo II d. C. hubo dos individuos de nombre Jasón que fueron, respectivamente, sumo sacerdote y

«liciarco» de la liga: *vid.* D. MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor*, II, Princeton, 1950, págs. 1610, 1612.

575 Lisímaco fue uno de los generales y sucesores de Alejandro, muerto en el 281 a. C. en una batalla contra Seleuco; su cuerpo fue entregado a los parientes y recibió sepultura bien en un mausoleo construido en Lisimaquia, bien en el Quersoneso (PAUSANIAS, I 10, 5; APIANO, *Guerras sirias* 64). DURIS DE SAMOS *(FGrHist* 76 F 55) contaba que el perro se llamaba Hircano. Otras variantes de la historia señalan que el animal se limitó a vigilar el cadáver de Lisímaco, para librarlo de aves y alimañas, hasta que lo encontraron.

576 Nómadas tuaregs, que ocupaban los oasis orientales del desierto del Sáhara, fueron en varias ocasiones sometidos por Roma; SOLINO nos describe más adelante (28, 1-30, 3) otras particularidades de este pueblo. Sobre el uso de los perros en la guerra, véase nota siguiente.

577 Habitantes de dos ciudades de Asia Menor, Colofón en Jonia y Castabala en Cilicia. Efectivamente, la inclusión entre las tropas de un cierto número de canes bien adiestrados constituyó una práctica muy común en Oriente, sobre todo en Asia Menor, y desde los ejércitos helenísticos pudo pasar a la milicia romana: véase P. ROUSSEL, «Les kynégoi à l'époque hellénistique et romaine», *Rev. des Ét. Grecq*. 43 (1930), 361-371; M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques* (BEFAR, Fasc. 169), II, París, 1950, págs. 1.016-1.018; L. y J. ROBERT, «Une inscription grecque de Téos en Ionie: L'union de Téos et de Kyrbissos», *Journal des Savants* (1976), 206-209. Sobre las representaciones artísticas de estos perros de guerra, R. M. COOK, «Dogs in battle», en *Festschrift A. Rumpf*, Krefeld, 1952, págs. 38-42.

578 En el 28 d. C.

579 Se trata de la condena que sufrió, en el año 28 d. C., Ticio Sabino, acusado de conjura y traición contra el Estado. Todo el asunto, en el que se hallaban implicados diversos miembros de la familia imperial, constituye una de las intrigas más crueles del reinado de Tiberio (TÁCITO, *Anales* IV 68-70; DIÓN CASIO, LVIII 1, 1-3; PLINIO, VIII 145). Como pena accesoria, el cadáver de Ticio había sido arrastrado con un garfio por el verdugo hasta las escalinatas Gemonias, en donde permaneció tres días expuesto a los insultos de la muchedumbre; luego fue arrojado al Tíber valiéndose nuevamente de un garfio (sobre este suplicio *vid.* É. JOBBÉ-DUVAL, *Les morts malfaisants. «Larvae, lemures» d'après le droit et les croyances populaires des romains*, París, 1924, págs. 68 s.).

580 Pero Solino olvida que ya antes había atribuido esto mismo a los delfines. Igual le sucedió a PLINIO: indicó que los perros eran los únicos animales capaces de conocer su nombre (VIII 146), cosa que previamente había afirmado de los elefantes (VIII 11).

581 La historia deriva de PLINIO (VIII 148), quien a su vez la tomó de ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* VIII 607 a). El filósofo acordaba, al menos, que el experimento era peligroso porque los tigres, si no estaban excitados por el celo, solían

devorar a las perras, y ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* VIII 1) añade que al descubrirlas debían estar saciados, pues entonces los tigres apetecen el coito. Se decía que el cachorro del primer cruce nacía tigre; de la unión de ese tigre con perra, volvía a nacer tigre: sólo los hijos de este último eran ya perros de excepcional fiereza. VERECUNDO *(Comentario sobre los cánticos eclesiáticos* VI 2) señala que el cruce se hacía con los pardos o panteras.

582 Los isedos, isedones o esedones, pueblo nómada emparentado con los escitas y, seguramente, de origen indoeuropeo, ocupaban el territorio al este de los Urales: A. SILBERMAN, «À propos des Issédons; Hérodote (IV 21-27) et les témoignages latins correspondants», *Revue de Philologie* 64 (1990), 99-110. La costumbre del festín sagrado, descrita también por otros autores (HERÓDOTO, IV 26; POMPONIO MELA, II 9; ZENOBIO, V 125) parece ser una necrofagia ritual, común a otros pueblos indoeuropeos (maságetas, dérbicos y algunas de las tribus escitas: HERÓDOTO, I 216; PLATÓN, *Eutidemo* 299 E; ESTRABÓN, VII 3, 6 [C 298]; 9 [C 302]; XI 8, 6 [C 513]; 11, 8 [C 520]; SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos* III 207; PORFIRIO, *Sobre la abstinencia* III 17, 3; IV 21). Sabemos que la carne del muerto se mezclaba con la de los animales sacrificados, que cada pariente aportaba para la ocasión. Pero en el PARADOXÓGRAFO VATICANO (61 GIANNINI) se describe otra interesante costumbre escítica: la carne del difunto se cortaba, se salaba y, después de haberla secado al sol, los parientes la llevaban colgando de un cordel, que sujetaban al cuello. A cuantos amigos encontraban en su camino les ofrecían un pedazo, hasta que toda ella se consumía. Por lo demás, los cráneos no tenían la función de copas, como quieren Mela y Solino (esto se hacía sólo con los cráneos de los enemigos: *vid. infra*, SOLINO 15, 15), sino que se doraban por completo y se exponían como objeto de culto.

583 Los escitotauros, más conocidos como tauros o tauroscitas, habitaban en el Quersoneso Táurico (la península de Crimea). Tenían fama de pueblo cruel que vivía de la rapiña y de la guerra; sacrificaban los prisioneros a una divinidad femenina, llamada Orsíloque (a la que los griegos identificaron con Ártemis), cortando la cabeza de las víctimas (HERÓDOTO, IV 103; ESTRABÓN, VII 3, 6 [C 298]; TÁCITO, *Anales* XII 17, 4; LUCIANO, *Acerca de los sacrificios* 13; SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos* I 149; III 208; LACTANCIO, *Instituciones divinas* I 21, 2; AMIANO MARCELINO XXII 8, 34; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protréptico* III 42, 3).

584 Del griego *georgoí*, «labradores»; eran también denominados boristenitas, aunque ellos se llamaban a sí mismos olbiopolitanos.

585 El nombre correcto, a juzgar por PLINIO (IV 82) y POMPONIO MELA (II 7 y 11), era asiacas o axiacas. Mela alaba sus sencillas costumbres, pues son incluso incapaces de robar nada.

586 Pueblo de Crimea, limitaban por oriente con los tauroscitas. POMPONIO MELA (II 10), de quien depende Solino, describe sus precarias condiciones de vida: habitan en cuevas, a causa del frío, y llevan todo el cuerpo tapado, así como la cara. Señala también que ejercían el trueque.

[587] Es decir, con los cráneos de sus parientes.

[588] Todas estas costumbres de los escitas están magistralmente recogidas en HERÓDOTO (IV 64-66), de donde deriva todo nuestro pasaje a través de POMPONIO MELA (II 12-13). Se bebía ritualmente sólo la sangre del primer enemigo al que se diera muerte; los cráneos se preparaban como vasos, forrados con piel de buey por fuera y dorados por dentro, si se era rico. A quienes no habían conseguido matar a un enemigo no se les permitía beber en ciertas ceremonias. Sin embargo, Mela no indica nada sobre la vivienda en cuevas: esto hace presumir que Solino generalizó un dato que en su fuente se atribuía sólo a los satarcas.

[589] Corresponde al cuatrienio 584-580 a. C.

[590] Efectivamente, el ceremonial de los contratos entre los escitas consistía en mezclar con vino en una gran copa la sangre de los dos protagonistas, a quienes se había practicado una incisión. Luego bañaban en la copa un sable corto, unas flechas, un hacha «sagárica» y un venablo, pronunciaban una serie de votos y bebían del recipiente incluso los testigos (HERÓDOTO, IV 70). Solino tiene razón al recordar que el acuerdo de paz entre lidios y persas en época de Aliates se cerró asimismo mediante una ceremonia similar; sin embargo, el rey de los persas no era Astiages, sino su padre Ciaxares. La fecha señalada es bastante atinada, porque el final de la guerra coincidió con el eclipse del año 585 a. C. que había predicho Tales de Mileto (HERÓDOTO, I 74).

[591] Dioscuríade fue una pequeña ciudad del Ponto creada seguramente por los milesios (ARRIANO, *Periplo del Ponto Euxino* 10, 4) o por alguna colonia de Mileto (tal vez Sinope), en territorio de la tribu de los Coraxos; como míticos fundadores de la colonia figuraron tanto los propios Dioscuros, en su papel de Argonautas, como sus dos aurigas, acerca de cuyos nombres difiere enormemente la tradición (Anfito, Anfistrato, Cercio, Erigio, Recas, Télquido, Telquio). Los heníocos, término que en griego significa «cocheros, aurigas», fueron uno de los principales pueblos de la región caucásica: la leyenda griega sobre su origen responde a una justificación etimológica del nombre.

[592] O sármatas, que ocupaban las tierras entre el Don y el Dniéster.

[593] Uno de los reyes del Bósforo; el suceso ocurrió en época de Claudio (49 d. C.). Mitridates huyó a territorio de los dandarios y reunió fuerzas para recuperar su reino. Hecho más tarde prisionero, fue llevado a Roma, donde vivió veinte años más (TÁCITO, *Anales* XII 15-21).

[594] Era, en efecto, un pueblo de procedencia iránica que llegó de Media: *vid.* DIODORO SÍCULO, II 43, 6; PLINIO, VI 19.

[595] Tribu sometida a los reyes del Bósforo cuyo nombre es, en las inscripciones, tateos o tatemeotas.

[596] Según una extendida creencia, que Solino comparte, el mar Caspio era solamente un golfo o ensenada del gran Océano septentrional o escítico, y ambos se hallaban comunicados a través de una boca o canal.

597 Son los ríos Aras y Rion (Pasin).

598 Sobre los arimaspos, *vid. infra*, nota 601. Gesclitro es la transcripción latina del griego *gês kleîthron*, la barra que cierra la tierra y que los helenos situaban en una caverna donde se originaba el viento aquilón.

599 Esta denominación comprendía todas las montañas situadas por encima del Danubio, entre Europa central y Asia; allí empezaba el norte geográfico y astronómico de los antiguos.

600 En griego *pterophóros* significa «que lleva alas». HERÓDOTO (IV 7 y 31) se hizo eco de la leyenda escítica, según la cual en todo aquel territorio había tan gran cantidad de plumas en el suelo y en el aire que resultaba imposible transitarlo, y ya la explicaba diciendo que se trataba de nieve, semejante en su caída a las plumas blancas; pero el historiador griego no da nombre ninguno a esta parte del mundo. Desde luego, todos los datos de las fuentes acerca de la dureza de vida y de la noche perpetua hacen pensar que en la Antigüedad existió algún tipo de conocimiento sobre las regiones árticas.

601 El mito de los arimaspos, los extraordinarios seres de un solo ojo, se difundió desde Bactria, a través del Irán, hasta las ciudades griegas de Asia Menor, donde fue adaptado a la mentalidad y creencias helénicas. Fue desarrollado en los Cantos Arimaspeos, obra épica atribuida a Aristeas de Proconeso, a finales del siglo VI o comienzos del V: *vid*. J. D. P. BOLTON, *Aristeas of Proconnesus*, Oxford, 1962; A. IVANTCHIK, «La datation du poème l'*Arimaspée* d'Aristéas de Proconnèse», *L'Antiquité Classique* 62 (1993), 35-67. La palabra arimaspo no es escita ni significa hombres con un solo ojo, sino irania y definía al poseedor o amante de los caballos salvajes de las estepas. Puede no andar descaminado DIODORO SÍCULO (II 43, 5) cuando piensa que fue un rey llamado Arimaspo —«que ama a los caballos», como el nombre griego Filipo— el que prestó su denominación a este antiguo pueblo de las estepas orientales.

602 Mas en ningún lugar de su tratado *Sobre las piedras* estableció Teofrasto dicha distinción. Solino la tomó de PLINIO (XXXVII 55 y 62: «el primer lugar lo ocupa el diamante, el segundo la perla, el tercero la esmeralda») y la atribuyó falsamente al discípulo de Aristóteles.

603 Efectivamente, así sucede con las verdaderas esmeraldas, cuya extraordinaria dureza hace desaconsejable su uso como entalles.

604 Los vientos etesios («que soplan en unas fechas fijas cada año») no eran los mismos en el Egeo que en Egipto o en Oriente. Como el pasaje versa sobre las esmeraldas escíticas (escito/indias), se trata de los vientos del sur o monzones.

605 Transcripción del nombre griego *chalkosmáragdos*, que significa esmeralda de cobre. Provenían de Chipre y de Egipto; se trataba, por lo que señala PLINIO (XXXVII 66 y 74), de una clase de malaquita.

606 Piedra descrita por TEOFRASTO *(Sobre las piedras* 55) y PLINIO (XXXVII 119), que pudo ser tanto el lapislázuli como la malaquita azul, o incluso el jaspe azulado o la

turquesa. Hoy en día se conoce con el nombre de cianea a la lazurita o lapislázuli.

607 Esta misma dualidad de sexo se predicaba también de otras piedras, distinguiendo las piezas de colores más oscuros o vivos (machos) de las que ofrecían un aspecto más débil o pálido (hembras): sucedía, por ejemplo, en las «aetitas» (PLINIO, XXXVI 149), las sardas (PLINIO, XXXVII 106), las magnetitas (PLINIO, XXXVII 106), los carbunclos (PLINIO, XXXVII 92), los «sandastros» o piedras garamánticas (PLINIO, XXXVII 101), los zafiros (PLINIO, XXXVII 120). La idea sobre el sexo de los minerales es de origen oriental; como parte de ese organismo vivo que es el universo, las piedras tendrían no sólo un alma, sino también vida y género como las plantas y los animales: *vid.* al respecto R. J. FORBES, *Studies in Ancient Technology*, VII, Leiden, 1966, págs. 91-92; HALLEUX, «Fécondité des mines et sexualité des pierres…», págs. 16-25; ELIADE, *Cosmología y alquimia…*, págs. 68-72.

608 Semejante idea se hallaba abonada por el hecho de que los antiguos suponían que el cristal de roca provenía de la solidificación del hielo: véase SÉNECA, *Cuestiones naturales* III 25, 12; PLINIO XXXVII 23. Lo paradójico del caso es que Solino comparte aquí esta creencia sobre la incompatibilidad entre el cristal de roca y las cosas calientes, pero unas líneas más abajo (15, 31) no muestra inconveniente en rebatir, usando de buena lógica, a sus predecesores.

609 Es decir, casi 50 kilos.

610 Se decía que a partir de entonces depositaron sus primicias en los límites del país y que cada pueblo las recogía y transportaba hasta la siguiente frontera, llegando de este modo hasta Delos. La tradición griega hablaba de dos trayectos para enviar las primicias: partiendo del país de los hiperbóreos, uno de los caminos recorría el territorio escítico y, a través de varios pueblos que se relevaban en el transporte, se llegaba al fondo del Adriático; desde aquí bajaban hasta Dodona, en el Epiro, cruzaban luego al golfo Malíaco, descendían por Eubea hasta Caristo y saltaban el Egeo, vía Teno, para llegar a Delos. El otro itinerario establecía como primeras etapas a los arimaspos y a los esedones, y luego a los escitas que vivían junto al Mar Negro; las ofrendas hacían escala en Sinope, marchaban hasta Prasias, en el Ática, y alcanzaban finalmente Delos. Toda la leyenda de los hiperbóreos gozó de gran predicamento en la Antigüedad y Solino se hace eco de los rasgos más esenciales, que compendían curiosidades geográficas y etnográficas sobre los límites de la representación griega del mundo y se inserta en la visión de Delos como centro cosmológico (BALLABRIGA, *Le Soleil et le Tartare…*, págs. 232-237). Por otra parte, se encuentra históricamente documentado que en época clásica llegaban hasta Delos unas ofrendas consideradas como «hiperbóreas», que viajaban por la Hélade y el Egeo remitidas tal vez por los más apartados de los jonios y por algunas otras poblaciones asiáticas; pero su origen exacto es desconocido: *vid.* J. TRÉHEUX, «La réalité historique des offrandes hyperboréennes», en G. E. MYLONAS, D. RAYMOND (eds.), *Studies presented to David Moore Robinson on his seventieth birthday*, II, Saint Louis, Miss., 1953, págs. 758-774; P. BRIND' AMOUR, «L'Origine des Jeux Séculaires», en W. HAASE (ed.), *ANRW*, II 16. 2, Berlín-Nueva York, 1978, págs. 1415-1417.

611 La descripción corresponde a los míticos argimpeos o argipeos, pueblo ya retratado por HERÓDOTO (IV 23) y que desde el siglo IV a. C. se vio equiparado a los hiperbóreos. Su nombre se modifica en los autores latinos en arinfeos o arenfeos.

612 *Vid. supra*, nota 596.

613 El Amur-Daria, que antes desembocaba en el Caspio y hoy lo hace en el mar de Aral.

614 PLINIO, VIII 62, y VALERIO FLACO, I 489-497, describen con mayor detalle el procedimiento empleado por los cazadores, que huían a caballo: la hembra del tigre seguía siempre el rastro y era necesario ir desprendiéndose de los cachorros, de uno en uno, en cuanto oían a sus espaldas el rugido de la madre. El tiempo que el animal tardaba en llevar a cada cría hasta la madriguera, lo aprovechaban los ladrones para llegar al mar: H. WALTER, «Zum Tigergleichnis des Valerius Flaccus (Arg. I 489 ff.)», *Rhein. Museum* 118 (1975), 153-165. Los bestiarios medievales describen, en cambio, otro método para desviar a la enfurecida hembra, consistente bien en arrojar bolas de cristal, bien en dejar abandonado algún espejo, pues aseguran que la tigresa siempre se detenía a contemplar su imagen y creía, al verla reflejada, haber encontrado a uno de sus cachorros (*vid.* F. MCCULLOCH, «Le tigre au miroir. La vie d'une image de Pline à Pierre Gringoire», *Revue des Sciences Humaines* 33 [1968], 149-160; MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario*..., págs. 9-13).

615 El supuesto poder mágico de las panteras y el olor que despedían (muy atractivo, al parecer, para los monos) forma parte de las creencias antiguas sobre esta fiera, ya recogidas por Aristóteles y otros autores; *vid.* F. WOTKE, *RE* XVIII 3, 764, s. v. *Panther*.

616 El veneno del aconito se usaba también para cazar a otras especies. Su efecto consistía en atontar al animal, por lo que resultaba más fácil capturarlo vivo: WOTKE, *RE* XVIII 3, 762, s.v. *Panther*.

617 El nombre de la hierba («pardalianque») procede del griego *pardalianchés*, cuyo significado es «que asfixia a las panteras»; era una de las denominaciones del aconito. El remedio curativo atribuido al instinto del animal se halla en sintonía con la creencia antigua de que algunos excrementos, entre ellos los humanos (por ejemplo, los de un joven sometido durante dos días a una dieta), constituían medicamento adecuado para sanar males de la garganta (amigdalitis, paperas, inflamaciones de la úvula, faringitis): *vid.* R. MUTH, *Träger der Lebenskraft. Ausscheidungen des Organismus im Volksglaube der Antike*, Viena, 1954, págs. 136 s.

618 Leopardos; pero *pardus*, en latín, era sinónimo de *panthera* y de *leopardus*.

619 Para explicar el origen de ciertos animales, los antiguos idearon una serie de fantásticos cruces: el leopardo provendría de la unión entre el león y el pardo (en su acepción de pantera); la jirafa, del leopardo y el camello. Incluso se daba crédito a los cruces entre lobos y leones, o perros y panteras.

620 Esta es la primera vez que se usa, en toda la literatura antigua, la expresión *maria mediterranea* para referirse a lo que antes se llamaba *maria interiora, mare nostrum* o *mare medium*, designación que comprendía el conjunto de todos aquellos mares parciales arriba aludidos (Egeo, Tirreno, Jónico, Crético, etc.) situados entre Europa y África; *vid.* V. BURR, *Nostrum mare. Ursprung und Geschichte des Mittelmeeres und seiner Teilmeere im Altertum* (Würzb. Stud. z. Altertumswiss., 4 H.), Stuttgart, 1932, págs. 133 s.

621 Acerca de la teoría oceánica del origen de la mareas, vía estrecho de Gades, véase *infra*, nota 718. El principal defensor de la doctrina relativa a los movimientos y efectos de la laguna Meótides (Mar de Azov) y del Mar Negro, a través del Bósforo, sobre las mareas del Mediterráneo fue Aristóteles, seguido por Estratón de Lámpsaco y, finalmente, por Eratóstenes: *vid.* H. BERGER, *Geschichte der wissenschaftlichen Erdkunde der Griechen*[2], Leipzig, 1903, págs. 289-291, 390 s.

622 Es decir, la ciudad de Apolonia del Ponto. Esta colonia de Mileto, situada en la costa tracia del Mar Negro, se hallaba en buena parte construida sobre un islote. No debe confundirse con una verdadera isla denominada Apolonia (pero también Tinia, Dafne, Dafnusa, y Bitinia por los bárbaros), frente a la ciudad póntica de Roa, donde los Argonautas consagraron un templo al dios Apolo (APOLONIO DE RODAS, II 672-719; cf. PLINIO, VI 32).

623 Ochenta millas, unos 118,5 km.

624 Marco Licinio Luculo, llamado M. Terencio Varrón Luculo tras su adopción por Terencio Varrón, siendo procónsul de Macedonia sometió a todas las ciudades griegas de la costa tracia del Ponto Euxino. La estatua de Apolo la tomó del templo del dios en Apolonia: era una imagen colosal, pues medía 30 codos de altura (casi 13,5 metros), obra del broncista Cálamis; se realizó a mediados del siglo v a. C. y había costado 500 talentos. Luculo la llevó a Roma para la celebración de su triunfo en el 71 a. C. (M. PAPE, *Griechische Kunstwerke aus Kriegsbeute und ihre öffentliche Aufstellung in Rom. Von der Eroberung von Syrakus bis in augusteischer Zeit*, Dissert. Hamburg, Hamburgo, 1975, pág. 23). Pero según APIANO *(Guerras ilirias* 30) la estatua provenía de la ciudad póntica de Calatis y se fijó en el Palatino.

625 El nombre de esta isla era también Borístenes (hoy Berezan), no lejos de un promontorio-península denominado Pista de Aquiles (ESTRABÓN, VII 3, 19 [C 307]); mas para otros autores antiguos la llamada isla de Aquiles o Pista de Aquiles fue Leuca, un islote situado frente a la desembocadura del Histro o Danubio (así en ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 122 GIANNINI; FILÓSTRATO, *Heroico* 745-746 [pág. 327]; ARRIANO, *Periplo del Ponto Euxino* 21). En ambas islas, los navegantes habían establecido lugares de culto al héroe griego.

626 Es la misma historia que figura en Antígono de Caristo. PLINIO (X 78), en cambio, asegura que las únicas aves que no penetraban en el recinto de Aquiles eran las perdices. Sobre la leyenda de unas bandadas de pájaros blancos que se ocupaban de

adecentar este santuario *vid. supra*, nota a SOLINO, 2, 50.

627 Río que desembocaba en el Mar del Norte; quizá se trate del Petschora o del Ob.

628 Es, sin duda, el Mar del Norte, pero lo que *amálkios* significa en griego es precisamente «no entumecido, no aterido». Más que Hecateo de Mileto, el autor mencionado debe ser Hecateo de Abdera, que escribió sobre los hiperbóreos en la primera mitad del siglo III a. C.; *vid*. S. BIANCHETTI, «Plinio e la descrizione dell'Oceano settentrionale in Pitea di Marsiglia», *Orbis Terrarum* 2 (1996), 81.

629 Geógrafo que vivió entre la época de Augusto y la de Vespasiano; describió las costas del Mar del Norte, incluyendo las islas.

630 En efecto, las dos raíces célticas que componen el nombre son *mori-*, mar, y **marvos*, muerto (*vid*. A. HOLDER, *Alt-Celtischer Sprachschatz*, II, Leipzig, 1904, págs. 449, 628 s.; H. D. RANKIN, *Celts and the Classical World*, Londres-Sidney, 1987, pág. 56).

631 Rúbea es un promontorio desconocido, pero tanto éste como los demás datos se refieren a la costa y a los mares situados entre las islas Shetland y Helgoland.

632 La expedición, que habría seguido una antigua ruta comercial desde el Oxo al Caspio, se data en el 65 a. C. Es difícilmente admisible, sin embargo, que se llevara a cabo tal como señalan las fuentes romanas: véase W. W. TARN, *The Greeks in Bactria and India*[2], Cambridge, 1951, 488-492.

633 Geógrafo griego que vivió entre finales del siglo II y comienzos del I a. C.; describió las islas y rarezas del Ponto.

634 Abalo, Abalcia o Balcia, nombre de una isla del mar del Norte situada frente a Germania y descrita por Píteas de Masalia y por Timeo, quienes la denominaron Basileia. Decíase que de allí procedía el ámbar. Quizá no fuera otra cosa sino Escandinavia.

635 Islas fantásticas, cuyo nombre derivaría del griego *ōón*, huevo.

636 Se trata, sin duda, de una fábula antigua del norte de Europa recogida por los navegantes griegos, que posee algunos paralelos como el de los «enotocoitas» de India, cuyas orejas eran tan largas que les servían de lecho (ESTRABÓN, II 1, 9 [C 70]). POMPONIO MELA (III 56) llama a estos isleños los panocios, y PLINIO (IV 95), al igual que Solino, fanesios. A su vez, ISIDORO *(Etimologías* XI 3, 19) recuerda a los panocios y hace derivar el nombre del griego, con el significado de «todo orejas». Por ello se ha propuesto la corrección de la voz fanesios, como supuestamente corrupta, en «panocios». Sin embargo, la grafía «fanesios», debe respetarse: la morfología de «panotios» se halla en relación con la raíz griega *pen-* (dorio *pan-)*, «trama, tejido», más la desinencia *ota*, «orejas», y seguramente dicho término no fue sino la adaptación al griego de un original fanesios, derivado del indoeruopeo **pan-* (griego *pênos, pḗnē*, latín *pannus*, gótico *fana*, al. *Fahne*, etc., «pieza de tejido») y **əus-* (latín *auris*, gótico *auso*, etc., «oreja»); *vid*. J. POKORNY, *Indogermanisches Etymologisches Wörterbuch*, Berna,

1959, págs. 785, 788. Así pues, tanto fanesios como panocios significaría «que usan las orejas como lienzos o trajes». JUAN DE MANDAVILA, *Libro de las maravillas del mundo*, II, cap. LV, los retrata de esta forma: «se llaman «panoti» e tienen toda la manera así como nosotros, salvo que tienen las orejas tan grandes que parescen mangas de tabardo, con las cuales se cubren todo el cuerpo, y tienen la boca redonda como una escudilla».

637 A finales de septiembre. A partir de esas fechas tiene lugar la berrea, con las terribles peleas entre los machos para reunir un rebaño de hembras. Después de fecundarlas, los machos abandonan el hato. El embarazo dura ocho meses; los cervatillos nacen, pues, hacia abril o mayo.

638 Solino usa el tiempo pasado porque todos los años el ciervo pierde la cornamenta al llegar la primavera, y estos cuernos eran luego aprovechados para distintos fines; cf. la descripción de PLINIO (VIII 115). Respecto a las propiedades que se atribuían a los mismos (ahuyentar serpientes, remediar la calvicie y la epilepsia, virtudes afrodisiacas), véase *Lapidario órfico*, 244-259; *Declaraciones lapidarias de Orfeo*, 4; PLINIO, XXVIII 178; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* IX 20).

639 El díctamo es una hierba parecida al orégano que crece en abundancia en Creta, concretamente en el monte Dicte, del que seguramente recibió su nombre. Era una planta vulneraria, porque sus hojas fueron utilizadas ya en la Antigüedad para curar las heridas de las flechas (aunque también como abortivo), y se decía, en efecto (PLINIO, VIII 97; XXV 92), que los ciervos habían enseñado este uso a los hombres. Sin embargo, según la versión más divulgada (ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* IX 612 a; TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IX 16, 1; ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 30 GIANNINI; CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* II 126; VALERIO MÁXIMO, I 8, ext. 18; VIRGILIO, *Eneida* XII 411-415; PLUTARCO, *Obras morales* 974 D y 991 E-F) eran las cabras salvajes de Creta las que usaban la planta para sacarse las flechas (ISIDORO, *Etimologías* XVII 9, 29, habla solamente de fieras heridas). Los romanos lo llamaron también poleo de Marte, por su poder para expulsar las puntas de las flechas clavadas en el cuerpo.

640 Quizá la alcachofa (griego *kínara)* o la rosa canina (gr. *kynára)*.

641 Solino leyó esta información en PLINIO (VIII 119; cf. XXVIII 228), pero no consta de dónde procede semejante idea.

642 Se trata, naturalmente, de una fábula sobre la longevidad del ciervo, muy aceptada en toda la Antigüedad, pues este animal alcanza sólo los cuarenta años.

643 En griego, *tragélaphos* significa «ciervo-chivo»; con ese nombre se concebía a un animal fantástico, similar a la esfinge, de procedencia persa, cuya imagen se utilizaba como motivo decorativo: G. SILLITTI, *Tragelaphos. Storia di una metafora e di un problema* (Collana Elenchos, 2), Nápoles, 1980. Pero todo parece indicar que tanto PLINIO, VIII 120, como nuestro autor designaron con dicha expresión al animal llamado por ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* II 498b, el *hippélaphos*, que se criaba en Aracosia y que se ha identificado con una especie de ciervo salvaje o con el

antílope pintado de Afganistán y la India.

644 Los ingevones era el nombre de una de las tres ramas en que se dividían los germanos; ocupaban el norte del país, hasta el Océano. A ella pertenecían cimbros, teutones, caucos, sajones, frisios, anglos, varnios y ampsivarios, que constituían, en tiempos primitivos, una unidad política (TÁCITO, *Germania* 2, 3).

645 La Selva Negra; el nombre deriva del céltico *ercunia*, «muy alto o elevado».

646 El Alba es el río Elba: véase J. STRAUB, «Alba = Elbe oder Alb?», *Bonner Jahrbücher* 155/156 (1955/56), 136-155 (= *idem, Regeneratio Imperii*, Darmstadt, 1972, pág. 422). El Gútalo puede ser el Oder, aunque también se ha pensado en otros ríos (Lutta, Agel, Pregel, Memel).

647 Este pasaje parece desarrollado por la fantasía de Solino a partir del dato, tomado de PLINIO, X 132, sobre la mera existencia de tales pájaros, lo que constituía ya otra exageración. Desde luego, Plinio nunca visitó la selva Hercinia; su información, como señala E. NORDEN, *Die Germanische Urgeschichte in Tacitus Germania*[4], Darmstadt, 1959, págs. 309-310, debe de proceder del libro 142 de Tito Livio, que se ha perdido, donde se describía la campaña de Germánico (9 d. C.) en la Selva Negra. ¿Acaso Solino tomó directamente de Livio esta leyenda sobre las plumasbengalas? Se ha pensado que el relato podía basarse en el hecho de que las plumas del charlatán de Bohemia *(Ampelis garrulus)* presentan, en sus extremidades, unos apéndices rojizos (ANDRÉ, *Les noms d'oiseaux*..., pág. 40; CAPPONI, *Ornithologia*..., págs. 290-291). A su vez, Isidoro y muchos autores medievales que se inspiraron en Solino confundieron a estos pájaros de la selva Hercinia con aves de la lejana Hircania, en Oriente, por un simple error de lectura o de escritura: *vid*. CH. HÜNEMÖRDER, «Hercyniae aves», *Rhein. Museum* 110 (1967), 371-384.

648 Las noticias que recoge Solino sobre estos tres animales son prueba de la existencia de una tradición bastante extendida en época antigua que describía los grandes mamíferos de la fauna nórdica; véase, al respecto, W. RICHTER, «Achlis. Schicksale einer tierkundlicher Notiz», *Philologus* 103 (1959), 281-296.

649 Se trata, seguramente, del territorio de Escandinavia, pues era fácil confundirlo con una isla; véase PLINIO, VIII 39.

650 Solino, que sigue a PLINIO (VIII 39), se refiere en este pasaje al animal que los romanos denominaban *achlis*; es muy probable que se tratase de un espécimen diferente al alce, en concreto un género de ciervo paleozoico (el llamado *Cervus megaceros euryceros)*, que subsistió en la mitad norte de Europa hasta época medieval y cuyos cuernos eran muy parecidos a los de los alces (RICHTER, «Achlis...»).

651 Del indoeuropeo **ghleso-*, «lo que brilla» (G. BONFANTE, «The word for amber in Baltic, Latin, Germanic and Greek», *Journal of Baltic Studies* 16 [1985], 316-319). El nombre de Glesaria se lo dieron los romanos durante las operaciones de Germánico en el mar del Norte, pero los nativos la llamaban Austeravia o Astravia, la isla situada al oeste. Quizá se trate de Ameland o Ter Schelling, frente a la costa de los frisones o

frisios: *vid.* K. A. NEUHAUSEN, «Die Nordseeinsel Glaesaria = Austeravia bei Florus, Plinius Maior und Solinus: Neues zu den Feldzügen des Drusus in Germanien», *Acta Classica Universitatis Scientiarum Debreceniensis* 27 (1991), 67-97.

652 Germánico, hijo de Druso el Mayor y de Antonia la Menor, realizó esta exploración durante sus campañas de Germania en los años 15-17 d. C.; *vid.* TÁCITO, *Anales* II 23-26.

653 Se pretendía explicar el nombre latino del ámbar, *sucinum*, como un derivado de *sucus*, savia. Pero esta etimología, que figura ya en PLINIO (XXXVII 43) y recogió ISIDORO *(Etimologías* XVI 8, 6), no es correcta, pues la voz responde a una antigua forma indoeuropea, emparentada con el lituano *sâkas*, «resina» (en efecto, el ámbar es resina fósil)

654 PLINIO (XXXVII 43) precisaba que el ámbar olía a pino y, cuando arde, a antorchas resinosas. TÁCITO, *Germania* 45, 6-8, conocía también la tesis de que la materia ambarina constituía el exudado o resina de un árbol, pero no distingue ninguna familia; respecto a la llama, tan sólo indica que era olorosa.

655 Existía una historia sobre el origen del ámbar, según la cual las hermanas de Faetón, que pereció destruido por un rayo, fueron convertidas en álamos a orillas del Po, mientras lloraban su muerte; y se decía que en lugar de lágrimas derramaban ámbar.

656 De este y otros itinerarios comerciales para trasladar el ámbar hasta Italia, así como de la existencia de diferentes centros de producción, se han ocupado J. WIELOWIEJSKI, «Bernsteinstraße und Bernsteinweg während der römischen Kaiserzeit im Lichte der neueren Forschung», *Münstersche Beiträge z. antik. Handelsgeschichte* 3 (1984), 69-87, y F. BRAEMER, «L'ambre à l'époque romaine: problèmes d'origine, de commerce par terre et par mer, et de lieux de façonnage des objets, notamment figurés», en F. BRAEMER, D. DEICHA (ed.), *Les ressources minérales et l'histoire de leur exploitation* (Colloques du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, 2), París, 1986, págs. 361-381.

657 Fueron unos juegos gladiatorios sufragados por Nerón que duraron varios días. Sabemos que la persona encargada por el príncipe de organizarlos, Claudio Juliano, logró reunir una buena cantidad de ámbar, con el que decoraron el anfiteatro, las armas de los participantes y otros aparejos, e incluso trajo un bloque que pesaba 13 libras (4,25 kilos) (PLINIO, XXXVII 45). NORDEN, *Die Germanische…*, 445 ss., intentó reconstruir la posible ruta seguida por Juliano en su expedición comercial; la historia de este viaje figura en J. KOLENDO, *A la recherche de l'ambre baltique. L'expédition d'un chevalier romain sous Néron*, Varsovia, 1981. Solino ha inventado, sin duda, el dato de esas trece mil (!) libras regaladas por un supuesto rey de los germanos

658 Se decía que sus virtudes, cuando se ha frotado el ámbar con los dedos, eran semejantes a las del imán *(vid.* PLINIO, XXXVII 48); pero existía la creencia de que las hojas de albahaca no sufrían la atracción (PLUTARCO, *Obras morales* 641 C).

659 Se aplicaba para el tratamiento de algunas enfermedades del estómago, de la

disuria, del delirio, de los dolores de oído y del oscurecimiento de la vista. Colgado como amuleto se pensaba que era eficaz para sanar las fiebres y que protegía, en general, contra todas las dolencias (PLINIO, XXXVII 51). Sobre otros usos en la medicina popular que han perdurado hasta nuestros días, véase SELIGMANN, *Die magischen Heilund Schutzmittel…*, págs. 248-250.

660 Melancórifos significaba, en griego, «que tienen negra la punta de la cabeza» y designaba, probablemente, a algún pájaro de la familia de los páridos: el herrerillo *(Parus major)*, el paro carbonero *(Parus ater)* o el *Parus palustris*. Pero a estas aves del texto llamadas melancórifos sólo por los árabes no cabe identificarlas con esas otras, y no sabemos a qué especie podían equivaler (ANDRÉ, *Les noms d'oiseaux…*, pág. 99; CAPPONI, *Ornithologia…*, págs. 321-322).

661 Todo el pasaje de Solino deriva de una serie de errores. El texto es un resumen de un texto de PLINIO (XXXVII 110-112) donde el naturalista trata de la gema conocida como *callaina*, cuya variedad más turbia recibía el nombre de *callaica*. Por otro lado, existía también una piedra llamada *gallaica* (seguramente una pirita de color blanco-crema descrita por PLINIO, XXXVII 163). Solino debió pensar que galaica y calaica (calaína) eran la misma cosa, sin advertir que Plinio escribe que la calaína proviene de Carmania, no de Germania. Pero dos de los actuales códices de Plinio escriben Germania, puesto que la deformación Carmania-Germania estuvo facilitada por el hecho de que Carmania, región situada al norte del mar Pérsico, se convirtió a lo largo del Imperio romano en un nombre y un territorio exóticos (dos ejemplos más: el mismo error se repite a continuación a propósito de las ceraunias; la mirra de Carmania citada por PLINIO en XXXVII 21 se ha transformado en mirra de Germania en ISIDORO, XVI 12, 6).

662 Sabemos, sin embargo, por PLINIO (XXXVII 137), que esta clase de ceraunia era propia de Carmania. La corrupción Germania se introdujo en algún manuscrito pliniano, que conoció Solino. Acerca de las ceraunias, *vid. infra*, nota 696.

663 Nombre céltico que significa «espalda, dorso»; son los actuales montes Cévennes.

664 Sobre los sacrificios humanos de los druidas, *vid*. CÉSAR, *Guerra de las Galias* VI 16; CICERÓN, *En defensa de Fonteyo*, 31; DIONISIO DE HALICARNASO, I 38; PLINIO, XXX 13. Después de «cuentan», algunos códices de la familia III (SA) añaden: «en una abominable ceremonia religiosa», lo que constituye una molesta redundancia.

665 Desde los primeros momentos de la ocupación romana, las llamadas Mesia Superior y Mesia Inferior solían hacer importantes envíos de trigo a Roma. La *Expositio totius mundi et gentium*, 57, y la *Descriptio totius mundi*, señalan que Mesia y Dacia eran autosuficientes.

666 Aceite de Media: éste era el nombre de la nafta o petróleo, al que también los griegos llamaban aceite. Conocido desde época de las guerras médicas, se extraía cerca de Susa, y quizá de ahí derive esa denominación de *oleum Medicum* (HERÓDOTO, VI

119). Es probable que toda esta noticia, que Solino encontraría en alguna fuente «paradoxográfica», se haya constituido por deformación o incomprensión de dos datos. Primero: la planta de forraje conocida como alfalfe *(Medicago sativa)*, frecuentemente cultivada en territorio de los mesios y en las riberas del Ponto, era denominada entre los griegos «hierba de Media» o «hierba médica» por haber sido traída hasta la Hélade por los persas, y fue sin duda empleada como droga (TEOFRASTO, *Historia de las plantas* VIII 7, 7; DIOSCÓRIDES, *Sobre materia médica* II 147; PLINIO, XVIII 144-148; COLUMELA, II 10, 25-28; PALADIO, V 1, 1). Segundo: hubo una vieja tradición que explicaba el título de aceite «médico» por el hecho de que la hechicera Medea incendió la corona de Glauca valiéndose de la nafta y no de una substancia mágica (PLINIO, II 235; PLUTARCO, *Alejandro* 35; léxico de la *Suda*, s.v. *Mḗdeia;* cf. MOREAU, *Le mythe de Jason…*, 223). Ambos datos pudieron fundirse en la idea de que la mezcla de la hierba médica y el aceite «de Medea» era capaz de generar un compuesto con poderosas virtudes ocultas; de hecho, ISÍGONO DE NICEA (Fr. 12 GIANNINI) ya afirmaba que el agua de susiana (= nafta de Susa) era envenenada con ponzoñas que abrasaban.

667 Es decir, 800 millas, 1.184 km.

668 Exactamente la misma historia relata TÁCITO *(Germania* 3, 3) acerca de Asciburgio, en Germania. La salida de Ulises al Atlántico, el llamado *exōkeanismós*, es una creación del filósofo y gramático del siglo II a. C. Crates de Malos, en sus correcciones a la *Odisea*. A partir de él empezaron a proliferar las tradiciones que situaban en las costas del Océano Atlántico, desde Lusitania hasta el Mar del Norte, diferentes desembarcos y fundaciones del héroe homérico; sobre estas leyendas, *vid*. M. SIEBOURG, «Odysseus am Niederrhein», *Westdeutsche Zeitschrift f. Geschichte u. Kunst* 23 (1904), 312-321; NORDEN, *Die Germanischen…*, págs. 183-187; MUCH, *Die Germania…*, págs. 85 s.; L. BRACCESI, *Alessandro e la Germania. Riflessioni sulla geografia romana di conquista* [Problemi e ricerche di Storia Antica, 13], Roma, 1991, págs. 36-39; MANFREDI, *Mare Greco…*, págs. 197-198. Existía además un fondo antiguo de sagas nórdicas que presentaban similitudes con algunos de los datos de la *Odisea* y que fueron tal vez conocidas a través de los escitas; todo esto pudo facilitar el pronto arraigo de las leyendas odiseicas en el Atlántico norte: R. HEINZEL, *Kleine Schriften*, Heidelberg, 1909, 178 ss.

669 La isla de Irlanda.

670 Recuérdese lo dicho en nota a SOLINO, 11, 14.

671 La idea sobre la ferocidad y desmedidas costumbres de los escotos (nombre de los primitivos habitantes de Irlanda), entre ellas la antropofagia, la promiscuidad sexual (incluso entre padres e hijos y entre hermanos), la consumición de los cadáveres de los deudos, o el ser hervíboros, gozó desde el siglo I a. C. de bastante difusión: véase DIODORO SÍCULO, V 32; ESTRABÓN, II 1, 13 (C 72); IV 5, 4 (C 201). Sin embargo, un autor ponderado como TÁCITO *(Agrícola* 24) no sólo ignora tales rasgos, sino que atribuye a los hiberneses un nivel de cultura equiparable al de los britanos; cf. J. B. KEUNE, *RE* II A 1, 843 s., s. v. *Scotti;* R. DION, *Aspects politiques…*, 256-260. Hasta

ahora se pensaba que Roma sólo habría conocido a los hiberneses gracias a las informaciones de los comerciantes, pero el reciente descubrimiento de una fortaleza romana cerca de Dublín, fechable en los siglos I-II d. C. y similar a los asentamientos militares instalados en el resto del Imperio, obliga a considerar la isla de Irlanda entre los territorios sujetos a una directa romanización.

672 Los códices de la familia III (SAP) insertan aquí dos parágrafos. MOMMSEN tuvo dudas a la hora de incluirlos en su propuesta del texto de Solino, aunque reservó para ellos la correspondiente numeración dentro del apartado. Esto explica los paréntesis que figuran, en este capítulo 22, detrás de los parágrafos 4 y siguientes. Dicen así: «(22, 4) La mujer que ha parido, si alumbra un varón, coloca en la espada del marido la primera comida e introduce delicadamente en la boca del niño, con la punta del arma, esta dosis inicial de alimentos, y, conforme a sus ritos, hace votos para que no encuentre otra clase de muerte sino en la guerra y con las armas. (5) Quienes muestran aprecio por los aderezos, adornan la empuñadura de la espada con dientes de bestias marinas: y es que relucen con el brillo del marfil. Pues el más destacado timbre de gloria radica para los hombres en el esplendor de las armas».

673 Es decir, 120 millas, espacio algo inferior a 178 km. Sin embargo, PLINIO (IV 103) tan sólo señalaba que la distancia más corta, la que separa el distrito de los siluros -sur de Gales- e Hibernia, era de 30 millas (44,4 km). Pero la distancia real desde allí hasta Irlanda es de 75 km. Además, no cabe duda de que saliendo desde cualquier punto de la bahía más meridional del territorio siluro la distancia viene a ser exactamente la que computa Solino. ¿Se basó quizá nuestro autor en las informaciones de los comerciantes romanos que, a partir del siglo II d. C., traficaban desde Britania con Irlanda?

674 Seguramente las islas Scilly. Tal vez el nombre, como sugiere MOMMSEN, debiera de corregirse en *Sillina*, forma que aparece en algunos códices solinianos y que conviene con un pasaje de SULPICIO SEVERO *(Crónica* II 51, 3) relativo a una isla en torno a Britania denominada *Sylinancis*. Fue una de las islas sagradas célticas convertida en escuela o santuario druídico: C.-J. GUYONVARC'H, F. LE ROUX, *Les druides*, Rennes, 1986, págs. 308 s.

675 Hoy Thanet, frente a la costa del condado de Kent, se localizaba en el territorio de los trinovantes, una de las tribus más poderosas del sur de Britania.

676 Sobre este punto, véase nota a SOLINO, 11, 14.

677 Tule era el nombre dado por Piteas de Masalia a la parte más septentrional del Océano. Todas estas noticias de Solino, tomadas en parte de PLINIO (II 186-187; IV 104) y de TÁCITO *(Germania*, 45, 1; *Agrícola*, 10, 4-5), remontan en definitiva a Píteas y, probablemente, a la descripción geográfica de Eratóstenes sobre los límites de la *oikouménē;* sobre ello, véase H. BERGER, *Die geographische Fragmente des Eratosthenes*, Leipzig, 1880, Fr. II C 11, 145-146; DION, *Aspects politiques…*, págs. 200-212. Tradicionalmente, se identifica a Tule con Islandia, aunque algunos defienden que fue una parte de la costa Noruega o la isla de Mainland, la mayor de las Shetland

(M. MUND-DOPCHIE, «L'«ultima Thule» de Pythéas dans les textes de la renaissance et du XVII[e] siècle. La réalité et le rêve», *Humanistica Lovaniensia* 41 [1992], 134-158). La noche o el día de seis meses sólo se aprecian bien en las cercanías del polo, aunque en el norte de Islandia, situada dentro del círculo polar ártico, el fenómeno se produce de modo menos intenso; *vid*. C. AUJAC, «L'île de Thulé, mythe ou réalité. Étude de géographie grecque», *Athenaeum* 66 (1988), 329-343.

678 La referencia de Solino al mar espeso y congelado ha fundido dos informaciones: la noticia acerca de un mar espeso *(pigrum et immotum)* proviene de TÁCITO *(Agrícola*, 10, 6; *Germania*, 45, 1) y registra las condiciones de un amplio sector del océano Atlántico, a partir de las islas Féroe, donde las aguas forman un líquido viscoso cercano al punto de congelación (DION, *Aspects politiques…*, pág. 194). Mientras que las alusiones al mar totalmente helado o congelado se encuentran en ESTRABÓN (I 4, 2 [C 63]: *thálatta pepēgyîa)* y en PLINIO (IV 104; XXXVII 35: *mare concretum)* y dejarían constancia de la placa sólida que caracteriza al Océano Glacial Ártico; *vid*. A. DEMAN, «Tacite, *Agricola* 10, 6 et *Germania* 45, 1: *Mare pigrum*», *Latomus* 17 (1958), 364. En este punto, los manuscritos LMFG y los de la familia III (SAP) introducen el siguiente texto: «(12) Desde el promontorio de Caledonia hay dos días de navegación para los que ponen rumbo a Tule. Vienen inmediatamente después las islas Ébudas, en número de cinco, cuyos habitantes no conocen los frutos de la tierra: viven solamente de pescados y leche. (13) Existe un solo rey para el conjunto de las islas, pues aun siendo varias, se hallan todas separadas entre sí por un corto brazo de mar. El rey no posee nada propio: todo pertenece a la comunidad. (14) Está inclinado a la rectitud por obra de ciertas leyes, y para que la ambición no lo aparte del camino recto aprende con la pobreza a ser justo, como quien carece de cualquier patrimonio familiar, pero es alimentado a expensas del pueblo. No se le concede ninguna mujer propia, pero llegado el caso puede tomar en disfrute a cualquier mujer que le haya impresionado; de este modo no le es dado deseo ni esperanza de tener hijos. (16) El segundo puerto para los navegantes lo ofrecen las Órcadas; sin embargo, las Órcadas están distanciadas de las Ébudas por espacio de siete días y otras tantas noches de viaje. Su número es de tres; están deshabitadas, carecen de árboles y el suelo se ve erizado de plantas parecidas a los juncos: en las restantes zonas predominan simples arenales y peñascos. (17) De las Órcadas a Tule la travesía dura cinco días con sus cinco noches. Tule, en fin, es una isla extensa y que produce abundantes frutos durante mucho tiempo; los que habitan en ella, a comienzos de la primavera viven del pasto entre los rebaños, luego de la leche, y para el invierno ahorran la fruta de los árboles. Comparten las mujeres entre todos: nadie se ata en matrimonio estable». Conviene efectuar algunas precisiones. Las islas Ébudas, son las Hébridas. MELA (III 54) y PLINIO (IV 103) aseguran que son siete; en cambio, CLAUDIO PTOLOMEO (II 2, 10) y MARCIANO DE HERACLEA (en ESTEBAN DE BIZ., s.v. *Aiboudai)* calculan su número en cinco, igual que este pasaje, único texto que proporciona datos fabulosos sobre sus primitivas costumbres. Las Órcadas (en ingl. islas Orkney) son un archipiélago de unas noventa islas; PLINIO (IV 103) afirma que su número es de cuarenta. Fueron descubiertas y sometidas por Agrícola. Su nombre deriva

del promontorio Orcas, en el norte de Escocia. Además de ser más de tres, siempre estuvieron habitadas y no son, en absoluto, infecundas.

679 Es decir, 4.875 millas, unos 7.215 km. MARCIANO DE HERACLEA (II 4, 5) lo evalúa entre 28.604 y 20.526 estadios (5.291/3.797 km).

680 Solino se refiere, evidentemente, a las termas de *Aquae Calidae* o *Aquae Sulis*, la actual ciudad de Bath. Allí se daba culto a la diosa solar céltica Sul, que fue asimilada a Minerva (HOLDER, *Alt-Celtischer Sprachschatz*, II, cols. 1661-1662, s.v. *Sul;* sobre la forma Sul, véase J.-L. GIRARD, «De Minerva celtica», en N. SALLMANN, R. SCHNUR [eds.], *Acta Treverica 1981*, Langenfeld, 1984, pág. 46). Conservamos numerosos testimonios epigráficos, hallados en Bath, de dedicaciones de los fieles a la *Deae Suli Minervae*, que están ahora recogidos por E. BIRLEY, «The Deities of Roman Britain», en W. HAASE (edit), *ANRW*, II 18. 1, Berlín-Nueva York, 1986, pág. 54.

681 La fábula sobre las propiedades maravillosas de las cenizas de ciertos altares es común, como ya vimos, a varios lugares de culto antiguos. El santuario romano destinado a esta diosa y los restos materiales exhumados han sido objeto de estudio por B. CUNLIFFE, P. DAVENPORT, *The temple of Sulis Minerva at Bath*, I (Oxford Univ. Committee for Archaeology, Monogr. Nr. VII), Oxford, 1985; B. CUNLIFFE, R. TOMLIN, D. WALKER, *The temple of Sulis Minerva at Bath, II: The finds from the sacred spring* (Oxford Univ. Committee for Archaeology, Monogr. Nr. XVI), Oxford, 1988.

682 Algunos códices de la III familia (SAP^2) añaden: «si por sus propiedades, apenas tiene nada de peso». Sin embargo, estas imaginarias virtudes fueron atribuidas por los autores griegos a la llamada piedra de Tracia (TEOFRASTO, *Sobre las piedras* 13; NICANDRO, *Teriaca* 45; DIOSCÓRIDES, V 129), que es probablemente un tipo de bitumen o de lignito. PLINIO (XXXVI 141), a quien sigue Solino, entendió que Dioscórides se refería también al azabache —puesto que cita en el mismo pasaje a la piedra de Tracia y al azabache—, e introdujo así una serie de datos inconvenientes en la descripción de este último mineral. Las virtudes atribuidas por la superstición antigua al azabache eran otras, y en concreto de carácter médico o mágico.

683 Ésta es, sin duda, la información más completa sobre la práctica del tatuaje entre determinadas tribus de Britania, costumbre que, junto a la de teñirse el cuerpo en ciertas ceremonias, llamó poderosamente la atención de los romanos (OVIDIO, *Amores* II 16, 39; PROPERCIO, II 18, 23; MARCIAL, XI 53, 1; CLAUDIANO, *Tercer consulado de Honorio* 55; *Guerra contra los godos* 416-418; SERVIO DE DANIEL, *Coment. a Virgilio, Eneida* IV 146). Por otras fuentes (CÉSAR, *Guerra de las Galias* V 14, 2; POMPONIO MELA, III 51; PLINIO, XXII 2; ISIDORO, *Etimologías* XIX 23, 7) sabemos que el colorante empleado era el jugo del *vitrum*, glasto o hierba pastel, que proporcionaba unos tonos añiles y azulados bastante oscuros, muy similares a los del índigo. HERODIANO (III 14, 7) añade la noticia de que, para no tapar los dibujos y retratos de todo tipo de animales que adornaban sus cuerpos, solían prescindir de vestimentas. También los *scotti* de Irlanda decoraban su anatomía con variopintas figuras, que grababan de manera indeleble valiéndose de agujas de hierro y de una especie de tinta (ISIDORO, *Etimologías*

IX 2, 103). Se ha señalado que los pictos pudieron llevar ese nombre por su costumbre de efectuar punciones sobre el cuerpo, y W. JOEST, *Tätowierung, Narbenzeichnen und Körperbemalen. Ein Beitrag zur vergleichenden Ethnologie*, Berlín, 1887, ya había sugerido que el nombre de los britanos quizá deriva de esa tradición *(brith* es el término bretón para expresar la idea de «abigarrado, pintado con varios colores»). Sobre otros detalles sobre el tatuaje en la Antigüedad, cf. nota a SOLINO, 15, 3.

684 Este encomio de Hispania sigue, en líneas generales, el expresado por PLINIO (XXXVII 203) antes de rematar su *Historia Natural;* el pasaje pliniano inspiró asimismo a JUSTINO (XIV 1, 4-6).

685 Se refiere, como es obvio, a la abundancia de esparto en toda España. Acerca de su explotación para la confección de cables y maromas, y de las áreas de vegetación esteparia que producían la atocha, *vid.* C. ALFARO GINER, *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la prehistoria hasta la romanización* (Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXI), Madrid, 1985, págs. 65-66.

686 Numerosos autores coincidieron en destacar la importancia y singularidad de las minas de sal (sal gema, sal de roca) explotadas en la Península (Cardona, Cabezón de la Sal, salinas de Membaca): CATÓN, *Orígenes*, fr. V 2 CHASSIGNET (= AULO GELIO II 22, 29); ESTRABÓN, III 2, 6 (C 144); 3, 7 (C 155); PLINIO, XXXI 80.

687 Se refiere al método de obtención del oro procediendo a la amalgama con el mercurio, descrito por ESTRABÓN, III 2, 8 (C 146): véase G. CHIC GARCÍA, «Estrabón y la práctica de la amalgama en el marco de la minería sudhispánica: un texto mal interpretado», en C. GONZÁLEZ ROMÁN (ed.), *La Bética en su problemática histórica*, Granada, 1991, 7-29.

688 La grana producida por el quermes constituyó uno de los principales tintes usados en el mundo romano y se obtenía en grandes cantidades en Hispania, hasta el punto de que era popularmente utilizada para pagar una parte de los impuestos (PLINIO, XVI 32). Sobre su explotación, propiedades y morfología *vid.* C. ALFARO GINER, *Tejido y cestería*..., págs. 203-204.

689 Es el cabo de Roca, cerca de Lisboa. La denominación correcta es la de Olisiponense o Magno, pues el nombre de Ártabro se dio no a este promontorio, sino al cabo *Nerium* (punta de Nariga), en el noroeste de la Península, que separaba a dos de los pueblos situados por encima de Lusitania (nerios y ártabros); *vid.* A. SCHULTEN, *Geografia y etnografia antiguas de la Península Ibérica*, I, Madrid, 1958, 342 s., 346 s.

690 Naturalmente, toda esa manera de expresarse, que ya figuraba en PLINIO, IV 113, responde a la visualización de las tierras, los mares y las regiones celestes tal como se representaban en los mapas antiguos del orbe: a efectos comparativos, conservan interés los ensayos de representación gráfica del occidente europeo realizados por SCHULTEN, *Geografia*..., I, figuras 1-6, págs. 34-44.

691 Es la ciudad de Lisboa. ISIDORO *(Etimologías* XV 1, 70) añade que el héroe le

dio su nombre; la leyenda se inserta en la serie de las pretendidas fundaciones «exoceánicas» de Ulises: *vid. supra*, nota 668.

692 Sobre la explotación de estas arenas de oro, F. J. FERNÁNDEZ NIETO, «Aurifer Tagus», *Zephyrus* 21-22 (1970-1971), 245-259; J. H. HEALY, *Mining and Metallurgy in the Greek and Roman World*, Londres, 1978, pág. 48; el oro arrastrado por el Tajo proviene, todavía hoy, de varios afluentes.

693 Esta historia de las yeguas forma parte de un mito lusitano antiguo, que ha sido bien estudiado por J. C. BERMEJO BARRERA, *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana*, Madrid, 1982, págs. 87-100. No es válida la objeción planteada por Bermejo (n. 15 de pág. 92) de que Solino entendió, equivocadamente, que las yeguas efectuaban una segunda unión después de haber sido fecundadas por los vientos. Lo que nuestro autor expresa es que esta forma de concepción reemplaza al coito físico. Los textos acerca de los conceptos antiguos de fecundación por el viento, se encuentran en C. ZIRKLE, «Animals impregnated by the wind», *Isis* 25 (1936), 95-130; el tratamiento literario del tema en SAUVAGE, *Étude de thèmes animaliers…*, págs. 84-87. Sobre la consideración de su aspecto «milagroso», véase REMUS, *Pagan-christian conflict…*, págs. 54 s.

694 En época de César.

695 Recibía este nombre una aleación de cuatro partes de cobre y una de oro, que poseía un brillo rojo amarillento enormemente vivo (PLINIO, XXXIV 94); actualmente denominamos piropo a una variedad de granate de color rojo fuego, así como al rubí y al carbunclo.

696 Las ceraunias eran, al parecer, gemas de tonos blanquecinos que desprendían fulgores azulados, aunque también se denominaban así otras gemas de color negro y rojo; eran comparadas, en ciertos casos, al resplandor del fuego *(vid.* la larga descripción de PLINIO, XXXVII 134-135). No se conoce con certeza de qué piedras se trata, aunque es muy probable que bajo este nombre fueran englobadas piezas de diferente especie (selenita, algunos tipos de ópalo, aerolitos, hachas o puntas de flecha pulimentadas, erizos de mar petrificados; *vid*. F. De MÉLY, «Le traité des fleuves de Plutarque», *Rev. des Étud. Grecques* 5 [1892] 334-335). Los antiguos creían que, en algunos casos, para acentuar el fulgor interno debían dejarse en maceración con nitro y vinagre; aunque Solino alude, seguramente, a otro procedimiento de examinarlas por medio del calor. El nombre de ceraunia procede del griego *keraúnia* y significa «piedra de rayo», pues en todo el mundo antiguo existía la creencia de que la ceraunia era una piedra mágica que sólo aparecía en los lugares fulminados por una centella. De aquí surgió luego la idea homeopática de que nuestra piedra protegía contra los rayos, e incluso se atribuía a la ceraunia el poder de facilitar, a quienes la llevaban, la victoria en todos los combates y la captura de ciudades y flotas (DAMIGERÓN-ÉVAX, 12; ISIDORO, *Etimologías* XVI, 13, 5). No existe duda de que hubo un tipo de piedra usado como gema que fue denominado ceraunia. Hay una inscripción de la antigua ciudad de Acci (Guadix) en la que figura el inventario de las joyas destinadas al ornato de una estatua de Isis, el cual incluye, entre

otro número de piedras preciosas y de perlas, *cerauniae duae (CIL* II 3386). Estas dos piedras debían proceder, evidentemente, de la Península Ibérica, y no habían sido importadas.

697 No hay forma de precisar cuáles pudieron ser estas islas, cuyo número ascendía a diez, según ESTRABÓN, III 5, 11 (C 175); su nombre proviene del griego *kassíteros*, estaño. Se han buscado, sobre todo, junto a la costa occidental de Galicia, entre las rías de Vigo y Arosa, lo que parece lo más verosímil, aunque cabe sospechar que con este nombre puede haberse aludido a Britania, a las islas Scilly, al litoral de Bretaña o incluso a regiones más al norte. Naturalmente, la expresión *plumbum*, usada por Solino, debe entenderse en el sentido de *plumbum candidum* o *album* (= estaño); sobre su explotación y comercio en la Península Ibérica, *vid.* R. D. PENHALLURICK, *Tin in Antiquity, its mining and trade throughout the ancient world with particular reference to Cornwall*, Londres, 1986, págs. 95-104.

698 Se trata de un grupo de islas situadas en las cercanías del cabo *Nerium*, entre la desembocadura de los ríos Limia y Miño, conocidas más bien por su otro nombre de «islas de los Dioses». Su número era, según PLINIO (IV 119), de seis, pero para CLAUDIO PTOLOMEO (II 6, 73) fueron tan sólo dos; Solino, en cambio, se inclina por la cifra de tres (cf. SCHULTEN, *Geografía…*, I, 378). No deben ser confundidas con las islas de los Bienaventurados o islas Afortunadas (= las Islas Canarias), que Solino trata al final de esta obra.

699 Unos 124 km; en realidad, la distancia desde Dianio (cabo de la Nao) es inferior, obra de unos 500 estadios (88 km).

700 Se trata de la isla de Formentera, que ya fue llamada por los griegos *Ophioûssa*, es decir, isla de las serpientes. POMPONIO MELA, II 126, y PLINIO, III 78, así como nuestro autor, la denominan Colubraria. Sobre la ausencia y presencia de reptiles en el «imaginario» relativo a las islas, véase nota a SOLINO, 11, 14.

701 He aquí una noticia singular, no conservada en ninguna otra fuente. Este Bóccoris a quien Solino atribuye el dominio de todas las Baleares no es otro sino el faraón egipcio de la XXIV dinastía Bakenref (720?-715 a. C.), denominado por los griegos *Bókchoris*. La historiografía helénica guardó memoria de este soberano como famoso legislador y sagaz gobernante. En un reciente trabajo estudio extensamente cómo y cuándo pudo construirse este relato que ligaba a Egipto y las Baleares, y qué valor histórico posee.

702 Se decía que la plaga no sólo destruyó los árboles y cosechas, sino que incluso las casas se derrumbaban a causa de las galerías excavadas por aquellos animales; finalmente, los habitantes de las Baleares tuvieron que pedir ayuda a los romanos: ESTRABÓN, III 2, 6 (C 144); 5, 2 (C 168); PLINIO, III 78; VIII 217-218.

703 Pero el nombre que dieron los griegos (no los tirios) a esta legendaria isla del Occidente fue el de *Erytheía* (en latín *Erythea*, como escribe PLINIO, IV 20), el mismo que designaba a una de las Hespérides. Dicho término alude al color sonrosado del ocaso

y posee, dentro de la geografía mítica antigua, un valor cosmológico (BALLABRIGA, *Le Soleil et le Tartare…*, págs. 50-53). Solino modificó la grafía que encontró en Plinio y escribió «Eritrea» porque entendió, seguramente, que esa forma casaba mejor con la historia de los emigrantes del Mar Rojo *(Erythrà thálassa, Erythròs póntos);* la distancia desde la isla hasta la costa la fija en 180 m.

704 Porque, como recuerda ISIDORO *(Etimologías* XIV 6, 7), se hallaba completamente rodeada por el mar. La etimología es correcta.

705 Sobre la localización del mito geriónico en Eritia y la fijación de Heracles en el extremo occidente mediterráneo, así como sus distintos significados, véase LIOU-GILLE, *Cultes «héroîques»…*, págs. 25-34; BALLABRIGA, *Le Soleil et le Tartare…*, págs. 45 ss.; C. JOURDAIN-ANNEQUIN, *Héraclès aux portes du soir. Mythe et histoire* (Annales Littéraires de l'Université de Besançon, 402), París, 1989, págs. 520-537.

706 Calpe era Gibraltar, y Abinna, el Djebel Musa. De ordinario, este segundo accidente geográfico era designado con el nombre de Abila, denominación que presumiblemente es de origen ibérico, pero las variantes Abinna y Abenna podrían pertenecer a una lengua líbica: cf. SCHULTEN, *Geografía…*, II, 147.

707 Quince y siete millas, respectivamente (22,2 y 10,3 km.).

708 Es decir, la Magna Grecia (sur de Italia) y Grecia propiamente dicha.

709 Esto no es cierto. La laguna Meótides, el actual Mar de Azov, se halla al fondo del Mar Negro (Ponto Euxino); la Propóntide acababa en el estrecho del Bósforo, por el que se entraba hasta el Ponto.

710 Se refiere a dos conocidas historias. Mírtilo, hijo de Hermes y auriga del rey de Pisa, Enómao, fue precipitado en el mar por Pélope porque se sobrepasó con Hipodamía. Pero esta explicacion es, seguramente, incorrecta: la denominación de mar Mirtoo no procedía ni de Mírtilo ni de la amazona Mirto, como pretendía otra tradición, sino del nombre de la isla de Mirto (PLINIO, IV 51). Respecto al segundo ejemplo, la leyenda narraba que cuando Frixo iba a ser sacrificado, su madre Néfele lo hizo escapar por los aires junto con su hermana Hele; pero entre Sigeo y el Quersoneso Hele cayó en el mar, de ahí que la entrada a la Propóntide fuese conocida como «mar de Hele» *(Héllēs-póntos)*.

711 Alude a Ión, rey de Atenas y ancestro mítico de los jonios. El nombre solía ponerse, sin embargo, en relación con Ío, hija de Épafo.

712 Solino había oído o leído que el Bósforo debía su nombre a Ío porque, transformada en una ternera *(bôs)* por Hera, había cruzado a nado aquel estrecho. Sin embargo, añade una segunda explicación aparentemente lógica, que más tarde recogió ISIDORO *(Etimologías* XIII 16, 9): el estrecho tomaría su denominación del hecho de que por allí lograba cruzar el mar el ganado bovino (griego *boòs póros*, «paso del buey»), idea que es inexacta. El nombre original *(Bósparos)* parece tracio, aunque el segundo elemento del término, *-paros, -para*, tenía, seguramente, el mismo valor de paso o vado que el griego *póros*.

[713] Según la tradición griega, los primitivos visitantes que se adentraron en el Mar Negro lo llamaron Ponto «Axino» («inhóspito») por el carácter feroz de los pueblos ribereños y los riesgos que entrañaba para la navegación; más tarde, cuando ya había sido explorado, se abandonó esta expresión, que fue reemplazada por la de «Euxino» («hospitalario»).

[714] Es decir, por estar situado delante del Ponto, por ser su antesala. Desde el mar Egeo se accedía primero al Helesponto; venía luego el ensanchamiento de la Propóntide, desde donde se llegaba al Ponto Euxino a través del estrecho del Bósforo.

[715] Obsérvese que la descripción de Solino se adapta exactamente a un antiguo mapa del orbe: desde Arabia llega a la China (Seres), y desde allí emprende la vuelta por encima de Escitia y de los Hiperbóreos hasta el Mar del Norte y el Atlántico; luego entra en el Mediterráneo siguiendo el norte de África. El mar Caspio figura, conforme antes advertimos, como un gran golfo marino conectado con el océano escítico.

[716] Solino alude a las sustancias y al alma como motor de la mole. Es una nueva referencia a los filósofos presocráticos, que defendían que el cosmos era un organismo dotado de espíritu *(émpsychos)* y de partes vivas, y que su esencia era eterna *(aídios)*. Los estoicos añadían que era un animal racional e inteligente (DIÓGENES LAERCIO, VII 142-143; *vid*. H. VON ARNIM, *Stoicorum Veterum Fragmenta*. II. *Chrysippi fragmenta logica et physica*, Leipzig, 1903, págs. 191-194). ANNEO CORNUTO, *Compendio de la teología griega*, 2 (pág. 3,3-4 LANG) habla expresamente de un alma del mundo semejante al alma humana, y también SÉNECA *(Cuestiones naturales* III 29, 2) aceptaba la posibilidad de que el mundo fuese un ser animado. Véase al respecto J. MOREAU, *L'Âme du Monde de Platon aux stoïciens*, París, 1939.

[717] Que el mar respiraba por medio de unas narices constituye una antigua creencia popular: véase R. HENNIG, «Homers ὀμφαλός θαλάσσης», *Klio* 33 (1940), 374. Aristóteles se hizo eco de esta idea que ligaba el fenómeno de las mareas con la respiración del mundo, la cual fue racionalizada más tarde por Posidonio (K. REINHARDT, *Kosmos und Sympathie. Neue Untersuchungen über Poseidonios*, Múnich, 1926, págs. 58-60, 123). ATENODORO DE TARSO *(FGrHist* 746 F 6 c) y ESTRABÓN (I 3, 8 [C 53]) mantuvieron la imagen del mar cual organismo que inspira y expira, y POMPONIO MELA (III 2), casi un siglo después, todavía presentaba la respiración como una explicación admisible.

[718] Aquí recoge Solino la doctrina tradicional sobre la teoría de las mareas. Desde la época de Píteas se había establecido ya la influencia determinante de la luna en este ciclo natural del mar, y era sabido que el estrecho de Mesina crecía o decrecía por influencia lunar (ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 125 GIANNINI; PSEUDO-ARISTÓTELES, *Relatos maravillosos* 55). Pero fue más tarde Posidonio quien, gracias a las observaciones que realizó en Gades, pudo describir cuidadosamente dicho proceso (fase diaria y fase mensual) y conectarlo a la idea del abastecimiento de aguas al Mediterráneo desde el Océano. De todos modos, la mejor síntesis de las ideas antiguas

sobre el particular continúa siendo PLINIO (II 212-219). Véase BERGER, *Geschichte d. wiss. Erdkunde…*, págs. 351-352, 560-566; R. ALMAGIÀ, *La dottrina della marea nell'Antichità classica e nel Medio Evo* (Memorie della Reale Accademia dei Lincei, Classe di Scienze fisiche, matematiche e naturali, vol. V), Roma, 1905; P. DUHEM, *Le système du monde. Histoire des doctrines cosmologiques de Platon à Copernic*, II, París, 1914, págs. 267-369; E. DE SAINT-DENIS, «Les romains et le phénomène des marées», *Rev. de Philologie* 67 (1941), 134-162; R. ALMAGIÀ, «La conoscenza del fenomeno delle maree nell'Antichità», *Archives Internat. d'Histoire des Sciences* 2 (1949), 887-899; Å. J. FRIDH, «Les théories de l'océan chez Pline l'Ancien *(Hist. Nat.* II, 65, 161-164)», en *Göteborgs Vetenskaps och Vitterhets Samhälles Handlingar.*, Ser. 6, A IV, 5, 1952, págs. 3-22.

719 Colonia romana, hoy Bolonia, unos veinte kilómetros al norte de Tarifa, junto al cabo Camariñal.

720 Son 33 millas, casi 49 km. PLINIO (V 2) estima que por el tramo más corto la travesía del estrecho mide sólo 30 millas (44, 4 km). Pero la distancia real entre Belo y Tingis está en torno a las veinte millas.

721 Tingis, hoy Tánger, fue la capital de la llamada Mauritania Tingitana, a la que daba nombre. Anteo es una figura mítica griega de creación relativamente tardía: se le representó como rey indígena en las leyendas de la colonización griega de Libia y Cirenaica; con el tiempo se introdujo en el mito de Heracles y se le va trasladado hasta Occidente, apareciendo como fundador de Tingis y rey de Lixo, donde se situaba la región de las Hespérides. Sobre esta transferencia véase JOURDAIN-ANNEQUIN, *Héraclès…*, págs. 251-270.

722 Épafo aparecía en el mito como hijo de Zeus y de Ío; nacido en el Nilo, habría llegado a ser rey de Egipto y el constructor de Menfis. El Hércules libio no es otro sino Maceris, antigua divinidad libio-bereber.

723 Lixo, como solemos denominar a esta ciudad, es transcripción del nombre griego *Líxos* (y del latino *Lixus);* en las monedas autóctonas llevaba el nombre de *Lix* o *Lixs*. El antiguo recinto se halla en la costa, junto a Larache, unos 70 km al sur de Tingis; fue elevada a la condición de colonia por Claudio. *Vid*. M. TARRADELL, *Lixus*, Tetuán, 1959.

724 Anteo, el mítico gigante, hijo de Poseidón y de Gea (la Tierra), obligaba a los extranjeros a la lucha y luego los mataba. Resultaba invencible mientras estuviese en contacto con su madre, la Tierra. Heracles, que descubrió el origen de su fuerza, lo levantó del suelo y lo ahogó entre sus brazos; una viva descripción de este combate figura en LUCANO, IV 612-653. Hay un bronce hallado en Lixo que seguramente representa la lucha entre Hércules y Anteo (M. TARRADELL, «Las últimas investigaciones sobre los romanos en el Norte de Marruecos», *Zephyrus* 1 [1950] 53). La tradición sobre su mito, transferido a Occidente, señalaba que su palacio estuvo en Lixo y su tumba en Tingis; sin embargo Tamusio Gémino, analista contemporáneo de César, citado por

ESTRABÓN, XVII 3, 8 (C 829), situaba tanto el palacio como la tumba en las cercanías de Lixo.

725 Se refiere a los meandros que forma el río Lukko en torno a Lixo, sinuosidades que semejarían, desde el mar, las huellas de un dragón: *vid.* al respecto M. PONSICH, «Lixus: Informations archéologiques», en H. Temporini (ed.), *ANRW*, II 10. 2, Berlín-Nueva York, 1982, 822, trabajo que incluye una buena fotografia del emplazamiento de Lixo junto a los meandros.

726 Clara contradicción: nuestro autor acaba de rechazar, siguiendo el razonamiento de PLINIO (V 3), la historia del guardián del jardín de las Hespérides, pero acepta la existencia de los árboles y de las manzanas de oro y cree que la isla desafia las leyes de la naturaleza. Sobre la evolución del mito de las Hespérides dentro de la concepción cosmológica antigua y su desplazamiento hacia el occidente africano, *vid.* DION, *Aspects politiques…*, págs. 144-145; BALLABRIGA, *Le Soleil et le Tartare…*, págs. 75 ss.

727 Los autóloles eran una comunidad nómada, perteneciente a la tribu de los getulos, que ocupaba los confines meridionales de la Tingitana y efectuaba a menudo incursiones contra Sala. Esta ciudad amurallada (hoy Chellah) era el último enclave romano de la Mauritania Tingitana por la frontera occidental del territorio: *vid.* M. CHATELAIN, *Le Maroc des Romains. Études sur les centres antiques de la Maurétanie Occidental* (BEFAR, Fasc. 160), París, 1944, págs. 81 ss., 94 ss., con la inscripción en honor de M. Sulpicio Félix relativa a las murallas de Sala y las incursiones de los indígenas; J. DESANGES, *Catalogue des tribus africaines de l'antiquité classique à l'ouest du Nil*, Dakar, 1962, págs. 208-211.

728 Alusión al monte Atlas como columna del *mundus* (el firmamento), que deriva de una identificación, fraguada en época tardía, entre este monte y el titán Atlante (J. RAMIN, *Mythologie et géographie*, París, 1979, págs. 27-39).

729 Estas dos indicaciones sobre la gran humedad e intensa vegetación de la vertiente atlántica se hallan fuera de lugar, no sólo porque contradicen el hilo argumentai, sino fundamentalmente porque en PLINIO (V 6), fuente de Solino para este pasaje, figuran referidas a la otra vertiente: *asperum, squalentem qua vergat ad litora oceani, cui cognomen inposuit, eundem opacum nemorosumque et scatebris fontium riguum qua spectat Africam, fructibus omnium generum … subnascentibus* («el monte Atlas es…abrupto y árido por la falda que mira hacia las orillas del océano, al que dio su nombre, pero está en cambio umbrío y arbolado, bañado por los manatiales de las fuentes, en la ladera que mira hacia África, y nacen allí toda clase de frutos..»). Solino entendió que había puntuación detrás de *riguum* (véase WALTER, «C. Julius Solinus…», págs. 135-136) y atribuyó a la ladera oceánica la riqueza en agua y en bosques.

730 No hay forma de saber cuál pudo ser este árbol, cuya descripción tomó Solino de PLINIO (V 14). En todo caso, a propósito de la habilidad de los antiguos para tejer diferentes fibras vegetales cabe recordar el ejemplo del *akánthion* (una clase de cardo): con los filamentos lanudos de sus hojas se confeccionaban tejidos similares a los de seda,

llamados *vestimenta acanthina*, los cuales se producían tanto en Oriente como en la Península Ibérica, cerca de Cartagena.

731 Efectivamente, este euforbio africano, que destila un jugo acre y resinoso, se aplicaba en fricciones para aclarar la vista y se administraba también contra las mordeduras de las serpientes, introduciéndolo en el cráneo mediante una incisión. Según PLINIO (V 16; XXV 77-79, 143) y DIOSCÓRIDES *(Sobre materia médica* III 82, 1-3), la planta y sus efectos fueron descubiertos por el rey Juba de Mauritania, que dedicó uno de sus múltiples tratados a relatar sus virtudes y la bautizó con el nombre de su médico personal, Euforbo; pero GALENO (IX 879 KÜHN) escribe que recibió ese nombre en recuerdo del héroe griego Euforbo.

732 Literalmente, *aigípan* significa en griego «cabra-Pan». Eran un tipo de criaturas fantásticas, asimiladas a faunos y sátiros y representadas con los trazos del Capricornio (medio hombres, medio cabras); su presencia se ligaba a la espesura de los bosques. Las descripciones griegas postclásicas terminaron convirtiéndolos en un pueblo fabuloso y relegándolos a las zonas extremas del mundo conocido. *Vid. infra*, nota 957.

733 Es decir, 205 millas (algo más de 303 km). Esta distancia es bastante exacta. Sin embargo, la cifra de 205 millas aparece en PLINIO (V 9) como la distancia que separa no el Atlas, sino la desembocadura del río Anatis (situado al sur de Sala) de la ciudad de Lixo.

734 Ciento doce millas (casi 166 km), el equivalente a dos jornadas de navegación. Tanto ésta como la anterior indicación corresponden a cálculos efectuados por la expedición marítima que dirigió Polibio desde Gades hasta el río Bamboto (Senegal), por encargo de Escipión Emiliano; con los datos obtenidos Polibio redactó un escueto informe: véase R. MAUNY, «Autour d'un texte bien controversé: le «Périple de Polybe» (été 146 av. J.-C.)», *Hespéris* 36 (1949), 47-67; P. PÉDECH, «Un texte discuté de Pline: le voyage de Polybe en Afrique *(H.N.*, V, 9-10)», *Revue des Études Latines* 33 (1955), 318-332; R. THOUVENOT, «Le témoignage de Pline sur le périple africain de Polybe (V, 1, 8-11)», *ibidem* 34 (1956), 88-92.

735 No obstante, el término *palma* que utiliza Solino tanto puede referirse a la palmera *(Phoenix dactylifera)* como al palmito o margallón *(Chamaerops humilis)*. De este último se consumía tanto el fruto como las raíces, el cogollo y los rebrotes; con sus puntiagudas hojas se fabricaban cuerdas, esteras y cestas. Acerca del cultivo de ambas plantas (árbol y arbusto) *vid*. HEHN, *Kulturpflanzen…*, págs. 270-286.

736 Solino recoge aquí una tradición, seguramente desarrollada por alguno de los autores que cita poco más abajo (quizá Juba de Mauritania), que volvía a ligar al Atlas con las aventuras occidentales de ambos héroes: la lucha contra Medusa en el caso de Perseo (cf. OVIDIO, *Metamorfosis* IV 631-662; SERVIO, *Coment. a Virgilio, Eneida* IV 246), y el jardín de las Hespérides en el caso Hércules. El tema del ara y la inscripción que da fe constituyó un tópico constante desde la historiografía helenística (cf. *supra*, nota 668).

737 Equivalen a 496 millas, es decir, casi 735 km. La cifra, que deriva de PLINIO (V 9), es exorbitante y excede con mucho la distancia hasta cualquiera de las posibles identificaciones del río Anatis; seguramente el pasaje pliniano realizaba una suma total de medidas parciales, y sufrió ya corrupciones en las primeras copias.

738 Podría ser el actual río Omerbia, junto al que está la ciudad de Azamur. Asana era, según PLINIO (V 13), el nombre indígena. Sus aguas salobres obedecen, como en el caso del Hípanis (cf. nota 562), a que el mar penetra una cierta distancia hacia el interior del río.

739 Tal vez fuese el río Draa, aunque también se ha pensado en el Senegal; es seguramente la misma corriente fluvial que cita el *Periplo de Hannón*, 10 *(Geographi Graeci Minores* I 9) como llena de estas dos clases de animales. BOCHART *(ap. Geographi…* I 9) supuso que el nombre latino debería ser Bamoto, derivado de *bamoth* o *behemot*, «hipopótamo»; Bamboto sinificaría, pues, el río de los hipopótamos.

740 PLINIO (V 15) da a este río el nombre de Ger; pero *ghir* significa en lengua libio-bereber toda corriente de agua y la cuenca hidrográfica por donde discurre (cauce), y parece que los romanos aplicaron ese nombre a muchos ríos que conocieron a través de los guías tuaregs.

741 El nombre indígena sería *Dirin*, como se deduce de ESTRABÓN, XVII 3, 2 (C 825); PLINIO, V 13; y VITRUBIO, VIII 2, 6. Actualmente *Adrar n. Deren* es la denominación bereber de algunas partes del alto Atlas *(adrar* = «monte, montaña»). Solino ha creado aquí una falsa forma *Addiris*, por no haber sabido separar la expresión *ab eo ad Dirim* usada por Plinio.

742 El llamado *Periplo de Hannón* es una obra anónima de época clásica o helenística, que se hizo circular como la traducción al griego de un relato púnico, escrito por ese imaginario Hannón. El texto describe una supuesta expedición por las costas del África atlántica.

743 Se refiere a los anales romanos.

744 Juba II reinó sobre la Mauritania Tingitana y la Mauritania Cesariense por especial concesión de Augusto, otorgada en el año 25 a. C. Sin embargo, este Juba fue hijo de Juba I, rey de Numidia y Getulia, y padre de Ptolomeo (no su hijo, como equivocadamente escribe Solino). Legó una ingente obra escrita (al menos 52 libros).

745 Gayo Suetonio Paulino, *dux* en Mauritania, dirigió las operaciones de las tropas romanas contra los moros en los años 41-42 d. C. En el curso de las mismas fue el primer romano que atravesó el Atlas y exploró las regiones inmediatas; escribió unas memorias en las que relataba las campañas y ampliaba los detalles más llamativos de aquellos territorios: *vid*. F. DE LA CHAPELLE, «L’expédition de Suetonius Paulinus dans le sud-est du Maroc», *Hesperis* 19 (1934), 107-124; A. GUTSFELD, *Römische Herrschaft und einheimischer Widerstand in Nordafrika. Militärische Auseinandersetzungen Roms mit den Nomaden* (Heidelberger Althistorische Beiträge und Epigraphische Studien, 8), Stuttgart, 1989, págs. 72-76; sobre su obra literaria, BARDON, *La littérature…*, II, 172-

173.

[746] Su nombre era «Los Siete Hermanos» (ESTRABÓN, XVII 3, 6 [C 827]; POMPONIO MELA, I 29; PLINIO, V 18; CLAUDIO PTOLOMEO, IV 1, 3; MARCIANO CAPELA, VI 668; ISIDORO, *Etimologías* XV 1, 73). Son los siete montículos del Djebel Musa, que se alza al borde del Djebel Belyunech, llamado por los españoles Sierra de Bullones.

[747] Se contaba que la manera de manifestar su devoción por Helios consistía en levantar las trompas, cual si fuesen manos, en dirección hacia los primeros rayos del sol (JUBA, *FGrHist* 275 F 53 a-b). Otras fuentes refieren, en cambio, las ofrendas y lustraciones del elefante durante la luna nueva (PLINIO, VIII 2; DIÓN CASIO, XXXIX 38; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* IV 10). Solino parece haber fundido ambas tradiciones. Sobre estas viejas leyendas de origen africano *vid*. M. WELLMANN, «Juba, eine Quelle des Aelian», *Hermes* 27 (1892), 389-406; A. PASSERINI, «L'origine della tradizione sul culto degli elefanti per la luna», *Athenaeum* 11 (1933), 142-149; A. MOMIGLIANO, «Ancora sul culto degli elefanti per la luna (nota)», *ibidem*, 267-268.

[748] Según PLINIO (VIII 3), éste es el nombre que recibían en la India los pequeños paquidermos del país, que se utilizaban para las labores agrícolas. La voz es griega *(nóthos)* y significa «bastardo, mestizo».

[749] Lo hacían, dice PLINIO (VIII 8), introduciéndolos en el hueco de un árbol para quebrarlos. Sobre la antigua caza del elefante en el norte de África, a fin de obtener marfil, *vid*. S. AURIGEMMA, «L'elefante di Leptis Magna e il commercio dell'avorio e della *Ferae Libycae* negli *Emporia* Tripolitani», *Africa Italiana* 7 (1940), 67-86.

[750] PLINIO (VIII 3) aducía este ejemplo como muestra de su inteligencia, ¡capaz de comprender la religión y el valor del juramento!

[751] En la *Investigación sobre los animales* (VI 587a); en realidad, la gestación dura veintidós meses (660 días). El PSEUDO ARISTÓTELES *(Relatos maravillosos* 177) recoge la noticia de que, según algunos autores, era de dieciocho meses. La creencia del vulgo se refleja muy bien en APULEYO *(El asno de oro* I 9, 6): cierta hechicera le había bloqueado el útero a una mujer, retrasando la formación del feto, de forma que el embarazo duraba ya ocho años, «como si fuera a alumbrar un elefante».

[752] Semejante dato proviene de PLINIO (VIII 28), pero todos los editores del naturalista romano, siguiendo una conjetura de HARDOUIN, presentan así esta parte del texto: *nec amplius quam [semel gignere pluresque quam] singulos*. Suprimen, por tanto, la falsa idea de que alumbran una sola vez en toda su vida y dan exclusivamente validez a la indicación (correcta) de que, en cada parto, tienen un único hijo. Para ello se basan en que ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* V 546b), a quien siguió Plinio, escribió: «están preñadas durante dos años; nace una sola cría». De ser acertada dicha hipótesis, sería lógico que también en Solino debiésemos corregir el texto, eliminando la indicación de que [no alumbran más que una sola vez (en su vida)]. Sin embargo, nadie ha reparado en que Aristóteles continúa su exposición del siguiente modo: «en efecto, es un animal *monotókos»* («uníparo»). Considero muy probable que esa expresión griega

fuese mal entendida por Plinio, quien la interpretaría como «es animal de un solo parto en toda la vida» y la tradujo, consiguientemente, por *semel gignere*. Hay ejemplos de otros errores semejantes en las adaptaciones plinianas de la *Investigación sobre los animales*. He optado, así pues, por respetar íntegramente el pasaje, siendo consciente de la falsedad del dato (aunque Plinio lo creyese auténtico y Solino también, por lo que sus textos no deben ser corregidos).

753 Sin embargo eso constituía, para ARISTÓTELES (*Investigación sobre los animales*, VIII 596a) y PLINIO (VIII 28), la excepción. Ambos dicen que lo normal era 200 años, e incluso menos. La realidad es que viven unos sesenta años.

754 El escenario de esta lucha se situaba tanto en la India como en África (Etiopía), donde se creía que crecían los denominados dragones, que fueron considerados una clase de serpientes por los antiguos: DIODORO SÍCULO, III 37, 9; ESTRABÓN, XVI 4, 16 (C 775); LUCANO, IX 727-732 (y *Adnotationes super Lucanum* IX 732); APULEYO, *Flórida* VI 4-5; sobre la inclusión del dragón entre las serpientes, cf. R. MERKELBACH, *RAC* 4 (1959), 226-227, s.v. *Drache*. La descripción de la lucha está tomada de PLINIO (VIII 32); véase I. HOFMANN, «Zur Kombination von Elefant und Riesenschlange im Altertum», *Anthropos* 65 (1970), 625-632. Es posible que toda la historia conserve el recuerdo de ciertos mitos primitivos de África que sitúan, en un tiempo caótico anterior a la creación, la lucha con la serpiente y el elefante (B. LINCOLN, *Sacerdotes, guerreros y ganado. Un estudio sobre la ecología de las religiones*, Madrid, 1991, pág. 32); después fue racionalizada.

755 Según PLINIO (XXXIII 116), era el mejor color para reproducir en pintura la sangre humana. Pero este *cinnabaris* de los romanos, que no debe confundirse con el cinabrio (bermellón), era un pigmento rojo que se denominaba «sangre de dragón» y se obtenía de dos árboles, el *Calamus draco* y el *Dracaena draco*. Era importado desde dos centros, la India y la costa de África: véase BLÜMNER, *Technologie*..., IV, Leipzig, 1887, págs. 495 s.

756 El hecho se produjo, en efecto, en la batalla de Heraclea (280 a. C.), durante la primera campaña de Pirro en Italia. El rey del Epiro llevaba consigo veinte elefantes asiáticos; aunque eran más pequeños que los africanos, sembraron un gran pánico entre los soldados romanos. Sobre este episodio, cf. P. LÉVEQUE, *Pyrrhos* (BEFAR, Fasc. 185), París, 1957, 296, págs. 315-316; R. ARENA, «Divagazioni su Lucabos», *Rivista di Filologia e di Istruz. Classica* 116 (1988), 185-197. El nombre de *Luca bos* aplicado a los elefantes por los romanos no debe interpretarse como lo hicieron la mayoría de los autores antiguos, en el sentido de vaca lucana o vaca de Lucania. F. BÜCHELER, «Nävius' bellum Punicum bei den Grammatikern», *Rhein. Museum* 40 (1885), 149-150, defendió que esta expresión habría evolucionado desde el griego *boûs leukḗ* («vaca blanca») al latín *bos louca* > *bos luca*, aunque parece más probable la hipótesis de J.-C. BILLIGMEIER, «Latin lucabos, elephant», en Y. L. ARBEITMAN (ed.), *A linguistic happening in memory of Ben Schwartz. Studies in Anatolian, Italic and other Indo-European languages*, Lovaina, 1988, págs. 321-331, para quien derivaría del hitita

lokobos, lukabos, nombre que daban al elefante los cornacas de Anatolia y Siria al servicio de Pirro.

757 Antes de Juba II la ciudad se llamaba Yol (en la actualidad, Cherchel). Cuando este rey recibió el antiguo reino de Mauritania (cf. *supra*, nota 744), cambió el nombre de Yol por el de Cesarea; *vid*. S. GSELL, *Cherchel, antique Iol-Caesarea*[2], Argel, 1952. Solino es la única fuente que recoge el dato de que, antes de ser morada de Juba, aquí estuvo el palacio del rey Boco II de Mauritania, que perdió el reino en el 38 a. C. expulsado por Bogut.

758 Siga estuvo situada en la costa africana, frente a Málaga; se identifica con las ruinas de Takembrit, junto a la desembocadura del Tafna, al oeste de Orán. Sífax desempeñó un importante papel como unificador de los númidas en época de la segunda guerra púnica, y se opuso tanto a Roma como a Cartago.

759 Esto es, *eíkosi*, que significa «veinte» en griego, de donde Solino pretende que deriva *Icosium* basándose probablemente en alguna leyenda tardía sobre la presencia de Hércules en Occidente. La historia fue tomada por AMIANO MARCELINO (XXIX 5, 16), y por ISIDORO *(Etimologías* XV 1, 76). Pero el nombre de *Ikosim* es en realidad púnico (significa, probablemente, «isla de las gaviotas») y fue una factoría cartaginesa cuya fundación quizá estuvo ligada a la figura de Melkart. Sobre las ruinas de esta ciudad antigua se levanta hoy la moderna Argel: *vid*. M. LEGLAY, «A la recherche d'Icosium», *Antiquit. Africaines* 2 (1968), 7-54; F. CRESTI, «Note sullo sviluppo urbano di Algeri dalle origini al periodo turco», *Studi Magrebini* 12 (1980), 103-105.

760 El nombre correcto era Amsaga o Ampsaga (es el actual río Wed el-Kebir, o río Grande). Constituyó a partir del año 25 a. C., por disposición de Augusto, la frontera entre Mauritania y Numidia.

761 Y eso fue precisamente lo que les dio nombre: «númida» deriva de la voz griega *nomás* (ac. *nomádas)* con que fueron designados (FESTO, 179, 5); A. LUISI, «Nomades e Numidae. Caratterizzazione etnica di un popolo», en M. SORDI (ed.), *Conoscenze etniche e rapporti di convivenza nell'Antichità*, Milán, 1979, 57-64.

762 Hoy Constantina.

763 La ciudad figura en las inscripciones con el nombre de *Chullu* (actualmente Collo). Solino constituye la única noticia de que en este lugar de la costa númida existían fábricas de púrpura de buena calidad; véase C. ALFARO GINER, «La teinture de draps dans les provinces romaines du Nord de l'Afrique», en *L'Africa romana. Atti del XI convegno di studio (Cartagine, 15-18 dicembre 1994)*, Sassari, 1996, pág. 826.

764 Constituida por el antiguo rio Tusca (en las cercanías de Tabarka). Aquí consideraban los romanos que empezaba la zona propiamente llamada África, la provincia de *Africa vetus* o del África proconsular. La denominada región zeugitana era un viejo distrito territorial de Cartago, cuyo nombre provenía de su principal núcleo habitado (el *pagus Zeugei)*.

[765] Muy apreciado en Roma, el mármol más famoso de Numidia poseía un colorido amarillento, parecido al del marfil, cruzado por vetas rojas. Pero otras canteras númidas suministraban bellos mármoles de distintos colores (blancos, blancos veteados de gris, rojos, dorados): *vid*. BLÜMNER, *Technologie…*, III, págs. 54-55; J. WARD PERKINS, «Tripolitania and the Marble Trade», *Journal of Roman Studies* 41 (1951), 96 s.

[766] Como en él resulta habitual, nuestro autor ha aprovechado la circunstancia de los osos númidas para disertar, en líneas generales, sobre toda la especie. Los osos se aparean tumbados en el suelo: la hembra se extiende boca abajo y el macho se acopla sobre su espalda, abrazándola por el tórax (ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* V 540 a; VI 579a).

[767] El dato es inexacto y deriva de Plinio; pero Aristóteles supo que la gestación duraba algo más de medio año: *vid*. O. WENSKUS, *Astronomische Zeitangaben von Homer bis Theophrast* (Hermes Einzelschriften, 12), Stuttgart, 1990, pág. 142.

[768] Ahora Solino vuelve a referirse al cobijo de los osos durante el invierno. Pero en este caso modifica lo dicho por ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* VIII 600 b) y PLINIO (VIII 127), para quienes el sopor hibernal afectaba de la misma manera a machos y hembras.

[769] Las distintas partes de la mandrágora (raíces, hojas, corteza, frutos) eran aprovechadas por los antiguos como afrodisiaco, analgésico o droga para el tratamiento de varias afecciones. Pero también se conocía que, consumida en cantidad o administrando excesivas dosis, constituía un veneno que causaba la muerte. Sus bayas eran denominadas «manzanas» de la mandrágora, porque son de color amarillento y contienen unas simientes semejantes a las pepitas de la manzana. La historia de las hormigas, tomada de PLINIO (VIII 101), debía formar parte del folklore antiguo; según ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* VI 3), comían hormigas para evacuar el vientre, y en cambio PLUTARCO *(Obras morales* 974B) escribe que las tomaban para evitar las náuseas.

[770] ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* VIII 594 b) señala que lo agarra con los brazos y lo inmoviliza, mientras le hiere el hocico. Según PLINIO (VIII 131) se cuelga con las patas de los cuernos y acaba derribándolo.

[771] En el año 61 a. C.

[772] Es decir, en los *Annales* romanos *(vid. infra*, nota 1073). Toda la digresión de Solino sobre los osos númidas, en especial el comienzo de la misma, es sin duda una velada censura a la inexacta afirmación de PLINIO (VIII 131 y 228) de que los osos ofrecidos por Ahenobarbo en el circo difícilmente podían proceder de Numidia, porque en África no existían osos. Pero hubo, efectivamente, osos en todo el norte de África no sólo durante la Antigüedad, sino que pervivieron incluso hasta la Edad Moderna.

[773] Cabo Farina, o Ras Sidi Ali el-Mekki.

[774] El cabo Bon, o Ras ed-Dar.

[775] *Candidum promontorium*, todavía hoy cabo Blanco, o Ras el-Abiod.

[776] Cabo Ras Sem.

[777] El promontorio más meridional del Peloponeso, que se suponía estaba enfrente de la extremidad de la Cirenaica. Es el actual cabo Matapán.

[778] Del griego *katabathmós*, «bajada o descenso», el nombre de Catabatmo o Gran Catabatmo hacía referencia, como escribe POLIBIO (XXXI 18), a una larga escalera tallada en el montículo que dominaba el golfo de Salûm, en la Marmárida. Allí existía un pequeño puerto y una plaza fuerte, antes de penetrar en la Cirenaica, que señalaba, en época romana, la frontera entre África y Egipto.

[779] Seguramente, en su perdido tratado *De ora maritima* (cf. *supra*, nota 494), pero el pasaje anterior sobre el mar de las Sirtes lo tomó Solino de SALUSTIO *(Guerra de Jugurta*, 78, 3).

[780] Bajo ese nombre de Nigris fueron comprendidas, probablemente, varias de las corrientes fluviales situadas en la cuenca que se dirige hacia el norte desde la meseta del Ahaggar. Los antiguos creyeron, en efecto, que las fuentes del Nilo venían del Atlas sahariano, una creencia que perduró entre los geógrafos árabes, por ejemplo en el Edrisi: *vid*. F. WINDBERG, *RE* XVII 1, 190-199, s.v. *Niger* (1); D. BONNEAU, *La crue du Nil, divinité égyptienne, à travers mille ans d'histoire (332 av.-641 ap. J.C.) d'après les auteurs grecs et latins, et les documents des époques ptolemaïque, romaine et byzantine*, París, 1964, págs. 143-150.

[781] O sea, 200 millas, 296 km. Pero el perímetro del área que ocupaba la llamada región de Bizacio (antiguo distrito cartaginés) era exactamente, según PLINIO (V 24), de 250 millas, es decir, 370 km.

[782] Esta noticia se daba ya en VARRÓN *(Sobre la agricultura* 144, 2) y la recogieron PLINIO (V 24) y SILIO ITÁLICO (IX 204-205), aunque el naturalista romano asegura en otros dos pasajes que, en tiempos de la dinastía julio-claudia, llegaron a conocerse rendimientos del ciento cincuenta por uno (PLINIO, XVII 41; XVIII 94-95). También la *Expositio totius mundi* (XXXVI 10) señalaba que en Alejandría, gracias a la fecundidad de Nilo, una medida de simiente rendía otras cien o ciento veinte. Son rendimientos irreales que entraban dentro de la tradición fabulosa de ciertas regiones periféricas del área mediterránea *(vid*. A. JARDÉ, *Les céréales dans l'Antiquité grecque. La production*, París, 1925, págs. 34-35). En cambio, TEOFRASTO *(Historia de las plantas* VIII 2, 8) resulta fiable cuando señala que el territorio de Milas, en Sicilia, era excepcionalmente fecundo rindiendo treinta por uno.

[783] Es el bóreas griego, o viento del norte. El nombre de Borio deriva, evidentemente, de la designación griega de *bóreion ákron* o promontorio septentrional; es el cabo Trajuni (Ras Tajunes).

[784] *Hippo Regius* e *Hippo Diarrytus* fueron los nombres que recibieron estos dos emplazamientos púnicos de la costa africana, luego florecientes ciudades. La primera, en

la que fue obispo San Agustín, estuvo situada en las cercanías de la actual Annaba; la segunda es Bizerta. El apelativo Diárrito, del griego *diárrhytos* («atravesada por una corriente de agua»), se refiere al desagüe que unía la laguna de Bizerta con el mar. Los llamados por Solino *equites* o caballeros griegos deben de ser los soldados siracusanos que acompañaron a Agatocles en su expedición africana del 307 a. C., durante la cual se apoderaron de ambos lugares (DIODORO SÍCULO, XX 55, 3; 57, 6).

785 Según ESTRABÓN (XVII 3, 16 [C 834]), la ciudad fue fundada por el tirano siracusano Agatocles con el nombre de *Aspís*, «escudo», que luego tradujeron los romanos por *Clypea*. Antes de su conquista por Masinisa, es seguro que los cartagineses reunieron aquí a los mercenarios de la guerra de Sicilia (POLIBIO, I 67), una parte de los cuales era de origen sículo y el resto nacidos en la Magna Grecia. Fue colonia romana con el nombre de Sicca Veneria.

786 La Astarté fenicia, la Afrodita griega y la Venus romana recibieron sucesivamente culto en la isla de Sicilia en el importantísimo santuario del monte Érice, que gozó de inmensa fama. El origen es semítico, por lo que no debe extrañarnos la presencia de Astarté en Clípea: sabemos que antes de la fundación de Áspide por Agatocles existía ya un asentamiento púnico; seguramente, el culto a Astarté, traído desde el Érice, perduró en Clípea asimilado también al de la Venus romana; *vid.* D. KIENAST, «Rom und die Venus vom Eryx», *Hermes* 93 (1965), 480; S. MOSCATI, «Sulla diffusione del culto di Astarte Ericina», *Oriens Antiquus* 7 (1968), 91-94.

787 Hoy Trípoli.

788 Trípolis fue el nombre dado al territorio por los griegos (al igual que la Cirenaica, donde había cinco ciudades, se llamaba la Pentápolis). Pero toda esta región de las Sirtes fue más tarde desgajada por Diocleciano del África proconsular y convertida en una nueva provincia, denominada *Tripolitana*, aunque ya a comienzos del siglo III empezó a ser conocida con el título de *regio Tripolitana*.

789 Los llamados altares o aras de los Filenos *(vid. infra*, SOLINO, 27, 43) señalaban la frontera entre el territorio tripolitano (dominio cartaginés) y la Cirenaica (dominio griego). Sobre el nombre de Filenos se contaba una historia, recogida por SALUSTIO *(Guerra de Jugurta* 79), VALERIO MÁXIMO (V 6, ext. 4) y POMPONIO MELA (I 38) y que sin duda se basaba en una tradición griega, según la cual Cartago y Cirene decidieron poner fin mediante un pacto a una serie prolongada de enfrentamientos por el territorio que los separaba: despacharían emisarios desde una y otra ciudad, que saldrían al mismo tiempo, y el lugar en que se encontraran constituiría en lo sucesivo el límite común. Los dos hermanos Filenos, enviados por Cartago, ganaron el doble de distancia que los representantes de Cirene, por lo que los griegos impugnaron el acuerdo, aunque se mostraron luego dispuestos a admitir el resultado bajo una condición: que los dos cartagineses se dejasen enterrar vivos en el mismo lugar en que pretendían situar el confín. Los Filenos la aceptaron y se inmolaron voluntariamente por el bien de su patria, y sobre sus tumbas se levantaron unos altares (que, según PLINIO, V 28, eran de arena; ESTRABÓN, III 5, 5-6 [C 170-171], más juiciosamente, considera que se trataba de unas

columnas en forma de torreta, o bien de unos simples mojones). Solino entiende perfectamente que la historia no puede ser púnica, sino de origen griego, cuando traduce literalmente el nombre de *phil-aínos* («deseoso de alabanza, de elogio fúnebre») al latín *(cupido laudis)*. Seguramente, en todo este episodio subyace una representación cultural del espacio, la «carrera por los límites», que posee paralelos medievales y modernos: *vid*. R. ONIGA, *Il confine contesso. Lettura antropologica di un capitolo sallustiano (Bellum Iugurthinum* 79), Bari, 1990.

790 En efecto, la ciudad portuaria de Hadrumeto (hoy Sussa), situada unos 140 kilómetros al sur de Túnez, fue una fundación fenicia muy antigua, anterior a Cartago (SALUSTIO, *Guerra de Jugurta* XIX 1); su nombre significa «la meridional». Solino pudo tomar esta noticia, al igual que las relativas a las fundaciones fenicias de Cerdeña, del propio Salustio. Véase L. FOUCHER, *Hadrumetum*, Túnez, 1964, págs. 27 ss.; MH. H. FANTAR, «A propos du toponyme «Hadrumetum»», *Revue des Étud. Phéniciennes-Puniques et des Antiqu. Libyques* 2 (1986), 267-275.

791 Seguramente, el que luego redactó y tituló *De bello Carthaginiensi*, como recuerda AULO GELIO (IX 14, 10). No sabemos si se trata del mismo discurso que pronunció en el año 154 a. C., en el que propugnaba la destrucción de Cartago (TITO LIVIO, *Períoca del libro* XLVIII).

792 El historiador siciliano TIMEO DE TAUROMENIO *(FGrHist* 566 F 82), nuestra fuente más antigua sobre esta leyenda, escribió que el nombre fenicio de la mujer fue *Theiossó*. Sin embargo, el resto de la tradición guardó memoria de esta fundadora fenicia de Cartago —que engendró los caracteres del más primitivo prototipo de la Dido clásica — con el nombre de *Elissa; vid*. L. FOUCHER, «Les Phéniciens à Carthage ou la geste d'Élissa», en R. CHEVALLIER (ed.), *Présence de Virgile. Actes du Colloque* (Caesarodunum XIII bis), París, 1978, págs. 1-15; L. LADJIMI SEBAI, «Elish(t)-Elissa, entre le mythe et la réalité», en *Carthage, l'histoire, sa trace et son écho*, París, 1995, págs. 50-59. Conviene distinguir entre esta imagen remota de Elissa y la creación más reciente de la figura literaria de Dido/Elisa (¡con una sola ese, como escribe Solino acto seguido!).

793 El resto de la tradición llama a este rey, que aspiró a la mano de Dido/Elisa, con el nombre de Yarbas (Yarbal), lo que puede representar una creación relativamente reciente (siglo I a. C.) inspirada en el rey de Numidia así denominado. Timeo de Tauromenio no ofrece ninguna noticia sobre este rey. Catón, según vemos, lo llamaba Yapón: es probable que este nombre no sea sino una variante del de Yolao/Yopao/Yopas, figura semidivina (rey o aedo: SERVIO, *Comentario a Virgilio, Eneida* I 738-740) ligada a la tradición mítica de Melkart/Heracles: *vid*. J. H. LEOPOLD, «Ad Verg. Aen. I 740», *Philolog. Wochenschrift* (1922), pág. 887; L. CERFAUX, J. TONDRIAU, *Un concurrent du christianisme. Le culte des souverains dans la civilisation gréco-romaine,* París, 1957, 101.

794 Efectivamente, ése es el significado del nombre Qart Hadascht.

795 El nombre que recibió, según la mayoría de la tradición, fue el de Dido. Ésta es la razón de que Salmasius propusiera modificar Elisa en Dido, a lo que se opuso MOMMSEN en la edición de Solino, creemos que con acierto *(vid. supra*, nota 792).

796 La destrucción tuvo lugar en el año 146 a. C., lo que situaría su fundación en el año 883 a. C. Pero la fecha dada por Timeo para la fundación de Cartago es el año 814/3 a. C., lo cual nos haría esperar no la cifra DCCXXXVII, que figura en la mayoría de los manuscritos solinianos, sino DCLXVII, que es la que encontramos en VELEYO PATÉRCULO, I 12, 5. El manuscrito H de Solino ofrecería en tal caso la lectura más aproximada, DCLXXVII, de la que sólo deberíamos eliminar un guarismo (una X) para rebajarla a 667, tal como ya propuso F. K. MOVERS, *Die Phönizier*, II, 2, Berlín, 1841, pág. 152, y mantiene O. MELTZER, *Geschichte der Karthager*, I, Berlín, 1879, pág. 462, n. 41. Sin embargo, H. VAN COMPERNOLLE, *Études de chronologie et d'historiographie siciliotes. Recherches sur le système chronologique des sources de Thucydide concernant la fondation des colonies siciliotes* (Études de Philologie, d'Archéologie et d'Histoire anciennes publiés par l'Institut Historique Belge de Rome, V), Bruselas-Roma, 1960, 182-183 y 231-233, estima que la cifra 737 puede defenderse, porque la fecha que de ahí resulta para la fundación de Cartago (883 a. C.) se halla muy próxima a la que recogía Ennio para datar los orígenes de Cartago y de Roma, e incluso considera la posibilidad de que la lectura correcta en el texto soliniano fuese DCCCXXXVII, pues esto nos situaría en el año 983 a. C. (fecha de la fundación de Cartago según otras fuentes, como, por ejemplo, la llamada tradición A de Flavio Josefo).

797 La fundación estuvo conducida personalmente por Gayo Sempronio Graco en el año 123 a. C., y se llamó *colonia Iunonia* en honor de *Juno Regina*, identificada por los romanos con la Tanit púnica, protectora tradicional de la ciudad. Cartago sobrevivió desde entonces como una simple comunidad con el *ius italicum*.

798 En el 44 a. C.; Publio Cornelio Dolabela fue cónsul *suffectus*, pues en ese año los cónsules ordinarios fueron Julio César, por quinta vez, y Marco Antonio. La iniciativa de la restauración la tomó César, que repobló la colonia con gentes menesterosas, siguiendo el programa de Graco.

799 Aquí, los códices de la familia III (SAP) y el manuscrito Vat. 3343 (MACÉ, 1888, 519; 1899, 186 y 196) añaden: «los cuales, según afirma Aristóteles, de entre ese grupo de animales que llamamos dentados son los únicos que ven tan pronto como nacen». Es verdad que tanto PLUTARCO *(Obras morales* 670 B-C) como ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* V 39), que abriga este dato en la autoridad de Demócrito (DIELS, KRANZ, *Die Fragmente…*, II, 68 [55] A 156, pág. 127), habían escrito que los leones eran los únicos cuadrúpedos con garras cuyas crías podían ver recién paridas, puesto que nacían con los ojos abiertos. Ahora bien, ARISTÓTELES *(Reproducción de los animales* IV 774 b), el autor aludido en el texto, había dicho precisamente lo contrario, por tener constancia de que estos animales, como otros muchos, durante los primeros días de su vida eran ciegos. El pasaje posee más entidad que aquellos otros trasmitidos solamente por la familia III (SAP), relegados por Mommsen a la condición de espurios.

El hecho de que figure en el códice *Vaticano* 3343 podría significar, según Macé, que es el único de los pasajes discutidos que merecería ser admitido como propio de Solino, en el texto original.

800 Esta clasificación, que ya figura en PLINIO (VIII 46) y en ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* IV 34), es obra de ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* IX 629b), aunque reducida a las dos primeras variedades. La insólita mención del tercer tipo, engendrado por un leopardo, pretende ser una originalidad de Solino, que tal vez leyó en una fuente «paradoxográfica».

801 ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* VIII 594b) afirmaba que comen cada dos o tres días, y ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* IV 34) que lo hacen cada tres. En cambio, PLINIO (VIII 46) señala que, cuando están saciados, dejan pasar tres días sin probar bocado, lo que significa que rompen su costumbre de comer cada dos días.

802 No es preciso ver aquí ninguna reminiscencia sobre los cristianos, ni siquiera sobre casos reales protagonizados por otros condenados a morir ante las fieras. La clemencia del león constituía un tópico literario bastante antiguo y es muy probable que PLINIO (VIII 48), de donde toma este pasaje Solino, ya encontrase ilustrados estos asertos en los escritos de Juba que a continuación se mencionan.

803 Toda la región sahariana al sur de Mauritania y Numidia.

804 Esto se halla en PLINIO (X 173), de cuya enumeración Solino omitió a los «dasípodas» (un tipo de liebre) y a los conejos. Naturalmente, el dato no es correcto y recoge incluso defectuosamente el pasaje de ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* V 539b-540a), donde se atribuye este método tan sólo a los leones, linces y «dasípodas».

805 La noticia proviene de PLINIO (VIII 45), quien a su vez la tomó de ARISTÓTELES *(Reproducción de los animales* III 750a; III 10, 760b; véase ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* IV 34). Sin embargo, el propio filósofo había declarado en otro pasaje *(Investigación sobre los animales* VI 579b) que dicho fenómeno sólo se daba entre los leones de Siria, puesto que las leonas parían, generalmente, dos cachorros, como máximo seis, y en ocasiones nada más que uno. Constituía, sin duda, una historia imaginaria fraguada en Oriente, del mismo tipo que la leyenda censurada por Aristóteles en el último texto citado (cf. además PLINIO, VIII 43) de que las leonas alumbraban una sola cría, y solamente una vez en toda su vida, porque el cachorro destrozaba con sus garras el útero (así lo aceptaba HERÓDOTO, III 108; *vid.* ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 21, 3 GIANNINI; AULO GELIO, XIII 7).

806 Es probable que esta idea surgiese de la creencia antigua en la enorme dureza de los huesos del león, a los que se imaginaba capaces de producir centellas frotándolos entre sí (ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* III 516b; *Sobre las partes de los animales* II 655a; ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 74 GIANNINI; PLINIO, XI 214; GALENO, III 925 KÜHN; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los*

animales IV 34; PARADOXÓGRAFO VATICANO, 8 GIANNINI).

807 Todas estas observaciones, contenidas en PLINIO (VIII 50) y formuladas primero por ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* IX 629b), responden en líneas generales a la realidad.

808 PLINIO (VIII 51) precisaba que semejante actitud la adoptan solamente las leonas cuando defienden a sus cachorros, idea que remonta, en definitiva, a HOMERO *(Ilíada* XVII 132-136).

809 Tales creencias se hallaban muy extendidas en la Antigüedad (véase ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* IX 629b; PLINIO, VIII 52; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* V 50; VI 22; VIII 28; XII 7), así como las referentes al efecto intimidatorio que producían en el león la cresta del gallo y los carros vacíos. Todas ellas carecen de base —incluso la del fuego— y reposan, sin duda, en aspectos demonológicos. Todavía recientemente se creía en Asturias que el diablo llega en forma de león, pero cuando se le coloca un gallo delante, desaparece (véase el cap. 5 de la novela de R. PÉREZ DE AYALA, *A.M.D.G. La vida en los colegios de jesuitas)*. Los antiguos egipcios habían creado la idea de que el león poseía una naturaleza fogosa (de origen solar), de modo que la potencia de su hoguera interior le obligaba a rehuir el fuego exterior; de esta curiosa teoría se hicieron eco los griegos a través de DEMÓCRITO (DIELS, KRANZ, *Die Fragmente…*, II, 68 [55] A 156, 127)

810 Se trata de una leyenda de origen griego, como se deduce por el nombre de este imaginario animal *(leontophónos* = «que mata al león») y confirma una noticia del PSEUDO ARISTÓTELES *(Relatos maravillosos* 146). La historia, fabulada quizá por cazadores, se encuentra en PLINIO (VIII 136), ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* IV 18) y HESIQUIO (s.v. *leontophónos)*. La identificación del leontófono con un mosquito, propuesta por algunos diccionarios, es totalmente errónea, como se deduce por los textos citados, en los que cuales se aprecia que es un animal sólido y comestible. La confusión deriva del hecho de que, ciertamente, existía en Oriente una clase de mosquito que incomodaba al león y se introducía en sus ojos, de forma que al tratar con las garras de evitar sus molestias, los felinos se herían o quedaban ciegos, hasta morir a veces: un tratado árabe médico-zoológico del siglo XI, dentro del capítulo dedicado al león, menciona, efectivamente, a una mosca que le hace daño *(vid.* C. RUIZ, *Libro de las utilidades de los animales*, Madrid, 1980, pág. 38).

811 Alrededor del año 104 a. C. Se trata de Quinto Mucio Escévola, que fue cónsul en el 95 a. C., famoso jurisconsulto y compilador del derecho civil. Las fiestas que sufragó junto con Lucio Craso para celebrar su llegada a la edilidad brillaron, al decir de CICERÓN *(Discursos contra Verres* IV 133; *Sobre los deberes* II 57), con gran magnificencia. PLINIO (VIII 53), de donde deriva Solino, recuerda que fue el primero en ofrecer un combate de leones entre sí. Pero lo cierto es que ya con anterioridad, hacia el 186 a. C., Marco Fulvio Nobilior había costeado unos juegos en el circo de Roma durante los cuales aparecieron por primera vez leones y panteras (TITO LIVIO, XXXIX 22, 1-2).

812 En la Antigüedad era bien conocida la afición de los perros a los alimentos vomitados, incluso a los suyos propios. Eso había dado pie al dicho *canis reversus ad suum vomitum*, que aparece ya en el Antiguo Testamento (*Proverbios* 26, 11).

813 Sobre este valor mágico y supersticioso de las sombras, que son en sí peligrosas y están llenas de maleficio, y sobre el caso de la sombra de la hiena, que comentó ya Aristóteles, véase P. W. VAN DER HORST, «Der Schatten im hellenistischen Volksglauben», en M. J. VERMASEREN (ed.), *Studies in Hellenistic Religions* (EPRO 78), Leiden, 1979, págs. 27-36, e *infra*, nota 1028. En el tratado árabe del siglo XI antes citado se presenta en cambio a la hiena como autora de hechizos hacia sombras ajenas: «si hay un perro durmiendo encima de un muro, (la hiena) se arrima a la sombra del perro en una noche de luna, la pisa y cae el perro hacia ella, y entonces lo caza» (*vid.* RUIZ, *Libro de las utilidades…*, 42).

814 Pero según el *Lapidario de Sócrates y Dionisio* 53, la «hienita» aparecía en el corazón del animal; se recomienda su uso para agudizar la vista y encontrar los objetos en plena oscuridad. El lapidario incluido dentro del tratado *De fluviis* del PSEUDO PLUTARCO alude a una anónima piedra del Nilo que impide a los perros ladrar cuando la están viendo (MÉLY, «Le traité…», pág. 333). Podría tratarse de la imaginaria «hienia» y que esté aludiendo a otra de las virtudes que se le atribuyeron.

815 Aquí se mezclan un cúmulo de noticias sobre la *Hyaena striata* tanto verdaderas (sonidos parecidos al vómito humano, búsqueda de cadáveres, colores de los ojos, notable rigidez de los músculos del cuello) como fantásticas (el resto), que ya fueron resumidas por ARISTÓTELES (*Investigación sobre los animales* VIII 594a), PLINIO (VIII 105-106) y ELIANO (*Sobre la naturaleza de los animales* III 7; VI 14; VII 22). La especial configuración de este animal y sus extrañas costumbres dieron lugar desde antiguo a todo tipo de leyendas y asociaciones: *vid.* KELLER, *Die antike Tierwelt*, I, Leipzig, 1909, págs. 152-157; A STEIER, *RE* Suppl. IV, 762-768, s.v. *Hyäne;* L. BRISSON, *Le mythe de Tirésias. Essai d'analyse structurale* (EPRO, 57), Leiden, 1976, 74-77, que analiza el campo mítico de los poderes mágicos y adivinatorios asignados a la hiena. La historia de la inmovilización recuerda los poderes atribuidos a otros animales considerados «mágicos»: por ejemplo, existía la creencia de que si un caballo pisaba la huella de un lobo, quedaba paralizado (ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* I 36; PLINIO, XXVIII 263; JULIO AFRICANO, *Encantos* I 10 VIEILLEFOND; GEOPÓNICAS, XV 1, 6).

816 Se trata de la *Hyaena crocuta*, que para PLINIO (VIII 107) y Solino constituía un fantástico cruce de la hiena al que daban el nombre de *corocotta*. DALIÓN (*FGrHist* 666 F 1); ELIANO (*Sobre la naturaleza de los animales* VII 22) y PORFIRIO (*Sobre la abstinencia* III 4, 5) se limitan a atribuirle la supuesta habilidad de imitar las voces y engañar a las personas (a los niños), a las que mata y devora. Con el nombre de *crocotta* se conocía, en cambio, a un imaginario animal nacido de perro y lobo, pero descrito con los caracteres de la hiena: DIODORO SÍCULO, III 35, 10; PLINIO, VIII 72; ESTRABÓN, XVI 4, 16 (C 775).

817 La expresión *herbaticus* (herbívoro) no posee una caracterización biológica, sino práctica: servía para distinguir a las fieras o bestias no carnívoras, que eran también objeto de cacerías en el circo, de las propiamente carnívoras. En un epígrafe romano que menciona animales para espectáculos *(CIL* VIII 7969) se hace una distinción entre *ferae (bestiae) dentatae, mansuetae* y *herbaticae*. Los onagros fueron utilizados, efectivamente, en las luchas de animales realizadas en el circo (MARCIAL, XIII 100; *Historia Augusta, Gordiano* 33, 1).

818 Ésta era la opinión sobre el comportamiento, en particular, de los asnos salvajes de Siria. Se decía que, en aquel país, los onagros jefes de una manada perseguían incluso a los competidores que cortejaban a las hembras, con la intención de castrarlos: *vid*. PSEUDO-ARISTÓTELES, *Relatos maravillosos* 10; OPIANO, *Cinegéticas* III 196-198; 204 ss.; ISIDORO, *Etimologías* XII 1, 39. La historia de los celosos garañones se convirtió en un lugar común en la literatura medieval y moderna. Por lo demás, las fuentes antiguas certifican la existencia de onagros en otros muchos territorios (Escitia, Sarmacia, Frigia, Licaonia, Armenia, India).

819 Es la víbora cornuda, cuyo hábitat son los arenales de África. Se trata de una serpiente muy venenosa que posee dos (no cuatro) protuberancias o bolsas carnosas, a modo de cuernos, sobre los ojos; de ahí su nombre de cerasta, que deriva del griego *kéras*, «cuerno». DIODORO SÍCULO (III 50, 2-3; XX 42, 2) comenta cómo su habilidad para ocultarse en la arena la hacía casi invisible. Sobre este reptil y la serie de los que a continuación se mencionan, cf. H. GOSSEN, A. STEIER, *RE* II A 1, cols. 521-557, s. v. *Schlange;* J. AUMONT, «Sur «l' épisode des reptiles» dans la Pharsale de Lucain (IX, 587-937)», *Bull. de l'Assoc. G. Budé* (1968), 103-119; C. SALEMNE, «Varia iologica», *Vichiana* N. S. 1 (1972), 338-343.

820 El nombre griego *amphísbaina* significa que puede avanzar por cualquiera de sus dos extremos *(vid*. ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* IX 23). Es probable que Solino, como otros autores antiguos, se refiera a alguna de las conocidas como serpientes ciegas, puesto que sus ojos son casi inapreciables: como tienen en la cola un dibujo parecido al de la cabeza, y cuando están en peligro agitan y levantan aquella extremidad, parece que sean bicéfalas. Pero la Antigüedad tomó en serio la historia de este reptil bicéfalo, que enriqueció los escritos y representaciones de animales singulares hasta más allá de la Edad Media. El *Liber monstrorum* (3, 2) señalaba la presencia de fabulosas anfisbenas de dos cabezas en el desierto de Asiria.

821 El nombre de *iaculus* dado por los latinos a este reptil designa su condición de animal que cae sobre la presa como un dardo o venablo *(iaculum)*. Los griegos lo conocían como *akontías* porque atacaba veloz cual arma arrojadiza (ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales*, VI 18, así como VIII 13, donde indica que era capaz de alcanzar una presa a casi diez metros de distancia). Podría corresponder a la culebra colérica (*Zamenis gemonensis Laur.)*, común en Italia y Grecia, así como en África, según LUCANO (IX 822-825), o bien a la llamada boa jabalina *(Eryx jaculus)*, serpiente grande y ágil del norte de África que ataca de improviso a sus presas y las estrangula.

Los diccionarios de la lengua española registran sólo una acepción del término jáculo, con el significado de dardo o arma arrojadiza. No entrecomillo, sin embargo, el nombre de jáculo aplicado a una clase de serpiente porque en el s. XVII se contaba entre los cultismos hispanos: «un jáculo de los temidos en la Libia ardiente, de quien dice Lucano pasaban a los más valientes soldados de la una a la otra sien» (Juan de Piña, *Casos prodigiosos y cueva encantada*, Madrid, 1628 [cito por la edición de E. COTARELO y MORI en la Colección selecta de Antiguas Novelas Españolas, t. VI, Madrid, 1907, 167]).

822 El nombre de «escítela», derivado del griego *skytálē*, alude a la forma cilíndrica, de «bastón», que tenía este ofidio (al que NICANDRO, *Teriaca* 384-395; y FILUMENO, *Sobre los animales venenosos* 27, comparan con la anfisbena). No hay manera de determinar cuál pueda ser esta abigarrada serpiente, aunque, posiblemente, tampoco es africana.

823 De ahí su propio nombre, derivado del griego *dípsa*, «sed». Se trate, a juzgar por las descripciones de otros autores antiguos, de la *Cerastes vipera* o víbora de Avicena, que vive en Arabia y África. Su mordedura acarrea, en efecto, una ardiente sed; los labios se secan y el enfermo muere de paro cardíaco, según describe con claridad FILUMENO, *Sobre los animales venenosos*, 20 (cf. ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* VI 51). Pero no es ningún tipo de áspid.

824 Es el áspid propiamente dicho, *Naja haje*, que posee múltiples variedades. Como relata FILUMENO *(Sobre los animales venenosos* 16, 3-5), su picadura acaba por producir languidez, seguida de una progresiva somnolencia y, finalmente, de la característica rigidez tetánica *(vid.* asimismo ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* IX 11).

825 Ciertamente, sobre este punto existían opiniones contradictorias: ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* VIII 607a) y ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* I 54) negaban que la picadura del áspid pudiera curarse, y PLINIO (XXIX 65) aseguraba que era poco curable. Sin embargo, tanto ELIANO (en II 5 y 24; IX 62) como PLINIO (VIII 85; XX 195; XXII 154; XXIII 56; XXIV 141; XXV 104; XXIX 60 y 65; XXXII 34) ofrecen remedios o antídotos contra la mordedura. Otra serie de autores abogó asimismo por la posibilidad de sanar después de ser infectado por un áspid: JULIO AFRICANO, *Encantos* III 22 VIEILLEFOND; DIOSCÓRIDES, *Sobre los remedios sencillos* II 125; SERENO SAMÓNICO 845; PLINIO JUNIANO, III 38, 1-4 [112, 9-11].

826 Solino no se refiere aquí a la auténtica *haimorrhoïs o haimórrhous* descrita por FILUMENO *(Sobre los animales venenosos* 21) y otros autores, una víbora grisácea de pequeño tamaño *(Echis carinata Schn.)*, sino a una sierpe semejante, de colorido más brillante, la *Vipera latastei Boscá*, a la que NICANDRO *(Teriaca* 282), ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XV 13), LUCANO (IX 708-709; 806-810), PLINIO (XXIV 117) y Solino llaman también hemórroo. Fue Lucano, a quien sigue fielmente nuestro autor, el inventor de esta fábula sobre la forma en que la víbora da muerte a sus presas, algo que convenía para explicar su nombre de *haimórrhous* («que causa flujo de sangre»).

827 No ha sido posible identificar a este reptil por los datos que suministran los antiguos, aunque parecen referirse a alguna víbora africana *(vid.* no obstante *infra* nota 829) Su nombre es griego *(prēstḗr)*, y debemos ponerlo en relación con *pímprēmi*, «inflamar, hinchar». Los efectos de su mordedura, que causaba disnea y una dolorosa muerte, fueron bien descritos por ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XVII 4). LUCANO (IX 790-797), que es nuevamente el modelo de Solino, narraba el fantástico final de un tal Nasidio: picado por una «préster», se infló como un globo y acabó desapareciendo engullido por su propia carne.

828 Eran llamadas en griego *sḗps o sēpedṓn* (de *sḗpō*, pudrir). Tal vez se trate de la víbora común del sur de Europa; su picadura puede ser, en efecto, mortal. FILUMENO *(Sobre los animales venenosos* 23, 2) señala que, transcurrido un tiempo, los dos orificios causados por los dientes del ofidio segregan pus; la parte dañada comienza a corromperse y todo el cuerpo se descompone paulatinamente. Cae el pelo, y a los tres o cuatro días fallece el herido. Solino disponía de información sobre esta serpiente en la obra de LUCANO (IX 763-788), y en NICANDRO *(Teriaca* 320-323) y de ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XV 18; XVI 40).

829 Quizá la víbora del Levante *(Vipera lebetina)*, así llamada por ocultarse en la arena (del griego *ammodytes*, «que penetra en la arena»). Solino la menciona, seguramente, porque figura en LUCANO (IX 716). Sin embargo, para la mayoría de los autores antiguos amodita era, como préster, otro de los nombres que recibía la dípsada (ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* VI 51, que habla de *ammóbatēs;* JULIO AFRICANO, *Encantos* III 30 VIEILLEFOND; ESTRABÓN, XVII 1, 21 [C 803]; véase *supra*, nota 823).

830 Según FILUMENO *(Sobre los animales venenosos* 22), es otra de las denominaciones que recibía la amodita. Con el nombre de *kenchrías, kenchrítēs o kénchros* conocían los griegos a un ofidio que tenía toda la piel del vientre salpicada con una pintas similares a los granos de mijo *(kénchroi)*.

831 Serpiente sólo citada por Solino, de quien tomaron el nombre tanto POLEMIO SILVIO *(Latérculo* pág. 543, 34 [ed. Th. MOMMSEN, *Monumenta Germaniae Historica, Auct. Antiq., IX, Chronica minora I*]), que escribe *elefanstia*, como ISIDORO *(Etimologías* XII 4, 39). La voz es, seguramente, una creación de nuestro autor para bautizar a una supuesta serpiente *(draco)* de gigantesco tamaño que entablaba una fiera lucha contra el elefante: FILÓN, *Sobre la indestructibilidad del mundo* 128-129; PLINIO, VIII 32-34; POMPONIO MELA, III 62; APULEYO, *Flórida*, VI 4-5; LUCANO, IX 732; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* II 21; VI 21; ISIDORO, *Etimologías*, XII 4, 5; véase *supra*, nota a SOLINO, 25, 11. Algunos de estos autores sitúan el hecho en la India, otros en África. DIODORO SÍCULO (III 36-37) no sólo describe los combates de los reptiles con los elefantes africanos, sino que incluso se hace eco de la historia de una gran serpiente, regalada a Ptolomeo II Filadelfo (285-246 a. C.), que devoraba elefantes (!).

832 Serpiente de agua venenosa, podría ser la *Laticauda laticaudata* o la *Laticauda*

colubrina. Aunque LUCANO (IX 711) señala su presencia en las Sirtes, y por eso la menciona Solino, su hábitat está en el Océano Índico *(vid.* SERVIO, *Coment, a Virgilio, Geórgicas* III 415).

833 De nuevo una creación de Solino. El término latino *chamaedracon* es adaptación de un original griego **chamaidrákōn*, «serpiente rastrera, a ras de suelo». Es probable que nuestro autor se refiera al reptil llamado por los griegos *dryĭnas*, el alicante o *Vipera berus*, que fue descrito por FILUMENO *(Sobre los animales venenosos* 24), NICANDRO *(Teriaca* 411-437), GALENO (XIV 234 Kühn) y JULIO AFRICANO *(Encantos* III 31 VIEILLEFOND). Este ofidio vivía en las raíces del roble *(drŷs)*, y es probable que también fuese conocido con ese segundo nombre de serpiente rastrera (¿influiría el término *chamaedrys*, que designaba a la hierba que nace al pie del roble?). Si por descuido la pisabas, se decía que los pies quedaban al vivo y que salían edemas en las piernas; si alguien intentaba curarlos, quedaba también con las manos desolladas.

834 Pero PLINIO (VIII 86), de quien procede esta información, lo predica solamente de los áspides. Añade que el cónyuge supérstite inicia una persecución implacable, hasta tomar venganza; que es capaz de distinguir al autor de la muerte entre una muchedumbre y que sólo ve frustrado su intento por el obstáculo de un río o por la velocidad del que huye.

835 Posiblemente, es una variedad de prasa o de calcedonia verde *(vid.* PLINIO, XXXVII 113; DAMIGERÓN-ÉVAX, 2).

836 Es decir, actúa como un espejo, según afirmaba PLINIO (XXXVII 165).

837 El sentido del término latino *consecratus* cuando se aplica a un *lapis* es el de «gema dotada de poderes sobrenaturales». Una piedra adquiere la condición de sagrada por la intervención de un dios *(consecratus a deo)*, o bien logra ese carácter por la intervención de una persona mediante un solo acto, por ejemplo, una oración. Entonces su potencia pasa a ser divina y la piedra asume una calidad extranatural porque participa de las virtudes de un ente que es *sacer:* véase J. RÖHR, *Der okkulte Kraftbegriff im Altertum*, Leipzig, 1923, pág. 87; S. EITREM, «Die magischen Steine und ihre Weihe», *Symbolae Osloenses* 19 (1939), 56-87; H. FUGIER, *Recherches sur l'expression du sacré dans la langue latine*, París, 1963, págs. 95-99. Sobre la «consagración» (dotación de poder sobrenatural) en plena Edad Media de espejos y de todo tipo de instrumentos para la magia, ceremonia que se efectuaba mediante signos religiosos, *vid.* DELATTE, *La catoptromancie…*, págs. 41, 46, 66-67.

838 Solino se muestra crédulo con esta patraña, que PLINIO (XXXVII 165) había censurado como paradigma de la desvergüenza de los magos; sin embargo, en la Antigüedad se difundieron numerosas recetas para lograr la invisibilidad y mucha gente creía en la capacidad de los hechiceros para hacerse invisibles: *vid.* ABT, *Die Apologie des Apuleius…*, pág. 125.

839 Solino se ha basado, para toda esta descripción, en LUCANO (IX 303-310; 445-497), que presenta a las Sirtes como un estado intermedio de mar y de tierra: cf. J.

AUMONT, «Caton en Libye (Lucain, Pharsale, IX 249-949)», *Rev. des Étud. Lat.* 70 (1968), 304-320. Pero aprovecha, sobre todo, el recuerdo del cartaginés Bostar sobre su travesía por las Sirtes, compuesto por SILIO ITÁLICO *(Punica* III 655-665).

840 Es decir, 250 millas, unos 364 km.

841 Gneo Servilio Cepión y Gayo Sempronio Bleso, cónsules en el 253 a. C., atacaron las riberas de la Pequeña Sirte con una expedición de 260 naves y tomaron varios puntos de la costa. Sin embargo, contra lo que el texto afirma, sí tuvieron problemas, pues encallaron en unos bajos fondos (POLIBIO, I 39, 1-4). Solino (su fuente) depende quizá de DIODORO SÍCULO (XXIII 19), del que conservamos una narración fragmentaria.

842 El nombre más frecuente de la isla era *Meninx* (Meninge), hoy Djerba. Solino (su fuente) escribe Mene quizá por influencia de DIODORO SÍCULO (III 53, 6), que utilizó esa misma grafia.

843 Estos dos episodios de la vida de Gayo Mario figuran en PLUTARCO *(Mario*, 37-38; 40); ambos se sitúan en el invierno del 88 a. C. La isla, que albergaba una colonia romana fundada seguramente por el propio Mario, sirvió de escala a Gayo antes de trasladarse a Cartago: Mario se informó desde allí, por medio de los getulos, sobre la posibilidad de ser bien acogido en África *(vid.* PASSERINI, *Studi…*, págs. 184-189; 214 s.; J. VAN OOTEGHEM, *Caius Marius*, Bruselas, 1964, págs. 300-301).

844 Sobre este pueblo, *vid. infra*, SOLINO, 28, 1-29, 8.

845 Esta tribu de los psilos ocupó en otros tiempos una parte del litoral de la Gran Sirte, pero según HERÓDOTO (IV 173) en su época ya habían sido exterminados. Algunos grupos pervivieron hasta época romana. Fue uno de los pueblos antiguos que, como los marsos, los «ofiogenes» y los «psilos» de la India, tuvieron fama de tolerar todo tipo de venenos (sobre todo, la picadura de los áspides: ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 16 b GIANNINI) y de curar las mordeduras de serpiente (aunque sólo los hombres tenían ese poder: DIÓN CASIO, LI 17, 5). La prueba de los niños, auténtica ordalía para las mujeres, se hacía con un áspid (LUCANO, IX 900) o con una gran vasija llena de cerastas (ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* I 57; pero SILIO ITÁLICO, *Punica* I 413, habla de una sola cerasta); no sabemos si se practicaba en todos los nacimientos o sólo, como parece verosímil, si existía la sospecha de una unión ilegítima. Se probaba el origen espurio del nacido si los reptiles le huían (PLINIO VII 14) o la criatura tenía miedo a tocar a las serpientes y a jugar con ellas (LUCANO, IX 906-908; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* I 57).

846 Los nasamones ocupaban la mitad oriental de la Gran Sirte. Eran ya conocidos por HERÓDOTO (IV 172) como un pueblo de pastores que vivían normalmente junto a la costa. Se alimentaban de dátiles, leche y saltamontes secos. A veces practicaban el pillaje (LUCANO, IX 439-444; CURCIO, IV 7, 19); en tiempos de Nerón pasaron a depender de Roma.

847 Pero los psilos no desaparecieron por completo, como pretendía HERÓDOTO (IV

173) y se afirma en nuestro texto; algunos grupos de psilos se mantenían aún en época romana y se ganaban la vida como encantadores de serpientes (PLINIO, VII 14; XI 89; XXV 123). También había cobrado fama su supuesta habilidad para sanar las mordeduras de los escorpiones y de las serpientes venenosas, lo que conseguían bien escupiendo sobre la herida, bien mediante succión, bien suministrando una bebida especial, bien mediante la imposición de las manos (CALIAS, *FGrHist* 564 F 3; PLINIO, XXXVIII 30; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* I 57; cf. J. BEHM, *Die Handauflegung im Urchristentum in religionsgeschichtlichem Zusammenhang untersucht*, Diss., Erlangen, Naumburg, 1911, pág. 113).

848 Posiblemente un tipo de carbunclo, también conocido como *carchedonia* porque se comercializaba a través de Cartago, cuyo nombre griego era *Karchēdṓn (vid*. PLINIO, XXXVII 92; 104; 175).

849 Acerca de los altares de los Filenos, *vid. supra*, nota 789. Los lotófagos fueron localizados en la isla de Meninge (Djerba), pero otras fuentes los situaban en el territorio africano situado entre los promontorios Borio y Ficunte (PSEUDO-ESCÍLAX, 110; PLINIO, V 28; POMPONIO MELA, I 37; CLAUDIO PTOLOMEO, IV 3, 6). Con el nombre de lotófagos la etnografia griega comprendía a varios pueblos de las Sirtes, que se alimentaban del loto o azufaifo *(Zizyphus lotus)*, muy común en aquel territorio.

850 La localización no es correcta, pues el estanque conocido como *Tritonis* se situaba bien en la Cirenaica, bien en la Pequeña Sirte; el error deriva de PLINIO (V 28).

851 Efectivamente, la tradición más difundida ligaba el nacimiento de Atenea/Minerva a este río de Libia, pero también se mencionaban como cuna de la diosa otros ríos o fuentes del mismo nombre (en Beocia, en Arcadia, en Tesalia y en Creta). La noticia sobre el empleo de la superficie del Tritón como un espejo por parte de la diosa proviene de LUCANO, IX 353.

852 Solino está desacertado en los sincronismos: el cómputo por olimpiadas arroja la fecha de 600-596 a. C.; el de Anco Marcio, 639-615; el que se basa en la caída de Troya (según la datación de Eratóstenes del 1184) nos sitúa en el año 597 a. C., siendo así que la fundación de Cirene se produjo en torno al 630 a. C.: *vid*. F. CHAMOUX, *Cyrène sous la monarchie des Battiades* (BEFAR, Fasc. 177), París, 1953, págs. 121-122. A. SCHAEFER, «Solinus und das Jahr der Gründung von Kyrene», *Rhein. Museum* 20 (1865), 293-295, quiso paliar esta disonancia suponiendo que Solino no habría seguido la datación de Eratóstenes, sino aquella que situaba la caída de Troya en el 1209/8, de manera que la fundación de la ciudad se fijaría en el 624/3 a. C.

853 Se trata del famoso oráculo de Amón en el oasis de Siwah, célebre por la visita que hizo Alejandro Magno.

854 400 millas, unos 582 km.

855 La llamada Fuente del Sol (el manantial de Ain el Hamman, en el oasis de Siwah) gozó de mucha fama en la Antigüedad por la falsa creencia de que su temperatura cambiaba a lo largo del día: se contaba que sus aguas surgían calientes de noche y frías

durante el día (HERÓDOTO, IV 81, 3; ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 144 GIANNINI; PARADOXÓGRAFO FLORENTINO, 19 GIANNINI; OVIDIO, *Metamorfosis* XV 309-310; DIODORO SÍCULO, XVII 50, 4-5; POMPONIO MELA, I 39; CURCIO, IV 7, 22; PLINIO, II 228; V 31; SILIO ITÁLICO, III 669-672; ARRIANO, *Anábasis de Alejandro* III 4, 1-2; CLAUDIO PTOLOMEO, IV 5, 11; VIBIO SEQUENTE, *Sobre los ríos, fuentes y lagos* 191). LUCRECIO *(Sobre la naturaleza* VI 848-878) trató incluso de dar una explicación científica a este hecho, que ya había interesado a la filosofía natural griega: véase I. M. LONIE, «On the Botanical Excursus in De Natura Pueri 22-27», *Hermes* 97 (1969), 405, con la indicación de los autores helénicos que teorizaron sobre las aguas termales. Se trata, sin embargo, de un nacimiento cuyo flujo brota a temperatura templada y constante, por lo que da sensación de frescura en el día y parece caliente a causa del frío nocturno. Solino y su fuente (LUCANO, IX 526-527) son los únicos autores que otorgan al manatial esta asombrosa cualidad de aglutinar la tierra y la ceniza. Sobre el lugar y su historia cabe consultar H. W. PARKE, *The oracles of Zeus. Dodona, Olympia, Ammon*, Cambridge, 1967, págs. 194-252.

856 Se refiere a la fronda que rodeaba el templo de Umm-Beida, repleta de grandes árboles (DIODORO SÍCULO, XVII 50, 4; ARRIANO, *Anábasis de Alejandro* III 4, 1). LUCANO (IX 522-525) la consideraba el único rincón verde de toda Libia.

857 Era en realidad un fósil, la amonita, que suele tener color de oro cuando está compuesto por pirita. Sin embargo, su aparición se documentaba en Etiopía, junto al oráculo de Amón en Tebas (PLINIO, XXXVII 167), y no en Siwah.

858 Son las lágrimas destiladas por la cañaheja *(Ferula communis)*, con las que se preparaba una clase de incienso, el llamado amoníaco de África. PLINIO (XII 107) llama a este árbol «metopon», aunque en DIOSCÓRIDES *(Sobre materia médica* III 83) ese último nombre se reserva para el gálbano (otra gomorresina, quemada como perfume).

859 El *silphium* o *sirpe* fue una umbelífera, variedad de férula, de la que se obtenía un jugo fuerte y amargo *(laserpicium)* muy apreciado como condimento y como droga médica. La raíz se usaba también en la veterinaria. No resulta posible identificar la planta del *silphium* cirenaico, que fue reemplazado en Roma por el laserpicio que procedía de Persia, Media y Armenia (el jugo de la *Ferula assa foetida)*. El mejor laserpicio se obtenía no del tallo, sino de las raíces. La información acerca del modo en que era recogido durante el estío parece una invención de Solino, que aplica al *silphium* el sistema descrito por PLINIO (XII 73-74) sobre cómo recogían los nabateos el láudano, valiéndose de las cabras.

860 En efecto, la expresión *lac sirpica* («leche de sirpe») daría origen a la voz *lacserpicium* > *lasserpicium*, de donde se forma, por abreviación, *laser*, el nombre más común en Roma para referirse al laserpicio (planta y jugo).

861 Parece aludir a las belicosas tribus marmáricas que invadieron este territorio en época de Augusto y que, según ESTRABÓN (XVII 3, 22 [C 837]), asolaron las plantaciones.

862 Semejante decisión podría haber sido la consecuencia de la guerra Marmárica, o bien se trataría de una responsabilidad de los publicanos mencionados por PLINIO (XIX 39), que cedieron los pastos en arriendo (cobrando un *vectigal*): para los arrendatarios sería de mayor provecho otro tipo de plantaciones, y por eso habrían extirpado el laserpicio. Pero ninguna de estas opciones parece probable. Seguramente tiene razón Roques cuando, basándose en diversos textos médicos, en la Tarifa de Diocleciano del año 301 d. C. y en la correspondencia de Sinesio de Cirene, defiende que esta planta continuó en uso durante la Antigüedad tardía con la misma intensidad que en siglos anteriores y que las afirmaciones de Estrabón, Plinio y Solino sobre su desaparición a comienzos del Imperio carecen de valor: *vid.* D. ROQUES, «Synésios de Cyrène et le silphion de Cyrénaïque», *Revue des Études Grecques* 97 (1984), 218-231; *idem*, «Médecine et botanique: le silphion dans l'oeuvre d'Oribase», *ibidem* 106 (1993), 380-399. Cabría también pensar que nuestras fuentes antiguas pueden ser exactas si su información se refiere tan sólo a los llamados *agri regii* cirenaicos (antiguas propiedades reales, de las que se hizo cargo el Senado), los cuales fueron cedidos primero a los publicanos y luego administrados mediante procuradores: *vid.* A. LARONDE, «La Cyrénaïque romaine, des origines à la fin des Sévères (96 av. J.-C. - 235 ap. J.-C.)», en H. TEMPORINI (ed.), *ANRW*, II 10. 1, Berlín-Nueva York, 1988, págs. 1008 s., 1017. Sería en estas propiedades públicas donde se agotó el laserpicio, mientras que pudo continuar recogiéndose en otras partes del territorio.

863 Este imaginario animal, cuyo hábitat se situaba en Libia y Egipto, era contado por los antiguos en el número de las serpientes y se decía que poseía un cuerpo de color dorado. Le atribuían también una especie de mancha blanca en la cabeza, con la apariencia de una diadema: por eso, según algunos, tenía el nombre de *basilískos* («reyezuelo»), que los romanos tradujeron como *regulus* (ISIDORO, *Etimologías* XII 4, 6). Pero verdaderamente la idea del basilisco deriva del «ureo» egipcio, la serpiente representada en las diademas de los faraones y que era el símbolo característico de la realeza *(vid.* F. SBORDONE, *Hori Apollinis Hieroglyphic*, Nápoles, 1940, págs. 2-3, comentario a HORAPOLO, I 2).

864 Todos los detalles señalados por Solino forman parte de las creencias antiguas en los fabulosos poderes del basilisco, cuya sola mención acabó siendo proverbial, entre los Padres de la Iglesia, para simbolizar los males del diablo, a la muerte e incluso al Anticristo. Solino depende en conjunto de PLINIO (VIII 78; XXIX 66), excepto en dos referencias: una parece haberla desarrollado él mismo —la de que mata a los pájaros en vuelo— a partir de las noticias de que el simple aliento y el olor del basilisco producían la muerte, e incluso era capaz de matar con la vista. La otra, el que ningún animal puede comer víctimas del basilisco, había sido ya señalada por NICANDRO *(Teriaca* 396-410) y GALENO (XIV 233 KÜHN). En la Edad Media, el basilisco fue representado como mediogallo, medio-dragón (MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario…*, págs. 159-164).

865 Al igual que ciertos detalles morfológicos del fantástico basilisco recuerdan al áspid y a las cobras vistas por la tradición popular, la mención de la comadreja parece

una reminiscencia de las costumbres de las mangostas.

866 Solino parece ser la única fuente que conserva esta curiosa noticia sobre las extraordinarias propiedades del animal incluso muerto, una aplicación que se halla en consonancia con la extendida idea de que la sangre y las representaciones del basilisco constituían un eficaz amuleto contra influencias dañinas: *vid*. PLINIO, XXIX 66; J.-B. CLERC, «Pour se protéger du *fascinum* (Pline le Jeune, Lettres VI, 2)», *Latomus* 57 (1998), 634-643. Existe constancia (PLINIO XXXV 60) de que la ciudad de Pérgamo —alguno de sus templos— contaba con dos obras del pintor Apolodoro de Atenas; no sabemos, por contra, que hubiese ningún cuadro de Apeles. Sin embargo, Mommsen optó por editar la variante *Apellis*, atestiguada en dos códices menores, que tiene aspecto de ser una corrección de copista. Es muy probable, creemos, que el texto transmitido ofrezca una grafía deturpada, máxime cuando la mayoría de los códices ofrece la lectura *Apollinis* (confusión por *Apollodori*, nombre que figuraría abreviado en el arquetipo). Los manuscritos de la familia III (SAP) añaden, a continuación, el siguiente texto: «colgaron allí mismo su cuerpo muerto dentro de una redecilla de oro».

867 En efecto, junto a Berenice (hoy Bengasi) existía un riachuelo, parte de cuyo curso era subterráneo, llamado Lato por las fuentes griegas. LUCANO (IX 355-356) es el único poeta que identifica al Leto con el Leteo del Hades, al que se refirieron Virgilio y Horacio, cuyas aguas producían la pérdida de la memoria.

868 Berenice era hija de Magas, rey de Cirene, y contrajo matrimonio con Ptolomeo III Evérgetes en el año 246 a. C. Desde el año 258 al 247 Berenice fue, como heredera de su padre, reina de Cirene; seguramente en ese intervalo fundó la ciudad de su nombre, que vino a reemplazar a la antigua colonia griega de Evespérides, situada algo más al norte.

869 Era frecuente utilizar al mono como símbolo de la maldad y de la fealdad (HORACIO, *Sátiras* I 10, 18; SÉNECA, *Controversias* IX 3, 12). Su aparición en sueños era un augurio de mala suerte (CICERÓN, *Sobre la adivinación* I 34; SUETONIO, *Nerón* 46). En el *Fisiólogo* griego (MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario*..., págs. 38-39) es la imagen del demonio.

870 Aquí explica con detalle una de las supuestas formas que utilizaban los cazadores de la India para capturar a los monos. Había también otros dos sistemas: dejar a su alcance unas sandalias que los macacos, después de habérselas probado, no eran ya capaces de quitarse, o bien una especie de espejos de los que colgaban lazos o hilos impregnados con liga (ESTRABÓN XV 1, 29 [C 699]; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* XVII 25; DIODORO SÍCULO, XVII 90, 2-3). Pero la forma normal de cazarlos, como muestran dos relieves egipcios, era con unas traíllas: *vid*. KELLER, *Die antike Tierwelt*, I, págs. 8 y siguiente.

871 Esta leyenda se recoge sólo en PLINIO (VIII 215), de quien la toma Solino, y se predica de aquellos monos que tienen cola. Procede sin duda de Egipto, puesto que allí el cinocéfalo o babuino sagrado *(Cynocephalus hamadryas)* estaba consagrado a la diosa

luna y se tenía por símbolo de nuestro satélite (HORAPOLO, I 14). Como personificación de esta diosa, en el obelisco de Luxor aparecen una serie de monos con el creciente lunar en la cabeza. Toth, el dios babuino, era esencialmente un dios-luna (A. DELATTE, PH. DERCHAINE, *Les intailles magiques gréco-égyptiennes, Bibliothèque Nationale*, París, 1964, 151-152).

872 Según PLINIO (VIII 216) y el fabulista BABRIO (35), la pérdida consistía en que algunas veces mataban a las crías predilectas de tanto estrujarlas contra el pecho. Pero Plinio no conocía la verdadera razón, y en cambio este pasaje de Solino se halla en consonancia con la fuente «paradoxográfica» antigua de la que procede también la detallada explicación ofrecida por algunos bestiarios. El *Bestiario Toscano* (XII) reseña: «La mona… pare dos hijos de una sola vez, y los nutre a los dos por su propia voluntad, pero deposita más su amor en uno que en otro; y le ocurre esto: que, cuando los cazadores se la encuentran, la persiguen para cogerla, a ella y a sus hijos; ella, cuando ve venir a los cazadores, toma al hijo que más ama en sus brazos, entre su pecho; a quien ama menos, se lo echa a la espalda, e intenta escapar hasta que el cazador la apresa. Deja ir al hijo que lleva en brazos para que pueda huir, de esta manera *pierde* al hijo que más ama; escapa con aquél a quien menos ama» (trad. del catalán por A. SERRANO y J. SANCHÍS en el libro de S. SEBASTIAN, *El Fisiólogo atribuido a San Epifanio, seguido de El Bestiario Toscano*, Madrid, 1986). El *Bestiario* latino de Cambridge (MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario…*, 40) lo explica así: «La naturaleza del mono es tal, que cuando da nacimiento a gemelos, quiere muchísimo a uno de ellos, pero desprecia al otro. Por ello, si en alguna ocasión la mona es perseguida por un cazador, aferra al que más quiere contra su pecho, sujetándolo con los brazos, y lleva al que detesta colgado a la espalda, rodeándole el cuello con los brazos. Y precisamente por este motivo, cuando está agotada de correr sobre los cuartos traseros, la mona ha de desembarazarse del que ama, y llevar a cuestas al que detesta, quiera o no».

873 Este grupo de monos era ya citado por ARISTÓTELES (*Investigación sobre los animales* II 502 a-b), de quien depende indirectamente Solino, como los únicos simios con cola.

874 Su nombre significa «cabeza de perro»; es el babuino, al que antes aludimos a propósito de la luna (*supra*, nota 871), cuyas costumbres y ferocidad salvaje están reseñadas en ARISTÓTELES (*Investigación sobre los animales* II 502 a).

875 La descripción de este animal, bautizado por las fuentes antiguas con el nombre mitológico de «esfinge», parece corresponder al chimpancé; KELLER, *Die antike Tierwelt*, I, 10, cree que se trata de un cercopiteco (*Cercopithecus diana*). AGATÁRQUIDES (*Sobre el Mar Rojo* 73 [FOCIO, *Biblioteca*, cod. 250, 455 b]) y DIODORO SÍCULO (III 35, 4), de quienes depende Solino (su fuente), señalan que este animal se parecería mucho a la esfinge representada en el arte, si no fuera tan peludo, y afirman que poseía ánimo apacible (véase también POMPONIO MELA, III 88).

876 Podría ser también el chimpancé, a juzgar tanto por el relato de PAUSANIAS (I 23, 5-6) sobre unas islas de los Sátiros, en el Mar Exterior, donde vivían individuos

salvajes de pequeña talla, como por la mención de una población de sátiros en el África central o en Etiopía, que vivían medio salvajes, sin casas, en plena selva, y cuyo tronco estaba cubierto de pelos (DIODORO SÍCULO, I 18, 4; POMPONIO MELA, I 23; 48; III 95; PLINIO V 44; VI 197; PLUTARCO, *Moralia* 356 D, y el propio SOLINO, 31, 5). Los sátiros de la mitología antigua fueron a menudo representados con medio cuerpo de mono y el otro medio humano.

877 Probablemente es el cólobo abisinio *(Colobus guereza)*. El nombre deriva del griego *kallíthrix*, «de bellas crines» o «de bella cabellera».

878 Ya HERÓDOTO (IV 185) recordaba estas costumbres de los pueblos que vivían en la faja de arena sahariana, exenta de lluvias; la sal se extraía en las minas de los oasis y se mezclaba con tierra, formando una especie de grandes pastillas. Sobre su uso en la construcción, R. CARPENTER, «Houses built of salt», *Amer. Journ. of Archaeology* 61 (1957), 167-177.

879 En efecto, los garamantes traficaban con los carbunclos para abastecer a los cartagineses y, posteriormente, a los romanos del norte de África; los conseguían, al parecer, cerca de Etiopía, por mediación de los nasamones y de otras tribus, que Solino engloba bajo el nombre de trogloditas (cf. PLINIO, V 34; XXXVII 92 y 104).

880 Pueblo libio mencionado ya por HERÓDOTO (IV 170) con el nombre de asbistas, ocupaban en tiempos el territorio interior que bordeaba las fronteras de Cirene. La insólita noticia de Solino sobre sus hábitos alimenticios podría derivar del hecho de que, como indica HERÓDOTO, imitaban a las gentes de Cirene en todas sus costumbres.

881 No sabemos si el nombre de la ciudad era éste o bien Dedris, como figura en la tradición manuscrita de PLINIO (V 36), y tampoco hay seguridad acerca de su emplazamiento (¿en las cercanías de Gárama?).

882 Esta nueva fuente termal del territorio de Debris sólo era mencionada por PLINIO (V 36), y debe de ser distinta a la del oasis de Amón. Pero Solino ha insertado aquí una parte de la descripción hecha por LUCRECIO (VI 848-878) sobre la Fuente del Sol *(supra*, nota 855), aunque nuestro autor se limita a encarecer el supuesto prodigio y no intenta fundamentar una explicación.

883 Actualmente Djerma o Germa (Libia), aunque su más primitivo emplazamiento pudo ser Zinchecra, muy cerca de Djerma, en el Fezzan. Sobre este territorio y sus antiguos ocupantes véase C. DANIELS, *The Garamantes of southern Libya*, Stoughton, 1970.

884 El nombre de *latrones* designa aquí a todos los garamantes, pues bajo ese epíteto comprendía Roma a aquellos enemigos bárbaros que se resistían por cualquier medio a la sumisión: *vid*. L. FLAM-ZUCKERMANN, «À propos d'une inscription de Suisse *(CIL*, XIII, 5010): étude du phénomène du brigandage dans l'Empire romain», *Latomus* 29 (1970), 456. TÁCITO *(Historias* IV 50) califica a los garamantes de pueblo insociable y hogar de forajidos, dispuestos continuamente a saquear a sus vecinos.

885 Pues, como señala PLINIO (V 34 y 38), los pozos eran poco profundos —dos

codos— y resultaba fácil para los indígenas volver a encontrar el agua. En la mentalidad romana, el uso de la treta y de la insidia, del engaño y de la mala fe, caracterizaba la figura del «bárbaro»; si estos procedimientos tenían cabida en el campo de la guerra, Roma los calificaba de técnicas inmorales e indignas de un soldado: *vid*. Y. A. DAUGE, *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation* (Collection Latomus, vol. 176), Bruxelles 1981, págs. 433-434.

886 En el 70 d. C., por C. Calpetano Rancio Quirinal Valerio Festo, entonces gobernador de Numidia. Ea, antigua colonia fenicia (hoy Trípoli), mantenía ciertas diferencias con los habitantes de Lepcis Minor (hoy Lempta) y había solicitado ayuda a los garamantes; éstos llegaron a sitiar a los lepcitanos, pero Valerio logró dispersarlos (TÁCITO, *Historias* IV 50).

887 Se trata de Lucio Cornelio Balbo el menor, hijo de Publio Cornelio Balbo y sobrino de Lucio Cornelio Balbo el Mayor, miembro de la familia gaditana de los Balbos. Como procónsul de África dirigió una campaña victoriosa contra los garamantes durante el año de su gobierno (mediados del 21 a mediados del 20 a. C.); véase GUTSFELD, *Römische Herrschaft*..., 26-30. Esta operación le valió, en efecto, la concesión de un triunfo, cuya celebración se realizó el día 27 de marzo del 19 a. C. PLINIO (V 36-37) ofrece una relación de los ríos, montes, ciudades y pueblos de la región garamántica que, dibujados en grandes bastidores y anunciados mediante un cartel, figuraron en el desfile triunfal.

888 La fabulosa historia sobre estos bueyes de los garamantes aparece primero en HERÓDOTO (IV 183), quien los denominó *opisthonómoi* porque se veían obligados a comer retrocediendo; en caso contrario, sus cuernos se hincaban en tierra. Así fue recogida por ARISTÓTELES *(Partes de los animales* II 659a); ALEJANDRO DE MINDOS (en ATENEO, V 221e); y PLINIO (VIII 178). Según ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XVI 33), pacían caminando hacia atrás porque los cuernos crecían por delante de los ojos y les impedían ver, circunstancia que aprovechaban para agachar la cabeza e ir cortando la hierba. Fue POMPONIO MELA (I 45), a quien sigue Solino, el que ideó esta variante de comer de lado.

889 Cercina es la actual isla de Kerkenna.

890 Gaulos es hoy la isla de Gozo, la más noroccidental del archipiélago maltés. Sin embargo, esta noticia ha sido inventada por Solino, que aplicó a Gaulos lo que PLINIO (V 42; XXXV 202) cuenta sobre la isla de Gálata (el islote de La Galita o La Galite, frente a las costas de Túnez): que su tierra mata a los escorpiones. Lo referente a las serpientes es un añadido de nuestro autor, muy en la línea con las virtudes predicadas para otras islas (véase nota a SOLINO, 11, 14).

891 Este río Níger o Nigris pudo ser el río Djedi, que constituyó desde época de Augusto el límite de la penetración romana en África; el hecho de que fuera tenido como parte del Nilo (al Nilo se le atribuía una fuente en el Atlas o en el desierto occidental y un curso oeste-este, simétrico al del Danubio) condujo a transferir al Níger la fauna,

vegetación y régimen fluvial del gran río egipcio.

892 Los garamantes etiópicos existen sólo en la mente de Solino, porque POMPONIO MELA (I 45), su fuente en este pasaje, se refiere tan sólo a los garamantes de África. Posiblemente nuestro autor quiso transferir esa rara conducta a los nómadas del otro lado del Nigris, y para hacerla más verosímil los amparó bajo el nombre de garamantes. En cualquier caso, el escrito «paradoxográfico» empleado por Mela contenía bastantes imprecisiones. Hubo, efectivamente, varios pueblos antiguos en los que pudo practicarse la comunidad de mujeres: maságetas (HERÓDOTO, I 216; ESTRABÓN, XI 8, 6 [C 513]), galactófagos de Escitia (ÉFORO, *FGrHist* 70 F 42 y F 158; NICOLÁS DE DAMASCO, *FGrHist* 90 F 104 = Fr. 27 GIANNINI), nasamones (HERÓDOTO, IV 172; PARADOXÓGRAFO VATICANO, 27 GIANNINI), gindanes (HERÓDOTO, IV 176), auseos (HERÓDOTO, IV 180; ARISTÓTELES, *Política* II 1262 a), maclios de Libia (NICOLÁS DE DAMASCO, *FGrHist* 90 F 103 q = Fr. 16 GIANNINI), libirnios de Iliria (NICOLÁS DE DAMASCO, *FGrHist* 90 F 103 d = Fr. 4 GIANNINI; PARADOXÓGRAFO VATICANO 45 GIANNINI), trogloditas (Artemidoro en ESTRABÓN, XVI 4, 17 [C 775]; AGATÁRQUIDES, *Sobre el Mar Rojo* 61 [FOCIO, *Biblioteca*, cod. 250, 454 a]; DIODORO SÍCULO, III 32), hilófagos (AGATÁRQUIDES, *Sobre el Mar Rojo* 51 [FOCIO, *Biblioteca*, cod. 250, 452 a]; DIODORO SÍCULO, III 24), ictiófagos de Gedrosia y Carmania (AGATÁRQUIDES, *Sobre el Mar Rojo* 31 [FOCIO, *Biblioteca*, cod. 250, 449 a]; DIODORO SÍCULO, III 15, 2; 17, 1), árabes (ESTRABÓN, XVI 4, 25 [C 783]) y bretones (CÉSAR, *Guerra de las Galias* V 14, 4-5); pero sólo de los auseos asegura expresamente Heródoto que no contraían matrimonio, de manera que la filiación era establecida en una asamblea a través del parecido, y esto es justo lo que Mela asigna como rasgo propio a los garamantes.

893 Es decir, del babuino sagrado. El nombre de este pueblo era, según PLINIO (VII 31), los menisminos; se decía que cuidaban rebaños de hembras de cinocéfalo, con unos pocos machos en calidad de sementales.

894 Equivale a 3,5 m. Igual la calculaba PLINIO (VI 190; VII 31), tomando la noticia de CRATES DE PÉRGAMO (fr. 14 METTE): ocho codos (3, 5 m.). Su nombre era, propiamente, sirbotas; podrían identificarse con alguna de las tribus de notable estatura que viven a orillas del Nilo Blanco.

895 Llamados por PLINIO (VI 191; VIII 35) asaqueos o asacas, pero por CLAUDIO PTOLOMEO (IV 8, 3) *azákai*, fueron seguramente un pueblo de cazadores abisinios especialistas en abatir elefantes.

896 PLINIO (VI 192) los llama sesambros o sambros.

897 Esta noticia afectaba, según PLINIO (VI 192), a los denominados ptoenfanos, o bien a una tribu etíope anónima, como sucede en ELIANO (*Sobre la naturaleza de los animales* VII 40) y Solino. La gran veneración demostrada hacia los perros puede encubrir influencias de la cultura egipcia, puesto que este animal se hallaba consagrado a Anubis e incluso el mismo dios adoptaba la imagen canina. El hecho de que en las pinturas meroíticas de los reyes etíopes aparezca siempre representado, junto al trono, un

perro, que guarda proporción con la figura del monarca, mientras que el resto de los objetos son de tamaño menor, induciría a considerar al perro como un atributo de la realeza etíope. Eliano escribe que si el perro gruñía, se conocía que no estaba insatisfecho; pero si ladraba, es que estaba enojado. Quizá ello sirviese al rey para dar su parecer, o a los dignatarios para interpretar la voluntad del monarca, cuando éste permanecía mudo.

898 PLINIO (VI 94) conoce a esta comunidad con el nombre de nisitas, y menciona asimismo que los nisicatas pasaban por tener tres ojos. La historia es puramente fabulosa y procede, sin duda, de la historiografía helenística. Plinio o su fuente la racionalizaron.

899 El nombre de agriófagos significa, en griego, «comedores de fieras», de ahí la explicación sobre su dieta, que dio primero PLINIO (VI 195). Solino ha acumulado sobre los agriófagos otro rasgo que, según Plinio, fue propio de los llamados nigroes (tener un rey de un solo ojo). En una inscripción bilingüe latinogriega de época de Adriano hallada en la Tebas egipcia, un personaje denominado Sulpicio Sereno menciona su expedición contra los «muy infames agriófagos» y el final victorioso de la campaña (R. CAGNAT, *Inscriptiones Graecae ad res romanas pertinentes*, I, París, 1911, 1207 = H. DESSAU, *Inscriptiones latinae selectae*, III 2, Berlín, 1916, 8908); es probable, por tanto, que la administración romana de Egipto hubiese decidido aplicar dicho nombre a una de las tribus nómadas sitas en el desierto que se extendía entre Tebas y Berenice.

900 Otro más entre los fabulosos pueblos de Etiopía. Su nombre también es descriptivo: pánfagos, «omnívoros, los que todo devoran». El término *fortuitus* (por azar) significa que los vegetales no se obtenían mediante cultivo: así se caracteriza a los pánfagos como comunidad no sedentaria, sino que se mueve en busca de alimentos.

901 En la costa oriental africana, frente a la isla de Zanzíbar, coloca CLAUDIO PTOLOMEO (IV 8, 3) a los etíopes antropófagos. En este territorio, efectivamente, los viajeros árabes y portugueses detectaron más tarde la presencia de caníbales.

902 El nombre que figura en otras fuentes es el de cinamolgos, y se explica por su costumbre de «ordeñar a las perras». De ellos se refería simplemente que llevaban larga cabellera e hirsutas barbas y que eran criadores de perros de excelente clase, que utilizaban en las cacerías. Se les atribuye una fisonomía canina porque muy pronto su descripción se fundió con la del fabuloso pueblo de los cinocéfalos, descrito por CTESIAS, *FGrHist* 688 F 45 (37): tenían cabeza, dientes, garras y voz canina; no hablaban una lengua humana, pero entendían la de sus vecinos indios: *vid*. O. WECKER, *RE* XII 1, cols. 25-26, s.v. *Kynoképhaloi;* W. ANDERSON, *«Kynamolgoi», Würzburger Jahrbücher für die Altertumswiss*. 3 (1948), 133-136. Puesto que ya el propio Ctesias llamó cinamolgos a los cinocéfalos, y como estas leyendas solían aplicarse en parte a la India y en parte a Etiopía, no debe extrañarnos que ambas denominaciones acabasen por ser sinónimas. ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* X 25) sitúa en las márgenes de Etiopía a otros hombres con cara y dientes de perro (los «cinoprósopos»).

903 Otro pueblo fabuloso; el nombre apunta a la manera de desplazarse, pero no

tiene un significado claro. Quizá, como sugirió H. RACKHAM, *Pliny, Natural History, II. Books III-VII* (Loeb Classical Library, 352), Cambridge (Mass)-Londres, 1942, en su comentario a PLINIO (VI 195), hubiera que pensar en *tettarabatitas*, «los que andan a cuatro pies».

904 Eran los llamados acridófagos o comedores de saltamontes. ARTEMIDORO (en ESTRABÓN, XVI 4, 12 [C 772]) y AGATÁRQUIDES *(Sobre el Mar Rojo* 58 [FOCIO, *Biblioteca* cod. 250, 453a-453b]; *vid.* también DIODORO SÍCULO, III 29; PLINIO, VI 195; VII 28-29) relatan cómo hacían caer en primavera, mediante el humo, a las nubes de langosta que cruzaban el territorio. Luego maceraban a estos insectos en agua salada y los dejaban secarse. Todavía hoy se comen en Arabia (F. S. BODENHEIMER, *Insects as Human Food*, The Hague, 1951, 202-206). También se consumían asadas o fritas en aceite, e incluso se salaban, aunque constituía un bocado propio de pobres y de soldados *(vid.* BEAVIS, *Insects…*, 76). Sin embargo, estas mismas circunstancias habían sido anotadas por la historiografía griega como originales de la India. Los mandas, vecinos de los macrobios indios, se alimentaban de langostas y no pasaban de cuarenta años; las mujeres, se decía, daban a luz una sola vez en toda su vida, a la edad de siete años. Volvemos, pues, a encontrar la transferencia etnográfica desde Oriente a Etiopía.

905 620 millas, unos 900 km.

906 Por esta supuesta longevidad recibieron el nombre de macrobios. Su edad se calculaba, de promedio, en unos 120 años: HERÓDOTO, III 23; VALERIO MÁXIMO, VIII 13, ext. 5; sólo ISÍGONO DE NICEA, Fr. 20 GIANNINI [= PLINIO, VII 27] les concede 140 años. De ahí el que POMPONIO MELA (III 85) y Solino afirmen que vivían una mitad más que el resto de los hombres, cuyo límite de vida se ponía en los 80 años. Estos macrobios etíopes son distintos de los macrobios de la India, conocidos también bajo otros nombres (gimnetes, pandas), que vivían más de cien años, 130, 150 e incluso 200, según distintos autores (Ctesias, Onesícrito, Crates, en Valerio Máximo y en PLINIO, VII 28). Sobre los macrobios del Atos, cf. *supra*, SOLINO, 11, 34.

907 HERÓDOTO (III 21-23) atribuye la longevidad y salud de los etíopes macrobios a la alimentación (carne hervida y leche) y a los baños que tomaban en una maravillosa fuente de aguas ligerísimas; señalaba también que el cobre, por ser muy raro, se consideraba elemento preciosísimo, y que por eso los prisioneros estaban sujetos con argollas de oro. Basándose en tales datos y en la imagen idealizada de su rey, algún «paradoxógrafo» griego debió formular esa serie de cualidades inherentes a los etíopes de larga vida (justicia, equidad y fortaleza); su escrito lo consultó POMPONIO MELA (III 85-86), a quien copió Solino.

908 La fuente de POMPONIO MELA (III 87), autor en el que se inspiró Solino, tomó muy sesgadamente una parte del pasaje de HERÓDOTO (III 17-18) relativo a la llamada Mesa del Sol (en griego, *Hēlíou Trápeza)*. Heliutrápeza era una pradera llena de carne cocida de cuadrúpedos que, según Heródoto, depositaban por la noche algunos ciudadanos etíopes y de la que podían servirse todos durante el día; pero los etíopes fabulaban que la propia tierra reponía cada noche la carne consumida. Sobre este grado

de perfección del alimento, que conviene a la naturaleza cuasi divina de los macrobios, *vid*. J.-P. VERNANT, «Manger aux pays du Soleil», en M. DETIENNE, J.-P. VERNANT, *La cuisine du sacrifice en pays grec,* París, 1979, págs. 239-249.

909 Se trata de la fuente prodigiosa de la juventud, ya descrita por HERÓDOTO (III 23), dotada con esas mismas virtudes; el «paradoxógrafo» introdujo el detalle de las hojas (Heródoto aludía a la madera o bien a otras materias menos pesadas).

910 Solino, que puede aquí depender directamente del escrito «paradoxográfico» en que bebieron Mela y Plinio, se refiere sin duda a los llamados «arrinas» (literalmente, «sin nariz», como los bautizó ERATÓSTENES, en ESTRABÓN, II 1, 9 [C 70]) o esciratas, una fracción de los nómadas de la India cuya cara semejaba a la de los monos; se decía que solamente poseían dos agujeros en lugar de apéndice nasal (MEGÁSTENES, *FGrHist* 715 F 29). ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XVI 22) piensa que son chatos porque en la niñez se les aplastaba la nariz.

911 Eran los llamados «ástomos» («los sin boca»), que vivían en las fuentes del Ganges y se alimentaban sólo del olor de las carnes asadas y de los aromas de las frutas y de las flores, como referían MEGÁSTENES *(FGrHist* 715 F 30; cf. PLINIO, VII 25) y ERATÓSTENES (en ESTRABÓN, II 1, 9 [C 70]; XVI 1, 57 [C 711]); en vez de boca poseían sólo unos orificios para respirar; *vid*. M. L. WEST, «Megasthenes on the Astomi», *Classical Review* 14 (1964), 242. Frente a quienes opinaban que los «ástomos» no consumían ningún tipo de comida, POMPONIO MELA (III 91) introdujo la idea de la pajita de avena, con la que bebían y absorbían los granos de los cereales.

912 Solino ha fundido aquí dos noticias de POMPONIO MELA (III 91): una referente a hombres sin lengua, ideada seguramente por el «paradoxógrafo» que sirvió de fuente a Mela para dar vida a un pueblo de los «aglosos», paralelo a los «arrinas» y a los «ástomos»; y otra que aludía a ciertas personas con lengua, pero sin voz, los llamados «coromandas», pueblo de los bosques mencionado por TAURÓN, historiador griego del siglo IV a. C (*FGrHist* 710 F 1 = PLINIO, VII 24).

913 Ptolomeo IX, que reinó de 115 a 107 a. C. junto con su madre Cleopatra. Solino, que sigue a POMPONIO MELA (III 90 y 92), evoca de esta manera la expedición de Eudoxo de Cícico, patrocinada entre los años 115 y 113 por Cleopatra III, el cual alcanzó los territorios al sur de Etiopía y entró en relación con gentes que no poseían pan, vino ni higos secos (ESTRABÓN, II 3, 4 [C 99]). El «paradoxógrafo» que sirvió de fuente a Mela y a PLINIO (VI 188) debió inventar lo del fuego (¿por una mala inteligencia de *pyrós*, «trigo, pan», con el genitivo de *pŷr*, «fuego»?).

914 Ambas expresiones derivan de ÉFORO *(FGrHist* 70 F 30), que recogió la opinión de los antiguos geógrafos sobre Etiopía: la tierra se dividía en cuatro porciones, ocupadas respectivamente por indios, etíopes, celtas y escitas. Etíopes, al sur, y escitas, al norte, ocupaban simétricamente los lados más largos del rectángulo; celtas e indios ocupaban el oeste y el este respectivamente. Este esquema es conocido como el «paralelogramo de Éforo» (cf. BALLABRIGA, *Le Soleil et le Tartare*..., págs. 147-149). Así pues, Solino se

hace eco, a través de PLINIO (VI 197), de aquella distribución, que supone la existencia de un punto en el Mediterráneo central desde donde el obervador determinaba la posición geográfica de la salida y puesta del sol durante el solsticio invernal.

915 Alude al llamado *Theôn Óchēma*, importante promontorio de la costa occidental africana que sirvió desde antiguo como referencia en la navegación; se halla citado en el periplo de Hannón *(vid.* además POMPONIO MELA, III 94; PLINIO, V 10; VI 197; a los fuegos perpetuos alude PSEUDO ARISTÓTELES, *Relatos maravillosos* 37). Su nombre significa «soporte de los dioses». Se ha identificado con Mont Sagres, una cadena montañosa de Sierra Leona; sin embargo, no existe aquí ninguna actividad volcánica, por lo que cabría suponer que esta eminencia pudo corresponder al monte Camerún, del que se recuerdan varias erupciones, o al monte Kakulima de Guinea. También se ha defendido que podría tratarse del Teide: P. SCHMITT, «À la recherche du Char des dieux», en *Littérature gréco-romaine et géographie historique. Mélanges offerts à Roger Dion* (Caesarodunum IX bis), París, 1974, págs. 473-479.

916 Estamos ante una fábula urdida por Solino, que tiene, no obstante, sus precedentes. Ya HERÓDOTO (II 75-76; III 107-109) recogía, junto a noticias reales sobre el dragón lagarto o dragón volador *(Draco volans)*, otras muchas absolutamente fantásticas sobre serpientes aladas *(vid.* también lo que contaba MEGÁSTENES, *FGrHist* 715 F 21 c). No es de extrañar, por consiguiente, que nuestro autor diera crédito a los versos de LUCANO (IX 727-733) destinados a proclamar que la ardiente África vuelve mortíferos a los dragones, inofensivos en las demás regiones, y que no matan mediante veneno, sino con los golpes de la cola.

917 Del griego *drakontía*. También se la conocía con los nombres de «draconitis» o «dracontites», que ha producido en castellano el término dragonites. El *Lapidario de Sócrates y Dionisio* (49) la describe como una piedra alargada, surcada por tres franjas (una blanca, otra púrpura, otra de color jacinto), y le atribuye la virtud de atajar la disminución de la vista. Podría tratarse de un bezoar que se halla, efectivamente, en la cabeza de aves y reptiles; tales cálculos eran muy apreciados en la medicina oriental: *vid.* MARQUÈS-RIVIÈRE, *Talismans…*, págs. 258-260.

918 Según PLINIO (XXXVII 158), seguido por ISIDORO *(Etimologías*, XVI 14, 7), esto se conseguía sorprendiéndolos durante el sueño.

919 Autor griego de época helenística, probablemente de finales del siglo IV a. C.; redactó un tratado sobre las diferentes piedras *(De lapidibus)* indicando sus usos en la medicina y en la magia. Solino lo menciona porque figura en Plinio.

920 Todo lo relativo a la piedra y al modo de obtenerla es una fantasía inspirada en PLINIO (XXXVII 158). Sótaco aseguraba haber visto la gema engalanando a un rey, por lo que Solino transfiere a todos los monarcas orientales una especial predilección por ella. Y el escritor griego añadía luego que los cazadores empleaban carros de dos caballos para esparcir ciertos somníferos: la pluma de nuestro autor convierte este hecho en una arriesgada aventura frente a la guarida del animal. Historias de esta naturaleza son

probablemente las que inspiraron el motivo de la lucha contra el dragón presente en los libros de caballería.

921 Éste era el nombre etíope de la jirafa, según certifica PLINIO (VIII 69) y figura en el mosaico de tema nilótico hallado en Preneste (KELLER, *Die antike Tierwelt*, I, 284-285; TOYNBEE, *Tierwelt…*, págs. 127-129). AGATÁRQUIDES *(Sobre el Mar Rojo* 72 [FOCIO, *Biblioteca*, cod. 250, 455 b]) lo menciona como un animal común entre los trogloditas, pero HELIODORO *(Etiópicas* X 27) hace una perfecta descripción zoológica de la jirafa y presenta al animal, atinadamente, como una rara pieza que provenía del reino etíope-abisinio de los axomitas.

922 Es decir, «camello-pantera», porque tenía la figura del primero y la piel manchada de la segunda. El nombre es propiamente de origen griego *(kamēlopárdalis)*, y en la literatura tardía se prefirió latinizarlo escribiendo *camelopardus*.

923 Para conmemorar el triunfo concedido por su victoria de Tapsos, en el año 46 a. C.: véase la descripción del acontecimiento hecha por DIÓN CASIO (XLIII 23), el cual también destaca la novedad de las jirafas.

924 No sabemos con certeza a qué clase de simio corresponde la voz latina *cephus*, que reproduce las formas griegas *kêpos/kêbos*, con las que se designaba al cercopiteco y al babuino. Sin embargo, la descripción del cefo dada por PLINIO (VIII 70), de quien la tomó Solino, induce a pensar que se trata de gorilas. Acerca de la ocasión en que tales fieras llegaron a Roma (55 a. C.), véase la nota siguiente.

925 Gneo Pompeyo Magno o Pompeyo el Grande celebró su segundo consulado en octubre del 55 a. C. con la solemne dedicación del teatro que lleva su nombre y sufragando unos juegos circenses que duraron cinco días, pues venía preparándolos con meses de antelación. Lo más notable de la función (cf. PLINIO, VIII 20-21 y 53; PLUTARCO, *Pompeyo* 52; DIÓN CASIO, XXXIX 38, 1-3) fueron los combates de 500 leones (600 según Plinio) y, sobre todo, la batalla entre la caballería de los getulos y un grupo de 18 ó 20 elefantes (este episodio fue también evocado por CICERÓN, *Cartas a los amigos* VII 1, 3, y SÉNECA, *Sobre la brevedad de la vida* 13, 6). Fue entonces cuando se exhibieron por única vez los cefos arriba mencionados.

926 El hecho de que el poeta LUCILIO *(Sátiras* III 13 = 117-118 MARX/KRENKEL) conozca el rinoceronte no significa que el animal fuese, desde mediados del siglo II a. C., familiar a todos los romanos, sino sólo a algunas personas que tuvieron oportunidades de viajar, como, por ejemplo, quienes pertenecieron al círculo de los Escipiones.

927 No el verde habitual de las hojas de la planta *(Buxus sempervirens)*, sino el color gris-pardo oscuro de la corteza del arbusto.

928 Solino recoge aquí, a través de PLINIO (VIII 71), una antigua historia que ya figuraba en ARTEMIDORO (en ESTRABÓN, XVI 4, 15 [C 774/775]) y AGATÁRQUIDES (*Sobre el Mar Rojo* 71 [FOCIO, *Biblioteca*, cod. 250, 455 a-b]), descrita luego por DIODORO SÍCULO (III 35, 2-3) y ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XVII 44). Se contaba, en efecto, que existía una pugna constante entre rinocerontes y elefantes por

los lugares de pasto; ello dista mucho de ser real.

929 El nombre de este animal fantástico deriva del griego *katôbleps* o *katōblépōn*, «que mira hacia el suelo». Se decía que siempre llevaba así su cabeza, sin levantar la vista, pues en caso contrario sus poderes lo habrían convertido en un azote mortífero (POMPONIO MELA, III 98; PLINIO, VIII 77; ELIANO, VII 5, cuyas descripciones contienen, junto a rasgos imaginarios, aspectos reales del ñu). ALEJANDRO DE MINDOS (en ATENEO, V 221 b-d) describía un animal salvaje de Libia, al que los nómadas llamaban «gorgona», que poseía los rasgos del catóblepas y que mataba además con el aliento (detalle ya contenido en Eliano); y como prueba recordaba que durante la guerra de Jugurta estos monstruos mataron con su mirada a varios soldados de Mario, hasta que el general romano ordenó a la caballería númida que los asaetaran desde lejos. El catóblepas se convirtió así en otro de los animales surgidos de la imaginación antigua que integraron la nómina de los monstruos fantásticos literarios: *vid*. I. MALAXECHEVERRIA, «Éléments pour une histoire poétique du catoblepas», en G. BIANCIOTTO, M. SALVIAT (eds.), *Épopée animale, fable, fabliau. Actes du IVe Colloque de la Société Internationale Renardienne, París, 1984*, págs. 345-353. En época bizantina se le atribuyó incluso la facultad de vomitar fuego: R. GANSCHINIETZ, *Hippolytos' Capitel gegen die Magier (Refut. Haer. IV 28-42)*, Diss. Münster, Leipzig, 1913, 52.

930 La historia de estas increíbles hormigas indio-etiópicas figura por primera vez en HERÓDOTO (III 102-105): al excavar sus casas, sacaban de la tierra una arena mezclada con oro; los indios organizaban expediciones para robársela, aprovechando la hora del día de mayor calor, en que las hormigas desparecían debajo de tierra, y regresaban de inmediato, pues tales hormigas eran rapidísimas y, advertidas por el olor, los perseguían. Solino debió de leerla en un escrito «paradoxográfico», que resumía bastante bien a HERÓDOTO, aunque atribuyó al animal algunos de los caracteres físicos de los grifos. Y es que, en efecto, a partir de CTESIAS *(FGrHist* 688 F 45 [26], F 45 h) la historia de estas hormigas se mezcla con la de los grifos y da lugar a otra versión, según la cual eran aquellos pájaros con patas y garras de león los que extraían y custodiaban el oro de las montañas orientales. Más tarde, en el siglo II d. C., se introdujo un nuevo cambio: las hormigas obtenían el oro y los grifos se ocupaban de la vigilancia; sobre todo ello, cf. K. ZIEGLER, *RE* VII 2, 1920-1922, s.v. *Grýps;* M. MUND-DOPCHIE, S. VANBAELEN, «L'Inde dans l'imaginaire grec», *Les Études Classiques* 57 (1989), 217-218; BEAVIS, *Insects…*, págs. 209-211.

931 El licaón es el perro-hiena *(Canis pictus)*, animal ciertamente parecido al lobo, con un pelaje moteado blanco, amarillo y negro. Aciertan POMPONIO MELA (III 88) y Solino cuando fijan su hábitat en Etiopía; pero PLINIO (VIII 123) lo establece, equivocadamente, en India. El dato morfológico acerca de las crines es falso; tal vez obedezca al hecho de que en las pinturas egipcias la correa con que se les ataba daba varias vueltas al cuello y terminaba en un lazo, que podía recordar unas crines trenzadas.

932 Es el reno; en griego se le designaba con la voz *tárandos o tárandros*, que dio en latín *tarandrus*. La forma *parandrus* que transmite Solino puede obedecer, como

sugirió KELLER, *Die antike Tierwelt*, I, 431, a una falta paleográfica introducida en el texto original; en todo caso POLEMIO SILVIO, a finales del siglo V d. C., leyó ya esa expresión, puesto que denomina al animal *parander (Latérculo*, pág. 543, 5 [ed. TH. MOMMSEN, *Monumenta Germaniae Historica, Auct. Antiq. IX, chron. min. I*]). Durante la Antigüedad, el reno fue conocido en Sarmacia y Escitia, por lo que no debe extrañar que su presencia fuera transferida del dominio nórdico europeo-asiático hasta el etiópico, como ya señalamos que se hizo con todas las curiosidades índicas; sobre su forma y aspecto informaron TEOFRASTO, fr. 172 WIMMER; PSEUDO ARISTÓTELES, *Relatos maravillosos* 30; ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 25c y fr. 6 GIANNINI; CÉSAR, *Guerra de las Galias* VI 26; PLINIO, VIII 123-124; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* II 16.

933 La fábula sobre el cambio de color del reno arranca del Pseudo Aristóteles, en cuyo escrito ya se ponía de manifiesto lo asombroso de que fuesen las crines, y no la piel, las que mudaran de matiz. Solino recogió, seguramente a través de un escrito «paradoxográfico», aquella creencia, que quizá estuvo basada en el hecho de que la capa del reno es marrón en verano y de color gris claro, casi blanca, en invierno.

934 Se trata del chacal, cuyo nombre griego es *thō̃s*. Desde antiguo fueron considerados como una especie de lobos que corrían grácilmente y como un animal inofensivo para el hombre. Para OPIANO *(Cinegéticas* III 337) era un híbrido de lobo y pantera.

935 Desde ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* IX 623a) estuvo muy extendida la creencia de que el puerco espín podía arrojar sus aguijones como dardos e incluso dar muerte a perros y cazadores (PLINIO VIII 125; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* I 31). Naturalmente, nada hay en ello de real, pues este animal se defiende erizando las espinas y encogiéndose como una esfera.

936 Pegaso fue el mítico caballo alado desde el que Belerofonte dio muerte a la Quimera. POMPONIO MELA (III 88), a quien siguió Solino, dijo que recibía este nombre un volátil con orejas de caballo; PLINIO lo atribuye, en cambio, bien a caballos alados y con cuernos (VIII 72), bien a pájaros con cabeza equina (X 136).

937 El nombre griego era *tragópan* y se refiere a la apariencia de macho cabrío. Se ha pensado que detrás de esta fabulosa descripción se oculta el faisán cornudo, que lleva en las sienes dos pequeñas protuberancias en forma de cuernos (ANDRÉ, *Les noms d'oiseaux…*, 155; CAPPONI, *Ornithologia…*, 488-489). Los glosarios latinos *(Corpus Glossariorum Latinorum*, V 527; VIII 360) recogieron el texto de Solino.

938 Esta especia es un tipo de canela. Con su referencia a los etíopes Solino se opone, como ya hiciera PLINIO (XII 86-87), a las extraordinarias historias orientales que comentó HERÓDOTO (III 110-111) acerca de los insólitos lugares en que crecían el canelo y el cinamomo, custodiados por pájaros salvajes. Pero lo cierto es que las cortezas del *Cinnamomum ceylanicum* (canela de Ceilán) y, probablemente, del *Cinnamomum Cassia* (canela de China) no llegaban a Egipto desde Etiopía, sino desde la India y Ceilán

(vid. infra, notas 940 y 1055).

939 Equivale a dos codos, unos 90 cm.

940 La razón es que las partes más delgadas poseen más corteza, en lo cual radicaba su valor (PLINIO, XII 91); TEOFRASTO *(Historia de las plantas* IX 5, 1) anota hasta cinco clases, cuando se tala el arbusto, en función de la mayor o menor cantidad de corteza. Sobre la importación del cinamomo desde el lejano Oriente véase J. I. MILLER, *The spice trade of the Roman Empire, 29 B.C. to A.D. 641*, Oxford, 1969, págs. 42-47; M. G. RASCHKE, «New Studies in Roman Commerce with the East», en H. TEMPORINI, W. HAASE (eds.), *ANRW*, II 9. 2, Berlín-Nueva York, 1978, 652-655; F. DE ROMANIS, *Cassia, cinnamomo, ossidiana. Uomini e merci tra oceano indiano e mediterraneo*, Roma, 1996, págs. 37-42; 99-117.

941 Según PLINIO (XII 89), se sacrificaban 44 animales (entre bueyes, cabras y carneros).

942 La cosecha se dividía, según PLINIO (XII 89-90), bien en dos partes, una reservada al dios (entiéndase sacerdotes o templo) y otra a los mercaderes, bien en tres (sacerdotes, mercaderes y parte abandonada en el campo). Todo el ceremonial descrito, que recuerda los ritos practicados en la recolección del incienso, de la mirra y del bálsamo, son datos de carácter mítico en relación con el patrocinio del Sol sobre los aromas: *vid*. DETIENNE, *Los jardines de Adonis*, 60-61; A. DELATTE, *Herbarius. Recherches sur le cérémoniel usité chez les anciens pour la cueillette des simples et des plantes magiques*[3], Lieja, 1961, págs. 55 y 162. Sobre el significado del «fuego espontáneo», *vid. supra*, nota 372.

943 Es decir, el color de la flor azulada que lleva también el nombre de jacinto *(Hyacinthus orientalis)*, celebrada asimismo por los poetas a causa de su brillo luminoso y de su tono purpúreo.

944 Por este último dato cabe pensar que el jacinto de la descripción pudo ser un corindón o zafiro azul

945 Estas dos cualidades fueron atribuidas por PLINIO (XXXVII 156) e ISIDORO *(Etimologías* XVI 15, 4) a una gema de Etiopía llamada *chrysolampsis* («que brilla como el oro»). Puesto que Isidoro recoge en otro lugar *(Etimologías* XVI 14, 8; *vid.* además XIV 5, 15) este pasaje de Solino con la misma lectura crisoprasa, cabe imaginar que no hay ningún error manuscrito, sino que a nuestro autor le falló la memoria o sufrió una confusión respecto al nombre.

946 A través del griego *haimatítēs* (de la raíz *haimat-*, «sangre»). Se decía también que, machacada y disuelta en agua, transmitía al líquido un aspecto sanguinolento; era empleada en tratamientos oftálmicos, contra las mordeduras de serpientes, para cortar hemorragias, para liberar la orina y disolver las piedras de la vejiga (*Declaraciones Lapidarias de Orfeo*, 22; DAMIGERÓN-ÉVAX, 9; DIOSCÓRIDES, *Sobre materia médica* V 126).

947 Cuenta la leyenda griega que, cuando Menelao regresaba de Troya, Canobo o Canopo de Amiclas condujo la nave desde Rodas a Egipto y perdió la vida mientras dormía, herido por una serpiente venenosa, en una isla situada frente al delta del Nilo; Menelao y Helena lo sepultaron donde luego se fundó la ciudad que llevaba su nombre. Se creía que Canopo había sido transformado en una estrella, solamente visible para quienes repetían la ruta desde Rodas a Egipto, o en el astro más brillante de la constelación de Argos.

948 Solino compendía aquí, tomándolos de POMPONIO MELA, I 43, y PLINIO, V 45, los detalles concernientes a dos pueblos libios que fueron transmitidos por HERÓDOTO, IV 184: los atarantes y los atlantes. Eran estos últimos, según el historiador griego, quienes respetaban a todos los animales y no tenían visiones durante el sueño (lo que tal vez signifique que eran de las pocas tribus libias que no practicaban la incubación, costumbre muy extendida entre bereberes y saharianos: *vid.* el mismo HERÓDOTO IV 172). La tribu de los atarantes llamó la atención de los «paradoxógrafos» porque sus miembros carecían de nombre propio (véase, por ejemplo, NICOLÁS DE DAMASCO, *FGrHist* 90 F 103 u = fr. 20 GIANNINI); pero como el nombre forma, en el pensamiento de estas culturas, una parte vital de toda persona, es lógico que éste fuese ocultado para evitar que otros obtuviesen un poder mágico sobre el portador del mismo. Los atarantes despertaron también la curiosidad por su costumbre de imprecar al sol (puede encubrir ceremonias complejas de adoración y súplica), hábito que distinguía a este grupo como el único de entre los libios que no ofrecía sacrificios al sol *(vid.* HERÓDOTO, IV 188).

949 El nombre correcto de esta población era, en efecto, «trogoditas» y no trogloditas; esta segunda forma se originó, precisamente, para explicar esa costumbre de vivir en cuevas *(trṓglē*, «hoyo excavado por un animal»; trogloditas: «los que se cobijan en agujeros»). Como en otros tantos casos ya reseñados, durante la propia Antigüedad se situó a los trogloditas en la Escitia, en el interior de África, en el Mar Negro, en el Cáucaso, en Etiopía, en la India, en Libia, en el país de los nabateos. Los trogloditas más característicos, a que se refiere sin duda Solino, eran los de Etiopía (poblaciones nubias habitantes del país de Kus).

950 Esta idea formulada por el escrito «paradoxógrafico» del que depende Solino tiene probablemente su origen en la atribución de unas rígidas costumbres a los trogloditas nómadas: iban desnudos o vestidos tan sólo con pieles de animales; sus armas eran piedras, flechas y puñales; las mujeres y los niños eran comunes, excepto las de los jefes; las joyas de sus mujeres eran cadenas de conchas colgadas al cuello (K. JAHN, *RE* VII A 2, 2497-2499, s.v. *Trogódytai)*.

951 Conocida por eso en griego como *hexēkontálithos*, «piedra de sesenta (reflejos)». Era, seguramente, un ópalo irisado.

952 Ambos rasgos convienen perfectamente a la condición de periféricos culturales otorgada a los trogloditas y figuraban ya en HERÓDOTO (IV 183), el cual incluye a los lagartos y a otros reptiles entre sus alimentos y afirma que lanzan unos gritos agudos

como los murciélagos.

953 Estos augilas no son sino una parte de los nasamones, que se reunían en el oasis de Augila (Audjila) (HERÓDOTO, IV 182). De ahí que el escrito «paradoxográfico» que siguieron POMPONIO MELA (I 46) y PLINIO (V 45), los cuales son la fuente de Solino en este pasaje, repitiera las señas con que el propio historiador griego caracterizaba a toda la tribu de los nasamones: veneración por los muertos, con quienes se ponían en contacto mediante la incubación; comercio carnal entre la esposa y aquellos invitados a las celebraciones nupciales que traían un regalo (HERÓDOTO IV 172; PARADOXÓGRAFO VATICANO, 27 GIANNINI).

954 Detalles ya recogidos por HERÓDOTO (IV 174), según el cual los ganfasantes no sabían defenderse por carecer de armas; fueron una tribu nómada, cuyo nombre tiene que ver con el actual Fezzan.

955 La idea de unas criaturas «estetocéfalas» o «estetoprósopas» («con la cabeza, con la cara en el pecho»), con un tronco acéfalo y unos ojos en el lugar de los pezones, arranca ya del neolítico (ídolos de Tesalia); *vid*. DEONNA, *Le symbolisme*..., pág. 64. Desde HERÓDOTO (IV 191) se refería que en Libia vivía un grupo de hombres acéfalos y con ojos en el pecho, circunstancia que Ctesias traspuso a los lejanos territorios índicos al reseñar otros acéfalos *sternóphthalmoi* («ojos en pecho») junto a los trogloditas de India. Esa comunidad libia no tenía nombre. Sucede, por otra parte, que los blemias o blemmias fueron una nación nómada de Etiopía temida por sus frecuentes incursiones hostiles contra el Alto Egipto, lo que obligó a varios emperadores romanos, desde Decio, a frenar sus ataques *(vid*. DESANGES, *Catalogue*..., págs. 184-187). Ciertamente vivían junto a la supuesta región de los trogloditas etiópicos: de ahí que en algún momento, tal vez en época helenística o comienzos del Imperio, se les atribuyesen las anomalías de los incógnitos «acéfalos». Por eso resulta lógico que los manuscritos de la familia III (SAP) añadiesen el siguiente comentario al texto soliniano sobre los blemias: «pero no aquellos que habitan en las proximidades del Mar Rojo».

956 Son los sátiros de la mitología griega y romana, a quienes se consideraba una población fabulosa instalada en los extremos desiertos de África, junto a los etíopes occidentales. Desde Ctesias, también en India veremos mencionados a unos sátiros, huéspedes de las montañas: I. PUSKÁS, Z. KADÁR, «Satyrs in India», *Acta Classica Universitatis Scientiarum Debreceniensis* 16 (1980), 9-17; *vid*. asimismo *supra*, nota 876.

957 Sobre esta figura mitológica, mitad cabra mitad hombre, que formaba parte del cortejo de Pan, véase *supra*, nota 732; el nombre de egipanes define esa condición de «Panes cabrunos». Los «paradoxógrafos» los catalogaron como una población y les adjudicaron una región apartada, en el desolado desierto líbico, junto a los sátiros. Según AGUSTÍN *(La ciudad de Dios* XVI 8), en su época todavía se encontraban representaciones de egipanes y sátiros en los mosaicos del puerto de Cartago.

958 El término griego *himantópodes* significa «de pies como tiras de cuero», es

decir, que tiene los pies débiles, flexibles como correas; en latín se utilizó la expresión *loripedes*. Son otra población fabulosa, mitad serpiente mitad humanos, que los antiguos «paradoxógrafos» establecieron tanto en África (himantópodas, atlantes con extremidades de reptiles, mujeres-serpiente de las Sirtes) como en la India (los llamados esciratas).

959 Los farusios fueron un pueblo africano que vivía al sur de Marruecos, cerca de los getulos, y que frecuentaba con sus caravanas el mercado romano de Cirta. El escritor árabe IBN JALDUN (I 256) menciona a unos Beni Ferauçên instalados al sur de Argelia, que probablemente eran sus sucesores. Como, según una tradición antigua, medos, persas y armenios habían llegado junto con Hércules al Jardín de las Hespérides, que se situaba en la Mauritania Tingitana, varias de las tribus de esa región (farusios, perorsos, madices) fueron identificadas con aquellos acompañantes orientales del Heracles griego, que habrían permanecido definitivamente en África. Existía otra tradición, plasmada por SALUSTIO *(Guerra de Jugurta* XVIII 3-5), por la que estos pueblos persa pasaron al continente africano desde España, después de la muerte de Hércules en la Península.

960 Los llamados *Libros Púnicos* fueron, seguramente, escritos de tipo geográfico que usaron Juba y Salustio, y entre ellos se encontraban las obras completas de Hannón y de Magón; pasaron luego a formar parte de la librería real de los númidas, que heredó el rey Hiempsal, padre de Juba I: *vid*. V. J. MATTHEWS, «The *Libri Punici* of King Hiempsal», *Amer. Journ. of Philology* 93 (1972), 330-335.

961 Este lago, mayor que el Nilida, estaba, según PLINIO (V 52), en la comarca de los masesilos, una tribu nómada de la Tingitana que luchó en el ejército de Aníbal contra Roma.

962 Es decir, que allí crecen los mismos animales y plantas que cuando la corriente surca Egipto.

963 Veinte días de marcha, según escribe PLINIO (V 52).

964 Todo este largo pasaje sobre las fuentes del Nilo se asocia a la antigua teoría de HERÓDOTO, Eutímenes y Prómato (o Prómaco) de Samos, de buscar el origen del río en Occidente, en las nevadas alturas del Atlas. Las únicas novedades aquí aportadas (curso subterráneo, detalles sobre el Nilida y el lago de la Mauritania cesariense) provienen del patriotismo encendido del rey Juba, de quien las tomó PLINIO (V 51-53), modelos ambos de Solino. Finalmente, la fantasmal corriente se convertía en el Astapo, y entonces ya era el auténtico Nilo: en efecto, Astapo se denominaba al tramo del río que se extiende kilómetros antes de recibir las aguas del Astábores (el actual Atbara) y que delimita la margen izquierda de la llamada «isla» de Méroe.

965 Siguiendo la concepción geográfica egipcia, para griegos y romanos Méroe aparecía también como una isla; sin embargo, se trata de un territorio alargado, en forma de escudo, flanqueado por dos ríos —el Nilo Azul y el Atbara—, pero no totalmente cercado.

966 *Astasobas* o *Astasopes* (no *Astosapes*, como escribieron Plinio y Solino) era la

antigua denominación del Nilo Azul. El Astábores era un afluente que provenía de Etiopía (el actual Atbara) y no una división del propio Nilo.

967 La que está más al norte, es decir, la primera catarata remontando el Nilo.

968 Ése era el término griego para designar los rápidos y saltos de agua, tal como señalan DIODORO SÍCULO (I 32, 10-11; XVII 97, 2) y ESTRABÓN (XVII 1, 4 [C 817-818]), nombre que en época romana ya debía estar generalizado por influencia de la Administración helenística.

969 *Gir, Ger, Geir o Giris* fueron los nombres que recibió ese supuesto Nilo nacido en Occidente y cuyo curso estaba, en su mayor parte, semioculto. Pero los autores más recientes no supieron comprenderlo y convirtieron dichas denominaciones en varios ríos La raíz *ghir* significa, en lengua libio-bereber, «agua corriente, río»; *vid. supra*, nota 740.

970 Desde antiguo fueron conocidas estas siete salidas que formaban la desembocadura del Nilo; sus nombres eran Pelusíaca, Tanítica o Saítica, Mendesia, Fatnítica (Bucólica, Patmética), Sebenítica, Bolbitina o Bolbítica, y Canóbica o Canópica (Naucratídica). Heródoto señaló cinco, pues consideraba a la Fatnítica y a la Bolbitina como canales artificiales.

971 Sin duda, Solino se refiere aquí al astrólogo griego citado por PLINIO (V 55) con el nombre de Timeo «el Matemático» —escritor, probablemente, del siglo I a. C.—, el cual explicaba el fenómeno de las avenidas del Nilo basándose en la influencia sideral *(vid*. W. KROLL, *Die Kosmologie des Plinius*, Breslau, 1930, págs. 65-66). La segunda mención apunta al erudito romano POMPONIO MELA, de cuya *Chorographia* (I 53-54) tomó Solino el resto de los datos que no leyó en Plinio.

972 Hasta aquí, las teorías que Solino tomó de los tratados de corografía, es decir, esencialmente de Pomponio Mela, aunque contrastadas con alguna información de PLINIO (V 55-58). Todas ellas habían sido formuladas por diferentes estudiosos griegos de época clásica y helenística.

973 Dicha «fuente», llamada Fíala por PLINIO (V 55; VIII 186), estaba en Menfis. Se trataba de un manantial o pila utilizada para el culto del agua durante las fiestas de la inundación (BONNEAU, *La crue du Nil*..., 381).

974 Se refiere al orto helíaco de Sirio, que señalaba el comienzo propio de la canícula (del 21 al 26 de julio). Sirio, la más brillante de las estrellas fijas del firmamento, era denominada Sotis por los egipcios: F. K. GINZEL, *Handbuch der mathematischen und technischen Chronologie. Das Zeitrechnung der Völker*, I, Leipzig, 1906, págs. 181-187.

975 O sea, entre el veinte y el veintidós de julio. Efectivamente, los egipcios computaban el comienzo de su año, llamado Sotíaco por Sirio, a partir de los días caniculares, y el desbordamiento del Nilo solía empezar el veinte de julio (BONNEAU, *La crue du Nil*..., 69).

[976] No consta de dónde pudo obtener Solino esta noticia; quizá la tomó de un escrito «paradoxográfico». Se refiere, por supuesto, a la cosmología enunciada por los sacerdotes egipcios: las fiestas aniversario del Apis, que coincidían con la llegada de la crecida y el día primero del mes Toth, recibían el nombre de «días aniversarios del mundo» o «días aniversarios del Nilo». PORFIRIO *(Sobre el antro de las ninfas* 24) se hizo eco de la misma idea señalando que el novilunio coincidía con el orto de Sotis y se tenía en Egipto por el comienzo de la creación del mundo. Sobre la evolución de estos conceptos cíclicos, *vid*. J. GIL FERNÁNDEZ, «Der zyklische Gedanke im eschatologischen Glauben der Spätantike und des Mittelalters», en D. HERTEL, J. ÜNTERMANN (eds.), *Andalusien zwischen Vorgeschichte und Mittelalter*, Colonia, 1992, págs. 141-146.

[977] Las fechas astrológicas corresponden a los períodos comprendidos entre el 23 de agosto y el 22 de septiembre (Virgo), y entre el 23 de septiembre y el 22 de octubre (Libra). En efecto, el río desciende rápidamente al llegar el equinoccio de otoño y regresa al primitivo cauce antes de acabar octubre.

[978] La excepcional crecida del Nilo en pleno verano fue el fenómeno físico que, probablemente, más intrigó a los científicos griegos desde el siglo VI a. C., lo que generó numerosas teorías, sistematizadas en parte por HERÓDOTO (II 19-26). El análisis y discusión de las mismas llegó hasta la Antigüedad tardía. La historia y exposición crítica de cuantas teorías se formularon puede encontrarse en A. REHM, *RE* XVII 1, 571-590, *s.v*. Nilschwelle; BONNEAU, *La crue du Nil*..., 135-214. Solino se adscribe, a grandes rasgos, a la hipótesis de HERÓDOTO sobre la influencia del sol.

[979] Dieciocho codos son 8 m, dieciséis son 7,1 m, y quince 6,6 m. Estos datos está tomados de PLINIO (V 58), el cual señala que con 12 codos aprieta el hambre, con 13 todavía se padece; 14 codos aportan complacencia, 15 seguridad, 16 la felicidad; *vid*. D. BONNEAU, *Le fisc et le Nil. Incidence des irrégularités de la crue du Nil sur la fiscalité foncière dans l'Égypte grecque et romaine*, París, 1971, págs. 48-59. El limite máximo (18 codos) tan sólo se había dado, que sepamos, dos veces: en época de un faraón que pudo ser Sahuré, perteneciente a la V Dinastía (HERÓDOTO, II 111), y durante el reinado de Claudio (41-54 d.C.), probablemente en el año 45. Años después de Solino, en el VI d. C., se alcanzó nuevamente dicha altura (PROCOPIO, *Historia de las Guerras* III 29). Cabe añadir que toda esta información se refiere al nivel del desbordamiento medido no en el «Nilómetro» de Elefantina, sino en el de Menfis, que era el utilizado por la administración romana para calcular cada año la riqueza imponible: P. HEILPORN, «Solin 32, 15 et la crue du Nil», *Latomus* 50 (1991), 187.

[980] O sea, 2,2 m. La crecida del río llegaba a comienzos del solsticio de verano, y Gneo Pompeyo el Grande fue derrotado en la batalla de Fársalo bien el día 7 de junio del 48 a. C., bien el 28 de junio. Ese año se produjo, al decir de PLINIO (V 58), el mínimo absoluto de cinco codos. Pero se pensó que el río desaprobaba no la lucha fratricida de Farsalia, como quiere Solino, sino el horror por el asesinato de Pompeyo: *vid*. D. BONNEAU, «Nouvelles données sur la date de la mort de Pompée et la crue du Nil», *Rev. des Études Latines* 39 (1962), 105-111.

981 Actual capital de la provincia de Asuán, Siene o Siena fue en época greco-romana un puesto de poca importancia mencionado en las fuentes antiguas como límite de la frontera sur de Egipto.

982 Efectivamente, una tradición egipcia recogida por HERÓDOTO (II 28) situaba entre Siena y Elefantina las montañas de Crofi y Mofi, donde nacerían unas fuentes fluviales procedentes de los abismos. De esta forma, el Nilo parecía convertirse en un nuevo río, lo que justificaba que cambiara el nombre que recibía en el curso alto (los egipcios lo denominaban Hâpi).

983 Pero curiosamente esta supuesta muerte ritual del Apis trascurrido un período de 28 (o 25) años, que mantienen ciertos autores de época imperial romana, no se halla confirmada por ningún texto jeroglífico: cf. E. CHASSINAT, «La mise à mort rituelle d'Apis», *Recueil des Travaux* 38 (1916), 33-60; J. VERCOUTTER, *Lexicon der Ägyptologie*, I, Wiesbaden, 1972, págs. 346-348, s.v. *Apisumlauf/Apisperiode*. A la vista de la relación que algunos textos clásicos establecen entre el buey Apis y la divinidad del desbordamiento, BONNEAU *(La crue du Nil*..., págs. 221-222) ha planteado la hipótesis de que pudiera tratarse de un sacrificio expiatorio urgido por una ausencia o retraso inexplicable de la crecida.

984 Solino repite lo que sobre el Apis escribió PLINIO (VIII 184), aunque cambia algún detalle sobre el pelo del animal. Los Apis debían presentar de nacimiento hasta 29 signos o marcas distintivas; una vez reconocidos, eran llevados desde Nilópolis al santuario de Ptah en Menfis (sobre todas las tradiciones respecto al Apis, *vid*. R. PIETSCHMANN, *RE* I 2, 2807-2809, s.v. *Apis* [5]).

985 Se trataba, en realidad, de dos dependencias a modo de establos instaladas en el santuario de Ptah, en Menfis; una estaba destinada al Apis, la otra servía de estancia a la vaca que lo engendró (sobre la vida muelle que se le daba al Apis, cf. ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* XI 10). Ambos «tálamos» poseían un carácter augural: el hecho de que el Apís decidiera entrar en una u otra dependencia se tomaba como anuncio de buenos o malos presagios.

986 El ganado bovino fue considerado emisor de predicciones entre los pueblos indoeuropeos, que interpretaban muchos de sus gestos y actitudes como indicadores del tiempo, así como de sucesos gratos o infelices: *vid*. L. HOPF, *Thierorakel und Orakelthiere in alter und neuer Zeit. Eine ethnologisch-zoologische Studie*, Stuttgart, 1888, págs. 76-81. Estos tres parágrafos de Solino (17-19) sobre el Apis fueron extractados por el PRIMER MITÓGRAFO VATICANO, I 78.

987 Germánico, hijo de Druso el Mayor y de Antonia la Menor, fue adoptado por Tiberio en el 4 d. C. En la primavera del año 19 d. C. se desplazó desde Oriente a Egipto y remontó el Nilo para visitar Siena, Elefantina, Tebas y Menfis. Al parecer, el Apis no quiso comerle en la mano y ello se tomó como fatal augurio de su inmediata muerte, acaecida el 10 de octubre del 19, a los 33 años de edad (cf. PLINIO, VIII 185, que es la fuente de Solino); sobre este incidente *vid*. D. WEINGÄRTNER, *Die Ägyptenreise des*

Germanicus (Papyrologische Texte und Abhandlungen, 11), Bonn, 1969, págs. 142-146; M. MALAISE, *Les conditions de pénétration et de diffusion des cultes égyptiens en Italie* (EPRO, 22), Leiden, 1972, págs. 393-395; A. M. TUPET, «Les pratiques magiques à la mort de Germanicus», *Mélanges de Littérature et d'Épigraphie Latines, d'Histoire ancienne et d'Archéologie. Hommage à la mémoire de Pierre Wuilleumier*, París, 1980, pág. 347. Su rara enfermedad estuvo rodeada de todo tipo de misterios, y el mismo Germánico sospechaba que podía haber sido envenenado por Pisón y Plancina. Nunca logró saberse si verdaderamente murió asesinado. Gracias a un documento epigráfico conocemos las disposiciones tomadas en Roma por Tiberio y el Senado respecto a los implicados en este vidrioso asunto y cómo se zanjó la polémica (A. CABALLOS, W. ECK, F. FERNÁNDEZ, *El senadoconsulto de Gneo Pisón Padre*, Sevilla, 1996). Se dijo también que el Apis reveló al astrónomo y matemático Eudoxo de Cnido su cercana muerte lamiéndole el manto (FAVORINO en DIÓGENES LAERCIO, VIII 90-91), y que predijo la conquista de Egipto por Octaviano mediante lastimeros gemidos (DIÓN CASIO, LI 14, 4). Además de la aceptación o rechazo de la comida, se tomaba como augurio que el buey entrase a descansar en uno u otro «tálamo» (PLINIO VIII 185). Sobre una anécdota similar referida a uno de los Ptolomeos, cuya muerte predijeron los sacerdotes porque los cocodrilos sagrados rehusaron la comida que el rey les ofrecía con su mano, *vid.* PLUTARCO, *Obras morales* 976 B-C; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* VIII 4.

988 Estas masas de niños, que cantaban himnos, iban escoltando al buey cada vez que el Apis salía en procesión. Varios lictores abrían paso al cortejo, echando a un lado a la multitud (PLINIO, VIII 185). Los vaticinios infantiles eran otra forma de manifestar la condición oracular del Apis y de reconocer su divinidad: F. J. DÖLGER, *Sol Salutis. Gebet und Gesang im christlichen Altertum. Mit besonderer Rücksicht auf die Ostung in Gebet und Liturgie* (Liturgiegeschichtliche Forschungen, Heft 4-5), Münster in Westf., 1920, pág. 81.

989 Este lugar se llamaba, según PLINIO, VIII 186, Fíala, pues tenía la forma de aquella vasija (pátera en griego es *phiálē)*. Tales ofrendas, hechas en honor del Nilo (SÉNECA, *Cuestiones naturales* IVA 2, 7), se celebraban durante las fiestas de la crecida (DIODORO SÌCULO, I 36, 10; HELIODORO IX 9-10, 2). Este ritual fue reemplazado en época bizantina por el acto litúrgico de sumergir una cruz en el río (BONNEAU, *La crue du Nil*…, 401).

990 Nada de ello es real; pero la tradición de que durante estos días, que eran los siete primeros de la llegada de la crecida, los cocodrilos estaban inactivos, podría remontar al Imperio Nuevo (BONNEAU, *La crue du Nil*…, pág. 301).

991 Falso, pues posee una lengua muy corta, toda ella pegada a la parte inferior de la cavidad bucal. El error arranca de HERÓDOTO (II 68).

992 Este detalle anatómico, transmitido ya por HERÓDOTO (II 68), es real, aunque hasta el siglo XIX se dudó injustamente de la veracidad del mismo. Mueve también, ligeramente, la mandíbula inferior.

[993] Es decir, 8,9 m., aunque según PLINIO (VIII 89) medían como un metro menos, 18 codos. Para HERÓDOTO (II 68) tenían 17 codos, es decir, 7,5 m. ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XVII 6) refiere que en época de Psamético (siglo VII a. C.) se halló un cocodrilo de 25 codos (11,1 m), y un siglo más tarde, bajo Amasis, otro de 26 codos y cuatro palmos (11,8 m). Estas medidas responden a exageraciones, pues un cocodrilo del Nilo no suele superar los cinco metros.

[994] Un llamativo aspecto de la sabiduría animal que maravilló a PLUTARCO *(Moralia* 381B y 982C-D) y a ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* V 52), pues por él se guiaban los campesinos egipcios, si encontraban una puesta de cocodrilo, para calcular hasta dónde llegaría la crecida ese año.

[995] Mommsen se declaró incapaz de encontrar la fuente de Solino, pero este dato real lo tomó también de PLINIO (X 170).

[996] Ya HERÓDOTO (II 68) indicaba que esto lo hacía para regular su temperatura *(vid.* asimismo PLINIO, VIII 89).

[997] Nuestro autor recoge aquí otro dato que debía ser bien conocido por los cazadores. Esta información sobre la resistencia de la espalda y de la cola a los golpes de espada, lanza o flecha, figura en ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* X 24), en la descripción del Leviatán incluida en el Libro de Job (41, 18) y en TIMOTEO DE GAZA (41). En cualquier caso, los romanos pudieron saber desde antiguo cómo las escamas dorsales del cocodrilo repelían dardos y flechas: en el mosaico de Preneste con escenas del Nilo, de época de Sila, se aprecia cómo los hipopótamos están traspasados por las lanzas arrojadas desde una embarcación, mas no los cocodrilos.

[998] Se trata del llamado hoplóptero espolonero *(Hoplopterus spinosus)*, pájaro parecido al avefría, que tiene en el pliegue de las alas un espolón córneo. Es frecuente ver cómo el ave se introduce en la boca de los cocodrilos y la limpia meticulosamente, quitando los restos de comida que están entre sus dientes y los animales parásitos de las mandíbulas y encías, como las sanguijuelas (KELLER, *Die antike Tierwelt*, II, pág. 180; CAPPONI, *Ornithologia…*, págs. 468-469, 490-492). Desde que HERÓDOTO (II 68) describió esta forma de simbiosis, el hecho fue recogido por numerosos autores griegos y romanos.

[999] Responde a una antigua fábula extendida por Egipto, que fue recogida por los autores clásicos (DIODORO SÍCULO, I 87, 4-5; ESTRABÓN, XVII 1, 39 [C 812]; PLINIO, VIII 90; PLUTARCO, *Moralia* 966D; NICANDRO, *Teríaca* 201; OPIANO, *Cinegética* 407-432) y que se apoya en la constante hostilidad que muestran ambos animales, puesto que el icneumón —especie de mangosta o civeta— se alimenta no sólo de reptiles, pájaros y pequeños cuadrúpedos, sino también de huevos, y en especial de los del cocodrilo. PLUTARCO *(Moralia* 980D-E) y ELIANO *(Investigación sobre los animales* VIII 25) enriquecen la leyenda añadiendo que el hoplóptero, cuando ve al icneumón prepararse para su ataque, pone en guardia al cocodrilo mediante gritos y picotazos. Los códices de la familia III (SAP) redactan así este pasaje: «Si el enhidro, que es otro tipo de

icneumón, se percata…». El autor de esta variante, recogida por AMIANO MARCELINO (XXII 15, 19) e ISIDORO *(Etimologías* XII 2, 36), parece haber ideado una segunda fábula contaminada con el nombre de la *enhydris*, una culebra de agua con cuya grasa se frotaban los cazadores de cocodrilos de Denderah (PLINIO, VIII 92-93; XXX 21).

1000 Esta curiosa historia deriva probablemente del hecho cierto de que los delfines visitan con frecuencia las desembocaduras de los ríos. Tiberio Claudio Balbilo, prefecto de Egipto entre los años 55 y 59 d. C., describió en una obra geográfica (PETER, *HRR* II, pág. 107) la batalla que pudo presenciar en la boca Heracleótica del Nilo entre un grupo de delfines y otro de cocodrilos, que acabó con la victoria de los primeros gracias al empleo de esta estratagema arriba mencionada (SÉNECA, *Cuestiones naturales* IVa 2, 13-14, que la leyó en Balbilo; el relato fue luego extractado por PLINIO [VIII 91] y por Solino). Pero cabe también la posibilidad de que el tema de la lucha entre estos dos animales fuera una invención de los escritores «paradoxográficos» orientales, pues ARTEMIDORO (en ESTRABÓN, XV 1, 72 [C 719]) y CURCIO (VIII 9, 9) transmiten la noticia de un río Oidanes o Diardines donde convivían cocodrilos y delfines.

1001 Esto se contaba de los habitantes de Téntiris (Denderah), que no es una isla, sino una ciudad en la margen izquierda del Nilo. Los tentiritas pasaban por ser excelentes cazadores de cocodrilos: véase K. A. D. SMELIK, E. A. HEMELRIJK, «'Who knows not what monsters demented Egypt worships?' Opinions on Egyptian animal worship in Antiquity as part of the ancient conception of Egypt», en W. HAASE (ed.), *ANRW*, II 17.4, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 1965-1966. Esta reputación había dado lugar a historias exageradas: decíase que montaban fácilmente sobre estos grandes saurios y que introducían un palo entre sus fauces cuando los cocodrilos intentaban morderles; cogidos por esa especie de freno, los llevaban a la orilla y les obligaban a regurgitar a sus víctimas, para darles sepultura (SÉNECA, *Cuestiones naturales* IVa 2, 15; PLINIO, VIII 92-93; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* X 21 y 24). En Roma, los tentiritas llegaron a actuar como domadores de cocodrilos (ESTRABÓN, XVII 1, 44 [C 814-815]), aunque tal vez trabajaban con falsos gaviales.

1002 HERÓDOTO (II 68) aseguraba que el cocodrilo no veía absolutamente nada en el agua y que nadaba a ciegas, lo que ya fue corregido por ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* II 503a) afirmando que veían débilmente. PLUTARCO *(Morales* 381B) se acerca más a la realidad cuando escribe que se ayuda bajo el agua de una membrana transparente que le recubre el ojo.

1003 Esta falsa idea deriva de HERÓDOTO (II 68), puesto que los cocodrilos siguen cazando en esa época. La cifra de cuatro meses coincide con la duración atribuida a una de las tres estaciones en que los egipcios dividían el año. Por su parte, ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* X 21) reduce caprichosamente el período de dieta a 60 días, para acomodarlo a otros supuestos hábitos del cocodrilo.

1004 El escinco del que habla Solino, siguiendo a PLINIO (VIII 91), es el varano del Nilo *(Varanus niloticus)*, un tipo de cocodrilo terrestre que alcanza un tamaño ligeramente superior a un metro. Sin embargo, la información referente a la eficacia de

este reptil como medicamento no es correcta, pues el escinco usado en la farmacopea antigua, bien que su empleo ha perdurado hasta fechas muy recientes, fue el *Scincus officinalis*, un lagarto de unos 20 cm. PLINIO (VIII 91; XXVIII 119-120) señala las principales virtudes del escinco/lagarto que llegaba a Roma conservado en sal: se preparaban con él multitud de brebajes, pues era reputado especialmente como afrodisíaco si se mezclaba con un tipo de orquídea, con granos de jaramago, con mirra o con pimienta. También se recetaba para combatir ciertas enfermedades e intoxicaciones (GALENO, XII 341 KÜHN; DIOSCÓRIDES, *Sobre materia médica* II 66; 71; 96; PLINIO, XXXII 43), y era ingrediente obligado en todos los buenos antídotos para curar el veneno de las flechas.

1005 Esta descripción anatómica, que en lo esencial remonta a HERÓDOTO (II 71), no es demasiado afortunada y hace pensar en que fueron atribuidos al animal ciertos elementos que casan mejor con el ñu que con el hipopótamo. Solino la toma de PLINIO (VIII 95), cuya fuente ya había incorporado la información de ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* II 502a) de que poseía el rabo igual que el de un puerco, pero modifica ese último dato dejándolo en cola retorcida, tal vez porque tuvo ocasión de comprobar en Roma que no era exactamente así.

1006 Los destrozos provenían tanto de su voracidad como de la costumbre de revolcarse por el suelo, igual que los jabalíes, elefantes o rinocerontes. En una sola noche era capaz de arrasar toda una plantación. Ésta es la razón de que en el antiguo Egipto los agricultores le hubiesen declarado la guerra, lo que dio a su vez lugar al surgimiento de fábulas sobre las argucias del animal. De hecho, en época romana los hipopótamos llegaron a desaparecer de Egipto, acosados tanto por los campesinos como por los cazadores: el cuero, los dientes, la grasa, los testículos y la sangre fueron mercancías solicitadas (PLINIO, VIII 95; XXVIII 121). Solino sabía —dato que no figura en Plinio— que el hipopótamo pasa el día en el río y que de noche sale a pastar *(vid.* DIODORO SÍCULO, I 35, 9).

1007 Es otra historia fantástica, que indujo a PLINIO (VIII 96; XI 227; XXVIII 121) a saludar al hipopótamo como un auténtico maestro en el arte de sangrarse. El origen de la leyenda es, seguramente, egipcio, y podría obedecer al deseo de explicar las numerosas cicatrices que el animal luce habitualmente en su piel debido al género de vida que lleva.

1008 Marco Emilio Escauro, durante los espléndidos juegos que ofreció en el año 58 a. C. con motivo de ocupar el cargo de edil curul. En realidad, trajo un solo hipopótamo y cinco cocodrilos, para los que se preparó una balsa especial (PLINIO, VIII 96) *(vid. infra*, nota 1072).

1009 Era conocida la costumbre de la ibis de alimentarse con todo tipo de serpientes, en particular las venenosas, así como con escorpiones, langostas y orugas (CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* I 101; PLUTARCO, *Moralia* 381C; JUVENAL, *Sátiras* XV 3; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* X 29; EUSEBIO, *Preparación evangélica* II 1, 38). De semejante hábito pudo crearse esta idea de la hostilidad especial hacia los huevos de los reptiles, que Solino es el primero en testimoniar y de la que

encontramos asimismo eco en la fuente que inspiró los escolios a Juvenal *(vid.* la glosa del *Cod. Leid, b.*, pág. 82, al escolio de JUVENAL, XV 3, donde se afirma que «devora los huevos del cocodrilo, de los que nace el basilisco»). De Solino tomaron la noticia AMIANO MARCELINO (XXII 15, 25) e ISIDORO *(Etimologías* XII 7, 33).

1010 Esta narración fantástica relativa a la ibis negra arranca de HERÓDOTO (II 75-76). ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* I 490a) daba como país de origen Etiopía, y MEGÁSTENES *(FGrHist* 715 F 21 a y c) hablaba de la existencia de serpientes nocturnas aladas en la India. ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* II 38) concilia ambas tradiciones cuando atribuye a las ibis negras el exterminio de los reptiles que volaban desde Arabia, y a las ibis blancas el de los que llegaban, durante la crecida del Nilo, de Etiopía. Se han dado diversas explicaciones racionales a esta vieja fábula: serían plagas de langosta (que invaden el África desde Arabia, llegando a formar enjambres que cubren más de 300 km^2), dragones voladores *(Draco volans)* de India, vientos ardientes y tormentas de arena, confusión de fósiles con huesos de serpientes aladas, etc.: *vid.* H. GOSSEN, A. STEIER, *RE* XI 2, 1964-1965, s.v. *Krokodile und Eidechsen;* A. S. PEASE, *M. Tulli Ciceronis 'De Natura Deorum*', I, Harvard, 1955, págs. 469-470, comentario a I 101. Acerca del carácter sagrado de la ibis en el antiguo Egipto puede verse G. ROEDER, *RE* IV 1, 811-814, s.v. *Ibis;* M. WEBER, *RAC* 17 (1996), 110-119, s.v. *Ibis*.

1011 Tal era, al parecer, la creencia general, y se pensaba asimismo que copulaban con el pico, según transmite ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* X 29). Esta doctrina había sido defendida por Anaxágoras y otros físicos (naturalistas) a propósito de los cuervos y de las ibis pero fue luego refutada por ARISTÓTELES *(Reproducción de los animales* III 756b), cuya opinión siguió PLINIO (X 32).

1012 La ibis egipcia *(Ibis religiosa)* es toda blanca, con algunas manchas negras en la cabeza y en la cola. Es por ello posible que durante la Antigüedad existiera otro tipo de ibis completamente negra en los alrededores de Pelusio, al que aluden HERÓDOTO (II 76), ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* IX 617b) y PLINIO (X 87).

1013 Es el sicomoro *(Ficus sycomorus)*, también conocido como «higuera de Egipto» o «morera de Egipto».

1014 Se solían practicar incisiones con unos garfios de hierro en los higos, lo que permitía su maduración completa en cuatro días, y al ser reemplazados por otros se lograban siete cosechas por verano. Pero incluso sin proceder a esta operación el sicomoro producía cuatro cosechas anuales (TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IV 2, 1; PLINIO, XIII 56-57).

1015 Sobre la utilidad y aplicaciones de la madera de sicomoro y la costumbre de tenerla en lagunas o estanques después de cortada, *vid.* TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IV 2, 2, y PLINIO, XIII 57. Esta madera se tenía por incorruptible; con ella se hicieron los sarcófagos egipcios.

1016 Del griego *ádipsos*, «que no tiene o que no produce sed».

1017 Se sabe que con los frutos del datilero *(Phoenix dactylifera)* se preparaba una

cocción para calmar la sed; pero existía la idea de que los dátiles frescos y maduros causaban dolor de cabeza y ebriedad, por lo que se recomendaba comerlos secos (PLINIO, XXIII 97).

1018 Este era el nombre griego de la «zona tórrida», *zṓnē diakekauménē* (o, simplemente, *kekauménē* = Cecáumene), zona que se extendía en torno a la tierra al otro lado del círculo invernal. En latín se conocía como *usta plaga* o *zona perusta*. El suelo estaba allí quemado, no producía frutos ni permitía asentamientos humanos: *vid.* K. ABEL, *RE* Suppl. XIV, 989-1188, s.v. *Zṓnē*.

1019 Solino se refiere al llamado Gran Año por los astrónomos y filósofos griegos, y Año Máximo por Aristóteles. Era el período de tiempo necesario para que los puntos equinocciales cruzasen las doce constelaciones del zodíaco, recorriendo 360°, hasta regresar a su posición original *(vid. infra*, SOLINO 33, 12-13). El nombre de Gran Año, tal como expuso Beroso, se basaba en la idea de que la eternidad del universo se descomponía en una serie de ciclos que reproducían los mismos fenómenos y estaban dotados de un invierno y de un verano cósmicos.

1020 Desconocemos de dónde pudo extraer Solino esta información, probablemente del escrito «paradoxográfico», que también compilaba relatos sobre la cultura egipcia. PLINIO (II 107), PLUTARCO *(Moralia* 974F) y ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* VII 8) refieren que el antílope *oryx* reconocía con un grito el verdadero día y hora en que empezaba el año Sotíaco (es decir, el comienzo de la canícula con la salida de Sirio); Plutarco y Eliano añaden que, según comentaban los libios, entre ellos las cabras señalaban con precisión matemática, mirando hacia el este, el comienzo de ese mismo período anual. Este último dato deriva de LICO DE REGIO *(FGrHist* 570 F 13), el cual escribió que durante la noche anterior a la salida de Sirio las ovejas no dormían al azar, sino que se echaban todas con la cabeza orientada hacia el astro, y esta actitud servía a los indígenas para reconocer el momento del año.

1021 Esta noticia remonta a HERÓDOTO (II 142), que fue informado por los sacerdotes egipcios de que durante un ciclo de 11.340 años el sol había cambiado cuatro veces de sitio (en dos ocasiones salió por el oeste, y en otras dos se puso por el este). POMPONIO MELA (I 59) compiló aquel dato asegurando que, desde la existencia de los egipcios, las estrellas habían invertido su curso cuatro veces y que el sol ya se había puesto en dos ocasiones por donde ahora nace; en este último pasaje pudo inspirarse, sin duda, Solino. No obstante, conviene recordar que el mito de Atreo contenía el tema del cambio de curso del sol, que habría retrocedido espantado ante el impío banquete celebrado con la carne de los hijos de Tiestes. Esta peripecia se halla mencionada en numerosos autores griegos y latinos, y fue además racionalizada por algunos: PLATÓN *(Político* 269a) escribe que, en vida de Atreo, por donde ahora sale el sol es el mismo lugar donde entonces se ponía, mientras que salía por el lado opuesto, y que en aquella ocasión fue precisamente cuando una divinidad modificó su curso para dejarlo en la forma actual. Otra variante de esta tradición, representada por POLIBIO (XXXIV 2, 5) y LUCIANO *(Sobre la astrologia* 12), calificaba a Atreo como un gran conocedor de los

fenómenos celestes capaz de descubrir que el movimiento del sol era opuesto al del cielo, pues lo que parecen ocasos, que son ocasos del firmamento, constituían realmente salidas del sol.

1022 Era la ciudad de las 100 puertas, tal como figura en unos versos interpolados de HOMERO *(Iliada* IX 382-384); esta cifra la recogen POMPONIO MELA (I 60) y PLINIO (V 60). En cambio, DIODORO SÍCULO (I 45, 7) escribe que no se trataba de puertas, sino de pórticos, y explica que el número de cien tan sólo significa que eran muchos. La tradición predicaba que cada una de ellas permitía el paso de doscientos guerreros con sus caballos y carros.

1023 Esta región, conocida propiamente como la Tebaida, fue un territorio administrativo homogéneo desde época ptolemaica y mantuvo un rango singular tras la reforma de Augusto.

1024 Memnón es el mítico rey de Etiopía cantado en los poemas épicos, a quien la tradición tardía adjudicaba reino y sepultura en Egipto. Lo que PLINIO (V 60) y Solino llaman palacio era un templo real levantado por Seti I y Ramsés II, semejante al *Memnonium* de Tebas (ESTRABÓN, XVII 1, 42 [C 813]). El santuario de Osiris en Abidos lo menciona también ESTRABÓN (XVII 1, 44 [C 814]). Sus ruinas se han conservado.

1025 Es decir, en el período 332-328 a C. La fecha exacta de la fundación de la ciudad por Alejandro Magno es a comienzos del año 331: cf. P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, I. *Text*, Oxford, 1972, págs. 3-4.

1026 El dato es falso, porque Papirio y Petelio fueron los cónsules del año 326 a. C., pero no es menos cierto que toda esta información (32, 42) falta en una serie de códices y que Mommsen decidió mantenerlo como auténtico por pensar que tenía más probabilidad de ser parte del original que una glosa. La fuente de este pasaje, o nuestro propio autor, fallaron aquí estrepitosamente: la fecha olímpica es correcta, pues la olimpiada 112, 2 equivale al 330 a. C., cuando fueron cónsules Lucio Papirio Craso y Lucio Plaucio Vénnox. Pero se comete el mismo error que en TITO LIVIO, VIII 24, 1, a saber, que por similitud de nombres señala como cónsules a Lucio Papirio Cursor y Gayo Petelio Libo, que lo fueron en el 326 a. C.

1027 Faro era propiamente una isla situada frente a Alejandría, a la que quedó unida mediante un puente, en la que el arquitecto Sóstrato de Cnido levantó a comienzos del siglo III a. C. la famosa torre de señales que recibió el mismo nombre que la isla: *vid*. P. PERDRIZET, «Sostrate de Cnide, architecte du Phare», *Revue des Études Anciennes* 1 (1899), 261-272; FRASER, *Ptolemaic Alexandria*. I, 18-20; II, págs. 48-52. César tomó la isla, que estaba bien protegida con defensas y muros, a finales del 48 a C., durante el *Bellum Alexandrinum* (CÉSAR, *Guerra alejandrina* 17-19), y levantó allí un fortín en el que dejó una guarnición. Es posible que aquel grupo militar quedase instalado en la isla de forma fija, como las primitivas «colonias marítimas» romanas, dando lugar a atribuir a César la fundación de una colonia en Faro.

1028 Esta curiosa noticia figura por vez primera en HIGINIO *(Relatos míticos*

CCXXIII), al hablar de las siete maravillas del mundo: *pyramides, quarum umbra non videtur*. Solino pudo quizá tomarla del escrito «paradoxográfico» que manejó; y sin embargo, era muy famosa la anécdota de que Tales de Mileto había calculado la altura de la pirámide basándose en la medición de su sombra (JERÓNIMO DE RODAS en DIOGENES LAERCIO, I 27; PLINIO, XXXVI 28; PLUTARCO, *Obras morales* 147 A). Seguramente, la idea se gestó después de haber comprobado que, en los alrededores de Siena, durante el solsticio de verano las pequeñas pirámides no daban sombra a mediodía por hallarse el sol en la vertical *(vid. infra*, nota 1057). Como ya dijimos en la Introducción (nota 126), el cosmógrafo francés André Thevet aún admitía en 1575 la veracidad de esta información: *ainsi outrepassans* (sc. *les Pyramides) la mesure de l'ombre, n'ont aussi presque comme point d'ombre*. Por lo demás, la historia fácilmente circularía como una información admisible, puesto que se acomodaba a las supersticiones antiguas. De creer a POLIBIO (XVI 12, 7-9), Teopompo de Quíos no habría tenido inconveniente en admitir que dentro del templo de Zeus Liceo en Arcadia los cuerpos expuestos a la luz no arrojaban sombra; la misma información está recogida en otras fuentes (PAUSANIAS, VIII, 38, 6; PLUTARCO, *Obras morales* 300 C; Escolio a CALÍMACO, *Himnos*, I 13 [p. 42 PFEIFFER]).

1029 Entras es el epónimo del Mar Eritreo o Mar Rojo según una tradición que arrancaba de NEARCO *(FGrHist* 133 F 27 y 31) y de ORTÁGORAS *(FGrHist* 713 F 5). Para las fuentes persas había sido un personaje de su raza el que dio nombre a este mar, mas algunos autores griegos, como DINIAS DE ARGOS *(FGrHist* 306 F 7), lo transformaron en un hijo de Perseo y Andrómeda, nacido en Etiopía. Pero la explicación de que la denominación del mar provenía del color rojo de sus aguas gozaba también de crédito (véase PLINIO VI 107).

1030 Probablemente, estos pasajes de Varrón que cita Solino pertenecieron a aquella obra *De ora maritima* que nuestro autor ya utilizara antes (por ejemplo, en 11, 8). El exotismo de ciertas fuentes o ríos, con capacidad para modificar el color de las lanas, es un lugar común que ya hemos encontrado antes (en la descripción de Sicilia).

1031 Hubo varias ciudades de este nombre, pero el emplazamiento a que podría aludir Solino es una ciudad portuaria fundada por Ptolomeo II Filadelfo para honrar a su hermana Arsínoe, cuyas ruinas están en las cercanías de Clusma-Suez: *vid*. W. W. TARN, «Ptolemy II and Arabia», *Journal of Egyptian Archaeology* 15 (1929), 9-25; H. KORTENBEUTEL, *Der ägyptische Süd- und Osthandel in der Politik der Ptolemaër und römischen Kaiser*, Berlín, 1931, págs. 25 s.; CL. PREAUX, «Sur les comunications de l'Éthiopie avec l'Égypte hellénistique», *Chronique d'Égypte* 27 (1952), 270 s.; G. LONGEGA, *Arsinoe II*, Roma, 1968, págs. 115 s.

1032 Se alzaba en la frontera entre Arabia y Egipto, era un cerro cerca de la actual Mehemdiah, junto al lago Sirbonis (El Kas). Al igual que en el monte Casio de Seleucia, allí se veneraba a Zeus Casio, que habría perseguido hasta esa cima a Tifón y combatido luego con el monstruo.

1033 Pues *skēnḗ* significa, en griego, «tienda». Se llamaba «escenita» *(skēnítēs)* al

nómada que vivía a cubierto de la tienda; este nombre definía al conjunto de los árabes desde Mesopotamia hasta Siria: *vid.* P. BRIANT, *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien*, París, 1982, págs. 126-128.

1034 Se daba el calificativo de cilicio a aquellos tejidos bastos (mantas, centones, cobertores) confeccionados con el pelo de las cabras de Cilicia. Por extensión, pasó a denominar cualquier tela o vestido grosero realizado con fibras de cabra.

1035 Como ya había advertido ERATÓSTENES (en ESTRABÓN, XVI 4, 2 [C 768]), y recoge también PLINIO (VIII 212), el cerdo no existía en Arabia, lo que constituye una simple medida ecológica *(vid.* M. HARRIS, *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura*, Madrid, 1980, 37-47). Solino añade la idea de algún «paradoxógrafo» sobre la incompatibilidad absoluta del animal con aquel territorio.

1036 La Arabia Feliz: en griego, *Arabía Eudaímōn;* en la nomenclatura romana, *Arabia Beata o Arabia Felix*. Era la parte de la península comprendida al sur de la llamada *Arabia Deserta*. Ptolomeo introdujo una tercera denominación, la de *Arabia Petraea*, para aludir al territorio de los nabateos.

1037 Es probable que, como certeramente apuntó Mommsen, este pasaje no se conserve completo. Efectivamente, en el modelo de Solino, que fue PLINIO (VI 138), se dice: «la ciudad de Cárax….. ocupa una eminencia artificial en la confluencia del Tigris, por la derecha, y del Euleo, por la izquierda». Convendría, así pues, suplir el pasaje soliniano de la siguiente forma: «Cárax ocupa una eminencia artificial…» El Euleo es el antiguo Ulai, río del Elam, que estaba unido por un canal al Tigris; hoy es el Karun.

1038 Este detalle se daba como testimonio de las refinadas costumbres de los monarcas persas. PLINIO (VI 135) dice que la llevaban consigo a todas partes, y ESTRABÓN (XV 3, 22 [C 735]) alega como prueba de su ligereza que una «cotila» ática de este río pesaba una dracma menos que cualquier otra agua. Sin embargo, los reyes persas también bebían el agua del río Coaspes *(vid. infra*, SOLINO, 37, 6).

1039 Más correctamente Adramitas, hoy Hadramaut o Hadramut; en realidad, durante los primeros siglos antes de nuestra era ocuparon la parte suroccidental de Arabia.

1040 Que la región productora de incienso se llamase Arabia (y que esa voz significase, en árabe, sagrado) es algo que figura sólo en este lugar y en ISIDORO *(Etimologías* XIV 3, 15), que lo tomó de nuestro autor. El problema radica en que la fuente de Solino para dicho pasaje fue PLINIO (XII 52), y en la tradición manuscrita de la *Historia Natural* figuran tres variantes: Sariba, Saba, Arabia. Para elevar aún más la dificultad, Plinio asegura que el nombre (¿cuál de los tres?) de esa región se traduce, en griego, como «misterio». Cabría pensar que se trató de la antigua ciudad de Marib (Mariba o Mariaba), capital de los sabeos, a 10 días del Mar Rojo, que fue una importante ciudad caravanera.

1041 Solino recuerda aquí lo que antes teorizó sobre comunidad de mujeres entre pueblos africanos.

1042 Los miembros de estas familias eran, según PLINIO (XII 54), tres mil, y el apelativo de sagrados quizá proviniera bien de la pureza ritual que debían guardar varias veces al año, bien del hecho de que al árbol del incienso se le atribuía un carácter animado de origen divino. La primitiva creencia en el contagio impuro que se derivaba de la muerte y del comercio carnal obligaba, entre algunos pueblos antiguos, a apartarse ritualmente de ambas realidades en épocas de guerra, de caza, de pesca o de recolección: véase E. FEHRLE, *Die kultische Keuschheit im Altertum* (RGVV VI), Giessen, 1910, págs. 31-32, 40; DELATTE, *Herbarius*…, págs. 75-77.

1043 Esta obra perdida de Juba II de Mauritania, que versaba sobre Arabia, era seguramente una compilación redactada para preparar la expedición arábiga de Gayo César en los años 1 al 4 d. C.; contenía bastantes datos históricos y geográficos, así como numerosas digresiones de carácter científico y etnográfico: *vid*. F. JACOBY, *FGrHist* III a (Nr. 262-296 Kommentar), 326-327 (comentario a *FGrHist* 275).

1044 La *Boswellia Carterii*, de donde se obtiene el incienso, es un árbol de dos a tres metros de altura con fuerte tronco y ramas cercanas al suelo, por lo que parece un arbusto. Las fuentes antiguas dicen que al comienzo del verano se efectuaban incisiones en el tronco y ramas; el árbol desprendía una gomorresina que en parte quedaba colgando, en forma de gotas o de estalactitas, y en parte caía a tierra, por lo que colocaban debajo hojas de palmera o apisonaban el suelo firmemente. El incienso ya seco, blanco y de gran calidad, se recogía en otoño. Ésta era la cosecha tradicional, pues cuando la demanda aumentó se hacía una segunda operación, sajando el árbol en invierno y recogiendo en primavera; este incienso era rojizo y de peor clase (TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IX 1, 6; 4, 1-4; PLINIO, XII 55-61). El incienso era otro producto comercializado en todo el mundo romano: MILLER, *The spice trade*…, págs. 102-104; RASCHKE, «New Studies…», págs. 652, 910 (nn. 1050-1052), 1237.

1045 Son 2,2 m. La *Commifora abyssinica* es, sin embargo, más pequeña, pues no crece a lo alto, sino que lo hace como el chaparro; el detalle de las hojas tampoco es correcto, pues éstas son similares a las del olmo. También la mirra se exportaba a Roma: G. W. VAN BEEK, «Frankincense and Myrrh in Ancient South Arabia», *Journ. of the Amer. Oriental Society* 78 (1958), 141-152; MILLER, *The spice trade*…, págs. 104-105. Era comercializada en la Arabia meridional por los gebanitas, los sabeos, los adramitas, los dusarenos, las poblaciones de Citíbena y de Mamala o Mesala; incluso se vendía la variedad llamada troglodítica, que traían desde Abisinia, según refieren TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IX 4, 2 y 5, y PLINIO, XII 66; 68-70.

1046 Lo cierto es que los árabes usaban la leña del estoraque, según PLINIO (XII 81), sólo para eliminar de sus viviendas el olor del incienso y de la mirra, que a la larga acababa por ser enojoso. El estoraque *(Styrax officinalis)* es un árbol parecido al membrillo, del que se obtenía también una gomorresina bastante apreciada en la Antigüedad; la mayor producción se daba en Siria.

1047 La descripción sobre este mítico animal difiere de la más antigua de HERÓDOTO

(II 73), que habla sólo de plumas rojas y doradas en las alas, mas responde en todos los detalles a la del faisán dorado.

1048 Esta cifra figura sólo en un pasaje de PLINIO (X 4), basado en un poema de Manilio, y aquí en Solino, y parece hallarse en relación con el período de 1.080 años utilizado en las especulaciones astronómicas. La cifra más frecuente fue la de 500 años, pero no faltan otras como la de 654, o la de 1.000 años. Las más acordes con la tradición egipcia son las que mencionan un tiempo de vida igual a la duración del período sotíaco de 1.461 años o las que fueron calculadas respecto a una de las varias cifras del gran año (7.006, 12.954 años): *vid.* J. HUBAUX, M. LEROY, *Le mythe du Phénix dans les littératures grecque et latine*, Lieja, 1939, págs. 15-18; A. RUSCH, *RE* XX 1,415, s.v. *Phoinix* (5); M. WALLA, *Der Vogel Phoenix in der antiken Literatur und der Dichtung des Laktanz* (Dissert. Univ. Wien), Viena, 1969, págs. 41-50; R. VAN DEN BROEK, *The Myth of the Phoenix* (EPRO, 24), Leiden, 1972, págs. 67 ss.; A. STROBEL, «Weltenjahr, große Konjunktion und Messiasstern. Ein themageschichtlicher Überblick», en W. HAASE (ed.), *ANRW*, II 20. 2, Berlín-Nueva York, 1987, págs. 1112-1113.

1049 Sobre la leyenda del fénix y la recolección de especias, *vid.* HUBAUX, LEROY, *Le mythe du Phénix*..., 68 ss.; DETIENNE, *Los jardines de Adonis,* 90-97. Solino sigue una versión distinta a Manilio y Plinio, pues éstos pretendían que, muerto el fénix en su nido de canelo e incienso, de sus huesos y tuétanos nacía un nuevo pájaro que llevaba el nido entero hasta Heliópolis. Panquea era una imaginaria isla de Arabia y no una localidad cerca de Heliópolis: Y. VERNIÈRE, «Iles mythiques chez Diodore de Sicile», en F. JOUAN, B. DEFORGE (eds.), *Peuples et pays mythiques,* París, 1988, págs. 164-166. En este pasaje parecen haberse conciliado, dentro de la localización egipcio-arábiga del mito (pues existen una variante etiópica y otra india), dos datos de diferente origen.

1050 La cifra de 540 años no es sino la cuarta parte de 2.160, número que correspondía a la duración de una edad zodiacal. La cifra de 12.954 años fue dada por Cicerón en el *Hortensio*, como nos transmiten TÁCITO *(Diálogo sobre los oradores* XVI 7) y SERVIO *(Coment, a Virgilio, Eneida* I 269; III 284). Según GINZEL, *Handbuch der math. und techn. Chronologie*..., I, pág. 194, tanto este guarismo como el período de 36.525 años, mencionado en la cronografía del escritor bizantino Jorge Sincelo, podrían haberse obtenido mediante cálculos con los 365 años y dos meses y medio del verdadero gran año o con los 1.461 del período sotíaco (cuatro veces el gran año: 365,25 x 4 = 1.461 / 1.461 x 25 = 36.525). STROBEL, «Weltenjahr, große Konjunktion und Messiasstern…», 1.041-1.042, considera, en cambio, que la información sobre los 12.954 años la tomó Cicerón directamente de Beroso y que contiene una deformación o acortamiento de la cifra 12.960, obtenida sobre el cálculo babilonio de un período de 12.960.000 años (60^4) relacionado con las órbitas planetarias de Júpiter y Saturno. Lo más probable, sin embargo, es que ese número ciceroniano represente la mitad de un gran año mayor, que no consta de 25.908 años, como señala BRIND' AMOUR, «L'Origine des Jeux Séculaires…», págs. 1337-1338, sino de 25.920 años: éste es el período de tiempo necesario para que el cielo recupere su posición original después de haberse

desviado progresivamente a consecuencia de la precesión de los equinoccios, que tardan 72 años en recorrer un grado; véase W. O. MOELLER, *The Mithraic Origin…*, págs. 27 s.; *idem*, «Antediluvian King Lists», en W. J. CHERF (ed.), *Alpha to omega. Studies in Honor of George John Szemler*, Chicago, 1993, pag. 165. La realidad es que Cicerón tomó un dato ligeramente alterado, pues la cifra correcta debía ser 12.960, aunque el verdadero problema radica en averiguar la identidad de las fuentes que llegase a manejar, que fueron sin duda de calidad. El verdadero gran año mayor, dividido por las 12 constelaciones (1 = 30°), arroja un período de 2.160 años, cuya cuarta parte es el «gran año» de 540 años.

1051 En el año 36 d. C.

1052 Espacio abierto en la parte oriental del Foro, delante de la Curia.

1053 En el 47 d. C. Ésta sería la octava y última vez en que se creyó haber visto al fénix; las otras siete fueron: en el siglo XV a. C., en el 608, a mediados del siglo VI, hacia el 311, en la segunda mitad del siglo III, en el 34 d. C. y en el 36; cf. GINZEL, *Handbuch der math, und techn. Chronologie…*, I, 178, 1. Claudio se aprovechó de esta exposición del fénix en Roma y la utilizó como símbolo de la renovación de su principado *(renovatio temporum)* y paradigma del comienzo de una época de felicidad: *vid.* J.-P. MARTIN, *Providentia Deorum. Recherches sur certains aspects religieux du pouvoir impérial Roman* (Collection de l'École Française de Rome, 61), Roma, 1982, págs. 166-168.

1054 Especie de diario o periódico local publicado en Roma, las *acta Urbis* (también conocidas como *acta populi, acta diurna* o *acta publica)* se compusieron desde el año 58 a. C. hasta el siglo III d. C. y contenían infinidad de noticias relativas al Estado, a la familia del Emperador y a los más destacados círculos sociales, junto a otros asuntos más triviales o puras curiosidades (H. PETER, *Geschichtliche Literatur über die römische Kaiserzeit bis Theodosius I und ihre Quellen*, I, Leipzig, 1897, págs. 212-217; P. WHITE, «Julius Caesar and the Publication of Acta in Late Republican Rome», *Chiron* 27 [1997], 73-84). Sin embargo, Solino olvida advertir al lector de un detalle que sí señala PLINIO (X 5): todos creyeron que se trataba de un falso fénix.

1055 Estos pájaros fantásticos, a los que PLINIO (X 97) y Solino dan el nombre de cinamolgo, eran mencionados ya por HERÓDOTO (III 111) para explicar cómo los árabes obtenían la canela de cinamomo; *vid.* asimismo ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* IX 616 a; ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 43 GIANNINI; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* II 34; XVII 21. Su nombre latino correcto debía ser *cinnamol⟨o⟩gus* («cinamólogo», recogedor del cinamomo; *vid.* ANDRÉ, *Les noms d'oiseaux…*, págs. 56-57; CAPPONI, *Ornithologia…*, págs. 164-166). Y en realidad, los caracteres atribuidos al cinamolgo no son más que un conjunto de datos que, en la versión original, se referían al ave fénix misma, como han puesto de relieve HUBAUX y LEROY, *Le mythe du Phénix…*, págs. 69-76. Por lo demás, todas estas historias maravillosas pertenecen a la mitología antigua del País de los Aromas (DETIENNE, *Los jardines de Adonis*, págs. 72-90) y reflejan los esfuerzos por cubrir con un halo de misterio la procedencia de los productos aromáticos (del árbol del incienso

también relataba HERÓDOTO, III 107, que era custodiado por serpientes aladas) y aumentar su precio (PLINIO, XII 82). Estas especias no se producían ni en Arabia ni en Etiopía (como quería PLINIO, XII 85-87), sino que durante toda la Antigüedad se importaron desde India y Ceilán; embarcadas en los puertos del Índico, alcanzaba Egipto, Siria y el resto del Mediterráneo *(vid. supra*, nota 938).

1056 La habilidad de los árabes para el comercio y la riqueza se había convertido en un dato proverbial, que se refleja tanto en los escritos bíblicos como en la literatura griega y romana. La mención de los bosques apunta al incienso, la del mar a las perlas que exportaban.

1057 Esta interesante noticia sobre los «anfiscios» (¿o quizá sobre los heteroscios?) deriva de LUCANO (III 247-248), quien afirmó que los árabes, al llegar a un territorio que les era desconocido, quedaron admirados de que la sombra de los árboles no aparecía por el lado izquierdo (se sobrentiende que a mediodía y situándose de cara al oriente), es decir, de que las sombras no iban hacia el lado del norte. Aquí subyacen, sin duda, observaciones geográficas muy antiguas sobre las zonas templadas y la variación del ángulo del sol durante una parte del año (A. BOURGERY, «La géographie dans Lucain», *Rev. de Philologie* 54 [1928], 25-40). Ya desde época helenística era bien conocido el fenómeno del desplazamiento relativo de las sombras, en particular dentro de las zonas tórridas de África y de la India. Bastantes escritores habían divulgado la noticia de que en Siena (Egipto), cerca del ecuador, en el solsticio de verano el sol se hallaba en la vertical de los objetos y no daba sombra, iluminando incluso por completo el fondo de los pozos, mientras que en Berenice y Ptolemaida, ciudades más alejadas de la línea ecuatorial, durante noventa días al año —cuarenta y cinco antes y cuarenta y cinco después del solsticio de verano— las sombras se proyectaban en dirección al sur: véase en particular, respecto a los «anfiscios», ESTRABÓN, II 1, 19 (C 76); 2, 2 (C 95); 5, 43 (C 135-136); XVII 1, 48 (C 817); DIODORO SÍCULO, III 41, 1; LUCANO, II 587; IX 538-539; POMPONIO MELA, III 61; PLINIO, II 184-185; ARRIANO, *Anábasis de Alejandro* VIII 25, 4-8. Existía asimismo constancia de que en la zona templada meridional, más allá del trópico de Capricornio, los objetos proyectaban su sombra de modo opuesto, siempre hacia el lado del sur; y como presentaban esa diferencia respecto al hemisferio boreal (que poseía sombra simple y continua en dirección al norte), aquellos lejanos territorios se denominaron heteroscios (ESTRABÓN, II 5, 37 [C 133]). Sobre toda esta serie de cuestiones, que resultaban cruciales para los cálculos gnomónicos aplicados a la construcción de cuadrantes solares según la latitud del lugar y la ecuación del tiempo, merece consultarse G. KAUFFMANN, *RE* II 2, cols. 1615-1622, s.v. *Áskioi; vid.* asimismo *infra*, nota 1322. Solino, sin embargo, manteniendo la veracidad de los hechos, modificó la información de Lucano desde el momento en que sitúa al observador de cara a occidente. Probablemente utilizó algún escrito «paradoxográfico» que ampliaba la noticia, aunque sin suministrar mayores explicaciones.

1058 Esta noticia es errónea y deriva de una mala interpretación de PLINIO (VI 168-169). Solino creyó que el parágrafo 169 del libro VI seguía refiriéndose a Arabia, cuando

lo cierto es que Plinio habla de una tribu de la región egipcia troglodítica, la de los candeos, que vivían junto al Mar Rojo y eran conocidos como «ofiófagos» por su costumbre de alimentarse con serpientes.

1059 Remembranza de la famosa historia del anillo-sello del tirano Polícrates de Samos. Sin embargo, la piedra engastada en aquel anillo, que había sido pulida y tallada por Teodoro de Samos, era una esmeralda (HERÓDOTO, III 41-42; ESTRABÓN, XIV 1, 16 [C 638]; PAUSANIAS, VIII 14, 8). Solamente PLINIO (XXXVII 4) pretendió que una piedra sardónice colocada en un cuerno de oro, el cual había sido ofrecido al templo de la Concordia por Livia, esposa de Augusto, era la misma gema que antaño luciese el anillo de Polícrates.

1060 Se utilizaban amuletos de malaquita para proteger a los niños de daños y enfermedades (PLINIO, XXXVII 114), un uso que ha perdurado en ciertas zonas de Europa: SELIGMANN, *Die magischen Heil- und Schutzmittel…*, pág. 261.

1061 En una isla que distaba unos 90 km de Berenice (Bender el-Kebir); *vid.* PLINIO, XXXVII 136.

1062 Podría tratarse tanto del cristal de roca como de un tipo de cuarzo, que descomponen la luz. Se creía que esta piedra, llevada en la mano, ayudaba al demandante en los procesos (DAMIGERÓN-ÉVAX, 39).

1063 El nombre de esta piedra proviene del griego *androdámas*, que significa «domadora de hombres». Fue, quizá, algún tipo de pirita usado como talismán: según PLINIO (XXXVII 144), fueron los magos quienes le atribuyeron esos efectos sobre el comportamiento.

1064 La arábiga o piedra arábiga también se recomendaba, en polvo, para combatir las hemorroides y como dentífrico (PLINIO, XXXVI 153). No se conoce a qué corresponde.

1065 Su nombre es de origen griego *(paidérōs)*. Parece ser una clase de ópalo rojo, frecuente en Arabia y Egipto (PLINIO, XXXVII 84; 129), aunque el mismo Plinio señala en otro pasaje que era, junto al llamado «anterote» («amor correspondido»), un tipo de amatista (XXXVII 123).

1066 Que la conocían con el nombre de *sangenon*, según refiere PLINIO (XXXVII 84; 130).

1067 *Vid. supra*, nota 1032.

1068 Ostracina era una estación de la calzada militar de Pelusio a Rafia; se la consideraba situada, desde el punto de vista geográfico, en la línea fronteriza con Asia. Pompeyo fue asesinado en el 48 a. C., por orden de los consejeros de Ptolomeo, cerca del monte Casio; los egipcios le cortaron la cabeza y se la entregaron a César. El cadáver fue incinerado por Filipo, liberto de Pompeyo, y por Servilio Codro; las cenizas se enviaron a Cornelia, que las depositó en su tierra de Alba. Se dice que César ordenó enterrar la cabeza cerca de Pelusio y que levantó allí un pequeño templo consagrado a

Némesis, al que LUCANO (IX 1091) llamó sepulcro. Pero lo más probable es que Solino se refiera no a este último, sino al monumento funerario levantado por manos anónimas en el mismo lugar en que estuvo la pira funeraria, junto al monte Casio, y eso pudo suceder en Ostracina, puesto militar a cuyo mando estaría Servilio Codro. Adriano autorizó, siglo y medio más tarde, la restauración de este monumento/sepulcro (APIANO, *Guerra civil* 86; DIÓN CASIO, LXIX 11, 1; *Historia Augusta, Vida de Adriano* 14, 4): véase TH. PEKARY, «Das Grab des Pompeius», *Bonner Historia-Augusta-Colloquium* 1970 (Antiquitas, 4. Beiträge zur Historia-Augusta-Forschung, Bd. 10), Bonn, 1972, págs. 195-198.

1069 El país de Edom, patria de los edomitas. Sus principales ciudades fueron Wadi Musa (la posterior Petra), Elath y Hebrón.

1070 Siguiendo a PLINIO (V 69), Solino confunde a *Ioppe* (Jaffa) con la Jope de Tesalia, que sobrevivió al cataclismo primitivo de la época de Deucalión *(vid.* ESTEBAN DE BIZANCIO, s. v. *Iópē).*

1071 Efectivamente, en una de las modernas versiones del mito, Cefeo no era rey de los etíopes, sino de los fenicios, y habría encadenado a Andrómeda en un promontorio cercano a Jope para ofrecerla como víctima al monstruo marino *(kêtos)*.

1072 Sobre aquellos juegos, *vid. supra*, nota 1008.

1073 Solino alude a los *Annales maximi*, en los que con el paso del tiempo los Pontífices anotaron no sólo sucesos histórico-políticos, sino también acontecimientos o señales que el Colegio pontifical juzgaba de especial interés, como pudo ser la exposición de ese prodigioso animal. Los *Anales* fueron finalmente reunidos en una colección de 80 libros.

1074 Tendrían, pues, casi doce metros.

1075 Parece que medían, según noticia de PLINIO (IX 11), un pie y medio, es decir, 44 cm (equivalente a un codo).

1076 Que manaba, al pie del monte Hermón, dentro de una gruta convertida en santuario del dios Pan, de donde deriva su nombre.

1077 El Mar Muerto, llamado Asfaltites porque cada cierto tiempo arrojaba bastante cantidad de asfalto o bitumen duro.

1078 Algunos de los bloques de bitumen que salen hasta la superficie han llegado a pesar cerca de cincuenta kilos (S. LACKENBACHER, «Le bitume, un enjeu à l'époque d'Hammurabi», *Revue des Études Anciennes* 94 [1992], 326-328).

1079 Lago de Gennesar o de Gennesaret, también llamado lago Tiberíades o mar de Galilea. La longitud de 16 millas, algo más de 23 km, lo aproxima a sus medidas reales de 21 km.

1080 Solino no sabe que éste era otro de los nombres del que acaba de llamar lago Sara; además, atribuye al lago las virtudes de las fuentes termales que había junto a el.

1081 Por las tropas de Nabucodonosor en el 587/6 a. C. Desde la muerte de Salomón hasta esa fecha, Jerusalén fue durante 350 años la capital del reino de Judá.

1082 Según una tradición, el hecho ocurrió durante el reinado de Artajerjes III Oco. La población fue trasladada a Hircania, Babilonia y otros lugares (véase M. STERN, *Greek and latin authors on Jews and Judaism*, II, Jerusalén, 1980, pág. 421).

1083 No más de cinco hectáreas, que, según PLINIO (XII 111), formaban uno de los jardines reales.

1084 Judea fue definitivamente ocupada por las tropas romanas y convertida en provincia imperial en época de Vespasiano; las plantaciones de bálsamo de Jericó y Engaddi pasaron a ser propiedad estatal y monopolio imperial, controlado por el fisco (P. BALDACCI, «Patrimonium e ager publicus al tempo dei Flavi. Ricerche sul monopolio del balsamo giudaico e sull'uso del termino 'fiscus' in Seneca e Plinio il Vecchio», *La Parola del Passato* 24 [1969], 349-367).

1085 Según TÁCITO *(Historias* V 9), se hacía con un pedazo de piedra o con un tiesto; para PLINIO (XII 115), también solía practicarse con un hacha de piedra. Desde luego, las herramientas de piedra eran consustanciales a numerosas operaciones sacras o mágicas de protección (los embalsamamientos en el antiguo Egipto, la circuncisión entre los judíos, la oblación de víctimas por el fecial romano, y probablemente la castración de los sacerdotes de Cibeles). La no utilización del hierro en la obtención del bálsamo obedecía a antiguos tabúes o prescripciones rituales (P. WAGLER, *RE* II 2, col. 2837, s.v. *Balsambaum)*, que asimismo regían, por ejemplo, para la recogida de la salvia (PLINIO, XXIV 103).

1086 Todos estos elementos del arbusto tenían su aplicación en medicina y perfumería, pues eran aprovechados ya directamente, ya en decocciones *(vid.* WAGLER, *RE* II 2, cols. 2838-2839). El monopolio del bálsamo, a efectos de su comercialización, arranca de época ptolemaica: HENGEL, *Judentum und Hellenismus*..., pág. 88.

1087 Se decía que los campos cercanos al Mar Muerto, ocupados antes por grandes ciudades, habían perdido su fertilidad y que la tierra aparecía quemada por el rayo. Los frutos de las pocas plantas que sobrevivían nacían ennegrecidos y vacíos y se deshacían como polvo. TÁCITO *(Historias* V 7) conocía la explicación de que estas ciudades habían sido destruidas por el fuego celeste, pero prefería atribuir la causa de aquella esterilidad a la pestilencia y miasmas que emanaban del lago. FLAVIO JOSEFO *(Guerra de los Judíos* IV 483-484) admite que fue la impiedad de sus habitantes lo que concitó contra la región de Sodoma el fuego divino; reconoce también que los frutos tienen un color parecido a los que son comestibles, pero en cuanto se cogen con la mano quedan reducidos a humo y cenizas. Solino tomó esta información de un escrito «paradoxográfico» que, sin duda, había leído el texto de Josefo.

1088 Los esenios constituyeron una agrupación cuasimonacal de varones, integrada quizá por más de mil personas (sacerdotes y laicos) que vivían en íntima relación con la naturaleza y habían renunciado a cualquier propiedad; cumplían, además, una serie de

rituales en sustitución del culto. Se les ha definido también como una comunidad de filósofos judíos que persiguen el ideal del *theîos anḗr* (HENGEL, *Judentum und Hellenismus*..., págs. 452-453). Para A. DUPONT-SOMMER, «Essénisme et boudhisme», *Comptes Rendus de l'Académ. des Inscript*. (1980), 698 ss., se trataría de un reflejo occidental del movimiento monástico que partió de la India durante el reinado de Asoka. A este grupo judío de los esenios pertenecen los famosos manuscritos de Qumran, hallados en una cueva junto al Mar Muerto. El pasaje de Solino sobre este grupo judío procede de buena fuente; completa la información histórica recogida por PLINIO (V 73) y PORFIRIO *(Sobre la abstinencia* IV 11-13) y confirma la identidad de los esenios con los pobladores de Qumran: J. COPPENS, «Textes anciens relatifs aux documents du désert de Juda», *Ephemer. Theolog. Lovanienses* 33 (1957), 508-509; C. BURCHARD, «Solin et les Ésseniens. Remarques à propos d'une source negligée», *Rev. Biblique* 74 (1967) 392-407; A. LEMAIRE, «L'enseignement essénien et l'école de Qumrân», en A. CAQUOT, M. HADAS-LEBEL, J. RIAUD, *Hellenica et Judaica. Hommage à Valentin Nikiprowetzky*, Lovaina/París, 1986, págs. 191-203; M. BOHRMANN, «La pureté rituelle: une approche de la communauté des Esséniens», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 17 (1991), 307-331. Acerca del examen para la aceptación de nuevos miembros, *vid*. J. GIBLET, «L'initiation dans les communautés esséniennes», en J. RIES, H. LIMET (eds.), *Les rites d'initiation* (Homo Religiosus, 13), Lovaina, 1986, págs. 397-412.

1089 Llamada Engaddi («fuente de la cabra») en el Antiguo Testamento. Fue saqueada por los «sicarios» durante la Guerra Judía, poco antes del asedio de Jerusalén (FLAVIO JOSEFO, *Guerra de los Judíos* IV 402-404).

1090 Famosa por la resistencia que durante la Guerra Judía opusieron desde ella los zelotas y que acabó con la inmolación colectiva de los asediados (73 d. C.).

1091 La antigua capital de los amonitas, en la frontera con la Arabia Pétrea, fue una de las ciudades miembro de la Decápolis.

1092 Miembro asimismo de la Decápolis, fue denominada Rafón por las fuentes judías. Se alzaba en las proximidades de Carnaim.

1093 Con frecuencia, este antiguo numen itálico hizo el papel de divinidad equivalente a Dioniso entre los romanos, como sucede en este caso.

1094 Escitópolis, ciudad de Palestina en la frontera septentrional de Samaria, recibía también el nombre de Nisa, el mismo que tuvo, según el mito, la nodriza de Dioniso. Y tal como se hacía respecto a otros lugares denominados Nisa, también en torno a Escitópolis se forjó la leyenda fundacional que implicaba a Dioniso y su cortejo *(vid.* PLINIO, V 74).

1095 La cuarta vigilia comprendía de 3 a 6 de la madrugada.

1096 Se trata del monte Casio junto al Orontes, la otra montaña de este nombre donde recibía culto Zeus *(vid. supra*, notas 1032 y 1067). La historia narrada por Solino, que deriva de PLINIO (V 80), se halla probablemente en relación con la fiesta y el culto que los antioquenos tributaban a Triptólemo en estas alturas (ESTRABÓN, XVI 2, 5 [C

750]). También del monte Ida había afirmado SOLINO (11, 7) que contemplaba el sol antes del amanecer.

1097 Constituyó el territorio de la prefectura romana de este nombre, situado al este de Capadocia y al sur de la Cólquida.

1098 Cimara (Zimara), según la denominan CLAUDIO PTOLOMEO (V 7, 2) y PLINIO (V 83-84), era una ciudad del sur de Armenia cuyo emplazamiento no se conoce exactamente. Probablemente, este nombre figuraba abreviado o corrupto en el manuscrito pliniano que manejó Solino.

1099 La gran cadena montañosa que se extendía al sur de Anatolia, desde Caria y Licia, a través de Cilicia, hasta el comienzo de Armenia.

1100 A lo largo, por tanto, de doce millas (17,5 km).

1101 En realidad, la crecida del Eufrates comienza en primavera con el deshielo, y el río se desborda a comienzos del verano; es más temprana que la del Nilo.

1102 La gnomónica era la ciencia que, mediante el *gnomon* o cuadrante horizontal, determinaba los problemas de la proyección ortográfica solar durante los distintos días del año. Mediante este instrumento los científicos no sólo habían establecido las reglas básicas para la construcción de los relojes de sol, sino que lograban fijar las líneas meridianas, la declinación solar, las latitudes, las épocas de los equinoccios y de los solsticios, la duración de las estaciones y la oblicuidad de la eclíptica. Existía también, junto al *gnomon* solar, otro llamado «horoscópico» (VETIO VALENTE, *Antologías* I 5); véase J-F. BARA, *Vettius Valens d'Antioche. Anthologies, Livre I.* (EPRO, 111), Leiden, 1989, págs. 106-107.

1103 Dentro de toda esta explicación, no demasiado inteligible, línea significa la raya formada por la sombra de la varilla vertical del *gnomon* sobre un cuadrante solar horizontal. Aquí subyace la antigua idea griega de oposición y neutralización entre los levantes de invierno y de verano, según lo ha explicado BALLABRIGA, *Le Soleil et le Tartare…*, págs. 177-180. Tanto la Cólquida, de donde se pensaba provenía el Eufrates, como Etiopía (origen del Nilo) fueron tenidos por países del sol que en cierto momento llegan a converger, fundiendo así las extremidades de un arco que se extendería desde el fondo del Ponto Euxino hasta el mar Eritreo.

1104 Elegosine en PLINIO (VI 127). Corresponde al altiplano situado al sur del río Nifates y al norte del lago Van.

1105 A este tramo se le llamaba Diglito, según PLINIO (VI 127). Dicho nombre encubre otras voces con que se conocía al Tigris (árabe Digla, sirio Deqlat, armenio Dklat, talmúdico Diglat, persa Diglat, Diglit), todas las cuales perpetúan la denominación babilonio-asiria de Idiqlat.

1106 El nombre en antiguo persa era Tigra, de donde derivan las denominaciones griega y latina de Tigres/Tigris, y en pelvi *Dgrt*. La etimología del nombre se buscó en la palabra avéstica *tighri*, «flecha, proyectil», paralelismo que vendría plenamente

justificado por la rapidez de la corriente: llegó a afirmarse que no existía en el mundo habitado otro río más veloz (CURCIO, IV 9, 16; PLINIO, VI 127; DIONISIO DE ALEJANDRÍA, *Descripción de la tierra habitada* 990-992).

1107 El lago Aretisa, también llamado Arsena, Arsisa o, en armenio, «mar de Arces», era un lago salado que constituye la prolongación noroccidental del lago Van. Es en la actualidad el lago Ardschisch. Sin embargo, allí no afluye el Tigris, sino los ríos Möks-cai y Nifates. Todo lo relativo a sus propiedades y peces es pura fantasía.

1108 Este nombre aparece corrupto en los manuscritos. Si nos basamos en la tradición (PLINIO, VI 128), habría que leer Zoaranda o, mejor aún, Zoroanda/Zoroande, que correspondería a antiguo iranio *zaravand*, «verde», color que ofrece el Tigris al salir de la llamada cueva de las Tinieblas: *vid*. E. HONIGMANN, *RE* VI A 1, 1010, s.v. *Tigris* (1).

1109 Esta capacidad de regenerarse, eliminando las impurezas, se atribuía a numerosas fuentes y manantiales que periódicamente arrojaban desde el fondo los residuos acumulados (hojas, barro, tiestos, materias en putrefacción, etc.); véase SÉNECA, *Cuestiones naturales* III 26, 5-8; PLINIO, XXXI 55.

1110 Grupo de los árabes, que ocupaban la mayor parte del territorio de la antigua Asiria.

1111 Solino se refiere a la tribu de los orroenos u osroenos, asentados en la antigua Mesopotamia.

1112 Hoy Kerkhah o Kerhah. Su agua fue llamada «real» porque, como ya indicó HERÓDOTO (I 188), era la que consumían habitualmente los reyes persas y la llevaban consigo en sus desplazamientos, hervida, en grandes vasijas de plata (CTESIAS, *FGrHist* 688 F 37). Ésta es la razón de que Solino le aplique el calificativo de insigne. Otros autores atribuían al río Euleo *(vid. supra*, SOLINO, 33, 4) esa función de suministrar agua a los reyes de Persia. Para salvar la contradicción, PLINIO (XXXI 35) amalgama ambas tradiciones y afirma que los monarcas aqueménidas sólo probaban el agua del Coaspes y del Euleo.

1113 Piedra desconocida. En el *Lapidario Órfico* 263, figura como *zamilampis;* en las *Declaraciones lapidarias de Orfeo* 5, como *zampilapis;* PLINIO (XXXVII 185) la denomina *zamilampis/zmilampis*, e ISIDORO *(Etimologías* XVI 15, 14) *zmilaces*.

1114 Piedra asimismo desconocida. El nombre de sagda parece, desde luego, babilonio, pero toda la historia sobre sus cualidades y origen, tomada por Solino de un escrito «paradoxográfico», está probablemente en relación con las prácticas mágico-astrológicas atribuidas a los caldeos.

1115 Otra piedra desconocida, tal vez resina fósil; el nombre procede del griego *myrrhítēs*, que significa «del color de la mirra». Se usaba como antídoto frente a los venenos y se decía que concedía un especial encanto a las mujeres *(Lapidario de Sócrates y Dionisio* 46).

1116 El nombre de esta piedra no es seguro, porque en PLINIO (XXXVII 173) figura también el de «mitrax». Por los detalles sobre sus irisaciones, podría ser un tipo de ópalo.

1117 Este término *tēkólithos* significa en griego «piedra que disuelve». Sus aplicaciones medicinales figuran también en DIOSCÓRIDES *(Sobre materia médica* V 137).

1118 Del griego *ammóchrysos*, «arena-oro». No se ha identificado.

1119 Debía ser un tipo de geoda ferruginosa, seguramente el nódulo de la siderita o de la limonita. Al encerrar una piedra más pequeña en su interior, la superstición popular creía que la aetita favorecía el embarazo de la mujer: A. A. BARB, «Birds and medical magic», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 13 (1950), 316-322; G. DOSSIN, «L'Euphrate au secours des parturientes», *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves* 20 (1973), 213-221.

1120 Se trata del pseudo-Zoroastro ya citado por Solino a propósito del coral; sobre las demás fuentes que describen las propiedades maravillosas de la aetita, *vid*. BIDEZ, CUMONT, *Les Mages hellénisés…*, II, págs. 200-201.

1121 Es decir, a las variedades de África y del Mediterráneo que menciona PLINIO (XXXVI 149-150).

1122 Basándose en el nombre griego del águila (*aetós*), se había urdido desde antiguo una fábula relativa a la presencia de tales geodas en los nidos de estas aves; se decía que algunas especies de águila las necesitaban inexcusablemente para poder construirlo (PLINIO, X 12; XXX 130; XXXVI 149). Por lo tanto, aetita *(aetítēs líthos)* significa «piedra aguileña»: *vid*. C. N. BROMEHEAD, «Aetites or the eagle-stone», *Antiquity* 21 (1947), 16-22.

1123 En efecto, la aetita era un amuleto frecuentemente empleado por las mujeres encinta para prevenir el aborto (PLINIO, XXX 130; XXXVI 151; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* I 35); era también usada por las comadronas para procurar, en casos difíciles, un parto indoloro (MÉLY, «Le traité…», 334; SELIGMANN, *Die magischen Heil- und Schutzmittel…*, 215-217). Vid. *supra*, nota 1119.

1124 Nada tiene que ver con las clásicas piritas, aunque lleve el mismo nombre formado sobre la raíz de *pŷr*, fuego, y significaría «piedra de fuego». Es probable que corresponda al pedernal.

1125 Otro nombre formado sobre una raíz etiológica: *chálaza* es, en griego, «granizo». Se la denominaba también «calacita» *(chalazítēs): Declaraciones lapidarias de Orfeo* 25. Probablemente era cristal de roca, que recordaba el aspecto del granizo.

1126 Su nombre deriva del griego *échis*, «víbora». Se decía que remediaba las heridas incurables y que con ella fue sanado Filoctetes *(Lapidario Órfico* 346-356; *Declaraciones Lapidarias de Orfeo* 15).

1127 De ahí recibía esa denominación de *dionysías*, o «piedra de Dioniso». Según

los magos, idéntica propiedad se atribuía a la amatista: *améthystos*, «que no permite la ebriedad» *(vid*. PLINIO, XXXVII 124).

1128 Lo que explica su nombre de *glōssópetra*, «piedra lengua».

1129 Según PLINIO, XXXVII 164, esta piedra era indispensable para practicar la selenomancia. La fuente de Solino, que pudo ser un escrito «paradoxográfico», era más precisa al señalar que los astrónomos le conferían el poder especial de modificar las fases lunares o la posición de la luna en el zodíaco, con las consecuencias que esta manipulación llegaba a introducir en el destino de las personas. De hecho, la capacidad de intervenir sobre la luna y sus movimientos fue una característica fundamental de la antigua hechicería, sobre todo en Tesalia: véase S. LUNAIS, *Recherches sur la lune, I. Les auteurs latins de la fin des Guerres Puniques à la fin du règne des Antonins* (EPRO, 72), Leiden, 1979, I, 215-256.

1130 Esta *hēlíou líthos*, que en los antiguos lapidarios se coloca en relación con la selenita *(infra*, nota 1132) y la helioselenita (BIDEZ, CUMONT, *Les mages hellénisés…*, I, 194), podría haber sido la hoy llamada piedra de luna. Probablemente es la misma a la que se llamó, con otro nombre, *hēlítēs*, porque reproducía los rayos del sol.

1131 No es posible identificarla.

1132 La selenita era, probablemente, una forma de yeso cristalizado en láminas, que hoy denominamos también espejuelo. Recibió ese nombre por su color, parecido al de la luna, y de ahí se originó la curiosa leyenda sobre la imagen interna del satélite y la evolución de sus fases, recogida por numerosos autores (DAMIGERÓN-EVAX, 36; *Las Cіránidas* I 10, 93-100 KAIMAKIS; PLINIO, XXXVII 181; DIOSCÓRIDES, *Sobre materia médica* V 141; AGUSTÍN, *La ciudad de Dios* XXI 5, 1; ISIDORO, *Etimologías* XVI 4, 6).

1133 De ahí su nombre, pues *mḗkōn* es en griego la semilla del opio o adormidera.

1134 Del griego *mýrmēx*, «hormiga».

1135 Es lo que el término significa: *chalkóphthongos*, «sonido de bronce». PLINIO (XXXVII 154) lo denomina «calcófono», que posee el mismo valor.

1136 Por eso en la Antigüedad constituía un amuleto muy recomendado para los actores. Sin embargo, Solino niega en el fondo que a tales personas les produjese mucho efecto: los actores eran famosos por su licenciosa vida y su profesión no era considerada honesta, de forma que sólo si se comportaban con pudicia podían beneficiarse del talismán.

1137 PLINIO (XXXVII 182) asegura que se utilizaba en la magia para conseguir ese resultado. En cambio, las *Declaraciones lapidarias de Orfeo* 16, hablan de una siderita polivalente, llena de poderes mánticos, capaz de repeler a todo tipo de serpientes venenosas y a los escorpiones y de hacer concebir a las mujeres estériles, mientras que DAMIGERÓN-ÉVAX (16) le atribuye la virtud de curar las mordeduras de las bestias, así como cualidades anticonceptivas. Recibía también el nombre de «orita» (del griego *oreítēs)*, porque se hallaba en las montañas.

1138 Deriva del griego *phlóx*, «llama».

1139 Nombre derivado del griego *ánthrax*, «carbón». Pudo tratarse del granate, de un tipo de obsidiana oscura o incluso de una especie de cuarzo jaspeado.

1140 Formado también sobre una voz griega, *énydros*, «húmedo por dentro», fue quizá una calcedonia.

1141 Sobre las modificaciones geográfico-administrativas de Cilicia en época romana, *vid*. J. E. ATKINSON, *A Commentary on Q. Curtius Rufus' Historiae Alexandri Magni. Books 3 and 4*, Amsterdam, 1980, págs. 141-142 (comentario a III 4, 8).

1142 Estos datos fueron tomados por Solino de un escrito (tal vez «paradoxográfico») que parece haber conocido la digresión geográfica de ARTEMIDORO (en ESTRABÓN, XIV 5, 3 [C 669/670]; XVI 2, 33 [C 760]) sobre Cilicia, las distancias hasta Pelusio, el Orontes y Media.

1143 Era la llamada Cilicia *Pediás* o Cilicia *Campestris*.

1144 Un pedazo del Mediterráneo oriental, así llamado por Iso, ciudad de Cilicia.

1145 Una de las estribaciones del Tauro, que marcaba la frontera entre Cilicia y Siria. Sus habitantes, los llamados amanienses, se dedicaban al bandidaje.

1146 Cílice, hijo de Agenor, fue enviado junto con sus hermanos Cadmo y Fénix en búsqueda de su hermana Europa, raptada por Zeus. La empresa no tuvo éxito y Cílice se habría establecido en aquel territorio.

1147 Tarso, cuyo nombre no es griego, fue una ciudad de origen oriental. La leyenda helénica, a la que se adscribe Solino, atribuyó su fundación a Perseo, pero otra tradición posterior señalaba a Heracles. Hubo incluso una tercera versión, según la cual los argivos que acompañaron a Triptólemo para buscar a Ío levantaron Tarso. El concepto de «capital» *(mater urbium)* que emplea Solino traduce la idea griega de metrópoli, y es una imitación de lo que dice FLORO (I 42, 4) respecto a Cidonia.

1148 *Vid. supra*, nota 1112.

1149 Efectivamente, las aguas del Cidno gozaban también de fama por su claridad y frescura: ARRIANO, *Anábasis de Alejandro* II 4, 7; CURCIO, III 4, 8; VALERIO MÁXIMO, III 8, Ext. 6; ESTRABÓN, XIV 5, 12 (C 673). Esto es lo que justifica la falsa noticia, que únicamente figura en Solino, de que el Cidno era una derivación del Coaspes: la absurda idea podía provenir de algún «paradoxógrafo», que quiso enlazar ambos fenómenos.

1150 Esta afirmación recibe apoyo desde el punto de vista filológico; el primitivo significado de la palabra *kydnos/kyknos* es «el blanco» (y de ahí proviene el sentido de «cisne»). Su etimología no es segura; tal vez se trate de una voz de origen pelásgico.

1151 Córico era una ciudad costera situada junto a la desembocadura del río Calicadno (nota 1154), pero este mismo nombre lo recibía también un monte del lugar, en cuyas inmediaciones, según PLINIO (XXI 31), era donde crecía el azafrán. Solino se refiere, sin duda, a esa montaña.

1152 La calidad, fragancia y virtudes de este azafrán coricio, también llamado cilicio, fueron elogiadas por Celso, Salustio, Curcio, Horacio, Ovidio, Lucano, Marcial, Columela, Plinio y Dioscórides. Debido a su penetrante olor, fue empleado en Roma para perfumar los teatros y anfiteatros y en las ceremonias fúnebres *(vid.* ROBERT, *Opera minora selecta*…, II, 848-853).

1153 Dos millas y media (3,6 km). Sin embargo, según POMPONIO MELA (I 73) era de una milla menos (2, 1 km).

1154 Esta caverna de las cercanías de Córico (hoy Korghoz, en Turquía) era conocida, en efecto, con el nombre de Cueva de Tifón, pues en Cilicia se situaba la morada principal de aquel monstruo: PÍNDARO, *Pítica* I 31-32; APOLODORO, I 6, 3; ESTRABÓN, XIII 4, 6 (C 626); CURCIO, III 4, 10; pero algunos consideraron que la gruta de Tifón fue una abertura distinta, situada más allá de la caverna coricia (POMPONIO MELA, I 76). Según Píndaro y Esquilo, el propio gigante habría excavado la gruta; la tradición griega de época helenística señalaba que Tifón mantenía ocultos en la gruta los tendones que le había cortado a Zeus, hasta que Pan y Hermes los rescataron. Este lugar de Cilicia no debe ser confundido con el llamado «antro coricio», la famosa cueva cercana a Delfos, en la falda norte del Parnaso, consagrada a Pan y a las ninfas coricias.

1155 La ciudad de *Sóloi (Soli* para los romanos) tuvo fama por haber sido la cuna de Crisipo, de Filemón y de Arato. Fundada por los fenicios, Solos significaría no Heliópolis, como leyó Solino en un escrito «paradoxográfico», sino, según Bérard, Petrópolis, «la ciudad de las rocas». A comienzos del siglo I a. C. su población fue deportada por Tigranes e instalada en Tigranocerta. Pompeyo el Grande, aprovechando que Solos estaba despoblada, estableció allí en el año 67 a. C., una vez acabada la guerra contra los piratas, a un grupo de piratas cilicios y a sus propios soldados licenciados; la ciudad recibió entonces su nuevo nombre de Pompeyópolis, aunque a veces siguió empleándose el antiguo de Solos: *vid*. U. KLEIN, «Pompeiopolis in Paphlagonien und in Kilikien», *Gazette Numismatique Suisse* 23 (1973), 47-55; A. DREIZEHNTER, «Pompeius als Städtegründer», *Chiron* 5 (1975), 235 y 239.

1156 Fue Dicearco el que divulgó la extensión de la cordillera del Tauro a través de toda Asia, desde Cilicia hasta el Océano exterior, pasando por el norte de la India, y la convirtió en un segmento de la línea divisoria —el llamado diafragma, que iba desde el Estrecho de Gades a Asia, cruzando por el centro del Mediterráneo— entre las zonas nórdica y meridional de la tierra habitada *(oikouménē)*.

1157 Mar de Azov.

1158 Se llamaba Ímao a la zona oriental del Hindukush y a una parte de la cordillera del Himalaya; el nombre deriva del término sánscrito *himavat (himavañ* en lengua pali), «rico en nieve».

1159 Es el Hindukush. El nombre antiguo habitual era Paropámiso o Paropániso. POMPONIO MELA, I 81, y con él Solino, escribe *Propanisus*.

1160 Más conocido como Paracoatra, era la cadena montañosa que formaba la

frontera sur entre Media y Persia.

1161 Grupo montañoso de Armenia, cuya localización es incierta (en todo caso, estaba al sur del lago Wan).

1162 Era el sector de los montes que formaba la frontera entre la Cólquida y la Iberia del Cáucaso.

1163 Es el nombre que proporciona ESTRABÓN (VII 6, 1 [C 318]; 7, 5 [C 324]) a una desviación oriental del Cáucaso que marcaba el límite septentrional de Albania. Esta denominación de Ceraunio la recibió, probablemente, de los griegos que poblaban las colonias orientales del Mar Negro; no debe confundirse con los montes ceraunios, que cerraban el Epiro.

1164 Solino alude a los muchos animales salvajes cuya presencia se señalaba, ya desde Ctesias, en Bactria y en la India. Los leones montaraces de ambos territorios pasaban por desarrollar enorme tamaño (CURCIO, VIII 1, 14; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* XVII 26).

1165 En la región de Faselis, sede del volcán Yanartasch.

1166 El grupo de manuscritos SFP añade en este punto: «De aquí se divulgó la leyenda de ese monstruo de tres cabezas, porque tomaron al Quimera por un animal».

1167 Llamada Hefestio en PLINIO (V 100), nada se sabe de esta supuesta ciudad. El PSEUDO-ESCÍLAX *(Periplo* 100) habla de un templo a Hefesto construido en la montaña. Posiblemente está en lo cierto SÉNECA *(Cartas a Lucilio* 79, 3) cuando señala que el topónimo Hefestio designaba en Licia a una comarca cuya superficie mostraba numerosas oquedades, que contenían un fuego inofensivo.

1168 Fundada probablemente en época helenística, perteneció como miembro regular a la Liga Licia; sirvió como refugio a los piratas que fueron derrotados por Servilio en el 78 a. C. La ciudad quedó arrasada, pero, contra lo que escribe Solino, renació durante la época imperial, en parte mediante la ayuda del emperador Adriano.

1169 El dato es falso. La fuente de Solino, seguramente un «paradoxógrafo», atribuyó a Licia una noticia que corresponde, como sabemos por PLINIO (IV 4), al Epiro: en la falda de la fortaleza de Quimera, situada en los montes Acroceraunios, cerca de la costa epirota, es donde surgían los manantiales conocidos como *Aquae Regiae*.

1170 El Don.

1171 Así llamado por la isla del Egeo del mismo nombre, era propiamente la parte del Mediterráneo comprendida entre Creta, Rodas y el sur de Asia Menor.

1172 Esta definición restrictiva fue, sin embargo, el primitivo alcance que dieron los griegos al nombre Asia. Correspondía, en efecto, a la parte de Anatolia (Asia Menor) que comprendió luego, a grandes rasgos, la provincia romana de Asia: iba de Caria a Bitinia, desde Jonia y Eolia hasta Frigia; *vid*. V. CHAPOT, *La province romaine proconsulaire d'Asie*, París, 1904, págs. 70-88.

1173 Según una tradición, recogida por CALÍMACO (*Himnos* III 237-250), las Amazonas dedicaron la imagen en madera de la diosa mediante el rito de una danza armada, y más tarde fue construido el santuario en torno a aquella estatua. Precisamente entre las piezas del altar de Ártemis de Éfeso apareció el relieve de una amazona, hoy en el Museo de Arte de Viena: *vid*. A. BAMMER, *Das Heiligtum der Artemis von Ephesos*, Graz, 1984, pág. 10 (fig. 35 y 37).

1174 La historia completa figura en ESTRABÓN (XIV 1, 5 [C 634]): por mandato de Jerjes, fueron quemados el templo de Apolo Didimeo (PAUSANIAS, I 16, 3; VIII 46, 3), situado junto a Mileto, y otros muchos, mientras que el Artemisio de Éfeso fue respetado. Esto ocurrió, probablemente, después de la batalla de Mícale (497 a. C.). CICERÓN (*Leyes* II 26) escribe que Jerjes quemó los santuarios griegos por consejo de los magos, pero es probable que se refiera a los de la Grecia continental, durante la segunda Guerra Médica, y no a los de Asia Menor.

1175 El sincronismo se fijaba en la noche del 20 al 21 de julio del 356 a. C., pero, como tantos otros, es un dato forzado, pues por ARRIANO (*Anábasis de Alejandro* VII 28, 1) sabemos que Alejandro nació en el otoño de aquel año. Sin embargo, ya en el siglo III a. C. esta información circulaba por el mundo griego, justificando que Ártemis no protegió al templo del incendio porque se había ausentado para asistir al parto de Olimpiade (HEGESIAS, *FGrHist* 142 F 3; TIMEO, *FGrHist* 566 F 150 a; cf. asimismo CICERÓN, *Sobre la adivinación* 1, 47; PLUTARCO, *Alejandro* 3, 5 y 7). En este punto, algunos manuscritos de la familia III (SAP) incrementan así el texto: «el cual vio la luz, como señala Cornelio Nepote, siendo cónsules Marco Fabio Ambusto y Tito Quincio Capitolino, trescientos ochenta y cinco años después de la fundación de Roma». Estas líneas no fueron incorporadas por Mommsen, con buen criterio, al texto de la edición, aunque son aceptadas como uno de los pasajes de la perdida *Crónica* de C. Nepote por varios editores del historiador romano (NEPOTE, fragmento 9 de Malcovati, de Marshall y de Agnes). Sin embargo, las fechas indicadas en este pasaje todavía son más incorrectas: Fabio y Quincio fueron los cónsules del 354 a. C.; y el año 385 de la fundación de la Urbe corresponde, según el cómputo habitual en Nepote, al 366 a. C. Habría que corregir, por tanto, ambos datos: por una parte, eliminar el nombre de Quintio y sustituirlo por el de Marco Popilio Lenate, que fue cónsul, junto con Fabio, en el 356 a. C.; y, por la otra, enmendar la cifra 385 en 395, como ya pensó G. F. UNGER, «Die römischen Gründungsdata», *Rhein. Museum* 35 (1880), 14-15, lo que nos sitúa también en el 356 a. C.

1176 Un error de Solino (su fuente): el arquitecto ocupado en la reconstrucción fue Quirócrates, como anotó ARTEMIDORO DE ÉFESO (en ESTRABÓN, XIV 1, 23 [C 641]), pero Estrabón y Solino lo tomaron por Dinócrates, arquitecto algo más tardío y conocido sólo por su cooperación urbanística con Alejandro (*vid. supra*, SOLINO, 32, 41).

1177 Fue el terremoto del año 17 d. C., que durante una noche asoló doce urbes; el relato más pormenorizado es el de TÁCITO, *Anales* II 47, con la mención de todas ellas; *vid*. D. MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor*, I, Princeton, 1950, págs. 499-500; PANESSA,

Fonti greche e latine per la storia del ambiente e del clima…, I, 271-278, 285. La ciudad más afectada fue Sardes. Tiberio contribuyó con dinero y exenciones a la reparación de las mismas (ESTRABÓN, XII 8, 18 [C 579]; XIII 4, 8 [C 627]; FLEGÓN DE TRALES, *FGrHist* 257 F 36 [XIII] = 13 Giannini; SÉNECA, *Cuestiones naturales* VI 1, 13; PLINIO, II 200; SUETONIO, *Tiberio* 48; DIÓN CASIO, LVII 17, 7).

1178 La verdad es que Teopompo nació en Quíos, isla situada a 7,5 km del continente asiático. Pero no es menos cierto que tradicionalmente Quíos siempre había estado unida al grupo de los jonios de Asia (Mileto, Éfeso, Eritras).

1179 Los tres últimos filósofos citados (Cleantes, Anaxágoras y Heráclito) no formaban parte, desde luego, de ninguna de las listas tradicionales de los Siete Sabios de Grecia, que pueden consultarse en B. SNELL, *Leben und Meinungen der Sieben Weisen*, Múnich, 1971.

1180 En Celenas, situada a orillas del río Meandro y antigua capital de Frigia, poseían un palacio y un parque con fieras los reyes de Persia (JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 7 ss.). No fue Seleuco, sino su hijo Antíoco I Soter (281-261) el que trasladó a todos los habitantes de Celenas a la recién fundada ciudad de Apamea Quiboto o Apamea del Meandro.

1181 Se trata del conocido reto lanzado por el sileno Marsias al dios Apolo. Marsias encontró la flauta rechazada por Atenea y comprobó que emitía por sí misma bellísimas melodías. Se atrevió entonces a lanzar contra Apolo un desafío musical, con la condición de que el vencedor dispondría a su antojo del vencido. Las Musas otorgaron el triunfo a Apolo; el dios castigó luego la presunción de Marsias atándole a un árbol y despellejándolo. Ya desde HERÓDOTO (VII 26) se había señalado a Celenas como escenario de aquel terrible concurso; *vid.* WILLE, *Musica romana…*, 533-536.

1182 Diez millas (14,5 km).

1183 Del griego *aulókrēnē*, literalmente «Fuente de la Flauta».

1184 TITO LIVIO (XXXVIII 13) precisa que nacía en las alturas de la ciudadela de Celenas y que cruzaba la ciudad. Este castillo formaba parte de la residencia real persa, y el río atravesaba el parque de caza del palacio (JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 7).

1185 Son las sinuosidades fluviales denominadas, en honor de este río, meandros.

1186 Es decir, Misia, aunque Solino escriba Mesia. Fue bastante habitual aplicar uno y otro nombre *(Moesia, Mysia)* para aludir, indistintamente, a la provincia danubiana (Mesia) o al territorio asiático (Misia).

1187 El Tmolo es el actual Boz Dag, montaña que se alza en las cercanías de Sardes. Era sobre todo famoso por su riqueza en metales y por sus viñedos, pero VIRGILIO *(Geórgicas* I 56) y COLUMELA (III 8, 4) habían ensalzado, en cambio, la calidad de su azafrán.

1188 Deriva del griego *chrysorróas*, «que arrastra oro», y es un apelativo que recibieron otros muchos ríos en el mundo antiguo. Ciertamente el Pactolo, que

desemboca en el Hermo, llevaba pepitas de oro, que recogía durante su descenso por el monte Tmolo. Según ESTRABÓN (XIII 4, 5 [C 625/626]), esto proporcionó en su día la riqueza a Creso.

1189 Solino transmite este nombre frente a ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* IX 630 a), PLINIO (VIII 40) y ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* VII 3), que lo denominan «bonaso». Otros nombres que recibía eran «monapo», «monaipo» y «bolinto» (PSEUDO-ARISTÓTELES, *Relatos maravillosos* 1; ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 53 GIANNINI).

1190 Este dato no resulta procedente, puesto que la yugada es una medida de superficie, que contiene un área de 240 × 120 pies (71 × 35, 5 m). Sin embargo, así se lee ya en Plinio. Aristóteles menciona que la emisión del animal llega a alcanzar la distancia de cuatro *orgyiaí* (24 pies o 16 codos), que equivalen a unos 7,2 metros. Como la *orgyiá* era también una medida de superficie, empleada en la agrimensura, parece evidente que se produjo un error en el adaptador, el cual entendió que el animal iba cubriendo con su excremento el camino de huída a lo largo de tres yugadas.

1191 Según Antígono, quemaba tanto que los perros perdían el pelo, pero Eliano no tiene reparo en afirmar que el excremento llegaba a matar a los cazadores. Por la descripción que hace Aristóteles del bonaco, lo más probable es que se tratara del bisonte lanudo salvaje, que vivió en Germania, Panonia y Tracia (cf. KELLER, *Die antike Tierwelt*, I, 341). Aristóteles, Antígono, Plinio y Eliano señalan su presencia en Peonia, al norte de Macedonia, cerca de la frontera de la tribu tracia de los *maidoi*. La fuente «paradoxográfica» de Solino debió de confundir *Paionía* con *Paniōnía*, y a los *maedi* con los medos; por eso nuestro autor menciona al bonaco mientras está tratando de Jonia.

1192 Cadmo de Mileto, hijo de Pandión, fue un personaje ficticio cuya labor como escritor de asuntos históricos se suponía anterior a la guerra de Troya.

1193 La pequeña ciudad de Claros y el santuario oracular pertenecían, en efecto, al territorio de Colofón, cuyos habitantes se ocupaban del culto a Apolo Clario, el más importante de entre los que profesaban los colofonios; *vid.* K. BURESCH, *Klaros. Untersuchungen zum Orakelwesen des späteren Altertum*, Leipzig, 1889.

1194 Esta montaña se hallaba situada en territorio de Eritras, sobre el canal que separa al continente de la isla de Quíos. La historia narrada por Solino tiene todas las apariencias de ser una fábula de las gentes del mar.

1195 La leyenda de los Nióbidas se halla, en efecto, íntimamente ligada a esta ciudad. Sípilo fue el nombre de uno de los hijos de Anfión y de Níobe, muerto por las flechas de Apolo y Ártemis; Níobe había sido metamorfoseada en una roca, que derramaba lágrimas en verano, sobre el monte Sípilo de Lidia. Según la tradición, Tántalo, padre de Níobe, habría sido un opulento soberano lidio, y Tantálide la legendaria capital del reino.

1196 Porque, según una tradición creada en Esmirna, Melete, divinidad que

personificaba al río, y la ninfa Criteida engendraron a Homero.

1197 Lo creyeron tres poetas: VIRGILIO *(Geórgicas* II 137), MARCIAL (VIII 78, 5-6) y SILIO ITÁLICO (I 158-159), abusando seguramente del hecho de que el Pactolo *(supra*, nota 1188) era afluente del Hermo. Conviene también advertir que Solino sufre aquí un nuevo error: la corriente que nacía en Dorilao no era el famoso Hermo que surcaba toda Lidia, sino un río homónimo, afluente del Tembris (hoy Pursak), que más tarde recibió el nombre de Batis (h. Sari-su-tschai).

1198 Toda esta serie de fechas situaría a Homero en torno a los años 914-910 a. C., siguiendo la versión que Solino leyó, probablemente, en la *Crónica* de CORNELIO NEPOTE *(fragm*. 4); sobre la nula fiabilidad de las mismas, *vid*. E. RHODE, «Studien zur Chronologie der griechischen Literaturgeschichte. I. Homer», *Rhein. Museum* 36 (1881), 533 ss. (= RHODE, *Kleine Schriften*, I, Tubinga y Leipzig, 1901, págs. 68 ss.).

1199 Con esta denominación era conocida una parte del litoral de Misia, al norte de Troya, que pertenecía a la pequeña ciudad de Reteo *(Rhoíteion)*.

1200 En efecto, parece que esta población fue destruida por los habitantes de Ilión a causa de su desobediencia (ESTRABÓN, XIII 1, 39 [C 600]). Pero el recuerdo de la ciudad perduró ligado a la historia de Aquiles, pues se creía que allí estaba el túmulo del gran héroe homérico. Alejandro Magno (ARRIANO, *Anábasis de Alejandro* I 12, 1; FILÓSTRATO, *Heroico* 53), y siglos más tarde el emperador Caracalla (DIÓN CASIO, LXXVIII 16, 7; HERODIANO, IV 8, 3-4), honraron a Aquiles celebrando allí unos juegos fúnebres. El filósofo Apolonio llevó su veneración al punto de pasar una noche en el túmulo del héroe (FILÓSTRATO, *Vida de Apolonia de Tiana* IV 11).

1201 Alrededor de 7,4 km.

1202 Se creía que allí reposaban, en el interior de un templo, las cenizas de aquel héroe homérico (cf. PLINIO, V 125).

1203 Mítico rey etíope, aliado de los troyanos.

1204 Probablemente A. Cremucio Cordo, historiador de época de Augusto. Sobre sus escritos de tipo geográfico puede consultarse PETER, *HRR* II, CXIII-CXV y Fr. 5, 89; BARDON, *La littérature*…, págs. II, 162-163.

1205 Estos pájaros, llamados también «memnónidos», «memnones» o aves de Memnón, tanto pueden poseer carácter mítico alegórico como responder a un hecho real. Los habitantes de la Tróade contaban que los antiguos compañeros del héroe etíope, transformados en aves, se reunían ante el túmulo de Memnón cada año y, divididas en dos formaciones enemigas, se enfrentaban a muerte; luego, las del bando vencedor regresaban a sus lugares de origen. Se decía que repetían, de este modo, la lucha fúnebre en honor del héroe (ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* V 1). Se ha sugerido que podría tratarse de la encarnizada lucha que durante la época nupcial sostienen los machos del combatiente o pavo marino *(Machetes pugnax)*, como si estuvieran separados en dos bandos: *vid*. KELLER, *Die antike Tierwelt*, II, págs. 181-182; J. PLEY, *RE* XV 1, 644-645, s.v. *Memnon* (1); ANDRÉ, *Les noms d’oiseaux*…, pág. 100. Pero esa

identificación ha sido justamente impugnada por CAPPONI *(Ornithologia…*, págs. 322-325), entre otras razones porque el combatiente no nidifica en la Tróade; en su lugar propone a la ganga u ortega *(Pterocles orientalis, Pterocles arenarius)*, que es un ave gregaria y que combate celosamente por la posesión de las hembras.

1206 Es decir, misios, pero recuérdese lo dicho en nota 1186.

1207 Creencia muy extendida en la Antigüedad. El Talmud refería, por su parte, que se alimentaba con los rayos del sol. En consideración a tan singular virtud, el *Bestiario Toscano* (XIX) compara al camaleón con el sabio, que no cuida de lo material sino tan sólo de lo espiritual, y según los bestiarios catalanes el animal obra como las personas prudentes, que no cuidan de las riquezas terrenales (MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario…*, 115). Todavía en la primera mitad del siglo XV JUAN DE MENA *(Laberinto de Fortuna* CCLIX, a-d) llegaba a escribir: «Al gamaleón que del ayre se cría / son semejantes los tales effectos, / que tantos e quantos tocase de objectos / de tantas colores se buelve en el día». Pero un siglo más tarde el médico y naturalista francés PIERRE BELON *(Les observations de plusieurs singularitez et choses mémorables trouvées en Grèce, Asie, Judée, Egypte, Arabie et autres pays estrangers, rédigées en trois livres*, París, 1553*)* ya señalaba que esta idea era equivocada, pues él mismo había comprobado en El Cairo que se alimentaban de moscas, langostas y gusanillos que atrapaban con la lengua.

1208 Todos los detalles sobre el camaleón derivan de PLINIO (VIII 120-122), quien a su vez los tomó de ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* II 503 a-b) y de Juba de Mauritania.

1209 En general, el camaleón era tenido por los supersticiosos como un animal nefasto y venenoso (véase PLINIO, XXVIII 112-114).

1210 Aunque esto no es cierto, encierra sin duda una observación real sobre las costumbres de las cigüeñas, puesto que apartan e incluso matan a sus congéneres enfermas o incapaces para el viaje migratorio.

1211 Esta noticia procede de PLINIO (X 62), pero no es cierta. Las cigüeñas poseen una pequeña lengua, de forma triangular.

1212 Ambos hechos, el que las cigüeñas jóvenes alimentasen a las viejas y el comprobar que las hembras perdían las plumas por la parte del cuerpo que soportaba la incubación, demostrando un acendrado amor paterno y filial, valieron a la cigüeña la calificación de *pia avis* o *pietatis cultrix* y el ser considerada símbolo de la *Pietas*, a cuya imagen suele aparecer asociada (SAUVAGE, *Étude de thèmes animaliers…*, 227). Según el testimonio de ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* X 16), ya los antiguos egipcios las veneraban en razón de los miramientos que los cigoñinos reservaban a los padres cuando eran viejos; para los griegos, las cigüeñas eran reflejo de la justicia porque se guiaban por la ley de que los hijos velasen por los padres: SÓFOCLES, *Electra* 1058-1062; ARISTOFANES, *Las aves* 1355-1357; PLATÓN, *Alcibiades* 135 e; ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* IX 615 b; PLUTARCO, *Obras morales* 962 E; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* III 23; léxico de la SUDA, s.v.

antipelargeîn.

1213 Por eso, algunas fuentes antiguas nos transmiten la legendaria noticia de que matar a una cigüeña constituía en Tesalia un delito equiparado al homicidio y castigado incluso con la muerte (TEOFRASTO *fragm*. 174; PLINIO, X 62; ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. *Thessalía);* a su vez, PLUTARCO *(Obras morales* 380 F) afirma que se pagaba con el exilio. CLEMENTE *(Protréptico* III 39, 6) se limita a referir que los tesalios honran a dichas aves. En razón de esos efectos benefactores para la agricultura la cigüeña está hoy protegida en algunos países de Oriente (CAPPONI, *Ornithologia…*, 161).

1214 Galacia fue el territorio que formaba la parte oriental de la Gran Frigia, en Asia Menor; el término se creó en época helenística, cuando los llamados por los griegos gálatas o galos se apoderaron del mismo. Estos inmigrantes, que procedían del grupo celta de los galos, se consolidaron en Asia a finales del siglo III a. C. y se dividieron en tres grandes ramas; tolistoagos, tectosagos y trocmos. Nombres como veturos, ambitutos, tutobodiacos, tolosbocos, etc.., eran sólo denominaciones de algunas fracciones tribales en relación de dependencia respecto a las tres ramas principales: *vid*. S. MITCHELL, *Anatolia. Land, Men and Gods in Asia Minor*, vol. I: *The Celts and the Impact of Roman Rule*, Oxford, 1993, págs. 42-69.

1215 Actualmente, el Sakarya.

1216 Por haber habitado allí los bébrices, aniquilados por los bitinios hacia el siglo VIII a. C. El nombre es recordado también por SERVIO *(Coment. a Virgilio, Eneida* V 373).

1217 Pues Bitinia fue ocupada durante algún tiempo por la tribu tracia de los migdones.

1218 Hijo de Odrises y hermano de Tino, cumple el papel de epónimo de aquel territorio.

1219 Se trata de Prusias *ad mare*, más conocida como Cíos. No debe confundirse con Prusa o Prusias del Olimpo, ni con Prusias del Hipio, aunque las tres ciudades homónimas se hallaban en Bitinia.

1220 La historia formaba parte de la tradición de los Argonautas. Después de ser raptado Hilas por las ninfas, Heracles, que no había sido capaz de recuperarlo, tomó rehenes de los misios y les hizo jurar que no descansarían hasta encontrar a su amado. ESTRABÓN (XII 4, 3 [C 564]) cuenta que los habitantes de Cíos organizaban una procesión por las montañas y llamaban a Hilas; según NICANDRO (fr. 48 SCHNEIDER = ANTONINO LIBERAL, *Las Metamorfosis* 26), la fiesta se celebraba en una fuente: cf. G. L. HUXLEY, «Thracian Hylas», *Journal of Helllenic Studies* 109 (1989), 185-186. El sacerdote gritaba por tres veces el nombre de Hilas, y otras tantas respondía solamente el eco. Evidentemente, el culto a Hilas es característico de los ritos a divinidades del tipo Adonis estudiados por Frazer (Priolas, Osiris, Reso, Bormo, Lino, Manero, Litierses, Armonía en Samotracia).

1221 Sin embargo, la orden de destierro y confiscación de sus bienes dada por el

gobierno de Cartago no se produjo antes de la marcha de Aníbal para encontrarse con Antíoco (julio del 195 a. C.), sino que fue dictada dos años más tarde, en el 193, cuando Aristón de Tiro denunció que el extraordinario general cartaginés había adoptado nuevamente una actitud belicosa respecto a los romanos (E. GROAG, *Hannibal als Politiker*, Viena, 1929, págs. 126-127; W. GÖRLITZ, *Hannibal. Eine politische Biographie*, Stuttgart-Berlín-Colonia-Maguncia, 1970, págs. 158-159).

1222 Sobre estos últimos años de la existencia de Aníbal, véase TITO LIVIO, XXXIX 51; PLUTARCO, *Flaminino* 20, y CORNELIO NEPOTE, *Vidas* XXIII, 7-12, aunque Solino parece más bien haber seguido a Trogo Pompeyo (JUSTINO, XXXII 4, 2 ss.). Después de la batalla de las Termópilas (191 a. C.) Aníbal siguió junto a Antíoco, pero tuvo que abandonar aquel reino cuando se produjo la derrota de la flota seléucida en Side (190). Estuvo luego en Creta, y más tarde en Armenia; desde allí pasó finalmente al reino de Bitinia (J. SEIBERT, *Hannibal*, Darmstadt, 1993, págs. 518-521). Murió en el año 183. El monumento sepulcral del gran general cartaginés, cercano a Libisa (hoy Diliskelesi), fue deshecho y sobre él se levantó una iglesia cristiana: A. M. MANSEL, «Zur Lage des Hannibalgrabes», *Archäolog. Anzeiger* 1972, 257-275. En este punto, algunos códices de la familia III (SAP) añaden: «y se libró con la muerte de las cadenas romanas», lo que expresa nuevamente una idea redundante.

1223 Así denominado por el pueblo de los mariandinos, ocupante histórico de aquellos territorios.

1224 El nombre griego de esta población era Akónai (Aconas). Como en sus cercanías y en las de Heraclea crecían las dos especies de planta conocidas como acónito, ya desde TEOPOMPO DE QUÍOS *(FGrHist* 115 F 181) y TEOFRASTO *(Historia de las plantas* IX 16, 4) se había hecho derivar el nombre de la hierba del de la ciudad. Ésta era una de las etimologías supuestas por los antiguos; la otra explicaba el nombre de la planta por los ineludibles efectos del veneno *(akóniton*, «sin lucha o invencible»).

1225 Esta gruta era uno de los lugares, junto con la cueva del cabo Ténaro, que se imaginaba estar comunicado con el Hades. Según una tradición, recogida por JENOFONTE *(Anábasis* V 2, 2) y APOLONIO DE RODAS *(Las Argonáuticas* II 353-356; 734-737), Heracles bajó por esta entrada para sorprender a Cerbero. Probablemente esta leyenda sirvió para crear la historia de que el venenoso acónito, tan abundante en la zona, era el fruto de las babas derramadas en el suelo por este can de los infiernos (DIONISIO DE ALEJANDRÍA, *Descripción de la tierra habitada* 790-793).

1226 Hoy el Kerembe Burnu, frente al cabo Metopon del Quersoneso Táurico, que divide en dos mitades al Mar Negro.

1227 Unos 91,5 km.

1228 Efectivamente, la leyenda romana explicaba el origen de los vénetos ligándolos a los énetos de Paflagonia citados en el catálogo homérico del ejército troyano *(Ilíada* II 851-852), y este pueblo habría llegado al Adriático tras la destrucción de Troya. Solino tal vez no entendió a PLINIO (VI 5), que invocaba la autoridad de CORNELIO NEPOTE

(*frag*. 23 MARSHALL, 24 MALCOVATTI, AGNES) para señalar que los énetos poseyeron la ciudad de Cromna, e inventó la inexistente población de Éneto. Pero tampoco cabe descartar la posibilidad de que Solino quisiera referirse, con ese nombre, a una aldea llamada por las fuentes griegas Énete, cerca de Amastris, o a la antigua población de Amiso (Énete), donde, según ESTRABÓN (XII 3, 8 [C 543]) pudieron haber vivido los énetos.

1229 La derrota de Mitridates se produjo en el 63 a. C. La noticia tanto podría referirse a la antigua ciudad de Amiso, una parte de la cual fue rehecha por Mitridates con el nombre de Eupatoria, convirtiéndola en su residencia, como a Eupatoria del Iris, que tras la victoria de Pompeyo pasó a denominarse Magnópolis: véase DREIZEHNTER, «Pompeius…», pág. 236.

1230 El que forma el lado izquierdo de Capadocia.

1231 Era la larga cordillera que llega desde el Ponto hasta el oeste del Eufrates, llamada por los griegos *Paryádrēs oros*. Plinio los llama montes Parihedros.

1232 Fundada en realidad por el rey Arquelao de Capadocia, el emperador Claudio le concedió el rango colonial. Arquelaida no se hallaba, sin embargo, en las cercanías del Halis, por lo que cabe suponer que PLINIO (VI 8), fuente de Solino, se equivocó al adjudicarle un dato que correspondía a otra ciudad de Capadocia (en concreto, a Archalla o Archama).

1233 También llamada Melitene, figura ya mencionada en los documentos orientales con el nombre de Milid.

1234 Mázaca pasó a llamarse definitivamente Cesarea por decisión del rey Arquelao Sisines entre los años 12 y 9 a. C. El nombre de Mázaca sería un derivado de Mosoch, patriarca de los capadocios; de ahí el que la ciudad fuera tenida por la antigua capital de toda la raza, como recuerdan las monedas con la leyenda *Kaisareîa Mētrópolis*. ESTRABÓN (XII 2, 7 [C 537]) la denomina metrópoli de los capadocios.

1235 El Argeo —hoy conocido con el nombre de Erciyas— posee, es cierto, nieves perpetuas (*vid*. ESTRABÓN, XII 2, 7 [C 538]). Sus 3916 metros de altura lo convierten en la mayor montaña de Asia Menor. Los habitantes de Cesarea tributaban al monte honores divinos (MÁXIMO DE TIRO, 2, 8), y como divinidad personificada —a veces en sincretismo religioso con Zeus— el Argeo aparece en las monedas de Cesarea y en algunas gemas; cf. P. WEISS, *LIMC*, II, 1, 584-586, s.v. *Argaios*.

1236 Los caballos de Capadocia, de ancho pecho y cuerpo alargado y esbelto, eran tenidos por una de las mejores razas del mundo antiguo; 1500 de ellos se entregaban anualmente, como tributo, a los reyes persas (ESTRABÓN, XI 13, 8 [C 525]). Constituyeron una casta, mencionada por OPIANO (*Cinegéticas* I 171; 197-201), y hubo una constante demanda de los mismos durante los siglos III y IV d. C. (VEGECIO, *Medicina veterinaria* III 6, 4).

1237 Todas estas afirmaciones serán justificadas ahora con ejemplos concretos (SOLINO, 45, 11 y siguientes).

[1238] Ya en la propia Antigüedad se dieron otras dos razones para explicar su nombre: por la gran longitud de su frente, parecida a la de un buey, o porque, siendo su capa negra, el caballo mostraba un lucero semejante a la cabeza de un buey. El *Etymologicum Magnum*, 207, 50 ss., s.v. *Bouképhalos*, matizó la historia de los pequeños apéndices bovinos alegando que no eran naturales, sino que se trataba de unos cuernecillos dorados con los que Alejandro engalanaba a su montura. Lo cierto es que la versión sobre la marca herrada en forma de cabeza de toro o de bucráneo parece la más verosímil, a juzgar por el hecho de que en Atenas ese tipo de hierro se conocía con el nombre de *boukephalas* y de que en Tesalia, de donde quizá procedía el caballo de Alejandro, se llamaba «bucéfalos» a los ejemplares estigmatizados con esa señal; véase S. GEORGOUDI, *Des chevaux et des boeufs dans le monde grec. Réalités et représentations animalières à partir des livres XVI et XVII des «Géoponiques»*, Paris-Atenas, 1990, págs. 145-146. La marca a fuego de los caballos fue bastante usual en el mundo grecorromano: FANTASIA, «Astikton chorion», 1171.

[1239] La misma historia estaba ya en PLUTARCO *(Obras morales* 970 D), el cual añadía que, en tales circunstancias, Bucéfalo ni siquiera permitía que otra persona se acercase a él. Sobre el nombre, raza y costumbres de este caballo de Alejandro puede verse L. STERNBACH, «Excerpta Vaticana», *Wiener Studien* 16 (1894), 13-19; A. R. ANDERSON, «Bucephalas and his legend», *Amer. Journal of Philology* 51 (1930), 1-21.

[1240] La ciudad se fundó, en efecto, en el año 326 a. C., junto al río Hidaspes, después de la muerte de su caballo y de la batalla ganada frente al rey Poros.

[1241] Según SUETONIO *(César* 61), sus pezuñas estaban hendidas de forma que imitaban los dedos de los pies. El nacimiento de este caballo en las cuadras de César habría hecho presagiar a los arúspices que su dueño conquistaría el mundo. Al igual que Bucéfalo, se decía que este caballo nunca había admitido otro jinete (PLINIO, VIII 155). Todo ello hace pensar que se trata de una historia emulatoria de Alejandro Magno. La estatua ecuestre de César se alzaba, efectivamente, ante el recinto del santuario: R. SCHILLING, *La religion romaine de Vénus depuis les origines jusqu'au temps d'Auguste* (BEFAR, Fasc. 178), París, 1954, pág. 310.

[1242] Es un dato seguramente real. Las clases acomodadas de Agrigento presumían de la calidad de sus caballos y con ellos habían conseguido victorias olímpicas. No debe extrañar, por tanto, que les hubieran levantado lujosos túmulos —como hicieron Milciades y el lacedemonio Evágoras con los corceles que les dieron el triunfo en Olimpia (ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* XII 40)— y que celebrasen juegos fúnebres en su honor *(vid.* KELLER, *Die antike Tierwelt*, I, 230).

[1243] Probablemente Nicomedes IV Filópator, rey de Bitinia.

[1244] La anécdota es descrita a la inversa (derrota de Antíoco y triunfo de Centareto o Centoarates) por FILARCO (*FGrHist* 81 F 49 = PLINIO, VIII 158) y ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* VI 44), lo que nos impide saber quién acertó en la exposición del hecho (Salmasius, por ejemplo, fue partidario de corregir a Plinio con la versión de

Solino). Pero además, ignoramos si el monarca aludido fue Antíoco I Sóter, que habría sido en tal caso vencido y muerto por los galos de Éumenes (261 a. C.), o Antíoco Hiérax, que habría perecido en un encuentro contra los galos de Tracia en el 226 a. C.: *vid*. A. BOUCHÉ-LECLERCQ, *Histoire des Séleucides (323-64 a. C.)*, París, 1913, 116-117, 565-566; LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques*, I, París, 1949, 507.

1245 Claudio sufragó, durante sus años de gobierno, numerosos espectáculos de circo que solían incluir carreras de carros (SUETONIO, *Claudio* 21).

1246 La historia está tomada de PLINIO (VIII 161), aunque Solino no menciona a Veyos. Se decía que este Ratumenna o Ratumenas fue un etrusco de Veyos cuyos corceles, sin obedecer sus órdenes, lo condujeron hasta Roma después de haber ganado un concurso de carros en su ciudad natal. La entrada abierta por los caballos en los muros de Roma, donde el auriga etrusco cayó desmontado de la cuadriga, recibió desde entonces el nombre de Puerta Ratumena (FESTO, 340, 31 L, s.v. *Ratumenna porta;* PLINIO, VIII 161; XXVIII 16; PLUTARCO, *Publícola* 13); el protagonista de la historia posee el carácter de héroe ficticio: véase J.-P. THUILLIER, «L'aurige Ratumenna: histoire et légende», en *La Rome des premiers siècles. Légende et histoire. Actes de la Table Ronde en l'honneur de Massimo Pallotino* (Istituto Nazionale di Studi Etruschi e Italici. Biblioteca di «Studi Estruschi», 24), Florencia, 1992, págs. 247-255. La grafia *Rutumanna* usada por Solino, que figura en un epígrafe funerario como nombre de guerra de un gladiador, tiene tal vez origen céltico: G. L. GREGORI, «Tra epigrafia e filologia: un gladiatore di nome Rutumanna», *Arctos* 25 (1991), 45-50.

1247 La cifra de 70 transmitida por los manuscritos solinianos contiene sin duda un error haplográfico (LXXVIXISSE en lugar de LXXVIXISSE), puesto que los restantes autores antiguos que proporcionan este mismo dato (ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* V 545b; PLINIO, VIII 164; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* XV 25) coinciden en señalar que aquel supuesto caballo llegó a vivir 75 años. He corregido el texto por considerar que en este punto el manuscrito pliniano de nuestro autor ofrecía aquella cifra y que Solino la tomó correctamente.

1248 La noticia se halla ligeramente deformada por Solino, puesto que Opunte fue el lugar donde vivió el garañón, no su nombre *(vid*. ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* VI 576 b; PLINIO, VIII 163).

1249 Del griego *hippomanes*, «que enfurece a los caballos», porque su olor volvía como locos a los machos y las hembras; por eso la yegua se lo comía nada más haber nacido el potro (ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* VI 577 a; ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 20, 3 GIANNINI; PLINIO, VIII 165). Recibían también este mismo nombre de «hipomanes» ciertos líquidos segregados por las yeguas en celo desde sus partes genitales; todo ello, como recuerda el propio Aristóteles y sabemos por otras fuentes (PAUSANIAS, V 27, 3; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* XIV 18), era especialmente buscado por las hechiceras para confeccionar sus pócimas de amor: véase, sobre su empleo como afrodisiaco, T. HOPFNER, *Das Sexualleben der Griechen und Römer, von den Anfängen bis ins 6. Jahrhundert nach*

Christus. Auf Grund der literarischen Quellen, der Inschriften, der Papyri und der Gegenstände der bildenden Kunst systematisch-quellenmäßig dargestellt, 1 Bd., 1. Hälfte, Praga, 1938, 283-284; TUPET, «Rites magiques…», 2653-2657.

1250 Éste era uno de los caracteres esenciales, dentro del mito griego e indoeuropeo, de los caballos «engendrados» por el viento: la brevedad de su vida; *vid*. BERMEJO BARRERA, *Mitología…*, págs. 91-92, y *supra*, SOLINO, 23, 7.

1251 En la batalla de Arbelas (Erbil), en el 331 a. C.

1252 Según PLINIO (VII 108), era una cajita de oro engastada con perlas y piedras preciosas.

1253 Solino escribe DLXV (565), lo cual es inexacto, pero no estamos autorizados a enmendar el texto puesto que el error se encontraba ya en los manuscritos de PLINIO (XIII 24), que ofrecen la misma cifra. La fecha de la censura de Craso y César fue el 89 a. C.: esto equivale, en la cronología de la fundación de la Urbe, al año DCLXV (665), que sí figura correctamente en otro pasaje de PLINIO (XIV 95).

1254 Esta medida formó parte de una disposición más amplia de naturaleza económica; *vid*. T. FRANK, «Pliny, H.N. XIV, 95, quadrantal», *Amer. Journ. of Philol*. LII (1931), 278.

1255 Lucio Munacio Planco, cónsul del 42 a. C. Su supuesto segundo consulado es un error, que Solino tomó de PLINIO (XIII 25).

1256 En realidad fue su propio hermano Lucio Munacio Planco, presionado por los triunviros, el que dio su conformidad a la proscripción de Lucio Plocio Planco (cuyo primitivo nombre, antes de ser adoptado por Lucio Plocio, era el de Gayo Munacio Planco). Los sucesos narrados ocurrieron en el 43 a. C.; la anécdota refiere que, refugiado en Salerno, sus perseguidores rastrearon su escondite dentro de la casa guiándose por los perfumes. Plocio fue capturado y ajusticiado (VELEYO PATÉRCULO, II 67, 3; VALERIO MÁXIMO, VI 8, 5; DIÓN CASIO, LIV 2, 1).

1257 Se trata, probablemente, de una variedad del limonero que era antiguamente conocida con el nombre de árbol de Media. Los versos de Virgilio aludidos son *Geórgicas* II 126-135.

1258 Este detalle, que figura ya en Virgilio, ha hecho pensar que quizá el árbol fuese un gran naranjo borde de frutos amargos, puesto que el limonero suele ser pequeño; *vid*. G. de PLUIVAL, «A travers le Livre II des Géorgiques de Virgile», *Museum Helveticum* 1 (1944), 81.

1259 El limonero estaba ya extendido por el Mediterráneo, con seguridad, en la segunda mitad el siglo IV d. C. La aparición del precio de los limones en el Edicto de Diocleciano, del año 301, significa probablemente que ya había empezado a cultivarse en Europa.

1260 Ocho millas, alrededor de 11,5 km.

1261 Veintiocho millas, algo más de 40 km.

1262 Es el paso de Firuskuh, también llamado Chawar o Sirdari-Khar, en la estribación meridional de la cordillera del Elbur, en Persia.

1263 El nombre de la ciudad era Dara, que en Plinio y Justino figura como Dareio. Fundada en la región de Apavortena por Arsaces I de Partia, recibió un territorio lleno de feraces campos y de bosques.

1264 Pueblos de los aledaños del Mar Caspio; las formas «lápiros» y «naricos» que figuran en el texto de Solino son incorrectas y podrían ser corregidas en tápiros y anariacos, tal como han hecho los editores de PLINIO (VI 46) apoyándose en citas de ERATÓSTENES (en ESTRABÓN, XI 8, 8 y 9, 1 [C 514]) y de POLIBIO (V 44). Sin embargo, es evidente que nuestro autor utilizó un ejemplar de Plinio en el que ambos nombres ya estaban deturpados y que se limitó a copiarlos como creyó leerlos.

1265 La región de Margiana, surcada por el río Margo, fue un territorio muy próspero que formaba parte de la satrapía persa de Bactriana.

1266 Unos 278 km.

1267 Equivalente a 120 millas, casi 175 km.

1268 Solino se refiere, dede luego, a la primera Alejandría de la serie de las fundadas en Asia.

1269 Fue rehecha por Antíoco I Sóter. Posteriormente aún adoptó el nombre de Antioquía de Margiana. Es la actual ciudad de Marw o Merv.

1270 Es decir, casi 14 km.

1271 La derrota sufrida en Carras por Craso, frente a los partos, el 9 de junio del 53 a. C.

1272 El promotor de su reconstrucción fue Antíoco II Teos. La ciudad estuvo en el distrito de Aria; su segundo nombre se le impuso en honor de Aqueo, suegro de Seleuco Calínico y consuegro de Antíoco II.

1273 El Amur Daria.

1274 Mar de Aral.

1275 Nada se sabe de estos dos pueblos; el segundo de ellos es mencionado por CLAUDIO PTOLOMEO (VI 12, 4) al norte de Sogdiana. La forma oxístacas que aparece en los manuscritos de Solino, así como oxítagas, que figura en PLINIO (VI 48), ha desplazado al nombre original de oxídracas.

1276 El auténtico nombre de la capital era *Bactra*, un plural neutro; Solino lo ha convertido en singular *(Báktron = oppidum Bactrum)*. El río Bactro era uno de los afluentes del Oxo; no debe confundirse con el Araxes, pese al error creado por un pasaje del Pseudo-Plutarco: *vid*. G. DOSSIN, «Le fleuve Araxe-Bactre-Halmos», en *Hommages à Waldemar Deonna* (Coll. Latomus, vol. 28), Bruselas, 1957, 194-196.

1277 Es el Hindukush; *vid. supra*, nota 1159.

[1278] Fue quizá otro de los afluentes del Oxo; su identificación resulta imposible.

[1279] La llamada Alejandría Eschate, construida junto al río Yaxartes (el Sir Daria). Fue edificada en menos de tres semanas. Es la actual ciudad de Leninabad (antes Chodschent); *vid.* S. LAUFFER, *Alexander der Große*, Múnich, 1978, pág. 126; BRIANT, *État et pasteurs…*, págs. 228-229.

[1280] Pero éstas no son las grandes aras que Alejandro mandó levantar en el río Hifasis para señalar el límite oriental de su nuevo imperio (ARRIANO, *Anábasis de Alejandro* V 29, 1; CURCIO, IX 3, 19; DIODORO SÍCULO, XVII 95, 1; PLUTARCO, *Alejandro* LXII 8), sino los altares que estaban situados en los puestos más avanzados del mundo persa, levantados por Ciro y consagrados a cultos orientales, aunque los macedonios los interpretaron como ritos en honor de Dioniso y de Heracles (R. L. Fox, *Alexander der Grosse. Eine Biographie*[2], Düsseldorf, 1979, pág. 413).

[1281] El Don.

[1282] Demodamante nació en Mileto; es lógico que quisiera honrar a la principal divinidad de su patria.

[1283] Probablemente significa «gente de los sak», que ocupaban la meseta del Pamir; sobre las relaciones entre las tribus sacas o escitas y los monarcas Aqueménidas, *vid*. BRIANT, *État et pasteurs…*, págs. 181-234.

[1284] Podría tener el sentido de «amigo, amistoso».

[1285] Los paleos o palos eran una de las más antiguas tribus escitas, que descendía del legendario rey Palo, hermano de Napes (epónimo de los napas). No he corregido la forma «apaleos», que está en Solino, aunque deriva de un falso corte del texto de PLINIO (VI 50: *ibi Napaei interisse dicuntur a Palaeis).*

[1286] Es justamente a la inversa, como ya señalaron ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* II 499 a) y PLINIO (VIII 67). El arábigo, de una sola joroba, es el *camelus dromedarius;* el de Bactria, que posee dos, es el *camelus bactrianus*. Pero durante la Antigüedad clásica no hubo un concepto claro sobre la morfología y cualidades de este animal oriental: véase H. EPSTEIN, «Le dromadaire dans l'Ancien Orient», *Revue Historique des Sciences* 7 (1954), 247-268; K. SCHAUENBURG, «Die Cameliden im Altertum», *Bonner Jahrbücher* 155-156 (1955-1956), 59-94; *idem*, «Neue antike Cameliden», *ibidem* 162 (1962), 98-106.

[1287] Los camellos bactrianos poseen más vigor que el dromedario y eran frecuentemente utilizados para el transporte (HERÓDOTO, VII 125; ATENEO, V 219 a); en cambio, al dromedario árabe se le consideraba tan veloz como el caballo (HERÓDOTO, III 102; VII 86), aunque se trata de una apreciación inexacta. Por lo demás, ambos tipos fueron siempre domesticados en Asia, Arabia y en el norte de África y destinados tanto al comercio como a la guerra: *vid*. DIODORO SÍCULO, III 44, 4, y P. GOUKOWSKY, «Κάμηλος δρομάς (En marge de Diodore de Sicile XVII, 105, 7)», *Revue de Philologie* 41 (1967), 247-254; RASCHKE, «New Studies…», págs. 638, 648, 790 (n. 623), 884 (nn.

942 y 943); BRIANT, *État et pasteurs…*, págs. 132-133; I. KÖHLER-ROLLEFSON, «Camels and Camel Pastoralism in Arabia», *Biblical Archaeologist* 56 (1993), 180-188.

1288 Según DIODORO SÍCULO (XIX 37, 6), podían recorrer por etapa hasta un máximo de mil quinientos estadios (277 Km., lo que equivaldría a unas 14 horas de marcha al trote). Más realista parece una noticia referida por ESTRABÓN (XV, 10 [C 724]), el cual señala que los dromedarios de Alejandro hicieron el camino desde la Drangiana hasta Ecbátana en 11 días, cuando era un recorrido en el que normalmente se invertían (a pie) de 30 a 40 días: como la distancia entre ambos puntos es de 1.200 kilómetros aproximadamente, cabe pensar que en cada etapa los camellos avanzaron 120 kms (puesto que los griegos incluían en el número de once el día de salida y el de llegada). La realidad es que un camello puede viajar ocho o nueve kilómetros a la hora yendo al paso; el viajero y explorador inglés W. THESIGER, *Arenas de Arabia*, Barcelona, 1998, pág. 43, asegura haber recorrido 185 kilómetros en 23 horas y una distancia de 725 kilómetros, de Jabal Maidob a Omdurmán, en nueve días.

1289 El odio de los camellos hacia los caballos fue explotado por los persas en las batallas para desbaratar la caballería enemiga: *vid*. HERÓDOTO, I 80; VII 87; JENOFONTE, *Ciropedia* VI 2, 18; VII 1, 27 y 48; ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* VI 571 b; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* III 7; XI 36.

1290 Es la cifra que transmiten ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* VIII 595 b) y PLINIO (VIII 68). Sólo ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XVII 7) declaró que soportaban la sed durante ocho días, lo cual se acerca más a las noticias que los beduinos proporcionaron a THESIGER, *Arenas de Arabia*, págs. 164 s.: en invierno, si hay pastos verdes, pueden pasar largas temporadas sin beber; mientras que en verano, refugiándose a la sombra de árboles, pueden soportar la sed durante una semana.

1291 La idea sobre su predilección por las aguas turbias arranca de ARISTÓTELES *(Investigación sobre los animales* VIII 595b; 605a; cf. PLINIO, VIII 68), el cual asegura que es también típica de los caballos. ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XVII 7) había añadido que esta conducta obedecía a su repugnancia hacia el agua clara.

1292 La castración de la hembra del camello consistía, al parecer, en una cauterización de las partes genitales. De este modo servían mejor para la guerra no sólo por su robustecimiento, sino también porque no podían quedar preñadas (ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* IX 632a; PLINIO, VIII 68; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* IV 55). Ahora bien, si Solino nos refiere este dato sobre la aplicación bélica de las hembras es porque entonces constituía una singularidad: tal como consta en varios papiros griegos de Egipto *(vid*. S. DARIS, «Documenti minori dell'esercito romano in Egitto», en H. TEMPORINI [ed.], *ANRW*, II 10. 1, Berlín-Nueva York, 1988, págs. 730-733), para las actividades militares solían ser prioritariamente utilizados los camellos machos, y ello coincide con las noticias suministradas por THESIGER, *Arenas de Arabia*, 74.

1293 Tal vez los montes Tapura, que se alzan sobre el lago Issikköl, el cual forma

un gran mar interior en la estepa.

1294 Esta denominación se aplicó propiamente a un pueblo real de los confines indoescitas que ocupaba las regiones de Cachemira, a través de los cuales llegaba la seda de China; más tarde los romanos extendieron el nombre de *seres* hacia el sureste asiático, creando una confusión con el de los chinos: Y. JANVIER, «Rome et l'Orient lontain: le problème des Sères. Réexamen d'une question de géographie antique», *Ktema* 9 (1984), 261-303.

1295 Como VIRGILIO *(Geórgicas* II 121) y PLINIO (VI 54), Solino se imagina que la seda colgaba en largos hilos de los árboles y que era recogida valiéndose de peines (BEAVIS, *Insects…*, pág. 145). Lo cierto es que además de los procedentes de la cría doméstica, en la propia naturaleza había también capullos hilados por el gusano de seda salvaje.

1296 Ésta es la razón de que fueran usados, sobre todo, por las rameras. La protesta de Solino recuerda la formulada por SÉNECA *(Sobre los beneficios* VII 9, 5), que acusa también a los vestidos de seda de no proteger ni el cuerpo ni el pudor. Lo cierto es que durante todo el Imperio la seda estuvo de moda entre las clases altas.

1297 Estos datos acerca de la tranquilidad y retraimiento de los orientales eran el reflejo de su moral confuciana. Como sabemos por los anales de la dinastía Han, el comercio lo ejercían a través de intérpretes en la provincia del Turkestán. La forma de entenderse con sus intérpretes, por medio de signos convenidos, pudo dar lugar a estas ideas, divulgadas por los comerciantes antiguos que ya frecuentaron las rutas de la seda: H. W. HAUSSIG, «Die ältesten Nachrichten der griechischen und lateinischen Quellen über die Routen der Seidenstraße nach Zentral- und Ostasien», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 18 (1980), 9-24.

1298 Llamados otorocorras por CLAUDIO PTOLOMEO (VI 16, 5), forma más correcta. La tradición brahmánica de la India situaba hacia el norte la morada de este legendario y bienaventurado pueblo de los Uttarakuru; son, presumiblemente, los habitantes del Tibet. La tradición histórica antigua los elevó, como a los hiperbóreos, a la condición de un pueblo siempre feliz: A RIESE, *Die Idealisierung der Naturvölker in der griechischen und römischen Literatur* (Programm des städtischen Gymnasiums zu Frankfurt a. M., Ostern 1875), Frankfurt, 1875, págs. 3-46.

1299 Escribió en griego, en época de Ptolomeo II Filadelfo (285-247 a. C.), una obra geográfica sobre los atacoros. Solino lo menciona indirectamente, a través de PLINIO, VI 55 (= *FGrHist* 645 F 2).

1300 Tribu tracia que vivía junto a la desembocadura del río Hebro; su nombre acabó siendo, entre los romanos, sinónimo de tracios. Pero tanto Solino como su modelo (PLINIO, VI 55) se refieren ahora al primitivo pueblo de los cicones, contemporáneo de Homero.

1301 La cordillera del Himalaya. Como sugirió Salmasius, la expresión *a Medis*, que figura en Solino, debe corregirse en *ab Emodis* o *ab Haemodis: vid*. E. KIESSLING, *RE* V

2, 2502-2504, s.v. *Emodon*.

1302 El templado viento primaveral, también llamado céfiro.

1303 Los vientos que traían los monzones.

1304 Lo cierto es que Posidonio la colocaba haciendo frente a la parte occidental de Galia (PLINIO, VI 57).

1305 Todos los testimonios acerca de la India recopilados por Megástenes, que residió en la corte de Chandragupta y escribió a comienzos del siglo III a. C., fueron recogidos por Jacoby en *FGrHist* 715 F 1-34; los datos referentes a su legación se hallarán en OLSHAUSEN, *Prosopographie der hellenistischen Königsgesandten…*, núm. 127, 172 s. Sobre el papel de Megástenes en la tradición etnográfica, véase A. ZAMBRINI, «Gli *Indiká* di Megastene», *Annali della Scuola Normale Sup. di Pisa*, Ser. III, 12, 1 (1982), 71-149; *idem*, «Idealizzazione di una terra: etnografia e propaganda negli Indiká di Megastene», en *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche* (Collection de l'École Française de Rome, 67), Pisa/Roma, 1983, 1105-1118; K. KARTTUNEN, «Distant Lands in Classical Etnography», *Grazer Beiträge* 18 (1992), 195-204.

1306 Ptolomeo II (285-247 a. C.).

1307 Nada seguro sabemos sobre este historiador, que debió de escribir algún tratado sobre la India en el primer cuarto del siglo III a. C. Los testimonios y fragmentos de su obra figuran en Jacoby, *FGrHist* 717; véase también H. BERGER, *RE* V 1, 972-973, s.v. *Dionysos* (117).

1308 Este número de pueblos es, a todas luces, excesivo. SÉNECA (en PLINIO, VI 60) y ARRIANO *(Historia de la India* 7) lo fijan, seguramente basados en Megástenes, en 118. Como Plinio parece hablar de nueve grandes *gentes* (tribus o razas) en la India, a las que podrían pertenecer esos 118 *populi*, es probable que Solino tomase esa cifra VIIII por nueve mil (VIIII).

1309 La expedición a la India de Dioniso fue una creación del Helenismo, particularmente de Megástenes, que creyó encontrar en aquel territorio elementos del culto dionisiaco. Megástenes justificó además los orígenes del urbanismo, de la agricultura y del derecho en la India como obra del propio dios. La incorporación a su figura de una dimensión guerrera y conquistadora, culminada con la celebración de un triunfo, obedece a los caprichos de la historiografía romana

1310 Según MEGÁSTENES *(FGrHist* F 14), hubo efectivamente entre Dioniso y Chandragupta (Sandracoto) 153 reyes, pero solamente pasaron 6042 años.

1311 Lo cual era correcto, pues el Ganges brota de las estribaciones occidentales del Himalaya —los montes Emodos de los escitas o Cáucaso indio—, como señalaron Megástenes, Artemidoro y Eratóstenes *(vid.* ESTRABÓN, XV 1, 13 [C 690]; 72 [C 719]; POMPONIO MELA, III 68).

1312 O Hipasis (Hifasis), es el Bias, tributario de un afluente del Indo.

1313 Ocho millas, es decir, 11,6 Km.

1314 Veinte millas, unos 29 Km.

1315 Casi treinta metros de profundidad. Todas estas medidas remontan a Megástenes y fueron aceptadas, con ligeras variantes, por toda la literatura antigua (véase, por ejemplo, ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* XII 41). Las medidas reales oscilan entre algo más de 400 metros y un kilómetro y medio de anchura; la profundidad, metro y medio.

1316 También eran llamados gandárides. Ocupaban la región de la baja Bengala, alrededor de la desembocadura del Ganges; su capital era Pertalis, llamada Gange por los griegos. Junto con los prasios, constituían las dos grandes potencias de la India en tiempos de Alejandro.

1317 Hay aquí un reflejo del sistema indio de las cuatro castas, que fue descrito de modo bastante irregular por Megástenes (pues elevó su número hasta siete).

1318 Era el grupo de los ascetas, que practicaban la *samnyâsa* o renuncia a las cosas del mundo y vivían al margen de la sociedad, bien como eremitas estables, bien como mendicantes giróvagos. Muchos de ellos pertenecían a la casta de los brahmanes, mientras que otros eran heterodoxos (budistas, «jainistas») que rechazaban la autoridad del Veda y las reglas brahmánicas; la costumbre recomendaba que los ascetas muertos fuesen enterrados, pero no es menos cierto que algún texto *(Leyes de Manu* 6, 31) invitaba al suicidio por inanición: véase, en conjunto, J. GONDA, *Les religions de l'Inde*, I - *Védisme et hindouisme ancien*, París, 1962, 338-344; J. FILLIOZAT, «La mort volontaire par le feu dans la tradition boudhique», *Journal Asiatique* 1963, págs. 21-51; otros datos sobre estos ascetas se incluyen más abajo, en la nota 1333. Decir que todos se quitaban la vida inmolándose en una pira constituye una exageración que generaliza casos aislados; efectivamente, fue muy famosa la escena de la muerte del indio Cálano, personaje del séquito de Alejandro Magno, pues después de haber solicitado que se preparase una pira y que todos asistiesen a su despedida del mundo, tumbóse en ella y acabó consumido por el fuego: MEGÁSTENES, *FGrHist* 715 F 34 a; CARES DE MITILENE, *FGrHist* 125 F 19 a; NEARCO, *FGrHist* 133 F 4; ONESÍCRITO, *FGrHist* 134 F 18; DIODORO SÍCULO, XVII 107; VALERIO MÁXIMO, I, 8 Ext. 10; PLUTARCO, *Alejandro* 69, 6-7; ELIANO, *Historias varias* V 6; CICERÓN, *Sobre la adivinación* 1, 47; *Tusculanas* II 52. Otro filósofo indio, llamado Zármaro, se suicidó del mismo modo en Atenas, en presencia de Augusto, el año 20 a. C. (NICOLÁS DE DAMASCO, *FGrHist* 90 F 100; DIÓN CASIO, LIV 9, 10; PLUTARCO, *Alejandro* 69, 8).

1319 Solino resume de esta forma la farragosa relación de fuerzas con que contaba cada reyezuelo indio y que figura en PLINIO (VI 67-68), tomada de Megástenes. Sin embargo, nuestro autor ha sufrido un error, pues esa isla del Ganges la ocupaban los modogalingas, que eran una fracción de los calingas, sobre cuyo posible ejército no ofrece Plinio ninguna noticia; los cincuenta mil infantes, cuatro mil jinetes y otros tantos elefantes los poseía el rey de los tálutas.

1320 El famoso reino indio de Pracya o de los prasios. En su capital, Pataliputra (Patna), conocida por los griegos como Palibotra, residió durante varios años el historiador griego Megástenes, que estuvo acreditado como embajador de Seleuco Nicator ante el rey Chandragupta (Sandracoto), fundador de la dinastía Maurya.

1321 Nueve mil según PLINIO (VI 68), de quien depende Solino. Las cifras son algo menores en fuentes más fiables: 200.000 infantes, 20.000 jinetes, dos mil carros y cuatro mil elefantes según DIODORO, XVII 93, 2 (al igual que CURCIO, IX 2, 3-4, pero reduce a tres mil el número de elefantes); 200.000 infantes, 80.000 jinetes, ocho mil carros y seis mil elefantes le asigna PLUTARCO, *Alejandro* 62, 3.

1322 Tal circunstancia conviene a una montaña que se halle próxima a la línea del ecuador, donde los objetos iluminados por el sol no arrojan la sombra siempre en la misma dirección, como sucede a los heteroscios, sino que, en función de las etapas del año, son «anfiscios» («tienen sombra a uno o a otro lado»); *vid. supra*, nota 1057. Parece que PLINIO (VI 69), de quien tomó Solino el dato, traspuso a la India noticias que originalmente se atribuían al monte Indrapura o Keriñci, en Sumatra.

1323 Este Betón fue seguramente uno de los topógrafos de la expedición de Alejandro, cuyos datos se recogieron en alguno de los diarios del viaje. Su mención, tanto aquí como en PLINIO (VI 69), es indirecta, a través de Megástenes.

1324 Pero según PLINIO (VI 70), esto ocurría al sur del Ganges, aunque el color negro de las personas era menos profundo que el de los etíopes.

1325 Los pigmeos fueron localizados primero en África, al sur de Egipto, y más tarde se difundió la idea de su presencia en Escitia y Tracia (puesto que así convenía a la historia de su lucha con las grullas, que emigraban al norte). Fue CTESIAS *(FGrHist* 688 F 45 [21]) quien desarrolló la noticia fantástica de que este pueblo también vivía en la India.

1326 Era el reino de Pandya o Pandava, que se extendía desde Kurkhi hasta el cabo Komorín. Megástenes pudo visitarlo y allí recogió la leyenda india relativa a *Pandia*, hija, según él, de Heracles.

1327 Ambos lugares constituyen variantes de la leyenda de Dioniso gestadas durante el viaje de Alejandro: véase O. STEIN, *RE* XVII 2, 1640-1654, *s. V*. Nysa (12).

1328 Efectivamente, *meros* (Mero) significa en griego «muslo, entrepierna». Según el mito, Dioniso, dado a luz por Sémele antes de tiempo, fue albergado por Zeus dentro de un muslo hasta su completo desarrollo. Ya CURCIO (VIII 10, 11-12) había censurado que, basados en ese topónimo, los griegos se hubieran permitido el capricho de inventar la historia de que Líber Pater estuvo oculto en la pierna de Júpiter. Pero la indignación de Solino sobre la irreverencia de esta historia deriva, sin duda, del hecho de que *femur* o *femen* son dos voces que en el latín erótico y anatómico designaban las partes pudendas de la hembra y del varón. Por consiguiente, la expresión que él mismo se ve forzado a emplear para referirse al nacimiento del dios, *femine natus*, se prestaba a equívocos.

1329 Para POMPONIO MELA (III 70), estas dos islas no estaban cerca; la primera se hallaba junto al cabo Tamo (Negraes), y Argira junto al Ganges. En cualquier caso, se trata de informaciones difíciles de reconocer, pues parece probable que tales nombres (Crisa = «áurea»; Argira = «argéntea») pretendiesen evocar algunas islas, penínsulas o territorios continentales enlazados con la India por rutas marítimas y desde donde llegaban metales y objetos preciosos.

1330 También se teñían la barba con diversos colores (NEARCO, *FGrHist* 133 F 11; ONESÍCRITO, *FGrHist* 134 F 21).

1331 Se trata de Arquelao de Capadocia, último monarca de aquel reino antes de su incorporación a la administración provincial romana, el cual fue coetáneo de Augusto. Escribió una corografía sobre los territorios descubiertos por Alejandro Magno *(vid. FGrHist* 123 F 1).

1332 En realidad, los astacanos eran sólo una rama de la más amplia tribu de los asacenos, que ocupaba las dos orillas del río Kofes hasta su desembocadura en el Indo. El país fue invadido por Alejandro Magno.

1333 Se trata de los brahmanes, «jainistas» y budistas que renunciaban al mundo *(vid. supra*, nota 1318), también llamados por las fuentes griegas filósofos o sofistas de la India; el nombre gimnosofistas, «sofistas desnudos», es descriptivo. Se pensaba que algunos de ellos poseían, gracias a su aislamiento y a su actitud contemplativa, fuerzas sobrenaturales, de forma que los ascetas estrictos podían estar erguidos, durante meses, sobre un sólo pie, o quedarse tan inmóviles que los pájaros anidaban en sus cabellos; cf. K. KARTTUNEN, «The Country of Fabulous Beasts and Naked Philosophers - India in Classical and Medieval Literature», *Arctos* 21 (1987), 43-52; la existencia y el género de vida de estas personas fueron conocidos en occidente después de las campañas de Alejandro: G. C. HANSEN, «Alexander und die Brahmanen», *Klio* 43-45 (1965), 351-380; R. STONEMAN, «Naked philosophers: the Brahmans in the Alexander historians and the Alexander Romance», *Journal of Hellenic Studies* 115 (1995), 99-114.

1334 A partir de aquí comienza una fantástica descripción de seres prodigiosos, que fueron expuestos a la curiosidad general por CTESIAS *(FGrHist* 688 F 45 o, 45 p y 51) y MEGÁSTENES *(FGrHist* 715 F 27-30), y que Solino conoció a través de Plinio. Los principales rasgos de su leyenda han sido analizados por R. WITTKOWER, «Marvels of the East. A Study in the history of monsters», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 5 (1942), 159-197.

1335 Esta leyenda sobre los cinocéfalos, que arranca de Ctesias, fue muy conocida en el mundo antiguo y en época medieval: *vid*. G. MILIN, «L'ethnographie fabuleuse antique et médiévale: la diffusion en Bretagne, Pays de Galles, Irlande de la légende des hommes à tête de chien», *Au miroir de la culture antique. Mélanges offerts au Président René Marache*, Rennes, 1992, págs. 361-378; M. MUND-DOPCHIE, «Autour des Sciapodes et des Cynocephales: la périphérie dans l'imaginaire antique», *Analele Universitati Bucuresti, Istorie*, 41 (1992), 31-39.

[1336] Del griego *monókōlos*, «que tiene una sola pierna».

[1337] Por esa razón recibían también el nombre de *skiápodes* («piesombra»). La leyenda sobre esta tribu fabulosa llegó tempranamente a Grecia y fue conocida por toda la Antigüedad: véase C. A. P. RUCK, «Mushrooms and philosophers», *Journal of Ethnopharmacology* 4 (1981), 179-205 (= GORDON WASSON, KRAMRISCH, OTT, RUCK, *La búsqueda de Perséfone…*, págs. 189-226); MUND-DOPCHIE, «Autour des Sciapodes…», 31-39.

[1338] Eran los llamados «ástomos» o «sin boca», que ya conocimos antes en Etiopía. La literatura griega etnográfica no hizo sino conceder un asiento terrenal, en los extremos del mundo, a la leyenda pitagórica sobre los seres «daimónicos» habitantes de la luna que sólo se alimentaban de olores y de efluvios: *vid*. DETIENNE, *Los jardines de Adonis*, 117.

[1339] Esto sucedía, según PLINIO (VII 30), entre los calingas. Como prueba paradójica de fecundidad precoz eran también mencionadas las mujeres de los mandas, que serían capaces de procrear a la edad de siete años (MEGÁSTENES, *FGrHist* 715 F 13 c-d)

[1340] Eran los llamados por TAURÓN *(FGrHist* 710 F 1) coromandas, habitantes indígenas de la selva. Se trataba, probablemente, de la tribu Horo de los Manda, hoy los Raksasa.

[1341] Esta práctica habitual entre algunas tribus indias, así como la de inmolar en la pira a todas la esposas, fue ya conocida por los historiadores de Alejandro (JERÓNIMO DE CARDIA en DIODORO SÍCULO, XIX 33, 3-4; ONESÍCRITO, *FGrHist* 134 F 21); de ella se hicieron eco posteriormente otros escritores clásicos (CICERÓN, *Tusculanas* V 78; PROPERCIO, III 13, 15-22; NICOLÁS DE DAMASCO, *FGrHist* 90 F 124 = F 47 GIANNINI; ESTRABÓN, XV 1, 62 [C 714]; VALERIO MÁXIMO, II 6, 14; ELIANO, *Historias varias* VII 18).

[1342] Esta fantástica historia proviene de MEGÁSTENES *(FGrHist* 715 F 22 = PLINIO VIII 36), el cual recopiló las leyendas de antiguos navegantes orientales acerca de grandes monstruos marinos, que pasaron luego a la literatura medieval árabe y cristiana.

[1343] Animal fantástico, llamado por PLINIO (VIII 72) «leucrocota» y localizado por el naturalista romano en Etiopía, que aglutina una mezcla de caracteres de la hiena y de la «corocotta» africanas traspasados a la India.

[1344] En realidad, como un *equus fluvialis* o hipopótamo, según PLINIO (VIII 73).

[1345] Se ha dicho que tal vez fuese el búfalo asiático o el rinoceronte bicorne, o un tipo de antílope cornudo (F. MCCULLOCH, «L'eale et la centicore: deux bêtes fabuleuses», *Mélanges René Crozet*, II, Poitiers, 1966, págs. 1167-1172; W. GEORGE, «The Yale», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 31 [1968], 422-428), pero lo cierto es que se trata de un animal fantástico de la India cuyo aspecto se ha adornado con numerosos rasgos de exotismo. Plinio lo clasifica, al igual que a la «leucrocota», como

propio de Etiopía. De los toros de Eritras, en Asia Menor, se decía también que podían mover los cuernos como hacían con las orejas (ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* II 20).

1346 Este tipo de toro, que PLINIO (VIII 74) llama de Etiopía, parece reunir otra vez características del llamado éale. Desde luego, se acerca más a una clase de rinoceronte.

1347 En cada mandíbula, según se deja ver por ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* II 501 a.

1348 Bajo este nombre de «mantícora», o mejor, «martícora», se esconde una descripción del tigre exagerada por la inclusión de elementos de la fantasía popular. La traducción del término indio *martikhora*, persa *martijaqâra*, es, como recuerda CTESIAS *(FGrHist* 688 F 45 [15] y 45 d), «matador de hombres». Paradójicamente, cuando más tarde, desde época de Aristóteles, se conoció directamente al tigre, la creencia en la existencia de la «martícora» se mantuvo intacta y pasó asimismo a engrosar las listas medievales de animales fantásticos (MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario…*, págs. 176-178).

1349 Sobre los numerosos animales prodigiosos que fueron precedentes del unicornio, *vid.* KELLER, *Die antike Tierwelt*, I, págs. 415 ss.

1350 Es decir, 1, 1 m.

1351 El nombre *monókeros* significa, en griego, «unicornio». Los datos aquí reseñados pudieron haber servido, junto a otros más, para construir por sincretismo simbólico-religioso la figura medieval del unicornio; pero lo cierto es que el monócero aquí descrito fue el rinoceronte indio, llamado también en un principio, por las fuentes griegas, asno salvaje de la India (véase KELLER, *Die antike Tierwelt*, I, pág. 384, y A. STEIER, *RE* XVI 2, 1780-1785, s.v. *Nashorn).* La descripción del monócero pasó a los bestiarios medievales y acabó incluso dando forma a un monstruo marino de grandísimo cuerpo, con un cuerno inmenso en la frente con el que arremetía los bajos de las naves hasta abrir brecha y echarlas a pique.

1352 Es decir, 8,8 m de longitud. Se trata, como en el caso citado a continuación, de historias fabulosas.

1353 Geógrafo y compilador de *mirabilia* de mediados del siglo I d. C. (BARDON, *La littérature…*, II, págs. 143 ss.). Solino lo menciona a través de PLINIO (IX 46), y vuelve a referirse a él a propósito de las islas Górgades *(infra*, 56, 13).

1354 O sea, 2,6 m. Sin embargo, esta descipción de Solino deriva de una confusión, lo que genera un animal mucho más fabuloso. En efecto, PLINIO (IX 46) habla de dos branquias, no de dos brazos, y advierte luego que el tamaño completo del gusano era de seis codos, lo que se aproxima a la medida de siete codos que le atribuye CTESIAS *(FGrHist* 688 F 45 [46] y 45 r). Fue este mismo historiador quien nos proporcionó un extenso e increíble relato sobre tales gusanos, propios del río Indo (no del Ganges, como escribieron Plinio y Solino): tenían un solo diente en cada mandíbula, que medía un codo, y eran capaces de triturar cualquier cosa. Merodeaban de noche por tierra firme y destrozaban caballos, asnos y bueyes. De día arrastraban al fondo, cogiéndolos del belfo,

a los camellos o bueyes que sorprendían bebiendo. Podían ser pescados con grandes anzuelos, usando como cebo una oveja o una cabra Su cuerpo, secado al sol durante treinta días, segregaba un denso aceite capaz de inflamar la madera, las armas y las personas mediante el simple contacto; únicamente se apagaba cubriéndolo con basura. No estaba permitida su comercialización, pues el rey de la India se reservaba toda la producción de aceite para sus empresa bélicas.

1355 Es decir, ¡más de 2.500 metros cuadrados!

1356 Del griego *physētḗr*, conducto por donde los cetáceos respiran y arrojan el agua. Según sabemos, con este nombre se designaba a la ballena azul a causa de sus fuertes resoplidos (ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* VI 566 b). PLINIO (IX 8) localiza a este cetáceo en el Océano Gálico (Golfo de Vizcaya).

1357 Estos últimos datos sobre el animal, desde el detalle de la edad hasta la alusión a su lengua, son extrapolaciones inspiradas en las habilidades de la pica o urraca (cf. PLINIO, X 119) y atribuidas al papagayo. Seguramente, la fuente de Solino sufrió una confusión cuando manejaba datos sobre los diferentes pájaros habladores (CAPPONI, *Ornithologia*..., 458-461). La información sobre el número de dedos es falsa, puesto que todas las razas, tanto de loros como de urracas, poseen cuatro.

1358 Todavía en época helenística constituían una rareza las aves de este tipo llegadas a Alejandría. Sin embargo, ya desde el siglo I a. C. las familias acomodadas romanas, y luego también los Emperadores, solían ser propietarios de algún papagayo; frecuentemente figuran representados en los mosaicos (KELLER, *Die antike Tierwelt*, II, págs. 45 ss.; TOYNBEE, *Tierwelt*..., págs. 237-240), y fueron celebrados por los poetas latinos (SAUVAGE, *Étude de thèmes animaliers*..., págs. 272-274).

1359 Equivalente a 88,7 m., lo que arrojaría un diámetro, para el grosor del tronco, ¡de 28 metros! Lo cierto es que dicha higuera *(vid. infra*, nota 1362) posee múltiples raíces aéreas que se hacen del tamaño de una columna, creando una tupida maraña de árboles en torno al tronco original. Uno solo de tales árboles hace un bosque; véase H. BRETZL, *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig, 1903, págs. 158-190.

1360 Es decir, 355 m. según la medida griega del estadio (pues la información procede de Teofrasto).

1361 Era el escudo en forma de media luna, la *pelta Amazonica*, originalmente usado por los soldados tracios y luego por los peltastas griegos.

1362 Se trata del llamado «baniano» o higuera de Bengala *(ficus bengalensis* L., *ficus indica* Roxb.), que atrajo poderosamente la atención de los historiadores de la campaña de Alejandro. Éstas son las noticias que sobre el mismo nos transmitieron: alcanzaba la altura de sesenta codos (unos 28 m.); su tronco difícilmente lo abarcaban con los brazos entre cuatro o cinco hombres; su sombra ocupaba una superficie de tres pletros (casi 90 m.) o cinco (casi 150 m.), o de dos estadios (355 m.); daba cobijo debajo de sus ramas a los sofistas *(supra*, 52, 25), a escuadrones de cuatrocientos jinetes (pero sólo de 50 según Aristóbulo) y también a los pastores con sus rebaños (NEARCO,

FGrHist 133 F 6; ONESÍCRITO, *FGrHist* 134 F 22; ARISTOBULO, *FGrHist* 139 F 36; DIODORO SÍCULO, XVII 90, 5; CURCIO, IX 1, 9-10; *cf.* TEOFRASTO, *Historia de las plantas* I 7, 3; IV 4, 4-5; PLINIO, VII 21; XII 22-23).

1363 podría tratarse de la caña de azúcar, que llegó desde época helenística al mundo mediterráneo como producto medicinal. Se le llamó, por su aspecto, sal de la India, así como, por el gusto, miel sacarinosa o miel de cálamo. No obstante, COLUMBA,«La questione soliniana…», págs. 335-336, piensa que este líquido dulce extraído de las raíces es distinto del *saccaron* (= azúcar de caña) propiamente dicho.

1364 Tilos fue el archipiélago de Bahrein, más cercano a Arabia que a la India.

1365 Es decir, el Cáucaso indio o montes Emodos.

1366 La familia III de manuscritos (SAP[1]) incluye en este punto un largo inciso: «(51) De entre éstos, el primero que brota, como las yemas del avellano, se llama pimienta larga; el que después cae de las ramas y se tuesta sobre el suelo ardiente, toma el nombre del color: por último, el que se recoge del propio árbol tal como está, se llama pimienta blanca. (52) Pero si sólo la India obtiene la pimienta, también viene a ser la única que produce el ébano; sin embargo, no se halla en todo el país, pues los bosques de esta especie crecen sólo en una estrecha zona. Es un árbol de ordinario pequeño y más comúnmente con las ramas poco pobladas, hinchado en el espesor del tronco, con la corteza resquebrajada y sumamente reticulada, pues las vetas están entreabiertas, hasta el extremo de que la parte interior del árbol apenas se halla cubierta, a causa de tales curvaturas, por la fina corteza. (53) Toda la madera y el corazón ofrecen casi el mismo aspecto y brillo que tiene el azabache. Los reyes indios eligen cetros fabricados con este material, y todas las imágenes de sus dioses solamente las hacen de ébano. Ellos mismos cuentan que en esta clase de madera no se conservan los líquidos dañinos, y cualquier maleficio que hubiese es ahuyentado por el simple contacto con la madera. (54) Ésta es la razón de que empleen vasos de ébano. Así pues, nada hay de asombroso si en el extranjero alcanza un precio elevado, porque incluso le dispensan gran estima los propios naturales del país en donde crece».

1367 Es decir, pimienta negra, por estar el fruto como tostado: era el fruto todavía no maduro —el maduro se conocía como pimienta blanca (PLINIO, XII 26)—. Los tres tipos eran frecuentemente utilizados como medicamento y entraban en la composición de la triaca. Era uno de los productos más importantes que llegaban a Roma procedentes del norte de la India: MILLER, *The spice trade…*, págs. 80-83.

1368 El triunfo fue solemnemente conmemorado los días 28 y 29 de septiembre del año 61 a. C. La relación de los numerosos tesoros asiáticos que desfilaron ante el pueblo romano se encuentra en DIODORO SÍCULO (XL 4), PLUTARCO *(Pompeyo* 45) y APIANO *(Guerra de Mitridates* 116-117).

1369 La familia III de manuscritos (SAP[1]) añade aquí: «es eficaz para combatir los dolores de las enfermedades internas». Se trata del *Acorus calamus*, que se empleó como droga contra los males del pulmón, hígado, riñones, etc. *(vid.* H. STADLER, *RE* X

2, 1542-1543, s.v. *Kalamos;* MILLER, *The Spice trade…*, pág. 94; RASCHKE, «New Studies…», págs. 651-652).

1370 Antiguamente llamaban también diamantes a las flores o nudosidades del oro y de la plata, donde imaginaban que se hallaban concentrados los elementos más nobles y puros del metal (PLATÓN, *Timeo* 59b; *Político* 303e). Sin embargo, PLINIO (XXXVII 55-56), a quien sigue Solino, acabó creyendo que eran diamantes auténticos.

1371 Podría tratarse de la analcima, que es diáfana o blanca, aunque a veces ligeramente rojiza.

1372 Es la llamada siderita por PLINIO (XXXVII 58), seguramente la pirita de hierro, o la hematites. Sobre estos usos del nombre de diamante para designar distintas piedras y minerales véase A. A. BARB, «*Lapis adamas*-Der Blutstein», *Hommages à Marcel Renard, I* (Collection Latomus, Vol. 101), Bruselas, 1969, págs. 66-82.

1373 De aquí el nombre antiguo que recibe el diamante, *adámas* («indomable»).

1374 Es, obviamente, una idea fantástica. Antiguamente no se conocía la combustibilidad del diamante, pero sí que un diamante corta a otro (PLINIO, XXXVII 59).

1375 Otra creencia absolutamente gratuita: RÖHR, *Der okkulte Kraftbegriff…*, pág. 84. También se decía que el imán no es capaz de atraer al hierro que ha sido frotado con un ajo (PLUTARCO, *Obras morales* 641 C).

1376 El nombre *lychnítēs* deriva de *lýchnos* («lámpara de mecha, candil, lucerna»). Pudo ser el término empleado para designar tanto los granates como los rubíes indios. Otras fantasías contaban que la licnita producía una llama sin fuego; arrojada en un caldero, alzaba hervores en el agua fría y templaba la que estaba hirviendo; si, estando consagrada, la tocabas, apagaba de inmediato los incendios *(Declaraciones Lapidarias de Orfeo*, 7; DAMIGERÓN-ÉVAX, 28).

1377 Esta descripción podría aludir a las turmalinas rojas (violácea y rosa) que, como el ámbar, poseen propiedades derivadas de la piroelectricidad. Lo que sigue sobre su repugnancia a admitir entallos es cierto.

1378 Se trata de la llamada aguamarina; se usaba precisamente como amuleto frente a las inclemencias del mar *(Lapidario Náutico*, 3).

1379 Los berilos amarillo-verdosos.

1380 Esta crisoprasa no es la conocida actualmente con ese nombre, sino probablemente una variedad de crisoberilo, el corindón ojo de gato, que no es propiamente un berilo.

1381 Los berilos azul zafiro.

1382 Todos los que en la actualidad se denominan berilos incoloros.

1383 Suponemos que Solino quiere decir que los de esa clase fueron llamados berilos opacos o berilos filamentosos. Pero PLINIO (XXXVII 77) aún atribuye otra serie

de defectos a estas mismas piedras (presentan manchas y un color lánguido), lo cual hace sospechar que no poseían una denominación concreta.

1384 Ceilán. La forma griega *Taprobánē* se originó a partir de las dos denominaciones que recibía, en indio antiguo, el distrito norte de la isla (Tambapanni, sánscrito Tamraparni).

1385 Es decir, toda la mitad sur o zona inferior del globo de la tierra, según la concepción tradicional (G. KAUFMANN, *RE* I 2, 2396-2397, s.v. *Antichthones)*.

1386 Lo que supone 1.295 x 925 km. Las medidas reales son de 400 x 230 Km.; pero aquél era el cálculo efectuado por Eratóstenes.

1387 El río Kalany, que desemboca junto a Colombo.

1388 La misma información figura en PLINIO (VI 82), pero ya ERATÓSTENES (en ESTRABÓN, XV 1, 14 [C 690]) había señalado que la duración de la travesía era exactamente de siete días. La noticia sobre el viaje de veinte días remonta a ONESÍCRITO *(FGrHist* 134 F 12): pero tan largo recorrido, así como el hecho de aludir a la aparición de otras islas durante el camino, ha inducido a considerar que, por no haberlo sabido interpretar, algún autor antiguo aplicó a Ceilán las informaciones dadas por Onesícrito sobre la ruta de Sumatra: *vid.* A. HERRMANN, *RE* IV A 2, 2263, s.v. *Taprobánē*.

1389 Casi nueve metros.

1390 Todas las anteriores afirmaciones sobre la ignorancia de los astros para señalar el rumbo, contenidas ya en PLINIO, no son ciertas, pues nos consta que, desde la Antigüedad, en estas latitudes el piloto establecía la derrota guiándose por Canopo: véase J. VERNET, «La navegación en la Alta Edad Media», en *La navigazione mediterranea nell'Alto Medioevo* (Settimane di studi del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, XXV, 1), Spoleto, 1978, págs. 334-335, 344-345 (= J. VERNET, *Estudios sobre Historia de la Ciencia medieval*, Barcelona, 1979, págs. 394-395, 404-405); ANDRÉ, FILLIOZAT, *Pline l'Ancien…*, págs. 159-161.

1391 Este procedimiento de orientación en el mar, perfectamente conocido y estudiado hace ya mucho tiempo, fue muy habitual entre los navegantes antiguos del Índico, así como en Egipto y Mesopotamia, tan sólo para determinar la dirección hacia tierra. Se empleaban distintas clases de pájaros (palomas, cuervos, cornejas, fúlicas, etc.). Consta también su uso por parte de los griegos: figura en la historia de los Argonautas (ASCLEPIADES DE TRÁGILO, *FGrHist* 12 F 2; F 31; cf. asimismo HOMERO, *Odisea* XII 61-65, y MOREAU, *Le mythe de Jason…*, 28) y en plena época arcaica, por ejemplo, debían llevarlos consigo los terenses cuando colonizaron Libia (s. VII a. C.), pues se contaba que fueron guiados por Apolo metamorfoseado en cuervo (CALÍMACO, 2, 66). Incluso en el siglo IX d. C. los marinos wikingos mantenían vigente dicha técnica: *vid.* KELLER, *Die antike Tierwelt*, II, 100-102; F. HEICHELHEIM, *RE* VI Al, 915, s.v. *Tierdämonen;* WACHSMUTH, *ΠΟΜΠΙΜΟΣ Ο ΔΑΙΜΩΝ…*, págs. 189-191; M. DETIENNE, J. P. VERNANT, *Las artimañas de la inteligencia. La* metis *en la Grecia antigua*, Madrid, 1988, págs. 197-198. Dentro del viejísimo episodio de los diluvios, las escenas

de exploración de la tierra mediante pájaros, que figuran en la epopeya de Gilgamés y en el libro del Génesis, responden asimismo a esa vieja regla de la navegación mesopotámica: Th. H. GASTER, *Mito, leyenda y costumbre en el libro del Génesis*, Barcelona, 1971, págs. 169-171; V. NIKIPROWETZKY, «La Sibylle juive et le «Troisième Livre» des «Pseudo-Oracles Sibyllins» depuis Charles Alexandre», en W. HAASE (ed.), *ANRW*, II 20. 1, Berlín-Nueva York, 1987, págs. 485-489.

1392 De junio a septiembre, es decir, durante el monzón de verano.

1393 El nombre del liberto era Lisas. Este Annio es una figura histórica y conservamos constancia de su presencia en Egipto como perceptor de los tributos generados por el tráfico comercial del Mar Rojo: D. MEREDITH, «Annius Plocamus. Two inscriptions from the Berenice road», *Journal of Roman Studies* 43 (1953), 38-40. Sin embargo se sospecha, con bastante fundamento, que los contactos de Roma con Ceilán se iniciaron ya en la época de Augusto o poco después: S. E. SIDEBOTHAM, *Roman Economic Policy in the Erythra Thalassa, 30 B.C. - A.D. 217* (Mnemosyne, Suppl. 91), Leiden, 1986, 32-33; F. De ROMANIS, «Romanukharatta e Taprobane», *Helikon* 27 (1988), 23-30.

1394 Tal vez Kudrimale, al norte de Ceilán. Este nombre, pese a su apariencia, no es griego y posee probablemente relación con el del antiguo puerto indio de Hipokura.

1395 La legación estaba compuesta por cuatro miembros. El nombre *Rachia(s)*, que figura en PLINIO (VI 85) y Solino, no era seguramente sino el título dado al jefe *(rajia*, «enviado real»). Las relaciones entre Ceilán y Roma fueron ciertas y constituyen buena muestra del espíritu comercial de los isleños. Monedas de Claudio se encontraron en el siglo XV, al parecer, en Manaar (HERRMANN, *RE* IV A 2, 2271, s.v. *Taprobánē)*, aunque el principal aporte de emisiones romanas halladas en Ceilán data de los siglos IV y V: véase O. BOPEARACHCHI, «Le commerce maritime entre Rome et Sri Lanka d'après les données numismatiques», *Revue des Études Anciennes* 94 [1992], 112-117; sobre la embajada, F. F. SCHWARZ, «Ein singhalesischer Prinz in Rom. Beobachtungen zu Plinius, N.H. 6, 81-91», *Rhein. Museum* 117 (1974), 166-176.

1396 Algunos códices de la familia III (SAP) añaden aquí: *«dedican al reposo una parte de la noche, se anticipan despiertos a la primera luz del día»*.

1397 Esta *interpretatio* romana encubre, probablemente, a Buda, cuya religión se introdujo en Ceilán en la segunda mitad del siglo III a. C.

1398 Solino aplica a ese traje talar el nombre de *syrma*. La *syrma* de los romanos era una especie de túnica que arrastraba una media cola; constituía el atuendo típico de los actores trágicos, en especial para encarnar la figura de héroes, de dioses, de reyes o de personajes que guardaban luto. Este vestido engrandecía la talla del actor y le proporcionaba mayor majestad; era, por lo general, de color púrpura.

1399 PLINIO (VI 91) expresa más detalladamente cómo se ejecutaba esa muerte simbólica: los súbditos se volvían hostiles al antiguo rey y su persona quedaba como borrada de la vida pública. Todos estos datos sobre la realeza cingalesa se han tomado de

Plinio y algunos son inexactos, puesto que las fuentes orientales testimonian que el trono era hereditario. En opinión de Ch. G. STARR, «The Roman Emperor and the king of Ceylon», *Classical Philology* 51 (1956), 27-30, la narración de Plinio sobre esta forma monárquica sería una pieza más de la «oposición filosófica» contra los emperadores, que se percibe desde Tiberio hasta época de los Flavios, tratando de demostrar las desventajas del poder omnímodo del Príncipe.

1400 Solino ha preferido ignorar el texto de PLINIO (VI 91) que describe las tortugas de Ceilán («sus caparazones forman el tejado de las residencias familiares: tan grande es el tamaño de las tortugas que se encuentran») y ha transferido a la isla la información dada por PLINIO (IX 35) acerca de unas fabulosas tortugas gigantes propias del mar de la India, cuya sola concha bastaba para techar una vivienda o hacer las veces de una embarcación. Nuestro autor pudo estimarse autorizado por el hecho de que ya ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* XVI 17) había desplazado a estos descomunales quelonios hasta el mar de Ceilán: su concha mediría 15 codos (¡más de seis metros y medio!) y serviría para proteger del sol y de la lluvia a no pocas personas.

1401 Este último dato es, desde luego, falso.

1402 Son los manglares habituales en los mares tropicales.

1403 China, lo cual no es cierto.

1404 La idea ampliamente desarrollada aquí de que el rocío era un flujo fecundante *(genitalis)* destilado por los astros, en particular por Venus y la Luna al amanecer y al atardecer, fue sin duda común al «imaginario» colectivo de los pueblos indoeuropeos, así como la creencia de que se concebían mejores productos estando el cielo sereno (véase, por ejemplo, *Pervigilio de Venus* 20 ss.; PLINIO, II 38; XVIII 292; ESTACIO, *Tebaida* I 337 s.; SUETONIO, *Fr*. 132). La desviación mágica de su fuerza generativa se muestra en el hecho de que el rocío cogido en las noches de luna llena se destinaba a la confección de filtros: LUNAIS, *Recherches sur la lune…*, I, págs. 220-223, 243. Y esta forma tan milagrosa de engendramiento afianzó entre los cristianos la imagen de la perla como símbolo de la inmaculada concepción: H. USENER, «Die Perle. Aus des Geschichte eines Bildes», en *Theologische Abhandlungen C. von Weizsäcker gewidmet*, Friburgo de Brisgovia, 1892, págs. 209-213.

1405 En efecto, la voz propiamente latina para designar a la perla era *unio*, «el uno, la unidad, lo único», es decir, el fruto único, puesto que el término *margarita* fue un préstamo semántico del griego. PLINIO (IX 112), sin embargo, justifica el origen de este vocablo en el hecho de que nunca hubo dos perlas que fuesen iguales, lo cual no carece de lógica porque, contra lo que afirma Solino, el propio PLINIO (IX 116) confesaba haber visto conchas que contenían cuatro o cinco perlas. Lucio Elio Estilón, gramático y logógrafo de época de los Gracos, dedicó un tiempo a estudiar la palabra *unio*, que había sido introducida en el latín a mediados del siglo II a. C. *(vid*. PLINIO, IX 123).

1406 Es decir, 13,6 gramos.

1407 Nombre que recibía un tipo de escualos (tiburón, lija), tal como aparecen

descritos por ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* I 55). Sobre su conocimiento por los antiguos véase KELLER, *Die antike Tierwelt*, II, 380-381. La realidad es que las ostras actúan así para escapar de los peces, y ese comportamiento dificultaba en la práctica su captura por los buceadores.

1408 Como el resto de las noticias curiosas acerca de las perlas, esta historia sobre el jefe o guía de las ostras perlíferas forma parte de las leyendas que escuchó Megástenes de los indios *(vid.* ARRIANO, *Historia de la India* VIII 11). Se decía que las ostras nadaban con enorme rapidez y que, por eso, era preciso pescarlas con redes; que iban en manadas, siguiendo a un jefe que destacaba tanto por su edad como por su color y su tamaño Si éste era capturado, resultaba muy fácil hacerse con toda la manada, puesto que aquélla permanecía desconcertada, cual si fuese un rebaño que ha perdido a su pastor. ELIANO *(Sobre la naturaleza de los animales* X 13; XV 8) recoge buena parte de aquellas fábulas orientales.

1409 Julio César se desvivió a la hora de engalanar el santuario de la diosa Venus: no sólo consagró la coraza, sino una serie de cuadros, que fueron colocados en el pórtico, así como seis cajitas con piedras preciosas. SUETONIO *(Julio* 47) alude al rumor de que César habría efectuado la expedición a Britania por su codicia de atesorar perlas y otras riquezas, y es posible que el dictador creyese que las procedentes de la isla eran de tan gran calidad como para divulgar la noticia de que la coraza, adornada en realidad con perlas marinas, llevaba perlas británicas: así lograba aumentar el efecto de su longanimidad. PLINIO (IX 116) se muestra, con razón, escéptico, y advierte que el origen británico de tales perlas no era sino una pretensión de César (cf. W. CLAUSEN, «Bede and the British Pearl», *Class. Journal* 42 [1947], 277-280). Pues las perlas británicas no eran de mar, sino fluviales, estaban producidas por la ostra conocida como *Unio margaritifer* (véase KELLER, *Die antike Tierwelt*, II, págs. 552-553) y poseían escaso valor (TÁCITO, *Agrícola* XII 6).

1410 Hay dos errores en la narración de Solino, porque el padre de Lolia no se llamó Manilio, sino Marco Lolio, hijo a su vez de aquel Marco Lolio cónsul en el año 21 a. C. que, por haberse dejado comprar con las riquezas de los reyes de Oriente, perdió el favor de Gayo y murió al poco tiempo. Por ello, el pasaje debería corregirse así: «Marco Lolio, el abuelo de Lolia, se corrompió con el dinero de los reinos de Oriente».

1411 Fue L. Fenestela, autor de unos Anales romanos en época de Augusto, quien proporcionaba esta información (PETER, *HRR* II, pág. 82, fr. 14), desmentida sin embargo por PLINIO (IX 123) basándose en el testimonio de Estilón sobre la palabra *unio (supra*, nota 1405), que fue ideada para designar las perlas del botín conseguido en las guerras jugurtinas.

1412 O Capisa, hoy Kauschan, al norte de Kabul, que dominaba una importante ruta hacia el Hindukush.

1413 La antigua capital de la satrapía de Aracosia, cuyo origen era atribuido por la leyenda a la reina Semíramis, se llamaba realmente Aracoto, al igual que el río.

[1414] Nada se sabe sobre su emplazamiento.

[1415] La llamada Alejandría del Cáucaso, en la encrucijada de los caminos a la India, a Bactria y a Asia, estaba emplazada al norte de la actual Kabul.

[1416] De ahí el nombre de ictiófagos, aunque su fuente principal de alimentación era el marisco. Lo cierto es que este término se aplicó colectivamente a distintos pueblos ribereños de África y de Asia, desde Etiopía a la India, pasando por Arabia, que eran representados como una sociedad inmersa en una utopía romántica; véase al respecto L. A. GARCÍA MORENO, «“Sobre el Mar Eritreo” de Agatárquides: tradición e innovación», en L. A. GARCÍA MORENO, A. PÉREZ LARGACHA (eds.), *Egipto y el exterior. Contactos e influencias (Aegyptiaca Complutensia* III), Alcalá, 1997, págs. 194-202. Solino alude aquí a los ictiófagos de Carmania y Gedrosia; cf. O. LONGO, «I Mangiatori di pesce. Regime alimentare e quadro culturale», *Materiali e Discussioni per l'analisi dei testi classici* 18 (1987), 9-55. La prohibición de comer pescado atribuida a Alejandro, que debió ser inventada por alguna fuente griega, encerraba suficiente lógica desde el momento en que los ictiófagos aparecían caracterizados como prototipo del salvaje que no sólo se alimenta de pescado crudo o ligeramente cocinado, sino que solía arrojar a sus muertos al mar como pasto de los peces, a fin de que asegurasen el alimento futuro: AGATÁRQUIDES, *Sobre el Mar Rojo* 31-46 (FOCIO, *Biblioteca*, cod. 250, 449 a-451 a); DIODORO SÍCULO, III 15-20; XVII 105, 3-5; CURCIO, IX 10, 8-10. Para la mentalidad helénica, que consideraba una tragedia verse privado eternamente de sepultura al haber sido devorado por los peces y tenía por impuro consumir el pescado que se hubiese alimentado de un cuerpo humano, semejante costumbre sería juzgada como una acción execrable: véase F. J. FERNÁNDEZ NIETO, «Un ἄγραφος νόμος en el epistolario de Sinesio de Cirene», *Antigüedad y Cristianismo* 8 (1991), 17-22.

[1417] La isla de Ramiseram o cualquier otra de las que hay en esa ruta.

[1418] O Hictanis, como figura en PLINIO (VI 98), en cuya desembocadura había un puerto. Allí efectuó Onesícrito varias mediciones astronómicas sobre los círculos ártico y antártico.

[1419] Cincuenta millas, unos 73 km.

[1420] Casi nueve metros. Sobre estos fabulosas noticias de animales marinos, *vid. supra*, nota 1342. La tríada de islas forma parte, sin duda, de la tradición de los *mirabilia* orientales; valga como comparación lo que escribió en su diccionario de Geografía (I 112) el erudito al-Qazwini: «Las tres islas. El autor del *Don de las Maravillas* dice que son tres, una al lado de la otra, en cada una un prodigio. En la primera el cielo relampaguea durante toda la noche, en la segunda siempre sopla un viento violento, en la tercera las nubes mandan lluvia. Es siempre así, año tras año» *(vid.* ARIOLI, *Islario maravilloso…*, págs. 49 y 143).

[1421] Copto, importante metrópoli administrativa en la región de la Tebaida, desempeñó en época romana el papel de estación de trasbordo de todas las mercancías que llegaban de oriente y del sur; véase K. RUFFING, «Einige Überlegungen zu Koptos:

Ein Handelsplatz Oberägyptens in römischer Zeit», *Münstersche Beiträge z. Antik. Handelsgeschichte* 14, 1 (1995), 17-42.

1422 Lo que coincidía con el período subsiguiente al desbordamiento, cuando el río tenía las aguas más altas. Era la fecha por excelencia para iniciar los viajes (BONNEAU, *La crue du Nil…*, pág. 100).

1423 No se trata de una ciudad, sino, como señala PLINIO (VI 102-103), con el nombre de *hydreuma* —no de *hydreum*, que escribe Solino— eran conocidas numerosas guarniciones que custodiaban depósitos de agua o cisternas situadas en el camino de las caravanas desde Copto a Berenice (viaje que duraba doce días). Sobre este itinerario y los distintos *hydreumata* instalados en los caminos hacia el Mar Rojo, *vid*. SIDEBOTHAM, *Roman Economic Policy…*, 60-65; De ROMANIS, *Cassia*, págs. 173-175; 206-208.

1424 Este itinerario o ruta de Copto a Berenice era la más concurrida por los mercaderes que salían desde Egipto hacia la India (RASCHKE, «New Studies…», págs. 648, 881 [n. 939]; De ROMANIS, *Cassia*, págs. 127-137; 203-209), y figura incluso en un mapa sajón del siglo XIII, tomado de Solino: *vid*. J. DESANGES, «L'Afrique sur la carte de Ebstorf», en R. CHEVALLIER (ed.), *Colloque International sur la cartographie archéologique et historique*, Tours, 1972, pág. 34.

1425 Llamado también Acila, estaba en el estrecho de Bab-el Mandeb; sobre su papel comercial véase De ROMANIS, *Cassia*, págs. 110-112.

1426 Su nombre real era Múziris (Kodangalur, Cannanore o Cranganore, en la costa malabar). Constituía un embarcadero muy importante, a donde arribaban los comerciantes de Egipto en los meses del monzón.

1427 Cuya capital era Cotiara, hoy Cochin.

1428 Efectivamente para el viaje a la India se aprovechaba el viento llamado «hípalo» («hífalo»), el monzón del suroeste, que soplaba desde junio a septiembre; para el regreso *vid*. la siguiente nota. Acerca de las fechas en que se produjo el descubrimiento de la ruta del monzón, si en época de los Ptolomeos o ya en el siglo I d. C., y del aprovechamiento marítimo de los monzones en época romana, véase RASCHKE, «New Studies…», págs. 660-663; A TCHERNIA, «Moussons et monnaies», *Annales: Histoire, Sciences Sociales* 5 (1995), 991-1009.

1429 Viento del sureste, euro o siroco, aunque en la práctica aprovechaban el viento noreste del monzón, denominado «apogeo» por soplar desde tierra.

1430 Viento suroeste o del sur respectivamente.

1431 Son 1.750 millas (2.545 km).

1432 Cien millas, 145 km.

1433 Del griego *chelōnophágoi*, «comedores de tortugas»; también a ellos se les atribuía la fantástica costumbre de construir sus casas con conchas de tortuga (PLINIO, VI 109); *vid. supra*, nota 1400. Según la tradición etnográfica griega, los «quelonófagos» habitaban en islas y fueron caracterizados como otra sociedad utópica que conocía, en

medio de las bondades del clima, una feliz existencia; GARCÍA MORENO, «Sobre el Mar Eritreo…», pág. 202.

1434 Es decir, 2600 millas (3781 km).

1435 Su nombre deriva del de Azania (así llamaban los antiguos marinos a todo el territorio y costas del África oriental situado entre Opona y el sur del ecuador),

1436 La isla de Keis o Kis (árabe Qais), en el Golfo Pérsico, que estaba habitada.

1437 Son 550 millas, unos 800 km.

1438 Se trata de la diosa persa Anaitis, cuyo culto fue introducido en Babilonia, Susa y Ecbátana por Artajerjes II (404-362 a. C.). Esta divinidad de la naturaleza y de la fertilidad fue equiparada a la *Magna Mater* y a Atenea, pero sobre todo a Ártemis. Los romanos la llamaron la Diana Pérsica (TÁCITO, *Anales* III 62, 3).

1439 Llamada también Barbitace (PLINIO, VI 133) o Babitace (en ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. *Babytake)*, no sabemos exactamente en dónde estuvo.

1440 Eran 135 millas, que equivalen a 196 km.

1441 Esta queja fue ya formulada por PLINIO (VI 124; XII 53), de quien la toma Solino. Efectivamente, el «esqueno» (del griego *schoînos*, latín *schoenus)* fue una unidad de medida dentro del Egipto griego y tuvo distintos valores según cada lugar y cada época; su equivalencia osciló entre 30 y 120 estadios *(vid.* HERÓDOTO, II 6). Pero, a su vez, los griegos del mundo seléucida —y al resultado de este hecho se refiere nuestro texto— aplicaron aquel nombre a la parasanga persa, cuya longitud llegó a oscilar entre 30 y 60 estadios (5,3-10,6 km): la variación obedecía, en cada región de Persia, al distinto tamaño establecido para el pie o para el codo, que eran las unidades tomadas como base simple de la parasanga; *vid*. C. J. TUPLIN, «Achaemenid Aritmetic: Numerical Problems in Persian History», en ΤΟΠΟΙ. *Orient-Occident. Supplément 1. Recherches récentes aur l'Empire achéménide*, Lyon, 1997, págs. 404-417.

1442 Tanto esta forma Fidasárcide, que figura en Solino, como la de Frasárgide, que se lee en PLINIO (VI 116), encubren el nombre de la ciudad de Pasagarda, donde se construyó el monumento funerario de Ciro el Grande, cuya custodia estaba confiada a los magos.

1443 Sesenta millas, 87 km. En el parágrafo anterior, algunos códices de la familia III (SAP) añaden después de la primera mención de Babilonia: «fundada por Semíramis».

1444 Por consiguiente, la medida del pie asirio sería de 0,35 cm. El dato es una evidente exageración, puesto que la muralla alcanzaría setenta metros de alto y tendría una base de 17,5 m.

1445 Belo es la gran divinidad masculina semítica, Baal o Bel, identificada por los griegos con Cronos, Zeus o incluso Amón, y por los romanos con Júpiter. HERÓDOTO (I 181) lo llama Zeus Belo. En nuestro texto, el nombre de Júpiter Belo hace referencia a la divinidad tutelar de Babilonia, Bel Marduk, y a su santuario de Esagila, templo cuya

construcción se atribuía a Semíramis y que fue destruido por Jerjes. Pero, en segundo término, Solino confunde al dios semita con un legendario Belo de origen helénico: tal como hicieron a menudo con otras divinidades ajenas, los griegos habían convertido a Belo en un mortal y lo concibieron como arcaico rey de varios países. Pasaba por ser, en concreto, el iniciador de la dinastía asiria, que habría conquistado Siria, Persia y todo el Oriente. También fue, según decían, fundador de Babilonia, y se le atribuyó la invención de la astronomía *(vid.* PLINIO VI 121).

1446 El cabo Mosílico recibía su nombre por el hecho de hallarse en el territorio etíope de los llamados mosilos. Acerca de la idea de la extensión del Atlántico hasta la Etiopía oriental y de la transferencia de lo etíope al occidente *vid.* J. DESANGES, «Le peuplement éthiopien à la lisière méridionale de l'Afrique du Nord d'après les témoignages textuels de l'Antiquité», en *Afrique et monde méditerranéen dans l'Antiquité. Colloque de Dakar*, Dakar-Abidjan, 1978, págs. 29-41.

1447 Viento del noroeste.

1448 Recibía este nombre un promontorio situado no en la India, sino en la costa africana, que cierra por el sur el golfo de Suez (CLAUDIO PTOLOMEO, IV 5, 8; PLINIO, VI 175).

1449 Era un grupo de dos pequeñas islas frente a la costa occidental de la Arabia Feliz.

1450 Es decir, 1.875 millas (2.727 km).

1451 La teoría de Juba era que África poseía la forma de un triángulo irregular y que una vez doblado el ángulo meridional bastaba con recorrer el extenso lateral de la fachada atlántica para alcanzar, desde la India, Gades: la representación gráfica de estas ideas se hallará en N. SALLMANN, «De Pomponio Mela et Plinio Maiore in Africa describenda discrepantibus», en *Africa et Roma. Acta omnium gentium ac nationum conventus latinis litteris linguaeque fovendis*, Roma, 1979, págs. 167-170; cf. S. BIANCHETTI, «L'Africa di Solino», en *L'Africa romana. Atti del IX convegno di studio (Nuoro, 13-15 Dicembre 1991)*, Sassari, 1992, págs. 809-811.

1452 Se echa de ver, por tanto, cómo la tradición clásica pretendía que el nombre de ascitas provenía del griego *askós* («odre o fuelle»).

1453 Estos árabes ascitas vivían realmente en el continente, en la punta más oriental de Arabia, junto al cabo Siagro (Ras Fartaq). Aunque ejerciesen eventualmente la piratería, su nombre no deriva del término griego antes mencionado, sino que está en relación con la voz semítica Hasik.

1454 La atribución de cualidades extraordinarias para la caza a trogloditas e ictiófagos es otra manera de caracterizar la felicidad utópica del salvaje; vid. *supra*, nota a SOLINO 54, 3.

1455 Del griego *Hespérou kéras*, «pico del Oeste».

1456 Se llamaba Górgades a un grupo de dos islas, supuestamente ubicadas en la

costa occidental de Libia, cuya exacta localización geográfica resulta imposible. La primera noticia sobre las mismas remonta al *Periplo de Hannón* (17-18), el cual, sin darles nombre, las situaba en el *Nótou kéras* («pico del Sur») y relataba que allí hicieron prisioneras a tres gorilas. Jenofonte de Lámpsaco, geógrafo griego de finales del siglo II y comienzos del I a. C., o realizó una mala lectura de la palabra «gorilas» o bien imaginó que las simias citadas por Hannón serían las gorgonas, consideradas por algunos escritores mitográficos griegos como una raza de mujeres: cf. J. DESANGES, «Des interprètes chez les 'Gorilles'. Réflexions sur un artifice dans le *Périple d'Hannon*», en *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1983, págs. 267-270; S. BIANCHETTI, «Isole africane nella tradizione romana», en *L'Africa romana. Atti del VI convegno di studio*, Sassari, 1989, págs. 243-245. Esto podría explicar que llamase Górgades a tales islas. Sin embargo, la transferencia hasta los confines del mundo habitado, como eran la India y el Occidente africano, de los mitos sobre lugares paradisíacos —los Campos Elíseos, las Islas de los Bienaventurados, el Jardín de las Hespérides— y sobre los seres híbridos que los poblaban, para guardar sus riquezas (Gerión, Pegaso, Gorgonas), constituye un esquema inamovible dentro del ciclo griego sobre las tierras últimas. Seguramente, el nombre de estas islas encubre una ficción literaria que llevó hasta el Occidente la tradición mitológica de los helenos (MUND-DOPCHIE, VANBAELEN, «L'Inde dans l'imaginaire…», págs. 224-226). También para las amazonas se buscó un emplazamiento occidental, en la llamada isla de Héspera (DIODORO SÍCULO, III 53, 4), e incluso la expedición de los Argonautas se enriqueció con nuevos episodios localizados en las costas atlánticas occidentales (MOREAU, *Le mythe de Jason…*, págs. 161-162).

1457 Sobre este autor *vid. supra*, nota 1353. Solino de nuevo lo menciona a través de PLINIO (VI 202).

1458 Estas islas Hespérides, que no es posible identificar, parecen obedecer a una interpretación demasiado libre de los datos que figuran en el *Periplo de Hanón* (14) sobre el llamado *Hespérou Kéras* (que en el Periplo es un gran golfo, formado por la costa africana).

1459 Dentro de la imagen griega del mundo, el País de los Bienaventurados se situaba en las llamadas islas del Sol, que conocían un clima templado derivado de una constante estación equinoccial. La tradición geográfica mítica terminó ubicándolas, con el nombre de islas Afortunadas, en el extremo occidente: *vid*. BALLABRIGA, *Le Soleil et le Tartare…*, págs. 118-123. Luego, al ser conocido el archipiélago de las Canarias, se produjo de forma natural la transferencia del nombre de Afortunadas a estas nuevas islas, un proceso que culmina cuando el rey Juba II se dedicó a reconocerlas y, seguramente, a desembarcar en ellas (P. ROMANELLI, «Romanorum expeditiones in medias Africae regiones», en *Africa et Roma. Acta omnium gentium ac nationum conventus latinis litteris linguaeque fovendis*, Roma, 1979, págs. 77 s.). El hecho de que se las considere situadas frente a la costa izquierda de Mauritania demuestra que el trazado de la ruta geográfica descriptiva partía de sur a norte: *vid*. V. MANFREDI, *Le Isole Fortunate.*

Topografia di un mito, Roma, 1996, pág. 142.

1460 Éste era el nombre griego de la isla (*Ómbrion*); en latín se llamaba *Pluvialia* (PLINIO, VI 202-203). Se ha pretendido identificar tanto con Lanzarote como con la isla de Fuerteventura.

1461 Pero PLINIO (VI 203), a quien sigue Solino, habla en realidad de árboles parecidos a las cañas. Detrás de esta noticia tal vez se encierra un hecho conocido, y es que en Gomera, Hierro y La Palma existe un árbol *(Laurus laurisilva)* en cuyas hojas se condensa la humedad nocturna; las gotas que resbalan son recogidas por la noche en pequeñas balsas, que proporcionan agua potable.

1462 Acaso la isla de Alegranza o la de Lanzarote.

1463 En opinión de MANFREDI, *Le Isole Fortunate*, 124; 141 s., esta noticia de Solino no se referiría a un tagoror indígena, sino que podría interpretarse como indicio de la existencia de una humilde capilla o edículo votivo, con tejado a doble vertiente, frontón y acroterio, levantado tal vez por los navegantes fenicios.

1464 Capraria fue, quizá, la isla de Alegranza o la de Fuerteventura. En la isla de Gran Canaria y en la de Hierro todavía viven grandes lagartos, que en tiempos primitivos poblaron seguramente todo el archipiélago.

1465 Su nombre era Ninguaria, según JUBA (en PLINIO, VI 204); correspondería a la isla de Tenerife.

1466 Es decir, tal como le sucedió a Alejandro Magno con dos perros de otra raza *(vid. supra*, nota 573). La presencia de canes es lo que habría dado nombre a la isla, y es cierto que tanto en Gran Canaria como en Tenerife se han hallado restos de dos especies de perros de época prehistórica, aunque no eran de gran tamaño.

1467 La descripción de la feracidad de cierto tipo de islas, que habrían contado con abundantes cosechas, vides, olivos, árboles frutales, miel y rebaños, forma parte de la más antigua tradición poética, pronta a caracterizarlas como exponentes de la edad dorada (THOMAS, *Lands and Peoples…*, págs. 22-23).

1468 Probablemente, cuando Juba II y sus exploradores africanos reconocieron las Canarias tuvieron ocasión de encontrar los cuerpos de grandes cetáceos encallados en la playa o de leones marinos y focas enfermas, arrastrados por la corriente del golfo y arrojados por las olas a la costa. Este dato, que figura ya en PLINIO (VI 205), muestra cómo en época imperial romana las precisiones geográficas y naturalistas importan tanto como el mantenimiento del mito paradisiaco: *vid.* MANFREDI, *Le Isole Fortunate*, 112; págs. 142 s.

1469 Sobre los datos históricos de época antigua relativos a las islas Canarias puede verse J. ÁLVAREZ DELGADO, «Las «Islas Afortunadas» en Plinio», *Revista de Historia* (La Laguna de Tenerife) 11 (1945), 26-61; A. SCHULTEN, «Las islas de los Bienaventurados», *Ampurias* 7-8 (1945-1946), 5-22; A. GARCÍA Y BELLIDO, *Las islas atlánticas en el mundo antiguo*, Las Palmas de Gran Canaria, 1967, págs. 20-31; P.

SCHMITT, «Connaissance des Iles Canaries dans l'Antiquité», *Latomus* 27 (1968), 362-391; G. AMIOTTI, «Le isole Fortunate. Mito, utopia, realtà geografica», en *Geografia e storiografia del mondo classico* (Contributi dell'Istituto di Storia antica dell'Università del Sacro Cuore, Milano, XIV), Milán, 1988, págs. 166-177, así como MANFREDI, *Le Isole Fortunate*, págs. 139-143. De la tradición histórica clásica sobre las islas fantásticas del occidente atlántico se ocupa R. REBUFFAT, «Arva beata petamus arva divites et insulas», en *L'Italie préromaine et la Rome républicaine. Mélanges offerts à Jacques Heurgon*, II (Collection de l'École Française de Rome, 27), París, 1976, págs. 877-902.

ÍNDICE GENERAL

Índice